

Mikkel Birkegaard

Libros de
LUGA

*Todos los amantes de los libros saben
del PODER de la palabra escrita,
pero no se imaginan hasta dónde puede llegar*



Lectulandia

Cuando el joven abogado Jon Campelli recibe en herencia la librería anticuaria Libri di Luca tras la muerte súbita de su padre, Luca Campelli, no puede siquiera imaginar que la palabra lector encierra un significado insospechado. Centrado en su prometedor carrera en un bufete de Copenhague, Jon es reacio a retomar esa parte de su vida, tras más de veinte años alejado de su padre desde que su madre muriera en circunstancias dramáticas. Pero cuando la librería es asaltada por unos desconocidos Jon se ve forzado a implicarse.

Lectulandia

Mikkel Birkegaard

Libros de Luca

ePub r1.0

Titivillus 30.11.16

Título original: *Libri di Luca*
Mikkel Birkegaard, 2007
Traducción: Christian Kupchik

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO

1

El deseo de Luca Campelli de morir rodeado por sus amados libros finalmente se cumplió una avanzada noche de octubre.

Por supuesto, se trataba de esa clase de deseos que nunca se formulan en voz alta, ni siquiera mentalmente, pero quienes habían visto a Luca en su tienda de libros antiguos sabían que así tenía que ser. El pequeño italiano se movía entre las pilas de volúmenes que se acumulaban en Libri di Luca como si caminara por su propio salón, y podía dirigir a sus clientes sin titubeos e infaliblemente hasta el estante o el montículo exacto donde se encontraba el libro por el cual habían preguntado. Al cabo de una breve conversación, resultaba evidente el amor de Luca por la literatura, sin que importase demasiado si el título en cuestión era una manoseada edición de bolsillo o una antigua y valiosa primera edición. Semejante familiaridad era testimonio de una larga vida con los libros, y la autoridad de Luca entre los estantes de su establecimiento de libros antiguos hacía que resultara difícil imaginarlo fuera de la tranquilizadora atmósfera de moderada devoción que dominaba el local.

Por eso aquella noche era totalmente especial, no sólo porque habría de ser la última de su vida, sino también porque Luca había estado ausente de la librería una semana. Ansioso por volver a ver su negocio, cogió un taxi directamente desde el aeropuerto a la tienda, en el barrio de Vesterbro, Copenhague. Durante el trayecto, le costó trabajo permanecer quieto en el asiento, y cuando al final el coche se detuvo, tenía tanta prisa por pagar y bajar que para no perder tiempo el chófer recibió una más que generosa propina con tal de evitar la molestia del cambio. Agradecido, el conductor extrajo del maletero las dos maletas de Luca, para luego abandonar sobre la acera a aquel anhelante caballero ya entrado en años.

La tienda estaba a oscuras y no parecía demasiado acogedora, pero Luca sonrió al identificar la fachada familiar que anunciaba con sus letras amarillas pintadas sobre el escaparate: Libri di Luca. Arrastró sus maletas unos pocos metros, desde el bordillo de la acera hasta la puerta, y las apoyó con pesadez sobre la escalinata. El viento otoñal jugueteaba con su abrigo, abriéndolo, y los faldones revoloteaban incesantemente mientras buscaba el manajo de llaves en el bolsillo interno.

El sonido de las campanillas sobre la puerta le dio la bienvenida a casa. Se apresuró a empujar las maletas al interior, sobre la alfombra de un rojo oscuro, para luego cerrar la puerta detrás de él. Se enderezó y permaneció así, parado y con los

ojos cerrados, aspirando hondo por la nariz para disfrutar del conocido perfume a papel amarillento y cuero viejo. Así permaneció durante algunos segundos, hasta que el sonido de las campanillas se desvaneció. Entonces abrió los ojos y encendió la lámpara del techo, aunque en realidad no era necesario. Después de haberse movido por el mismo lugar durante más de cincuenta años, podía orientarse sin problemas en la oscuridad. A pesar de eso, bajó la totalidad de los interruptores en el panel de detrás de la puerta, de tal forma que las lámparas ubicadas por encima de cada sección de las estanterías e incluso aquellas situadas en las vitrinas también se encendieron.

Se dirigió detrás del mostrador y se quitó el abrigo. Del armarito situado debajo extrajo una botella y una copa, que llenó con coñac. Con la copa en la mano, se detuvo en el centro de la tienda iluminada y, mirando alrededor, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Un sorbo del dorado brebaje culminó el momento; entonces meneó la cabeza en señal de aprobación para sí mismo y dejó escapar un profundo suspiro.

Con el coñac en la mano, caminó despacito entre los pasillos de las estanterías examinando las hileras de libros. Probablemente, los ojos de otra persona no hubieran advertido los cambios producidos durante la semana pasada, pero Luca registraba de inmediato cada pequeña transformación sucedida en el local: los libros que se habían vendido o habían sido cambiados de sitio; nuevos títulos intercalados entre los viejos, y las columnas de ejemplares que estaban movidas o mezcladas. Durante su ronda de inspección, Luca empujaba los tomos a su lugar, de tal modo que todos estuviesen alineados, o bien cambiaba las obras que habían sido colocadas en un sitio equivocado. De vez en cuando, apoyaba cuidadosamente la copa para extraer un libro que no había visto antes. Lo hojeaba con auténtica curiosidad, estudiando los tipos de letras empleados, y dejaba que sus dedos sintieran la textura del papel. Después, cerraba los ojos y se llevaba el volumen a la nariz para percibir el particular aroma de las páginas, como si se tratase de un vino añejo. Tras haber estudiado la cubierta y la encuadernación, colocaba cuidadosamente de nuevo el tomo en su lugar, ya fuese encogiéndose de hombros si albergaba alguna duda o con un cabeceo de aprobación.

En su ronda por el establecimiento resultaron mucho más frecuentes los cabeceos que el encogimiento de hombros, de modo que lo que había hecho su ayudante durante su ausencia parecía haber sido aceptado por el propietario.

El empleado se llamaba Iversen, y trabajaba en la librería con él desde hacía tanto tiempo que en realidad se podía hablar más de una sociedad que de la vulgar relación entre jefe y empleado. No obstante, aunque Iversen apreciaba aquel negocio tanto como el propio Luca, jamás había dejado caer insinuación alguna respecto a una sociedad en el sentido estricto de la palabra. Luca había heredado la librería de su padre, Armando, y siempre había pensado que debía permanecer en manos de la familia Campelli.

Pocas cosas habían cambiado desde que Armando dejara el negocio a Luca;

posiblemente la modificación más notable era el pasadizo construido para crear una planta superior. Medía metro y medio de ancho y corría paralelo a las cuatro paredes. Aquella remodelación fue bautizada por los clientes habituales como El Cielo, ya que allí se encontraban las obras más caras y extraordinarias, protegidas y expuestas en vitrinas.

Antes de subir al pasadizo, Luca volvió al mostrador para servirse otra copa de coñac. Luego se dirigió al fondo de la tienda, donde una escalera de caracol conducía hasta el piso superior. Al ascender por los gastados escalones la escalera crujió peligrosamente, pero siguió subiendo imperturbable hasta alcanzar la cima. Allí, giró sobre sí mismo y contempló la librería. Las estanterías que se extendían debajo de él se parecían, con un poco de imaginación, a un laberinto de arbustos bien cortados, pero conocía demasiado bien su territorio como para perderse, de modo que su mirada pronto encontró la salida y se detuvo sobre las dos maletas que habían quedado abandonadas junto a la puerta.

Unas pequeñas arrugas y una expresión grave le oscurecieron de improviso el rostro, y sus ojos castaños parecieron observar regiones mucho más lejanas que la planta inferior. Pensativo, Luca levantó la copa e inhaló el aroma del coñac antes de tomar un sorbo y desviar la mirada de los dos cuerpos extraños, para concentrarse en las estanterías del pasadizo.

La luz de las vitrinas era suave y les confería a los volúmenes allí protegidos un brillo romántico y dorado. Detrás de los cristales, los libros estaban expuestos como pequeñas obras de arte, algunos abiertos con imágenes multicolores y fantasiosas descripciones de sus historias; otros cerrados, para exhibir la maestría artesanal con la cual se había confeccionado la encuadernación o el cuero curtido.

Luca caminaba a paso lento, con una mano sobre la barandilla del pasadizo y la otra aferrando la copa de coñac, y mientras hacía oscilar la bebida con delicadeza en pequeños círculos su mirada se detenía sobre el contenido de los armarios. Por lo general, nunca había cambios significativos entre las obras del piso superior; poca gente contaba con medios suficientes para comprarlos, y quienes los poseían, por regla general, adquirirían muy pocos ejemplares, especialmente elegidos para su colección.

Las obras nuevas procedían de forma casi exclusiva de compras de herencias, o bien, aunque con escasa frecuencia, de liquidaciones de bibliotecas.

Por eso Luca se quedó petrificado cuando su mirada acertó a recaer sobre un tomo específico. Frunció el ceño y apoyó la copa en la barandilla antes de inclinarse sobre el cristal para estudiar el ejemplar más de cerca. La encuadernación era en cuero negro con letras doradas, y los bordes del papel también estaban laminados en oro. Cuando estuvo lo bastante cerca, Luca abrió bien los ojos para leer el título y el nombre del autor. Resultó ser una edición muy cuidada de las Operette morali, de Giacomo Leopardi, en un estado óptimo y por supuesto en el idioma original: italiano, la lengua materna del librero.

El hombre se arrodilló y, visiblemente turbado, abrió la vitrina. Con manos temblorosas, tanteó buscando el bolsillo de su camisa, lo levantó, extrajo sus gafas y se las colocó. Con cuidado, como para no espantar a la codiciada presa, se inclinó hacia delante y cogió el libro con ambas manos. Una vez asegurado el trofeo, lo extrajo del mueble y lo giró asombrado ante sus ojos. Profundas arrugas aparecieron en su frente; se enderezó con un impulso repentino y miró a su alrededor, como si intuyese la presencia de alguien que le vigilara, algún espectador furtivo de este extraordinario hallazgo. Al no poder distinguir a nadie, volvió a dirigir la mirada al volumen que tenía entre sus manos, para abrirlo con sumo cuidado.

El hombre se arrodilló y, visiblemente turbado, abrió la vitrina. Con manos temblorosas, tanteó buscando el bolsillo de su camisa, lo levantó, extrajo sus gafas y se las colocó. Con cuidado, como para no espantar a la codiciada presa, se inclinó hacia delante y cogió el libro con ambas manos. Una vez asegurado el trofeo, lo extrajo del mueble y lo giró asombrado ante sus ojos. Profundas arrugas aparecieron en su frente; se enderezó con un impulso repentino y miró a su alrededor, como si intuyese la presencia de alguien que le vigilara, algún espectador furtivo de este extraordinario hallazgo. Al no poder distinguir a nadie, volvió a dirigir la mirada al volumen que tenía entre sus manos, para abrirlo con sumo cuidado.

En la cubierta pudo leer que se trataba de la primera edición, una circunstancia que, junto al año de impresión, 1827, justificaba su ubicación en El Cielo. El papel tenía una estructura fuerte, y con inmensa alegría dejó que sus dedos se deslizaran sobre la página. Luego levantó el libro hasta su nariz y lo olfateó. Poseía un aroma levemente condimentado, de algo que dedujo que tenía que ser laurel.

Con la cuidadosa minuciosidad de un investigador, siguió hojeando el libro hasta detenerse en un grabado, una lámina que representaba a la muerte con túnica y guadaña. La ilustración estaba muy lograda, y a pesar de examinarla con detenimiento, no pudo encontrar en ella ningún error de impresión. El aguafuerte, una técnica de grabado algo complicada, estuvo muy difundida durante el siglo XIX, y se distinguía por mostrar un mayor grado de definición y pureza en los detalles, mucho más refinados incluso que en las mejores xilografías. Por otro lado, se hacía imprescindible proceder con mucho cuidado, dado que la tinta se recogía en una cavidad de la lámina de cobre, mientras que el texto, por lo general, estaba moldeado en plomo y en relieve.

Luca pasó varias páginas, admirando con gran entusiasmo los otros grabados que contenía el libro. Sin embargo, al llegar a la última carilla, volvió a fruncir el ceño. Normalmente, era allí donde acostumbraba a colocar una etiqueta del tamaño de una tarjeta personal con el precio y el nombre de la tienda, pero, en este caso, la tarjeta faltaba. Le parecía raro que Iversen hubiese comprado una obra tan costosa sin consultarle, y más extraño aún le resultaba que exhibiese el ejemplar para la venta sin el precio, algo que contradecía por completo su minucioso modo de hacer las cosas.

Luca volvió a examinar detenidamente el local, como esperando a un imprevisto

comité de bienvenida que se presentara para desvelar el misterio, pero sólo unas cuantas personas estaban al tanto de su viaje y de su llegada, y aquéllas sabían muy bien que no había argumentos convincentes como para festejos.

Se encogió de hombros, abrió el libro por la mitad y comenzó a leer en voz alta. Las dudas desaparecieron de su rostro y fueron sustituidas por la alegría de leer en su lengua materna. Poco después levantó aún más la voz y dejó que las palabras inundaran los pasillos de la librería. Llevaba un tiempo sin leer en italiano, así que aún tardó un par de páginas antes de dar con el acento correcto y encontrarle al poema su verdadero ritmo. No había duda de que estaba disfrutando: los ojos le brillaban de felicidad y el entusiasmo expresivo marcaba un fuerte contraste con la melancolía del texto.

Duró sólo un instante. De golpe, la expresión de su rostro dejó de lado el entusiasmo para dar paso a la sorpresa. Entonces, vacilante, retrocedió dos pasos, haciendo que su cuerpo destrozara la vitrina que se encontraba a su espalda. Sin apartar los ojos del libro, siguió leyendo mientras llovían sobre él fragmentos de vidrio. Las pupilas dilatadas transformaron la sorpresa en terror; sus nudillos empalidecieron a causa de la presión con la que aferraba el volumen entre sus manos. Con movimientos tambaleantes, casi mecánicos, su cuerpo se inclinó hacia la barandilla y, al tomar contacto con ella, el temblor hizo que la copa de coñac se volcara rodando, para estrellarse contra el suelo de la planta inferior. La alfombra amortiguó el sonido del cristal al romperse.

La fuerza de la voz de Luca seguía sin disminuir, pero el ritmo era ahora irregular y frenético. El sudor perlaba la frente del anciano, y su rostro adoptó un color rosado por el esfuerzo. Un par de gotas descendieron por el puente de la nariz hasta la punta, y desde allí cayeron sobre el libro. El papel grueso absorbió las gotas de sudor como si fuese lluvia en el lecho de un río seco.

Luca abrió desmesuradamente los ojos, que se concentraban en el texto sin parpadear ni una sola vez, ni siquiera cuando cayeron sobre él las gotas de sudor. Las pupilas seguían implacables los renglones de las páginas y, aunque el hombre lo intentara, le resultaba imposible volver la cabeza: no podía hacer otra cosa que leer el libro que tenía entre sus manos. Todo su cuerpo comenzó a temblar violentamente y una sensación de dolor contrajo su rostro en una mueca macabra, transformando a aquel hombre, en otro momento de aspecto tan amable, en alguien que bien podía parecer un loco o un epiléptico en pleno ataque.

A pesar del esfuerzo físico, la voz de Luca continuaba flotando en el local, balbuceante y a veces interrumpida por una pausa, a la que seguía un torrente de palabras. Ya no había ritmo en lo leído, las frases eran masculladas y unidas sin observar las reglas gramaticales, y el acento en las sílabas era cada vez más casual con el incremento de la velocidad. Aunque resultaba posible reconocer cada una de las palabras, la pronunciación y su secuencia ya no eran comprensibles, y las frases que salían de las cuerdas vocales de Luca estaban despojadas de todo sentido. No

obstante, la lectura avanzaba a una velocidad enloquecida, y el torbellino de palabras era ahora sólo interrumpido por espantosas inhalaciones cada vez que los pulmones se quedaban sin aire. Al cabo de cada intento por respirar —lo cual producía una aguda estridencia—, las palabras y frases escapaban por la boca del librero con la fuerza de un caudal de agua que había permanecido momentáneamente estancado.

En ese momento, el cuerpo le temblaba con tanta fuerza que la barandilla a la cual estaba sujeto comenzó a vibrar haciendo crujir con violencia la estructura de madera. El sudor se deslizaba por todo su cuerpo, y en varios lugares se podía advertir su ropa empapada; sobre la alfombra, en torno suyo, las gotas del sudor formaban manchas oscuras.

De golpe, el torrente de palabras se detuvo y los temblores cesaron. Luca tenía todavía los ojos clavados en el libro que sujetaba entre sus manos, pero la expresión de pánico se había desvanecido. Una mirada apaciguada, tranquilizadora, conquistó de inmediato el rostro del italiano. Lentamente, inclinó el cuerpo sobre la barandilla, el libro se deslizó entre sus manos sudorosas y las páginas cayeron aleteando. La baranda crujía con peligrosidad bajo el peso, hasta que un tramo de ésta se partió con un estruendo y todo se llenó de astillas. Por un instante, el cuerpo de Luca permaneció detenido con firmeza en el borde del pasadizo, antes de derrumbarse y rodar sin vida hacia delante, para terminar desplomado en el suelo del piso inferior. En su viaje final, los desfallecidos miembros se agitaron sin control hacia los costados, derribando estantes y libros que acabaron por levantar una nube de polvo.

El cuerpo de Luca golpeó el suelo con dureza en un pasillo angosto, entre dos estanterías, y de inmediato quedó sepultado debajo de un montón de libros, madera y polvo.

CAPÍTULO

2

Cada vez que Jon Campelli debía comparecer ante el tribunal, la noche anterior dormía intranquilo, si es que lograba cerrar un ojo. Lo mismo le sucedió esa noche y al final acabó por rendirse; se levantó de la cama y se puso una bata de color azul oscuro. Se dirigió con paso lento hacia la cocina, y en la cafetera de émbolo se preparó una taza bien cargada de café, que tomó a pequeños sorbos mientras leía el manuscrito de su alegato final. Aunque ya había repasado las páginas varias veces la noche anterior, volvió a leerlas detenidamente, probando en voz alta algunas variantes de las mismas frases. De este modo, a las cuatro de la mañana, en el último piso del ático de Kompagnistrsede, se oía resonar una voz potente y clara que repetía hasta el infinito los mismos párrafos, una y otra vez, como si se tratara de un actor que ensaya su papel.

Unas horas más tarde, Jon recogió el periódico que esperaba fuera, ante la puerta principal, y lo hojeó mientras hacía el desayuno y bebía otra taza de café recién hecho. La declaración estaba al alcance de su mano, y varias veces interrumpió el repaso del periódico para volver a sacar el manuscrito y leer nuevamente un determinado pasaje antes de volver a las noticias del día y a su tostada.

Ninguno de sus colegas sospechaba la enorme cantidad de trabajo que solía dedicarle al alegato final, pero a pesar de su relativa juventud ya era reconocido por su gran profesionalidad. A los treinta y tres años, gozaba de una fama que lo convertía en un verdadero modelo para los otros abogados defensores, a la vez que resultaba un desafío para sus contrincantes y era objeto de infundada desconfianza entre la jerarquía de los jueces más viejos.

Por eso, las presentaciones de sus casos ante el tribunal generalmente se veían muy concurridas; era muy probable que un nutrido grupo de espectadores apareciera por la sala aquel día, aunque el éxito ya parecía estar asegurado de antemano. El cliente de Jon, un inmigrante de segunda generación cuyo nombre era Muhammed Azlan, había sido acusado de tráfico de objetos robados, y al igual que las tres denuncias anteriores en su contra por el mismo cargo, también ésta resultaba infundada. Ya comenzaba a parecer un caso de persecución policial, pero Muhammed se tomaba el asunto con asombrosa tranquilidad y se sentía satisfecho intentando dar el golpe por la vía judicial, o sea, exigir una buena indemnización por daños y perjuicios.

Jon bebió el resto del café y se dirigió al baño. Abrió el grifo del agua caliente de la ducha. Dejó caer la bata al suelo y mientras esperaba a que el agua alcanzase la temperatura deseada observó su cuerpo en el espejo. Con los dedos pulgar e índice, apretó los michelines que se le dibujaban a los costados, como si fuesen vejigas que se hubieran inflado en el curso de la noche. Cinco años antes su abdomen era plano como una tabla de lavar, pero de un modo extraño, casi imperceptiblemente y sin que pudiera hacer nada para evitarlo, las marcas de un cuerpo trabajado se fueron borrando de forma gradual, como por efecto de una constante pleamar.

Mientras estaba bajo la ducha, sonó su móvil. Jon se enjuagó el champú y terminó con el resto de su ritual matutino antes de comprobar la llamada. Era de Muhammed. En el mensaje, su cliente le explicaba con el habitual tono distendido que había vendido sus «ruedas» y por eso necesitaba algún medio para poder llegar a los tribunales. Cuando Jon contestó la llamada, el número le dio ocupado, de modo que se conformó con dejar un mensaje diciendo que estaba de camino.

Fuera llovía. Jon corrió con pasos rápidos hacia su coche, un Mercedes SL gris metalizado, y arrojó su maletín sobre el asiento del acompañante, incluso antes de que él mismo diera un salto al interior del vehículo tratando de protegerse de la lluvia. A través de los cristales mojados, el mundo exterior parecía a punto de fundirse: figuras ataviadas con impermeables de vivos colores se mezclaban hasta el punto de parecer seres fantásticos de algún dibujo infantil. Los limpiaparabrisas se pusieron en marcha tan pronto encendió el coche, y el agua comenzó su trabajo: las criaturas fantásticas desaparecían para ser reemplazadas por daneses malhumorados que avanzaban fatigosamente a través de la lluvia o bien se aglomeraban debajo de los toldos en busca de refugio.

El tráfico en dirección a Norrebro, en parte debido a las malas condiciones meteorológicas, se movía con mucha lentitud; Jon consultó su reloj varias veces. Llegar tarde a un juicio no era un buen punto de partida, ni siquiera cuando uno tenía el triunfo en el bolsillo: para él, la puntualidad era casi una cuestión de honor. Por fin, pudo abandonar Áboulevarden y girar hacia Griffenfeldsgade, para luego seguir hasta Stengade, donde vivía Muhammed. El edificio era un complejo de viviendas populares, una de esas estructuras de hormigón armado, cubierto de ladrillos rojos y con un pequeño jardín o un balcón para cada apartamento. Entre los edificios había un gran patio, con el césped cortado, juegos infantiles cuarteados por la intemperie y bancos desteñidos por el sol.

El apartamento de la planta baja había convertido a Muhammed en beneficiario de un jardín de seis metros cuadrados rodeado por una reja entrelazada de un metro y medio de alto, color verde alga, que en sus orígenes parecía haber sido blanca. Para entrar, las visitas de Muhammed debían usar siempre la puerta que daba al «parque», como le gustaba llamar al jardín, de modo que Jon atravesó el patio y cruzó por el chirriante acceso. Sobre el césped estaban desparramados cartones vacíos, cajas de leche y paletas, nada de lo cual servía ya a su primitivo propósito y únicamente

esperaban a que el encargado apremiase a Muhammed para que hiciera desaparecer toda aquella basura de allí.

Un respiradero que corría a lo largo de los muros exteriores lo protegió de la lluvia, al tiempo que servía también como segundo almacén para varias cajas, bidones y hasta un contenedor con galletas para perro en bolsas de veinte kilos.

Jon golpeó la ventana del salón y no tuvo que esperar mucho antes de ver aparecer a Muhammed detrás del cristal, vestido solamente con calzoncillos, camiseta, y lo más importante de todo: el móvil con auriculares. En perfecta sintonía con su estilo a la moda, la camiseta anunciaba con grandes letras sobre el pecho: «Extracomunitario». Muhammed disfrutaba explotando los prejuicios más estereotipados con pequeñas provocaciones. Ya se había transformado en una especie de afición realizar algunas operaciones punzantes contra la Dinamarca del Ekstrabladet^[1], como acostumbraba a decir. Su comportamiento no obedecía ni a la amargura ni al enfado al que algunos inmigrantes parecían propensos, sino que lo entendía simple y llanamente como un sano divertimento en el que ponía en juego su autoironía.

La puerta del salón se abrió y, sonriendo, Muhammed agitó las manos invitando a Jon a entrar, mientras seguía la conversación a través de los auriculares. El idioma era, por lo que el abogado lograba entender, turco. La habitación en la que estaban le servía a Muhammed para tres propósitos diferentes: era sala, oficina y almacén. Aunque, en ocasiones, parecía también que el propietario utilizara ese espacio como sauna. En cualquier caso, siempre hacía mucho calor, probablemente para que Muhammed pudiera llevar en cualquier época del año sólo calzoncillos y camiseta.

Muhammed se definía profesionalmente como un «jugador de concursos muy competitivo». Le gustaba aplicar esa denominación para presentarse y, sin duda, ayudaba a darle una nota más romántica a su trabajo de lo que justificaba su carácter. Con la apertura general de internet, muchas empresas se dieron cuenta de que un buen medio para atraer visitantes a sus páginas web era organizar alguna especie de concurso, o bien una lotería, a partir de la cual los participantes podían ganar productos, dinero, viajes y muchas otras cosas. También hubo ediciones electrónicas de rasca y gana y juegos de casino, que se convirtieron en atractivos eficaces. Como la mayoría de estos concursos están abiertos a todos, sin importar el lugar del mundo en donde se encuentre el participante, hay acceso a una infinidad de posibilidades y se añaden nuevas oportunidades a cada segundo.

En no pocas ocasiones Muhammed vivió, casi literalmente, de participar en todos los concursos y juegos que se le presentaban, sin importarle demasiado cuál era la recompensa que podía obtener. Si no sabía qué hacer con los premios, los iba revendiendo —si no le servían para nada—, y por ello su hogar se parecía más a un almacén, atiborrado como estaba con cajas de cartón que contenían los artículos más dispares: productos de limpieza, diversos alimentos para el desayuno, patatas fritas, juguetes, golosinas, vinos, refrescos, café, artículos de higiene y algunos objetos más

aparatosos, como un congelador horizontal Atlas, una cocina eléctrica de la marca Zanussi, una bicicleta estática, una canoa fija de remos y dos parrillas de forma esférica marca Weber. Desde fuera, podía parecer el almacén bien equipado de un perista, y ésa era la razón por la cual lo acusaban tan a menudo de tener en su apartamento un escondite de objetos robados.

—¿Qué tal, jefe? —exclamó Muhammed, estrechando la mano de Jon.

Aparentemente, parecía haber terminado su conversación telefónica, pero jamás se podía estar seguro del todo, ya que casi nunca se quitaba los auriculares.

Jon le estrechó su mano.

—Yo estoy listo —dijo, mientras hacía un gesto con la cabeza hacia el cuerpo a medio vestir de Muhammed—. ¿Y qué me dices de ti?

—Eh, no pasa nada, no tengo más que sentarme y parecer inocente —contestó Muhammed, alzando las manos hacia delante, a la defensiva.

—Quizá sea más adecuado que te cambies esa camiseta —propuso Jon, sarcástico.

Muhammed sacudió la cabeza.

—Es lo que estaba a punto de hacer. Mientras tanto, siéntate, no tardaré nada más que un nanosegundo.

El hombre dejó el salón y el abogado buscó con la mirada un lugar donde sentarse. Apartó una caja con comida enlatada de un sofá de cuero marrón y se acomodó con su maletín en el regazo. En el otro extremo de la habitación, en una gran mesa de comedor que Muhammed utilizaba también como escritorio, estaban alineados en fila tres ordenadores portátiles, como si fuesen lápidas sepulcrales. Detrás de la mesa había una silla de oficina que tenía el tamaño de un sillón de dentista, y a juzgar por las numerosas palancas contaba con las mismas posibilidades de uso.

—¿Qué pasa con la causa por daños? —gritó Muhammed desde el dormitorio.

—No resulta muy conveniente presentarla antes de que hayamos ganado —gritó Jon como respuesta.

Muhammed apareció en la puerta, transformado por completo gracias a un traje negro con camisa blanca y zapatos brillantes. Se estaba anudando una corbata gris, pero los desacostumbrados movimientos dificultaban el proceso.

—Pero esta vez podremos obtener una bonita suma —continuó Jon, apuntando con el dedo hacia el rostro de Muhammed.

Éste finalmente desistió en su lucha y arrojó la corbata a un lado.

—Sí, esta vez van a tener que soltar muchos^[2] euros —dijo, tocándose una ceja—. ¿Cuánto gana por hora un *sparring* de boxeo?

Por toda respuesta, Jon se encogió de hombros.

En el último registro policial, se habían presentado seis agentes que entraron en el apartamento forzando la puerta principal, sin saber que el acceso estaba lleno de cajas de tomate en lata, pañales Pampers, pequeños electrodomésticos y vino. Obviamente,

los agentes ignoraban que, por esa razón, los visitantes siempre entraban por la puerta del jardín, de modo que interpretaron el desorden como un intento de bloquear la puerta, lo cual hizo que el arresto fuera considerablemente más violento de lo que resultaba razonable. Al arrojarlo al suelo, a Muhammed le hicieron una fisura en dos costillas y le reventaron una ceja. La situación se puso peor, porque ocho amigos del vecindario de Muhammed llegaron corriendo y, según la versión de la policía, se comportaron de manera tan amenazante que tuvieron que pedir refuerzos.

Al día siguiente, un periódico de la mañana había proclamado en grandes titulares: «Una exitosa operación descabeza una organización de peristas turcos». Aunque la sentencia más tarde demostraría otra cosa, ninguno de los dos esperaba una palabra de disculpas y mucho menos un desmentido en el mismo periódico.

Muhammed se acomodó el cuello de la camisa y alargó los brazos.

—¿Estoy bien?

—Guapísimo —comentó Jon, y se levantó—. ¿Nos vamos ya?

—Un momento —exclamó Muhammed—. No puedo dejarte ir sin hacerte una oferta de amigos. —Se acercó a una pila de cajas y abrió la de más arriba—. ¿Qué te parece un par de libros fantásticos? —preguntó, al tiempo que extraía algunos y se los alcanzaba a Jon—. Te los dejo a un buen precio.

A juzgar por lo que dejaban ver las portadas, se trataba de novelas rosa de la peor clase, de modo que Jon sonrió y sacudió la cabeza.

—No, gracias. Ya casi no leo. —Y golpeándose la sien con el dedo índice, agregó—: Recibí una sobredosis de niño.

—Hummm —gruñó Muhammed, decepcionado, y tiró los libros de vuelta a la caja—. También hay algunas novelas policíacas, incluso, si no recuerdo mal, tengo un par de *thrillers*, de esos con juicios y todo. ¿Podrían interesarte? —preguntó mirando de soslayo a Jon, pero el abogado no cambió de opinión.

—¿Y qué te parecen los Tampax? —volvió a preguntar ansioso Muhammed—. Bueno, claro, para tu mujer —añadió antes de estallar en una estrepitosa carcajada—. Gané el correspondiente al consumo de un año en una revista femenina. El primer premio era un viaje a Tenerife. —Se encogió de hombros—. No se puede ganar siempre, pero lo mejor es que cuando vengan a dejarlos, hoy por la tarde, sacarán una foto del afortunado ganador para el próximo número. —Se puso las manos por detrás de la nuca y comenzó a realizar movimientos circulares con la pelvis—. Entonces voy a ser modelo.

Se rió de nuevo.

—Tu consumo anual debe de ser casi insignificante —dijo Jon, riendo—. Pero muchas gracias. Por el momento no tengo mujer.

—No lo entiendo —exclamó Muhammed, sacudiendo la cabeza—. Con tu aspecto de amante latino no deberías tener problemas en ese sentido.

Jon se encogió de hombros. Su tez no era tan oscura como la de Muhammed, aunque tenía una tonalidad insólita para ser danés y, por si fuera poco, tenía el cabello

negro como el carbón. Al ser medio italiano, era un poco más alto —un metro ochenta— y más claro de lo que se podía esperar, y puede que por ello jamás había sufrido experiencia alguna de racismo, menos aún del sexo opuesto.

Muhammed chasqueó los dedos y se precipitó detrás de la pantalla del monitor, y mientras aferraba el ratón con una mano, con la otra comenzó a golpear un par de teclas.

—También puedo conseguirte mujeres, ¿sabes? Este concurso lo convoca un club nocturno de Copenhague, y su premio principal es una noche con... ¿cómo se llamaba...?

—¡Oye, oye, detente! —exclamó Jon—. Tampoco estoy tan desesperado.

Muhammed se encogió de hombros y se dejó caer en el sillón, que lo abrazó de inmediato.

—Bueno, avísame cuando quieras. Lo he arreglado con el agente de su página de internet.

Muhammed se había diplomado en Informática, pero, como muchos otros inmigrantes de segunda generación, no había conseguido trabajo en esta especialidad que, paradójicamente, en general necesitaba mano de obra. A pesar de ser un programador en extremo competente, debía admitir que su nombre tenía más peso que su capacidad, y que la mejor manera de progresar era hacerse independiente. Ponerse a hacer *pizzas* era una perspectiva demasiado estereotipada, incluso para Muhammed, de modo que decidió que iba a participar en los concursos, una actividad que le otorgaba no sólo la libertad necesaria para explotar sus habilidades, sino también la posibilidad de disfrutar con su talento para desarrollar «agentes».

Los «agentes» de Muhammed eran pequeños programas informáticos ideados para compilar los módulos de participación a los concursos y las inscripciones que encontraba en internet. Le bastaba con instruir a un «agente» y éste repetía obediente todo el procedimiento, emitiendo nombres y referencias de su lista de correo para aumentar de este modo sus posibilidades de ganar. La agenda de su lista incluía direcciones de familiares, amigos, conocidos, vecinos y quienquiera que se dejase convencer, entre ellos Jon, que un día había recibido la llamada de una secretaria de una importante cadena de juguetes que, llena de entusiasmo, le anunció que había ganado un cochecito para niños con ruedas adaptadas para terrenos difíciles y capota desmontable.

Como compensación por figurar en su agenda, Muhammed les ofrecía a todos aquellos que prestaban sus nombres algunas de las mercancías que no podía vender o bien una buena rebaja en cualquier producto que amontonaba en su almacén. Muhammed se liberó del abrazo del sillón y cabeceó hacia la puerta.

—Bueno, ¿vamos a terminar con esto?

Abandonaron el apartamento y corrieron bajo la lluvia hacia el coche de Jon.

—¿Qué ha pasado con tu Peugeot? —preguntó Jon cuando estaban sentados en el Mercedes ya rumbo al juzgado.

—Finalmente me libré de él. Por desgracia, tuve que rebajar bastante, saqué la mitad de lo que pedía en un principio. —Muhammed hizo una mueca—. No hay mucha gente que tenga el coraje de hacer negocios con un persa^[3].

—Pero no está mal como salario por hora, ¿no?

—No, en absoluto. En compensación, tuve que tirar a la basura dos palés de copos de maíz caducados. Pero sumando todo, no me puedo quejar.

—Entonces ¿qué es lo que comes? —preguntó Jon riendo.

—Bueno, víveres no me faltan. Hace dos semanas gané cincuenta envases de comida rápida de Tulip, de modo que ya terminé con el desayuno nocturno.

Como era de esperar, la sala del juzgado estaba repleta. Buena parte de la concurrencia eran amigos de Muhammed, pero también estaban presentes muchos de los colegas y conocidos de Jon de sus tiempos de estudiante en la universidad. En esta fase de la causa todos esperaban las conclusiones finales, las cuales tendrían influencia sobre los últimos interrogatorios, llevados a cabo de forma rutinaria, sin un gran compromiso por ninguna de las partes. Por fin, los jueces parecían dispuestos a girar, al menos mentalmente, los pulgares. El veredicto lo dictaría un cuerpo colegiado de cinco jueces, un sistema que Jon no veía con buenos ojos. Se sentía mejor ante un jurado completo, que no estuviese prevenido contra juicios anteriores o incluso contra Jon en persona.

El fiscal, un hombre delgado y calvo con una voz amodorrada, realizó un alegato muy mesurado, con lo cual a nadie le quedaban dudas con respecto al resultado del fallo. No existían evidencias determinantes de nada, y las restantes hipótesis y conjeturas sobre las actividades como perista de Muhammed eran, en el mejor de los casos, dudosas.

Un silencio sepulcral invadió la sala cuando le pidieron a Jon que diese comienzo a su alegato final.

Lentamente, se levantó de su sitio y compareció ante los jueces. Muchos de sus colegas improvisaban, pero él prefería otro método. Su exposición había sido escrita palabra por palabra en las hojas que sostenía en la mano, y era excepcional que se apartara de su manuscrito.

Jon comenzó a leer, pero al público no le sonaba como una lectura en voz alta de un texto escrito: es más, muchos ni siquiera advirtieron que consultaba constantemente sus papeles. El truco consistía en una combinación de varias técnicas que había desarrollado con el tiempo. Por ejemplo, el texto estaba subdividido de manera tal que podía utilizar las pausas naturales para dar la vuelta a la página, y los párrafos estaban estructurados de forma que pudiese encontrar rápidamente el lugar en el texto después de haber dirigido la mirada a otro sitio. También había ideado métodos para mirar de reojo a los papeles sin que pudieran percibirlo, ya fuese a través de miradas discretas o bien con gestos ampulosos, como haría cualquier

ilusionista.

El propósito de la meticulosa fase preparatoria y la constante consulta al texto apuntaba a quejón, durante la lectura, podía concentrarse en la interpretación. Aunque el contenido no sufría sustanciales variaciones, siempre podía acentuar el tono en relación con sus espectadores, destacar unos párrafos y moderar otros, reforzar o debilitar un punto de vista.

La única vez que había intentado explicar su técnica a un colega, la había comparado a la labor de un director de orquesta. En su caso, el instrumento no era otro que él mismo, pero podía aumentar o disminuir los efectos de acuerdo a las necesidades y circunstancias, exactamente como un director de orquesta puede modificar la interpretación de una pieza musical. El colega le miró como si estuviese loco, y desde entonces Jon jamás había intentado explicar o difundir su método, aunque hasta el momento nunca lo había abandonado.

Tampoco esta vez el efecto se hizo esperar. En poco tiempo, la atención de todos se dirigió hacia él, y el estado de ánimo general podía leerse en las expresiones de satisfacción que transmitían los rostros de los amigos de Muhammed, así como en los imperceptibles signos de aprobación de los colegas de Jon. Aun a espaldas de su audiencia, Jon podía percibir el apoyo, como si jugase en casa. Los jueces se inclinaron hacia delante: la indiferencia se había desvanecido, y sus miradas seguían con atención el comportamiento del abogado. En contraposición, el fiscal se hundió cada vez más en su sillón y manipuló indeciso sus papeles sobre la mesa que tenía delante. La derrota se le notaba en el rostro, y Jon se tomó la libertad de dar a su versión del incidente con la policía un tono descaradamente irónico, lo cual causó una gran hilaridad en la sala.

De pronto, todo había terminado. Jon leyó la última frase y se quedó en silencio un instante, antes de doblar sus papeles y volver a su sitio acompañado por el aplauso espontáneo de la audiencia, hasta que el juez se vio obligado a llamar al orden. Su cliente le dio unas palmadas en el hombro.

—El auténtico estilo Perry Mason —susurró Muhammed con una sonrisa.

Jon le respondió aprobando con los ojos, pero conservó su expresión neutra.

Los jueces se retiraron a deliberar, mientras que el resto de la audiencia salía, lentamente y con renuencia, como los compañeros de una clase después de una excursión. El fiscal se acercó titubeante hacia su adversario y le estrechó la mano haciendo un gesto de aprobación con la cabeza. Al tiempo que Muhammed se reunía con sus amigos, que lo recibieron ruidosamente, Jon agrupaba sus papeles distribuidos en dos ordenados montones.

—Felicidades, Campelli —exclamó una voz ronca detrás de él.

Notó al mismo tiempo una palmada en el hombro. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Frank Halbech, uno de los tres dueños del despacho de abogados para el que trabajaba.

Igual que Jon, vestía un traje negro —un Valentino, según pudo apreciar—; pero

era la manicura lo que revelaba que el hombre no estaba atiborrado de trabajo: para eso contaba con gente que lo hacía por él. Se había asociado al bufete hacía cinco años, a los cuarenta y cinco, y a juzgar por su apariencia, no resultaba difícil advertir que la mayor parte del tiempo lo invertía en peluquerías, solarios y gimnasios.

—Un caso banal, pero bien montado —dijo Halbech, tendiéndole la mano, que Jon aceptó. Halbech se inclinó hacia él sin soltársela—. Steiner se está viniendo abajo —murmuró, señalando en dirección al fiscal.

Jon asintió.

—Este caso nunca debería haber llegado a los tribunales —dijo el joven, también en un susurro.

Halbech se enderezó, soltó la mano de Jon y dio un pasito atrás como para examinarlo. Los ojos, de un gris azulado, observaban detenidamente a Jon, mientras una sonrisita se dibujaba en sus labios.

—¿Qué te parece un buen desafío, Campelli? Un caso que sería como el peine para tu cabello.

—¿Por qué no? —replicó Jon sin dudar.

Halbech aprobó satisfecho.

—No esperaba otra respuesta. Creo que eres un hombre que se atreve con los grandes desafíos, alguien capaz de imponerse cuando resulta necesario. —Apuntó a Jon con la mano, como si fuera una pistola—. El caso Remer. Es tuyo. —Le dirigió una amplia sonrisa—. Ven a verme a mi despacho mañana y hablaremos.

Antes de que Jon tuviese tiempo de reaccionar, Halbech ya se había dado la vuelta y se dirigía hacia la salida con paso decidido.

Algo aturdido, el joven abogado lo siguió sorprendido con la mirada, hasta que un hombre bajo y fuerte, de traje gris claro, se le colocó delante, bloqueándole la visión.

—Vaya, ¿ése era Halbech? —preguntó el sujeto, mirando alternativamente a Jon y a un Halbech que ya se alejaba.

Se trataba de Anders Hellstram, un colega de Jon cuya especialidad eran las causas de tráfico y sentía una debilidad especial por los *pubs* irlandeses y la Guinness.

—Sí, el mismo —contestó Jon, distraído.

—Increíble. No recuerdo cuándo lo vi por última vez en una sala —dijo Hellstram, impresionado—. ¿Y a qué ha venido?

—En realidad, no estoy muy seguro —respondió Jon, reflexivo—. Pero me ha asignado el caso Remer.

Hellstram lo observó, incrédulo.

—¿Remer? —Silbó bajito, y le lanzó a Jon una mirada compasiva—. Su intención puede ser cubrirte de oro o matarte.

—Gracias por el apoyo —le dijo Jon en tono sarcástico, sonriendo un poco de lado.

—Espera a que los otros se enteren —dijo Hellstrem, frotándose las manos y

mirando a su alrededor—. Por lo demás, un excelente caso, el alegato final ha sido endemoniadamente bueno, Jon —añadió antes de darse la vuelta y dirigirse al extremo más alejado de la sala, donde estaba reunido un grupo de colegas.

Jon necesitaba aire fresco. Sentía que los ojos de todo el mundo se dirigían hacia él, a pesar de que su actuación había terminado. Se abrió camino hacia la salida seguido de felicitaciones y palmadas en la espalda. Poco después ya se encontraba fuera, en la escalinata del juzgado. La lluvia había cesado; algunos huecos entre las nubes, de un gris claro, dejaron entrever pequeños fragmentos de cielo azul. Se llevó las manos a los bolsillos y respiró hondo.

El caso Remer era un proceso abierto por desmantelamientos empresariales a gran escala. El protagonista, Otto Remer, había sido acusado por lo mismo en al menos ciento cincuenta empresas en el transcurso de algunos años. No había duda alguna respecto a que la operación fuese, desde un punto de vista ético, controvertida —por decirlo de alguna manera—, pero lo que no podía afirmarse tan ligeramente es si resultaba ilegal. El proceso ya llevaba más de tres años, y entre los empleados era frecuente una broma muy extendida: la cantidad y complejidad de información había alcanzado proporciones tales que el caso se había vuelto presuntuoso y decidió vivir su propia vida.

Solamente los legajos ocupaban un archivo entero, e incluso los distintos abogados que se habían encargado del caso tenían para ellos una «celda especial Remer», donde podían trabajar sin ser interrumpidos.

Era un típico caso «se hunde o se salva» y, hasta el momento, todos los asesores jurídicos que habían intentado medir sus fuerzas con él habían sucumbido. Con seguridad, un final exitoso llevaría consigo una oferta para asociarse al bufete. Al menos, ése era el rumor que corría entre el círculo de los abogados.

La montaña de documentos y la complejidad de la causa no eran los únicos desafíos que ésta mostraba. También el sujeto involucrado, Otto Remer, era, según afirmaban algunos, algo así como una bonita cruz. Varios colegas terminaron por desistir de colaborar con él, ya que no sólo no simpatizaba con los abogados, sino que además siempre se había mostrado reacio a entregar la documentación de sus transacciones. Se comportaba como si no comprendiese la gravedad de la acusación, hasta el punto de no dejar ni siquiera de irse de vacaciones para esquiar, ni de hacer viajes de negocios aun en las fases más críticas del proceso.

El aire continuaba húmedo y fresco después de la lluvia. Jon se estremeció dentro de su chaqueta ligera. Dos hombres en mangas de camisa salieron del edificio para fumar. Encendieron sus respectivos cigarrillos, a los que daban ávidas caladas mientras caminaban con pasitos nerviosos para entrar en calor.

Un móvil sonó y, automáticamente, Jon alcanzó el suyo en el bolsillo interior de la chaqueta. No era su teléfono, pero pudo comprobar que había recibido tres llamadas del mismo número en el transcurso de la mañana. Sin mirar la pequeña pantalla, marcó la acostumbrada combinación de teclas que le dieron acceso a su

buzón de voz.

Escuchó con creciente asombro el mensaje grabado. Era de un comisario de la brigada criminal, Olsen, que con tono impersonal le notificaba que tenía cierta información que transmitirle sobre su padre, Luca Campelli. Jon frunció el entrecejo.

A pesar de que estaba acostumbrado a recibir llamadas de la policía, no podía llegar a comprender qué relación podía tener ese mensaje con su padre.

Antes de que pudiese devolver la llamada, un oficial de justicia salió por la puerta principal para buscarlo. Los jueces ya tenían su veredicto.

En una sala ahora semidesierta, los jueces anunciaron lo que ya todo el mundo sabía: no había acusaciones fundadas contra Muhammed y, por lo tanto, quedaba libre de todas las acusaciones en su contra. Los amigos de Muhammed que todavía estaban presentes festejaron la sentencia con un grito, y el propio Muhammed aferró la mano de Jon y comenzó a sacudirla con fuerza.

—Bien hecho, picapleitos —le dijo complacido.

Jon volvió a sonreírle e hizo un gesto de agradecimiento en dirección a la audiencia exaltada.

—¿Quieres que te lleve de vuelta a casa o vas a celebrarlo con tu club de fans?

—Si de todos modos vas por ese camino, voy contigo —le dijo su cliente—. Algunos todavía tenemos que trabajar.

Jon comenzó a recoger sus papeles. Varios colegas y conocidos se le acercaron para felicitarlo por el resultado y se vio obligado a declinar varias invitaciones para almorzar. Normalmente, era él quien invitaba a comer después de una victoria, pero no se sentía con la energía necesaria. El encuentro con el titular del bufete había sido lo suficientemente extraño como para concentrarse en celebraciones.

Muhammed parecía haberse percatado de su estado de ánimo, y ya en el coche exclamó, golpeándole el hombro:

—¡Eh, ganamos!

—Sí, discúlpame —le respondió Jon con una sonrisa—. Creo que estoy un poco cansado. Muhammed se conformó con esta explicación y empezó a hablar de la nueva demanda por daños y perjuicios: cuánto dinero podían pedir por la puerta estropeada del apartamento, la compensación por su ceja reventada, y si en la indemnización podía considerarse también las manchas ocasionadas a su reputación en el barrio.

Jon contestaba lacónicamente, con frases breves, mientras se dirigía hacia Norrebro. Cuando casi habían llegado, sonó su móvil; Jon se acomodó el auricular para responder y dio entrada a la llamada. Al otro lado se presentó el inspector Olsen y le explicó el asunto. Jon escuchó su voz monótona, respondiendo con monosílabos, como dando a entender que todavía estaba al otro lado de la línea.

Cuando la conversación terminó, se quitó el auricular y un suspiro escapó de sus labios.

—¿Otro fan? —preguntó Muhammed, mirándolo de reojo.

Jon sacudió la cabeza.

—No exactamente. Mi padre ha muerto.

CAPÍTULO

3

Luca iba a ser enterrado en el cementerio Assistens de Copenhague, entre los grandes autores daneses, tal como él había vivido, rodeado por sus obras.

Jon llegó en el último momento, y fue recibido por un Iversen obviamente nervioso, que se encontraba de pie sobre el camino de grava, fuera de la capilla, esperándolo. Jon reconoció de inmediato al fiel y antiguo colaborador de su padre en Libri di Luca. Habían hablado por teléfono algunos días antes. Fue Iversen quien encontró en la tienda aquella mañana el cuerpo sin vida de Luca, a causa de un infarto, aparentemente; y también fue él quien tuvo que ocuparse de todas las cuestiones prácticas para el entierro. Siempre había destacado por ser un tipo eficiente, y se hacía cargo de casi cualquier tarea con dedicación y de buen grado.

De niño, cuando Jon visitaba la librería, siempre se las ingeniaba para convencer a Iversen de que le leyera alguna historia, si Luca no tenía tiempo o estaba fuera del establecimiento. En los últimos quince años, el cabello del hombre se había vuelto más blanco, sus mejillas más rechonchas y los cristales de sus gafas más gruesos, pero se acercó a Jon con la sonrisa afable de siempre a grandes zancadas y el portafolios bajo el brazo.

—Qué placer verte —le dijo Iversen con un cálido apretón de manos.

—Hola, Iversen, cómo ha pasado el tiempo —respondió Jon.

—Sí, ya veo que has crecido mucho, muchacho —afirmó con una risita—. La última vez que nos encontramos, no eras más alto que la enciclopedia Gyldendal de cuatro tomos. —Soltó la mano de Jon y la colocó con la palma abierta sobre el hombro, para subrayar cuánto había crecido—. El funeral está a punto de comenzar —añadió con una sonrisa de disculpa—. Tendremos que hablar después. —Su mirada asumió una expresión solemne—. Es muy importante que lo hagamos.

—Desde luego —dijo Jon, dejándose llevar hacia la capilla.

Para su sorpresa, el lugar estaba casi lleno. Los bancos de la iglesia estaban ocupados por gente de todas las edades, desde críos que gimoteaban prendidos al cuello de sus madres hasta ancianos tan llenos de arrugas que parecía que la ceremonia bien podría haber sido preparada para ellos. Por lo que Jon sabía, el único contacto de Luca con el resto del mundo, aparte de la librería, era un círculo de amigos compuesto por compatriotas suyos, pero, a primera vista, aquel grupo heterogéneo no parecía tener orígenes italianos.

Las miradas de todos, acompañadas por un murmullo creciente, siguieron a los dos hombres que recorrían la nave central y fueron a sentarse en los dos asientos libres de la primera fila. Ante el altar descansaba un ataúd blanco rodeado por coronas y ramos de flores, que desbordaban por el pasillo como un río de colores. La corona que Jon le había pedido a su secretaria que enviase estaba sobre el ataúd. La cinta decía, simplemente, «Jon».

Tras tomar asiento, Jon se inclinó hacia Iversen.

—¿Quién es toda esta gente?

Iversen vaciló un momento antes de responder.

—Amigos de Libri di Luca —susurró.

Jon no parecía dar crédito a lo que veía.

—El negocio debe de ir bien —dijo en voz baja, mirando a su alrededor.

Calculó que habría aproximadamente cien personas reunidas en aquella capilla.

Aún podía recordar a los clientes habituales de cuando era niño, pero el hecho de que fueran tantos y se sintieran en el deber de participar en el funeral le había causado una enorme sorpresa. Los clientes que mejor recordaba eran tipos extraños, excéntricos con vidas estrambóticas, que gastaban su dinero en libros y catálogos en vez de comida y ropa. Ellos podían vagar por la librería durante horas sin comprar nada, y muchas veces volvían al día siguiente, o dos días más tarde, para inspeccionar los mismos estantes y los mismos anaqueles, como si quisieran controlar el momento en que los frutos estuviesen maduros, preparados para ser recogidos.

Un sacerdote envuelto en una túnica bordada entró en la capilla y se dirigió hacia el púlpito, ubicado al otro lado del féretro. Los murmullos se desvanecieron y la ceremonia comenzó. El sacerdote balanceó el incensario hacia los presentes, difuminando el sutil aroma por toda la capilla. Luego, la voz serena del oficiante llenó el aire con palabras sobre refugios y treguas, sobre el sentido de pertenencia y saber dar a los demás experiencias placenteras, y también sobre los valores fundamentales de la vida, como el arte y la literatura.

—Luca era un garante de estos valores —salmodió el sacerdote—. Un hombre magnífico, generoso, conformado por la calidez, el conocimiento y la hospitalidad.

Jon miraba fijamente en línea recta. A sus espaldas podía percibir las expresiones abatidas de los demás, los sollozos apenas audibles y las lágrimas que sin duda derramaban. Pero sus propios ojos estaban secos. Recordó otro entierro, vivido de modo completamente diferente: un funeral celebrado cuando él era un muchacho de apenas diez años y del que había sido sacado de la iglesia por una tía lejana que intentaba consolarlo en medio del cortante frío del invierno. Entonces habían sepultado a su madre, fallecida siendo aún demasiado joven, según la opinión de todo el mundo. Todas sus preguntas tuvieron que esperar muchos años en busca de respuesta, limitada sobre todo a la verdad pura y dura de las causas de la muerte: Marianne, la esposa danesa de Luca y madre de Jon, se había suicidado arrojándose por la ventana desde un quinto piso. No sabía si a causa del frío que imperaba fuera

de la iglesia o simplemente por su propia desesperación, su llanto se transformó en un desgarrador tartamudeo que se hizo incontenible; lo cierto es que aquella sensación de ahogo ya no lo abandonaría. Desde entonces, no había vuelto a un entierro.

Siguiendo la invitación del sacerdote, la congregación cantó un par de himnos seleccionados antes de que Iversen tomara la palabra. El fiel colaborador y más cercano amigo de Luca recogió un montón de libros que tenía bajo su asiento y se levantó. Sorteó las coronas del suelo y continuó su camino al púlpito. Una vez allí, sostuvo el montón de volúmenes un par de centímetros por encima de la superficie y los dejó caer con un golpe estrepitoso. El gesto provocó risas aisladas y, finalmente, después de los ampulosos himnos, el ambiente se distendió.

El discurso de Iversen resultó un alegre adiós al hombre con quien había vivido los últimos cuarenta años. Salpicó su alocución con anécdotas sobre su amistad y, de paso, las obras que él había aportado. Al igual que cuando le leía historias al pequeño Jon, Iversen logró captar la atención de su público con una animada lectura de *La Divina Comedia*, sin duda uno de los libros favoritos de Luca. Luego prosiguió con extractos de los grandes clásicos, que los presentes parecían conocer de memoria. Aunque Jon nunca había leído estas obras, se sintió igualmente conmovido por las interpretaciones de Iversen: en su imaginación afloraron imágenes sugestivas, como la fascinación que le provocaba de niño sentarse en el regazo de Iversen, en la vieja silla de cuero de *Libri di Luca*, para escuchar historias de vaqueros, caballeros y astronautas. Si cerraba los ojos, casi podía oler el polvo de la librería anticuaría y escuchar el silencio, resonando entre los anaqueles del negocio como en ninguna otra parte.

Cuando Iversen terminó su discurso, algunos aplaudieron espontáneamente, hasta que recordaron dónde estaban y volvieron a guardar silencio. El sacerdote apareció de nuevo en el púlpito e insistió en cantar un último himno antes de la despedida final. Jon siguió el texto en su libro, pero no participó del coro, a diferencia de Iversen, que cantaba con total soltura a su lado. Durante un momento, Jon se preguntó si debía sentirse culpable por su escasa participación en casi toda la ceremonia, pero trató de alejar esa idea dirigiendo su mirada fija al techo. Indudablemente, a alguno de los presentes le habría podido sorprender aquella actitud, incluso habrían podido llegar a pensar que no era más que un arrogante, pero decidió que ése no era su problema. Después de todo, ellos no sabían nada de él. Por su parte, todo el asunto se reducía a pasar el entierro y escapar nuevamente al aire fresco.

Una vez concluido el himno, Jon fue uno de los primeros en levantarse.

En el exterior, la concurrencia se dividió en dos grupos. Jon se mantuvo cerca de Iversen, la única persona a quien él conocía. Rápidamente fueron alcanzados por otros que se dedicaron a elogiar las palabras de Iversen y a dar las debidas condolencias a Jon. Todos parecían saber quién era, pero, a la vez, percibía un cierto estupor en aquéllos a quienes saludaba, como si no hubiesen esperado verlo allí.

—Su parecido con su padre es asombroso—le dijo sin rodeos un hombre de

mediana edad que estaba en una silla de ruedas. Se presentó como William Kortmann, y Jon notó que la silla era completamente negra, incluidos los radios de las ruedas—. Es extraño que no me haya dicho nada —continuó Kortmann, pero bruscamente se calló al notar la expresión sorprendida de Jon—. Bien, debemos irnos ya —afirmó, volviéndose hacia un hombre vestido de oscuro que se mantenía a un par de metros de distancia. Como si se comunicaran telepáticamente, el hombre se dio la vuelta e inmediatamente se dirigió hacia ellos—. Pero desde luego nos veremos pronto —agregó el hombre de la silla de ruedas—. Muy pronto, espero. No veo la hora de volver a trabajar con un Campelli.

Antes de que Jon tuviese tiempo de responder, la silla de Kortmann ya se había echado a andar y abandonó la capilla junto a su asistente.

—¿Qué ha querido decir? —le preguntó Jon a Iversen, quien le respondió con una mueca sardónica.

—Bueno, él es uno de la... Sociedad Bibliófila —añadió titubeante.

—¿Pero por qué ese tipo habló de trabajo? —insistió Jon.

—Vamos a dar un paseo —sugirió Iversen, alejando a Jon de allí.

Abandonaron el camino de grava y entraron en el cementerio. El sol otoñal parecía estar colgando del cielo, y sus afilados rayos se insinuaban entre las ramas de los árboles dibujando tramas que bifurcaban el sendero que se abría delante de ellos. Durante un rato, caminaron sin hablar. La parte antigua del cementerio estaba inmersa en el silencio, y los arbustos crecían con tal espesura que resultaba casi imposible poder ver a través de ellos, a pesar de que las hojas habían comenzado a caer.

—A tu padre siempre le gustó caminar por aquí —observó Iversen aspirando el aire.

—Sí, lo sé. Una vez lo seguí en uno de sus paseos. Debe de hacer aproximadamente nueve años... En cualquier caso, fue antes de... —Jon hizo una pausa y se inclinó para recoger una bellota del suelo. La hizo girar entre sus dedos antes de continuar—: Fingía ser un agente secreto y lo seguí a algunos metros de distancia, escondiéndome, imaginándome que él se encontraba con otros espías para intercambiar información secreta. —Jon carraspeó y arrojó la bellota—. Quizá me desilusionó un poco, porque no hizo más que pasear entre las tumbas. De vez en cuando se detenía, y un par de veces se sentó para abrir un libro que había traído, como si leyera en voz alta para los muertos.

—Sí, eso parece muy propio de él —dijo Iversen con una sonrisa—. Siempre en busca de un público.

—Nunca lo hubiera pensado —replicó Jon secamente.

Ya habían alcanzado el muro lindante con la Norrebrogade, sobre el que la hiedra crecía en abundancia, cubriendo las tumbas alineadas a lo largo como si se tratara de una nevada verde.

—Sabes que has heredado la librería, ¿verdad? —preguntó Iversen, manteniendo

la mirada en el camino que se abría delante de ellos.

Jon se detuvo y lo miró. Iversen logró dar un par de pasos antes de detenerse y volverse hacia él.

—No dejó testamento, y ser su único pariente te convierte en heredero universal de todos sus bienes —dijo Iversen, mirando ahora a Jon fijamente. En los ojos del viejo no había ni una sombra de resentimiento o envidia; parecían transmitir una expresión preocupada o ansiosa.

—Jamás lo habría imaginado —dijo Jon—. ¿A esto se refería Kortmann cuando dijo que nos volveríamos a ver?

Iversen asintió.

—Algo así, sí.

Jon miró a lo lejos. Empezaron de nuevo la marcha.

—Estaba convencido de que Luca te lo iba a dejar todo a ti —dijo Jon algo turbado.

—Tal vez tu padre esperaba que volvieras para seguir su camino —conjeturó Iversen.

—No hay yo volviera. —Exclamó Jon—. Si no recuerdo mal, la última vez que lo vi, fue él quien no quiso saber nada más de mí.

—Pienso..., aunque no estoy del todo seguro, que tendría una buena razón para ello.

Habían alcanzado el final del muro, y salieron del cementerio por la puerta a Jagtvej, y luego giraron directamente hacia Runddelen. El tráfico significó un grato contraste con respecto al silencio del cementerio.

—Ni hablar —dijo Jon firmemente—. No quiero absolutamente nada —agregó mientras tomaban por Norrebrogade para dirigirse otra vez a la capilla—. En tal caso, no habrá ningún problema. Tengo buenos contactos con abogados que pueden ocuparse de la cuestión. A fin de cuentas, tú siempre fuiste la persona más indicada para ocuparte del negocio.

Iversen se aclaró la voz, como para hacerse escuchar sobre el ruido del tráfico.

—Es sumamente amable y generoso por tu parte, Jon, pero no puedo aceptar.

—Por supuesto que puedes —insistió Jon—. Luca te lo debe, y también a mí.

—Tal vez —admitió Iversen—. Pero no es sólo la librería. La herencia de tu padre es mucho más que un negocio lleno de libros viejos.

—¿Deudas?

Iversen negó con energía.

—No, no, nada de eso, te lo puedo asegurar.

—¿Y entonces, Iversen, de qué se trata? No me hagas jugar a las adivinanzas el día de su funeral —advirtió Jon, incapaz de poder ocultar su irritación.

Iversen se detuvo y colocó una mano sobre el hombro del abogado.

—Lo siento, Jon. Pero por ahora no puedo decirte nada más. Ya lo ves, esto no es sólo una decisión mía.

Jon examinó al hombre que tenía enfrente. Detrás de las gafas con montura de metal, la expresión en sus ojos azules era tan seria como comprensiva. Se encogió de hombros.

—Está bien, Iversen, no te preocupes. Algo habréis arreglado vosotros dos, ya hablaremos en un momento más oportuno. Después de todo, no es de muy buen gusto discutir de una herencia en un funeral, ¿verdad?

Iversen asintió aliviado y acarició afectuosamente el hombro de Jon.

—Sí, tienes razón, desde luego. Sólo quiero asegurarme de que eres consciente de que esto no termina aquí. Ven a la librería uno de estos días y entonces podremos aclarar las cosas.

Habían alcanzado la intersección de Norrebrogade y Kapelvej, e Iversen hizo un movimiento para volver a la capilla. Jon se detuvo y le indicó una cervecería al otro lado de la calle.

—Voy a beber algo. ¿Quieres venir? —preguntó.

—No, gracias —respondió Iversen—. Tenemos una pequeña reunión en la librería con los otros miembros de la Sociedad. Por supuesto, también eres bienvenido.

Jon sacudió su cabeza.

—Gracias de todos modos. Ya nos veremos, Iversen.

Se estrecharon la mano, y luego Jon cruzó la calle para entrar en El Vaso Limpio.

Sólo eran las dos de la tarde, pero el aire ya estaba cargado de humo. Los clientes habituales ya habían ocupado sus sitios. Le echaron un vistazo, pero decidieron que no era digno de interés alguno y volvieron a concentrarse en sus cervezas.

Jon pidió una caña y se sentó en una maciza mesa de madera, con la superficie pegajosa por los cerquillos dejados por otras cervezas, iluminada por una lámpara de latón que colgaba conectada en algún impreciso sitio por encima de las nubes de humo. En la mesa frente a la suya se sentó un anciano, un alfeñique con la palidez de un cadáver, la nariz torcida y los cabellos enredados. Llevaba una chaqueta con coderas, y la camisa se veía arrugada y no precisamente limpia. Ante él tenía una botella de cerveza fuerte.

Jon le ofreció al hombre un gesto breve como saludo, y luego extrajo el archivo Remer de su maletín como para desalentar nuevos ataques. Bebió un sorbo de su cerveza y estudió la anónima carpeta de anillas. Tres días antes había visitado la oficina de Frank Halbech, y allí le habían entregado oficialmente el control del caso Remer. Halbech tenía que estar al corriente de la reputación que arrastraba el caso, pero no mencionó nada y se lo confió casi como si todo el asunto no tuviese más trascendencia que el robo de una bicicleta o una discusión entre vecinos. El traspaso real se había producido en el momento en que Halbech le hizo entrega de un manojito de llaves. Estaban enganchadas a un llavero adornado por la figura del Pitufillo Filósofo, y daban acceso al despacho especialmente reservado para el caso, con un buen número de archivadores detrás de la puerta. Jon tendría que hacerse una idea

general del caso totalmente solo. Halbech parecía más interesado en los profesores con los que había estudiado Jon en la universidad y en qué medida la muerte de su padre iba a afectar su trabajo. Jon le aseguró que la muerte de Luca no tendría ninguna incidencia sobre su rendimiento.

El abogado abrió la carpeta que tenía delante e inspeccionó las primeras páginas. Contenía las tentativas de su predecesor por resumir el caso, pero Jon sabía que no podría evitar recorrer el camino a través de miles de páginas de material custodiado por el Pitufu Filósofo.

Estuvo durante un tiempo sumergido en los testimonios de las audiencias e interrogatorios, cuando el hombre de la cerveza fuerte comenzó a agitarse sobre la silla y proferir impacientes berridos de insatisfacción. Jon levantó la vista y se encontró con sus ojos. Obviamente, no era la primera cerveza fuerte del día: los ojos del hombre estaban turbios e inyectados en sangre.

Jon miró a lo lejos, bebió un trago de su cerveza y volvió a su lectura.

—Oiga, ¿acaso se piensa que esto es una sala de lectura?

Sorprendido, el abogado miró a su vecino de mesa, que le señalaba con su retorcido índice. Estaba claro que la había tomado con él.

—Le he preguntado si usted cree que esto es algún tipo de sala de lectura.

—No, desde luego que no —respondió Jon, nervioso—. Pero seguramente, mientras no lea en voz alta, no molesto a nadie, ¿verdad? —Le dirigió una sonrisa amistosa.

—Y, sin embargo, es exactamente lo que hace —exclamó el otro, agitando ahora el índice contra la mesa—. La lectura puede ser muy fastidiosa, aun en voz baja, e incluso peligrosa. —Alcanzó su cerveza para beber un trago, pero cambió de idea y el gesto quedó interrumpido a mitad de camino—. Y no sólo para quien lee, sino también para cualquiera que se encuentre cerca... ¡La lectura pasiva no es ninguna broma!

Finalmente bebió e, incapaz de decidir qué respuesta podía satisfacerlo, Jon lo imitó.

—Imagínese si toda la gente a su alrededor estuviese leyendo, así, descaradamente —continuó el hombre después de haber golpeado con fuerza la botella sobre la mesa—. Todas las palabras, todas las frases articuladas, se pondrían a girar en el aire como copos de nieve en una ventisca. —El hombre comenzó a agitar las manos ante sí, en una serie de movimientos que parecían querer abarcar algo—. Si se mezclaran, si se atacaran las unas a las otras formando expresiones incomprensibles, luego se separarían y se unirían otra vez en palabras completamente nuevas y párrafos inéditos, que le volverían loco al tratar de encontrar algún sentido y una lógica a cosas que no esconden ningún significado.

—Nunca he experimentado algo así —se aventuró Jon.

—¡Ah, claro! Es porque usted no escucha; al menos, no lo hace con la debida atención. Y una vez que haya aprendido a escuchar, estará perdido. Entonces tendrá

que aprender a vivir con las voces de los libros para el resto de su vida, quiera o no. No tiene opción. Los poemas más hermosos, las novelas policíacas o cualquier basura como la que tiene ahora bajo los ojos lo alcanzan a uno y rodean el aire que lo circunda.

El hombre rió disimuladamente y bebió otro sorbo de su cerveza.

Jon indicó el archivo que tenía delante de él.

—¿Quiere decir que en este mismo instante esto le está hablando?

El otro le respondió con una risa condescendiente.

—Sin lectores, los textos no dicen nada. Necesitan de, al menos, un lector. Entonces seguramente hablan. Y cómo... No sólo hablan, también susurran, incluso algunos gritan. —Se inclinó sobre la mesa de golpe y por poco estuvo a punto de derribar su botella—. Imagine una sala de lectura —dijo, haciendo una pausa para permitir que la imagen tomara forma—. No puede venir de fuera un auténtico coro vociferante. Sería terrible, en serio.

Se echó hacia atrás en su silla y miró a Jon con sus ojos rojos.

—Pero ¿usted escucha algunas voces aquí? —preguntó Jon.

El hombre ignoró el sarcasmo, y estiró los brazos.

—Éste es mi santuario. ¿Ve? Por aquí no hay muchos lectores. —Recogió la botella y la apuntó al cuello de Jon—. Hasta que a usted le dio por aparecer, claro —añadió, y se llevó la botella a los labios.

—Lo siento —se disculpó Jon.

—Ah, no entiende nada, ¿verdad? —Gruñó el hombre incorporándose, sosteniendo todavía la botella en la mano—. Bueno, no importa, siga adelante y lea cuanto quiera. —Se balanceó un poco antes de poder moverse—. Ahora me marchó. —Al pasar delante de Jon en dirección a la barra, comentó en voz muy baja—: Su padre, en cambio, sí. Él comprendía.

Asombrado, Jon miró al hombre apoyar con fuerza su botella sobre la barra y seguir tambaleándose hasta la puerta.

CAPÍTULO

4

Después de una ausencia de quince años, Jon decidió visitar Libri di Luca al día siguiente del funeral. Durante todos esos años, muchas veces había pasado con el coche por delante de la librería y tenía la impresión de que el negocio siempre estaba abierto, aunque fuese a una hora avanzada de la noche. En algunas ocasiones, creyó ver a Luca detrás de los ventanales, ocupado afanosamente con la caja o bien intentando colocar los libros expuestos en el escaparate.

Las campanillas colocadas sobre la puerta seguían siendo las mismas de la última vez. El sonido le dio la bienvenida como si se tratase de un pariente lejano. A pesar de que nadie se acercó a recibirlo, encontró algunos «rostros» familiares: los de las largas hileras de estantes con libros, la gran lámpara que colgaba del techo, la luz de las pequeñas vitrinas sobre el pasadizo y la vieja caja registradora plateada sobre el mostrador. Nada más entrar, Jon se detuvo y aspiró el aire del lugar. Una sonrisa leve se dibujó en sus labios.

Antes de la muerte de su madre, la librería había sido su refugio favorito. Cuando Luca e Iversen estaban demasiado ocupados como para poder leerle algo, él se ponía a explorar el establecimiento, representando las historias que proponían los libros. De este modo, la escalera se transformaba en una montaña a conquistar; los anaqueles, en rascacielos de una ciudad futurista; y el pasadizo se convertía en el puente de mando de un barco pirata.

Pero lo que recordaba más claramente eran las largas horas que Iversen o Luca empleaban en leerle historias, sentados en la silla verde de cuero detrás del mostrador de caja, con Jon en el regazo o en el suelo, a sus pies. Durante aquellas horas, recibía el testimonio de cuentos fantásticos cuyas imágenes, aún hoy, podría recrear.

La librería anticuaría estaba exactamente igual a como la recordaba, a excepción de dos cosas: un trozo del pasamanos del barco pirata había sido sustituido por una nueva sección de madera fresca, de color claro, y un ramo de tulipanes blancos estaban colocados sobre el mostrador oscuro de la caja.

Ambos elementos parecían fuera de lugar en la atmósfera tranquila del negocio, como si fuese uno de esos cuadros de los pasatiempos en donde hay que adivinar los elementos que no concuerdan con la armonía del dibujo.

—Vendrá en un momento —dijo alguien a sus espaldas.

Jon se sobresaltó y se dio la vuelta para ver de dónde procedía la voz. Medio

oculta detrás de la estantería del fondo, vio a una mujer pelirroja que llevaba un jersey negro y una falda larga de color granate. Su mano descansaba sobre el borde de la estantería, de tal modo que su rostro permanecía parcialmente oculto, sobre todo la boca y la punta de la nariz. Las únicas partes que Jon alcanzó a divisar fueron el cabello rojo y un brillante ojo verde que lo observaba con frialdad.

Jon la saludó con una cortés inclinación y estuvo a punto de decir algo, pero para entonces ella ya se había vuelto a retirar detrás de la estantería. En la parte delantera del establecimiento había una mesa larga donde se hallaban expuestos los libros recién llegados. Fingiendo estudiar los nuevos volúmenes, se movió a lo largo de la mesa y de allí al pasillo por donde la mujer había desaparecido. Ella lo había recorrido hasta la mitad. Al verla de espaldas, Jon pudo advertir que llevaba el cabello rojo sujeto en una cola de caballo y que le llegaba a la mitad de la espalda. Avanzaba con pasos amortiguados, como un gato, entre los estantes, controlando los lomos de los libros con la punta de los dedos, como si descifrara el alfabeto Braille o buscara irregularidades. No daba la impresión de leer los títulos, parecía más bien una ciega orientándose en un ambiente conocido. Un par de veces ella se detuvo y apoyó su palma entera sobre los lomos, como si pretendiera absorber las historias que contenían. Al final del estante, la mujer giró en la esquina, pero lanzó una mirada rápida en dirección a Jon antes de volver a desaparecer de su vista.

Jon dirigió de nuevo su atención a los libros que tenía delante. Era una heterogénea colección de obras de narrativa y ensayo, tanto en ediciones de tapa dura como en rústica. Algunos libros estaban como nuevos, virginales, sin un rasguño o un pliegue, mientras que los otros claramente habían sido leídos en la playa o durante un largo viaje.

Antes de llegar a ser lo suficientemente mayor para poder leer «en serio», uno de los pasatiempos favoritos de Jon había sido examinar los volúmenes recién llegados en busca de puntos de lectura olvidados. Esto se transformó en una verdadera obsesión de coleccionista, de la misma forma que otra gente se ocupa de sellos o monedas. La variedad era notable. Había puntos de lectura oficiales, pequeños fragmentos rectangulares de cartulina, decorada por una imagen que podía tener —o no— alguna relación con el propio libro. También estaban aquéllos más insignificantes, trozos en blanco de papel, un pequeño trozo de cuerda, gomas elásticas o billetes de banco. Otros puntos de lectura revelaban indirectamente algo sobre los hábitos del lector o sus intereses. Podía ser un recibo, un billete de autobús, una entrada de cine o de teatro, la lista de la compra o el recorte de un periódico. Finalmente, estaban los puntos de lectura más personales, tarjetas de visita, dibujos, cartas, postales y fotografías. La carta o la tarjeta podía ser de un amor; la foto, llevar un saludo o una dedicatoria escrita al dorso, y el dibujo, por lo general, era el regalo de un niño.

A menos que se tratara de un billete de banco —que a Jon le era permitido guardar—, el resto de los puntos de lectura era recogido en una caja de madera que se

encontraba bajo el mostrador de caja. Siendo niño, cuando no sabía encontrar alguna otra cosa que hacer, Jon extraía la caja y colocaba todos los objetos en el suelo, como si se tratase de un juego de cartas, inventándose historias con lo que ellos le inspiraban.

Las campanillas de la puerta tintinearón e Iversen entró con una enorme caja roja en sus manos. Era una *pizza*. Cuando levantó la vista y descubrió a Jon, en su rostro apareció una amplia sonrisa, y mientras se apresuraba para cerrar la puerta detrás de él, le ofreció vociferante un saludo.

—¡Qué grata sorpresa! —le dijo.

Colocó la caja de *pizza* sobre el mostrador y le tendió la mano.

—Hola, Iversen —respondió Jon, estrechando su mano derecha—. Espero no molestar —añadió, señalando hacia la *pizza*.

El fuerte aroma del queso fundido y el salami picante lograron expulsar por un momento el olor del pergamino y el cuero.

—En absoluto —gritó Iversen—, pero espero que no te importe si empiezo a comer. No hay nada que hacer, siempre es mejor cuando está bien caliente.

—Para nada. Que aproveche.

Iversen respondió con una sonrisa de gratitud.

—Entonces vayamos abajo. Allí podremos hablar sin que nos moleste nadie —sugirió, cogiendo la caja—. ¿Katherina? —llamó, dirigiéndose a lo largo del pasillo rumbo a la tortuosa escalera en el fondo del establecimiento.

La pelirroja apareció al final de la estantería, como si hubiese estado esperando a ser convocada. Era ligeramente más baja que Jon, y su cuerpo era delgado sin ser enjuta. Los cabellos rojos enmarcaban un rostro estrecho, pálido, de labios finos, que traducían una expresión severa. Sus ojos verdes miraron a Jon como si él estuviese en el lugar incorrecto.

—Bajamos a la cocina —dijo Iversen—. ¿Podrías mientras tanto vigilar la tienda? La mujer asintió en silencio por toda respuesta y desapareció de nuevo.

—¿Es tu hija? —preguntó Jon, descendiendo por la escalera de caracol.

Los escalones de madera crujieron con fuerza bajo el peso de los dos hombres.

—¿Katherina? —Iversen se rió—. No, no, es una amiga de la librería. Ha sido una inestimable ayuda para nosotros dos, pobres ancianitos. Se ocupa de asuntos prácticos, como la limpieza y cosas semejantes. —Iversen se detuvo al final de la escalera—. Para ser sincero, no es exactamente la mejor dependienta que pueda tener una librería —añadió en voz baja.

Jon asintió.

—Parece un poco tímida, ¿verdad?

Iversen se encogió de hombros.

—Sí, pero no es por eso. Ella es disléxica.

—¿Una dependienta disléxica en una librería? —exclamó Jon, sin poder evitar la sorpresa, en un tono algo más alto de lo habitual. Y luego, en un susurro, agregó—:

Es como tener un elefante en una cacharrería.

—No tengo nada malo que decir de Katherina —contestó Iversen con seriedad—. Tiene una inteligencia superior a la media. Pronto lo descubrirás.

Estuvieron parados por un momento al pie de la escalera, en un pasillo estrecho, encalado, iluminado por dos bombillas desnudas. A ambos lados del pasillo se abrían dos puertas, e Iversen se dirigió a la que comunicaba con la cocina. El cuarto de enfrente estaba inmerso en la oscuridad, pero Jon sabía que su padre solía utilizarlo como taller, para la encuadernación y restauración de libros. Al final del corredor, había otra puerta de roble macizo.

La cocina era pequeña, pero funcional. Un fregadero de acero inoxidable, un armario, dos hornillos eléctricos, una nevera y una mesa con tres sillas plegables. Sobre las paredes y las puertas del armario colgaban sobrecubiertas e ilustraciones desechadas, en cualquier parte donde hubiera espacio.

Iversen colocó la *pizza* sobre la mesa, se quitó la chaqueta y la colgó de un perchero junto a la puerta. Jon siguió su ejemplo.

—Adoro la *pizza* —admitió Iversen al sentarse a la mesa—. Sé que es ese tipo de comida que concuerda mejor con el gusto de los jóvenes, pero no lo puedo remediar. Y esto no ha sido culpa de la influencia de tu padre. Él odiaba las *pizzas* danesas. —Iversen se rió—. No tienen nada que ver con la verdadera *pizza*, solía decir. Según él, estaban demasiado preparadas, como si fuera un pastel con doble ración de crema.

Jon se sentó enfrente.

—¿Quieres un poco? —masculló Iversen con la boca llena.

Jon sacudió la cabeza.

—No, gracias. En este punto comparto la opinión de Luca.

Iversen se encogió de hombros y continuó masticando.

—Mientras como, cuéntame algo de tu vida.

—Bien —comenzó Jon—. Como sabes, fui adoptado por una familia de Hillerød. No estuvo mal, sólo que me quedaba un poco lejos de Copenhague cuando empecé a frecuentar la universidad. En mitad de los estudios hice una pausa de un par de años y trabajé como asistente legal en Bruselas, digamos que era una especie de becario. Luego, ya de vuelta en Dinamarca, me licencié en Derecho con muy buenas calificaciones, quedando entre los primeros de mi clase, lo cual me llevó a un contrato como abogado en el bufete Hanning, Jensen & Halbech, donde todavía trabajo.

Jon guardó silencio al descubrir que en realidad no tenía nada más que decir. No porque no hubiese más que contar, ya que siempre podría hablar de sus viajes, sus dificultades para el estudio, de los conflictos entre colegios o en la empresa, incluso del caso Remer, que era algo así como la guinda que coronaba la tarta. Pero ¿por qué implicar a Iversen, que no vivía una verdadera vida, justo ahora, después de tantos años, y teniendo delante la posibilidad de que la muerte de Luca fuese el definitivo final para sus relaciones?

—Como podrás comprender, no me he ocupado mucho de la literatura —agregó, encogiéndose de hombros.

—Quizá no con la literatura propiamente dicha —admitió Iversen entre dos porciones de *pizza*—. Pero la palabra escrita tiene una gran importancia para los dos, en nuestros respectivos campos. Aunque lo hacemos de modo diferente, ambos dependemos del libro.

Jon asintió.

—A pesar de que hoy se encuentra casi todo en versión electrónica, tienes razón. Todos mis colegas tienen una copia del Karnov en un sitio u otro. Tal vez porque siempre resulta más impresionante tener un montón de gruesos libros de consulta que un CD-ROM. —Extendió los brazos—. Supongo que por eso todavía hay necesidad de librerías anticuarías como ésta.

Iversen se tragó el último bocado de *pizza*.

—Seguramente.

—Y esto nos lleva al motivo de mi visita —dijo Jon en un tono pragmático—. ¿Qué querías decirme?

—Vamos a la biblioteca —dijo Iversen, señalando la puerta—. Hay más... ambiente.

Se levantaron y salieron al corredor. De niño, Jon tenía prohibido ir abajo, a no ser que estuviese acompañado por Luca o Iversen, y nunca había puesto un pie al otro lado de la puerta de roble a la cual ahora ellos se dirigían. A sus ojos, aquella estancia siempre había sido una cámara del tesoro o la celda de una prisión, pero no importaba la insistencia con que lo pidiera, jamás le permitieron entrar. La puerta estaba siempre cerrada con llave, y al cabo de un tiempo dejó de preguntar. Iversen extrajo un manojito de llaves del bolsillo de su pantalón y seleccionó una grande de hierro, que introdujo en la cerradura. Al abrirse, la puerta chirrió con solemnidad, Jon notó que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Bueno, ésta es la colección Campelli —anunció Iversen, desapareciendo en la oscuridad, más allá de la puerta.

Un instante después, las luces se encendieron y Jon dio un paso hacia el interior. La habitación era baja, de unos treinta metros cuadrados, una gruesa alfombra oscura cubría el suelo. En el centro, cuatro sillas de aspecto cómodo rodeaban una mesa baja de madera, también oscura. Las paredes se veían cubiertas por completo de estanterías y armarios de cristal llenos de libros con las portadas más diversas. La mayor parte, no obstante, estaban forradas en cuero, y la iluminación indirecta sobre las estanterías inundaba los volúmenes y el resto de la habitación en una claridad suave, dorada.

Jon emitió un silbido de admiración.

—Impresionante —exclamó, deslizando una mano por los libros del estante más cercano—. No es que entienda mucho de esto, pero debo admitir que se trata de un hermoso espectáculo.

—Puedo asegurarte que aun para aquellos que sí creen saber, la vista no es menos impresionante —añadió Iversen. Sonreía con orgullo, dejando vagar la mirada de estante en estante—. La colección es fruto de las fatigas de siglos de tu padre y tus antecesores. La mayor parte de las obras viajaron por casi toda Europa antes de terminar aquí. —Con sumo cuidado, extrajo un volumen y acarició el cuero oscurecido con las yemas de sus dedos—. Si pudiese oírlo hablar —dijo con aire absorto—. Una historia en la historia sobre la historia.

—¿Valen mucho?

—Muchísimo —contestó Iversen—. Quizá no tanto en dinero, pero en términos afectivos y bibliográficos seguramente son valiosísimos.

—¿De modo que éste es el gran secreto? —preguntó Jon.

—Sólo una parte —respondió Iversen—. Siéntate, Jon.

Le indicó uno de los asientos de cuero y se acercó a cerrar la puerta. Todavía le parecía estar en un estudio de grabación, o dentro de una campana de cristal. Jon tenía la impresión de que ningún sonido era capaz de penetrar la atmósfera de la biblioteca, y que podían gritar todo lo que quisieran y nadie los escucharía. Se acomodó en una de las sillas de cuero, colocando los codos sobre los reposabrazos, y entrelazó las manos.

Iversen se sentó en otra silla, frente a Jon, y se aclaró la garganta antes de comenzar.

—Ante todo, debes saber que cuanto estoy a punto de contarte, antes o después, te lo habría dicho tu padre, de la misma forma que Luca fue iniciado por Armando, su padre. Él debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero el ambiente en tu familia no ha sido el más propicio para este tipo de revelaciones.

Jon no dijo una sola palabra, y la expresión de su rostro permaneció imperturbable.

—Pero no quiero meterme en esas cuestiones —continuó Iversen—. Aunque me gustaría decir que, a pesar de que las cosas no sucedieron del modo en que tendrían que haberlo hecho, me siento muy orgulloso de ser yo quien tenga el privilegio de revelarte el secreto que ahora escucharás. —La voz de Iversen temblaba un poco; respiró profundamente antes de continuar—: Sabes por experiencia propia que tu padre era excepcionalmente bueno para la lectura de historias en voz alta, como también lo fue tu abuelo. Yo mismo, modestamente, soy bastante aceptable, pero nada comparado con Luca. —Hizo una pausa—. Dime, Jon: según tú, ¿qué es necesario para que alguien pueda ser un buen narrador?

Jon conocía demasiado bien a Iversen como para que le sorprendiera la pregunta. Le parecía haber vuelto a tantos momentos vividos años atrás con aquel hombre que, sentado en el sillón verde de cuero detrás de la registradora como si fuese un trono, lo interrogaba sobre las historias que le había leído. Eran preguntas acerca de lo que Jon pensaba de los relatos, las descripciones, los personajes.

Jon se encogió de hombros.

—Práctica, empatía y también, claro, un poco de habilidad interpretativa — contestó sin quitar sus ojos de los de Iversen.

El anciano lo aprobó.

—Cuanto más lee una persona, mejor llega al encuentro del ritmo y las pausas en los momentos justos. Con la práctica las palabras fluyen con mayor facilidad de sus labios, y eso le permite dedicar más atención a los otros dos rasgos que mencionabas: empatía y habilidad interpretativa. No es una simple coincidencia que los actores a menudo lean historias en la radio, —Iversen se apoyó en Jon—. Pero algunas personas tienen, por así decirlo, otra carta bajo la manga para jugar. —Hizo una pausa para lograr cierto efecto dramático—. Saber leer un texto no es una habilidad innata. La capacidad de descifrar las letras del alfabeto no está en nuestro bagaje genético. De hecho, se trata de una acción antinatural, una habilidad artificial que adquirimos durante nuestros primeros años en la escuela, algunos con mayor fortuna y talento que otros. —Miró hacia arriba, a la tienda que estaba sobre ellos, donde Katherina probablemente continuaba su danza entre las estanterías—. Cuando leemos, se activan muchas áreas diferentes del cerebro. Se da allí una combinación entre el reconocimiento de símbolos y modelos y la capacidad de asociarlos a sonidos, de recogerlos en sílabas, hasta llegar a descifrar finalmente el significado de una palabra. Además, la palabra tiene que ser puesta en relación con el contexto en la que se encuentra para producir el significado...

Jon notó que, nervioso, sacudía una pierna de forma involuntaria. De inmediato, se puso de pie.

—Desde luego, todo esto que te estoy diciendo es bastante banal —se disculpó Iversen—, pero es algo en lo que por lo general no pensamos, y si lo hago es simplemente para subrayar que la lectura es un proceso complicado que va de la palabra que tienes en la página delante de ti al sonido que abandona tus labios. Muchas zonas del cerebro están implicadas en la traducción del símbolo en sonido, o en la comprensión, si es que estás leyendo en silencio. Y a partir de esta interacción puede verificarse un hecho extraordinario. —Los ojos de Iversen brillaron, como si estuviese a punto de revelar una oculta obra de arte al gran público—. Para un reducido número de personas, toda esta actividad mental incluye las áreas del cerebro que nos permiten ejercer cierta influencia psíquica sobre quienes nos escuchan. Jan enarcó una ceja, pero al parecer no era respuesta suficiente como para estimular a Iversen a que continuara su relato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó entonces—. No hay que confundir el sentido de la gente a través de lo que lees en voz alta ¿No se trata simplemente de una cuestión de técnica?

—A un nivel muy, pero que muy avanzado, sí —admitió Iversen—. Pero esto va más allá. Somos capaces de influir sobre la gente sin que ellos sean conscientes de ello, de influir sobre la comprensión del texto, su temática, e incluso sobre lo que va diciendo.

Jon estudió atentamente al hombre sentado frente a él: o bien estaba loco o todo se trataba de una broma. Pero Iversen no era precisamente un tipo capaz de tomarse la literatura como juego.

—Si quisiéramos, podríamos cambiar la opinión de los oyentes sobre el argumento de un texto. Para tomar un ejemplo extremo, podríamos confundir a un sacerdote católico y forzarlo a mostrarse favorable al aborto.

Iversen esbozó una sonrisa, pero resultaba evidente que estaba hablando completamente en serio.

—Pero ¿cómo?

—Bien, probablemente no soy la mejor persona para explicarlo, pero puedo hacerte un esquema sobre el principio general. Luego, otros podrán encargarse de hacerte saber los detalles. —Carraspeó—. Tal como yo lo entiendo, la cosa funciona así: cuando nosotros, y por nosotros me refiero a todos y cada uno de nosotros, recibimos una información, por ejemplo, cuando leemos o vemos una película o un programa de televisión, etcétera, en una situación cualquiera, se abre una especie de canal que elabora, clasifica y distribuye los contenidos de dicha información. Y también aquí hay énfasis añadido al comparar los datos recibidos con la presentación y las experiencias previas de cualquier persona, lo que incluye opiniones y convicciones. De hecho, es este proceso el que determina en qué medida nos gusta la música que estamos escuchando o si estamos de acuerdo con los argumentos de un orador.

—Y este... énfasis ¿es algo que se podría controlar? —lo interrumpió Jon.

—Con absoluta precisión —contestó Iversen—. Nosotros, y ahora me refiero a quienes cultivamos este arte, nos llamamos Lectores. Cuando leemos un texto en voz alta, estamos capacitados para cargarlo con cualquier acentuación que queramos, y de este modo podemos influir en la recepción de la lectura, en la actitud del oyente respecto a lo que está siendo leído.

Jon comenzó a sentirse un poco molesto. No estaba habituado a tener que lidiar con emociones, sensaciones, hipótesis sin documentar. En su mundo no valía la pena ocuparse de un caso sin un testimonio fiable, indicios o pruebas fehacientes. Esto se parecía más a una cuestión de fe, y eso no le gustaba nada.

—¿Puedes demostrar aunque sólo sea una pequeña parte de todo esto que has dicho? —preguntó Jon con firmeza.

—Esto no es una ciencia exacta, y hay muchas cosas que escapan, al menos en parte, a nuestra comprensión. Por ejemplo, hemos descubierto que ciertos tipos de texto se adaptan mejor que otros. Así, la narrativa ha demostrado ser más eficaz que el ensayo, y también incide de modo significativo la calidad de la obra. Incluso lo más notable es que el potencial del texto puede variar según sea leído desde un monitor, de una fotocopia barata o de una primera edición y, por supuesto, este último soporte se ha revelado mucho más poderoso que los otros dos. También ocurre que determinados libros se cargan con la lectura, de tal modo que la presentación sucesiva

del texto se hace más potente, resulta más eficaz la comunicación del mensaje y de las emociones que contiene. Por eso, los volúmenes más antiguos y más leídos resultan más poderosos que las copias nuevas, con frecuencia vírgenes de lectores.

Iversen intercambió una mirada con Jon, y le invitó a que recorriera con los ojos las estanterías que los rodeaban.

Jon se levantó y se acercó al estante más cercano.

—¿Son caros estos libros? —preguntó con escepticismo, tomando un ejemplar al azar.

—Sí, muchos de ellos lo son. En realidad, puedes sentirlo cuando sostienes las copias más poderosas en las manos.

El abogado colocó sobre la palma de su mano el libro que había cogido del anaquel.

Al cabo de un par de segundos, sacudió la cabeza, colocó el libro en su lugar y repitió el proceso con otro.

—No siento nada —admitió finalmente.

—Necesitas tener el poder —explicó Iversen—. Más una buena práctica.

Jon volvió a dejar el libro en su estante y se giró para colocarse frente a Iversen.

—¿Y cómo se hace para adquirir este poder? ¿Cómo se convierte uno en Lector?

—Es algo innato —respondió Iversen con decisión—. No se trata de algo que se pueda aprender, ni mucho menos elegir. Tu padre heredó este poder del suyo, Armando, que a su vez lo consiguió a través de su padre, etcétera. Por lo tanto, es altamente probable que tú también lo hayas heredado de Luca.

Iversen hizo una pausa antes de asestar el golpe de gracia.

—Tú podrías ser un Lector, Jon.

Jon miró incrédulo a Iversen. La sonrisa había desaparecido de los labios del anciano y su expresión había adquirido una solemnidad que contrastaba con su habitual alegría. Jon alargó el brazo hacia las estanterías.

—Pero hace apenas un momento he dicho que no sentí nada.

—En la mayor parte de la gente los poderes están latentes —dijo Iversen—. Algunos no los descubren nunca, otros nacen con un talento activo, e incluso en otros los poderes pueden activarse por casualidad. La mayoría revela alguna forma de talento en este sentido, ya sea en la elección de su profesión o en el modo de desarrollarla. —Dirigió entonces una mirada penetrante al abogado—. ¿Y tú, Jon? ¿No has vivido alguna vez una situación en donde tu lectura en voz alta haya influido o movilizó a quienes te escuchaban?

A pesar de que tenía la sensación de que fascinaba al público cuando exponía su alegato final, Jon nunca había notado nada extraño. Ni canales, ni energía ni cargas de ningún tipo. Se trataba solamente de técnica, nada más.

—Quizá leo mejor que la mayoría de la gente —admitió Jon—. Pero esto no significa algo necesariamente.

Iversen asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Una persona puede tener un talento especial para leer en voz alta, pero eso no significa que pueda ser un Lector.

Jon se cruzó de brazos.

—¿Luca era un Lector?

—El mejor.

—Y los amigos de Libri di Luca... ¿también son Lectores?

—La mayor parte de ellos, sí.

Jon volvió a ver aquella congregación en la capilla y trató de imaginarlos como un silencioso grupo de conspiradores en vez de la muchedumbre heterogénea que había percibido. Sacudió la cabeza.

—Hay una cosa que no entiendo... Si la base de todo es la lectura... ¿Qué hace aquí una disléxica?

—¿Katherina? —preguntó Iversen con una sonrisa—. Ella es un capítulo aparte.

CAPÍTULO

5

Katherina se sentó en la parte superior de la escalera del pasadizo y dobló las piernas hasta el pecho, de modo que pudiera hacer descansar la barbilla sobre las rodillas. Desde allí podía tener una visión completa de la tienda y, en particular, de la puerta de la calle.

Incluso ahora, una semana después de la muerte de Luca, todavía esperaba que la puerta se abriera de improviso e hiciera su aparición el pequeño italiano, que solía entraren la librería con la expresión satisfecha de quien retorna a casa, y no la de aquél al que sólo le espera por delante un día de trabajo. Desde hacía un par de años, también a ella la embargaba esa misma sensación al abrir la puerta y escuchar las campanillas dándole la bienvenida e invitándola a entrar. El sonido de aquellas campanas le transmitía una particular tranquilidad y seguridad, e imaginaba que para Luca era lo mismo.

Pero ahora todo había cambiado.

Su mirada fija recayó sobre el tramo de la barandilla que había sido sustituido. El carpintero, un conocido de Iversen, había hecho todo lo posible por encontrar la tonalidad que más se aproximara a la antigua madera del pasamanos, pero se podía apreciar con claridad que una parte había sido reparada recientemente. Pasarían un par de años antes de que la diferencia resultara imperceptible.

Al no escuchar las voces de Iversen y el hijo de Luca desde el sótano, Katherina imaginó que se habían escondido en la biblioteca. Se había enterado de la existencia de aquel hijo después de la muerte de Luca, y la noticia la pilló completamente desprevenida. Después de diez años en la librería y, de acuerdo con lo que ella pensaba que era una estrecha amistad tanto con Iversen como con Luca, la noticia de pronto la hizo sentirse excluida. Iversen sostenía que Luca había tenido buenas razones para mantener aquella información en secreto, ni siquiera él conocía del todo los motivos, pero probablemente estaban relacionados con la muerte de su esposa.

En el funeral, Katherina tuvo la posibilidad de estudiarlo con atención. Se parecía a su padre, aunque era considerablemente más alto. Los rasgos eran los mismos: ojos oscuros, cejas espesas y el cabello casi negro, lo que le confirmó que en su juventud Luca debía de haber sido un hombre muy atractivo.

Katherina no fue la única en sorprenderse ante la noticia del hijo de Luca. Cuando Iversen comunicó la situación a la Sociedad Bibliófila, también los otros recibieron la

novedad como una conmoción y se quedaron atónitos. La reunión había sido larga, y lo único que Iversen estaba dispuesto a revelar era que se había decidido incluir al hijo. Katherina tenía la impresión de que esto iba en contra de los propios deseos del viejo, pero no le preguntó nada al respecto.

Lo más probable era que se lo estuviese diciendo en ese momento, allí abajo. No resultaba sencillo explicarle la situación a un profano, pero, en cualquier caso, Iversen era la persona más capacitada para hacerlo. Ella se preguntó qué explicación usaría esta vez. Seguramente la del canal, aunque resultase demasiado técnica para su gusto. Katherina se había visto forzada a inventarse su propia explicación personal antes de encontrar, después de tantos años, a otros que sufrían de la misma discapacidad, o don, según el punto de vista o, mejor dicho, según el momento en que fuese considerada la cuestión.

Iversen tenía una perspectiva diferente con respecto a estas capacidades porque era un transmisor. Katherina, en cambio, era una receptora: dos caras de la misma moneda, le habría dicho probablemente a Jon, pero para ella había una diferencia significativa que no podía ser explicada simplemente arrojando la moneda. Como Iversen con seguridad le explicaba a Jon, había dos tipos de Lectores: el primer grupo lo formaban los transmisores como él, quienes podían influir sobre los oyentes de una lectura e incidir en cuestiones relativas a la comprensión y actitudes hacia el texto. El otro grupo eran los receptores, como Katherina.

La primera vez que ella se dio cuenta de ello, apenas si tuvo conciencia de lo que ocurría. De niña, había sufrido un grave accidente automovilístico que la dejó, tanto a ella como a sus padres, gravemente herida. Durante varios días, su pequeño cuerpo, frágil y fracturado, que se mantenía unido con tornillos y yeso, estuvo inconsciente en una gran cama de hospital. Mientras estaba en ese estado, tuvo la sensación de que alguien le leía una historia en voz alta. A través de la bruma de los fármacos, oyó una voz clara que narraba la historia de un joven increíblemente apático que dejaba transcurrir su vida casi sin formar parte de ella ni tomar una postura sobre aquello que pasaba a su alrededor. A pesar de haber sido sedada, se encontraba lo suficientemente lúcida como para todavía sorprenderse. No alcanzaba a comprender a quién pertenecía aquella voz pausada, pero se sentía maravillada con la extraña historia, aunque no comprendiese nada. No era graciosa, ni tierna, ni excitante, pero la fascinación cautivadora de la voz captaba su atención conduciéndola como si fuera de la mano a través de la trama.

Cuando al fin despertó, tenía otras cosas en que pensar. Sus padres continuaban en gravísimo estado, e incluso se los mantenía aislados y sin posibilidad de visitas. Por otra parte, sus propias heridas comenzaban a recuperarse muy lentamente bajo las gruesas capas de los vendajes, un elemento fundamental para evitar a los parientes que llegaban a visitarla con los ojos húmedos y las voces quebradas.

Al recobrar el conocimiento, comenzó a escuchar las voces. No se trataba de la misma voz que la había entretenido con su lectura, sino varias voces que parecían

casi unidas, voces que la atormentaban durante el día y la mantenían despierta de noche. En ocasiones, las voces se veían acompañadas por imágenes fugaces, impresiones que exigían su atención, para luego desaparecer tan de repente como habían llegado. Un día, le preguntó a la enfermera si podía oír el resto de la historia. Sentía nostalgia por aquella voz pausada que le había hecho compañía durante la vigilia de la anestesia. La enfermera la miró fijamente sin ocultar su estupor. Nadie le había leído nada. Cierto era que estando sedada había compartido el cuarto con un anciano, pero era imposible que hubiese sido él: le habían quitado las cuerdas vocales debido a un cáncer de garganta.

Su familia era muy indulgente con ella. La separación de sus padres, naturalmente, había sido un duro golpe para la muchacha, y las voces que la atormentaban debían considerarse como un efecto retardado del trauma. La madre mejoró y pudo visitarla, pero el padre todavía estaba conectado a un respirador, y no había muchas probabilidades de que sobreviviera. Todos trataban a Katherina con el mayor cuidado y comprensión, pero, con el tiempo, cuando fue dada de alta en el hospital junto a su madre, los más allegados comenzaron a pensar que su mente había sufrido daños irreversibles.

En cuanto a lo físico, se le habían quedado grabadas algunas cicatrices, en las piernas, los brazos, y una pequeña en el mentón, que le produjo una hendidura masculina sobre el rostro aniñado y de delicadas líneas. La cicatriz de la barbilla fue un recordatorio constante del accidente, y a menudo podía ser sorprendida frotando aquel punto con el índice, con la mirada perdida en la lejanía.

Su aire distraído sólo consiguió aumentar la preocupación de la familia, que había decidido que Katherina acudiera a un psiquiatra. Éste no tenía otra cosa que ofrecer más que sus píldoras, una solución que, si bien parecía mantener las voces a distancia, tenía el mismo efecto sobre todos los otros estímulos externos.

Por este motivo, ella casi ni se enteró cuando a su padre le dieron el alta, aunque se vería permanentemente limitado a una silla de ruedas y tan amargado con la vida que se pasó la mayor parte de sus días encerrado en su estudio sin el deseo de hablar con nadie.

Ella había comenzado a vagabundear, huyendo de las explosiones de ira de su padre al otro lado de la puerta y de las voces de su interior. Se dirigía a lugares donde encontraba algo de paz. El parque Amager Faelled, por ejemplo, era un buen sitio. Aprovechaba casi cualquier ocasión para coger la bicicleta y dirigirse allí, donde podía sentarse durante horas disfrutando del silencio. La escuela era el peor sitio, tanto que no pasó mucho tiempo hasta que comenzó a faltar a las clases para refugiarse en el parque.

Inevitablemente, muy pronto la familia fue informada de sus ausencias, y Katherina comprendió que su nueva condición no repercutía sólo sobre sí misma, sino que también dañaba a sus seres más cercanos. Fue entonces cuando decidió reconciliarse con las voces. Delante de los demás, haría como si las voces no

existiesen, como si se hubiese curado milagrosamente, pero en su fuero interno había decidido comenzar a escucharlas. Deseaba poder averiguar qué pretendían, aclarar por qué la habían elegido, admitiendo que realmente ella era su objetivo. Hasta aquel momento, se había negado a escuchar aquello que tenían que decirle, pero ahora tenía la sospecha de que no le hablaban directamente a ella; es más, tenía la impresión de que provenían de una radio sintonizada en varias emisoras diferentes de forma simultánea. ¿Podría ser que las voces fueran en realidad señales de radio que ella captaba?

Como era disléxica en un grado bastante extremo, el mundo del alfabeto le resultaba extraño, y durante mucho tiempo se le escapó el nexo entre los incomprensibles símbolos escritos sobre las páginas y las voces que ella percibía en su cabeza cuando los otros los leían. Pero un día, en el autobús, lo entendió todo.

Estaba sentada, mirando fijamente por la ventanilla, y escuchó una clara voz femenina que contaba una historia sobre una niña con trenzas rojas, pecas y con una fuerza tal que podía levantar un caballo. Era una historia divertida, y en una escena particularmente graciosa, Katherina no pudo contenerse y comenzó a reírse a carcajadas, para el asombro de todos los pasajeros. Todos, excepto uno. En la parte trasera del autobús estaba sentado un niño que sostenía un libro en sus manos y se reía tan abiertamente como ella. Desde su asiento en el otro extremo, Katherina pudo reconocer con claridad a la muchacha con trenzas sobre la portada del libro.

Las campanillas de la puerta de Libri di Luca tintinearón, sacando a Katherina de su ensueño. Un hombre de unos treinta años, que llevaba gafas con montura de carey, chaqueta de pana y una bolsa de cuero cruzada sobre el hombro, atravesó la puerta de entrada y se quedó en el vano sosteniendo el picaporte. Resultaba evidente que era la primera vez que venía a la librería, porque reaccionó del mismo modo que la mayor parte de los recién llegados: observó asombrado a su alrededor, prestando atención especial al pasadizo, como si nunca antes hubiese visto una librería de dos niveles. Probablemente Katherina se había comportado de la misma manera al descubrir Libri di Luca, unos diez años antes, pero la admiración de los nuevos clientes siempre la irritaba un poco. Sí, esto era una librería anticuaría. Sí, había un pasadizo con libros raros en las vitrinas. Sí, es un lugar fantástico, por eso apresúrate a comprar algunos libros y luego piérdete. Si dependiese de ella, Libri di Luca estaría prohibida a los clientes.

Cuando el hombre de las gafas de carey encontró la mirada de Katherina en lo alto de la escalera, inmediatamente bajó los ojos, cerrando la puerta detrás de él. Luego, se dirigió a la mesa donde estaban expuestas las últimas novedades.

Katherina se alzó y descendió por la escalera lentamente.

El intruso exploraba las portadas.

«PorelcaminodeSwann	Losplaceresylosdías	JamesJoce
AbsalónAbsalónJohannesV.Jensen	LosBuddenbrook	JakobStegelzmann
ElRenacimientoGótico	ExLibris	JorgeLuisBorges
	Ficciones	ElClubDumas

FranzKafkaRobertMusil...».

Escritores y títulos se empujaban en una caótica jerigonza dentro de su cabeza, como el sonido de un magnetófono antiguo que zumba a alta velocidad. Katherina apretó los dientes y siguió sentada en la silla de cuero verde detrás de la caja. El cliente alzó la mirada por un instante y le ofreció una inclinación de cabeza como saludo. El flujo de voces se detuvo. Katherina le correspondió y siguió sentada.

«Huellas en el cielo El arte del llorar PerHøjholdt El catálogo de Latour Nikolai Frobenius Sven Åge Madsen América Kjaersted El castillo El caballo de madera Carl Schmitt Benn Q. Holm Poética y crítica Frank F0ns Gatedral Jeff Matthews El último domingo de octubre...», gorjeaban las voces. Katherina se echó hacia atrás y cerró los ojos. No podía eludirlas por completo, pero había aprendido a regular el volumen, sobre todo gracias a la ayuda de Luca e Iversen.

Diez años antes, mientras pasaba por delante de Libri di Luca, una voz la detuvo. Estaba avanzada la tarde y, como llovía, decidió no arriesgarse a llegar hasta el parque Faelled en bicicleta. En consecuencia, estuvo vagando alrededor del distrito Vesterbro en busca de silencio. Cualquier lugar estaría bien, con tal de poder encontrar un poco de paz por un momento. A partir del descubrimiento del nexo entre las voces y los lectores, hacía lo posible por tratar de evitar sitios demasiado concurridos, y aquel día su búsqueda la había llevado hasta la calle donde se encontraba Libri di Luca.

Reconoció de inmediato la voz que la detuvo. Era idéntica a la del hospital, la misma que le había hecho compañía mientras estuvo inconsciente. Miró alrededor, pero no había nadie cerca. Al acercarse a la librería, la voz se hizo más nítida, y al mirar a través de los cristales, distinguió cerca de la entrada a un grupo de aproximadamente cincuenta personas sentadas en sillas plegables. En la caja estaba un hombre de cerca de cincuenta años, pequeño y compacto, de cabello entrecano y un cálido color mediterráneo en el rostro. Leía algo en voz alta, un libro que sostenía entre sus grandes manos con tal energía que todo su cuerpo parecía participar de la narración.

Katherina abrió cautelosamente la puerta, y aunque el sonido de las campanillas atrajo la atención sobre ella, el hombre que leía le dirigió una mirada afable sin interrumpir la historia. Ella se sentó en la última fila y cerró los ojos. A pesar de que el hombre detrás de la registradora ofrecía una excelente interpretación, no era su voz la que ella había venido a escuchar. La había excluido tapándose los oídos, para concentrarse en otra voz, aquella que reconocía del hospital. Estaba allí sentada, con los codos apoyados sobre las rodillas, sin escuchar ni observar nada. En su interior, se veía colmada por las voces e imágenes que evocaba la historia, escenas de la ciudad en que se desarrollaba, los apartamentos miserables, los pájaros encima de los tejados, el polvo y la suciedad de las calles. Incluso sin ser una historia feliz, se sintió

consolada, y de no tener el rostro dirigido hacia el suelo, la gente habría notado con facilidad las lágrimas que bañaban su cara.

De pronto, todo terminó. La lectura llegó al final y todos los presentes aplaudieron. Ella se quitó las manos de los oídos a tiempo para escuchar que el título de la obra era *El extranjero*. Siguió una discusión sobre el texto, pero Katherina se quedó sentada donde estaba, con los ojos cerrados y la mirada perdida en el suelo. La gente había comenzado a levantarse y a deambular por la librería y, a medida que examinaban los volúmenes sobre los estantes, los títulos, nombres de autores e incluso algunos extractos de las obras fluyeron hacia Katherina. Voces e imágenes se lanzaron sobre ella en un torbellino cada vez más tumultuoso, tanto que se vio obligada a recurrir a todas sus fuerzas para poder levantarse y caminar tambaleándose hacia la puerta. Al hacerlo, tuvo la impresión de que la intensidad aumentaba, como si un fuerte viento la doblegara, lo que hizo que cada vez le resultase más difícil concentrarse en la salida. Al cabo de unos pasos, se derrumbó en el suelo.

Cuando volvió en sí, la librería ya estaba vacía, con excepción del hombre que había estado leyendo. Después de haberle preguntado con preocupación cómo se sentía, se presentó como Luca. Estaba sentado en una silla plegable junto a ella. Katherina estaba recostada sobre un suave sillón de cuero detrás de la caja. Las voces habían desaparecido junto con los miembros de la audiencia, pero la muchacha estaba tan agotada que no conseguía reunir fuerzas para levantarse.

Luca le dijo que intentara relajarse y se tomara todo el tiempo que fuese necesario hasta que se sintiese recuperada. Con una voz extremadamente tranquila, siguió chachareando sobre las cosas cotidianas: la librería, las lecturas que organizaban por las tardes, varios libros, incluso el tiempo, hasta que de repente, y sin ningún motivo aparente, le preguntó cuánto hacía que oía las voces.

La pregunta la pilló por sorpresa, hasta el punto de que, desconcertada, olvidó el voto de silencio que se había impuesto para no mencionarle nunca el tema a nadie. De modo que lo dijo todo. Descubrió también que Luca contaba con una asombrosa cantidad de información acerca de su condición. Le había preguntado por el volumen de las voces, si era capaz de excluirlas, cuándo las había escuchado por primera vez y si conocía a algún otro con las mismas experiencias. Ella contestó como mejor pudo y por primera vez sintió que alguien la entendía, que era tomada en serio, algo que jamás le había ocurrido.

Siempre con extraordinaria amabilidad, que tanto apreciaría en los años venideros, Luca le explicó que ella no era la única: al menos la mitad de la gente que había presenciado la lectura estaba dotada con las mismas capacidades.

Katherina nunca lo había considerado como tal. Creía que las voces habían salido a su encuentro, forzándola a prestar atención; no era ella quien se detenía en ellas. Pero también era posible, según le había explicado Luca, que los poderes pudieran sintonizarse en el canal que abría en cuanto alguien leía, ya fuese en voz alta o silenciosamente.

En sólo quince minutos, él le enseñó una técnica que le permitió bajar el volumen de las voces hasta el punto de que ya no le resultaban molestas. Incluso, aunque la técnica requería de ejercicio, el efecto en su primera tentativa resultó tan extraordinario que Katherina se echó a llorar por el alivio obtenido. Luca la consoló y la invitó a visitar la librería tantas veces como quisiera para mejorar su técnica. Desde luego, ella podía hacerlo sin su supervisión, pero bajo ningún concepto debía intentar amplificar las voces o modificarlas, por lo menos no hasta obtener una mayor práctica en la utilización del método. Más tarde, Katherina averiguaría el porqué.

Los clientes de Libri di Luca siempre parecían distraídos. Entre las fugaces imágenes evocadas de los extractos de obras que leía, afloraban escenas sin mayor importancia en los textos. Era un efecto residual de sus poderes. Además de la capacidad de escuchar el texto que estaba siendo leído, Katherina podía ver a menudo las imágenes que la trama podía hacer evocar en el lector. Y si él o ella pensaban al mismo tiempo en otro tipo de cosas, también aparecerían como breves secuencias insertadas en una película. Era un efecto secundario que requería entrenamiento, y también en esto Luca la había ayudado. Durante esos años, Katherina había aprendido a percibir qué cosas ocupaban la mente de un lector distraído, como el hombre con las gafas de carey.

Al parecer, él tenía una cita con una muchacha, porque a intervalos regulares su imagen surgía junto a aquéllas en donde ellos deberían encontrarse (en la plaza del Ayuntamiento), el restaurante adonde irían a cenar (el Mühlhausen), u otras que contenían sus expectativas decididamente eróticas para el resto de la noche. Katherina sintió subir el rubor en sus mejillas.

Sin embargo, no podía leer de esa manera la mente de cualquiera. Según Iversen, dependía de las fantasías de cada individuo, de la claridad de las imágenes generadas por el texto y del inconsciente de la persona; pero también era un asunto ligado a la modalidad de lectura. Estaban aquellos que recorrían las páginas a gran velocidad, produciendo una rápida sucesión de imágenes que, en los casos más extremos, daban la sensación de un cómic estilizado parpadeando ante los ojos. Otros lectores se tomaban su tiempo, tanto tiempo que las imágenes eran muy nítidas, y tan plenas que se podían explorar acercando el *zoom* a los más mínimos detalles, como lo haría la fotografía de un satélite espía.

—Me llevaré éstos —dijo una voz cautelosa, y Katherina abrió los ojos.

El hombre con las gafas de carey estaba ante la caja y le tendía dos libros. Se encogió de hombros, como disculpándose.

—Ochenta coronas —dijo Katherina sin mirar las ediciones de bolsillo que había elegido; ya sabía que se trataba de *El sueño eterno* y *El palacio de la luna*, que costaban treinta y cincuenta coronas respectivamente.

Ella se levantó y extrajo una bolsa de debajo de la caja, mientras el cliente revolvía en sus bolsillos buscando el dinero. Pagó y abandonó la tienda con una bolsa de plástico negra que llevaba impresa la inscripción LIBRI DI LUCA en letras

doradas.

En algunos casos, los poderes de Katherina compensaban su dislexia, y en muchas situaciones le permitían ocultar completamente su discapacidad. Así, durante un cierto período sintió que había logrado «notables progresos» en sus clases de lectura en la escuela primaria. Pero cuando el profesor u otros alumnos no podían seguir el texto, ella volvía a sentirse fuera del significado de esas cosas, como antes. Esto le provocó un duro revés a la hora de los exámenes.

Luca estaba convencido de que había una conexión entre su dislexia y sus poderes como Lectora. Durante sus ejercicios había descubierto rápidamente que ella tenía un poderoso talento y, en su opinión, ello era debido a la dislexia, no a pesar de ella. Por este motivo, intentó convencerla de que considerara sus capacidades como un regalo y no un castigo, que era la forma en que ella las había percibido hasta ese momento. Si bien él mismo era un Lector, no era un receptor, y en consecuencia no podía saber por experiencia propia qué le sucedía a Katherina.

Para el hijo de su mentor, pensó ella, que ahora estaba siendo iniciado en los secretos del Lector en la habitación de abajo, debía de ser mucho peor. El escepticismo que ella había experimentado cuando Luca le explicó cómo eran las cosas pronto había desaparecido, porque ella ya lo había notado en su propio cuerpo. Había recibido una explicación, que por muy increíble que sonara, siempre era una explicación que ella podía aceptar. Pero no alcanzaba a imaginarse el efecto que tendría toda esa historia sobre un profano absoluto. ¿Cómo reaccionaría él?

En aquel momento, Katherina oyó el crujido de la escalera, y unos segundos después se encontró con Iversen. Sudaba y su cara estaba algo enrojecida, como le sucedía cada vez que participaba alterado en una discusión.

—Quiere la prueba —dijo casi sin aliento—. ¿Estás dispuesta a ofrecerle una demostración?

CAPÍTULO

6

¿Cuál escoger?

Jon caminaba entre los estantes del sótano en busca de un libro para utilizar en la demostración. Podía seleccionar cualquier volumen que le gustara, según le había dicho Iversen con la desenvoltura de un mago que desafía a alguien del público a elegir una carta del mazo al azar. Según había entendido Jon, el plan consistía en que él debía leer un extracto del libro mientras Katherina trataba de influir en su percepción del texto, hasta el punto de no dejar dudas de que esto fuese posible.

Como Iversen había explicado, Katherina era una receptora, lo cual significaba que ella era capaz de escuchar y hasta cierto punto ver lo que otros leían. Pero lo que le parecía aún más increíble es que ella fuese capaz de acentuar a voluntad la experiencia perceptiva que el lector recogía del texto. Desde este punto de vista, los poderes de Katherina se parecían a aquellos que, según Iversen, él mismo poseía, pero mientras Jon debía declamar un texto para conseguir su efecto, Katherina era capaz de influir en el lector directamente, incluso si aquella persona leía para sí mismo.

Iversen había estado muy convincente, pero al insinuar cierta relación con la telepatía como una consecuencia del talento de Katherina, Jon exigió la prueba. La naturalidad con la que el anciano había aceptado inmediatamente su exigencia y la insistencia en hacerlo rápido plantó una semilla de preocupación en el ánimo de Jon. Si realmente todo aquel asunto escondía algo de verdad, no estaba del todo seguro de que le gustase que alguien registrara su cerebro mientras leía.

La entrada de Katherina a la biblioteca no ayudó a mejorar las cosas. No tenía el estilo rimbombante del mago ni el aire misterioso del místico; parecía un poco avergonzada de estar allí y, sin apenas dignarse echarle una mirada, se sentó en uno de los sillones de cuero con las manos en su regazo. Aun así, Jon sintió que estaba siendo observado, y no sólo por las dos personas que se hallaban presentes: tenía la sensación de que también los libros que atestaban las paredes parecían estudiarlo cortándole la respiración.

—¿Puedo coger uno de la tienda? —preguntó Jon, señalando el techo.

—Desde luego —respondió Iversen—. Tómame tu tiempo.

Jon abandonó la estancia y se dirigió arriba, a la librería. Iversen había cerrado la puerta, e incluso apagado las luces, de modo que el establecimiento estaba sólo

iluminado por el resplandor de los faroles de la calle que entraba, por el escaparate. Después de habituarse a la oscuridad, Jon dejó vagar sus ojos entre los anaqueles. De vez en cuando, tomaba un volumen, lo examinaba un poco y lo descartaba de inmediato, devolviéndolo a su lugar. Finalmente comprendió que no tenía importancia alguna qué libro escogiera: a fin de cuentas, ¿cómo podía saber cuál era el texto conveniente para este tipo de prueba? Cerró los ojos y dejó deslizar sus dedos por los lomos de los libros que tenía delante, hasta que se detuvo al azar sobre un volumen y lo extrajo del estante. Con su trofeo en la mano, volvió a la sala de lectura en el sótano.

—Fahrenheit 451 —anunció Iversen, asintiendo con satisfacción—. Bradbury. Una excelente elección, Jon.

—¿Ciencia ficción, verdad?

—Sí, pero el género no tiene ninguna importancia. ¿Estás listo?

Jon se encogió de hombros.

—Tanto como pueda estarlo.

—¿Y tú, Katherina? —preguntó Iversen, mirando a la pelirroja que permanecía inmóvil en el asiento de cuero.

Ella alzó los ojos y le dedicó una penetrante mirada a Jon. Absorta, se pasó el índice sobre la barbilla antes de colocar de nuevo las manos en el regazo y afirmar con la cabeza.

—Bien —dijo Iversen, aplaudiendo—. Te conviene sentarte, Jon.

—¿Y puedo leer también mentalmente, sólo para mí?

—Exacto —respondió Iversen, estirando el brazo hacia una silla—. Comienza, entonces, y no tienes por qué preocuparte. Ella se encargará de ti.

Jon se sentó en el sillón colocado frente a Katherina. Ella le hizo una señal invitándolo a comenzar, y él, instintivamente, como respuesta asintió y luego bajó la mirada hacia el libro.

Originalmente había sido una edición ordinaria, en rústica, pero el propietario había hecho plastificar la portada reforzando el lomo y la contraportada con cartulina y cuero. Los bordes de las páginas estaban amarillentos y ligeramente ajados por el uso: apoyado de plano sobre las rodillas, el libro no se cerraba por completo.

Antes de abrirlo, Jon dirigió una última mirada a Katherina. Estaba erguida, y continuaba con las manos en el regazo y los ojos cerrados. Entonces Jon comenzó a leer.

Al principio procedió con extrema lentitud. Leía con atención, pero a la vez se mantenía en guardia por intentar descubrir algo insólito, fuera de lugar. Continuó de la misma manera durante un par de páginas, sin comprender del todo realmente lo que estaba escrito, pero de pronto sintió como si el texto lo hubiese atrapado, y a partir de allí comenzó a leer con más libertad y fluidez, mientras la historia penetraba sin dificultad en su conciencia.

El protagonista de la obra, Montag, era al parecer un bombero, pero un bombero

algo particular: en lugar de apagar los incendios, los provocaba. Su misión consistía en quemar libros, objetos que eran considerados por la sociedad en la que vivía como muy peligrosos. Un día, al volver del trabajo, se encontró con una muchacha, que lo acompañó hasta su casa. La descripción de la muchacha era increíblemente viva, y Jon pudo verla con claridad frente a él: ágil, sonriente, elegante y espontánea. Su corazón comenzó a latir más rápido, y la boca se le secó. Esa muchacha era asombrosa. Estaba impaciente por seguir leyendo sobre ella, quería saber de dónde venía y qué papel desempeñaba en la historia. Se le apareció tan viva que casi podía sentirla a su lado, mientras ella caminaba hacia la casa de Montag con pasos tan ligeros como plumas y su cabello rojo ondeando al viento. Comenzó a echarla de menos, a experimentar una sensación de vacío, cuando ella lo abandonó allí, en el umbral de la casa.

La descripción era tan convincente que Jon sintió el impulso de mirar de soslayo para observar mejor a la muchacha, pero sus ojos ya no le obedecían. Permanecían fijos, sin abandonar la página, y continuaron avanzando por el texto hacia el momento tan temido, el de la despedida. Desesperado, Jon trató de dejar de leer, o al menos de ralentizar el ritmo, pero la historia progresaba inexorablemente bajo sus ojos. El sudor había comenzado a aparecer sobre su frente y su pulso se aceleró.

En la historia, Montag y la muchacha habían llegado a la casa de éste, donde, siempre de pie en el umbral, conversaban sin prisa, pausadamente, como si ellos estiraran el tiempo para fascinación o tormento de Jon. Él sintió una atracción increíble por esta muchacha, como si la conociese desde siempre y estuviese perdidamente enamorado de ella. Montag finalmente comenzó a despedirse de ella, y Jon debió reprimir un feroz deseo de llamarla, de atraerla de nuevo al texto, que ahora le parecía banal e improvisado. Notó que sus ojos estaban húmedos, pero al mismo tiempo comprendió que otra vez estaba en condición de controlarse, y aprovechó la oportunidad para interrumpir la lectura.

En el mismo momento en que levantó la mirada, Katherina abrió muy lentamente los párpados, pero evitó mirarlo a la cara. Él notó que sus ojos estaban enrojecidos. Jon buscó entonces a Iversen, en silencio, que lo observaba fijamente, con expectación.

—¿Y bien?

Jon volvió a bajar la vista hacia el libro. Parecía uno como cualquier otro, como tantos, un montón de páginas con letras formando palabras, sin el más mínimo signo de aquella vida, de aquella riqueza de sensaciones que acababa de experimentar. Cerró el libro y lo giró entre sus manos, examinándolo.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó por fin.

Iversen estalló en una carcajada.

—¿No es asombroso? Estoy tan sumamente impresionado como siempre.

Jon asintió con aire ausente.

—¿Y podías oírme mientras leía? —preguntó, volviéndose hacia Katherina. Ella

se ruborizó y lo confirmó de forma casi imperceptible.

—Sin embargo, cuidado —puntualizó Iversen, levantando el índice—. Lo que ella escuchaba no era tu voz. Y mucho menos la suya, ni siquiera la del autor, en realidad. Y esto es lo más increíble de todo. Al parecer, cada libro tiene su propia voz. —Miró con evidente envidia a la mujer de cabellos rojos—. Es como comunicarse con el libro mismo, con su alma.

—El sueño erótico de todos los bibliófilos.

—Hummm, pues sí —respondió Iversen, con una sonrisa avergonzada—. Quizá me dejé llevar un poco por el ambiente. A veces olvido que ser receptora implica también costos altísimos. Costos que tú y yo estamos muy lejos de poder imaginar.

Jon recordó al hombre de la cerveza fuerte que había encontrado en El Vaso Limpio tras el entierro de Luca. Entonces lo había tomado por un loco, un borracho fantasioso al que le daba por soltar tonterías sobre lectores y textos que cantaban y gritaban. Como una ironía del destino, aquellos delirios del pobre tipo ahora le ayudaban a dar crédito a la explicación de Iversen.

—Bien —dijo Jon, colocando el libro sobre la mesa—. Asumiendo que creo todo lo que me has dicho, tu explicación relativa a la existencia de los Lectores y vuestra capacidad para manipular mis pensamientos y emociones por medio de un libro —estiró los brazos—, ¿qué esperáis de mí?

—¿Quién te ha dicho que pretendemos algo de ti? —dijo una voz desde la puerta.

Los tres se volvieron hacia el recién llegado. En la entrada había un joven delgado de unos veinte años, que llevaba una camiseta ceñida y un pantalón holgado, verde oliva, como los de camuflaje del ejército. Tenía un rostro afilado, con una barba roja, tipo candado, rodeándole la boca, pero por lo demás era calvo y tan pálido como la harina. Un par de ojos oscuros fulminaron a Jon.

—Hola, Paw —dijo Iversen—. Ven a saludar a nuestro invitado.

El joven entró con pasos firmes y se colocó detrás del sillón de Katherina con sus manos sobre las caderas.

—¿Invitado?

—Va todo bien —lo tranquilizó Iversen con dulzura—. Él es Jon, el hijo de Luca.

—Lo sé. Lo vi en el funeral —respondió lacónicamente Paw—. El tipo que quiere vender Libri di Luca. Lo has dicho tú mismo, Svend.

Iversen miró con embarazo a Jon, quien parecía no darse cuenta de nada.

—Sólo he dicho que existía el riesgo de que ocurriera. En realidad, no lo sabemos, Paw —puntualizó Iversen—. Por eso estamos aquí.

—Y entonces, ¿qué sucederá?

—Estábamos a punto de explicarle los hechos a Jon cuando llegaste —respondió Iversen.

—¿Cuáles?

—Todos.

La mirada de Paw se trasladó de Iversen a Jon. Los músculos de la mandíbula se

apretaron y entrecerró los ojos.

—¿Podríamos hablar un momento, Svend? —preguntó Paw, señalando con su cabeza hacia la puerta—. Ven tú también, Kat.

Jon notó que Katherina elevaba ligeramente los ojos antes de dirigir una mirada interrogante a Iversen. El viejo asintió.

—Como quieras, Paw. Ve arriba, te alcanzo en un minuto.

El joven salió con paso marcial y Katherina lo siguió lentamente.

—Deberás tener paciencia con él —explicó Iversen en cuanto los otros abandonaron la habitación—. A Paw, literalmente, lo recogimos de la calle. Se ganaba la vida usando sus poderes como Lector. Luca lo encontró en la calle Straget: leía poesías a los transeúntes, con cierto éxito. Se reunía cierta cantidad de gente a escuchar, y la mayor parte de ellos le arrojaba unas monedas en la caja de cigarros que solía poner a sus pies. Luca lo reconoció por aquello que él realmente era. Los transmisores experimentados pueden sentir cuándo uno de ellos carga un texto, y Paw no hacía ningún esfuerzo por ocultar sus poderes. —Iversen se apoyó en su asiento—. Como puedes comprender, Jon, tenemos muchos motivos para ocultar nuestros poderes, debemos mantenerlos en secreto. No podemos correr el riesgo de que un muchacho joven como Paw nos comprometa sólo porque no entienda qué hacer con lo que él es. —Hizo una pausa—. Luca lo tomó bajo su protección, y durante los últimos seis meses Paw ha formado parte del inventario de la librería. Al final hemos acabado por tomarle al chaval verdadero cariño, y él a nosotros, aunque no quiera admitirlo. Y, como has podido notar, él siente una auténtica pasión por este sitio.

—¿Y piensa que voy a echarlo de aquí? —preguntó Jon.

—Ya le han quitado tantas cosas... Y tan a menudo que él ya lo da por descontado.

Jon asintió con aire pensativo.

—Bueno, será mejor que... —dijo Iversen, señalando la puerta.

Se levantó y salió de la estancia. Jon pudo escuchar el eco de sus pasos a lo largo del pasillo y luego el crujir de los escalones. Después, todo quedó en silencio.

Una vez solo, se levantó y examinó el contenido de los estantes. Reconoció únicamente unos cuantos títulos; por otra parte, los volúmenes más antiguos estaban en latín o griego, lenguas que él no dominaba. Desde luego, había también numerosas obras en italiano, y a pesar de que no lo hablaba desde hacía mucho tiempo, aún era capaz de comprender algunas palabras.

En muchos casos, los títulos sobre los lomos habían sido elaborados con gran refinamiento, en caracteres góticos o bien con pequeñas ilustraciones, tanto que a veces tenía que esforzarse para alcanzar a descifrar lo que decían. Algunos libros, que carecían de lomo, constituían una colección de páginas amarillentas que lograban mantenerse unidas atadas con cuerdas hechas de cuero o rafia. Otros tenían

accesorios metálicos atravesando el lomo y las esquinas de la cubierta; e incluso no faltaban otros con portadas hechas de chapa, sobre la que habían sido grabados en madera el título y la ornamentación.

Al cabo de un rato, las letras comenzaron a parpadear ante sus ojos. Jon se sentó en uno de los suaves sillones de cuero y observó a su alrededor. No resultaba difícil percibir que todo lo que contemplaba era el trabajo de varias generaciones. Llegar a reunir semejante cantidad de títulos significaba una tarea que comenzó en Italia y había acompañado a la familia Campelli a través de toda Europa, hasta llegar a Dinamarca. Durante un momento, imaginó una escena en su mente: una pequeña familia que empuja un carro cargado con libros y un gran secreto. Jon dejó caer su cabeza hacia atrás y se cubrió el rostro con las manos.

Últimamente había estado sometido a una gran presión. El caso Remer ocupaba todo su tiempo, y los archivos que arrastraba para trabajar en su casa hacían que el cansancio acumulado entre el despacho y su apartamento resultara cada vez más pesado. Su casa, de hecho, se había transformado en una extensión de la oficina; ya casi no tenía tiempo para sentarse en la terraza del ático o prepararse una comida decente en su nueva cocina. Cada vez más a menudo, bajaba a comprar cualquier cosa en alguno de los restaurantes de comida rápida cercanos, o bien se calentaba algún plato congelado en el microondas.

Con las manos en las sienes, presionando con los dedos, se masajeó el cuero cabelludo con movimientos circulares. Luego, inició una serie de inhalaciones, largas y profundas, conteniendo el aliento, hasta sentir cómo su pulso reducía la marcha y el cuerpo se hacía más pesado.

La muerte de Luca no pudo haber ocurrido en un momento menos oportuno.

Se apartó las manos del rostro y las dejó descansar en los reposabrazos. Con los ojos aún cerrados, siguió respirando con calma. Su caja torácica subía y bajaba junto al ritmo de su respiración: podía oír el aire que entraba y salía por los pulmones.

Pero había algo más.

Si escuchaba con atención, podía percibir un silbido leve, susurrante. Era como si un murmullo, casi imperceptible, se hubiese deslizado en la biblioteca. Poco a poco, el sonido fue adquiriendo más intensidad, como si se acercase o simplemente aumentara su volumen. Jon se concentró, pero no pudo distinguir nada de lo que se estaba hablando, ni siquiera si eran voces masculinas o femeninas, porque definitivamente había más de una, como el rumor de una muchedumbre entera. El sonido se sentía tan frágil y débil que debió aguantar la respiración en un intento por identificar de dónde provenía, pero en cuanto parecía lograrlo, el sonido cambiaba de dirección. Su corazón comenzó a latir con más fuerza y la respiración se le hizo más difícil, aunque de vez en cuando contenía el aliento para poder escuchar.

En un intento por aumentar la concentración, apretó los puños y cerró los párpados con mayor energía aún.

De golpe, una serie de imágenes comenzaron a explotar ante sus ojos: formas

abstractas y colores se mezclaban con paisajes y escenas de batallas entre ejércitos de caballeros, piratas e indios americanos. Visiones subacuáticas introdujeron toda suerte de criaturas de mar, monstruos y submarinos, para luego ser reemplazadas por paisajes lunares y desérticos, seguidos a su vez por llanuras glaciares, que hacían zozobrar las proas de los navíos más espectaculares. Todas estas imágenes parpadeaban delante de sus ojos a una velocidad suicida, como si se tratara de un proyector de diapositivas provisto con motor turbo. Las calles de adoquines, empapadas por la lluvia, fueron sustituidas por arenas ardientes por el sol llenas de gladiadores sudorosos, seguidos por edificios de los cuales surgían enormes llamas que se estiraban hacia una luna llena intensamente amarilla. La luna entonces se convirtió en el ojo de un dragón gigantesco, cuyo párpado escamoso se cerró transformándose en un banco de peces diminutos, que inmediatamente fueron tragados por una oreja, que resultó certeramente arponeada por un marino con el rostro esculpido por la intemperie, ataviado con pantalones de trabajo amarillos.

Todas estas impresiones, más otro centenar que se sucedían demasiado rápido como para dar cuenta de ellas, se siguieron como un bombardeo en el espacio de tiempo que empleó para abrir desmesuradamente los ojos. Se levantó de un salto, jadeante. Balanceándose, avanzó con aire tambaleante hasta tocar el respaldo de una silla. Una náusea violenta se desató en su interior, y sintió que su respiración se aceleraba por el cosquilleo en los dedos. Abrumado por el vértigo, cayó de rodillas y se dobló hacia delante para quedar a gatas, con la mirada hacia la alfombra.

Al cabo de un par de minutos, durante los cuales no cesó de jadear y luchó por no parpadear, Jon logró enderezarse a medias, lentamente. Tenía el rostro cubierto de sudor; lo secó con la palma de la mano, antes de erguirse totalmente, coa Suma cautela. Las piernas le temblaban ligeramente, pero intentó dar unos pasos hacia la estantería más cercana. Desde allí se dirigió hasta la puerta, tomándose todo el tiempo del mundo y aferrándose a todo cuanto encontraba para mantener la estabilidad. El pasillo que iba desde la puerta hasta la escalera parecía mucho más largo que cuando había llegado: tuvo la impresión de haber caminado una eternidad antes de alcanzar el escalón más bajo. Prácticamente se arrastró por la escalera de caracol, avanzando con enorme esfuerzo, y la mano sosteniendo siempre la barandilla, que le respondía con un crujido siniestro bajo su peso.

Al llegar a la parte superior, oyó algunas voces que procedían del frente de la tienda. Incapaz de distinguir lo que decían, se dirigió en aquella dirección, apoyando una mano sobre las estanterías. Al final del pasillo avanzó con paso vacilante pero sin sujetarse a nada, y fue en aquel momento cuando las voces callaron. Paw estaba sentado en la butaca detrás de la caja, con los brazos cruzados. Katherina también estaba sentada, pero sobre el mostrador, con las piernas colgando, e Iversen de pie, delante de la registradora y de espaldas a Jon.

El viejo se giró para situarse frente a Jon y le dijo algo. Su voz preocupada le acompañó hasta la puerta, que abrió con un tirón violento.

Ya fuera, respiró con avidez el aire frío de la tarde, pero continuó caminando hasta alcanzar un farol de la calle en el cual sostenerse. El frío del metal le produjo un extraño efecto tranquilizador.

—¿Jon, puedes oírme? —La voz de Iversen finalmente alcanzó a Jon, que asintió lentamente, como si estuviese en trance—. ¿Te encuentras bien?

—Mareado —pudo tartamudear.

—Vamos, vuelve adentro. Allí podrás sentarte —aconsejó Iversen.

Jon sacudió la cabeza con decisión.

—¿Quieres un vaso de agua? —intervino Katherina, alcanzándole uno.

De mala gana, Jon quitó una mano del farol y cogió el recipiente, vaciándolo de un trago.

—Gracias.

—Voy a traer otro —dijo Katherina, tomando el vaso y desapareciendo en la tienda.

Iversen colocó su mano sobre el hombro de Jon.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Jon? —preguntó con preocupación.

Jon aspiró un par de bocanadas profundas. El agua y el aire fresco habían surtido efecto y ya se sentía mejor.

—El estrés —contestó mirando al suelo—. Sólo es eso, estrés.

Iversen lo examinó con atención.

—Bonito consuelo —dijo algo irritado—. Ven, vuelve adentro, allí podrás descansar.

—No —exclamó Jon—. Quiero decir, no, gracias, Iversen. —Levantó la mirada y examinó los ojos del anciano. Traslucían al mismo tiempo ansia y perplejidad—. En este momento, lo único que necesito es ir a casa y dormir unas cuantas horas.

Katherina volvió con otro vaso de agua, del que Jon bebió la mitad bajo la atenta mirada de los dos. Al devolver el vaso, se lo agradeció con una inclinación.

—Creo que dejé mi chaqueta dentro —dijo Jon, acariciando sus bolsillos.

—No pensarás conducir en este estado, ¿verdad? —le preguntó Iversen.

—Está bien. Ya me siento mucho mejor —respondió Jon, esforzándose por sonreír—. ¿Uno de vosotros podría ir a buscar mi chaqueta?

Katherina los dejó solos y poco después volvió con la prenda.

—Todavía tenemos mucho de qué hablar —dijo Iversen mientras Jon entraba en su coche.

Jon asintió.

—Volveré por aquí en un par de días. Me has dado unas cuantas cosas en las que pensar, eso está claro.

—Cuídate, Jon.

Puso en marcha el vehículo y agitó la mano antes de alejarse. La cabeza ya no le daba vueltas, pero se veía invadido por un agotamiento como nunca había sentido antes. A pesar de estar acostumbrado a largas jornadas de trabajo, esta fatiga parecía

haberse instalado en todas las células de su cuerpo.

Había arrojado la chaqueta en el asiento del acompañante, pero con el rabillo del ojo alcanzó a notar un bulto extraño en uno de los bolsillos. En el primer semáforo en rojo, extrajo el contenido.

Era un libro. Fahrenheit 451, de Ray Bradbury.

CAPÍTULO

7

Katherina siguió con la mirada el coche que se alejaba. Iversen, que estaba a su lado, hizo lo mismo, sin poder abandonar una expresión preocupada. Ella lo había visto así en pocas ocasiones, pero, en los últimos días, su rostro, habitualmente tan amable, aparecía contraído, con surcos profundos sobre la frente.

Cuando el Mercedes de Jon desapareció de su vista, Iversen se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué crees que ha sucedido?

Katherina se encogió de hombros.

—No tengo ni la más remota idea.

—Quizás haya sido el estrés, como ha dicho —conjeturó Iversen.

Hicieron un gesto de mutuo acuerdo al unísono, y volvieron a entrar en la librería, donde Paw los estaba esperando. No se había movido de su butaca, y permanecía con los brazos cruzados, con un gesto teatral.

—¿Qué bicho le ha picado a ese tipo? —preguntó tan pronto como Iversen cerró la puerta.

—Después de todo lo que le hemos dicho hoy, no me parece tan extraño que haya sentido vértigo —contestó el librero.

—¿Por qué tuvo que venir aquí?

—Te olvidas, Paw, de que ahora los intrusos somos nosotros —le aclaró Iversen, estirando los brazos—. Este negocio, los libros que nos rodean, incluso la silla en la que estás sentado, le pertenecen.

—Pero no es justo —insistió Paw—. Luca nunca nos hubiese traicionado así. Debe existir algún modo de conseguir anular o cambiar el testamento, o lo que sea que ellos hicieron.

—No hay muchas posibilidades de lograrlo —dijo Iversen de una forma condescendiente—. En primer lugar, porque no hay ningún testamento para impugnar, y además, porque Jon rechazó mi oferta de hacerse cargo de la librería.

—No hay has hecho qué —vociferó Paw, saltando de la silla—. ¿Acaso has perdido completamente la cabeza?

También Katherina miró asombrada a Iversen.

—Creo que en lo más profundo de su ser ése era el deseo de Luca —contestó Iversen, sin levantar la voz—. ¿Qué padre no aspira a que el trabajo de toda una vida

se vea continuado por la familia? ¿O piensas que a Luca le hubiese gustado que la colección Campelli acabara por caer en manos de extraños? Realmente, creo que no. —Hizo una pausa durante un momento, antes de añadir con un suspiro—: Además, lo necesitamos.

—Con tal de que no piense que lo hemos envenenado —intervino Katherina en voz baja.

Los otros dos la miraron.

Iversen estuvo de acuerdo.

—Sería una catástrofe si lo alejásemos ahora.

—¿Y si lo hiciera? ¿Si decidiese venderlo todo y a la mierda? —preguntó Paw.

Iversen sonrió inquieto.

—A decir verdad, no tiene ninguna opción. El Consejo ya ha aprobado una Lectura.

El silencio se instaló entre ellos. Lentamente, Paw se echó hacia atrás en su asiento sin perder de vista a Iversen. También Katherina lo miró fijamente, pero él permaneció impassible.

La Lectura era una medida drástica, y ella no sabía de ninguna que el Consejo hubiese aprobado de forma preventiva. Estaba estrictamente prohibido a cualquiera emplear los poderes como Lector por cualquier motivo que no fuese aumentar los efectos de la lectura. Eso era lo que marcaba el código de la Sociedad. Cualquier violación de esta regla era considerada una infracción muy seria, que acarrearía necesariamente graves consecuencias para quien la cometiera, aunque Katherina nunca había oído cuáles eran aquellas terribles consecuencias. La supervivencia de la Sociedad dependía, de hecho, de que sus miembros guardasen el secreto de su existencia, y el mal uso de los poderes inevitablemente hubiese atraído la atención general.

Sólo en circunstancias muy raras podía ser necesario utilizar los poderes para otros objetivos que no fuesen el enriquecimiento de un texto. Se trataba, sobre todo, de situaciones en las que la Sociedad o los propios poderes se vieran directamente amenazados con su descubrimiento. En tales ocasiones el Consejo aprobaba una Lectura para las partes interesadas, para que pudiesen reconsiderar su idea. El proceso de aprobación para autorizar una Lectura era complejo. Era necesario indicar por escrito cómo se desarrollarían exactamente los hechos, quiénes estarían presentes, qué resultado se buscaba y el pretexto que había sido aducido. Esto último resultaba fundamental, porque si la «víctima» no daba una declaración plausible de por qué de pronto había cambiado de idea respecto a un asunto en particular, se arriesgaba a tirarlo todo por la borda.

Después de la aprobación, eran los Lectores quienes debían realizar la Lectura en presencia de la persona o las personas sobre las que debían influir. Por lo general, esto no era un problema. En la mayoría de los casos, los objetivos eran figuras públicas, como políticos, funcionarios gubernamentales o periodistas que circulaban

sin excesivas medidas de seguridad.

Para la Lectura se escogía un texto conveniente para la ocasión, que de algún modo relacionase el argumento con áreas asociadas al asunto que debía tocarse. Durante la Lectura, los pasajes más importantes estaban cargados de tal modo que el sujeto perdía todo interés en el asunto, o lo rechazaba por completo. El operativo requería, por eso mismo, Lectores expertos y de notables poderes, pero raramente había sorpresas: el resultado siempre era el deseado, lo cual aseguraba el anonimato de la Sociedad.

Katherina ignoraba cuántas Lecturas habían sido aprobadas, pero en los diez años que había frecuentado a Luca, sólo había sabido de una. En aquella ocasión, ella misma se vio directamente implicada, «pero sólo como refuerzo», tal como Luca le había asegurado.

El objetivo era un político local, de Copenhague, que había visto una posibilidad de percibir el olor del dinero a través de un proyecto que planeaba recortar la financiación a los cursos de apoyo a la lectura en las escuelas. Sus esfuerzos iban encaminados a boicotear las clases de lectura en todas las escuelas de la capital.

Una de las tareas más importantes de la Sociedad consistía, precisamente, en incentivar el amor por la lectura y, en particular, mejorar las capacidades entre los niños que tenían dificultades. Algunos de los miembros de la Sociedad funcionaban como profesores de apoyo itinerante, y tenían clases programadas en diversas escuelas para alumnos que necesitaban ayuda. Otros, además, procuraban estimular en los niños el verdadero placer de la lectura, y a menudo algunos resultaban espontáneamente activados por un Lector; de este modo, las clases de este tipo representaban también un medio para descubrir a aquellos que tenían capacidades especiales, y una oportunidad de seguirlos y dirigirlos con la mayor discreción posible.

Con toda probabilidad, una investigación sobre las clases de apoyo no hubiese comprometido directamente a la Sociedad, pero el miedo a perder esta posibilidad de acceso a los potenciales Lectores había sido motivo suficiente para inducir al Consejo a aprobar una Lectura para el político.

La Lectura había sido realizada un tórrido día de verano en el ayuntamiento. Previamente, la Sociedad había organizado una petición para recoger firmas contra la supresión de las clases. Los padres de aquellos niños que aprovecharon las clases de lectura se personaron de buen grado en el despacho del político, donde habían estampado sus firmas, tras lo cual sería leída una declaración.

Además de Katherina y Luca, otros tres miembros de la Sociedad formaban parte de la delegación, junto a algunos padres que ignoraban por completo el verdadero objetivo de la visita. Luca iba de traje y corbata, una vestimenta que, con el calor de aquel verano, no parecía apiadarse del pequeño italiano. El sudor se descargó sobre la frente y su cara, congestionada, adquirió un color rojo intenso. Katherina, por su parte, llevaba un vestido suelto, negro, y probablemente, de la pequeña delegación,

ella era la que menos sufría. A pesar de la temperatura, llevaban al menos cuarenta y cinco minutos esperando en la zona de recepción junto a una secretaria joven y rubia. Con su vestido estival, blanco, ella no parecía estar molesta por el calor.

Finalmente, se les permitió el acceso a la oficina del político, donde el grupo fue recibido por un hombre de mediana edad, con el cabello del color del acero y que combinaba con el traje del mismo tono gris, que se adhería cómodamente alrededor de su estilizada figura. Sus ojos severos estaban enmarcados por un par de cejas espesas, que sobresalían como pequeños cuernos. Fueron estrechando su mano a medida que cruzaban la puerta, uno por uno, y cuando llegó su turno, Katherina no pudo menos que bajar la mirada. El apretón más que enérgico que él le prodigó le dejó la mano dolorida durante varios minutos.

El portavoz de la delegación explicó brevemente el motivo de la visita y a continuación entregó la petición con todas las firmas al hombre canoso, que había ocupado su sitio detrás de un enorme escritorio completamente vacío. Con sus codos descansando sobre los reposabrazos de su sillón, él los examinó con los ojos entrecerrados. Presionó sus dedos largos, nudosos, y los juntó para formar algo parecido a una tienda.

La declaración final fue entregada de forma escrita, pero habían acordado también que sería leída en voz alta. Ésa era la tarea de Luca. Resoplando, dio un par de pasos hacia delante y comenzó su presentación. Tal como estaba previsto, el político inmediatamente recogió su copia, ya fuese para seguir el texto o para ocultar su desinterés.

La declaración era una mezcla de tonterías introductorias sobre el asunto de las clases de lectura, una especie de precalentamiento para individualizar la capacidad y disponibilidad del sujeto para concentrarse en lo que estaba siendo leído.

Katherina sintió que Luca se limitaba a acentuar sólo ligeramente el texto, como un pintor que inicia su obra con pinceladas delicadas, acariciando apenas la tela. El escrito había sido preparado con toda meticulosidad, y la exposición de Luca era impecable, sobre todo por su dicción: los ligeros énfasis intensificaban el efecto, haciéndola parecer más una interpretación que una lectura.

Obviamente, para disfrutar de aquello, el oyente necesitaba prestar al menos un mínimo de atención a las palabras, un honor que el político no tenía ninguna intención de conceder a aquel estafalario grupo.

Katherina había cerrado los ojos y notó que el hombre hojeara la declaración, deteniéndose al azar y leyendo pequeños fragmentos sin comprender realmente lo que significaban. Una gran cantidad de pensamientos extraños dominaban las imágenes que el texto y Luca evocaban: otras reuniones, miembros de la familia, las rondas de golf, una cena en el Tívoli que, al parecer, tendría lugar esa misma noche.

Ella suspiró profundamente y se dejó transportar por el flujo de imágenes que le llegaban de la mente del sujeto. Cada vez que el hombre leía una palabra del texto, ella la intensificaba un poco, estimulando su atención, sosteniéndola siempre un

minuto más de lo que el político hubiese querido. Al poco rato, el texto comenzó a ocupar un espacio mayor en sus pensamientos, y el hombre comenzó a leer párrafos más largos y seguidos, tarea que Katherina hizo todo lo posible por reforzar y sostener.

Para un receptor esto era más bien un ejercicio trivial. Infinidad de veces, sentada en trenes y autobuses, Katherina había tenido innumerables posibilidades de utilizar sus talentos simplemente con la finalidad de ayudar a un lector cercano a concentrarse en el texto en vez de en las otras mil cosas que lo rodeaban. Mucha gente que vive en la periferia, fuera de la ciudad, tiene por costumbre leer en el trayecto hacia y desde el trabajo, pero su concentración a menudo se dispersa, y Katherina con frecuencia notaba cómo de golpe interrumpían la lectura, para volver al rato a las mismas páginas y leer nuevamente aquello que no había quedado registrado. A ella le resultaba clarísimo lo que ocurría, dado que podía seguir visiblemente las imágenes del texto que quedaban bloqueadas por todo tipo de pensamientos, ahogados en las preocupaciones del trabajo, el amor o incluso por la compra en el supermercado. A veces intervenía. Si encontraba una buena historia, ayudaba al lector a mantener la concentración, y con tal eficacia que la persona en cuestión olvidaba bajar en su parada. En otras ocasiones, si el texto no le gustaba o simplemente deseaba guardar distancia de las voces, saboteara la lectura hasta que el lector se desconcentraba y acababa por rendirse.

El político, ayudado por Luca y Katherina, de pronto se mostró muy interesado en el texto y comenzó a avanzar hasta el lugar que Luca había alcanzado en su lectura de la declaración. Katherina se aseguró de que mantuviera su atención —una tarea muy sencilla, ya que Luca utilizaba su técnica de acentuación para conseguir el mismo objetivo—, Katherina abrió los ojos y vio cómo el sujeto se había incorporado en su silla estudiando con evidente interés los documentos que tenía en las manos. De vez en cuando, asentía con la cabeza, casi obedeciendo a una señal de Luca, que subrayaba la entonación cada vez que llegaba a un tramo importante del texto.

El efecto de un transmisor sobre los oyentes no era direccional, y si alguno más de los que antes tenían dudas respecto a la legitimidad de las clases de apoyo hubiera estado en el mismo despacho, también habría sido convencido de lo contrario en el mismo momento en que Luca leía la última palabra de la declaración. Katherina sonrió cuando el político alzó la vista. Evidentemente, el hombre no tenía ni idea de cómo reaccionar, como si lo avergonzase decir algo después de la exposición de Luca, pero finalmente logró balbucear unas tópicas frases de cortesía, para asegurar que volvería a examinar la cuestión otra vez.

El efecto no se hizo esperar. Unos días más tarde, el político declaró que las clases de apoyo a la lectura estaban totalmente garantizadas: ninguna investigación ulterior tendría consecuencias sobre los bolsillos de los contribuyentes.

Pero una cosa era influir sobre un político de carrera que no tenía ni idea de lo que era un Lector o una Lectura, y otra completamente diferente cuando el sujeto

implicado sospechaba de aquello a lo que estaba siendo sometido.

—¿No es demasiado tarde para someter a Jon a una Lectura? —preguntó Katherina cuando apenas terminaba de digerir las palabras de Iversen—. Se dará cuenta enseguida.

—Sí, ¿por qué no lo hicimos directamente al principio? —Paw golpeó un puño contra la palma de la otra mano—. ¡Pam! Sin advertencias. Entonces habríamos podido inducirle a que hiciese algo por nosotros.

—No olvidéis que hablamos del hijo de Luca —respondió Iversen—. Es un buen muchacho. Jon merece nuestro respeto y como mínimo creo que deberíamos darle la posibilidad de escoger. Además, él lo habría averiguado de todos modos el día que fuese activado. ¿Y entonces? ¿Cómo habría terminado todo?

—Pero si no quisiera saber nada... Si optara por la decisión... equivocada, ¿qué harás? ¿Vas a obligarlo por la fuerza? —inquirió Katherina.

—Quizá —contestó Iversen—. Ya ha sucedido antes. No recientemente, pero hubo algún caso en el que se realizó una Lectura en contra de la voluntad del oyente. En los viejos tiempos este método se utilizaba para contener a aquellos miembros de nuestras propias filas que se rebelaban en contra de la Sociedad. No es algo de lo que estemos muy orgullosos, a veces parecía una verdadera escena de tortura, ya que se hacía necesario usar correas y mordazas para sujetar al oyente. —Iversen suspiró—. No nos queda más que esperar que esto no se nos vaya tanto de las manos.

—Pero podría ser realmente chulo —gritó Paw, apresurándose a añadir—: Bueno, claro, no digo para aplicarlo con el hijo de Luca, sino con cualquier otro, alguien que se opone con todas sus fuerzas. Hacerlo con gente común y corriente es demasiado fácil; ellos parecen ganado, sólo hay que empujarlos un poco. Pero intentarlo sobre alguien que ofrece verdadera resistencia...

—De verdad que eres increíble, Paw —le interrumpió Katherina.

—¡Eh! ¿No te gustaría ofrecerte como voluntaria? No tendría problemas en encontrar algo para leerte, quizás algo romántico. ¿Qué piensas?

—Estoy segura de que podrías, aunque ¿no deberías hacer antes los ejercicios que te encargó Iversen?

La sonrisa ladeada de Paw desapareció de su rostro y murmuró algo ininteligible.

—Bien —avanzó Iversen—. ¿Qué decís? ¿Cerramos por hoy?

Por una vez, los otros estuvieron de acuerdo y desaparecieron rápidamente por la puerta, mientras Iversen hacía la última ronda antes de dejar, también él, Libri di Luca.

Katherina pedaleó con más fuerza a medida que se alejaba de la librería. Se reprochó a sí misma sacudiendo la cabeza. Ella sabía mejor que nadie que no podía caer en las

provocaciones de Paw. Como si fuesen hermanos, ambos conocían exactamente qué resortes tocar para irritar al otro, y una respuesta defensiva se transformaba rápidamente en un ataque desde que las primeras palabras eran pronunciadas.

Su bicicleta la sacó del distrito Vesterbro hacia la Narrebro. Maniobrando con agilidad en el tráfico de la incipiente noche, en perfecta sintonía con los semáforos, doblaba en las esquinas casi sin necesidad de frenar.

Tal vez la comparación de los hermanos era mucho más apropiada de lo que parecía dispuesta a admitir. En cierto sentido, también ella había sido la hija única en la librería con Luca e Iversen, hasta que llegó Paw como un hermanito no deseado. No había sido fácil para ella cederle parte de su territorio: en su fuero interno, se sentía un poco culpable por no haber podido brindarle una bienvenida algo más cálida.

En la zona que rodeaba la Elmsgade, recorrió una calle de dirección única en sentido contrario, pasando cerca de los coches aparcados o subiendo a la acera cuando aparecía algún vehículo ante ella. Varias veces miró por encima de su hombro, pero no pudo distinguir a nadie que estuviese siguiéndola. Al llegar a Sankt Hans Torv, atravesó la plaza pasando por delante de los cafés y se alejó de Blegdamsvej en dirección a Norre Alié.

Probablemente sus peleas tenían algo que ver con la edad. Paw tenía siete años menos que ella, pero mentalmente, en su opinión, era como un niño. Todo parecía centrado en torno a él y sus necesidades. Su entrenamiento no llegó antes de otras cosas que eran importantes. Katherina volvió a sacudir la cabeza. Quizá sólo estaba celosa.

Siguió con la bicicleta por la acera y al cabo de un par de metros se detuvo ante un edificio gris con los marcos de las ventanas pintados de blanco. Sólo en dos de los apartamentos las luces estaban encendidas; en uno de ellos se veían difuminadas por las cortinas, pero por la otra ventana era posible vislumbrar un techo blanco decorado con yeso del que colgaba un gran candelabro con velas auténticas.

El hecho es que muchas cosas habían cambiado desde que Paw comenzó a frecuentar Libri di Luca. El equilibrio se había modificado. Ahora él era el benjamín de la familia, mientras que ella, no sin cierto orgullo, sentía que había comenzado a formar parte del círculo de confianza, alguien que era suficientemente autónoma para cuidar de sí misma. Pero el equilibrio volvería a verse modificado nuevamente con la llegada de Jon. La pregunta ahora era: ¿hacia qué lado?

Después de haber dejado la bicicleta en el acceso de entrada, comprobó otra vez que nadie la estuviese observando. Luego, abrió la puerta de la calle y desapareció en el interior. Sin encender la luz, se dirigió hacia la escalera, subiendo los escalones de dos en dos. Al llegar al cuarto piso, se detuvo ante una puerta con frisos pintada de gris. A pesar de la oscuridad, la placa de bronce era perfectamente legible, y aun cuando fuera incapaz de leerla, sabía qué anunciaba: Centro de Estudios de Dislexia (Se ofrecen consultas).

Katherina presionó el timbre dos veces, la primera más larga que la segunda, y esperó. Poco después, oyó pasos detrás de la puerta, y luego el sonido de un cerrojo que estaba siendo deslizado hacia atrás. La puerta se abrió ligeramente y un halo de luz se extendió por el pasillo, capturándola en su resplandor. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad de la escalera, sintieron aquella luz demasiado brillante, y Katherina se vio forzada a parpadear, al tiempo que se protegía poniendo una mano en la cara.

—Entra —le dijo una voz femenina, y la puerta se abrió de par en par.

Katherina se introdujo en un largo pasillo pintado de beis, con hileras de percheros de metal en las paredes. Casi todos estaban ocupados por chaquetas y otras prendas, pero encontró uno libre donde dejar su abrigo.

La mujer que le había hecho pasar cerró la puerta y se giró para quedar frente a ella. Tendría algo más de cuarenta años, y se la veía ligeramente rellenita alrededor de la cintura, algo que intentaba ocultar bajo un vestido negro. Su rostro estaba dominado por unas gafas de pasta de gruesos cristales, enmarcadas por el cabello castaño claro, que arrojaba un reflejo algo artificial bajo la fuerte luz que provenía de una fila de lámparas halógenas fijadas en el techo.

—¿Y bien?

Katherina cruzó su mirada con la mujer y asintió.

—Será muy bueno, mucho mejor incluso que su padre.

CAPÍTULO

8

Jon despertó pocos segundos antes de que sonara el radio despertador.

En un primer momento, no supo bien dónde se encontraba. Las paredes blancas y desnudas combinaban con el techo del dormitorio, y desde la cama parecía una cúpula de nieve, como si tuviese su trasero dentro de un iglú. Su habitación también era fría. El edredón se había deslizado al suelo durante la noche, y las sábanas arrugadas daban testimonio de un sueño agitado. Recordó que había tenido dificultades para calmarse. Había estado reflexionando en la cama durante mucho tiempo acerca de lo que había ocurrido en la librería. Tanto las explicaciones de Iversen como la demostración y las visiones que lo habían abrumado cuando quedó solo en la biblioteca ahora le parecían irreales y muy lejanas. Cuando pudo despejar su mente, fue en busca del libro, Fahrenheit 451, que todavía estaba en el bolsillo de su chaqueta. Era la prueba tangible de que todo aquello había sucedido realmente, y a la vez se trataba de un libro normal, que no despertaba sospechas de ser aquello que no era.

Hacía mucho tiempo que no leía en la cama. De niño le gustaba muchísimo, y entre los cuentos que Luca le leía antes de dormir su favorito era Pinocho, y preferentemente en italiano. Este ejemplar de Fahrenheit 451 era una traducción danesa, y al releer el primer capítulo descubrió que el texto no era tan puntillosamente descriptivo como le había parecido durante la demostración, sino más desigual y compulsivo. El color del cabello de la muchacha, por ejemplo, no era mencionado en absoluto; en consecuencia, no era el vistoso rojo que se había imaginado.

Giró la cabeza hacia la mesilla de noche donde había dejado el libro. Todavía estaba allí, un poco abierto como consecuencia del uso. En aquel instante, el radio despertador señaló las siete, y la voz de un locutor cansado surgió del altavoz recitando las últimas noticias. Desórdenes en Israel, absurdos argumentos políticos en el debate sobre la cuestión de los inmigrantes, robo en una oficina de correos. Sólo cuando la monótona voz se refirió a los resultados de un estudio sobre la capacidad de lectura en los niños, Jon se incorporó y, apoyándose sobre sus codos, escuchó con atención. Al parecer, los niños daneses eran menos brillantes en la lectura que los niños de los países vecinos, una tendencia que el ministro de Educación encontraba inquietante e inaceptable. El joven se hundió profundamente en la cama y cerró los

ojos con un suspiro. La próxima semana divulgarían otro estudio encargado de demostrar lo contrario.

El locutor fue sustituido por uno nuevo, un tipo que demostraba tener un espíritu más matinal, y de inmediato comenzó a vomitar con voz alegre una serie de tonterías, que incitaron a Jon a salir de la cama y levantarse. Conectó la cafetera y se dispuso a efectuar sus rutinas de la mañana: ducha, afeitado, café, planchado de una camisa, nudo de corbata y más café. Aquellos gestos habituales lo tranquilizaron. Luego, mientras salía por la puerta, ocupó sus pensamientos en los hechos vividos la noche anterior.

Cuando se sentó en el coche, atravesando la ciudad con el tráfico lento de la mañana, notó cuánta gente a su alrededor iba leyendo. Los pasajeros de los autobuses leían libros, la gente sentada en los bancos estaba sumergida en el periódico de la mañana, los escolares repasaban con rapidez sus lecciones caminando por la acera con los pasos cautos de un funambulista por la cuerda floja, colocando un pie delante del otro. Los carteles de los escaparates de las tiendas atraían las miradas ávidas de los transeúntes, los anuncios de los autobuses despertaban la curiosidad de los conductores, los periódicos gratuitos eran examinados por las madres que arrastraban los cochecitos de sus niños para luego abandonarlos en la calle. Le parecía que por todas partes encontraba palabras y frases invadiendo fachadas, ventanas, carteles y autobuses con el objetivo de seducirlo e impulsarlo a descifrar sus mensajes, una operación que quizás escapaba a su control.

Jon condujo el resto del camino al despacho con los ojos fijos en la carretera.

Apenas había traspasado la puerta de cristal que daba a la recepción cuando Jenny, la secretaria que compartía con otros colegas, corrió a su encuentro agitando el periódico. Era una muchacha rubia que, como se suele decir, derrochaba alegría.

—Escuche esto —le dijo.

Jenny llegaba a la oficina mucho antes que él, y habían acordado una rutina: ella debía encontrar artículos en los periódicos que resultaran relevantes para su trabajo o que simplemente fuesen extraños o graciosos. De vez en cuando le presentaba lo que había encontrado, leyendo aquel curioso botín en voz alta ante una taza de café. De esta forma, él ni siquiera tenía que molestarse en examinar los periódicos. Jon echó un vistazo al diario matutino y luego a Jenny. Vio cómo sus ojos impacientes se fijaban en un artículo y su boca se preparaba a punto de pronunciar la primera frase.

—Lo leeré más tarde —la interrumpió Jon bruscamente, continuando hacia su oficina.

—Bien —murmuró Jenny, claramente decepcionada, dejando caer los brazos a los lados.

Jon se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Lo lamento, pero no he dormido bien esta noche —trató de justificarse—. Dame media hora.

Jenny asintió y plegó el periódico lentamente.

—Bonita corbata —le dijo con un guiño, y se retiró a su escritorio.

Jon agitó su mano en señal de agradecimiento mientras atravesaba el espacio abierto que llevaba directamente a la oficina Remer. Una vez allí, extrajo las llaves con el Pitufito y abrió. Finalmente a salvo, se apoyó contra la puerta cerrada.

Respiró profundamente un par de veces antes de que una mueca molesta se le dibujara en el rostro. No valía de nada seguir corriendo en un estado de constante paranoia. Era imposible hacer su trabajo sin leer, y tampoco era realista pensar que podría circular libremente por allí sin encontrar a alguien más que leyese en su presencia. Sacudió la cabeza. Si en alguna ocasión algún Lector lo había utilizado antes, él no lo había notado y, considerando su actual posición, ellos no habían podido colocar ningún obstáculo en su camino, más bien todo lo contrario.

Llamaron a la puerta, y Jon dio unos cuantos pasos adelante a toda prisa, para llegar justo antes de que ésta se abriera.

Jenny asomó la cabeza.

—Halbech quiere verlo —dijo con tono grave—. En su oficina, dentro de diez minutos.

—Bien. Gracias Jenny.

Ella cerró la puerta sin hacer ruido.

—Justo hoy —murmuró Jon para sí.

En realidad, había estado esperando esa conversación. Había pasado toda una semana desde que el caso Remer le fuera transferido, y sabía bien que antes o después tendría que dar detalles o bien presentar un plan sobre cómo organizar la defensa.

A pesar de que una semana significaba un período de tiempo demasiado breve como para familiarizarse con los voluminosos archivos, Jon realmente no esperaba contar con mucho más tiempo antes de ser aprobado.

Abrió su maletín y extrajo un expediente con cinco o seis folios mecanografiados que repasó apresuradamente. Los folios contenían su propuesta estratégica para el caso Remer —la propuesta limpia— conforme a todas las reglas. Pero Jon sabía, además, que Halbech exigía soluciones creativas que, sin necesidad de ser abiertamente ilegales, simplificaran la defensa. En este caso, el atajo implicaba obtener un aplazamiento de dos meses, gracias al cual las dos primeras acusaciones acabarían por prescribir. Estaba lejos de parecer una solución genial, pero se habrían ahorrado así los puntos más vulnerables de la defensa, es decir, el estado de las primeras empresas adquiridas por Remer. Por otra parte, tendrían que encontrar una excusa para actualizar la causa, o aún mejor, convencer al propio fiscal sobre la conveniencia de solicitar un aplazamiento. Pero esto significaba que deberían colocar sobre la mesa nuevas informaciones.

Jon volvió a dejar los documentos en el expediente y abandonó la oficina con el plan bajo el brazo.

—Campelli —exclamó Halbech desde su sillón tan pronto como Jon puso un pie

en su despacho—. Toma asiento.

Le señaló uno de los dos sillones Chesterfield que se encontraban ante su mesa.

Jon asintió y se sentó con el expediente en su regazo.

—¿Todo bien? —preguntó Halbech de modo maquinal.

—Muy bien, gracias.

—¿Y con respecto al asunto de tu padre? ¿Se resolvió la cuestión?

—Más o menos. Todavía hay un par de tornillos flojos que ajustar.

Halbech hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces ve y ajústalos, Campelli. —Halbech sonrió—. No hay nada más perturbador que los tornillos flojos. De un solo toque: ése es uno de mis lemas predilectos. Cuando se tiene una tarea por cumplir, hay que terminarla de inmediato, los retrasos no sirven de nada. Volver sobre la misma cuestión una y otra vez no sólo es tiempo perdido, sino que también afecta al resto del trabajo.

—Por supuesto —respondió Jon.

—Bien... ¿Y qué puedes decirme de Remer?

—Las cosas se han estado moviendo —contestó Jon, acariciando el expediente—. Tengo...

—Él vendrá por aquí a las nueve —lo interrumpió Halbech, escrutándolo con una mirada penetrante—. Quiere hablar contigo.

—Bien —dijo Jon asombrado, y automáticamente echó un vistazo a su reloj. Faltaban quince minutos.

—Sí, seguramente quiere hacerse una idea acerca de quién es su nuevo abogado. Cocínalo a fuego lento un poco —continuó Halbech con un brillo en los ojos.

Jon se encogió de hombros.

—Es su dinero.

—Exacto —admitió Halbech, inclinándose hacia Jon—. Pero intenta aprovechar al máximo la reunión. No lo tenemos a nuestra disposición muy a menudo, y si lo conozco tan bien como creo conocerlo, debe de estar a punto de marcharse de vacaciones; se irá a esquiar o algo por el estilo. —Se levantó y comenzó a ponerse la chaqueta, que estaba colgada en el respaldo de su silla—. Además, no podré estar presente, lamentablemente. De todos modos, no es a mí a quien él quiere ver.

Jon se puso de pie.

—Le pediré a Jenny que redacte un informe —dijo él.

—Escríbelo tú mismo, Campelli —ordenó Halbech—. A Remer no le agrada que haya muchos extraños en sus reuniones. Y después de todo, es...

—Su dinero —completó Jon.

Salieron juntos del despacho y se dirigieron hacia el área de la recepcionista.

—De un solo toque —repitió Halbech, y le dio a Jon unas palmaditas en la espalda a modo de despedida antes de buscar la puerta de la calle.

Jon le pidió a Jenny que le preparase la sala de reuniones y algún refrigerio antes de encerrarse en la oficina Remer para recoger las cosas que iba a necesitar.

Los rumores sobre Remer eran tan abundantes como terroríficos, pero Jon daba por descontado que la mayor parte de ellos eran probablemente mitos urbanos para asustar a los estudiantes de Derecho. Remer no sentía gran simpatía por los abogados, eso era seguro, y el hecho de que a menudo discrepara sobre cómo debía ser manejado el caso era un elemento recurrente de aquellas historias, pero de ahí a decir que él mismo acababa inmiscuyéndose en la lucha había una distancia muy grande. Por los pasillos de los tribunales circulaba una historia que describía cómo Remer, en un momento de ofuscación, había agarrado a su abogado por la corbata y comenzado a sacudirlo con violencia, para después cortarla justo debajo del nudo. Un verdadero cuento de terror, no tanto a causa de la agresión física como del destrozo de la costosa corbata.

La pila de carpetas y documentos imprescindibles crecía sin remedio, y Jon tuvo que utilizar un carrito para transportar todo el material a la sala de reuniones. Como Halbech había señalado, era importante aprovechar al máximo el tiempo que iba a disponer con Remer, y por ese motivo quería tenerlo todo preparado para cuando llegara. Contaba con una larga lista de preguntas que hacerle. Había muchos alegatos, fechas y secuencias de los acontecimientos que no se correspondían, así como transacciones que más tarde se revelaron como ilícitas o increíblemente afortunadas. El límite que las separaba era una línea muy fina.

Llamaron a la puerta abierta y Jenny apareció con café y agua mineral, que dejó sobre la mesa sin decir una palabra. Poco después volvió, pero esta vez acompañada por Remer.

Era un hombre de aproximadamente cincuenta años, con el cabello gris cortado al rape, lo que le hacía parecer un severo coronel. Si no fuese por sus ojos afables y vivaces, las historias que circulaban sobre él podrían haberse inspirado solamente en su aspecto, pero aquel par de ojos lograban ablandar su rostro recio. Asimismo, una amplia sonrisa con los dientes sorprendentemente blancos también surtía efecto.

—Remer —dijo, tendiendo la mano hacia Jon.

—Jon Campelli —le respondió, ofreciendo su propia mano.

Remer dio un apretón firme, y mientras se saludaban mantuvo sus ojos fijos en el abogado.

—¿Campelli? —preguntó—. ¿Es un apellido italiano?

—Correcto —respondió Jon—. Mi padre era italiano. Por favor, tome asiento.

—Prefiero estar de pie —dijo Remer con aire resuelto—. Un sitio encantador, Italia, Acabo de venir de allí. En realidad, de Sicilia, para ser más exactos.

—¿Le gustaría tomar algo? —preguntó Jon señalando el refrigerio que estaba sobre la mesa.

—No, gracias —respondió Remer—. Tengo poco tiempo.

—Entonces será mejor que vayamos al grano... —sugirió Jon con amabilidad al sentarse.

—Campelli —volvió a repetir Remer, alzando los ojos al techo—. He oído ese

nombre recientemente.

Jon se aclaró la voz y observó los documentos que tenía delante.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, sobre todo en relación con la compra de Tuberías Vestjysk en 1992.

—¡Libros! —exclamó Remer, haciendo chasquear sus dedos—. Por supuesto, era el tipo de los libros. Luca, se llamaba. —Se dio la vuelta para mirar a Jon—. ¿Luca tiene algún parentesco con usted?

—Sí —respondió Jon—. Luca era mi padre. Murió hace una semana.

Remer abrió los ojos sorprendido.

—Lo lamento mucho —dijo, y sonaba sincero—. Qué coincidencia tan triste. ¿Era propietario de una librería, verdad?

Jon asintió.

—Libri di Luca, en Vesterbro.

—Nunca he estado allí —admitió Remer, paseando alrededor de la sala—. Fue uno de mis socios quien mencionó el nombre de su padre.

Jon estudió a Remer que caminaba erguido a lo largo de la habitación deteniéndose de vez en cuando a admirar los cuadros que colgaban de las paredes. Llevaba una chaqueta negra, una camisa blanca sin corbata y unos vaqueros oscuros. Una vestimenta algo insólita para una reunión de negocios, aunque se notaba claramente que no era ésa la razón por la cual estaba allí. Si su interés por los vínculos familiares de Jon era real o simplemente un método para ponerlo a prueba, sólo Remer podía saberlo.

—También mi socio posee algunas librerías —continuó—. Y muy exitosas, según tengo entendido. El suyo es algo así como un imperio del libro, con tiendas en internet, clubes de lectores y catálogos. —De pronto soltó una pequeña carcajada—. Teniendo en cuenta el hecho de que a los libros se les extiende su certificado de defunción con cierta frecuencia, no deja de ser sorprendente: para estar muertos, funcionan increíblemente bien.

En ese punto, detuvo su deambular y apoyó las manos en el respaldo de una silla que estaba frente a Jon. Entonces, se inclinó hacia delante.

—Y bien, Jon... ¿Qué tiene en mente?

En una fracción de segundo su expresión había cambiado: los ojos afables y vivaces se convirtieron en dos lentes que exploraban y enfocaban el rostro de Jon. Instintivamente, el abogado alzó una mano para ajustarse el nudo de la corbata.

—Me gustaría empezar con... —alcanzó a decir, pero Remer lo interrumpió otra vez.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Jon? —Sin esperar una respuesta, se enderezó todo lo que pudo y se cruzó de brazos antes de continuar—. ¿Qué va a pasar con el negocio?

—Oh, ¿con la librería? —preguntó Jon, sorprendido—. No lo he decidido aún.

—¿Pero es suya? ¿Luca le dejó el negocio? —preguntó Remer muy interesado.

—Bueno, sí, soy el único miembro de la familia.

—Permítame hacerle una sugerencia. —Se llevó una mano al cuello y se golpeó pensativo el mentón con el índice—. Puedo ponerle en contacto con mi amigo, el librero. Estoy seguro de que le ofrecería un precio muy interesante por Libri di Luca. —Estalló en una carcajada—. A no ser, claro, que tenga pensado establecerse como librero.

Jon sonrió.

—No, no es precisamente lo que tenía en mente. Pero como dije, aún no lo he decidido.

—Un consejo de amigo, Jon —dijo Remer en tono admonitorio—. Aténgase a aquello que sabe hacer bien. Yo soy muy bueno haciendo negocios. Usted es bueno en ayudar a quienes, como yo, se meten en dificultades. Pero nunca seremos libreros, ninguno de los dos. —El empresario se rió—. Hágame caso, saque un buen dinero por la venta del negocio, y deje que mi amigo lleve Libri di Luca al siglo XXI. Esto habría complacido a su padre, ¿no cree?

—No estoy tan seguro de ello —replicó Jon, sonriendo ante aquella ocurrencia.

A pesar de que no tenía ni idea de si los años anteriores Luca podía haber sacado algún provecho de los ordenadores e internet, Jon lo consideraba más que improbable. La imagen misma de un ordenador en Libri di Luca le pareció absurda. Era casi tan ilógico como enviar un *jet* a la Edad Media.

—Bueno, a fin de cuentas, también él era un hombre de negocios —insistió Remer—. Pienso que le habría gustado mucho la idea de un almacén central para un grupo de librerías anticuarías, una enorme cantidad de obras y grandes posibilidades de búsqueda para no dejar nunca a los clientes con las manos vacías, o que nunca miraran en vano, pero podrían pedir sus libros valiosos directamente desde sus ordenadores.

—Creía que el encanto de una librería anticuaría consistía en la posibilidad de pasar un montón de tiempo curioseando y dejándose sorprender —objetó Jon.

—Ah, seguro, por supuesto. Y quienes lo deseen seguirán contando con ello. La tienda no cerraría, desde luego. Habría que considerarlo, más bien, como una ampliación.

Jon alzó las manos, como si estuviese a la defensiva.

—Le prometo que pensaré en ello para cuando llegue el momento. Pero ahora mismo voy a esperar y ver qué pasa.

Remer hizo un gesto de aprobación.

—Por mí está bien. Llámeme en cuanto tome una decisión.

Extrajo una tarjeta personal del bolsillo interior y la arrojó sobre el escritorio.

—De acuerdo. ¿Quiere que comencemos?

Remer miró su reloj.

—Voy a tener que marcharme ahora, Jon. Pero realmente ha sido para mí un gran placer conocerle.

Tendió su mano sobre la mesa y Jon, muy asombrado, se puso de pie y la estrechó.

—Conozco el camino —dijo Remer por encima del hombro, ya casi fuera de la sala de reuniones.

Jon se hundió en la silla y miró fijamente a la puerta con un completo desconcierto. Sentía como si hubiese recibido la visita de un tornado. Remer había llegado, hecho su trabajo y vuelto a desaparecer como un torbellino. La pregunta era: ¿qué trabajo? ¿Había venido simplemente a ver quién era «el tipo nuevo» y luego se había dejado tentar por un potencial negocio con la librería, o bien era ésa su verdadera misión? Recogió la tarjeta que su cliente le había dejado y la examinó. Sólo figuraba el apellido, Remer, y un par de números de teléfono. Nada más. Ningún logotipo ni nombre de la empresa, ni siquiera su nombre de pila. Cualquiera que contara con un ordenador y una impresora podría haber hecho algo igual en dos minutos. Se levantó y comenzó a recoger sus cosas.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Jenny, apareciendo de improviso en la puerta.

—Realmente, no lo sé —respondió Jon con franqueza—. Pero al menos mi corbata todavía está intacta.

Jenny se rió y se giró para volver a su sitio.

—A propósito, Jenny... —La secretaria se dio la vuelta—. ¿Habías visto antes a Remer?

Ella pensó un momento, y luego sacudió la cabeza.

—No. Creo que generalmente ellos se reúnen en la ciudad.

—Bien, gracias —dijo Jon, y comenzó a empujar el carrito con las carpetas hacia su oficina.

Pensó en que tampoco él había visto antes a Remer. Después de haber cerrado con llave la oficina Remer, se dirigió directamente al archivo que acumulaba recortes de periódicos. Allí se conservaba todo el material que aparecía en los medios; hojeó rápidamente las carpetas. Poco después encontró lo que buscaba. Sólo algunos de los artículos estaban acompañados por fotografías, pero había una imagen fuera de los tribunales, con Remer de perfil mientras subía por la escalera.

Era él, no cabía ninguna duda. El particular corte de cabello y su expresión resuelta eran inconfundibles. Aquel ciclón era Remer, de modo que Jon sintió que el asunto estaba zanjado. Tal como documentaba el material del archivo, Remer era un hombre de negocios particularmente entusiasta al que se acostumbraba a pillar con las manos en la masa en todo aquello que oliera a dinero. La actividad o tipo de negocio que se presentara no importaba en absoluto, de tal modo que ¿por qué no probar con una librería anticuaría que encontró por casualidad en una reunión con su abogado?

Por segunda vez en aquel día, Jon intentó librarse de su propia paranoia sacudiendo la cabeza. Y todavía no eran las diez.

CAPÍTULO

9

Katherina estaba a punto de marcharse cuando acertó a mirar por el escaparate de Libri di Luca. El hijo de Luca estaba allí. De pie cerca de la caja, hablaba con Iversen, quien sacudía repetidamente la cabeza. Debido a la oscuridad, ellos no podían verla, incluso habría podido desaparecer fácilmente sin que nadie lo notara. Estiró su mano hacia el picaporte: no podía decidirse entre entrar o dar una vuelta.

La recepción podía llegar a ser una experiencia bastante íntima. Además de las imágenes evocadas por el texto, ella tenía la posibilidad de captar también pequeños atisbos de la personalidad del lector, fragmentos que revelaban los rasgos de carácter y el estado de ánimo de la persona. Desde su participación en la demostración, se había sentido incómoda en presencia de Jon. Tenía la sensación de conocer algo muy personal, algo que no debería saber, algo que ni siquiera él conocía. Durante su pequeño espectáculo ella se vio entre sorprendida y asustada por lo que percibió en Jon, pero no tenía ni idea de qué hacer con su descubrimiento. A muchas personas no les agradaba averiguar cuál era la medida exacta de sus poderes para comprender.

Ella suspiró profundamente y empujó la puerta. Los dos hombres se volvieron hacia ella.

—Hola, Katherina —la saludó Iversen.

Jon simplemente inclinó la cabeza.

Katherina respondió a los saludos y cerró la puerta.

—Tal vez tú lo conozcas, Katherina —exclamó Iversen con cierta alegría y señalando una fotocopia que estaba sobre la caja—. Su nombre es Remer. ¿Te dice algo?

Ella se acercó a la caja y estudió la imagen de un hombre de aproximadamente cuarenta años, que subía una escalinata con paso decidido. Katherina sacudió la cabeza.

—No, nunca lo he visto antes. ¿Quién es?

—Un cliente mío —respondió Jon—. Pero él parece tener mucha información tanto sobre la librería como sobre Luca.

—Quiere comprar el negocio —añadió Iversen.

Katherina lo miró aterrorizada, y al instante el anciano levantó las manos en un gesto tranquilizador.

—No te preocupes, la tienda no ha sido vendida. Al menos, no todavía.

—En realidad, el comprador potencial es uno de los amigos de Remer, no él — explicó Jon—. Al parecer, ya cuenta con una cadena entera de librerías, así como un sitio de ventas en internet. ¿Os resulta familiar?

Iversen lo confirmó con un gruñido.

—Hay algunos especuladores que quieren influir en el mercado, incluyendo a unos cuantos que ya antes le habían hecho a tu padre una propuesta para quedarse con Libri di Luca, pero él siempre los rechazó. No quería bajo ningún concepto dejarle el negocio a ese tipo de gente.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Jon.

—En mi opinión, Libri di Luca no tiene nada que ver con el mundo de los ordenadores. ¿Cómo puedes evaluar la calidad de un libro sin sostenerlo en tus propias manos? —Sacudió la cabeza—. La mayor parte de nuestros clientes viene aquí por el ambiente que encuentran. Y no podemos abandonarlos.

Katherina estuvo de acuerdo con Iversen en aquel punto. Libri di Luca representaba un refugio, y nadie mejor que ella conocía el placer de vagar entre aquellas paredes atiborradas de libros con una obra de buena calidad entre las manos. Aunque tuviera grandes dificultades para leer las palabras por sí misma, le gustaba acariciar el papel en que fueron impresos y la encuadernación que los protegía.

Ya que el contenido le era inaccesible, se contentaba con la relación que entablaba con aquello que sostenía las palabras, sin sentir rencor ni amargura, sino una fascinación por los materiales y la artesanía.

—Y según vosotros —continuó Jon—, ¿fue una simple casualidad que Remer me preguntara sobre Libri di Luca o tenía segundas intenciones? ¿Por qué este súbito interés por la librería, justo ahora?

Iversen y Katherina intercambiaron una mirada. Ella pudo notar que el viejo ardía en deseos de contarle a Jon lo que él sabía, pero al mismo tiempo tenía miedo, ya que había límites, no se podía revelarlo todo a un profano. De hecho, Jon ya sabía demasiado, más que suficiente como para ser considerado una amenaza para la seguridad de la Sociedad.

—Bien, pienso que su interés deriva principalmente de la buena reputación que supo ganarse la librería —contestó Iversen—. Tu padre fue un hombre muy estimado y respetado en el ambiente.

—¿Puede tener esto algo que ver con la colección de abajo?

Iversen lo negó.

—Muy pocas personas la conocen. Pienso más bien que sólo tiene que ver con que alguien está queriendo explotar el vacío que dejó la muerte de tu padre, de una u otra manera.

Jon miró primero a Iversen y luego a Katherina. Suspiró.

—Para vuestra información, soy abogado —dijo, midiendo las palabras—. Una parte importante de mi trabajo consiste en la capacidad de ver cuándo la gente miente u oculta información y, por ello, pienso que hay algo que no me estáis diciendo.

Iversen intentó protestar, pero Jon lo detuvo con la mano.

—Comprendo que me has puesto al corriente de hechos que merecen toda prudencia. —Se encogió de hombros—. Lo admito, si uno decide creerte, que es lo que supongo que por fuerza tendré que hacer. Pero tengo la sensación de que eso no es todo. Creo que hay más. ¿No me has advertido de lo importante que resulta que haga un intento por comprender? Pero ¿cómo puedo entender si no me lo dices todo?

Iversen miró fijamente a Jon, que estaba de pie delante de él con las manos apoyadas en la caja. Katherina vio la resignación asomarse en los ojos de Iversen, que intentaba fijar la mirada lejos de allí, fuera de los escaparates. Ella conjeturó que detrás de aquella expresión, que intentaba ser afable, él se debatía como un loco intentando dar una respuesta satisfactoria al hijo de Luca, sin revelar demasiado.

La expresión resignada de pronto cedió al asombro, y luego sus ojos se entregaron al miedo. Iversen abrió la boca, pero su grito fue ahogado por el estallido de vidrios rotos.

Katherina se estremeció y luego giró hacia el lugar de donde provenía aquel ruido infernal. El cristal de la puerta derecha se rompió y los fragmentos volaron por el interior de la tienda como pequeños proyectiles.

—¡Agáchate! —le gritó a Jon mientras se lanzaba al suelo.

Iversen seguía sentado, como si se hubiera quedado paralizado en el sillón de cuero, con la mirada fija en el cristal roto.

Katherina se agachó detrás de la caja, justo a tiempo para evitar los fragmentos del otro panel de vidrio cuando éste también estalló. Mantuvo los ojos cerrados, bien apretados, esperando a que el sonido de la lluvia de cristales cesara por completo.

Volvió a abrirlos lentamente. Había cristales por todas partes, y como si no fuese suficiente, desde algunos puntos de la alfombra comenzaron a elevarse pequeñas columnas de humo.

—¡Fuego! —gritó saltando.

Pequeñas lenguas de fuego habían alcanzado la alfombra en varios sitios, y el escaparate de la izquierda estaba en llamas. Jon todavía estaba en el suelo, mientras Iversen se protegía con uno de los reposabrazos, lejos de la ventana. Rápidamente Katherina dio un paso detrás de la caja y abrió el armario donde se encontraba el extintor de incendios. Jon se puso en pie y miró alrededor con incredulidad.

—Toma —le dijo ella, alcanzándole el extintor—. Voy a buscar otro.

Jon cogió el artefacto, no más grande que un termo, y se precipitó hacia la cristalera donde las llamas eran más grandes. Mientras tanto, Katherina cruzó la tienda, bajó las escaleras y entró en la cocina. Allí rompió el cristal que protegía al segundo extintor de incendios, más pesado que el otro, de casi un metro de alto, y volvió a la tienda con él.

—Éste está vacío —gritó Jon cuando ella llegó.

El extintor estaba en el suelo, y él sofocaba las llamas de la alfombra con los pies y con la chaqueta. El fuego en la cristalera estaba casi extinguido, pero Katherina

alcanzó a distinguir un resplandor naranja fuera del marco de la ventana. Entonces, arrancó la puerta para atacar las llamas que llegaban desde el exterior.

En el mismo instante en que se abrió la puerta, se vio asaltada por una oleada de calor intenso. Toda la superficie externa ardía, y las lenguas de fuego aceptaron gustosas la invitación a entrar y comenzaron a lamer la parte inferior del pasadizo.

Katherina apuntó el extintor de incendios a la puerta e hizo presión sobre la manija. Un silbido seco ahogó el crepitar del fuego, y una espuma blanca salió vomitada hacia fuera, sobre la puerta de madera. Con un chisporroteo furioso, las llamas cedieron el paso a la espuma y el fuego sobre la puerta se extinguió antes de poder extenderse al interior. El olor a humo y a pintura quemada hizo que Katherina tuviese que cubrirse boca y nariz con el brazo izquierdo, mientras daba un paso hacia la entrada ardiente arrastrando el extintor.

Fuera las llamas lamían la fachada de madera bajo los escaparates, y Katherina comenzó de inmediato a vaciar el contenido del extintor sobre las zonas más peligrosas. El calor le hizo imposible permanecer de pie cerca de los principales focos mucho tiempo, y varias veces se vio obligada a detenerse y retirarse para luego volver a atacar las llamas. Los brazos le temblaban por el esfuerzo de sostener el pesado artefacto, y sus dedos estaban entumecidos debido a la fuerza con que sostenía la manija. Al mismo tiempo, el humo la hacía lagrimear, de modo que todo se le aparecía deformado y borroso. No obstante, siguió luchando contra las lenguas de fuego y pronto logró apagar todo el lado derecho de la fachada.

El izquierdo no ardía de forma tan intensa, pero en cuanto logró detener la mitad de las llamas, la espuma del extintor se terminó. Desesperadamente, accionó el dispositivo un par de veces antes de comprender que estaba vacío. Entonces arrojó el aparato al pavimento, donde aterrizó provocando un estruendo metálico.

Rabiosa y alterada, se arrancó la chaqueta y comenzó a golpearla sobre las llamas que aún quedaban. Con cada golpe, el fuego parecía burlarse de ella, cediendo para luego arder aún más violentamente que antes. Azotó su chaqueta contra la fachada, pero por cada llama que lograba apagar, aparecían otras dos lenguas en su lugar.

De pronto sintió una mano sobre el hombro.

—Aléjese —dijo una voz, mientras la mano la apartaba de las llamas.

Una figura le pasó por delante, y ella oyó con alivio el sonido de otro extintor de incendios. Katherina dejó caer su chaqueta al suelo y se frotó los ojos. A sus espaldas había aparecido una muchedumbre, que observaba la escena como si se tratara de una hoguera de San Juan. El hombre delante de ella jadeaba agobiado por el calor, mientras luchaba contra las últimas llamas, que, poco a poco, comenzaron a ceder. Muy pronto la fachada entera se redujo a una cáscara humeante de maderas carbonizadas. Detrás del humo, Katherina alcanzó a ver la silueta de Jon cayendo sobre el pavimento con su chaqueta, profiriendo maldiciones. Ella corrió al interior de la tienda mientras él sofocaba las últimas llamas con los pies.

La camisa blanca, fuera de los pantalones, estaba cubierta por grandes manchas

negras de hollín y sudor.

—¿Estás bien? —preguntó él sin quitar los ojos de la alfombra, como buscando nuevas chispas.

—Estoy bien —respondió Katherina, mirando alrededor en busca de Iversen.

Lo encontró detrás de la caja, acostado en el suelo en posición fetal, temblando como si tuviese mucho frío. Grandes quemaduras le cubrían la espalda, y varios puntos de su ropa, como la camisa y el pesado jersey, estaban impregnados de sangre. Katherina se arrodilló a su lado y le colocó la mano bajo la cabeza. Ante aquel contacto, Iversen dio un salto, y luego soltó un fuerte gemido.

—Soy yo. Katherina —le dijo con dulzura.

Iversen giró la cabeza hacia ella. Minúsculos fragmentos de cristal aparecían clavados en un lado de su cara y el resto estaba cubierto de sangre.

Por fortuna, sus gafas todavía estaban intactas, protegiéndole así los ojos, que ahora habían adoptado una mirada suplicante.

—Creo que necesito un médico —dijo él, esforzándose por sonreír.

Como si se tratara de una señal, oyeron sirenas acercándose.

—Una ambulancia está en camino —dijo Jon, que de improvisto estaba inclinado sobre él—. Los haré entrar —añadió y salió de la tienda.

Iversen cerró los ojos.

—Los libros. ¿Están...? —preguntó.

—Están intactos... No han sufrido daño alguno —dijo Katherina—. Los del escaparate están quemados, pero el resto está bien.

El anciano sonrió, a pesar de que el esfuerzo parecía causarle dolor.

—Debes llevarlo a casa de Kortmann —susurró.

—¿Yo? —Ella lo miró perpleja. Tal vez se había hecho daño en la cabeza—. ¿Estás seguro de que me dejarán entrar?

—No tienen elección. Tendrán que hacerlo —contestó Iversen, abriendo los ojos un instante—. Lleva a Paw contigo, a él no lo podrán cazar.

—¿No deberíamos esperar hasta que vuelvas?

—No —dijo Iversen con firmeza—. Cuanto antes, mejor. Mira todo este lío.

—Bien.

Los médicos llegaron guiados por Jon, y uno de ellos colocó una mano sobre el hombro de Katherina para alejarla, de tal modo que ellos pudieran llegar hasta Iversen. Después de un examen superficial, levantaron con cautela al anciano, lo colocaron en una camilla y lo llevaron hasta la ambulancia. Katherina y Jon les siguieron.

—Iré con él al hospital —le dijo Katherina a Jon—. ¿Tú qué harás? ¿Me esperas aquí?

Jon asintió.

—Desde luego.

Katherina entró en la ambulancia, las puertas se cerraron de golpe y el vehículo se

puso en marcha. Iversen abrió sus ojos a tiempo para ver la fachada humeante de la tienda desaparecer tras ellos.

Dos horas más tarde, Katherina estaba otra vez delante de Libri di Luca. Los escaparates estaban cubiertos con paneles de madera, y la fachada y la acera se veían empapadas por las mangueras de los bomberos.

En el hospital, Iversen fue examinado de inmediato; fuera de un cierto número de quemaduras y cortes profundos provocados por los cristales, sus heridas no revestían gravedad. Sin embargo, lo habían dejado en observación, lo cual, considerando el estado de *shock* en el que se encontraba, indudablemente era lo mejor. Durante la larga espera, Katherina no había logrado sacarle una sola frase coherente.

Dejó el hospital lo antes posible, porque el lugar le traía demasiados recuerdos del accidente que había sufrido siendo niña. Cogió un taxi y volvió al lamentable espectáculo de la librería, cuya fachada semejaba a un edificio antes de ser demolido, ya cerrado y desolado.

El olor de humo todavía era fuerte, incluso desde fuera, y al tocar las paredes todavía estaban calientes. Al abrir la puerta, el olor era aún peor. El cuerpo de bomberos había quitado unos cuatro metros de alfombra de la entrada, dejando expuestos los oscuros entarimados que se hallaban debajo. Las mesas de exposición habían sido retiradas, y los libros amontonados a toda prisa formando una masa informe por los pasillos.

Jon estaba en la caja, vertiendo el contenido de una botella en un cubo. Tenía el rostro tiznado de hollín, y llevaba puesta la chaqueta, aunque estaba cubierta de pequeños agujeros negros allí donde las llamas habían alcanzado a lamer la tela. Parecía un personaje de historieta que había escapado de un tiroteo. Katherina se alegró de que él hubiese estado presente durante el ataque, y aún más de encontrarlo todavía allí.

—Vinagre —explicó él, señalando hacia el cubo—. Para el olor.

Vació la botella y dejó el cubo en el suelo, en el centro del establecimiento. El vinagre le picaba en la nariz, y Katherina se alejó del cubo para dejarse caer en la butaca detrás de la caja.

—¿Cómo está? —preguntó Jon preocupado.

—Conmocionado —dijo Katherina—. Pero, por lo demás, no parece nada grave. Podría haber sido mucho peor. Van a retenerlo un par de días, como mínimo.

Jon sacudió la cabeza.

—¿Quién puede haber hecho algo semejante? —se interrogó, y se dio cuenta de que la pregunta era totalmente retórica—. La policía ha sugerido que puede tratarse de algún tipo de ataque racista contra la tienda, pero me parece un poco exagerado.

—¿La policía? —exclamó Katherina alarmada.

—Sí, llegaron al mismo tiempo que los bomberos.

Jon le contó que los bomberos habían continuado extinguiendo aquellos focos que aún se encontraban humeantes, habían tapiado las ventanas y quitado la

alfombra. Mientras tanto, él había sido interrogado por la policía. No parecían del todo sorprendidos por lo que había pasado; sin embargo, le hicieron las preguntas de rutina, pero no se mostraron mínimamente interesados en la actividad de la librería. De todos modos, le aseguró a Katherina, él no les habría dicho nada en caso de que preguntaran. En el exterior, la policía había encontrado restos de los cócteles molotov que habían sido utilizados. Esto y algún otro indicio eran pruebas que los llevaban a concluir que el atentado era responsabilidad de algún grupúsculo extremista, muy probablemente motivado por inclinaciones racistas.

—Desde luego, la policía quiere hablar también contigo, pero como yo no conocía ni tu dirección ni tu teléfono, tendrás que ponerte en contacto con ellos tú misma —informó.

Katherina asintió lentamente, con la mirada fija en un punto delante de ella.

—¿Qué piensas? —preguntó Jon—. ¿Quiénes eran?

Ella abrió la boca para contestar, pero fue interrumpida por una serie de fuertes golpes contra los paneles de madera que cubrían las vitrinas. Los dos se giraron hacia donde provenía el sonido. El picaporte cedió a la presión, y la puerta se abrió de golpe.

Paw entró con una mirada salvaje en los ojos, las mandíbulas apretadas y los puños cerrados.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —exclamó con furia.

Tuvieron que utilizar todas sus dotes de persuasión para lograr que se calmara, antes de que Jon y Katherina pudieran contarle lo sucedido. Durante el relato, Paw caminaba hacia delante y hacia atrás sobre el entarimado desnudo, como si quisiera recuperar los años de desgaste que el suelo había evitado por estar bajo la alfombra. Su cara enrojecía cada vez más con la ira creciente que le provocaba el informe a medida que éste progresaba, pero no los interrumpió: probablemente, no hubiese sido capaz de decir nada de todos modos, ya que le rechinaban los dientes por la inmensa fuerza con que los apretaba.

—¡Esos malditos imbéciles! —rugió con voz temblorosa cuando ellos terminaron el relato.

Sus ojos estaban llenos de odio. Lívido de rabia, miró primero a Katherina y luego a Jon.

—¿Quiénes? —preguntó Jon inmediatamente.

La pregunta pareció sorprender a Paw. Sus ojos dudaron, y volvió a mirar a Katherina.

—Sí, ¿a quiénes te refieres exactamente? —preguntó Katherina.

—Ah, pues está clarísimo, es evidente —respondió irritado—. Y tú deberías saberlo mejor que nadie.

Un pesado silencio se apoderó de la tienda. Katherina mantuvo la mirada tercamente fija en la cara de Paw. Ella sabía muy bien a qué se refería, pero también sabía que se equivocaba. En cualquier caso, no era el momento ni el lugar indicado

para comenzar una pelea con él. En el estado en el que se encontraba, no hubiese servido de nada discutir o intentar convencerlo.

—¿No os parece que tengo derecho a una explicación?

Katherina y Paw rompieron el duelo de miradas y fijaron su atención en Jon. Él estaba apoyado en la caja, y alzó las palmas de sus manos hacia ellos.

—Sinceramente, me parece que he sido demasiado paciente. Me han arrojado cócteles molotov, me han mentido y, por decirlo de alguna manera, han estado pasando cosas muy extrañas en esta tienda que, en definitiva, me pertenece. Entonces, ¿no creéis que sería razonable que yo estuviese al tanto de lo que está sucediendo?

Paw fue el primero en romper el silencio.

—¿Se lo dices tú o lo hago yo? —le preguntó a Katherina.

—Kortmann —respondió ella lacónicamente—. Iversen dijo que debemos llevarlo con Kortmann.

—¿Nosotros? ¿Y piensas que nos dejará entrar? Katherina se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—¿Conozco a este hombre, Kortmann? —preguntó Jon.

—Seguramente lo has visto en el funeral. Un anciano, en silla de ruedas —explicó Katherina.

Jon asintió.

—Kortmann es el jefe supremo de la Sociedad Bibliófila —continuó ella—. Él tiene todas las respuestas, y él decidirá qué debe hacerse.

Katherina tuvo dificultades para ocultar el sarcasmo de su última observación, pero Paw pareció no notarlo y aplaudió satisfecho.

—¿Cuándo vamos?

—Ahora —contestó Katherina.

CAPÍTULO

10

Jon había pasado muchas veces por la mansión de Kortmann, en Hellerup, sin saberlo. La casa destacaba de las demás por ser enorme, pero también gracias a un gran tubo oxidado que corría todo a lo largo del muro y tenía la misma altura del edificio. Con sus más de dos metros de diámetro, aquel tubo semejaba la chimenea de una fábrica abandonada y en mal estado. Su presencia en una elegante mansión rojiza de tres plantas, bien conservada, en el barrio residencial de Hellerup, resultaba tan extraordinaria que Jon reconoció el lugar de inmediato.

Un muro de tres metros de altura rodeaba la propiedad y junto a una maciza verja de hierro forjado impedía el acceso a visitantes no autorizados.

Katherina estaba sentada en el asiento del acompañante, junto a Jon, que conducía; Paw iba detrás. Ninguno de ellos dijo una palabra, excepto cuando era necesario dar alguna indicación para seguir el camino. Jon detuvo el coche un par de metros antes de llegar a la puerta. Había un interfono por el lado del conductor.

Jon bajó la ventanilla, estiró el brazo y presionó un botón marcado con una campana.

—¿Qué debo decir? —preguntó mientras esperaba que alguien respondiese.

—Sólo di quiénes somos —contestó Katherina—. Él sabrá que es importante.

Jon miró su reloj. Aunque ya era la una de la madrugada, algunas ventanas de la última planta aún estaban iluminadas.

—¿Sí? —dijo una voz seca desde el interfono.

Jon se inclinó hacia el altavoz.

—Soy Jon, Jon Campelli. —Hizo una pausa, pero no recibió respuesta alguna—. Disculpe la hora, pero es importante, y debemos hablar con Kortmann.

La única reacción que llegó del otro lado fue un zumbido ronco. Jon miró inquisitivamente a Katherina, y ella se encogió de hombros. Jon volvió al altavoz.

—Iversen está en el hospital —se aventuró él—. Libri di Luca ha sido...

—Entrad —dijo la voz—. Debéis subir por la torre.

La puerta de hierro comenzó a abrirse delante de ellos, lenta y silenciosamente, como si el acceso a la casa estuviese siendo deliberadamente retrasado. Jon puso en marcha el coche en cuanto notó que tenía espacio suficiente para pasar, y continuó a lo largo de un corto camino asfaltado hasta llegar a la casa. Delante del edificio había sitio para cuatro o cinco vehículos, pero en ese momento estaba desierto.

Una hilera de columnas dominaba la fachada, y una escalera de piedra, amplia e iluminada, conducía hasta una puerta de madera oscura, con goznes negros y una reja sobre una pequeña ventana en la parte superior.

Los tres descendieron del coche.

—Debe de ser por ahí —dijo Paw, señalando a lo largo de un camino enlosado que conducía al lado de la casa.

Comenzó a andar, seguido de Jon y Katherina.

—¿Habéis estado aquí antes? —preguntó Jon.

—No —contestó Katherina.

—Tampoco yo —dijo Paw, apresurándose a añadir—: Pero pienso que lo mismo vale para todos los demás.

El camino terminaba ante el enorme tubo oxidado, que, visto de cerca, resultó una amplia puerta iluminada desde lo alto por una única lámpara. La torre y el edificio estaban conectados en la planta baja y el piso superior por pasadizos que mostraban el mismo aspecto ruinoso.

—El receptor debe esperar ahí —se oyó de improviso.

Paw señaló de dónde provenía el sonido, un altavoz en el marco de la puerta. Ellos se miraron entre sí. Jon frunció el ceño, perplejo, y estuvo a punto de protestar, pero Katherina le puso una mano sobre el hombro y asintió.

—Está bien —dijo ella—. Ya me lo esperaba. Esperaré en el coche.

—¿Estás segura? —le preguntó Jon.

—Muy segura —respondió ella—. Bueno, andando.

Paw ya había abierto la puerta.

—¿Vienes?

Katherina se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al coche. Jon se unió a Paw en la torre. Entraron en un ascensor en el que apenas había espacio suficiente para ellos dos. A la izquierda, una puerta conducía a la casa, y Jon se agarró al picaporte cuando el ascensor comenzó a moverse. Se elevaron lenta y casi imperceptiblemente, como si estuviesen siendo llevados por la marea. El ascensor no estaba accionado por cables, sino mediante engranajes gigantescos que izaron la plataforma a una velocidad uniforme. Debido al mecanismo, a Jon le dio la sensación de estar encerrado dentro de un enorme reloj de péndulo.

Con impaciencia, Paw golpeó su pie contra el suelo metálico, mirando detenidamente el techo, a unos ocho metros por encima de ellos.

Al cabo de un momento que a Jon le pareció una eternidad, alcanzaron la cima, y Paw abrió la puerta que conducía al pasadizo por encima de la casa. Al final del mismo, se abrió una nueva puerta en la que apareció Kortmann en su silla de ruedas. Casi parecía que había estado esperándoles, totalmente vestido para la ocasión con un traje oscuro y un par de zapatos negros y brillantes, visibles debajo del dobladillo de su pantalón impecablemente planchado. La silla de ruedas, hecha de acero y a su medida, era mucho más alta de lo normal, lo que permitía mirar mejor a los ojos a

quien iba sentado. Sin embargo, al mismo tiempo esto lo asemejaba a un niño en una trona.

Con una sobria inclinación, Kortmann les dio la bienvenida.

—Acercaos —añadió en un tono neutro que podría ser tomado como una invitación o una orden.

Movió la silla un poco hacia atrás, para que pudieran pasar, y luego se dirigieron por un largo pasillo iluminado por luces tenues y con cuadros de marcos dorados sobre las paredes. Al final del pasillo entraron en una sala grande, con estanterías del suelo al techo. En medio de la habitación había una mesa baja y redonda, rodeada por seis sillas, y encima de ellos colgaba una gran lámpara de cristal.

—Acomodaos, tomad asiento —invitó él, indicando las sillas.

Le obedecieron, mientras miraban el entorno maravillados. Paw emitió un silbido discreto.

—Bonita casa tiene usted aquí —exclamó—. Esto debe de haber costado una fortuna.

Kortmann lo ignoró. Accionó una palanca de su silla de ruedas, y bajó ligeramente la altura de su asiento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, mirando directamente a Jon.

Jon le contó el ataque a la librería y el estado de salud de Iversen. Durante todo el relato, Kortmann mantuvo los ojos fijos en Jon y no dejó de mirarle ni una sola vez, ni siquiera cuando Paw interrumpió con un comentario malicioso. Sus ojos no revelaban sospecha alguna, sino que era una atenta mirada plena de gravedad, de preocupación e interés. Cuando Jon terminó su narración, Kortmann siguió perfectamente inmóvil, sin decir una palabra, con las manos entrecruzadas sobre el regazo.

—¿Habéis visto quiénes eran? —preguntó por fin.

Jon sacudió la cabeza.

—No.

—¿La receptora estaba allí también?

—¿Katherina? Sí, ella estuvo allí todo el tiempo. De hecho, fue ella quien apagó la mayor parte del fuego.

Kortmann se giró hacia Paw.

—¿Y tú?

—No, llegué después —contestó el joven—. Es que tengo una vida fuera de los libros.

Kortmann se miró las manos.

—Es increíble... Ayer, justamente, hablé con Iversen —comenzó a decir—. Hablamos de ti, Jon. Puedes ser una figura crucial para la Sociedad y, considerando los últimos acontecimientos, es más importante que nunca saber si podemos contar con tu apoyo. —Alzó la mirada hacia Jon. Sus ojos oscuros se fijaron dolorosamente en él—. Últimamente se han producido una serie de acontecimientos bastante

inquietantes en nuestro círculo. Libri di Luca no es la única librería anticuaría que ha sido objeto de una agresión. El mes pasado una librería de Valby fue reducida a cenizas, y varios de nuestros contactos que trabajan en las bibliotecas de la ciudad han sido objeto de vejaciones o despedidos sin previo aviso. Y luego, obviamente, está el lamentable asunto de la muerte de tu padre.

Jon, sorprendido, miró con curiosidad al hombre de la silla de ruedas.

—¿Qué tiene que ver la muerte de Luca con el incendio?

—La muerte de tu padre fue sólo el principio.

—Un momento —dijo Jon, alzando las manos—. La muerte de Luca fue causada por un paro cardíaco.

—Exacto... —convino Kortmann—. Pero no sufría del corazón.

Jon estudió al hombre que tenía sentado delante de él. Aquellos ojos detrás de las gafas no eludían su mirada, y su rostro reflejaba tanto seriedad como indulgencia.

—¿Qué está tratando de decirme exactamente, Kortmann?

—Que muy probablemente tu padre haya sido asesinado.

Jon sintió que su cuerpo se hacía más pesado, y tuvo la impresión de hundirse en la silla, como si el aire hubiese sido absorbido por el cuero. Ya no pudo seguir mirando a Kortmann a los ojos, de modo que dejó vagar su mirada sin rumbo mientras aquellas palabras penetraban en su mente.

—Iversen me ha dicho —continuó Kortmann al cabo de una pausa— que has recibido una demostración de los poderes de un lector durante una sesión en Libri di Luca, ¿no es verdad? —Jon asintió distraídamente—. Quizás hayas notado que no tenías un pleno control sobre tu propio cuerpo. No eras capaz de seguir la lectura, ya sea con los ojos o con tu respiración, y tal vez hayas sentido también un cambio en el ritmo de los latidos de tu corazón. Imagínate esos pequeños efectos aumentados a la décima o centésima potencia. Tu padre no tenía salvación.

Jon trató de recordar qué había pasado en el sótano durante su lectura de Fahrenheit 451. Recordaba imágenes nítidas y una inequívoca manipulación de la historia, pero ¿tenía él el control de su cuerpo o estaba bajo el influjo de Katherina?

—Naturalmente no podemos demostrar nada —continuó Kortmann con pesar—. No hay rastros de sustancias, ni heridas ni señales de ningún otro tipo. Los síntomas son un corazón que hizo un esfuerzo excesivo, seguido del consiguiente infarto.

El sentimiento de impotencia que Jón había experimentado durante la demostración había vuelto, y recordó cómo su corazón se había acelerado. También le vino a la mente el calor en las manos, y el sudor que perlaba su frente. Había sido un pasajero en su propio cuerpo, incapaz de detenerlo, aunque hubiese estado a punto de ser arrojado desde la cima de un precipicio. Jon lograba imaginar con precisión lo que podría llegar a ocurrir si este poder era utilizado para otros objetivos que no fuesen el de evocar el placer de la lectura. Pero ¿quién sería capaz de usar ese control sobre alguien hasta el punto de llegar al homicidio?

—Katherina es un receptor —dijo Jon—. ¿Por eso no la permiten estar aquí?

—Así es. Aunque no es la única receptora que no tiene acceso a esta casa —respondió Kortmann—. Ningún receptor podrá poner nunca más un pie aquí.

—¿Nunca más?

—Discúlpame, olvido que no sabes nada sobre la Sociedad Bibliófila y su historia, aunque seas el hijo de Luca.

—Ignore por un momento mi árbol genealógico y, por favor, cuénteme —insistió Jon.

Kortmann asintió con la cabeza y se aclaró la garganta antes de continuar.

—Hasta hace veinte años, la Sociedad Bibliófila era un grupo que reunía tanto a transmisores como a receptores. En gran medida, fue mérito de tu padre y de tu abuelo que ambos grupos se mantuvieran unidos hasta el final. Pero, por aquella época, ocurrieron una serie de acontecimientos bastante similares a los que estamos presenciando hoy. Hubo Lectores despedidos de sus cargos públicos sin motivo alguno, o que sufrieron hostigamientos de todo tipo. La situación se fue agravando con robos, incendios e incluso asesinatos, y todo dejaba entrever que los poderes eran usados para intereses ofensivos. Los receptores nos acusaron de estar detrás de todo esto, y a la vez nosotros estábamos convencidos de que eran ellos los responsables de estos episodios. Los poderes que los receptores poseen tienen una naturaleza más ambigua que los nuestros: estábamos convencidos de contar con las pruebas suficientes para demostrar que los receptores estuvieron implicados en la mayor parte de los ataques que sufrimos. Todo apuntaba en esa dirección. Incluso en aquellos casos en que los receptores fueron el objetivo, podíamos explicarlos como deliberadas cortinas de humo, o bien rebeliones dentro de sus propias filas. Pero ellos lo negaron todo. Las acusaciones terminaron por dividir a la Sociedad en dos. Había un ambiente cargado de odio; en aquella época, tu padre se mantuvo fuera de la escena debido a la muerte de tu madre. Él siempre había mediado entre las partes, y hay que reconocer que al no contar con su diplomacia, la Sociedad, como he dicho, se dirigió irremediabilmente hacia la fractura y se dividió entre transmisores y receptores. —Kortmann juntó las palmas de sus manos—. Por ese motivo los receptores no son bienvenidos aquí.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jon—. ¿Cesaron los ataques?

—Inmediatamente —contestó Kortmann—. Tras la escisión, desaparecieron los problemas.

—Hasta ahora —añadió Paw.

Kortmann asintió.

Jon recordó el funeral de su padre. Iversen le había dicho que tanto transmisores como receptores estaban presentes, y en gran número, de hecho. No había percibido ninguna discordia o desconfianza, pero entonces no tenía ni idea de qué tipo de gente eran, ni siquiera cuál había sido su conexión con Luca.

—¿Por qué Luca?

—Tu padre siempre tuvo un pie en cada campo, y esto no contentaba a todos.

Algunos, tanto transmisores como receptores, pensaban que lo mejor era que los grupos permanecieran separados. A los ojos de muchos, él podía ser considerado como un traidor.

—¿Y a los suyos?

Kortmann vaciló durante un momento, pero si se sintió acusado, no lo demostró.

—Luca fue íntimo amigo mío, un amigo muy querido. Además, era un líder de talento y la bondad personificada, pero nosotros no siempre estábamos de acuerdo en todo. En la época de la crisis, no niego que fui uno de quienes promoví la división entre transmisores y receptores, y esto me posicionó como líder de la Sociedad cuando tu padre dimitió. Yo hubiese preferido que él se quedara, pero la muerte de tu madre significó un golpe tan terrible para él, que durante muchos años no tuvo ningún contacto con la Sociedad. Cuando finalmente volvió, la ruptura ya era una realidad consolidada.

—¿De modo que él no retomó su papel de líder?

—No, conforme a sus propios deseos, Luca se hizo miembro ordinario de la Sociedad —respondió Kortmann. Enseguida se apresuró a añadir—: Pero nosotros siempre le pedíamos consejo cuando había que tomar decisiones importantes. A fin de cuentas, él fue uno de los fundadores, y su palabra todavía tenía un gran peso.

—¿Y esto lo convertía en alguien tan peligroso, hasta el punto de ser condenado a muerte?

—Me resulta difícil de creer, pero respecto a lo que hacía con los receptores, no puedo pronunciarme.

—Deben de haber tenido alguna razón para matarlo —dijo Paw—. Lo ha dicho usted mismo, Kortmann. El asesino es un receptor.

—Ellos niegan cualquier participación —respondió Kortmann—. A pesar de la división, de vez en cuando nos comunicamos con los receptores. Era Luca quien se ocupaba de ello. Ahora estamos tratando de establecer un canal de comunicación oficial. A raíz de la muerte de Luca, su líder telefoneó y me aseguró que ellos no tuvieron nada que ver con el asesinato.

—Toda esta historia apesta —bramó Paw—. Apuesto a que ellos están detrás de todo esto. ¿Quién será el próximo en ser asesinado? ¿Usted? ¿Yo? Deberíamos hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

—Antes de que te lances al ataque —dijo Jon con calma—, ¿no deberíamos primero excluir la hipótesis de que la muerte de Luca fue en realidad por causas naturales?

—Hemos tenido algunas dudas, por supuesto —admitió Kortmann—. Hasta esta noche. El ataque a la librería me ha convencido definitivamente de que alguien quiere matarnos. Pero tu escepticismo me complace, Jon. Lo necesitarás para el encargo que estamos a punto de encomendarte.

—¿Encargo? —preguntó Jon titubeante. Afloraron a su conciencia imágenes cuyas lanzando cócteles molotov contra los escaparates. De manera algo extraña,

semejante perspectiva le pareció menos repulsiva de lo que podría haber supuesto, como si las circunstancias que rodeaban la muerte de Luca hubiesen desatado algo desconocido en su interior—. ¿Qué tipo de encargo tiene en mente?

—Bien, los receptores niegan todo conocimiento del hecho en cualquiera de sus manifestaciones, de modo que han aceptado de buen grado una investigación. De la misma forma que nosotros no tenemos ni idea de si estamos albergando a un traidor en nuestro círculo, a ellos les ocurre lo mismo. Por eso, ambas partes estamos interesadas en una investigación imparcial, realizada por alguien externo, un individuo que no esté bajo la influencia del entorno, por así decirlo. Y tú eres la persona indicada, Jon.

Jon miró auténticamente asombrado al hombre de la silla de ruedas.

—Cómo podría... —comenzó a decir, sin terminar la frase.

—Eres la opción perfecta, Jon. La reputación de la que gozaba tu padre te ayudará con ambos grupos. Todavía no estás lo suficientemente implicado con la Sociedad como para tomar partido, y además, como abogado, debes de estar habituado a trabajar hasta cierto punto con la metodología de las investigaciones.

—Pero tratándose de la muerte de Luca, alguien podría señalar que mi papel no es apropiado; puedo ser cualquier cosa, pero no imparcial —observó Jon.

—Esto debería motivarte aún más para descubrir al asesino, el verdadero asesino.

A Jon le resultaba difícil encontrar un argumento en contra. Su reacción inmediata fue no querer involucrarse en aquel asunto. Debería vender la librería tan rápidamente como fuese posible, y luego olvidar toda esta cuestión de los Lectores para retomar las riendas de su propia vida. Ya tenía más que suficiente trabajo sobre su mesa del bufete. Al fin se le había presentado una estupenda oportunidad para su carrera con el caso Remer, que, por otra parte, le ocupaba todo su tiempo disponible. Su bandeja de entrada en el bufete estaba llena.

Y aun así, sentía que aquélla era su última posibilidad para encontrar algunas respuestas claras. Quizá la investigación sobre la muerte de Luca le diera la explicación que había estado buscando durante tantos años: por qué su padre no había querido saber nada de él después de la muerte de su madre. Sentado allí, en el corazón de la Sociedad Bibliófila, rodeado de libros, tras ser bombardeado con teorías conspirativas, se le ocurrió que todo estaba conectado: la muerte de Luca, su propia vida y todo lo que había ocurrido durante los últimos veinte años. Eran piezas de un puzle, y hasta ahora había sido demasiado inmaduro para completarlo. Se trataba de un juego recomendado para mayores de treinta y tres años.

—No sabría por dónde empezar —comentó Jon, rompiendo el silencio que se había apoderado de la habitación.

—Lo primero que tienes que hacer es conocer al resto de los miembros de la Sociedad Bibliófila —señaló Kortmann—. Tanto a los transmisores como a los receptores. Quizá la receptora que te acompañó pueda resultarte útil. Al parecer, ella disfrutaba de la confianza de Luca, de modo que te puede ser de gran ayuda.

Utilízala, si puedes. Es posible que ella logre arreglar algo con los receptores. Luego puedes diseñar tu propia estrategia, asumiendo que ellos te acepten.

—Es muy probable que tenga necesidad de un guardaespaldas, ¿no lo cree usted? —sugirió Paw, señalándose con ambos pulgares—. ¿Yo, por ejemplo?

—Como dije antes —explicó Kortmann, con mal disimulada irritación en la voz—, es importante para ambas partes tener confianza en la persona o las personas que desarrollen esta investigación. Deben ser tan imparciales como puedan, y no creo que precisamente tú seas un ejemplo de ecuanimidad.

—Vale, vale —exclamó Paw decepcionado—. Sólo quería ayudar.

—Por otra parte, hay otro requisito irrefutable que Jon posee, a diferencia de ti: Jon no es un Lector activo.

Paw se encogió de hombros.

—No tengo dudas acerca de tu potencial —le dijo Kortmann a Jon—. Pero en este momento tus poderes están inactivos. Será una ventaja mantenerlos así hasta el término de la investigación. Muchas de las personas con las que vas a tratar podrán estar seguras de que no las manipulas. La desventaja, claro, es obvia: no serás capaz de advertir cuándo alguien trata de manipularte.

—Ahora me siento mucho mejor —murmuró Jon.

—No debes preocuparte —lo tranquilizó Kortmann—. Tu ventaja consiste en que sabes con quién tratas. Si te atienes a unas pocas y muy simples reglas, no deberías tener ningún problema.

—¿Y cuáles serían?

—No leas nunca nada en presencia de un receptor y evita cualquier lectura dada por un transmisor.

Jon asintió.

—Pero me sentiría más seguro si tuviera a alguien conmigo. Llámeme un guardaespaldas o, si prefiere, un guía. Siendo un extraño en este ambiente, necesitaría de alguna instrucción acerca de cómo debería actuar ante determinadas situaciones.

—Comprendo —admitió Kortmann—. Pero los receptores nunca aceptarían a Paw como investigador.

—No estaba pensando en Paw —dijo Jon con rapidez—. Me gustaría que mi colaboradora fuese Katherina.

Paw se rió disimuladamente, mientras Kortmann, con toda calma, cruzaba las manos entre sí para apoyar la barbilla en ellas. Después de ofrecerle a Jon una larga mirada inquisitiva, lanzó una carcajada.

—No se puede negar que eres realmente hijo de Luca —dijo con tono afable—. Éste es exactamente el tipo de cosas que él habría hecho. Bien, hazlo a tu modo. Mientras comprendas que hay ciertos sitios a donde ella no puede ir, y que algunas personas no se mostrarán felices con este arreglo y, en consecuencia, no será bien acogida, eres libre de llevarla a donde quieras. —Su expresión se mostró nuevamente seria—. Y bien, ¿qué me dices?

Jon intercambió una mirada con Paw, que le devolvió una expresión ofendida. Kortmann lo observaba impaciente, con las manos cruzadas. Una vez más, una sensación de impotencia invadió a Jon. Lo que tenía que hacer estaba claro, aunque no quisiera hacerlo. Sintió que había sido despojado del derecho a escoger. Pero lo que realmente lo sorprendió de repente fue el hecho de que él había elegido hacerlo. La oportunidad de averiguar qué había sucedido en el pasado lo disuadió de todos los argumentos racionales acerca de su carrera, así como de las inverosímiles teorías conspirativas. Algo le decía que debía existir un nexo entre los acontecimientos del presente con lo que había pasado veinte años antes.

Jon se enderezó en la silla y estiró las manos.

—Bien, ¿cuándo empezamos?

CAPÍTULO

11

A pesar de la oscuridad, Katherina pudo advertir que había algo diferente en los dos hombres que se acercaban a ella. Jon iba en primer lugar, con pasos decididos; Paw lo seguía detrás con la cabeza baja. Había transcurrido más de una hora. Una hora en la que Katherina había recorrido todo el patio delantero de la mansión sintiendo el rigor del frío nocturno. El frío no le había molestado tanto como la arrogancia con la que Kortmann se había negado a recibirla. La rabia y la frustración por no saber qué iba a decir o qué versión de la historia escogería la habían hecho entrar en calor.

—Bueno, ¿qué ha dicho? —preguntó cuando los otros llegaron al coche.

Jon se sentó al volante sin decir nada, sin mirarla siquiera. Katherina entonces intercambió una mirada con Paw, que estaba a sus espaldas.

—Felicidades —murmuró—. Serás la guía de nuestro amigo.

Abrió la puerta del vehículo y se lanzó hacia el asiento trasero, se cruzó de brazos y cerró los ojos.

Katherina ocupó el asiento del acompañante.

—¿Qué significa eso? Jon respiró profundamente. Con las manos en el volante y los ojos fijos en la oscuridad que se abría más allá del parabrisas, respondió:

—Me han pedido que realice una investigación sobre las circunstancias que condujeron a... la muerte de mi padre. Kortmann piensa que Luca fue asesinado. — Esperó un segundo antes de girar el rostro hacia ella—. Voy a necesitar tu ayuda, Katherina.

Ella bajó la mirada y asintió.

—Por supuesto.

De golpe, sus preocupaciones habían desaparecido, y tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar su alivio. Después de una hora de crueles dudas e incertidumbre, podía relajarse. Aunque, pensó, ¿todo esto no significaba quizá su bienvenida a Libri di Luca? ¿Y qué esperanzas podía concebir de una reconciliación entre transmisores y receptores? Casi no podía creérselo.

—No parece sorprendida —observó Jon—. ¿Acaso sabías que lo habían asesinado?

—Hay muchos indicios que apuntan en esa dirección —respondió Katherina

evasivamente. Si Jon se sentía excluido, lo podía entender—. No teníamos total certeza, no podemos estar seguros al cien por cien, aunque Iversen estaba totalmente convencido.

—Parece que todo el mundo lo sabía, excepto yo. —Jon puso en marcha el coche—. Y también parece que están todos de acuerdo en atribuir la responsabilidad a un receptor —dijo, mientras el vehículo avanzaba hacia la verja, que, como si obedeciera a una señal secreta, comenzó a abrirse—. Todo el mundo me lo ha advertido: hay que estar en guardia ante los receptores. Parece que sus poderes logran poner a la gente algo nerviosa; si realmente ésa es la manera en que Luca fue asesinado, entonces los temores están justificados. Por consiguiente la pregunta natural sería: ¿puedo confiar en ti?

Katherina tuvo la sensación de que Jon la observaba de reojo, mientras aguardaban a que la puerta acabara de abrirse para abandonar definitivamente la propiedad de Kortmann y seguir su camino. Si hubiese sabido qué decir para tranquilizar a Jon, lo habría dicho, pero la única cosa en que podía pensar era que ella se sentía segura a su lado.

Desde el asiento trasero, Paw comenzó su concierto de ronquidos. Katherina no dijo una palabra.

—Estoy convencido de que sí —concluyó Jon—. Supongo que la mejor recomendación que puedo tener es la confianza que había depositado en ti el hombre cuya muerte vamos a investigar.

—¿Qué hay de los otros? —preguntó Katherina—. No hay mucha gente que pueda fiarse de un receptor en estos días.

—Tendrán que aceptarnos por fuerza si quieren que me haga cargo de esta historia. Voy a necesitar de alguien que los receptores conozcan y en quien confíen. Alguien que pueda descifrar las señales procedentes de las dos partes. Y según tengo entendido, tú has tenido contacto con ambas facciones, receptores y transmisores, gracias a tu buena relación con mi padre y con Libri di Luca.

Katherina se mostró de acuerdo. De pronto advirtió que el tiempo transcurrido con Luca, así como los esfuerzos de éste por reunir a las dos facciones, en realidad la habían preparado para investigar su asesinato. Como si todo hubiese sido planificado desde el principio, y ahora ella estuviese dispuesta para el papel. Esperaba tener la fuerza necesaria para ello.

—Lamento que Iversen no esté aquí —dijo ella en voz baja.

—Vamos a necesitarlo —reconoció Jon, y luego hizo una larga pausa—. Después de todo, él conocía a Luca mejor que nadie.

El matiz de esta última observación indujo a Katherina a observarle de soslayo. Por primera vez, ella pareció descubrir algo de pesar en la voz de Jon. Sus ojos estaban fijos en la carretera, pero parecían mirar más lejos. Cuando su rostro se vio iluminado por los faros de un coche que venía en sentido contrario, ella pudo notar un imperceptible movimiento de los músculos de la mandíbula, y de haber podido

escuchar con atención, hubiese percibido el rechinar de los dientes. Había cólera y dolor en su expresión, y ella lamentaba no poder hacer nada para suavizar esos sentimientos. Quizá Jon notó que lo observaba, porque de improviso giró el rostro hacia ella. Katherina dirigió de inmediato la mirada hacia el frente.

—Hay mucho trabajo para ponerme al día sobre mi padre —dijo él—. Han pasado muchos años desde la última vez que tuve contacto con él, y las cosas no fueron muy bien en aquella ocasión, por no decir algo peor.

Era extraño hablar de Luca con su propio hijo. Muchas veces, Luca se había comportado como un padre para Katherina y, en consecuencia, Jon era una especie de hermano, pero los dos conocían una parte de la vida de Luca. Jon la primera mitad y Katherina la segunda. Quizás entre ambos fueran capaces de diseñar una imagen más completa del hombre a quien, cada uno de manera diferente, le debían la vida.

—¿Qué fue lo que pasó la última vez que viste a Luca? —preguntó ella con cautela.

—Me rechazó —dijo Jon—. Acababa de cumplir dieciocho años, y era sin duda un puñetero adolescente, hosco e irritante, pero no llegamos a hablar lo suficiente como para que él lo averiguara. —Carraspeó antes de continuar—: Primero telefoneé a la librería. Jamás logré entender por qué me había entregado en adopción cuando yo era casi un niño, y en aquel momento, que ya había crecido, creí que tenía derecho a una explicación. Entonces le llamé por teléfono, sintiendo que el corazón se me escapaba del pecho, las manos sudorosas. Al principio hubo un largo silencio al otro lado de la línea, y por un momento pensé que se nos había cortado la comunicación. Pero entonces él dijo que debía de haber algún error, porque no tenía ningún hijo. Y colgó de golpe.

Paw gruñó algo en sueños desde el asiento trasero, pero los ronquidos a intervalos regulares pronto empezaron de nuevo.

—Había tardado meses en reunir el coraje necesario para hacer aquella llamada —continuó Jon—. Por eso, en cuanto escuché el pitido de la comunicación interrumpida al otro lado, ya no vi nada más. Estaba furioso. Tomé el siguiente autobús a Vesterbro y aparecí en la puerta de la tienda. Iversen estaba allí ese día, de pie, detrás de la caja, atendiendo a un cliente. Al verme, una sonrisa enorme le iluminó la cara y se apresuró a darme un cálido saludo. Su acogida me tranquilizó un poco, y en cuanto el cliente se marchó de la librería, Iversen me acarició los hombros y dijo que iría a buscar a mi padre. Luego, desapareció abajo. Luca tardó bastante tiempo en aparecer. Llegó andando despacio, con una mirada afable y a la vez inquisitiva en sus ojos. Durante un segundo pensé que todo iba a ir bien otra vez, pero entonces su expresión cambió y me preguntó qué hacía allí. No tenía ninguna razón para presentarme en la librería, me dijo, y no debería volver a poner un pie en ella nunca más.

Katherina se removió inquieta en el asiento. Esa descripción del hombre a quien ella había considerado su padre adoptivo durante tantos años distaba mucho de su

propia experiencia. Eran dos personas completamente diferentes.

—No puedo entenderlo —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Tampoco yo. Lo cierto es que aquel hecho me volvió obstinado y pretendí conocer los motivos. A fin de cuentas, él no podía negar que era mi padre, ya que Marianne era mi madre. Supongo que dije un buen número de estupideces y vomité una marea de acusaciones en su contra, pero él permaneció completamente tranquilo y permitió que desahogara toda la rabia antes de jugar su última carta.

Ya habían llegado a la librería. Jon aparcó el coche junto al bordillo de la acera y apagó el motor. Se quedó allí, sentado y con los ojos fijos en la tienda.

—¿Cuál era esa carta? —preguntó Katherina.

Jon hizo una mueca.

—Dijo que no soportaba verme. Le recordaba demasiado a mi madre. Cada vez que me miraba, le volvía a la mente la forma en que ella había muerto, y la culpa por no haber podido ser capaz de evitarlo.

Katherina se había enterado del suicidio de Marianne por Iversen, pero Luca jamás había hecho la más mínima alusión al asunto.

—Oh —exclamó ella—. ¿Qué se puede responder ante algo semejante?

—A Jos dieciocho años, nada —replicó Jon con un profundo suspiro—. Simplemente me quedé callado y salí de la tienda... y de su vida.

Siguieron sentados allí durante un momento, escuchando los ronquidos de Paw. Como si respondiese a una orden, el sonido se hizo algo errático y luego el joven despertó lanzando un gruñido, seguido de un ruidoso bostezo.

—¿Hemos llegado? —preguntó, estirándose todo lo que podía en tan reducido espacio.

—Sí, ya estamos de vuelta —confirmó Jon.

Paw se inclinó hacia delante y se apoyó entre los respaldos de los asientos; miró primero a Jon, luego a Katherina.

—Entonces, ¿no vamos a bajar?

Katherina abrió la puerta y descendió, seguida de Paw.

—Pasaré mañana —dijo Jon antes de que ellos se despidieran y cerraran de golpe las puertas.

Paw temblaba de frío, mientras Katherina miraba el coche de Jon alejarse.

—¿Qué haces? ¿Vamos hacia el mismo lado? —le preguntó Paw, dirigiéndose a su bicicleta.

—No, me quedo aquí esta noche.

—¿Crees que es una buena idea? —replicó Paw—. Podrían volver.

—Exactamente —contestó ella.

Paw sacudió la cabeza.

—Pues bien, sigue adelante y juega a la heroína, si quieres. Yo necesito recuperar algo de sueño —dijo justificándose—. ¿Estarás bien sola?

Katherina se limitó a asentir.

Al despertar por la mañana, aún estaba todo oscuro a su alrededor. Tardó varios minutos en darse cuenta de dónde se encontraba. Los paneles de madera que tapiaban los escaparates de Libri di Luca no permitían filtrar la luz. La cama plegable crujía ante el más mínimo movimiento de su cuerpo, pero no le había impedido dormir. Recordaba que había luchado contra la cama en el momento de armarla, pero no se acordaba de haberla hecho ni de haberse quitado los zapatos.

El sonido del tráfico de la calle penetró en la oscuridad. Se quedó escuchando durante un rato antes de desembarazarse de las mantas y de sentarse sobre la cama. Tras ponerse los zapatos y el jersey de lana, se acercó para encender la lámpara del techo.

La librería aún presentaba un triste espectáculo. El trozo de alfombra que faltaba parecía una herida abierta, y tanto las cristaleras tapiadas como la cama plegable hacían que el espacio adoptase el aire de un escondrijo improvisado para antigüedades durante un bombardeo más que una librería.

Abrió la puerta y salió. No había ni una nube en el cielo, pero la tienda todavía estaba a la sombra de los otros edificios y, en consecuencia, el frío penetraba punzante. Podía ver su propio aliento, y durante un momento dio pequeños saltos sobre el pavimento delantero para entrar en calor. Ya eran las once pasadas, de modo que Libri di Luca debería haber estado abierta desde hacía al menos dos horas, pero el lamentable estado de la fachada sin duda habría mantenido alejado a cualquier potencial cliente.

Katherina dejó la puerta entornada y comenzó a poner orden en el interior de la tienda. Los libros que normalmente estaban expuestos sobre las mesas cercanas a la entrada habían caído al suelo, por ello comenzó por disponer una mesa donde colocarlos. Incapaz de clasificarlos por autor o título, los fue reuniendo en hileras sin criterio.

Pasó el resto del día limpiando, con una pausa para el almuerzo en la pizzeria vecina, a la espera de clientes. Sólo dos desafiaron las tapiadas cristaleras para echar un vistazo dentro, pero estaban evidentemente distraídos por los efectos de la devastación y se marcharon de la tienda sin comprar nada.

Jon apareció al final del día. Presentaba oscuras ojeras y no parecía haberse afeitado. Su traje, por lo demás, parecía impecable, al menos hasta que se desató el nudo de la corbata y se abrió el botón superior de la camisa azul.

—¿Un día difícil? —le preguntó Katherina después de que se saludaran, y Jon se dejó caer en el sillón de cuero con un profundo suspiro.

—Supongo que se podría decir algo así —afirmó, cerrando los ojos—. ¿Y qué tal por aquí? ¿Algún problema?

Katherina le hizo un resumen de su día, en el que empleó menos de un minuto.

—Bien —dijo Jon, abriendo los ojos—. Tenemos que volver a instalar los cristales del escaparate. Mañana trataré de conseguir los servicios de un cristalero.

—¿Has tenido noticias de Kortmann? —le preguntó Katherina.

—Me telefoneó cuando salía. Hay una reunión en... —Miró su reloj—. Media hora.

—¿Aquí?

—No, en algún sitio en Osterbro. Una biblioteca —respondió Jon, y añadió con una sonrisa—: ¿Dónde si no?

La biblioteca estaba en Dag Hammarskjölds Allé, frente a la embajada norteamericana. Grandes ventanales daban a la calle, de forma que los transeúntes podían observar libremente los estantes llenos de libros y las cajas de cómics que se acumulaban en el interior. Desde fuera, Jon y Katherina pudieron ver que había todavía bastante gente en la biblioteca, a pesar de que sólo faltaban diez minutos para la hora de cierre.

Katherina siguió a Jon por un vestíbulo de unos cinco metros de largo, hasta la puerta de entrada real. Hacía mucho tiempo que ella no entraba en una biblioteca. Sus poderes las convirtieron en una experiencia fatigosa. A pesar de que ella era muy buena en el bloqueo de todas aquellas impresiones, todavía podía percibir un persistente rugido de fondo que se negaba a marcharse. Los libros en sí mismos no le proporcionaban ninguna alegría. Muchos estaban plastificados, y la calidad de las portadas era tan insignificante como impersonal.

Justo cerca de la entrada había un mostrador donde una única bibliotecaria ayudaba a los últimos usuarios. Era una mujer de aproximadamente cincuenta años, con el pelo largo rubio y un par de gafas redondas que resultaban demasiado grandes para su cara estrecha y pálida. Katherina tenía la impresión de conocerla, y cuando sus ojos se cruzaron, la bibliotecaria le sonrió y le hizo una ligera inclinación. Prosiguieron su camino, pasando por delante del mostrador.

A la derecha se encontraba la hemeroteca, un recinto acristalado en donde periódicos y revistas eran exhibidos a lo largo de las paredes. En el centro de la sala, había mesas y sillas donde los lectores podían hojear los diarios o seleccionar las revistas para su lectura.

—Kortmann —susurró Jon, mirando fijamente a un hombre que les daba la espalda, sentado ante una de las mesas.

Al observarlo con mayor atención, Katherina descubrió que el hombre estaba sentado en una silla de ruedas.

—¿Y ahora? —murmuró ella desde atrás.

—Creo que comenzaremos después de que cierre la biblioteca —dijo Jon en voz baja—. Separémonos.

Katherina asintió y empezó a moverse despacio; abandonó la hemeroteca para dirigirse a la sección de literatura infantil. Jon se dirigió en la dirección opuesta. Ya había anochecido, y el reflejo del neón sobre el techo hacía que los grandes

ventanales pareciesen superficies de cristal negras y opacas. Katherina tenía la sensación de que alguien la observaba desde fuera, en la oscuridad, mientras caminaba por delante de la sección de los tebeos. Se entretuvo un tiempo hojeando algunos de los cómics, mientras con el rabllo del ojo controlaba la actividad de las otras personas presentes en la biblioteca. En la sección de narrativa, un hombre que rozaba la cuarentena había hundido la nariz en un grueso volumen. —El nombre de la rosa a juzgar por los pequeños fragmentos que le llegaron—. Cautelosamente, Katherina concentró sus poderes en él y tuvo la clara sensación de que también él se limitaba a matar el tiempo. Cuando ella se giró para estudiarlo mejor, él alzó la vista de inmediato, como si supiese de quién se trataba. Luego volvió a esconder la mirada rápidamente, dejó el libro y siguió su camino a lo largo de las estanterías.

Katherina siguió recorriendo la biblioteca y encontró a varias personas más que daban un paseo entre los libros sin intención alguna de cogerlos para su lectura. Además del hombre de los cuarenta y pico, había una pareja treintañera sumida en una conversación discreta al final de uno de los pasillos, una muchacha adolescente en la zona de los cómics y un hombre de rasgos asiáticos que vagaba en torno a la sección de ensayos. Ninguno de ellos estaba concentrado en lo que leían, y todos siguieron enviando penetrantes miradas de vez en cuando a todos los que les rodeaban.

A la hora del cierre, la bibliotecaria recorrió la biblioteca para anunciar la última llamada para dejar los libros y formalizar los préstamos. Ni una sola de las personas que Katherina había observado reaccionó, mientras que los últimos usuarios de la biblioteca que en realidad sí habían ido para tomar prestados los ejemplares deseados se dirigieron al mostrador. Katherina se encaminó lentamente otra vez a la hemeroteca, y pudo notar que otras personas hacían lo mismo.

Jon ya estaba dentro del recinto de cristal. Se movía a lo largo de la pared del fondo, al parecer muy interesado en revistas de pesca. Katherina evitó la tentación de averiguar en qué estaba pensando realmente.

Tras haber cerrado la puerta detrás del último lector, la bibliotecaria dio una vuelta a la llave.

—Ahora podemos comenzar —anunció en voz alta y apagó las luces de las salas que daban a la calle.

El resto de los participantes fue surgiendo gradualmente de los corredores y los espacios de lectura. Unos y otros intercambiaron un breve gesto de saludo con la cabeza, a veces acompañados con una media sonrisa de reconocimiento, mientras iban convergiendo hacia el recinto de cristal. Uno a uno ocuparon su sitio en torno a la mesa central, y rápidamente comenzaron a conversar sobre todo tipo de cosas. La bibliotecaria fue la última en llegar, pero se oyeron una serie de fuertes golpes en la entrada delantera.

—Sólo un minuto —dijo ella, y desapareció otra vez.

Las conversaciones se detuvieron y todos alcanzaron a oír los pasos de la

bibliotecaria y el movimiento de la puerta. Se pudo captar un breve intercambio de palabras, antes de que la puerta se cerrara otra vez y se apreciaran pasos acercándose.

—Ahhh, justo a tiempo, ¿verdad? —dijo Paw jadeante y con la cara enrojecida al entrar en la sala.

La bibliotecaria cerró con cuidado la puerta detrás de ella. Las dos últimas personas se sentaron. Todos dirigieron su atención al hombre de la silla de ruedas.

—Bienvenidos —dijo Kortmann. Los presentes respondieron al saludo con un murmullo—. Me alegro de que hayáis podido acudir tantos a pesar del poco tiempo con que fuisteis convocados. En una época como ésta, reuniones como la nuestra pueden resultar peligrosas, pero los últimos acontecimientos lamentablemente la han hecho necesaria. —Los rostros de los que estaban alrededor de la mesa adoptaron una expresión grave—. Anoche Libri di Luca resultó atacada. Lanzaron cócteles molotov contra la librería, que sufrió daños significativos. Iversen está en el hospital debido a las quemaduras y con una conmoción. Debemos agradecer a Jon que la librería no haya quedado reducida a cenizas.

Cada uno expresó su aprobación con susurros contenidos o un discreto gesto hacia Jon. Katherina apretó los dientes con fuerza y fijó la mirada en un cuadro que tenía delante. Ella nunca había esperado ser considerada como una heroína por Kortmann, pero al menos podría haber mencionado que ella también había participado en la extinción del fuego. El simple hecho de poder participar en aquella reunión era un indicio de que estaba dispuesto a confiar en ella. Entonces, ¿por qué había minimizado su papel hasta el punto de ignorarlo? Quizá no era consciente de cómo se habían desarrollado los hechos. Después de todo, Kortmann sólo había oído la historia de Jon y Paw, y era imposible saber qué versión le habían dado ellos. Ella miró a Jon, que ni siquiera pestañeó.

—Como seguramente ya sabéis, Jon es el hijo de Luca —continuó Kortmann—. Hemos sabido de su existencia sólo recientemente, o quizá debería decir que no fue hasta que él mismo se presentó que recordamos que Luca aún tenía un hijo. Por este motivo, él acaba de conocer ahora la existencia de la Sociedad, y no es todavía un Lector activo.

Mientras Kortmann hablaba, todos los presentes miraron a Jon, pero su expresión permaneció inalterable, incluso cuando el discurso mencionó las relaciones con su padre.

—Me siento personalmente muy feliz de que él haya vuelto, sobre todo ahora, cuando necesitamos refuerzos para defendernos, y me gustaría pedir a cada uno de vosotros que le brindéis un apoyo incondicional para el encargo que él está dispuesto a asumir.

—¿Qué tipo de encargo es ése? —preguntó el hombre que Katherina había visto en la sección de narrativa.

—Volveré a ello en un momento —respondió Kortmann—. Primero me parece oportuno que nos presentemos y expliquemos el tipo de trabajo que hacemos, tanto

dentro de la Sociedad como fuera de ella. Todos conocemos a Paw, de modo que podemos saltarlo.

Kortmann giró a su izquierda y señaló a la bibliotecaria. De inmediato, ella se enderezó en el asiento y se aclaró la voz. Las pesadas gafas de montura enorme ahora colgaban de su cuello, y un par de ojos azules se fijaron con atención en Jon.

—Bien, mi nombre es Birthe —comenzó a decir, reprimiendo una risa tonta—. Como han podido comprobar, soy la bibliotecaria de este sitio. Por lo general, trabajo en recepción o en la sección infantil. Me gusta estar rodeada de niños, y me hace muy feliz siempre que se me permite leer en voz alta a los más pequeños, sentir cómo se dejan atrapar completamente por la historia y...

Kortmann carraspeó.

—Ah, sí —dijo Birthe, disculpándose, y volvió a reír tontamente—. Ya tendremos ocasión de hablar de ello en otro momento. Soy la historiadora de la Sociedad Bibliófila, o sea, intento reconstruir la historia de los Lectores y su desarrollo a lo largo de los años. Trabajé muy estrechamente con su padre, un hombre encantador, lleno de vida y sentido del humor. —Se rió extasiada—. Siempre gentil y dispuesto y...

—Gracias, Birthe —la interrumpió Kortmann—. ¿Henning?

El hombre de la sección de narrativa estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre la mesa. La luz fluorescente reveló que el pelo gris era bastante escaso en su coronilla, y pequeñas gotas de sudor se hicieron visibles en el cuero cabelludo. Sus ojos parpadeaban constantemente, aunque de manera irregular, como limpiaparabrisas defectuosos, lo cual le hacía parecer innecesariamente nervioso.

—Mi nombre es Henning Petersen. Tengo cuarenta y dos años, y trabajo en una librería de Kultorvet. —Los ojos oscuros parpadearon de Jon a Katherina—. Estoy solo, como se dice hoy día, y soy aficionado a la cocina y al teatro, y además, claro, a los libros. —Se rió tímidamente—. Soy un transmisor activo desde hace más de treinta años, y mi función en la Sociedad Bibliófilo es la de tesorero.

Se inclinó hacia atrás en la silla y le hizo una seña a la siguiente persona en la fila, una mujer de unos treinta años que sostenía de la mano a un hombre que parecía ser de la misma edad. Ambos eran un poco robustos e irradiaban una gran felicidad, tal vez por estar juntos.

—Me llamo Sonja —comenzó a decir la mujer con voz muy aguda—. Y él es mi marido, Thor. —Levantó la mano de su marido como quien alza la de un boxeador triunfador—. Lo conocí a través de la Sociedad hace casi tres años. Ambos somos profesores. Thor trabaja en una escuela de Roskilde, mientras que yo estoy en la escuela Sortedam, aquí cerca. —Con la mano libre, señaló en dirección a Katherina—. No tenemos ninguna tarea específica dentro de la Sociedad, pero siempre presenciamos todas las sesiones de lecturas, cuando éstas tienen lugar. —Se dio la vuelta para mirar a su marido—. Es tu turno, Thor.

Thor se aclaró la voz, oculta detrás de una tupida barba.

—Creo que no tengo mucho más que añadir por ahora —dijo, dejando escapar una ligera sonrisita, a la que su esposa inmediatamente respondió con una carcajada estruendosa.

Había llegado el turno de una muchacha casi adolescente, que se ruborizó hasta ponerse al rojo vivo y bajó la mirada hacia sus manos.

—Line —dijo en una voz apenas audible—. Soy miembro desde hace sólo un mes, y por eso... Dirigió entonces su mirada a la siguiente persona, el hombre de rasgos orientales a quien Katherina había visto en la sección de ensayos. Llevaba unas gafas estrechas y rectangulares, que enmarcaban los ojos oscuros que se concentraban en Katherina. Las exóticas líneas de su rostro impedían adivinar con exactitud su edad, pero ella pensó que debía de rondar los veinticinco.

—Podéis llamarme Lee —dijo sin el menor rastro de acento—. Os ahorraré mi nombre de pila ya que, de todos modos, la mayoría de la gente no puede pronunciarlo correctamente. Trabajo en el campo de la informática como ingeniero de *software*, si esto os dice algo. Intento, tanto como me resulta posible, ayudar a la Sociedad en este frente, pero no para expandirnos en internet. No lo utilizamos de este modo —comentó con cierto pesar—. Mi tarea se limita casi exclusivamente a recoger datos. Bien, supongo que eso es todo —concluyó, y le cedió el turno a Katherina.

Ella carraspeó, y estaba a punto de empezar cuando Kortmann la interrumpió.

—Muchas gracias por las presentaciones. Lamentablemente, no todos han tenido la posibilidad de acudir hoy aquí. A Iversen ya le conocéis todos, pero tenemos otros tres miembros en el área de Copenhague y alrededores que no han podido venir. Cómo seguramente ya sabéis, se os hará una visita en un futuro próximo como parte de la investigación.

—¿Ahora podríamos oír nosotros de qué va todo esto, Kortmann? —dijo Henning Petersen, claramente impaciente.

—Sí, por supuesto —respondió Kortmann, mirando a Katherina por primera vez esa tarde antes de proseguir—. Los receptores están convencidos de que somos *nosotros* la causa de todo lo que ha estado pasando últimamente, y que, en el mejor de los casos, podemos tener un traidor entre nosotros.

CAPÍTULO

12

Desde su asiento, próximo al de Kortmann, Jon gozaba de una excelente perspectiva de las reacciones de cada uno de los presentes. La expresión de Lee se mantuvo impasible, sólo que su mirada se clavó en Kortmann, como si esperase que continuase hablando después de lo que acababa de revelar.

La muchacha adolescente, Line, parecía perdida, como si no supiese cómo reaccionar, y sus ojos revolotearon en busca de ayuda en las caras de los demás. Pero no había mucha ayuda que encontrar allí. El matrimonio se miraba algo perturbado, por primera vez sin risas o expresiones románticas, mientras la bibliotecaria trató de ocultar sus manos, que temblaban ligeramente. El único que permanecía indiferente era Paw, como si nada de todo aquello tuviese que ver con él. Es más, la situación, en realidad, pareció divertirse.

—¿Qué quiere decir con que «en el mejor de los casos podemos tener un traidor entre nosotros»? —quiso saber Henning.

Había pronunciado las palabras lentamente, entrecerrando los ojos, como si formular esa pregunta requiriese de toda su concentración, y no eludió ni por un momento la mirada de Kortmann. Katherina, de pronto, se inclinó hacia delante.

—Que los receptores no son quienes están detrás de estos hechos —dijo ella antes de que Kortmann tuviera el tiempo necesario para responder—. Y si no son los receptores, entonces debería ser alguien entre vosotros, los transmisores; pero ya que negáis cualquier conocimiento de ello, o bien alguien miente o hay uno o varios traidores. —Katherina hizo una pausa para respirar. Jon la miró disimuladamente. Ella mantuvo sus ojos verdes fijos en Henning con una expresión neutra, pero su respiración revelaba que estaba algo agitada, tal como denunciaba el ligero temblor en la pequeña cicatriz de su barbilla—. Entre las dos posibilidades, consideramos la segunda más que la primera.

Henning la miró fijamente. Parpadeó involuntariamente, como si no pudiese creer lo que veía.

—Ah, ahora te recuerdo —exclamó él—. Eres Katherina, ¿no es verdad? ¿La receptora? —Sin darle tiempo a contestar, continuó—: Y una de las mejores, por lo que he oído decir.

Jon notó que las mejillas de Katherina se encendían ligeramente. Ella asintió y dirigió una mirada desafiante a Kortmann antes de volver a hablar.

—Así es. Mi nombre es Katherina. Soy receptora desde hace quince años. Diez de esos años los he pasado con Luca Campelli y Svend Iversen, y sólo ellos merecen decir si mis poderes resultan ser mejores que los de los demás.

—Bueno, no he pretendido ofenderte —se disculpó Henning, levantando las manos a la defensiva—. No ha sido mi intención acusarte de nada.

—Nadie debería tener duda alguna en lo que respecta a la lealtad de Katherina —interrumpió Jon—. Yo la vi luchar contra el fuego anoche, y es a ella a quien realmente hay que agradecerle que la librería no quedara reducida a un montón de cenizas; a ella, rió a raí. —Katherina se apoyó en el respaldo con los brazos cruzados, mientras los demás dirigían su atención a Jon—. Kortmann me ha pedido que emprenda una investigación sobre los acontecimientos que han sucedido recientemente, incluyendo la muerte de mi padre, y yo he preferido contar con la ayuda de Katherina, y de nadie más. En este momento, ella es la única persona en quien confío.

Hubo un intercambio de miradas alrededor de la mesa entre la mayor parte de los presentes, y casi todos hicieron un signo de aprobación tanto a Jon como a Katherina.

Kortmann carraspeó.

—Como habéis oído, Jon va a realizar una investigación entre nosotros, pero también entre los receptores. El objetivo es averiguar quién está detrás de los ataques que hemos recibido en los últimos tiempos, nos gusten o no los resultados que surjan de su trabajo...

—Pero... —comenzó a decir Birthe de modo vacilante—. ¿Es posible que el responsable de la muerte de Luca pueda ser alguien que no sea un receptor? Ningún transmisor sería capaz de provocar un infarto de ese tipo.

—Yo no estaría tan seguro —contestó Henning con calma—. Los poderes de un transmisor pueden muy bien causar una aceleración del pulso y otras reacciones fisiológicas en el oyente. Pero hasta ahora nadie se ha visto expuesto a poderes lo suficientemente potentes como para ser capaces de matar a alguien. Además, sería relativamente fácil protegerse contra tal ataque. —Se encogió de hombros—. Todo lo que habría que hacer es taparse los oídos.

—Disculpad mi ignorancia —dijo Jon—, pero ¿qué es todo eso? ¿Taparse los oídos?

Henning asintió.

—Los poderes de un transmisor dependen de cómo el texto es escuchado por un oyente. El texto, combinado con las emociones que suscita, abre ciertos canales y hace que la persona en cuestión sea receptiva al Lector. Entonces, la mejor defensa contra sus poderes sería taparse los oídos o simplemente alejarse.

—¿Eso significa que podemos excluir la idea de que haya sido un transmisor quien asesinó a mi padre?

—En todo caso, resulta bastante improbable que el homicidio haya sido cometido recurriendo a los poderes de un transmisor, a no ser que Luca estuviese inmovilizado,

pero me parece que no hay ningún tipo de indicios en este sentido, ¿no es cierto?

Kortmann sacudió la cabeza.

—Habría dejado alguna marca.

—Bien —concluyó Jon, al cabo de unos segundos de silencio—. La muerte de Luca indica que fue el trabajo de un receptor, pero podría incluso ser el resultado de un paro cardíaco natural, o quizá de un envenenamiento. Ninguno de los otros ataques conduce irrevocablemente a un receptor, de modo que no quiero excluir nada aún. —Examinó los rostros de los demás. La mayoría seguía todo con una expresión más o menos resignada; sólo Line mostraba algo más que consternación: en sus ojos brillaba el miedo—. Tal vez deberíamos hablar acerca de cuál pudo ser el móvil —sugirió Jon.

Después de otros cuantos segundos de silencio, Henning se aclaró la voz. Un instante antes de hablar, entrecerró los ojos.

—Eso es precisamente lo que no tiene ningún sentido —dijo, cruzando las manos por encima de la mesa delante de él—. Ningún Lector, ya sea transmisor o receptor, tiene nada que ganar con toda esta historia. Simplemente, porque es demasiado arriesgado. Quizá la conexión entre estos acontecimientos aún no está clara para la gente supuestamente normal, pero si los ataques continúan, vamos a quedar expuestos, y ninguno de nosotros desea que suceda algo semejante.

—¿Y por qué no? —preguntó Jon—. ¿Por qué tanto secreto? Si vuestros poderes saliesen a la luz, ¿acaso no podrían ser útiles a todos?

—Permíteme responder con otra pregunta —dijo Henning—. ¿Qué piensas sobre el hecho de que existan personas como nosotros capaces de influir sobre tus decisiones y tus opiniones sin que puedas hacer nada por impedirlo?

—Bueno, todo esto es completamente nuevo para mí —comentó Jon—. Quizá no he estudiado detenidamente todas las consecuencias, pero tengo que admitir que la perspectiva se me hace realmente difícil de asimilar.

Lee intervino, inclinándose hacia delante y golpeando su índice contra la mesa.

—Es absolutamente cierto —dijo enfervorizado—. Es la reacción normal. Tal vez, en un primer momento, la gente se sintiera fascinada. Seríamos como fenómenos de circo, expuestos en una feria de monstruos con trajes de colores intensos: se cobraría una entrada para que le «leyéramos la mente» a la gente, o bien les haríamos hacer cosas tontas a través de la lectura, como uno de esos falsos hipnotizadores. Pero al cabo de un rato, la gente comenzaría a preocuparse; tendrían miedo a la manipulación, y quizás hasta rechazaran la lectura, a no ser que estuviesen seguros de estar solos, o al menos entre amigos. —Jon notó como Henning y el matrimonio intercambiaban miradas, y Thor sonreía indulgentemente. Pero Lee no lo notó, o al menos no pareció hacerlo, y continuó con su explicación—: Las personas dotadas de poderes podrían ser marginadas, como leprosos, porque el resto de la gente estaría constantemente en guardia ante su presencia. Y a causa de la paranoia creciente, los Lectores se verían forzados a registrarse o quizás a llevar un símbolo especial, de

forma que la gente en la calle pudiera reconocerlos y tomar las debidas precauciones. Poco después, la sociedad podría llegar a la conclusión de que lo más sencillo y seguro sería encerrarnos, escondernos en algún sitio lejano, fuera del alcance de los demás, e incluso quizá se nos impediría tener cualquier tipo de acceso a libros y textos. —Lee interrumpió por un momento su diatriba, para permitir a Jon seguir el hilo—. Pronto nuevos Lectores intentarían ocultar sus poderes —prosiguió Lee con un estremecimiento—. Justo como hacemos ahora, en realidad, y pronto se pondría en marcha una verdadera caza del hombre, con la excusa de encontrar a quienes no estuviesen registrados o los que hubiesen logrado escapar de las prisiones. Mucha energía sería destinada para descubrir la existencia de poderes incluso en los niños más pequeños, y «sabuesos» electrónicos o traidores entrenados nos rastrearían como animales. Serían creados movimientos clandestinos por aquellos de nosotros que lográsemos escapar, y poco después forzarían a los grupos a defenderse usando medios violentos. Estallarían guerras y...

—Bien, gracias —le cortó Kortmann—. Creo que hemos captado el significado, Lee.

Lee se ruborizó.

—Quizá me he dejado llevar un poco por el entusiasmo —dijo a modo de justificación—, pero sólo pretendía ilustrar que ninguno de nosotros tiene nada que ganar saliendo a la luz. Ni transmisores ni receptores.

Se reclinó en la silla.

—Aunque su visión pueda resultar algo exagerada, tiene razón —dijo Kortmann—. Somos diferentes, y como tal podemos esperar un trato particular, y no necesariamente bueno, si alguna vez se llegara a saber lo que somos capaces de hacer.

—¿Nadie os ha traicionado nunca? —preguntó Jon—. Me parece inconcebible que se pueda mantener en secreto una historia de este tipo durante... ¿cuánto?, ¿digamos cien años?

—Oh, mucho más —exclamó Birthe—. Estamos hablando de milenios. Tenemos motivos para pensar que los primitivos Lectores fueron responsables de las bibliotecas de la Antigüedad, mucho tiempo antes del nacimiento de Cristo. En aquella época el trabajo de bibliotecario tenía mucho prestigio —añadió, con un poco de amargura en la voz—. Ellos fueron considerados como hombres de Estado y eruditos. Eran consultados por gente que tenía influencia sobre el desarrollo de la sociedad, cuyas opiniones tenían peso, e incluso eran consultados sobre otro tipo de cuestiones, más personales. Como seguramente comprenderéis, sería una posición ideal para un Lector poder aprovecharse de sus poderes.

—¿Pero no hay ningún caso que haya sido descubierto?

Birthe sacudió la cabeza.

—Hay muy pocas pruebas concretas que señalen en nuestra dirección. Durante ciertos períodos, hubo algunas sospechas dirigidas contra aquellos que podían leer y escribir, pero probablemente esa desconfianza derivaba de la envidia y la ignorancia

más que de cualquier otro temor justificable. De todos modos, si miramos lo sucedido más recientemente, no hay nadie que todavía haya insinuado absolutamente nada sobre la existencia de nuestros poderes.

—¿Y no podría ser ése el móvil? ¿Desenmascarar a la Sociedad? —sugirió Jon.

—Sería un modo endemoniadamente complicado de hacerlo —replicó Henning Petersen—. Quiero decir, ¿por qué no exponernos directamente? Las posibilidades de que alguien llegue a captar la conexión entre las acciones que han sido realizadas hasta ahora son mínimas. Si el objetivo es poner en aprietos a los Lectores, sólo una revelación total de sus poderes lo lograría.

Lee asintió con impaciencia.

—Estoy de acuerdo. Sólo una persona de nuestro círculo podría desenmascarnos, y eso sería únicamente a través de una demostración de los poderes. Por eso, si el móvil hubiese sido éste, ya habríamos leído algo sobre ello en los periódicos, lo hubiésemos visto en la televisión y habríamos asistido al estreno cinematográfico.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría? —preguntó Jon.

Lee miró a Katherina por un momento.

—Pienso... —comenzó a decir, pero luego observó a Henning y se corrigió—. Pensamos que hay algo más grande por debajo. Alguien está tramando algo verdaderamente importante, y todo esto no son más que maniobras preliminares para desgastarnos, confundirnos o desviar nuestra atención, o las tres cosas a la vez. Ahora, si me preguntas quién podría ser ese alguien, para mí resulta obvio. —Otra vez, su mirada apuntó hacia Katherina—. Todos los indicios conducen a los receptores. —Agitó sus manos hacia ella, en un gesto que al mismo tiempo parecía ser de defensa y disculpa—. No digo que estés implicada. Es muy probable que te hayan dejado fuera justamente a causa de tu relación con Luca.

—¿Y cuál sería, entonces, nuestro gran plan? —preguntó Katherina—. ¿Dominar el mundo, debo suponer?

Lee examinó a Katherina con un brillo de satisfacción, pero luego dirigió su mirada hacia Jon.

—No sé qué pretenden, pero intento buscar una respuesta.

—¿Tú la buscas?

Lee asintió.

—Sí, en cada ocasión que se me presenta. Las pistas están ahí, en internet, basta con buscar y descubrir las conexiones entre ellas. Hasta ahora no he conseguido resultados, pero seguiré intentándolo. Esto se parece de alguna manera a lo que ocurre con los restos de un naufragio: algo siempre aparece, aunque el día anterior la playa estuviera vacía.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando? —preguntó Kortmann sorprendido.

Lee se encogió de hombros.

—Un par de semanas, supongo. No pensé que fuera necesario solicitar un

permiso.

—No, no, en absoluto. Sólo que me hubiese gustado estar informado...

—No sabía que estaba en marcha esta... investigación —añadió Lee—. Y tampoco me pareció que nadie tuviera intención de hacer algo. Por eso, dado que la Sociedad no había asignado ninguna tarea específica, quise mostrar un poco de iniciativa.

Kortmann dio señales de aprobación.

—Muy bien hecho, Lee. Te sugiero que sigas adelante con tu búsqueda.

—Es exactamente lo que tenía pensado —respondió Lee con un hilo de voz.

—Y mantennos al tanto de las novedades —subrayó Kortmann, señalándose a sí mismo y a Jon.

—¿Y en cuanto al resto de nosotros? —preguntó Henning Petersen bruscamente.

—Evidentemente, seréis informados en cuanto hayamos dado con algún resultado irrefutable. Lo más importante ahora es no dejarnos dominar por el pánico o desencadenar una caza de brujas y linchamientos sin tener pruebas.

—Eso suena más bien como si tú no confiaras en nosotros —replicó Henning.

—¿Entonces estamos bajo sospecha? —intervino Paw.

Kortmann hizo un gesto de desdén.

—Como habéis dicho vosotros mismos, no hay ninguna prueba en firme. De hecho, todas las posibilidades permanecen abiertas, incluso las peores. —Miró fugazmente a Katherina—. Es decir, la posibilidad de que exista un traidor entre nosotros. —Se alzó un murmullo de voces descontentas que pretendían hacerse oír, y entonces Kortmann tuvo que levantar su propia voz para ser escuchado—. A pesar de todo, no creo en ello. Aun así, es una alternativa que no podemos excluir y que nos fuerza a tomar precauciones. Aquí no estamos hablando de alguien que calumnia a otra persona o ha robado algo de dinero de la caja. No, estamos hablando de gente a la que se le ha hecho daño, peor aún, que ha sido asesinada. No lo olvidéis.

Nadie dijo nada más, y durante varios segundos un silencio sepulcral invadió la estancia. Cuando Jon los miró, muchos prefirieron dirigir los ojos en otra dirección.

—Pienso que deberíamos dar por finalizada la reunión aquí —dijo Kortmann con toda calma—. El objetivo fundamental era que os presentarais y que todos pudieseis comprender la importancia de esta investigación. Espero que lo hayamos logrado. Jon tendrá acceso a vuestros nombres y direcciones, de modo que podrá ponerse en contacto con vosotros personalmente en caso de que sea necesario. Como os dije, espero de vosotros la mayor colaboración posible. —Unió las manos y aplaudió—. Gracias a todos.

Los presentes se alzaron con gran estruendo de sillas y saludos de despedida. Cuando Jon se acercó a Kortmann, el anciano extrajo un sobre marrón de la bolsa que tenía junto a la silla de ruedas y se lo entregó.

—Mantenme al corriente de lo que descubras —le dijo con un guiño.

Jon asintió y se dirigió al exterior con Katherina. Kortmann permaneció dentro

con Birthe.

En la entrada, Paw, Lee y Henning Petersen mantenían una conversación que tenía mucho de confabulación a juzgar por la forma en que hablaban, pero en cuanto Katherina y Jon aparecieron, se separaron y siguieron por distintos caminos. Paw se les acercó a paso lento.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Jon.

—No, gracias —respondió Paw—. He venido en la bici. Además, no quisiera interponerme en el camino del Dúo Dinámico —dijo riendo.

—¿Nuevos amigos? —le preguntó Katherina, haciendo un gesto en la dirección por la que Lee había desaparecido.

Paw se encogió de hombros.

—Yo siempre pensé que Lee era un chulo. Uno de estos días va a enseñarme algunos de sus truquillos informáticos. —Paw miró cómo se alejaba Lee—. Supongo que lo que le dijo Kortmann debe de haberle fastidiado. Ni que fuese su viejo. La Sociedad Bibliófila se ha convertido en un club de pensionistas con todo este asunto de la lectura en voz alta, el bingo y toda la mierda. Tenemos que reclutar sangre nueva, y muy pronto... En esto estoy de acuerdo con Lee. —Intercambió una mirada con Jon—. ¿Y tú qué opinas, Jon?

—Tengo cierta dificultad para pronunciarlo, ya que aún no soy un miembro activo de la Sociedad.

—No debería haber ningún problema por eso, dado que eres el hijo de Luca. Pero tal vez Kortmann no te deje ingresar. ¿Has pensado por qué él no te lo permitiría?

—No demasiado.

—Los demás piensan que él tiene miedo a que quieras ocupar su lugar.

—Sin embargo, no he tenido la impresión de que quisiera deshacerse de mí, más bien todo lo contrario —contestó Jon en un tono neutro.

—Sí, claro —dijo Paw resignado—. Bueno, tengo que irme. ¡Hasta luego!

Lo saludaron y vieron como la desvencijada bicicleta sin luces se perdía en la oscuridad.

—¿Qué opinas? —quiso saber Jon.

—Es sólo un niño —dijo Katherina.

—Sí, lo sé, pero me refería a la reunión.

Ella sonrió, pero rápidamente volvió a su seriedad habitual.

—Tienen miedo.

Por primera vez en lo que ya le parecía una eternidad, Jon consiguió dormir ocho horas seguidas. Aun así, todavía sentía que necesitaba recuperar horas de sueño, pero se notó lo bastante despejado para seguir su rutina matutina sin saltarse el afeitado.

Con toda la agitación que había sufrido su vida en los últimos días, subjetividades habituales y los ritos de costumbre adquirieron un nuevo valor. Era como si hubiese

asumido una nueva identidad: abogado de día, investigador de conspiraciones secretas de noche. Cuando los dos mundos entraron en colisión, pudo advertir lo absurdo que parecía tener que ir a trabajar cuando debía investigar la muerte de su padre, y no menos absurdo jugar al detective aficionado cuando afrontaba el caso que marcaría un hito en su carrera.

Durante aquel día en particular tuvieron lugar tres colisiones de este tipo.

La primera ocurrió cuando telefoneó a un cristalero para pedir nuevos cristales para la librería. Había elegido a uno que se encontraba en las proximidades de Libri di Luca, y descubrió que el encargado había conocido a Luca. Jon se presentó como el nuevo propietario con tal facilidad que, cuando colgó el teléfono tras hablar con él, se quedó mirando fijamente el aparato durante unos instantes y tuvo que resistir la tentación de mirarse al espejo.

La segunda colisión también llegó a través de una llamada telefónica, después del almuerzo.

—¿Campelli? Aquí Remer —oyó decir a una voz al otro lado de la línea, a pesar de las interferencias.

—Me alegro de que haya llamado —contestó Jon—. Me imagino que ha recibido mi carta...

Tras la última visita de Remer, Jon hizo una lista con las preguntas que no había llegado a formularle cuando se habían reunido y se las había enviado a Remer.

—¿Carta? ¿Qué carta? —gritó Remer—. No, no he recibido nada, pero estoy en Holanda en estos momentos, de modo que resulta un poco difícil que me entere si ha llegado recientemente. Envíame un correo electrónico, habitualmente los miro.

—También lo he hecho —comentó Jon.

—Ah, bueno... Pero no es ésa la razón de mi llamada —dijo Remer rápidamente—. ¿Recuerdas el librero de quien te hablé? Me lo encontré aquí, en Amsterdam, en una recepción. Un tipo inteligente... Me contó que algo le había sucedido al negocio, una fea historia. ¿Son serios los daños?

—Pudo haber sido mucho peor —contestó Jon—. La fachada de madera y los escaparates tienen que ser sustituidos, y luego hay que hacer una serie de reparaciones menores en el interior, pero poco más.

—Lamento oírlo, Campelli. No puedo permitir que mi abogado aparezca con los dedos quemados.

Remer soltó una fuerte risotada al otro lado, mientras Jon se preguntaba si la verdadera razón de la llamada no sería justamente tener la posibilidad de lanzar ese chascarrillo.

—Le agradezco que se preocupe por mí, Remer, pero preferiría que me conteste a algunas de las preguntas que le envié.

—Ah, si, seguro, les echaré una ojeada —dijo Remer—. Sólo quería decirte que él todavía está interesado en la compra del negocio, el librero me refiere. Incluso está dispuesto a pasar por alto los daños ocasionados por el incendio.

—Como le he dicho...

—¿No me dirás que todavía estás considerando la idea de hacerte librero, Campelli? —lo interrumpió Remer—. Por cierto, parece un oficio mucho más apasionante de lo que nosotros seguramente creemos, pero tú sabes bien cuál es tu verdadero talento. Como ya he dicho, sólo tienes que vender y salir de ahí. Es demasiado arriesgado para profanos como nosotros los últimos acontecimientos han sido lo bastante claros al respecto.

—Remer —intentó cortarlo Jon—, ya he tomado una decisión. Libri di Luca no está en venta. Y sino le importa, me gustaría volver a mi trabajo para procurar que no vaya usted a la cárcel.

Colgó antes de darle tiempo al empresario a contestar.

Pero, lógicamente, no le resultó fácil concentrarse en el trabajo después de aquella llamada. Logró escribir otro correo electrónico y una carta, pero los pensamientos de Jon giraban más en torno a loé términos de la conversación que a las particularidades de su tarea. Al volver a jugar con las palabras de Remer en su mente, a veces llegaba a la conclusión de que el empresario había tratado de obligarle a vender por simples motivos de carácter económico, pero otras veces lo asociaba a una amenaza directa.

La tercera colisión ocurrió durante estas conjeturas.

Katherina lo llamó desde la librería. En el teléfono su voz parecía tan frágil como apacible, pero al mismo tiempo tenía también un cierto tono de incertidumbre, que Jon notó de inmediato.

—Está aquí un perito —dijo ella.

—¿Ah, sí? —respondió Jon, mientras empezaba a pensar en los daños ocasionados por el incendio, pólizas de seguros y compensaciones.

—¿Lo has llamado tú?

—No —contestó Jon—. Creo que aparecen de manera automática cuando hay un siniestro, ¿verdad?

Se hizo una pausa al otro lado de la línea.

—Hay un pequeño detalle —susurró Katherina—. Quiere acceso al sótano.

CAPÍTULO

13

A partir del momento en que el perito traspasó el umbral de Libri di Luca, la atmósfera cambió. Katherina se sintió de inmediato molesta con su escrutadora mirada, que vagaba de los ventanales tapiados con los paneles de madera al suelo descubierto y desde allí a las estanterías y el pasadizo. No había ningún amor por los libros en aquellos ojos, sólo una apreciación cínica de lo que veía, repartida entre metros cuadrados y porcentajes.

Hasta entonces había sido un buen día. No se apreciaba una sola nube en el cielo, y a pesar de que hacía frío, Katherina disfrutó del paseo en bicicleta desde el distrito Nordvest hasta el centro. Cuando llegó a la tienda, empezó a limpiar. El cubo de vinagre había hecho su trabajo, y los últimos rastros del olor a quemado desaparecieron tras haber aireado cuidadosamente. Para mejorar un poco el ambiente, buscó un candelabro de cinco brazos que había en la cocina y encendió las velas. En algún sitio recóndito de su interior, se sintió complacida con la idea de encender aquellas llamas en el lugar donde recientemente les había tocado combatir otras mucho más grandes.

En el transcurso del día no entraron más que cuatro o cinco dientes, y a pesar de sentirse ligeramente molesta, les asesoró para dirigir su atención hacia un par de excelentes compras.

La única cosa que el hombre dijo fue su nombre, Mogens Verner, y después mencionó que era un perito que venía «a revisar algunas cosas». Bajo el impermeable claro llevaba un traje azul oscuro, y bajo el brazo sostenía un bloc de notas y una calculadora de bolsillo. No pidió permiso para mirar alrededor, ni tampoco le formuló a Katherina pregunta alguna. En silencio, inspeccionó la planta baja, prestando un particular interés a los escaparates y al suelo.

Rápidamente pasó revista a las estanterías sin detenerse en ningún título en especial. Sólo cuando subió la escalera que conducía al pasadizo, Katherina percibió que había algo que no encajaba del todo.

Por una parte, no entendía por qué había subido allí. Incluso desde abajo se podía divisar con claridad que el único daño que el fuego había causado en esa zona se encontraba en la parte inferior del pasadizo, y no en el entresuelo. Además, el hombre comenzó a fijarse en los libros, tardando más tiempo que el que lleva leer los títulos y los nombres de los autores. Incluso anotó en su cuaderno alguno de ellos.

Aunque Katherina permanecía abajo, podía seguir fácilmente su inspección del contenido de las vitrinas superiores. También había notado que estaba muy concentrado y sólo algunas imágenes extrañas lograban perturbar sus pensamientos. Sin embargo, hubo una que afloró varias veces, aunque ella no tuvo el tiempo suficiente para distinguir los detalles. Era la imagen de dos hombres sentados frente a él en un café. Uno era alto, de cabellos rojizos y los ojos oscuros y hundidos. El otro tenía el pelo gris, cortado al rape, y parecía jovial y alegre. Ambos llevaban trajes. Katherina estaba convencida de que ella había visto antes, aunque no sabía dónde, al hombre canoso. Cuando el hombre comenzó a descender por la escalera, Katherina se aseguró de ponerse a su alcance, de modo que no le quedara más remedio que cruzarse con ella. Él le hizo una señal y estuvo a punto de proseguir hacia el sótano.

—Disculpe, pero ¿No hay va? —le preguntó ella con dureza.

—Debo evaluar todo el inmueble —dijo él—. Eso incluye el sótano.

—Abajo no ha habido ningún daño —explicó Katherina—. Los bomberos no tuvieron necesidad de echar agua en el interior, de modo que resulta imposible que haya daños ocasionados ni por el agua ni por el fuego.

—Sin embargo —insistió el hombre con un suspiro—, éste es mi trabajo: debo inspeccionar todas las plantas.

—Me temo que yo no puedo permitirle el acceso —dijo Katherina—. No sin el propietario presente.

—¿El propietario? —exclamó el perito sorprendido—. Él fue quien solicitó la inspección.

Tras la conversación telefónica con Jon, Katherina intentó convencer al perito de que volviera al cabo de media hora. El hombre se mostró muy contrariado. Con creciente irritación, él trató de explicar que tenía otras citas ese día, y que la inspección no podía ser resuelta sin su evaluación final. Su humor no había mejorado cuando, treinta y cinco minutos más tarde, Jon aún no había aparecido.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos ahora? —preguntó al tiempo que Jon abría la puerta de la tienda y entraba, sin aliento.

Katherina sonrió aliviada y le hizo señas a Jon, que se acercó a ellos.

—Mogens Verner —dijo el perito, tendiendo la mano.

Jon se la estrechó.

—Jon Campelli. Soy el propietario de Libri di Luca.

—¿Usted es el propietario? —exclamó asombrado el perito, soltando la mano de Jon como si hubiese sentido una descarga eléctrica.

—Sí, ¿por qué? ¿Hay algo que va mal?

—Creo que ha habido un malentendido —dijo Mogens Verner con una sonrisa incierta—. Debe disculparme.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jon, señalando los cristales del escaparate—. Los daños ocasionados por un incendio no son un malentendido.

—No es eso —explicó el perito, que se había sonrojado—. No he sido contratado

para estimar los daños causados por el incendio. Me han pedido que hiciera una evaluación del negocio y su contenido con el objetivo de fijar un precio para la venta.

—¿Venta? —exclamó Katherina, y miró alarmada a Jon, que sacudió la cabeza.

—Yo no he solicitado semejante cosa —explicó, y se dio la vuelta para mirar al desconocido—. ¿Quién le ha contratado?

—El comprador y... bueno, el que pensé que era el propietario —contestó el perito, claramente avergonzado por la situación—. Como comprenderá, mucho me temo que no pueda revelarles sus nombres.

—¿No cree que resulta bastante extraño que uno de ellos se haya hecho pasar por el propietario?

Mogens Verner asintió.

—Sí, y otra vez le pido disculpas. Aclararé esta cuestión tan rápido como me sea posible.

Tendió la mano otra vez.

—Siento haberle hecho perder su tiempo.

Jon se la estrechó y Katherina hizo lo mismo. Luego, el hombre desapareció por la puerta tan rápidamente como había llegado.

—¿Qué crees que significa todo esto? —preguntó Katherina.

—Tengo una ligera idea —contestó Jon—. ¿Recuerdas aquel artículo que tenía conmigo la noche del incendio? El hombre de la foto es uno de mis clientes, y me ha estado haciendo preguntas sobre Libri di Luca, sobre todo estaba muy interesado en saber si planeo vender la librería o no. Se mostró muy insistente en este punto.

Katherina asintió y rápidamente se dirigió detrás de la caja, donde comenzó a revolver en el cajón. Durante el revuelo que había provocado el ataque a la tienda, el artículo había terminado en el suelo, pero ella recordaba haber arrojado un montón de papeles sueltos en el cajón mientras limpiaba. Con gesto triunfal, extrajo el artículo y estudió la foto.

Definitivamente, se trataba del mismo hombre que ella había entrevistado en los pensamientos del perito.

—Lo extraño —continuó Jon— es que he hablado con él, Remer se llama, un par de horas antes de que tú me telefonaras. Le he dicho con absoluta claridad que no pensaba vender.

—Hay cierta gente a la que no le resulta fácil aceptar un no por respuesta —dijo Katherina, y le habló de las imágenes que había captado de los dos hombres en el café.

—El otro podría ser el amigo librero de Remer —conjeturó Jon—. ¿No lo reconociste?

Katherina sacudió la cabeza. Había algo inquietante en el pelirrojo. Las imágenes que recibía de esta forma se veían a menudo fuertemente coloreadas por la percepción que el individuo en cuestión tenía del entorno, y algo durante aquella reunión en el café había puesto al perito sumamente nervioso. En realidad, el

pelirrojo probablemente no era tan alto ni sus ojos estaban tan hundidos ni eran tan oscuros, pero Mogens Verner se había sentido incómodo, tal vez incluso amenazado por aquel hombre, y por eso lo recordaba de esa forma.

—¿Piensas que tiene alguna relación con lo que le pasó a Luca? —preguntó ella.

—No —contestó Jon a toda prisa—. Pero es evidente que tratan de conseguir la librería en un momento propicio. Conozco a los tipos como Remer, siempre están al acecho de un buen negocio. —Hizo una pausa, como si buscara convencerse también a sí mismo de ello, antes de continuar—. Por otra parte, no pertenece a la profesión, de modo que... ¿cómo hará para estar informado acerca de lo que sucede?

—En lo que respecta al mundo de los negocios, soy una perfecta ignorante —admitió Katherina—. Pero al menos puedo decir que nunca he visto a ninguno de los tres en los círculos próximos a los Lectores. —Levantó el índice—. A propósito, hay una reunión para receptores esta noche. Ellos están de acuerdo en que también estés presente, si tienes tiempo.

—Bueno, en realidad, se suponía que trabajaría en el caso Remer, pero la verdad es que no me siento muy motivado en este momento, sobre todo después de la bromilla que me ha gastado hoy. Tal vez debería ir a verle ahora mismo y decirle lo que puede hacer con su evaluación.

Cogió su teléfono móvil y comenzó a presionar números.

—¿Es un cliente importante? —preguntó Katherina.

—Muy importante —asintió Jon. Al alzar los ojos, miró directamente en línea recta y su coraje pareció decaer en cuanto ella fijó sus ojos en él. Al final, sonrió avergonzado y se encogió de hombros—. Bien, de acuerdo, quizá sea mejor que espere un poco.

En aquel instante, el móvil sonó de pronto mientras aún lo sostenía en la mano; los dos se estremecieron, hasta el punto de que Jon casi lo deja caer.

—Jon Campelli —dijo al teléfono cuando alcanzó a llevarlo hasta el oído—. Kortmann —repitió, mirando a Katherina—. Sí, ella está aquí conmigo. —Siguió escuchando un poco más, y sacudió la cabeza dos o tres veces—. ¿Cuándo? —preguntó mirando de reojo al reloj—. Podemos estar allí en un cuarto de hora. Bien. Adiós.

Katherina examinó la cara de Jon con expectación, mientras él cerraba el móvil y lo guardaba en un bolsillo interior.

—¿Recuerdas a Lee? ¿El informático de la reunión de ayer?

Katherina hizo un signo afirmativo.

—Ha muerto —dijo Jon—. Se ha suicidado.

—¿Cuándo? —preguntó Katherina impresionada.

—Anoche —respondió Jon—. Lo han encontrado esta mañana temprano.

—¿Seguro que se trata de un suicidio?

El hombre que ella había visto en la sala de lectura de la biblioteca de Osterbro no le parecía precisamente un candidato al suicidio. Por el contrario, irradiaba una

arrogancia autoritaria que, aunque resultaba desagradable, no parecía en modo alguno ser autodestructiva.

Jon se encogió de hombros.

—Kortmann tampoco está convencido. Quiere que nos reunamos con él en el apartamento donde sucedió. Pienso que lo mejor será acercarnos por allí ahora.

Katherina cerró la librería y se dirigieron hasta el distrito Sydhavn en el coche de Jon. La oscuridad empezaba a vislumbrarse venciendo al día; en el tiempo que tardaron en llegar al lugar, el cielo fue cambiando de un profundo azul al rojo.

El apartamento de Lee quedaba en un complejo con vistas a una estación de tren de cercanías y otros edificios de apartamentos grises. Katherina tembló al salir del vehículo, más por el ambiente que los rodeaba que a causa del frío. El aparcamiento que había delante del edificio estaba medio lleno, pero un coche destacaba por encima de los demás. Entre los Polo, los Fiat y una larga fila de utilitarios japoneses, había un gran Mercedes negro. En la oscuridad parecía vacío, pero a medida que se acercaron pudieron distinguir una luz encendida en el asiento trasero. Con el resplandor lograron apreciar el perfil de alguien en el asiento del conductor y un pasajero en la parte de atrás.

Al alcanzar el Mercedes, reconocieron a Kortmann. Él les indicó que se acercaran señalando la puerta trasera. El interior del vehículo había sido notablemente modificado con un criterio personal. La mitad del asiento posterior faltaba, y el suelo había sido rebajado de modo que Kortmann pudiera salir fácilmente del coche haciendo rodar su silla. De frente, el asiento del acompañante había sido girado en sentido contrario al de la marcha. Jon se colocó allí, mientras que Katherina se acomodó junto a Kortmann.

Como si obedeciese a una orden invisible, el conductor salió del vehículo en cuanto Katherina cerró la puerta. Kortmann se aseguró de que el conductor se hubiese alejado lo suficiente antes de comenzar a hablar.

—Lee fue encontrado esta mañana por uno de sus colegas. Trabajaban juntos en Allerflad, al norte de Copenhague, y viajaban diariamente hasta allí en el coche de Lee. El amigo pasaba a buscarlo a su apartamento porque Lee solía quedarse dormido. A menudo permanecía despierto toda la noche, trabajando. Por eso su compañero tenía su propia llave, y fue así como encontró a Lee, no dormido, sino muerto. —Kortmann suspiró—. La policía ha encontrado varias ampollas vacías de insulina sobre la mesilla de noche. Al parecer, Lee era diabético. Además, también descubrieron una carta que, según el amigo, tenía la firma de Lee.

—Entonces, ¿se trata de un suicidio? —preguntó Jon.

—Todos los indicios parecen señalar que se inyectó una sobredosis de insulina —afirmó Kortmann—. La policía está convencida y ha cerrado el caso.

—Pero ¿usted no está de acuerdo?

Kortmann lanzó una mirada fugaz a Katherina. Por una vez no había ningún atisbo de sospecha en sus ojos; parecía esforzarse en descifrar su reacción ante la noticia.

—Me gustaría estar seguro —dijo él—. Ahora mismo este tipo de coincidencias me resultan sumamente sospechosas, y creo que no deberíamos excluir ninguna posibilidad. En parte para no pasar nada por alto, pero también para no permitir que el pánico nos atenace. Las dos cosas podrían destruirnos.

—Pero si la policía no ha encontrado nada... —comenzó a decir Jon.

—La policía encontró lo que estaban buscando —lo interrumpió Kortmann—. Buscaban un suicidio y eso es lo que encontraron. Después de todo, encajaba perfectamente en el perfil: tipo solitario, joven, sin novia, familia ni vida social. Incluso su colega confirmó que Lee a veces padecía algunos arrebatos paranoicos.

—Entonces, ¿qué es lo que debemos buscar? —volvió a preguntar Jon.

—Dos cosas —respondió Kortmann—. Primero, cualquier signo que nos permita averiguar que esto no fue un suicidio. Y luego, tenemos que saber lo que Lee haya podido encontrar en internet, suponiendo que haya encontrado algo.

—¿Debemos asaltar la casa del muerto o usted tiene una llave? —preguntó Katherina sin ocultar el sarcasmo.

—En realidad tengo una llave, ahora que lo mencionas —respondió Kortmann con calma, cogiendo un sobre de su bolsillo interior—. No me preguntéis dónde la he conseguido. —Le dio el sobre a Jon—. Os llamaré cuando estéis dentro.

Jon y Katherina descendieron del coche y se acercaron al chófer de camino hacia la puerta. Él les hizo una señal de reconocimiento, mientras se frotaba los brazos para entrar en calor y se dirigía al vehículo.

El apartamento estaba en el tercer piso, y una puertita a la entrada daba a un pasillo por el cual se accedía a otros nueve apartamentos. Al pasar por delante de las sucesivas puertas, que parecían una hilera de celdas, pudieron escuchar el rumor de los televisores encendidos, niños que gritaban o lloraban o simplemente gritos provocados por pequeños escándalos y peleas. La única forma de lectura que Katherina pudo percibir fueron los subtítulos daneses de telefilmes o comedias norteamericanas, y como siempre sucedía con ese tipo de textos, las imágenes que evocaban eran vagas y difusas.

Ante la puerta del apartamento de Lee, Jon extrajo la llave del sobre y abrió la puerta. Esperaron hasta que estuviese cerrada para encender la luz. Una lámpara en papel de arroz que colgaba del techo reveló un pequeño vestíbulo de entrada, con una cocina angosta a un lado y un baño pequeño al otro. En línea recta se hallaba la única habitación del apartamento, un espacio de unos treinta metros cuadrados, con ventanas correderas que se extendían a lo largo de toda la pared.

Aunque aún podían oír un televisor de uno de los pisos vecinos, Katherina tenía la sensación de que habían entrado en un espacio vacío. Hacía menos de veinticuatro horas que Lee había muerto allí, pero el apartamento parecía abandonado y

desprovisto de personalidad.

Jon encendió el resto de las luces, y luego recorrieron silenciosamente el apartamento, como si no quisiesen molestar a nadie ni hacer ruidos innecesarios. La cocina mostraba con toda claridad que se encontraban en la casa de un soltero. Platos sucios y envases de comida rápida cubrían la mayor parte de la mesa; gran parte del piso estaba ocupado por bolsas de plástico que rebosaban de botellas vacías. El baño no había sido limpiado desde hacía meses, y Katherina tardó poco en comprobar que el pequeño armarito detrás del espejo no contenía nada más que los utensilios de afeitar, un cepillo de dientes y otros artículos de aseo.

La habitación principal era, obviamente, donde Lee pasaba todo su tiempo. Dos paredes estaban cubiertas por estantes llenos de libros. Contra la tercera pared se apoyaban un armario y una cama, o mejor dicho, más bien el armazón de la cama, ya que el colchón había sido quitado. Delante de las ventanas había una amplia mesa, sobre la cual aparecían dos monitores de ordenador negros y una impresora. El alféizar de la ventana desbordaba de montones de libros y papeles que amenazaban con desmoronarse si alguien se acercaba demasiado.

Katherina se quedó un momento en el vano de la entrada mirando la cama vacía antes de dar un paso al interior. No estaba segura de que fueran bienvenidos allí, incluso aunque Lee estuviese vivo; una barrera invisible parecía haberla detenido en la puerta. Al fin, fueron las estanterías las que deshicieron el embrujo del umbral y la acercaron hacia las filas de libros. En contraste con el desorden que reinaba en el resto de la casa, los libros habían sido meticulosamente ordenados, y todos se veían en muy buen estado.

—¿Qué leía? —le preguntó a Jon que estaba agachado debajo de la mesa del ordenador.

Presionó un botón que había allí y los monitores cobraron vida parpadeando. Entonces se levantó y la condujo delante de los estantes. Ella lo miró mientras exploraba los títulos.

—Mucha ciencia ficción y fantasía —dijo tras echar una ojeada a un par de estanterías—. Pero también algunos clásicos. —Cogió un volumen encuadernado en piel y se lo dio—. Joyce.

Katherina lo retuvo entre las manos, abriéndolo en varios sitios al azar. Al final del libro encontró una pequeña tarjeta de visita de Libri di Luca.

A un par de pasos, Jon le indicó otros ocho o nueve volúmenes.

—Kierkegaard, nada menos.

Siguió explorando las pilas de libros que reposaban sobre el alféizar y los que se amontonaban sobre la mesilla.

—Supongo que se podría decir que estaba interesado en una gran variedad de temas —dijo Katherina, volviendo a colocar el Ulises sobre el anaquel.

Jon asintió y volvió al ordenador, que para entonces ya se había puesto en marcha. Se sentó y colocó la mano sobre el ratón. Katherina se detuvo a su espalda y

lo miró cómo pulsaba excitado sobre varias ventanas y menús.

—¿Qué haces? —le preguntó al cabo de un par de minutos.

—Para ser absolutamente honesto, ni idea —admitió Jon con una sonrisa—. Los ordenadores realmente no son lo mío.

Katherina también se rió. Sentado allí, hurgando en un equipo desconocido, perfectamente consciente de que se encontraba fuera de su elemento, le inspiró algo de simpatía. Ya no era el superabogado, sino un ser humano con sus propias limitaciones, que él admitía de buen grado.

En aquel momento, sonó su teléfono móvil. Lo cogió y examinó el número.

—Es Kortmann —dijo, y le pasó el aparato a Katherina—. ¿Podrías hablar con él mientras sigo luchando con esta cosa?

Katherina cogió el móvil.

—¿Sí?

—¿Estáis dentro? —Oyó que Kortmann preguntaba.

—Sí, sí —dijo Katherina—. En estos momentos Jon está examinando el ordenador.

—¿Habéis notado algo más?

—¿En el apartamento? No, no realmente.

—¿Qué leía?

—Muchas cosas diferentes, un poco de todo —contestó Katherina—. Hay un par de volúmenes de Kafka sobre la mesilla de noche, debe de haber sido la última cosa que leyó.

—¿Kafka? —repitió Kortmann. Siguieron unos segundos de silencio—. Bueno, seguid trabajando en el ordenador. Debo marcharme.

—Bien —dijo Katherina, pero para entonces Kortmann ya había colgado.

—Arghh —exclamó Jon, frustrado—. No puedo sacar nada de aquí.

—¿Y no podemos coger el ordenador y llevarlo con nosotros? —preguntó Katherina—. Tal vez alguien pueda ayudarnos.

Jon estalló en una carcajada.

—Desde luego. ¿Cómo no lo he pensado antes?

Volvió a coger el móvil y marcó un número.

—Soy Jon... Sí, sí, excelente... Sí, el caso viene...

Hizo un gesto de asentimiento impaciente, mientras el otro seguía hablando.

—Oye, Muhammed, necesito un favor.

CAPÍTULO

14

Finalmente, no resultó necesario trasladar el ordenador. Por teléfono, Muhammed dirigió a Jon por varios menús y programas, que debían conducirlo hasta la dirección IP del ordenador y desactivar los sistemas de seguridad, de tal modo que pudiera tener acceso al ordenador de Lee desde fuera. No transcurrieron ni cinco minutos cuando Jon por fin pudo reclinarsse en su silla giratoria y ver como el aparato cambiaba de mando. Sobre la pantalla, el cursor se lanzó entre los programas como una abeja en un campo de tréboles, abriendo y cerrando ventanas.

—Bien, estoy dentro —dijo Muhammed—. ¿Qué buscamos exactamente?

—Ante todo, saber cuáles fueron los últimos sitios visitados —explicó Jon—. Y luego, conocer sobre qué estaba trabajando, en general.

—No hay problema —dijo Muhammed—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—El que necesites. El propietario no va a volver, por el momento.

—¿Está preso?

—No, muerto.

Muhammed no dijo nada durante un par de segundos, y la actividad en el monitor se detuvo bruscamente.

—¿Era un cliente tuyo? —preguntó.

En la pantalla, el cursor reinició su danza.

—No —respondió Jon, haciendo una pausa antes de continuar—. Esto no tiene nada que ver con mi trabajo. Por eso tengo que pedirte que mantengas la boca cerrada con respecto a lo que encuentres.

Al otro lado volvió el silencio.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, picapleitos.

—Tranquilo... Ya me conoces.

Jon miró a Katherina, que había liberado un sitio para sentarse sobre el alféizar, lejos de la cama, mientras miraba fijamente al vacío con una expresión distante en sus ojos verdes. Su rostro estaba pálido, y se abrazaba el cuerpo, intentando protegerse del frío. De pronto pareció muy frágil.

—Oye, Muhammed, ¿puedes también cerrar el ordenador a distancia? —preguntó Jon.

Muhammed respondió con un murmullo que Jon interpretó como afirmativo. Como música de fondo, podía oír los dedos sobre el teclado a una velocidad

impresionante, y sobre la pantalla frente a sus ojos se sucedían líneas de órdenes ilegibles, seguidas de un número de respuestas igualmente incomprensibles.

—Entonces ciérralo en cuanto termines. No podemos permanecer más tiempo aquí —dijo Jon, levantándose—. Me pondré en contacto contigo más tarde para saber qué has averiguado.

—Vale, pero pásate por casa en vez de telefonar. Cuestión de seguridad.

—Trato hecho. Hasta luego, Muhammed.

—Nos vemos.

Jon colgó y guardó el móvil en el bolsillo interno.

—¿Estás bien?

Katherina asintió con la cabeza, antes de encontrar su mirada.

—Sí, muy bien... Sólo que resulta muy extraño pensar en lo que realmente pasó aquí hace tan poco tiempo.

Jon estuvo de acuerdo y echó un vistazo a la cama. Le resultaba difícil imaginar que ellos pudieran encontrar algo que la policía hubiese pasado por alto. Con excepción de la hilera de libros, no había nada que llamase la atención sobre la mesilla, y tampoco había signo alguno de lucha. Tenía la sensación de que la razón principal por la cual Kortmann les había enviado allí era averiguar qué había en el ordenador, y no tanto descubrir cuál fue el motivo por el que Lee encontró su triste destino.

—Bueno, vámonos.

Siguiendo las indicaciones de Katherina, Jon condujo hasta Sankt Hans Torv, donde encontró un sitio para aparcar en una calle lateral. Faltaba todavía más de una hora antes de que comenzara la reunión con los receptores, y ya que ninguno de ellos había comido, fueron a un restaurante italiano que se encontraba en la plaza.

El rostro de Katherina volvió a adquirir color, en parte gracias a las tentativas de Jon por distraer sus pensamientos del apartamento de Sydhavn. Probó a hablar de otras cosas, como su trabajo, la cocina italiana y viajes al extranjero. Les dieron una mesa en el fondo del local, en donde podrían conversar tranquilos, aunque durante la mayor parte de la comida se limitaron a hablar de generalidades. No obstante, se les hizo cada vez más difícil evitar mencionar a Luca, la librería o la Sociedad, y las torpes pausas comenzaron a ser cada vez más largas.

Los pensamientos de Jon convergían en la próxima reunión. Luca había sido un transmisor, y aunque aparentemente tenía una excelente relación con todos, su lealtad debía de haber sido más fuerte con los de su propia clase. Por eso, Jon tenía la sensación de estar a punto de entrar en territorio enemigo.

—¿Qué debo esperar? —preguntó finalmente, rompiendo el hielo.

Katherina miró alrededor antes de contestar.

—En todo caso, una unidad mayor que entre los transmisores. —Bajó los ojos y

se miró las manos—. Puede resultar muy difícil ser un receptor, sobre todo al principio, cuando realmente no te das cuenta de qué es lo que sucede, y quizá por eso aquellos de nosotros que vivimos esa experiencia estamos muy unidos. Nos necesitamos los unos a los otros, porque nadie más puede experimentar lo que significa. Tu padre lo intuía, y nos respetaba a causa de lo que habíamos tenido que pasar, pero la mayoría piensa que nuestros poderes son un dispositivo que podemos encender y apagar a voluntad.

—Yo me volvería loco —dijo Jon.

—Muchas personas lo hacen —contestó Katherina—. Incluso son marcados como lunáticos cuando afirman oír voces.

Jon asintió, y le contó el episodio de El Vaso Limpio con el tipo de la cerveza oscura.

Katherina sonrió.

—Lo conocemos bien —comentó ella—. De vez en cuando, Ole aparece en nuestras reuniones, aunque no lo ha hecho a menudo últimamente. Él ha encontrado su propio modo de mantener las voces a distancia: el alcohol. Por eso, no creo que lo veamos hoy.

—¿El alcohol aleja las voces?

—En algunas personas parece como si les hubieran puesto una sordina, son más sigilosas; en otras, las voces aparecen deformadas e incomprensibles, lo cual es aún peor. Tenemos nuestros propios métodos para mantener las voces en un nivel tolerable. Los más hábiles pueden llegar a atenuar el volumen utilizando técnicas especiales, pero quienes no tienen esa suerte se ven obligados a emplear otras soluciones. Algunos repiten letanías o realizan ciertos movimientos para desviar su atención, otros recurren incluso a métodos extremos, como provocarse dolor pellizcándose o incluso cortándose. —Suspiró—. Pero el mejor método, sin duda, es participar en los grupos.

—¿Terapia?

—En cierto sentido —admitió Katherina de mala gana—. Imagino que siempre resulta de gran ayuda encontrar a otros en tu misma situación, por lo menos para saber que uno no está solo. —Miró a Jon directamente—. Como te habrás dado cuenta, nuestro objetivo es permanecer unidos como grupo y ayudarnos unos a otros, no pretendemos dominar el mundo y ni siquiera fastidiar a un par de librerías. Entre otras cosas, porque, simplemente, no tenemos la energía necesaria para ello.

Jon asintió. Podía leer en sus ojos verdes que aquello que decía no eran sólo palabras.

Katherina bajó la mirada y se frotó la barbilla con las puntas de los dedos.

—¿No es hora ya de irnos?

Desde Sankt Hans Torv, Katherina lo guió a lo largo de la Nfrre Alié. Pasando la iglesia, atravesaron el portón de entrada y subieron por la escalera de un viejo edificio. La chica se detuvo ante una puerta con un gran cartel de metal e hizo sonar

el timbre.

—Centro de Estudios de Dislexia —leyó Jon—. ¿La dislexia siempre está relacionada con los poderes de un receptor?

—Bueno, no es un requisito previo —contestó ella en voz baja—, pero más de un tercio de nosotros somos disléxicos, así que no puede tratarse solamente de una coincidencia.

Oyeron a alguien que se acercaba al otro lado de la puerta y abría la cerradura. Una mujer robusta que llevaba un vestido negro abrió la puerta. Tan pronto los vio, una sonrisa iluminó su rostro redondo.

—Entrad, entrad —les dio la bienvenida apartándose—. Los demás ya están aquí.

Katherina y Jon entraron en el vestíbulo, donde hileras de abrigos mostraban la presencia de más de veinte personas.

—Soy Clara —dijo la mujer, estrechando enérgicamente la mano de Jon—. Soy la directora de este centro.

—Jon Campelli.

—No necesitas presentarte —respondió ella, riendo—. Es increíble cuánto te pareces a él..., a Luca, me refiero. Además, te vi en el entierro.

Después de quitarse las chaquetas, Clara los condujo por un largo corredor hacia una puerta blanca. Un zumbido de voces provenía del interior. El rumor se detuvo en el mismo momento en que Jon traspasó el umbral. En torno a una mesa oval estaban sentadas por lo menos diez personas, y otras tantas, el mismo número o quizás algunas más, se encontraban a lo largo de las paredes.

—¡Hola! —dijo Jon, levantando la mano a modo de saludo.

Los presentes le respondieron con un gesto o a media voz.

—Sentaos aquí al fondo —sugirió Clara, señalando dos sillas vacías en un extremo de la mesa.

Jon y Katherina ocuparon sus sitios bajo la atenta mirada de los demás. Clara se acomodó en el extremo opuesto.

—Como os he mencionado —comenzó diciendo—, tenemos el placer de contar con nosotros con el hijo de Luca, Jon, y, desde luego, con Katherina. —Clara sonrió—. Lo primero que quisiera es ofrecer mis condolencias por la muerte de Luca. Fue un querido amigo para todos nosotros, y lo consideramos uno más del grupo. Lo echamos mucho de menos.

Todos manifestaron su acuerdo con murmullos y gestos de asentimiento.

Jon mostró su agradecimiento con una ligera inclinación de cabeza. Notó que la mayoría eran mujeres, casi las dos terceras partes del grupo, pero le resultaba difícil ver el rostro de todas. La gente sentada alrededor de la mesa estaba iluminada desde arriba por una lámpara larga, oval, pero la luz no llegaba hasta las paredes, donde estaba el resto de los oyentes. A algunos de ellos Jon los vislumbró sólo como sombras o formas parciales, cuya parte superior se veía medio oculta por la oscuridad.

—Por eso, obviamente, haremos todo lo que podamos para ayudar a descubrir lo que ha pasado —continuó Clara—. Hemos seguido los últimos acontecimientos con preocupación. No tenemos nada que ver con lo que ha venido ocurriendo, menos aún en relación con la pérdida de tu padre.

—¿Qué función cumplía dentro de este grupo? —preguntó Jon.

—Ante todo, actuaba como un embajador —contestó Clara—. Hasta el último momento intentó unir a la Sociedad Bibliófila, y sin sus esfuerzos, la relación entre los transmisores y los receptores sería todavía peor de lo que es.

—Resulta difícil de imaginar que vuestras relaciones pudiesen ser peores —dijo Jon.

—Las cosas se han enrarecido recientemente —admitió Clara—. Pero antes de que comenzaran a suceder los últimos acontecimientos, estuvimos muy cerca de una reconciliación. No es fácil olvidar veinte años de hostilidades y errores, se requiere de mucha diplomacia y buena voluntad para hacer concesiones. Se podría decir que Luca ya había invertido años abonando el terreno, un trabajo sostenido por las tardes de lectura en su librería, que fue considerada por ambas partes como una zona neutral en la que regía un permanente armisticio. Pero en el seno de la Sociedad, la cooperación aún no había comenzado.

—¿Y qué implicaba esa unión? —preguntó Jon—. ¿Por qué es tan importante estar unidos cuando vuestros poderes son tan diferentes?

—Incluso sin estar activo, debes de tener alguna idea de lo eficaces que resultan los poderes que poseemos, tanto los transmisores como los receptores. Pero sólo cuando estos poderes se ven combinados surge su verdadera fuerza. Si un transmisor es apoyado por un receptor, el resultado estará mucho más concentrado, y el efecto sobre los oyentes es tan fuerte que sólo unos pocos pueden resistirse.

—¿Entonces sólo es una cuestión de poder?

De todos lados surgió un rumor de protestas, pero Clara levantó su voz.

—Poder sobre la historia, se podría decir. Nosotros nunca soñaríamos con hacer un mal uso de nuestro talento. Nuestro objetivo es presentar la historia tan fielmente como sea posible y transmitir el mensaje del texto con tanta eficacia como podamos.

—No obstante, han empezado a surgir estos ataques —objetó Jon.

—Es cierto —admitió Clara—. Pero no hay ninguna prueba que demuestre responsabilidad alguna de los receptores. Debemos ser conscientes de que la muerte de Luca tiene todo el aspecto de haber sido provocada por un receptor, pero también es posible que haya muerto por causas naturales, o que su crisis cardíaca fuese inducida por otra razón.

—¿No hay qué, por ejemplo?

—Veneno, o posiblemente un *shock* —sugirió Clara, aunque sin parecer del todo convencida.

—Pero si suponemos que detrás del asunto hubo un receptor, como muchos indicios nos llevan a pensar —dijo Jon con calma—, ¿podría haber ocurrido sin que

tú lo supieras?

Todos aquellos que estaban sentados a la mesa volvieron sus ojos hacia Clara. Ella miró al techo durante un instante y luego se encogió de hombros.

—Es una posibilidad que no puedo excluir —aceptó—. Pero la encuentro del todo inverosímil. Tenemos un sentimiento grupal muy fuerte, y un acto de traición es inconcebible. Además, todos hemos disfrutado de las ventajas de estar cerca de Luca, no sólo debido a su personalidad y sabiduría, sino también en un sentido puramente práctico, entrenándonos con él. Sin su cooperación como transmisor, nuestros poderes como receptores no habrían alcanzado el alto nivel del que podemos jactarnos. Katherina es, quizás, el ejemplo más brillante. Si Luca no la hubiera tomado bajo su tutela y no hubiesen entrenado juntos casi a diario, ella no sería uno de los Lectores más expertos que hoy tenemos.

Katherina asintió con la cabeza.

—¿Podría tratarse de alguien externo al grupo? —sugirió Jon—. ¿Alguien a quien no conocéis?

—En teoría podría tratarse de un *cuentapropista* suelto —dijo Clara después de hacer una breve pausa reflexiva—. Pero por lo general los *cuentapropistas*, sobre todo si no están bien entrenados, no son lo bastante fuertes para matar a alguien. Debes recordar que ellos a menudo no tienen ni idea de cuáles son sus poderes, ni mucho menos para qué podrían emplearlos. Tarde o temprano, ellos terminan con nosotros, a menos que vayan a parar al psiquiátrico, o a lugares peores todavía...

—¿Y no podría ocurrir por casualidad? Si, como dices, ellos no conocen sus propias capacidades, ¿no podría un *cuentapropista* matar a alguien por casualidad?

—Es muy improbable —se apresuró a decir Clara. Su mirada vagó durante un momento de Jon a Katherina, antes de seguir—. Esto requiere un desarrollo gradual en el efecto, lo que a su vez presupone mucho entrenamiento y autocontrol.

—¿Y nadie ha abandonado el grupo después de haber alcanzado las capacidades necesarias? ¿Alguien que pudiera tener razones para buscar venganza?

—No —contestó Clara con firmeza.

Jon observó a la gente que estaba visible a la luz de la lámpara. Algunos de ellos susurraban, otros esperaban expectantes con los brazos cruzados, como desafiándolo a presentar una nueva y mejor argumentación.

—En consecuencia, si el móvil no es la venganza ni el poder —resumió Jon—, entonces ¿cuál es?

Se hizo un silencio absoluto. Algunos de los sentados alrededor de la mesa intercambiaron miradas, pero la mayoría estaban dirigidas a Clara.

—En realidad, yo no he excluido ni la venganza ni el poder —afirmó ella, y por primera vez se percibió un matiz áspero en su voz—. Simplemente dije que resultaba más que improbable que cualquiera de nosotros hubiese actuado llevado por ese tipo de motivos. En nuestra opinión, esto tiene que ver con alguien que quiere impedir la unión de la Sociedad. Alguien que tiene mucho que perder, en términos de poder o de

prestigio. La elección del momento no es casual. Los ataques han reaparecido justo ahora, después de veinte años y con la perspectiva próxima de una reconciliación final. —Suspiró—. A mí no me sorprendería que la persona o personas que están detrás de los ataques fueran las mismas de hace veinte años. Alguien que en esa época conquistó una cierta posición, y ahora tiene miedo de perderla.

Jon miró fijamente a Clara. La mujer, habitualmente tan jovial, no se rió, se limitó a observar sin pestañear. Los demás la examinaron primero a ella, luego a Jon, como si apostaran a ver quién parpadearía primero.

—¿Piensas en Kortmann? Es una acusación seria —dijo Jon por fin.

—Es que se trata de una situación seria. Estamos siendo amenazados, y nuestras propias vidas corren peligro.

—Hasta ahora han sido los transmisores quienes han sufrido las pérdidas más grandes —advirtió Jon—. Lee murió anoche. La policía sostiene que se trata de un suicidio, pero Kortmann piensa de otra manera.

Clara sacudió la cabeza, como si ella ya lo supiese, pero muchos de los miembros comenzaron a murmurar, mirándose asombrados.

—No me sorprende —dijo ella—. Aunque muchos de nosotros no conocíamos bien a Lee, sentimos mucho lo que le pasó, pero esto no cambia nuestras sospechas. Lee era demasiado joven para haber participado en los episodios de entonces, y esto de por sí ya podía representar un riesgo para los implicados. Quizás encontró algo inconveniente en el camino...

—Tal vez sólo se quitó la vida —insistió Jon—. La policía encontró una nota de suicidio con su propia firma.

—La cuestión ya no es si él se suicidó o no —dijo Clara—. Aunque no haya sombra de duda de que fuese así. Kortmann no es el único que tiene contactos en la policía. —Sonrió—. La verdadera pregunta es qué lo impulsó a hacerlo.

—No parecía un tipo que se dejara llevar hasta semejante extremo —apuntó Jon.

—Mayor razón entonces para mi escepticismo —rebató Clara, y luego calló de improviso, sin añadir nada, a pesar de que parecía estar a punto de continuar hablando.

Jon tenía la sensación de haber pasado algo por alto. Clara lo observaba fijamente, expectante, con una expresión casi inquisitiva, como si ella le hubiese entregado la primera parte de una frase que él debía completar.

—Olvidas que el hombre al que estás acusando fue el que propuso esta reunión.

—En absoluto —respondió Clara, sonriendo irónicamente—. Nada más conveniente que encargar una investigación a alguien que no pertenece a la Sociedad, alguien que ni siquiera es consciente de sus poderes y que piensa que puede influir. —Jon iba a protestar, cuando Clara lo detuvo levantando la mano con ligereza—. Pero, según creo, es él quien ha calculado mal, Jon. Puede resultar que haya tomado exactamente la decisión correcta, pero por motivos incorrectos. De hecho, tu exigencia de hacer participar a Katherina en la investigación nos ha convencido de

que eres la persona apropiada para el trabajo.

Volvió a sonreír, pero esta vez de manera afable, como si buscara la reconciliación.

—Gracias por tu confianza —dijo Jon—, pero es la primera vez que alguien me acusa de ser una marioneta. Creo que te confundes con Kortmann. Me ha dado la impresión de que pretende ir al fondo de esta historia, y de que también a él le gustaría ver a la Sociedad Bibliófila unida.

—Espero que tengas razón —dijo Clara.

—Es posible que en su momento haya participado en una campaña a favor de una división —continuó Jon—, pero tengo la sensación de que hoy lo lamenta, o al menos duda de que haya sido la solución más justa. —Se encogió de hombros—. Tal vez se ha ablandado con los años.

—Eso nos vuelve a colocar en el punto de partida —replicó Clara—. Lo que está ocurriendo es perjudicial para todos; entonces, ¿cómo podemos ayudarte, Jon? ¿Qué tienes pensado hacer?

En la sala se hizo un denso silencio. Jon tuvo la sensación de estar cegado por la luz de un enorme proyector dirigido hacia él, listo para revelar el más leve movimiento. Notó que las palmas de las manos le ardían y reprimió un fuerte impulso de cambiar de posición en la silla.

—Comenzaremos por estudiar los incidentes individuales —intervino Katherina—. Es importante saber con certeza si lo que ha estado sucediendo ha sido algo planificado o si se trata solamente de una serie de hechos fortuitos. Si hay una conexión, tendremos que preguntarnos: ¿quién obtendría ventaja de esto? Y en tal caso, ¿de qué tipo?

Jon le devolvió una sonrisa agradecida.

—Estoy completamente de acuerdo —afirmó él, y luego hizo una pausa—. Estoy convencido de que hay una relación entre los acontecimientos de hoy y lo ocurrido hace veinte años. El mismo hecho, aunque hayan transcurrido veinte años, delimita el número de personas que podrían estar involucradas.

Después de la reunión, Jon condujo a Katherina hasta su apartamento en el distrito Nordvest. Durante el trayecto se dijeron muy poco. Jon repasó mentalmente el encuentro, pero tuvo dificultades para llegar a una conclusión coherente. En realidad, debería haberse sentido insultado al ser tratado como un títere de Kortmann, pero al mismo tiempo sintió que realmente lo apoyaban, aunque había salido en su defensa. Se dio cuenta de que los receptores esperaban más de él que los transmisores. Ellos tenían esperanzas en aquello que podía llegar a hacer, pero a la vez tenían secretos que no estaban dispuestos a revelar de forma espontánea, y que le tocaba desentrañar solo.

—Es aquí —dijo Katherina, señalando un edificio amarillo con balcones de metal

verde.

La contaminación había cambiado el color de los ladrillos, transformando el amarillo en una superficie grisácea. Los grandes baches en el asfalto y la acera destrozada testimoniaban años sin un trabajo de mantenimiento adecuado.

Katherina abrió la puerta del coche, pero dudó antes de bajar.

—Voy a visitar a Iversen mañana —dijo ella—. ¿Quieres venir?

Jon asintió, y aquel gesto le hizo esbozar una cálida sonrisa en los labios.

—Nos vemos mañana entonces —dijo ella, apoyando una mano sobre la suya y apretándola suavemente—. Hoy lo has hecho muy bien.

Bajó y cerró la puerta.

CAPÍTULO

15

Si el tiempo no hubiese estado del lado de Katherina aquel día, habrían llegado demasiado tarde para salvar a Iversen.

No sucedía muy a menudo que ella tuviese la sensación de que el tiempo era particularmente amable con ella. Con frecuencia solía considerar lo que habría sido su vida si las circunstancias le hubiesen hecho ganar o perder el tiempo suficiente para alterar ciertos acontecimientos que en verdad nunca ocurrieron o bien resultaron de manera diferente a lo que imaginaba. De haberse vestido un poco más rápido aquella mañana en la que subió al coche con sus padres, o si hubiera insistido en volver a cambiarse de ropa otra vez, el accidente que sufrieron nunca habría ocurrido. El camión se habría cruzado antes o después de aquella colina donde su padre adelantaba al tractor que iba delante de ellos, dejándolos ilesos e ignorando su posible destino.

En aquellas ocasiones en las que las circunstancias jugaban a su favor, no siempre las reconocía como tales. No obstante, había reflexionado mucho acerca de lo que podría haber acontecido si ella no hubiese pasado por Libri di Luca en el momento oportuno, es decir, el día en que Luca leyó en voz alta *El extranjero*. Katherina estaba convencida de que, de haber llegado antes o después de la lectura de Luca, nunca le habría conocido, ni a él ni a Iversen ni a los receptores y, como *cuentapropista*, podría haber terminado por enloquecer o quitándose la vida.

Por eso, apreció el hecho de que Jon la recogiera en el momento en que lo hizo, y no diez minutos más tarde.

Se encontraron en la librería, donde el cristalero acababa de colocar los nuevos escaparates. Después de varios días sin luz diurna, el local pareció totalmente distinto cuando el sol del mediodía entró a través de los ventanales. Columnas macizas de polvo cayeron al suelo bajo la luz, y el nombre del establecimiento en letras de molde quedaba trazado en sombras bruscamente delineadas sobre los entarimados expuestos.

Todavía no era mediodía; Jon le dijo que había decidido tomarse un par de días libres, y que el asunto no había sido bien recibido en el bufete. Aunque no tenían derecho, el hecho de que los abogados recuperasen de esta forma las horas extraordinarias que hacían al parecer no estaba bien visto. Más que un conjunto de horas para disfrutar, el tiempo extra trabajado se consideraba como un símbolo de

estatus, que servía para vanagloriarse o justificar el martirio.

Katherina escuchaba en silencio la descripción de Jon del ambiente jurídico, mientras se dirigían al hospital del Estado. Él habló sin parar hasta que llegaron, pero pareció hundirse en su asiento en el instante en que apagó el motor y terminó con sus quejas, como si acabase de despertar de un sueño y necesitase tiempo para entender dónde estaba antes de poder seguir. Permanecieron sentados en el coche durante un momento, mirando fijamente por el parabrisas al edificio gris del hospital, antes de que Katherina descendiera y Jon la siguiese.

—Ha sido trasladado a una habitación individual —explicó la enfermera del mostrador de recepción.

—¿Está bien? —preguntó Katherina alarmada.

—Sí, sí —les tranquilizó la enfermera—. Se encuentra muy bien. Simplemente pensamos que sería mucho mejor para él tener su propia habitación, considerando su condición. Ha sufrido un verdadero *shock*, aunque está en vías de franca mejoría, sobre todo después de que un joven le trajera algunos libros. —Sonrió.

—¿Paw? —preguntó Katherina.

—No consigo recordar su nombre. Estuvo aquí ayer, un joven con el pelo corto y uno de esos pantalones holgados que parecen estar de moda. —Katherina asintió—. Encontrarán a Svend Iversen en la habitación 5-12 —dijo la enfermera, señalando el pasillo que se encontraba a la izquierda—. Ahora está solo.

Le dieron las gracias y siguieron las indicaciones recibidas.

—Un gesto amable el suyo —dijo Jon en voz baja.

—Sí, no parece propio de Paw —contestó Katherina.

Se detuvieron ante la puerta de la habitación 5-12, y Jon llamó. Al no obtener ninguna respuesta, llamó otra vez, en esta ocasión más fuerte. Katherina tuvo la impresión de oír una serie de golpes rítmicos que provenían de la habitación, como dos objetos de metal chocando entre sí.

—¿Iversen? —dijo Jon, abriendo la puerta de un empujón—. Somos nosotros, Katherina y...

Desde la puerta obtuvieron una visión completa de la pequeña habitación, que apenas tenía espacio para la cama y un par de sillas para los visitantes. Las cortinas estaban corridas y la luz se reflejaba desde la ventana sobre la ropa blanca con tal intensidad que casi los cegó.

Iversen estaba sentado en la cama, erguido y con la mano derecha aferrada a la barandilla de la cama, que repiqueteaba enloquecida debido al violento temblor de todo su cuerpo. Tenía espuma en la boca, y un inquietante silbido escapaba de sus labios junto a la saliva que expulsaba cada vez que respiraba espasmódicamente. Aún más impresionantes eran sus ojos, que, muy abiertos, no se apartaban de la colcha que tenía delante, aparentemente sin ver nada.

—¡Iversen! —gritó Katherina, precipitándose sobre la cama, seguida de Jon.

Cuando estuvieron más cerca, notaron que el anciano tenía un libro abierto sobre

el regazo. Su mano izquierda sostenía el volumen, cogiéndolo con fuerza a pesar de las sacudidas y temblores. Jon luchó para quitárselo, pero la fuerza del viejo era tal que no pudo deshacer el apretón de su mano. Las sacudidas de su cuerpo hacían aún más difícil la tarea, y Jon tuvo que darse por vencido. Resuelto, cogió la almohada que Iversen tenía bajo el trasero e hizo presión con ella sobre el libro, ocultando las páginas de los ojos salvajes del hombre.

Como si Jon hubiese girado un interruptor, los temblores cesaron y los párpados de Iversen se fueron cerrando muy lentamente, mientras su cuerpo se dejaba caer sobre la cama. Su respiración era todavía rápida e irregular, pero el horrible silbido jadeante fue desapareciendo.

—Ve a llamar a una enfermera —dijo Jon, quitando la almohada y cogiendo el libro de las manos de Iversen.

Katherina corrió por el pasillo hasta la sala de enfermeras, que de pronto le pareció lejanísima.

—¡Ayuda! —gritó lo más fuerte que pudo mientras corría.

A fuerza de gritar y correr se quedó rápidamente sin aliento, pero no se detuvo, ni siquiera cuando apareció la enfermera. Volvió a gritar, y la llamó con señas.

—Iversen —dijo jadeando, señalando hacia la habitación—. Ha sufrido..., ha tenido un ataque.

La enfermera comenzó a correr mientras Katherina se quedaba donde estaba, inclinada y apoyándose contra la pared para coger aliento. La sangre zumbaba en sus oídos, como si se hubiese lanzado al vacío, y empezó a notar un hormigueo en los dedos. Muy lentamente, se fue enderezando y miró alrededor. Los pacientes observaban con mucha curiosidad desde las puertas de sus habitaciones, unos en sillas de ruedas, otros vestidos con trajes o simplemente con las batas del hospital. Un médico pasó a toda velocidad por delante de ella con un estetoscopio balanceándose alrededor de su cuello.

Katherina se aferró al pasamanos que se encontraba a lo largo de la pared. A cada paso miraba alrededor, estudiando los rostros de la gente que había comenzado a congregarse en el pasillo. Todos tenían una expresión de sorpresa e inquietud. Algunos susurraban a su paso, pero ninguno se comportó de modo sospechoso ni intentó escabullirse.

Al volver a la habitación de Iversen, advirtió que le habían conectado un electrocardiógrafo, y el sonido de los latidos del corazón surcaba el aire como un cuchillo. El médico estaba inclinado sobre el paciente, mientras la enfermera ajustaba los cables del aparato. Jon estaba a unos pasos de distancia de la cama, observando la escena con expresión preocupada. En sus manos sujetaba el libro que Iversen había tenido en el regazo.

Lentamente, los latidos de su corazón comenzaron a regularse y el médico se enderezó, permitiendo de este modo que Katherina pudiese ver a Iversen. Estaba muy pálido y con los ojos cerrados. Todavía aferraba con la mano derecha la barandilla de

la cama, pero mientras ella lo miraba, liberó lentamente la mano y la dejó caer.

—Ahora está bien —dijo el médico con alivio.

Katherina se acercó a Jon y se llevó las manos a las mejillas. Él le rodeó los hombros con un brazo y le dio un breve abrazo. Ese gesto la reconfortó, y ella se apoyó contra él.

—Le he dado un sedante —explicó el médico, echándoles un rápido vistazo y luego mirando hacia atrás a su paciente—. Dormirá durante las cinco horas siguientes. Pero parece estar estable ahora.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jon.

—Es probable que se haya tratado de una crisis de pánico —dijo el médico con tono convencido—. A veces sucede con los pacientes que han atravesado una experiencia traumática. Reviven el episodio, y ello puede provocarles un ataque de pánico como éste. Puede resultar muy peligroso para un hombre de su edad. —El médico se giró hacia ellos—. Esta vez ha tenido suerte de que ustedes estuvieran aquí, de lo contrario esto podría haber terminado en infarto.

—¿Y no pudo haber sido provocado por alguna otra causa?

El médico sacudió su cabeza.

—Es poco probable. El paciente no sufrió heridas serias durante el incendio, ni tuvo lesiones ni ningún otro signo de conmoción cerebral, de modo que excluiría cualquier otra causa.

Jon y Katherina intercambiaron una mirada, y Jon esbozó una sonrisa torcida.

—¿Podemos quedarnos con él? —preguntó Katherina.

La enfermera se encogió de hombros.

—Como queráis. Pero como dijo el médico, no se despertará al menos hasta dentro de cinco horas.

—Nos quedaremos.

Jon fue a comprar algo de comer mientras Katherina permanecía junto a la cabecera de la cama de Iversen. Escuchó su respiración. Era tranquila y regular. Su rostro tenía una expresión pacífica, muy distinta de la mueca salvaje que la había asustado tanto hacía tan sólo un momento. Probablemente, de los dos, Iversen era sin duda el que más cómodo se sentía allí. A Katherina no le gustaban los hospitales, y mucho menos aquéllos en donde no podía sentirse a salvo de los ataques de los receptores. Sí, era así, porque no lograba encontrar otra explicación: tenía que estar implicado un receptor, y la expresión de Jon le hizo comprender que él había llegado a la misma conclusión.

No debía de ser una muerte muy agradable.

La imagen del rostro de Iversen, retorcida por el dolor y el miedo, volvió a aflorar muchas veces en su mente, y de repente lamentó haberle permitido a Jon dejarla allí sola.

El sentimiento de culpa volvió a invadirla. Se creyó liberada, pero la muerte de Luca primero y ahora este incidente con Iversen le trajeron desagradables recuerdos. Habían pasado muchos años, y durante todo ese tiempo había logrado mantener la memoria bajo control, sin pensar nunca en aquellos sucesos, pero era como el intento de tapar el óxido con barniz: tarde o temprano volvería a aparecer. Se descubrió allí sentada frotándose la barbilla, en el mismo punto donde la cicatriz había formado una pequeña hendidura.

La puerta se abrió y Jon entró cautelosamente, de puntillas, con una bolsa de plástico en las manos.

—¿Cómo van las cosas? —susurró.

—Todo igual —contestó Katherina con tono normal—. Está completamente dormido.

Jon apoyó la bolsa sobre la mesilla de noche.

—Periódicos, dulces, cepillos de dientes —dijo—. Nos dejan una cama por esta noche.

Se quitó la chaqueta, la colgó de un perchero detrás de la puerta y se sentó en una silla al otro lado de la cama.

Ninguno de ellos dijo nada, pero Katherina se alegró de no estar sola.

—¿Viste a alguien? —preguntó Jon al cabo de un largo silencio—. Quiero decir, fuera, en el pasillo, inmediatamente después.

Katherina negó con la cabeza.

—Nadie a quien haya podido reconocer. Esto es lo difícil de los poderes: no se puede identificar a quien los posee con sólo ver a la gente. No son como esos que cometen un crimen y salen caminando con un arma humeante a sus espaldas.

—¿Qué radio de acción tienen?

—Varía, dependiendo de la fuerza de los poderes de cada persona. Un receptor normal, si se puede denominar de tal forma, tendría que encontrarse en alguna de las habitaciones contiguas, o bien en el piso siguiente, ya sea el inmediatamente superior o el inferior.

—¿Y alguien con poderes como los tuyos?

—Un poco más lejos. Un piso más, tal vez dos.

—Pero ¿no es necesario que vea a la persona?

—No, pero las paredes reducen el radio de acción y el efecto.

Jon asintió repetidamente, inmerso en sus propios razonamientos.

—Entonces el asesino de mi padre ¿podría encontrarse fuera de Libri di Luca? —dijo por fin.

—En principio, sí —contestó Katherina—. Pero tu padre no era un tipo que se dejara engañar fácilmente, por lo que intuyo que el asesino estaba dentro de la librería, para alcanzar el impacto máximo. —Suspiró—. Pero Iversen es mucho más débil que Luca.

—No obstante, aún debe de representar algún tipo de amenaza —dijo Jon.

—O un riesgo —observó Katherina lentamente—. Cuando leía, Luca estaba siempre muy concentrado, y era imposible recibir de él cualquier otra impresión fuera de lo que el texto evocaba. Era como si fuese capaz de eliminar todo lo que le rodeaba en el momento en que comenzaba a leer. Pero Iversen es diferente. A veces puede estar muy distraído, como la mayoría de los lectores, y esto nos permite captar los resplandores que surgen en sus mentes.

—¿De modo que no puede guardar un secreto?

—No lo hace deliberadamente —explicó Katherina—. Pero ante la presencia de un receptor puede traicionarse sin quererlo.

—¿Y alguien podría temer que él tenga información que nosotros no deberíamos conocer?

—Esto al menos explicaría por qué le tienen en el punto de mira, a pesar de su estado. —Katherina estudió al hombre tendido en la cama. El color había vuelto a su rostro. Sólo las vendas que cubrían los cortes recibidos durante el incendio revelaban que algo no iba del todo bien—. Me pregunto si él es consciente, como se supone, de aquello que no debemos saber.

Pasaron siete horas antes de obtener una respuesta a aquella pregunta. Katherina y Jon se turnaban junto a la cabecera del enfermo, alternando para reposar en la habitación contigua. Iversen despertó durante el turno de Katherina, y mientras la enfermera comprobaba sus constantes vitales, ella fue de puntillas hasta el otro cuarto para despertar a Jon.

El paciente parecía notablemente animado y de buen humor, lo cual convenció a la enfermera de que le resultaría beneficioso tener visitas. Como aún tenía apetito, la enfermera pidió un par de sándwiches, que devoró con avidez.

—Siento como si acabara de participar en un maratón —dijo entre bocado y bocado—. Mi cuerpo está completamente agotado.

—¿Recuerdas algo? —quiso saber Katherina.

Iversen sacudió la cabeza mientras terminaba de masticar.

—Lo último que recuerdo es que había comenzado a leer a Mann. —Señaló hacia la mesilla de noche donde estaba el libro quejón le había quitado—. Creo que esperaré un poco antes de intentarlo de nuevo —añadió, guiñándole un ojo a Katherina.

—¿Te lo trajo Paw? —preguntó Jon.

—Sí, le llamé para pedirle que me trajera algo para leer. —Se rió—. ¿No es irónico? Cada día uno acumula todo tipo de libros con la mejor intención de leerlos, y cuando uno encuentra el tiempo y las posibilidades para hacerlo, finalmente algo sucede.

Sacudió la cabeza antes de darle otro mordisco al bocadillo.

—No sé qué daría por una *pizza* —dijo después de haber terminado de comer. La

bandeja delante de él estaba cubierta de un arrugado papel de envolver—. Una hermosa *pizza* de salami picante con una buena ración de setas. —Suspiró—. Bien, ahora decidme qué habéis estado haciendo.

Katherina y Jon se turnaron para narrar los hechos sucedidos tras el incendio, la visita a Kortmann, la reunión en la biblioteca de Osterbro, el presunto suicidio de Lee y el encuentro con los receptores. Durante todo el relato, Iversen escuchaba con atención y una expresión solemne en el rostro. Cuando acabaron, permaneció sentado durante un momento, sacudiendo la cabeza.

—Paw ya me contó lo de Lee cuando estuvo aquí. Es terrible.

—¿Y qué piensas al respecto? —preguntó Jon—. ¿Crees que se suicidó?

—Si la pregunta es si se inyectó una sobredosis por voluntad propia, entonces me parece que la respuesta es afirmativa. Pero me gustaría saber qué ocurrió antes. —Por un momento, Iversen dejó de mirar a Jon para concentrarse en Katherina—. ¿Qué nubló su mente hasta el punto de conducirlo al suicidio?

—Según la policía, él era el candidato ideal al suicidio: solitario, introvertido y un tanto paranoico —observó Jon.

—Sin duda —dijo Iversen—. Puede haber tenido cierta predisposición en ese sentido, pero necesitaba un fuerte empujón para llevarlo a la práctica. ¿Qué estaba leyendo?

—Kafka —respondió Jon con un tono sorprendido—. Kortmann hizo la misma pregunta.

Iversen asintió.

—Se puede leer a Kafka de muchas maneras diferentes. Algunos leen sus libros como si fuesen sátiras, otros como un angustioso retrato de la sociedad. En los textos de Kafka no parece muy difícil encontrar la depresión o la impotencia, y si se intensifican los sitios precisos, no debe de resultar difícil caer en una profunda depresión.

—¿Intensificados por un receptor? —preguntó Jon.

—En teoría, un transmisor puede obtener el mismo resultado durante una lectura en voz alta —contestó Iversen—. Pero en tal caso, significaría que Lee no estaba solo. Para un receptor sería mucho más fácil. La persona en cuestión no debía necesariamente estar presente en la misma habitación, y si trabajó con cierta sutileza, Lee muy probablemente ni siquiera notó que estaba siendo manipulado. Se habrá sentido muy deprimido, hasta el punto de decidir quitarse la vida.

—¿Por culpa de Kafka?

—Creo que se podría utilizar casi cualquier texto, pero Kafka tiene una melancolía subyacente que le hace posible influir en el lector de un modo mucho más imperceptible que si estuviese leyendo a *Winnie the Pooh*.

Katherina no había dicho una palabra durante la conversación. Había descubierto rápidamente adonde conducía, y aunque no le gustara admitirlo, veía confirmadas sus propias sospechas. No cabía ya ninguna duda de que un receptor estaba implicado en

los hechos. Lo comprendió con toda claridad cuando vio a Iversen sentado en la cama sin control sobre su cuerpo. Tenía que reconocer que la teoría de Iversen sobre el suicidio de Lee era una confirmación ulterior que venía a resolver las incertidumbres en torno a la muerte de Luca, al menos para ella. Realizó un listado mental de todos los receptores que conocía, uno por uno, y valoró sus motivos y capacidades para llevar a cabo una acción semejante, pero todo fue en vano.

—A propósito, Clara se equivoca con respecto a los *cuentapropistas* —dijo Iversen, como si le hubiese leído el pensamiento—. Conozco al menos a un receptor que fue expulsado del grupo.

CAPÍTULO

16

Por la reacción de Katherina, Jon comprendió que la noticia también la implicaba a ella. Se enderezó en la silla y se inclinó un poco hacia delante para escuchar mejor.

—¿Quién? —preguntaron Jon y Katherina al unísono.

—Es extraño que no haya pensado en esto antes —dijo Iversen, sacudiendo imperceptiblemente la cabeza—. Pero es que ha pasado tanto tiempo... —Cerró los ojos durante unos segundos—. Tom —exclamó, abriendo los ojos otra vez—. Su nombre era Tom. Norregárd o Norrebo, algo por el estilo. Tom era un receptor, bastante bueno, pero un tipo algo solitario, por lo que recuerdo. —Iversen señaló hacia Katherina—. Eso fue antes de tu llegada. De hecho, debe de haber sido alrededor de... —Abrió más los ojos y observó a Jon—. Creo que fue hace más de veinte años. Tu madre aún vivía, de eso estoy seguro.

—¿Qué pasó? —preguntó Jon—. ¿Por qué fue perseguido?

—Hubo una mujer de por medio —dijo Iversen, moviendo la cabeza—. Disculpad, pero mi memoria ya no es la que era, y esto pasó hace mucho tiempo. Por lo que recuerdo, él utilizó mal sus poderes como receptor para acostarse con una mujer. Según se rumoreaba, no era la primera vez que sucedía. Lo cierto es que fue descubierto y expulsado de la Sociedad. Era un amigo de Luca, y no sólo fue él quien lo descubrió, sino también quien asumió la ingrata responsabilidad de desterrarlo.

—¿Desterrarlo? Me parece un procedimiento un tanto drástico —dijo Katherina.

Iversen se encogió de hombros.

—Había infringido las reglas repetidas veces, y en un grupo como el nuestro es esencial que confiemos los unos en los otros. De lo contrario, ¿qué sentido tiene?

—Pero ¿no era más peligroso dejarlo libre, y que vagara por ahí sin control? —preguntó Jon—. Habría podido desenmascararse a sí mismo si revelaba sus poderes, y quizá poner fin a la Sociedad Bibliófila.

—Luca pensó que era lo mejor —respondió Iversen—. Y entonces, nadie dudaba de su palabra. En aquel tiempo Luca dirigía la Sociedad, y por lo que parece, logró hacerle comprender a Tom que se había equivocado. Pero no podía readmitirlo. En parte, porque sólo tu padre confiaba en él, pero, además, porque, según Luca, Tom se avergonzaba tanto por su comportamiento que ya no era capaz de mirarnos a los ojos. No volvimos a verlo nunca más.

—Según parece, no responde al tipo vengativo —señaló Katherina.

—No, ésa fue también mi impresión —acordó Iversen—. Ni siquiera Luca, que fue la última persona en hablar con él, dio a entender que Tom estuviese enfadado o amargado, pero la época coincide.

—¿Y qué podría querer ahora? —se preguntó Jon—. Quizá se sintió herido en la época en que fue expulsado, pero ¿hoy? ¿Por qué motivo habría interrumpido los ataques para retomarlos veinte años más tarde?

Se miraron el uno al otro, pero ninguno tenía una respuesta.

—Norreskov —exclamó Iversen de repente, haciendo sobresaltar a Katherina—. Su nombre era Tom Norreskov.

—Tendríamos que intentar localizarlo —dijo Jon—. No puede haber muchos tipos en Dinamarca con ese apellido.

—Quizás aún puedas reconocerlo cuando lo veas —dijo Iversen—. Pasaba mucho tiempo en Libri di Luca cuando todavía vivías con tus padres. —Se dio la vuelta y posó la mirada en Katherina—. En cambio tú, todavía no nos conocíamos; Tom desapareció mucho tiempo antes de que te unieses a nosotros. Lo que me sorprende es por qué Clara nunca dijo nada sobre él. Ella debería recordar bien lo que pasó.

—Desde que formo parte del grupo, nunca he oído mencionar a gente desterrada —dijo Katherina—. Tal vez sólo sea una de esas cosas sobre las que no se habla, como cuando se tiene una oveja negra en la familia.

Iversen asintió. De golpe pareció muy cansado, tumbado como estaba en la cama, con los brazos cruzados sobre el estómago y la cabeza apoyada en la almohada. Jon se enderezó en la silla.

—Será mejor que te dejemos dormir un poco, Iversen.

Intentó una débil protesta, pero Katherina estuvo de acuerdo con Jon y ambos se levantaron.

—Estaremos aquí, en la habitación de al lado —dijo Jon, señalando la pared.

—De eso nada —gritó Iversen—. Debéis marcharos. Tenéis cosas más importantes que hacer que velar a un viejo cansado. —Levantó su mano como si fuera a realizar un juramento—. Prometo no abrir un libro hasta que regreséis.

Jon sabía que, aunque era tarde, lo más probable era que Muhammed todavía estuviese levantado, y Blegdamsvej, donde estaba ubicado el hospital de la universidad estatal, no quedaba demasiado lejos de su apartamento en Stengade. Por otra parte, las tres horas de sueño y la nueva información suministrada por Iversen le habían despejado por completo, por lo cual no le resultó difícil decidirse a hacerle una visita.

Tal como Jon había pensado, Muhammed estaba despierto. Con los auriculares telefónicos en la cabeza, estaba sentado, casi inmóvil, iluminado únicamente con la luz pálida que emitían los monitores de su ordenador, mientras que el resto de la habitación permanecía a oscuras. Jon y Katherina tuvieron que golpear con fuerza el

cristal para que reaccionara. Cuando finalmente Muhammed se volvió para mirar hacia la puerta que daba al jardín, lo hizo de muy mala gana, como si tuviese que forzar los ojos para seguir el movimiento de la cabeza. Tan pronto como advirtió que era Jon quien estaba fuera, en su rostro se dibujó una sonrisa. Se quitó los auriculares y se levantó de la silla.

—Hola, jefe —saludó Muhammed al abrir la puerta. Sólo entonces se percató de la presencia de Katherina, oculta tras las espaldas de Jon—. ¿Y tú eres...?

—Katherina —dijo Jon rápidamente—. Una amiga.

Muhammed miró primero a Katherina, luego a Jon y por último a su reloj.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa cómplice, apartándose para dejar paso—. Entrad.

—Trabajas hasta tarde —observó Jon cuando entraron en el salón.

Muhammed había encendido otras luces, de modo que pudieran avanzar entre los vacilantes montones de premios.

—No trabajo de esclavo en una oficina de nueve a cinco —respondió Muhammed, retirando un par de cajas del sofá para que pudieran sentarse—. Mi dominio es el mundo entero con todos sus husos horarios, de tal forma que programo mis horarios de trabajo de acuerdo con ello.

—¿O sea que se trata de un trabajo de esclavo las veinticuatro horas?

—Algo así —admitió Muhammed con una risita—. Y tú, Katherina, ¿cómo pasas el tiempo?

—Libros —respondió ella, y añadió—: Trabajo en una librería.

—¿En serio? —exclamó Muhammed. Su mirada sobrevoló las cajas apiladas en la estancia—. Resulta que tengo justo aquí...

—No hemos venido a comprar nada —lo interrumpió Jon alzando las manos—. Katherina trabaja en la librería anticuaría que he heredado de mi padre.

—Vale, vale —dijo Muhammed, lanzando a Jon una mirada penetrante—. En realidad, no se me ocurrió pensar que quisierais comprar novelas románticas a las tres de la madrugada. Sé que estáis aquí por el ordenador personal del *nerd* informático...

Jon asintió.

Muhammed paseó la mirada de uno a otro.

—¿Era vuestro amigo?

—No —contestaron Katherina y Jon al unísono.

—Sólo lo vi una vez —continuó Jon—. Era sólo un conocido.

—De acuerdo —dijo Muhammed, aliviado—. A decir verdad, es erróneo llamarlo *nerd*. Los *nerds* son buena gente. Al menos ellos tienen una pasión por algo, ya se trate de sellos, aviones u ordenadores, son gente *cool*. Vuestro... conocido, Lee, era un aspirante a *nerd*, un «quieroynopuedo». Un tipo que trabajaba con ordenadores, sí, pero él no tenía ni la capacidad ni el empuje para ser un verdadero *nerd*, aunque realmente trataba de convertirse en uno de ellos usando las palabras de moda y las referencias justas. —Carraspeó—. Mucha gente piensa que los *nerds* son perdedores,

pero los verdaderos perdedores son los «quieroynopuedo», los pretenciosos, los farsantes, que piensan que pueden conquistar el respeto con el engaño, algo en verdad muy poco *cool*.

—Pero él trabajaba en el campo de la informática —dijo Jon—. No podía ser un desastre total.

—Bueno, no hace falta ser un *nerd* para conseguir trabajo en el sector informático —observó Muhammed—. Muy por el contrario. Los «quieroynopuedo» suelen ser tipos bastante simpáticos en sus empleos. Los *nerds* son mucho más difíciles de controlar. Ellos quieren hacer las cosas a su manera y, por lo general, no soportan recibir órdenes que contradigan sus métodos de trabajo.

Durante mucho tiempo Jon había pensado que un *nerd* era simplemente alguien que sólo pasaba sus horas delante de un ordenador, un tipo desaliñado, que todo el tiempo comía *pizza*, bebía Coca-Cola y tenía problemas con el sexo opuesto. No tenía elementos de juicio para sostenerla, pero otra de las hipótesis consistía en dudar de que un *nerd* pudiese hacer algo más que un programa para procesar textos. En los últimos años el término *nerd* había sustituido, cada vez con mayor frecuencia, a sinónimos como «excéntrico» o «fanático», para expresar la fascinación y la obsesión por alguna cosa. En ese mismo sentido, tanto Luca como muchos de los clientes que frecuentaban la librería podían ser definidos como *nerds* o «ratas de biblioteca», aunque ellos indudablemente prefirieran ser llamados «bibliófilos».

El encuentro con Muhammed había ampliado el concepto que Jon tenía de los *nerds*. Muhammed era cuidadoso en su aspecto y muy sociable. Tenía un amplio círculo de amigos que estaban interesados en otras cosas además de ordenadores. Por otra parte, era hijo de padres turcos, lo cual le confería un aspecto considerablemente más sano que el estereotipo que normalmente existía del *nerd* nórdico, que, por lo general, se traducía en un adolescente pálido, purulento y gafotas.

—No pienso en mí como un *nerd* —dijo Muhammed, como si Jon hubiese estado pensando en voz alta—. Pero tampoco me vanaglorio de serlo. —Volvió a su escritorio y tomó un montón de folios con listados—. Lee, en cambio, sí lo hacía. Estaba inscrito en varios grupos de discusión en la red, blogs *nerdys*, y es obvio que trataba de buscar un sitio para codearse con los tipos más *cool*. Las respuestas y las intervenciones que escribió resultan por demás banales, y demuestran con claridad que no conocía a fondo los conceptos que decía defender.

—¿En qué tipo de blogs participaba? —preguntó Jon.

—Sobre todo en aquéllos más relacionados con la informática —respondió Muhammed mirando una hoja que sostenía—. Bases de datos, redes, POO y otras áreas de programación. Sin embargo, también hay algunas extrañas desviaciones: investigaciones sobre el cerebro, literatura y libros antiguos. —Alzó los ojos hacia Katherina—. ¿Esta información puede servirte de algo?

—Tal vez —contestó ella.

—En los tres últimos grupos que mencioné no se mostraba particularmente

activo. Según parece, se limitaba a leer los blogs sin participar en los debates. — Agitó las hojas—. Os daré la lista, así podéis verla y resolver vosotros mismos qué queréis hacer con estos datos.

—Vale —dijo Jon—. ¿Hay alguna otra cosa que puedas señalarnos?

—Eché una ojeada a los últimos sitios que visitó —respondió Muhammed—. Siguen la misma tendencia de los blogs. Entró en muchas páginas web relacionadas con temas informáticos, diversas bibliotecas y páginas de literatura. También visitó varios sitios como y algunas agencias de viajes.

—¿Agencias de viajes? —dijo Katherina.

—Sí, buscaba información sobre viajes a Iraq y Egipto, pero sin comprar nunca ninguno. —Muhammed se levantó y les entregó el puñado de papeles—. En suma, está todo aquí. —Jon cogió las páginas y hojeó algunas de ellas—. Bueno, de modo que éste es vuestro hombre —concluyó Muhammed—. Un tipo solitario, algo patético, aspirante a *nerd*, aunque del tipo «quieroynopuedo», sin muchos amigos ni gran capacidad para socializar. A sus veinticinco años, con un trabajo estable pero no demasiado prometedor en el campo informático. Y con un par de interesantes desviaciones del perfil, que se inclinan hacia una pasión romántica por los viajes exóticos y la literatura.

—Impresionante —dijo Katherina.

Muhammed se encogió de hombros, minimizando el elogio.

—Ya conoces el dicho: muéstrame tu cubo de basura y te diré quién eres. Lo mismo vale para los ordenadores personales, aunque es realmente mucho más simple sumergirte en ellos que en la basura. La forma en que nos movemos cuando navegamos en internet puede revelar mucho sobre nosotros, y las pistas son fáciles de seguir si sabes de dónde parten.

Estaba apoyado contra el escritorio con los brazos cruzados y una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Queremos que nos ayudes con algo más —pidió Jon, mientras sus ojos todavía seguían recorriendo los papeles—. Buscamos a un hombre llamado Tom Norreskov. ¿Puedes encontrar su dirección?

—Si puedes deletrear su nombre... —contestó el turco, riendo.

Mientras Muhammed se ponía manos a la obra delante de sus tres pantallas planas, Jon comenzó a examinar los listados del ordenador de Lee. Katherina estaba sentada a su lado en el sofá y miraba a su alrededor mientras él leía. Jon percibió que ella estaba recibiendo algo, pero no le preocupó. Por el contrario, el hecho le infundía seguridad: ella se encargaría de recoger aquello que a él se le podía escapar. Al mismo tiempo, la muchacha podía sentir cuál era la información relevante aunque él no la expresara en voz alta. La idea de que Katherina fuese capaz de captar más de lo que a él le gustaría revelar invadió su mente en dos o tres ocasiones, pero acabó por desechar todo malestar cuando comprendió que, aunque así fuese, él no podía hacer nada por impedirlo.

De vez en cuando, Muhammed levantaba la cabeza de los monitores y solicitaba información sobre Tom: su edad, el trabajo, estudios, etcétera. Ellos respondían lo mejor que podían, casi adivinando algunas veces.

—¡Bingo! —gritó Muhammed al cabo de media hora en la que los únicos sonidos procedían de sus golpes al teclado y unos arrebatos que resultaban imposibles de comprender—. ¿Qué deseáis saber?

Katherina y Jon se levantaron y se acercaron al escritorio donde Muhammed reposaba inclinado sobre el respaldo de su silla, mirando satisfecho los tres monitores.

—Ante todo, dónde vive —inquirió Jon.

—Vordingborg —respondió Muhammed—. En una granja fuera de la ciudad, según lo que puedo deducir del mapa. Hace veinte años, tal como creáis, vivió en Copenhague, más exactamente en el barrio residencial de Valby, pero se mudó a Sjselland hace quince años, después del divorcio.

—¿Está divorciado? —repitió Katherina.

—Sí, hace dieciséis años. Pero hay algo extraño —informó Muhammed, haciendo una pausa para lograr un efecto dramático—. Primero renunció a la custodia de sus hijos, y luego cambió su apellido por el de Klausen; por eso tardé más tiempo en encontrarle. Luego se mudó a Vordingborg, donde ha vivido desde entonces, según el registro nacional.

—¿Entonces es un agricultor? —preguntó Jon.

—No creo —respondió Muhammed—. Ha pedido informaciones a los ayuntamientos sobre el arrendamiento de tierras, de modo que podría haber puesto sus campos en alquiler. Por otra parte, existe un T. Klausen empleado en el periódico local como reportero independiente.

Jon asintió.

—Debe de ser él.

Katherina estuvo de acuerdo.

—¿Algo más? —preguntó ella.

Muhammed hizo una mueca.

—No tiene teléfono ni paga licencia por el televisor... ¿Qué diablos hace alguien en una casa sin teléfono, una tele o una mujer?

—¿Leer libros? —sugirió Jon.

—¡Ah, claro! —exclamó Muhammed—. Imagino que es la única posibilidad. —Lanzó una mirada inquisitiva a Jon—. Otra vez con los libros, ¿eh?

Jon no contestó.

—¿Alguien puede llegar a descubrir que has estado buscándole?

—Si me roban el ordenador, sí. O si alguien en el ayuntamiento de Vordingborg controla este tipo de búsquedas y además tiene contactos con mi servidor, también. —Alargó el brazo—. No sé en qué estáis metidos, y tampoco me interesa saberlo, pero sería muy extraño que entraran en juego ese tipo de fuerzas a causa de un vulgar

ratón de biblioteca.

—Te lo ruego, asegúrate de eliminar cualquier rastro posible —pidió Jon.

—Ningún problema —respondió Muhammed—. Ya me conoces, soy la prudencia personificada. —Señaló hacia un punto en el techo, detrás de ellos—. Desde luego, me he procurado más seguridad.

Se giraron. En lo alto de la pared, sobre la puerta que daba al jardín, había una cámara del tamaño de una caja de cerillas de cocina.

Jon sonrió.

—¿Has decidido convertirte en un profesional de las demandas por daños y perjuicios? Me parece un poco arriesgado...

—Debo defenderme, ya que la policía no lo hace —explicó Muhammed con un tono de amargura en la voz.

—Vale —dijo Jon—. Pero borra las dos últimas horas de la cinta, ¿vale?

—¿Cinta? —Muhammed soltó una carcajada—. Jon, eres un dinosaurio, tío.

Jon alzó las manos como defendiéndose.

—Sí, sí, lo sé. Tú límitate a borrarlo, ¿vale? Debemos irnos.

Muhammed les estrechó la mano.

—Y gracias por la ayuda —añadió Katherina.

—No hay de qué —respondió Muhammed, y les abrió la puerta.

Jon estaba sumamente satisfecho con el resultado de la visita. Por primera vez desde el inicio de la investigación, tenía la sensación de haber dado un paso adelante. Sentía que Tom Norreskov desempeñaba un papel importante en toda aquella historia, y ellos habían sido lo bastante afortunados para detectarlo a pesar de sus intentos de ocultarse.

Pero también albergaba la sospecha de que este pequeño triunfo sería efímero. Debían seguir las pistas mientras estuvieran frescas, y esto significaba un viaje al sur de Sjaelland. Decidieron que Jon recogería a Katherina por la mañana, alrededor de las diez. Los dos estuvieron de acuerdo en no comentar con nadie más el asunto. Paw no hubiese resultado de ayuda; por el contrario, su actitud podría arruinar todo el viaje y, además, alguien debía cuidar de la tienda.

El plan implicaba que Jon se tomase otro día libre. Quizá no era el mejor momento para que descuidara su carrera, pero había decidido llevar a término el encargo y luego podría volver a dirigir su atención exclusivamente al trabajo.

Jenny parecía preocupada cuando, a la mañana siguiente, él llamó para saber si había novedades y para avisar de que tampoco iría por la oficina aquel día.

—¿No estará enfermo, verdad? —preguntó la secretaria al otro lado de la línea.

—No, no —le aseguró Jon—. Es que debo ocuparme de un asunto.

—¿Qué debo decir a los otros?

—Di que se trata de una cuestión personal, algo relacionado con la muerte de mi

padre.

—Vale —dijo Jenny, dubitativa—. Sólo que...

—¿Sí?

—No creo que estas repetidas ausencias les sienten muy bien —susurró—. Corren rumores de que pretenden quitarle el caso Remer.

—Tonterías —la tranquilizó Jon—. Mientras Remer no responda a mis preguntas, no puedo hacer nada de todos modos. Halbech lo conoce. Él sabe que Remer puede ser difícil.

—Tal vez —admitió ella un poco desilusionada—. Pero prométame que volverá pronto.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Tenga cuidado, Jon —dijo Jenny, y colgó antes que él pudiese contestar.

Quizá se equivocaba con respecto a la paciencia de Halbech, pero por el momento no podía ocuparse de otra cosa. Ya tendría tiempo para compensar las cosas; no había mejor sistema para subsanar las relaciones con el jefe que las horas extra no retribuidas.

De un modo extraño, el encuentro con Tom Norreskov, Klausen o como prefiriera llamarse le parecía mucho más urgente, como si el viaje a Vordingborg fuese una carrera contrarreloj, aunque Jon no supiera si había un premio detrás. Ni siquiera si deseaba ganarlo.

CAPÍTULO

17

—¿Estás segura de que no quieres que vaya? Sólo para protegerte —apuntó Paw.

Katherina le hizo una seña de que todo iba bien.

—Además, alguien debe quedar al frente de la librería —agregó.

Una hora antes había hablado por el móvil con un Paw somnoliento. Le contestó con monosílabos y desagradables gruñidos, pero tan pronto como ella le contó su visita al hospital, él cambió el tono. Katherina le explicó que debían ir tras el rastro de un *cuentapropista*, y este dato finalmente le convenció; un rato más tarde, se presentó en Libri di Luca con el pelo revuelto y la ropa arrugada.

—Podría ser un hombre peligroso —insistió Paw.

—Aún no es seguro que tenga algo que ver con esto —contestó ella—. Por otra parte, no creo haber dicho que se trate de un hombre...

Paw se encogió de hombros y murmuró algo ininteligible.

Katherina extrajo el llavero y quitó la llave de la tienda.

—Puedes cerrar a las cinco si no hay clientes. Aquí tienes la llave de la puerta de la calle.

—Tengo una llave —contestó Paw, metiendo las manos en los bolsillos—. Tendré cuidado, no te preocupes.

En aquel momento, el Mercedes de Jon aparcó frente a la tienda. Katherina cogió su chaqueta y su bolso y se dirigió a la puerta.

—Diviértete —le dijo a Paw con una sonrisa irónica.

—Muy graciosa —dijo él, levantando la mano—. Vamos, lárgate.

Katherina se acercó al coche. Jon había descendido y estaba allí, contemplando el despejado cielo azul por encima de los edificios. Sus fosas nasales se dilataban y contraían cada vez que tomaba aliento, como si quisiera saborear el aire de la ciudad antes de viajar al campo. Era la primera vez que Katherina lo veía sin traje y corbata. Llevaba unos vaqueros y un grueso jersey de lana. Le quedaba bien.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar? —le preguntó Katherina tras un abrazo un tanto torpe.

—Una hora, tal vez hora y media —contestó Jon, poniendo en marcha el coche—. No creo que donde está su granja haya nada, de modo que probablemente tengamos que detenernos en la carretera.

Katherina agitó la mano en dirección a Paw, quien les miraba desde detrás de los

nuevos cristales de Libri di Luca. Sin responder al saludo, se giró y se alejó hacia el interior de la tienda hasta que ella ya no pudo verlo. El Mercedes partió y se mezclaron con el tráfico.

Ninguno dijo nada hasta que salieron de la ciudad. Sin las sombras de los edificios, el fuerte sol otoñal les obligaba a entrecerrar los ojos.

—¿Crees que ha sido él? —inquirió Katherina.

—Es posible —respondió Jon—. Pero no alcanzo a comprender los motivos que puede tener hoy, veinte años después de la expulsión. —Hizo una pausa—. A no ser que... el señor Norreskov haya enloquecido de soledad. Tal vez un día simplemente sucumbió y canalizó toda su cólera hacia el hecho con el que comenzó a derrumbarse toda su existencia: el destierro.

Katherina pensó en la advertencia de Paw. Probablemente sólo lo había dicho como broma o como pretexto para librarse del trabajo de librero por un día, pero tenía que admitir que si realmente Tom hubiese terminado medio loco en aquella granja aislada del mundo, no le parecía tan inverosímil que pudiese reaccionar violentamente en caso de ser molestado. Si él era culpable, eso significaba que ya había asesinado.

—Pero esta vez, evidentemente, ya no fue suficiente con herir a Luca —continuó Jon con cierta amargura en la voz—. Esta vez Luca tenía que morir.

—¿Y no pudo haberse tratado de un accidente? Tal vez su intención era solamente darle un susto, pero no logró detenerse a tiempo.

—Creo que tú puedes contestar mejor que yo a esa pregunta —dijo—. ¿Los receptores pueden matar por casualidad?

Katherina fijó la mirada en el camino que se abría tras el parabrisas. Bajo la luz del sol, la carretera brillaba con una luz cruda, metálica. Volvió a surgir aquel sentimiento de culpa, y ella sintió que se le ponía un nudo en la garganta. El cinturón de seguridad parecía más ajustado e incluso el interior del coche de pronto se hizo muy reducido. Esta vez no podía desaparecer o evadirse del asunto, como había hecho tantas veces.

—¿Los receptores son capaces de eso? —repitió Jon.

—Sí —contestó ella de mala gana—. Yo misma he matado a alguien.

Notó que Jon la miraba de soslayo, pero ella mantuvo los ojos sobre el camino y resistió la tentación de acariciarse la cicatriz en la barbilla.

—Era mi profesora de danés —comenzó a decir—. Mi profesora favorita. Su nombre era Grethe. No recuerdo cuántos años tenía. De niña no le prestaba mucha atención a ciertas cosas, mientras que los mayores siempre tienen dos edades: son adultos o son viejos. Yo tenía doce años. Mis problemas con la lectura comenzaron a resultar más evidentes, y a menudo frecuentaba las clases de apoyo, siendo separada de mis compañeros. Pero no fue así durante la hora de danés de aquel día en particular. —Hizo una pausa, y se movió en su asiento buscando una posición más cómoda—. Como siempre, cada uno le pedía a Grethe que nos leyera una historia. Yo

era una de las más impacientes, porque me gustaba mucho oírle leer en voz alta lo que fuese. Me hacía olvidar mis propios problemas de lectura. Cuando Grethe nos leía, todos nosotros éramos iguales. Aquel día, ella trajo un nuevo libro a la escuela: *Los hermanos Corazón de León*, de Astrid Lindgren. Una compañera había traído una tarta, ya sabes, una de esas color verde brillante, recubierta de una gruesa capa de caramelo que se te queda pegado al paladar. Tardamos algún tiempo en cortar la tarta en partes iguales y repartirlas a cada uno de la clase. Cuando todos tuvimos un trozo, Grethe cogió sus gafas de un bolso de cuero liso y se las colocó empujándolas sobre el puente de la nariz. Cada vez que ella se colocaba aquellas gafas, toda la clase se quedaba muy tranquila y atenta. Entonces comenzó a leer. Nosotros ya habíamos escuchado su lectura de *Emil* o *Los niños de Bullerby* y otras historias de Lindgren, pero no estábamos del todo preparados para el triste comienzo de *Los hermanos Corazón de León*. Ya desde la primera página me quedé tan cautivada por la historia que incluso olvidé comer mi ración de tarta.

Katherina guardó silencio. Jon giró la cabeza para observarla un momento, como un modo de impulsarla a continuar.

—Grethe era increíblemente buena leyendo en voz alta. Desde entonces me he preguntado a menudo si ella tenía poderes, o si sólo se trataba de un don natural. Siempre que leía, al instante nos sentíamos hipnotizados por su voz y la cadencia de la narración. Mientras estaba sentada allí, en el aula, tenía la sensación de que ese libro era algo especial y deseaba que la lectura no se detuviese nunca. Quería escuchar la historia hasta el final, sin pausas innecesarias o interrupciones. El libro tenía una voz tan hermosa, apacible y paciente como una abuela cariñosa. Sin saber lo que hacía, me uní a la ejecución de la historia de Grethe, casi arrastrándola a ello. Las pasiones que al principio estaban hermanadas me golpearon con tanta fuerza que, inconscientemente, se las transmití a Grethe.

Katherina cruzó las manos sobre el regazo.

—Sonó la campana, pero no quería de ningún modo que la historia se interrumpiese allí y me negué a que Grethe se fuera, forzándola a seguir leyendo. Mis compañeros de clase me miraban perplejos: nunca habían vivido algo así, pero estaban encantados de que el cuento prosiguiese, porque habíamos llegado al punto en que Jonathan está cerca de reunirse con su hermano. Pero, de pronto, Grethe comenzó a temblar. Su voz no se podía oír, sus manos se sacudían, y sus ojos, detrás de las gafas, denunciaban claramente un brillo de temor. Yo no percibí demasiado, porque me sentía feliz de que el cuento no terminase. Quería oír la historia entera, sentir todo, saber todo lo que pasaba, y entonces, insaciable, forcé a Grethe a continuar. —Katherina emitió un suspiro profundo—. Cuando una de mis compañeras comenzó a gritar, comprendí que había pasado algo grave. La sangre brotaba por la nariz y los oídos de Grethe, fluyendo hacia abajo, para caer sobre sus labios, barbilla y cuello. El encanto se detuvo bruscamente. Aterrorizada, me llevé ambas manos a la boca para no gritar. Grethe enmudeció. Su cuerpo se dobló y cayó

al suelo, mientras las gafas volaban sobre el linóleo. Todos corrieron para ayudarla. Algunos niños fueron a pedir ayuda, mientras uno de los muchachos, cuyo padre era bombero, colocó a Grethe en la posición de primeros auxilios. Yo, en cambio, me quedé paralizada en mi asiento. No podía quitar mis ojos de aquel cuerpo desplomado en el suelo. Los ojos de Grethe miraban fija e inexpresivamente al linóleo y no dudé ni por un momento que ella estaba muerta. Sabía que la había asesinado.

Katherina observó por un instante a Jon, y luego volvió a mirar por la ventanilla.

—No eras consciente de lo que hacías —dijo él—. ¿Cómo podías saberlo?

Por ese motivo, el sentimiento de culpa volvió con toda su fuerza. ¿Realmente ella no lo sabía? El incidente del aula ocurrió después de haber encontrado a Luca, que le había advertido sobre el riesgo de concentrarse demasiado en sus poderes. Y a pesar de que estaba totalmente sumergida en la historia, había recibido pequeñas señales de peligro, como los temblores de Grethe y el nerviosismo de los otros niños. No obstante, continuó hasta que ya fue demasiado tarde.

—Dijeron que había sido una hemorragia cerebral —continuó Katherina—. En la clase de Biología nos explicaron cómo puede ocurrir algo así. Nos mostraron imágenes del cerebro y comentaron cómo están conectados la presión arterial, las venas y el flujo sanguíneo.

—¿Nunca le hablaste a nadie sobre ello?

Katherina sacudió la cabeza.

—Sólo mucho tiempo después, a Luca, a Iversen y a un par de personas más de la Sociedad. Ellos fueron los únicos capaces de entender.

—¿Y a tus padres?

—Ya habían sufrido bastante por mi culpa, debido a la dislexia y las voces que decía oír.

Jon dejó la autopista y empezaron un largo recorrido por caminos rurales atravesando villorrios, colinas y bosques. Al cabo de un rato, mientras pasaban por una extensión de verdes campos, Jon redujo la velocidad. Cogió un folleto que se encontraba entre los asientos y le echó una ojeada.

—Se supone que debería haber una salida a la izquierda, en algún sitio por aquí cerca —dijo, apoyándose hacia delante para mirar detenidamente por el parabrisas.

Un centenar de metros más allá, detuvo el coche. A la izquierda, un camino surcado por el fango conducía a través del campo para desaparecer en una arboleda. Al lado del camino había un cartel pintado con el número 59.

Se miraron.

—¿Lista? —preguntó Jon.

—Lista.

Jon se puso en marcha y condujo despacio a lo largo del camino embarrado. La irregularidad del terreno y los baches lo obligaban a aquel paso lento, pero aun así no pudieron impedir el zarandeo.

Al cabo de veinte metros, apareció un nuevo cartel:

—«Prohibido el paso a los extraños». —Leyó Jon.

Diez metros más allá había otros dos carteles.

—«Propiedad privada» y «Los intrusos serán denunciados a la policía» —volvió a leer Jon—. No es demasiado hospitalario, ¿verdad?

—Sabe que nos acercamos —dijo Katherina con calma.

Jon miró alrededor.

—¿En qué sentido? ¿Lo has visto?

—No, pero él nos ha sentido.

—¿Estás segura? Aún no se puede ver la granja.

—Los carteles —señaló Katherina—. No los ha colocado sólo para mantener a la gente alejada.

Jon la miró sorprendido.

—Funcionan como un sistema de advertencia, una alarma —explicó ella—. Él te «ha sentido» mientras los leías.

Jon siguió mirándola atónito durante un par de segundos, sin dar crédito, hasta comprender lo que ella quería decir.

—Ahora entiendo —exclamó con una expresión avergonzada—. Discúlpame.

—Está bien —dijo Katherina—. Textos tan breves no pueden decirle mucho, sólo le informan de que estamos en camino.

Jon retomó la marcha, y cogieron el camino por la pequeña arboleda. A medida que avanzaban, encontraron nuevos carteles. Muchos de ellos estaban sujetos a los troncos de los árboles, y aunque Katherina percibió los esfuerzos de Jon por no leerlos, ella todavía captaba los textos: «Prohibida la entrada», «Atención: perros sueltos», «Propiedad privada».

Al cabo de unos cien metros llegaron a un gran claro, en el que sobresalía una granja blanca de tres alas con tejado de paja. En diversos puntos se notaba la pintura desconchada sobre los muros y enormes parches de musgo cubrían la paja sobre el tejado. Una ventana había sido tapiada con madera, y las otras parecían no haber conocido la limpieza desde su instalación. El perímetro del claro estaba lleno de utensilios agrícolas oxidados, inutilizados por el abandono y el tiempo.

Jon condujo su Mercedes hasta el patio delantero, donde la hierba crecida se había apoderado de la mayor parte de la superficie de grava blanca que cubría la tierra. Una camioneta Volvo de color gris estaba aparcada junto a un ala del edificio.

—Aquí deben de estar las habitaciones —dijo Jon, señalando el edificio detrás del Volvo.

Aparcó delante de la camioneta y bajaron.

Apenas cesó el eco de las puertas cerrándose, un silencio absoluto rodeó el lugar. Katherina saboreó el silencio mientras miraba alrededor. La casa que ellos habían decidido que era el edificio principal tenía aproximadamente unos cien metros cuadrados, y las supuestas habitaciones contaban con ventanas a un metro y medio del suelo. Ya fuese debido a la gruesa capa de suciedad que cubría los cristales o bien

porque algo los tapaba desde el interior, lo cierto es que no se podía ver nada dentro. Las otras dos alas estaban aún en peores condiciones. Una tenía la mitad del tejado hundido; la otra carecía tanto de puertas como de ventanas.

Jon se acercó a la entrada principal. Un gran cartel, con mucho texto, estaba sujeto a la pesada puerta de roble.

—No lo leas —le advirtió Katherina—. Es demasiado largo, y le darías una ventaja muy grande.

Jon asintió y miró para otro lado mientras buscaba la aldaba. Los golpes repetidos resonaron en toda la zona. Jon se inclinó sobre la puerta tratando de percibir algún sonido del interior. No oyó nada. Miró a Katherina y sacudió la cabeza. Llamó otra vez, en esta ocasión un poco más fuerte.

Katherina se acercó a una de las ventanas y trató de mirar en su interior. Un paño oscuro le impedía examinar el cuarto. Intentó con las otras ventanas que daban al patio, pero todas habían sido cubiertas con cortinas, muebles o estaban tapiadas.

—¡Hola! —gritó Jon desde la puerta—. ¿Hay alguien en casa?

A Katherina le dio la sensación de percibir una sombra en una de las ventanas vacías del edificio con el tejado derrumbado. Despacio, comenzó a caminar hacia lo que posiblemente había sido el establo. Volvió a percibir la sombra, esta vez detrás de un cristal tan asquerosamente sucio que resultaba imposible distinguir de qué o quién se trataba.

—Jon —le llamó en voz baja mientras seguía andando hacia el establo.

Jon dejó el portón y se acercó a ella.

—¿Sí?

Por toda respuesta, Katherina señaló el establo.

La puerta estaba en el centro del edificio: alguna vez había sido azul, pero el óxido y el deterioro la había convertido en gris. Colgaba fatigosamente de sus goznes. Katherina le dio un empujón. La puerta se abrió de mala gana, con un chirrido muy prolongado.

—¡Eh! —llamó ella—. ¿Hay alguien aquí?

Dio unos pasos hacia el interior, con Jon que le seguía inmediatamente detrás. El lugar no había sido usado como establo desde hacía mucho tiempo. Los comederos estaban llenos de basura, una parte se había derrumbado y había incluso cajas y muebles.

—Ahí —dijo Jon, adelantándose.

Al otro lado, al final del establo, el más cercano al edificio principal, una puerta se abrió y vieron una silueta salir corriendo, no sin antes volver a cerrarla de golpe. Jon se precipitó hacia esa puerta, y necesitó saltar sobre las cajas y chatarra que le bloqueaban el camino. Katherina, en cambio, dio un rodeo y corrió hacia el patio y luego a la casa principal. Alcanzó la esquina del edificio en el mismo momento en que Jon llegaba a la puerta. Juntos continuaron hasta el final y luego siguieron alrededor hasta el fondo de la casa. No vieron a nadie, pero volvieron a oír el golpe

de una puerta cerrándose. El eco y los sonidos que llegaron a ellos revelaron que la puerta estaba siendo enérgicamente cerrada con cerrojo.

Redujeron la velocidad y se detuvieron ante una puerta oscura y sólida, con goznes metálicos negros.

—Sólo queremos hablar —gritó Jon sin aliento. Al otro lado no hubo respuesta.

—¿Tom? —aventuró Katherina—. Necesitamos su ayuda.

Jon golpeó la puerta.

—¿Tom Norreskov? Sabemos que está ahí dentro.

Permanecieron a la escucha, impacientes.

—Marchaos —se oyó de pronto detrás de la puerta—. No tenéis nada que hacer aquí —dijo una voz baja y ronca.

—Sólo queremos hablar con usted, Tom —dijo Katherina.

—No tengo nada que decir. Marchaos de aquí o llamaré a la policía.

—¿Al menos podría confirmar si su nombre es Tom Norreskov? —preguntó Jon.

—No hay ningún Norreskov aquí. Mi nombre es Klausen. Está escrito en la puerta. Ahora, largaos.

—Sabemos que se cambió el nombre en 1986 —dijo Jon—. Sabemos que fue expulsado de la Sociedad, y también sabemos por qué.

Durante varios segundos no hubo reacción alguna detrás de la puerta, pero luego oyeron un refunfuño débil. Katherina y Jon se miraron.

—Me parece que ha repetido varias veces «expulsado». —Susurró Jon.

—¿Por qué murmuráis? —gritó el hombre—. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?

—Sólo hablar —repitió Katherina—. Mi nombre es Katherina, y conmigo está Jon Campelli.

Nuevamente pasaron un par de segundos de silencio.

—¿Campelli?

—Jon Campelli —confirmó—. Soy el hijo de...

Fue interrumpido por el sonido de los cerrojos descorriéndose. La puerta se abrió lentamente y apareció una cabeza. El rostro estaba casi completamente oculto por el pelo y la barba. Un par de ojos azules abiertos de par en par escrutaron a Jon de arriba abajo.

—Campelli —repitió el hombre asintiendo.

—Sí, lo que queremos... —insistió Katherina, pero se detuvo cuando el hombre abrió la puerta de par en par y dio un paso atrás.

—Entra, Jon, entra. Tengo un mensaje de tu padre.

CAPÍTULO

18

De golpe Jon notó los pies muy pesados. No podía levantarlos, de modo que sólo atinó a permanecer allí, de pie, mirando fijamente al hombre de la entrada. Llevaba una espesa barba con las puntas grises, que en varios sitios se veía enmarañada, confiriéndole un aspecto singular. En medio de aquella barba, la boca sonriente, de labios carnosos, parecía un agujero rojo. La complexión dejaba adivinar un cuerpo flaco, probablemente aún más de lo que permitían entrever el amplio jersey verde oscuro y los holgados pantalones de pana, y la espalda ligeramente inclinada hacia atrás.

—Entrad —repitió el hombre, haciéndoles impacientes señas con sus dedos huesudos.

Jon sintió la mano de Katherina sobre su hombro y, lentamente, dio un paso hacia el interior de la casa. Una vez dentro de un pequeño vestíbulo oscuro, Tom Norreskov cerró de golpe la puerta detrás de ellos. Inmóviles en la oscuridad, lo oyeron correr los cerrojos de nuevo. El aire era ácido y pesado.

—Disculpad —dijo Norreskov, pasando por delante de ellos como si se deslizara—. Permitidme que encienda la luz. —Una débil lamparilla que colgaba del techo cobró vida, arrojando una luz amarillenta sobre un vestíbulo estrecho y atiborrado con cajas de cartón de varios tamaños—. No la uso mucho... Me refiero a la luz.

Desapareció por un pasillo entre las cajas, que conducía a otra habitación, y también allí encendió una luz. Katherina y Jon lo siguieron hasta una estancia más grande. Las cuatro paredes estaban tapizadas con recortes de periódico, cuadros y una infinidad de pequeños papeles amarillos con apuntes escritos a mano. Hilos de lana multicolores estaban estirados entre pedazos de periódicos y anotaciones, dando la impresión de que todo era una gran red de informaciones, una versión de internet en papel. En el centro, exactamente debajo del resplandor de una bombilla desnuda, había un gran sillón de cuero, y por delante de él, una butaca marroquí que observaba todo con aire aburrido. En torno a la silla había montones de libros sin un orden aparente.

Tom Norreskov los condujo hasta la habitación contigua, cubierta por una gran cantidad de estanterías, en donde había también un gran sofá que, a juzgar por la ropa blanca, también era utilizado como cama. Delante del sofá había una mesita baja cubierta con innumerables volúmenes encuadernados en piel. Rápidamente, recogió

la ropa de cama y la arrojó detrás del sofá. Después de sacudir los cojines superficialmente con la palma de la mano, hizo señas a Jon y Katherina para que se sentaran.

—Acomodaos —les dijo—. Tenemos mucho de que hablar.

Jon y Katherina se sentaron en el sofá mientras el anfitrión iba a buscar la butaca marroquí a la otra habitación; luego, la colocó frente a ellos. Mantuvo los ojos fijos en Jon durante un buen rato, sin abandonar ni por un momento una sonrisa satisfecha que jugaba sobre los carnosos labios rojos.

—¿Ha dicho que Luca me dejó un mensaje? —preguntó Jon.

Tom asintió con entusiasmo.

—Mira, tu padre presentía que ellos pronto entrarían en acción, y en caso de que le sucediese algo y tú aparecieras, como suponía, debía darte este mensaje.

—¿Qué dice...?

Tom sacudió la cabeza y estalló en una carcajada.

—Qué alegría verte de nuevo, Jon. Probablemente no me recuerdes, pero visitaba a menudo Libri di Luca cuando apenas eras un muchachito. —De pronto la sonrisa desapareció—. Quise mucho a tu padre. Éramos muy amigos, y él fue el único que me visitaba de vez en cuando en los últimos..., digamos, diez años.

—¿Él venía hasta aquí? —inquirió Katherina, asombrada.

—Una vez al mes, aproximadamente. Generalmente los domingos, cuando la librería estaba cerrada.

—Nunca lo mencionó —aseguró Katherina.

—No, desde luego que no —replicó Tom un poco molesto—. Formaba parte del plan.

Jon tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

A pesar de no haber visto a su padre durante muchos años, aquel lugar y aquel hombre no coincidían en absoluto con la imagen que tenía de Luca. Y le resultaba todavía más inverosímil que el librero hubiese hecho proyectos con un miembro desterrado de la Sociedad Bibliófila, de la cual era un férreo defensor. Y que los dos hubiesen previsto su llegada, como una especie de resurrección, a Jon no terminaba de convencerlo.

—¿Cuál es el mensaje, Tom? —insistió Jon.

Tom lo contempló con sus claros ojos azules mientras movía los dedos huesudos. Ya no sonreía.

—No te inmiscuyas —dijo finalmente.

—¿Cómo? —gritaron a coro Jon y Katherina.

—Olvida todo aquello que crees saber, vende la tienda y retoma tu vida lo mejor que puedas —dijo Tom, entrelazando los dedos de las manos—. Sigue adelante sin mirar atrás.

—Pero... —Jon quiso protestar.

—Es por tu propio bien. Tu padre te quería más que a nada en el mundo. Estaba

muy orgulloso de ti, de tu éxito en el colegio, tus viajes, tu carrera. Hablaba de ti durante horas, lo simpático que eras, y cómo habías logrado tener éxito en todo lo que emprendías. ¿Sabes que estuvo presente en la mayoría de tus juicios? —Sacudió la cabeza—. Probablemente no, pero lo hizo, y estaba tremendamente orgulloso.

—Si esto fue realmente así, tenía un extraño modo de demostrarlo —replicó Jon, cruzando los brazos—. ¿Por qué nunca me dijo nada?

—¿No lo has entendido? —dijo Tom con impaciencia—. Quería protegerte. Luca prefirió ser un pésimo padre antes que verte muerto.

Jon se levantó del sofá y se paseó alrededor de la habitación con los ojos fijos en el suelo y las manos sobre las caderas. Sintió náuseas, sin duda debido al aire viciado de la casa. ¿Cómo podía alguien vivir de aquella forma? En aquel aire irrespirable, resultaba imposible pensar. Las preguntas, que sólo unos momentos antes le quemaban por dentro para ser formuladas, habían desaparecido de golpe para ser sustituidas por otras, pero no estaba seguro de querer conocer las respuestas.

—Antes mencionó un plan —dijo Katherina, mientras Jon continuaba con su ir y venir.

—Lo siento —respondió Tom—, pero no puedo decir nada más. Le prometí a Luca comunicarle la recomendación a su hijo, pero pienso que no sería apropiado implicarlo más.

Jon se detuvo y se giró para encararse a Tom.

—¿Y qué pasa si decido no seguir su consejo? —preguntó, iracundo—. Ya estoy implicado. Hay gente que espera algo de y otra gente que ha tratado de amedrentarme. No puede decirme que me limite a darle la espalda a todo y continuar como si nada hubiese ocurrido, porque aunque quisiera hacerlo, no puedo.

—Comprendo perfectamente —admitió Tom—, pero pienso que deberías...

—Estoy harto de que insistan en mantenerme alejado. Dígale a Katherina lo que quiere saber. ¿En qué consistía el plan?

—Vale, vale —lo tranquilizó Tom, lanzándole una mirada preocupada, antes de girarse hacia Katherina—. El plan... Sí, bien —comenzó a decir, asintiendo—. El plan consistía en que nosotros los haríamos salir para que se descubriesen o, al menos, encontraríamos la prueba de su existencia.

—¿De quién? —preguntó Katherina, echando un vistazo a Jon, que había retomado su marcha por la habitación.

—Les llamamos la Organización Sombra —explicó Tom, sonriendo.

—Quizá sea mejor que comience desde el principio —sugirió Katherina.

Tom vaciló y miró de reojo a Jon.

—Continúe —ordenó éste.

Tom suspiró resignado.

—Todo empezó a partir de una rareza —dijo él—. Era casi un juego entre nosotros, entre Luca y yo. No recuerdo quién de los dos comenzó, pero un día se nos ocurrió que podría existir otra organización además de la Sociedad Bibliófila, un

grupo que actuaba en secreto, como una sombra. Una organización diferente de la Sociedad Bibliófila, en la que sus miembros utilizaban sistemáticamente sus poderes para actividades criminales o, por lo menos, con fines egoístas. —Se aclaró la voz—. Era más que nada una especie de broma, un juego secreto entre nosotros dos. Al poco tiempo comenzamos a examinar los periódicos en busca de acontecimientos que pudieran apoyar nuestra teoría. Nos lo comunicábamos con un destello en los ojos: «La Organización Sombra ha golpeado de nuevo», solía decir Luca cuando presentaba triunfalmente un recorte de periódico sobre un político que de repente había cambiado de opinión, o un hombre de negocios que había hecho algo inesperado. —Tom sonrió—. Desde luego, no eran más que inventos. En aquella época aún éramos jóvenes, y nuestra imaginación todavía no estaba anquilosada. —Tom volvió a aclarar su voz, y Jon imaginó que no estaba muy acostumbrado a hablar—. Los ejemplos de hechos y coincidencias comenzaron a acumularse. Y llegado un cierto punto, ya no podíamos seguir ignorando la posibilidad de que aquello que habíamos inventado como una broma privada, como un juego entre nosotros, podía tener un fundamento real. Durante mucho tiempo desechamos la idea, pero nuestros ojos se fueron acostumbrando a ver conexiones posibles entre las diversas historias, y encontramos cada vez más sucesos que hacían pensar en la existencia de semejante organización.

—¿Qué dijeron los demás? —preguntó Katherina.

—Lo mantuvimos en secreto —respondió Tom con una pizca de amargura en la voz—. Supongo que nos vimos atrapados en una especie de manía persecutoria. Una de nuestras teorías era que, si tal organización se había mantenido oculta de la Sociedad, sólo cabía pensar una cosa: había espías entre nosotros.

—¿Quién? —preguntó Katherina.

Tom sacudió la cabeza.

—Había varios sospechosos, pero nunca encontramos una prueba concreta. Por eso inventamos «el plan», para obligarlos a salir de sus madrigueras.

Jon detuvo su paseo y volvió a sentarse en el sofá junto a Katherina. Torn lo miró. En sus ojos azules podía leerse una gran tristeza, como un soldado que evocase los tiempos pasados en el frente.

—La idea era que si uno de nosotros era expulsado de la Sociedad por motivos suficientemente desagradables, con toda seguridad esa persona terminaría por ser reclutada por la Organización Sombra poco después. —Tom suspiró—. Tan sencillo como beber un vaso de agua.

Desvió la mirada de Jon y comenzó a inspeccionar la estancia. Sus ojos vagaron por el techo, descendieron por las estanterías y luego por el entarimado. Era como si necesitara reorientarse tras un brusco despertar. Bajó la vista y se observó las manos.

—La primera parte del plan fue un éxito clamoroso —continuó, esbozando una sonrisa—. Mi supuesto crimen era tan repulsivo que todos se alejaron de mí, y pienso que en lo más hondo de su ser agradecieron que fuera Luca el responsable de mi

expulsión. Nadie puso en duda la autenticidad de nuestro señuelo, porque ¿a quién se le ocurriría inventar algo así? —Dejó que la pregunta flotara en el aire durante un momento—. Entonces, no había más que esperar —continuó diciendo, mientras estiraba los brazos—. Y eso fue lo que hicimos. Pero algo sucedió, y no pudimos hacer nada, ni apelando a nuestra más salvaje imaginación hubiésemos podido...

Katherina y Tom se pusieron de pie a la vez, en el mismo instante. Inclinaron las cabezas y alzaron la vista al techo, como esforzándose por escuchar sonidos sobre el tejado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jon, que los miraba perplejo.

Tom había cerrado los ojos, su frente estaba completamente surcada de arrugas.

—Prohibido el paso a los extraños —susurró Katherina, colocando un dedo sobre sus labios—. El primer cartel.

Jon descubrió que estaba conteniendo la respiración. Aunque él no podía oír nada, percibía la tensión de los otros. Katherina también había cerrado los ojos, y muy lentamente levantó una mano hacia Jon, para indicarle que debía permanecer sentado. Él no se movió.

—Se han ido —dijo Tom, al cabo de un minuto.

Abrió los ojos al mismo tiempo que Katherina, que se mostraba de acuerdo.

—¿Ellos? —preguntó Jon.

—Había al menos dos personas leyendo el cartel —explicó Katherina—. Y después, nada.

—Sucedee a menudo —les tranquilizó Tom—. La gente se pierde o alguien busca un atajo. La mayoría da la vuelta al ver el primer cartel. —Volvió a sentarse, y Katherina hizo lo mismo—. No sé de muchos que puedan recibir a esta distancia —le dijo Tom a Katherina, admirado—. Luca me había hablado de tus poderes.

—El mérito es todo suyo —dijo Katherina.

—Bueno, al menos tenemos algo en común —dijo Tom con una sonrisa—. Yo era su pupilo, igual que tú. Pero todos tenemos un límite natural que no podemos traspasar, no importa lo que nos entrenemos para ello. Para algunos, este límite se encuentra mucho más profundamente de lo que acabas de demostrar.

—¿Podemos volver a lo que estábamos hablando? —preguntó Jon impaciente.

—Sí, desde luego —dijo Tom, poniéndose de pie.

—Ha dicho que sucedió algo después de su expulsión —dijo Katherina.

Tom asintió con aire solemne.

—Pasaron varias cosas. Ante todo, los acontecimientos sospechosos se multiplicaron. Ahora resultaban tan evidentes que incluso otros miembros de la Sociedad Bibliófila comenzaron a sospechar que había algo raro. Pero en vez de mirar qué sucedía fuera de la Sociedad, dirigieron su atención a sus propias filas. Las acusaciones empezaron a ser frecuentes y aumentó la desconfianza, acentuándose la división entre transmisores y receptores. —Buscó la mirada de Jon y fijó los ojos en él—. Luca intentó mantenerlos unidos, y durante algún tiempo lo consiguió, a pesar

de que en ambos bandos surgieron facciones que se inclinaban por la separación.

—¿Y Kortmann? —intervino Jon.

—Él era el portavoz de los transmisores, sí —confirmó Tom—. Kortmann es un hombre ambicioso, pero mientras Luca llevaba el timón, el grupo permaneció unido, aunque se percibían tensiones.

Se interrumpió de nuevo y volvió a mirarse las manos.

—¿Y entonces? —inquirió Jon.

—Entonces... Entonces tu madre fue asesinada —dijo Tom en voz muy baja.

De algún modo, Jon se imaginaba que podía surgir algo así. Desde que había oído las causas que podían haber inducido a Lee al suicidio, la posibilidad había estado dándole vueltas en su subconsciente, pero había logrado reprimir las sospechas, puesto que no tenía ninguna prueba para constatarlas. Sin embargo, la declaración de Tom con respecto a la suerte de Marianne llegó a Jon como un golpe certero en pleno pecho. De golpe, notó que le faltaba el aire e inclinó la cabeza buscando concentrarse en la respiración. A su lado, Katherina cambió de postura. Jon le indicó con una seña que estaba bien.

—Luca quedó completamente destrozado, desde luego —continuó Tom—. Se culpó por lo que había pasado, como si hubiese sido él quien la había empujado por la ventana del quinto piso. Por supuesto, en el sentido estrictamente literal sabía que no tenía culpa alguna, pero estaba convencido de que nuestra investigación sobre la Organización Sombra había provocado el asesinato. Pero este convencimiento carecía realmente de utilidad. No tenía los recursos ni la fuerza necesarios para hacer nada. Optó entonces por apartarse de todo, de la Sociedad Bibliófila, de su familia y de la vida más allá de las cuatro paredes de Libri di Luca. La librería se transformó en su refugio permanente.

—Sí, lo sé —dijo Jon, cáustico—. Esta parte la recuerdo con toda claridad.

—Te entregó en adopción para protegerte —dijo Tom con tono serio—. Sabía que no le perseguirían a él, pero sí a las personas que más quería, primero a Marianne y luego a ti. Después de la pérdida de tu madre, quiso hacer todo lo que estaba a su alcance para proteger a la única familia que le quedaba, aun a costa de no verte más.

Jon sintió que la náusea crecía en su interior. Podía oír todo aquello que Tom Norreskov tenía que decir; asimilaba las palabras intentando atribuirles algún significado. En el mundo en el que vivía Luca en aquella época, seguramente existía algo de lógica en sus decisiones, pero comparado con sus propios recuerdos de aquel período nada parecía tener sentido. De creer que su padre no quería saber nada de él a aceptar que prácticamente se había inmolado por amor había un abismo demasiado grande.

—¿Por qué nunca me dijo nada?

—Por miedo. No tuvo el coraje de decir nada a nadie. El riesgo que significaba que la Sociedad estuviese implicada le impidió buscar ayuda en el grupo. Durante mucho tiempo, después de la muerte de Marianne, no vino a visitarme. ¿A quién se

suponía que podía recurrir?

—¿E Iversen? —apuntó Katherina—. ¿Él no podía ayudar?

—Seguramente lo hizo —contestó Tom—. Sobre todo porque lo conocía como nadie; por eso, debió de ofrecerle todo su apoyo como amigo y ayudante en la librería. Se ocupaba de que Luca comiese, y lo tenía al corriente de cuanto sucedía en la Sociedad Bibliófila. La ruptura entre transmisores y receptores se hizo realidad rápidamente tras el retiro de Luca, y las cosas parecieron mejorar. Los episodios cesaron o, al menos, se hicieron menos evidentes ante los ojos de quienes no sabían qué buscar. Kortmann se convirtió en el jefe de la Sociedad representando al bando de los transmisores, mientras que Clara asumió el liderazgo de los receptores. Durante un tiempo, reinó una paz idílica.

—Entonces... ¿Iversen no sabía nada de la Organización Sombra?

—No —respondió Tom con firmeza—. No es que nosotros no confiáramos en él, pero, en ciertas ocasiones, y disculpad la expresión, parece un libro abierto. De haber sabido lo que nosotros conocíamos, habría terminado por revelar todo lo que sabíamos acerca de la Organización Sombra, desde luego, de un modo absolutamente involuntario. Por eso decidimos desde un primer momento no implicarlo. Fue por su propio bien.

—¿Y qué pasó con el plan? —preguntó Katherina—. ¿Alguna vez la Organización Sombra se puso en contacto con usted?

Tom negó con la cabeza.

—No, nunca. —Juntó sus manos y se las retorció—. Puede que hayan tenido dificultades para encontrarme. En aquel entonces yo estaba bastante paranoico. A decir verdad, el suicidio de Marianne me dio un susto mortal, y traté de protegerme como mejor podía. Transcurrido un tiempo, me olvidé de todo y me mudé aquí. —Deslizó la mirada por la habitación—. Sólo Luca sabía dónde estaba, o al menos eso pensé entonces. —Esbozó una amplia sonrisa—. Hasta hoy.

—Shhh —interrumpió Katherina de repente, alzando la mano.

Tom inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Sentado en la butaca con las manos unidas, parecía un monje meditando. Jon se giró hacia Katherina, que estaba sentada a su lado.

—Prohibido el paso —susurró ella.

Jon señaló que había entendido y se apoyó contra el respaldo del sofá.

En aquel momento hubiese dado cualquier cosa por percibir lo mismo que ellos, por poder participar y no ser solamente un espectador.

—Propiedad privada —dijo Katherina.

—El segundo cartel —intervino Tom.

Jon paseaba la mirada de uno a otro. Los dos tenían los ojos cerrados y estaban sentados en la misma posición que antes, sin atreverse a moverse.

—Los intrusos serán denunciados a la policía —gruñó Tom—. Han entrado en el bosque.

—Son tres —añadió Katherina.

De no haber tenido miedo de romper su concentración, Jon habría saltado del sofá para correr fuera y ver quiénes eran los que se acercaban. Pero decidió no hacer nada, excepto quedarse inmóvil en el sofá. Exploró el cuarto con la mirada. El mosaico que formaban los lomos de los libros lo hacía parecer menos vacío de lo que en realidad estaba, tal vez debido al azar en que fueron colocados. Se inclinó hacia la estantería más cercana.

—No, Jon —exclamó Katherina en voz alta.

CAPÍTULO

19

«MichelFoucault GünterGrass Laspalabrasylascosas Lullaby
ThomasPynchonMason&DixonRichardFord SusanSontagFinn CollinBentJansen
Anatomíadelodio Laúltimavalquiria Elhijodelviento ArturoPérezReverte
MarcelProust Blancanieves...».

El flujo de títulos y autores que Jon leía ocultó por completo la recepción de los individuos que se dirigían a la granja.

—Detente —ordenó Katherina.

Jon la miró sorprendido, pero su expresión rápidamente cedió al remordimiento y bajó la mirada.

Katherina cerró los ojos e intentó concentrarse de nuevo en la recepción de alguna señal, pero no pudo captar nada. ¿Qué podía significar eso? ¿Se habían detenido, o se encontraban entre dos carteles? Aunque podía resultar útil recibir a distancia, también podía ser frustrante no ser capaz de ver lo que realmente estaba sucediendo.

De pronto, saltó del sofá y cruzó precipitadamente el cuarto hasta llegar a la puerta. Una vez allí, luchó con las tres cerraduras que le impedían salir. Cuando finalmente consiguió abrirlas, los otros dos ya se encontraban a su lado.

Ya en el exterior, los tres corrieron hacia el camino. Jon era el que más rápido lo hacía y sacó una pequeña ventaja, pero al llegar a la curva se detuvo bruscamente. Cuando Katherina y Tom se unieron a él, divisaron un Land Rover gris alejándose marcha atrás. Las sombras de los árboles impedían ver quiénes o cuántos eran los ocupantes del vehículo. Katherina estuvo a punto de perseguirlo, pero Jon la detuvo.

—Han recogido a alguien —explicó él—. Un tipo ha salido de los árboles que están a la izquierda. Podían haber sido más.

Katherina miró detenidamente los troncos, pero el denso bosque de abetos le impidió ver más allá de un par de metros. El coche había desaparecido de su campo visual, pero todavía podían escuchar el motor. Se estaba alejando a gran velocidad.

—¿Has conseguido ver el número de la matrícula? —preguntó Katherina.

Tom negó con la cabeza.

—TX algo.

—Iré a buscar mi escopeta —dijo Tom, y volvió corriendo a la casa antes de que los otros pudieran reaccionar.

—¿Y al hombre? —volvió a preguntar Katherina—. ¿Lograste reconocerlo?

—No —respondió Jon—. Sólo sé que era bajo y delgado, y vestía como un cazador, con sombrero y todo.

—¿Y llevaba algún arma?

—Tal vez. No lo he visto bien.

Jon dio algunos pasos a lo largo de la carretera, mirando detenidamente el bosque. Permanecieron allí durante un par de minutos, en silencio, intentando escuchar algo sin oír más que el viento en las copas de los árboles.

—Siento mucho haber estropeado las cosas —dijo él sin quitar los ojos de los árboles—. Todavía no me he habituado al hecho de que la lectura pueda revelar tanto, como si fuese una ventana abierta. Toda mi vida he pensado que la lectura silenciosa era una actividad íntima, una especie de espacio personal en el cual podía entrar y estar en absoluta soledad. En cambio, parece que me he pasado la vida transmitiendo como si fuese una emisora de radio.

—Una emisora de radio con un número increíblemente reducido de oyentes —señaló Katherina—. La mayoría de la gente puede pasarse leyendo la vida entera sin encontrarse jamás con un receptor.

—Sabéis ocultaros muy bien —dijo Jon con una sonrisa, haciendo una seña en dirección a la granja—. Sí, lo sé, Tom es un caso especial. —La sonrisa se desvaneció y su mirada se hizo más penetrante—. Muy especial. La pregunta es: ¿podemos confiar en él?

—¿Tenemos alguna opción?

Jon sacudió con fuerza la cabeza y estiró los brazos.

—He oído tantas cosas increíbles durante la última semana que ésta incluso casi parece sensata —afirmó Jon, volviendo otra vez a dirigir la mirada a los árboles—. Al menos, esto explica mucho de lo que ha pasado, y en particular, todo lo relativo a Luca. Me hubiese resultado sumamente útil poder tener esta información un poco antes.

Katherina notó que mantenía las manos apretadas con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Lo más increíble para mí consiste en que Luca nunca haya dicho una palabra —dijo ella—. Ni siquiera a Iversen...

Jon levantó una mano indicándole que permaneciera callada. De entre los árboles, se oía el crujir de ramas que se rompían y el sonido de unos pasos en la maleza. Jon avanzó un poco más por la carretera y Katherina lo siguió. Ahora podían distinguir una figura acercándose directamente hacia ellos y escuchar el jadeo por el esfuerzo requerido para apartar las ramas entrelazadas.

Tom surgió entre las sombras y dio un paso, con el rostro enrojecido y buscando desesperado algo de aire. Bajo el brazo llevaba una escopeta de caza cubierta por las ramitas que habían sido arrancadas en su camino por el bosque.

—Nada —anunció después de haber recobrado el aliento—. Si alguien estuvo aquí, ya se ha marchado.

Cedió el arma a Jon para poder quitarse las ramitas y hojas del pelo y la barba.

Ni Katherina ni Jon tenían muchos deseos de volver a la oscura granja. Tom se mantuvo detrás mientras ellos caminaban hasta el sitio donde se había detenido el coche. Hacía frío, pero Katherina disfrutaba del aire fresco tras la atmósfera cargada que había en el interior de la casa.

—¿Quiénes cree que eran? ¿Eran ellos? —preguntó Jon cuando alcanzaron el patio y Tom se acercaba con pasos inciertos.

—Si eran de la Organización Sombra, esto es lo más cerca que he estado de ellos jamás —aseguró Tom, tendiendo la mano para coger su escopeta. Jon le devolvió el arma a su propietario, que comenzó a quitarle meticulosamente la suciedad y la pólvora de la recámara y el cañón—. ¿Os ha seguido alguien hasta aquí? —preguntó Tom, sin quitar los ojos de lo que estaba haciendo.

Jon sacudió la cabeza.

—No vimos a nadie.

—Parece un poco extraño que hayan venido precisamente el mismo día que vosotros —señaló Tom, observándolos de soslayo—. ¿Quién sabía que vendrías?

—Iversen y Paw —respondió Katherina.

—Y mi asesor informático —añadió Jon.

—¿Confíais en ellos?

Katherina y Jon asintieron.

Tom miró hacia los edificios circundantes y dio un pequeño suspiro.

—Ahora preferiría que os marchaseis —dijo con toda calma.

Katherina y Jon intercambiaron una mirada.

—¿No sería mejor que nos quedáramos un rato por si ellos regresan? —preguntó Jon.

—Gracias, pero no —aseguró Tom, dando un paso atrás—. Puedo cuidarme solo. Hace veinte años que lo hago. Por favor, ahora quiero estar solo.

Viéndolo allí, de pie frente a ellos, con su escopeta bajo el brazo, Katherina pudo comprender que sus palabras encerraban algo más que una petición cortés. Aunque su voz sonaba controlada, el cuerpo de Tom parecía tan tenso como la cuerda de un violín, y sus ojos seguían vagando de un lado para otro.

—Pero... —protestó Jon.

Katherina lo detuvo colocando una mano sobre su espalda.

—Vale, ya está bien, vamos —dijo Katherina suavemente—. Gracias por todo, Tom. Usted nos ha proporcionado una información muy valiosa, y haremos todo lo posible para sacar el mejor provecho de ella. Desde luego, esperamos verle otra vez. Si la Organización Sombra realmente existe y está preparando algún tipo de ofensiva, necesitaremos la ayuda de todos.

Tom asintió, aunque tenía una expresión ligeramente incierta en sus ojos azules. No los perdió de vista hasta que el coche se puso en marcha. Mientras se alejaban, Katherina lo observó por el espejo retrovisor. Tom Norreskov se quedó un rato

mirándolos desde el patio y luego se dio la vuelta y se dirigió rápidamente hacia el edificio principal.

—Algo paranoico, ¿no crees? —comentó Jon cuando dejaron atrás el bosque.

—Si tuviera que pasar quince años sola en este lugar, también me volvería un poco loca —dijo Katherina, y añadió de inmediato—: un poco extraña, quiero decir.

Condujeron hasta Copenhague en silencio. Katherina intuyó que Jon preferiría estudiar detenidamente la nueva información por cuenta propia, de modo que ella se dedicó a mirar a su alrededor para comprobar que nadie los seguía.

Alcanzaron Copenhague sin ver ni Land Rovers ni ningún otro vehículo sospechoso, lo cual provocó que la tensión se relajara considerablemente cuando avistaron los altos edificios del centro de la ciudad.

Jon apagó el motor delante de Libri di Luca, pero no hizo ningún movimiento para salir del coche.

—Creo que necesito algún tiempo para pensar en todo esto —dijo, mirándola con una expresión algo perturbadora.

—Desde luego —le contestó Katherina—. Tómame tu tiempo. Avísame si hay algo que pueda hacer. —Vio a Paw moverse detrás de los escaparates de la librería—. ¿Qué les decimos a los demás? —preguntó a continuación, señalando hacia Paw, que se había plantado detrás de la cristalera con las manos en las caderas y los ojos fijos en ellos.

—He estado pensando en eso —aseguró Jon—. A mi padre los subterfugios no le sirvieron de nada; al contrario. Por eso creo que tal vez lo mejor sería poner nuestras cartas sobre la mesa y decirles todo tal como fue. —Se encogió de hombros—. Si contamos todo, quizás alguien termine por traicionarse, si es que realmente hay un topo en la Sociedad Bibliófila.

Katherina asintió.

—Esta tarde me acercaré al hospital para visitar a Iversen —anunció ella—. Entonces le diré lo que hemos averiguado. Me parece que nuestro deber es avisarle a él primero.

—Bueno, entonces informaremos a Kortmann mañana —agregó Jon, satisfecho.

Ella se despidió y salió del coche. Jon puso en marcha el Mercedes, pero Katherina se dio cuenta de que él no se marchó hasta que ella estuvo segura dentro de la librería.

—¿Y bien? —dijo Paw antes de que ella hubiera cerrado la puerta—. ¿Qué pasó allí?

Katherina miró a su alrededor para cerciorarse de que no hubiese clientes.

—Él no es el cerebro —afirmó ella—. Por el momento, no puedo decirte nada más.

—¡Ah... venga ya, Katherina! —gritó Paw decepcionado—. ¿Cómo es? Dime... A fin de cuentas, he tenido que cambiar todos mis planes para sustituirte en el

negocio.

Katherina suspiró. Le contó a Paw la vida de ermitaño que llevaba Tom Norreskov en la granja, pero no dijo nada sobre la Organización Sombra o su conexión con Luca.

—Pésimo sujeto —murmuró el chico cuando ella terminó de hablar, pero Katherina no se dejó presionar por él para que soltara algo más—. Me pregunto qué hará realmente allí, en una granja en el culo del mundo.

Katherina evitó hacer comentarios, porque en aquel momento entró un cliente.

El resto del día lo pasó eludiendo las preguntas de Paw, hasta que lo envió a casa antes de la hora de cierre para poder estar un rato a solas. Después de cerrar, montó en su bicicleta y se dirigió al hospital. En el camino se detuvo a comprar una *pizza* de *pepperoni*. Mientras cruzaba el complejo hospitalario, el aroma hizo que todos los que se cruzaban en su camino la siguieran con una mirada implorante.

Iversen parecía completamente restablecido. Estaba incorporado en la cama, y una amplia sonrisa le iluminó el rostro apenas la vio entrar. Rió a carcajadas cuando se enteró de que ella le había traído una *pizza*.

—Acabo de comer —dijo él—. Si se puede llamar comer a la basura que te traen en este sitio. «Incorporar» sería un término más adecuado. —Acarició la colcha que cubría su torso—. Pero para una *pizza* de *pepperoni* siempre hay sitio.

Con gran alegría mordió el primer trozo, mientras Katherina le contaba lo que ella y Jon habían estado haciendo. Le relató todo lo que Tom Norreskov les había dicho. Varias veces, Iversen pareció tan sorprendido con lo que oía que casi se le atraganta la *pizza*. Pero dejó que Katherina concluyera su relato, que coincidió con el final de su comida.

—Yo siempre supe que Luca atesoraba sus pequeños secretos, pero esto no me lo podía imaginar ni remotamente. —Pensativo, se limpió la boca—. ¿Soy realmente de fiar?

—Desde luego que sí —dijo Katherina—. Diría que es tu corazón abierto y sincero el que a veces puede traicionarte.

Iversen sacudió la cabeza.

—Si lo hubiese sabido... Habría puesto más atención, tal vez podría haber servido de ayuda.

Katherina le cogió la mano. Estaba cálida y seca.

—En realidad, has ayudado, y mucho, como amigo y colega. Era lo que él necesitaba.

Iversen se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos —dijo él con un suspiro—. Me alegro de que me hayas informado, pero ¿estás segura de haber hecho bien? ¿Y si se me escapase algún comentario sobre la existencia de la Organización Sombra?

Katherina le estrechó la mano.

—Muy pronto lo sabrán todos en la Sociedad —anunció muy seria—. Si debemos

combatir, necesitaremos la ayuda de todos.

Durante un par de minutos se mantuvieron así, cogidos de la mano y sin hablar.

—Cómo pude estar tan ciego —se lamentó Iversen amargamente—. De pronto muchas cosas comienzan a tener sentido, es como un rompecabezas cuyas piezas de repente empiezan a encajar. La expulsión de Tom, la reacción de Luca ante el suicidio de Marianne, Jon entregado en adopción... Resulta increíble la cantidad de secretos que aquel hombrecillo era capaz de guardarse.

—Luca probablemente encontró apoyo en Tom —sugirió Katherina.

—Tom —repitió Iversen, sacudiendo la cabeza—. Es cierto que esos dos nos engañaron a lo grande delante de nuestras propias narices.

—Pero pagaron un precio muy alto por ello —advirtió Katherina.

—Tenemos que hacer volver a Tom —dijo Iversen con firmeza—. Después de la forma en que lo hemos tratado, tenemos que encontrar la forma de rehabilitarlo. —Dio un golpe en la colcha—. Y le necesitamos. ¿Quién mejor que él para ayudarnos contra la Organización Sombra? Él es el mayor experto.

—No creo que tenga intenciones de abandonar la granja —replicó Katherina—. Tom parece estar interesado solamente en averiguar quién lo busca. No es que yo lo culpe, después de todo por lo que ha pasado.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Probablemente lo mejor sería dejarlo en paz —señaló Katherina.

—Si queremos convencer a los demás, será difícil —concluyó Iversen con sequedad—. Will Kortmann o, incluso, Clara ¿aceptarían tu historia sin tener a Tom presente para confirmarla?

—Tendrán que hacerlo. Y además, escucharán a Jon. Indudablemente, él es el más afectado por lo que pasó. En cierto sentido, Tom escogió su propio destino, siguió su camino, mientras que Jon fue engañado. Pero ¿quién sabe qué habría pasado si él se hubiera quedado con Luca?

—¿Cómo se lo ha tomado Jon? —preguntó Iversen con preocupación.

—Dadas las circunstancias, sorprendentemente tranquilo. Es difícil saber lo que siente. En este aspecto, es igual a Luca: es muy bueno guardando secretos. Creo que está amargado porque nunca le dijeron la verdad.

—Supongo que, en cierta medida, en el fondo todos lo estamos. Con justificación o sin ella, sentirse excluido nunca es agradable. Quizás ésta sea la oportunidad para unificar la Sociedad Bibliófila, que siempre fue el sueño de Luca.

—Sin embargo, todavía podría haber traidores entre nosotros —indicó Katherina.

—Muy cierto —admitió Iversen—. Sin duda, ha llegado el momento, más que nunca, de remover el avispero para ahuyentar a los malos bichos. Para eso, necesitaremos la ayuda de todos.

Y especialmente de Jon.

—¿Y Kortmann?

—Kortmann y Clara tendrán que hacer las paces —gritó Iversen agitado—.

Aunque tenga que obligarlos a hacerlo.

Katherina notó que el electrocardiógrafo al cual el cuerpo de Iversen todavía estaba conectado trazó una serie de abruptas oscilaciones. Ella le acarició la mano.

—Tómalo con calma, Iversen, o tendrás que seguirlo todo desde el hospital.

Al día siguiente, por primera vez, Katherina abrió la librería con el conocimiento pleno de que no siempre el contenido de todos aquellos estantes era utilizado para buenos fines. Hasta entonces, había considerado la venta de libros como un trabajo honorable, más que eso, digno del mayor respeto, una ocupación cuya intención era ilustrar a la gente y proporcionarle experiencias valiosas. Ahora tenía la sensación de que si trabajara en una armería, no encontraría muchas diferencias. Había individuos que podían usar los libros que ella vendía para hacer daño a otros. Evidentemente, desde hacía mucho tiempo sabía el riesgo que existía, pero aquél era el primer día en que comprendía que se trataba de algo hecho deliberadamente, y de forma organizada.

Esta nueva percepción la llevó involuntariamente a examinar con atención a los clientes que entraban, y si sorprendía a alguien siguiéndola furtivamente, no apartaba la vista de él. También aprovechó sus poderes para reunir la mayor cantidad de impresiones posible, y si algún cliente le parecía sospechoso, se aseguraba de que perdiera cualquier interés en la lectura para luego abandonar rápidamente la tienda.

Jon telefoneó a media tarde. Debido a su hipersensibilidad, Katherina comprendió inmediatamente que algo andaba mal.

—¿Cómo está Iversen? —preguntó él.

—Le darán el alta hoy o mañana —dijo Katherina, y luego le contó su visita al hospital la tarde anterior.

Pero, a juzgar por los breves comentarios y lacónicas exclamaciones de Jon, ella intuyó que su mente estaba en otra parte.

—¿Pasa algo? —preguntó tras una pausa en la que ninguno de los dos dijo una palabra.

Jon respondió con una risa fugaz.

—Sí y no —contestó—. He llegado a..., o mejor dicho, me han forzado a tomar una decisión.

—¿Sí?

Katherina contuvo el aliento. Su mente invocaba rápidamente argumentos horribles, uno tras otro. ¿Una decisión sobre qué? ¿Libri di Luca? ¿Vendería la tienda, después de todo a lo que se había enfrentado sólo para evitar la guerra con la Organización Sombra? ¿Había sido amenazado? ¿Comprado?

Jon carraspeó antes de continuar.

—¿Qué se necesita para ser activado?

CAPÍTULO

20

Desde que Tom Norreskov les había hablado sobre la Organización Sombra y la participación de Luca, Jon había hecho un verdadero esfuerzo por asimilar esa nueva información. Después de haber alimentado durante veinte años conjeturas, acusaciones y rencores, ahora sentía como si tuviese que cambiar de sitio los dos hemisferios cerebrales para encontrar un sentido a todo aquello. Era algo que necesariamente debía hacer solo, y después de haber dejado a Katherina delante de Libri di Luca se dirigió directamente a su casa.

Abrió la puerta, se quitó la chaqueta y entró en el salón. La señora de la limpieza había estado allí, a juzgar por el olor y por el hecho de que las revistas estaban muy bien ordenadas sobre la mesa de café. El sol de la tarde brillaba por las ventanas impecables, y el impacto de la luz reflejada en el suelo de madera y las paredes blancas le hizo entrecerrar los ojos. Se acercó al sofá de cuero negro y se sentó con un suspiro. El otro mueble de la sala era una larga librería gris adosada a lo largo de la pared. En la parte superior descansaba un televisor de pantalla gigante y la instalación del sistema de sonido *surround*, que ocupaba casi la pared entera. La pared a sus espaldas y el espacio entre las ventanas estaban dominados por pequeñas banderas negras impresas con ideogramas chinos en plata y rojo.

Jon se inclinó hacia delante, recogió el montón de revistas y las colocó en el suelo, para luego empujarlas bajo el sofá sin mirarlas. La última cosa que deseaba hacer aquel día era leer.

Mientras estaba sentado en el sofá con la mirada fija en la pantalla del televisor apagado, el sol se ocultó detrás de los tejados y una luz más suave inundó la estancia.

Se sumergió entonces en un interminable torbellino de preguntas y teorías que no le dieron tregua. Era como si estuviese prisionero de una cinta magnética sin fin que contrastaba sus propias experiencias de la niñez y el relato de Tom Norreskov. Finalmente, el hambre le hizo levantarse del sofá e ir hasta la cocina, donde se sirvió lo poco que encontró en las alacenas. Luego, se arrastró a la cama.

Al cabo de una noche de insomnio, Jon decidió ir a la oficina. En parte porque necesitaba poder pensar en otra cosa, pero también para restablecer el contacto con su antigua vida, que ahora parecía tan lejana que se sentía obligado en cierta forma a comprobar si existía realmente o se trataba sólo de un sueño.

Al llegar, Jenny le hizo una seña amistosa, pero no abrió la boca, y a Jon le

pareció vislumbrar una mezcla de alivio y preocupación en sus ojos. No descubrió el motivo hasta una hora más tarde, cuando fue convocado a la oficina de Halbech.

—Buenos días, Campelli —dijo Frank Halbech en un tono grave tan pronto como Jon hubo cerrado la puerta y se hubo sentado delante de su jefe—. Muy amable por tu parte hacernos ver que sigues vivo.

Jon, que se había preparado para defenderse y justificar su ausencia, asintió.

—Sí, me he permitido tomarme algunos días. Había todavía algunos asuntos importantes relacionados con la muerte de mi padre, y dado que el caso Remer no puede avanzar mientras el actor principal no nos entregue la información que necesitamos, pensé que no habría inconvenientes.

Halbech permaneció impasible, limitándose a observar a Jon con una mirada penetrante.

—He tratado de convencerlo para que conteste a mis preguntas —continuó Jon—. Pero o no está disponible o sigue mezclando otras cosas que nada tienen que ver con el caso.

—Su versión es diferente —dijo Halbech, apoyándose en el respaldo de la silla y cruzando los brazos—. Hablé con él ayer, ya que no estabas en la oficina. Quiere apartarte del caso.

Jon hizo todo lo posible para ocultar su sorpresa.

—Remer sostiene que eres indiferente, perezoso y superficial; dice que no te tomas su caso en serio. Según él, ha estado disponible todo el tiempo, y fue él quien trató de ponerse en contacto contigo para saber qué estaba sucediendo.

Jon sacudió la cabeza.

—No es así como han sucedido las cosas. Fue Remer quien ha eludido todo contacto, hasta el punto de que resulta imposible encontrarle. Ni siquiera contesta mis correos electrónicos.

—Vale, pero algo habrás hecho para cabrearlo, Campelli —aventuró Halbech, inclinándose ahora hacia delante—. Remer deja mucho dinero en este bufete. Tanto, que no podemos permitirnos perderlo debido a los asuntos familiares de uno de nuestros empleados. Desde luego, lamento mucho la muerte de tu padre, pero no puedes dejar que eso afecte a tu trabajo.

—No creo que se haya visto afectado —replicó Jon—. Puedo mostrarle la correspondencia que...

—Olvídalo —zanjó Halbech—. La conozco. Remer me leyó algunos pasajes y debo admitir que hubiese esperado que usaras un tono más profesional con nuestro mejor cliente.

Jon le miró con los ojos como platos.

—¿Se los leyó? —preguntó.

—Sí —confirmó Halbech irritado.

—¿Por teléfono?

—No —contestó Halbech, ya claramente molesto—. Te he dicho que él estuvo

aquí ayer. Tenía las copias de vuestra correspondencia, y me mostró unos ejemplos, y debo decir que...

Jon ya no lo escuchaba. Imaginó a Remer sentado en la misma silla en la que estaba él leyéndole en voz alta a Halbech, socio del bufete de abogados donde trabajaba, que habría escuchado atento y bien dispuesto lo que la gallina de los huevos de oro de la empresa le tenía que decir. Jon sabía qué efecto podía tener el tono del texto, considerando incluso sus ausencias del trabajo durante la última semana. Pero si, como sospechaba, Remer era un transmisor, Halbech no habría tenido ni una posibilidad. Al no estar allí para contrarrestar lo que Remer había mostrado como documentación, Halbech parecía sinceramente convencido de que la razón estaba de su parte, como si él tuviese su propia opinión sobre el material y hubiese sacado sus propias conclusiones.

—... y por eso hemos decidido apartarte del caso —concluyó Halbech.

—Vale —dijo Jon, resignado, comenzando a levantarse.

—A decir verdad... —prosiguió Halbech, alzando la voz, lo cual indujo a Jon a permanecer en su silla—. A decir verdad, hemos debido reconsiderar tu posición.

Jon miró fijamente al hombre que estaba detrás del escritorio.

—Este bufete no puede permitirse el lujo de tener a gente que no toma en serio a nuestros clientes —afirmó Halbech sin parpadear—. Los clientes vienen a nosotros porque, por un motivo u otro, se encuentran en un aprieto, y es nuestra principal obligación tratarlos profesionalmente. Si se extiende el rumor de que no asumimos con la debida seriedad nuestro trabajo, sea verdad o no, supondrá nuestro fin en este negocio.

—¿Qué intenta decirme?

—Que estás despedido —dijo Halbech de manera cortante sin quitarle los ojos de encima—. Relevado de tus deberes. Recoge tus cosas y abandona inmediatamente el edificio.

No había nada que hacer, Jon lo sabía; no hubiese servido de nada intentar argumentar o explicar. Esta vez había ganado Remer, no cabía duda. Jon bajó la mirada y se fijó en sus manos, como si ellas fueran las que le hubiesen impedido trabajar. Sintió crecer una rabia violenta en su interior, y apretó los dientes. Halbech no era el enemigo en este asunto, él simplemente estaba convencido de que lo hacía por defender sus intereses. Jon asintió.

—Bien —dijo, y se levantó.

—Jenny te acompañará a la salida —dijo Halbech, señalando la puerta—. Adiós, Campelli.

Jon se dio la vuelta sin despedirse y alcanzó la puerta. Fuera, con los ojos húmedos, Jenny lo esperaba retorciéndose las manos.

—Lo siento mucho, Jon —dijo ella de inmediato.

—Está bien, no te preocupes —respondió Jon, dándole un abrazo.

La secretaria temblaba ligeramente, y se apoyó en él durante un buen rato, hasta

que, con delicadeza, Jon carraspeó.

De mala gana, Jenny lo liberó.

—Debo pedirte el móvil y las llaves del coche —explicó ella, sofocando un sollozo y con una mirada avergonzada.

Jon asintió.

Diez minutos más tarde se encontraba en la calle, sin trabajo, sin coche y sin móvil. Casi no podía decidir cuál de esas pérdidas era la mayor. El trabajo le había asegurado un cierto nivel de vida; el coche, la posibilidad de trasladarse, pero sin el móvil se sentía muy solo, como expulsado del flujo informativo e incapaz de entrar en contacto con alguien que pudiera ayudarle. Evidentemente, sabía que era una tontería, pero tardó bastante tiempo en encontrar una cabina telefónica que funcionara, y cuando finalmente halló una, decidió olvidar el asunto. En parte porque no sabía a quién llamar —todos sus números estaban almacenados en la agenda del móvil que acababa de entregar—, y en parte porque, de repente, le pareció demasiado indiscreto hablar desde una cabina telefónica en medio de Straget, una calle peatonal (aunque no hubiese tenido reparo en usar el móvil en ese mismo lugar).

Jenny le había conseguido un vale para coger un taxi, pero él lo olvidó en el bolsillo y se volvió a casa a pie. Caminando tenía la posibilidad de ordenar sus pensamientos. La rabia todavía invadía su interior como un dolor de estómago, pero al menos sabía contra quién dirigirla: Remer y la Organización Sombra. Habían logrado destruir la vida de Luca y ahora también pretendían hacer lo mismo con la suya. Le habían quitado aquello que más amaba, su trabajo, o eso era lo que ellos creían. A decir verdad, Jon había empezado a tener sus dudas. Los acontecimientos de los últimos días habían desplazado su carrera de abogado a un segundo plano, y ya no estaba tan seguro de dónde colocar su pasión. Pero tampoco se iba a resignar fácilmente.

Al llegar a su apartamento, llamó a Katherina.

Desde aquel momento, todo sucedió muy rápido. Katherina lo volvió a llamar en menos de diez minutos. Ella había hablado con Iversen, que iba a ser dado de alta ese mismo día, y había sugerido de inmediato que se realizara la activación —o la sesión, como la llamaban— al día siguiente. Jon preguntó si debía hacer algo para prepararse, pero el único consejo que Katherina pudo darle fue que se relajara. Y eso fue exactamente lo que hizo, ayudado por una botella de vino tinto. Concluyó la jornada durmiendo en el sofá, donde despertó la mañana siguiente.

Bajo la luz del sol, todo parecía diferente. Dos o tres veces pensó en llamar a Frank Halbech para explicarle cómo eran las cosas, pero cada vez que intentaba imaginar el rumbo que tomaría la conversación, perdía el interés. Además, sentía un fuerte dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad, y eso le recordó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se había bebido él solo una botella de

vino entera.

La sesión tendría lugar en Libri di Luca tras la hora de cierre, y para entonces su resaca ya habría desaparecido. Por la tarde, Jon comió un grueso filete de ternera Stroganoff, que, por primera vez, preparó en su cocina. Luego, tomó un taxi a Libri di Luca, donde Iversen le esperaba.

Excepto un par de cortes en la cara, el anciano era el mismo de siempre, ni siquiera mostraba signos de cansancio tras todo un día en la tienda después de haber estado en el hospital.

—Es maravilloso volver a estar aquí otra vez —dijo, sonriendo feliz mientras miraba a su alrededor—. Katherina ha sabido cuidar muy bien de todo. Le he dado el día libre, pero ellos estarán aquí para la activación, tanto ella como Paw.

—¿Es necesario? —preguntó Jon, que comenzaba a sentirse incómodo.

—Cuantas más personas participen, mejor —explicó Iversen—. Katherina, en particular, es muy importante. Como receptor, ella tiene la capacidad de controlar tus poderes en caso de que resultes un transmisor como tu padre.

—¿Y si no lo soy?

—Si eres un receptor, como Katherina, deberemos proceder con mayor cautela. No porque corras peligro, pero sí podría haber algún riesgo para mí, como lector del texto que utilizaremos. En el momento de la activación, no sabrás cómo controlar tus nuevos poderes.

—¿Y si resulta que no tengo ningún tipo de poder?

—Estoy seguro de que lo tienes, Jon. Ya he percibido algo en ti. La tradición Campelli induce a pensar que eres un transmisor, pero no será posible saberlo hasta que la sesión haya terminado.

—¿Es doloroso?

—No, si estás relajado y abierto —contestó Iversen—. Pero si tratas de resistir, la activación podría resultar dolorosa. Si te bloqueas por completo, no seremos capaces de realizarla, no importa cuánto te presionemos para ello. La mayor parte de la gente, naturalmente, está un poco nerviosa al principio y tiene dificultades para abandonarse, pero una vez que lo consiguen, se relajan y todo es más fácil, por lo general sin dolor alguno.

—Por la forma en que hablas, parece que has participado en bastantes sesiones.

—Para ser exactos, sólo en tres. —Iversen se rió algo avergonzado—. Y una de ellas fue la mía.

Jon también se rió.

—Me siento mucho mejor ahora.

Iversen examinó a Jon con atención.

—No tenía la intención de ponerte nervioso, pero la verdad es que esto no es una ciencia exacta. Hay muchas cosas que aún no entendemos. Pero estás en buenas manos, Jon. Al más leve indicio de que algo no está funcionando como corresponde, detendremos de inmediato todo el proceso.

—Espero que no vayas a detener todo sólo porque frunzo el ceño. Estoy listo para hacer lo que sea necesario, aunque tenga que soportar un poco de dolor.

—Vamos a esperar y ver, Jon. Tranquilo.

En aquel momento sintieron un golpe y ambos se giraron hacia la puerta, de donde provenía el sonido. Katherina entró envuelta en un largo abrigo oscuro. Abrazó a Iversen y luego, sonriendo, le ofreció la mano a Jon. Él la tomó y la atrajo para darle un abrazo. Estaba contento de verla otra vez, tan contento que cuando se separó tuvo que desviar la mirada hacia el suelo.

—Bien, ¿estás listo? —preguntó Katherina, deshaciéndose de su abrigo y colocándolo sobre la caja.

Debajo llevaba un jersey azul, un par de vaqueros cómodos y botas cortas negras.

—Tan listo como se pueda estar —dijo Jon, encogiéndose de hombros.

—No te preocupes, lo haremos de forma que salgas vivo —bromeó ella.

—Bueno, pues no dejéis de repetírmelo.

Katherina fue abajo mientras los dos hombres se quedaban en la caja.

—Bien, entonces sólo falta Paw —dijo Iversen, mirando detenidamente por el ventanal.

No tuvieron que esperar más que un par de minutos antes de que Paw apareciera por la puerta, haciendo sonar las campanillas.

—Hola, Svend. Hola, Jon. —Ambos le devolvieron el saludo—. Hermosa noche para una activación, ¿eh? Sí, digo, viento, lluvia y tal vez, si tenemos suerte, habrá algunos truenos.

Iversen sonrió.

—Entonces, ¿no sería más conveniente hacerla al aire libre?

—No, así está bien, Svend —dijo el joven, arrojando su chaqueta de cuero encima del abrigo de Katherina, sobre la caja—. ¿La princesa ya está aquí?

—Abajo —contestó Iversen—. Te esperábamos a ti.

Paw pareció pensar un momento en estas palabras, pero entonces aplaudió y miró a Jon.

—Vale, entonces, comencemos.

Jon y Paw empezaron a moverse mientras Iversen cerraba la puerta con llave y apagaba las luces de la tienda.

—¿En cuántas activaciones has participado? —le preguntó Jon cuando llegaron a la escalera.

—Sólo en una —dijo Paw—. La mía propia. Pero no estaba realmente consciente mientras ocurrió. Un psicópata me atacó en Stroget golpeándome la cabeza contra los adoquines, y desperté de un coma tres semanas más tarde... —Paw hizo chasquear los dedos—. ¡Bam! Ya estaba hecho. —Comenzó a bajar las escaleras—. Tardé algún tiempo en comprender de qué iba todo esto, ya que sentía que había algo extraño. Pero dentro de poco sabrás de qué hablo. Sólo espera y verás. —Paw se rió.

Habían alcanzado el pie de la escalera y siguieron por el corredor oscuro hasta la

puerta de roble que conducía a la biblioteca. Una luz débil llegaba desde la entrada.

—Hola, Kat —saludó Paw al entrar.

Jon lo siguió. Las luces estaban atenuadas y la sala aparecía iluminada casi exclusivamente por velas ubicadas sobre la mesa y sobre algunos libros sin valor.

—Es sólo para crear ambiente —dijo Katherina—. Esto no tiene ninguna importancia para la activación —añadió sonriendo.

—Pero está muy acogedor —gritó Paw, dejándose caer sobre una silla—. Todo lo que necesitamos ahora es algo de incienso y té de hierbas.

Katherina no le hizo caso y extrajo un libro de la vitrina que tenía delante.

—¿Has leído esto? —le preguntó alcanzándole el volumen.

Él cogió el libro y lo examinó. La cubierta era de cuero negro, y aunque no entendía demasiado, comprendió que era una obra de alta calidad. Giró el volumen para observar el título: se trataba de *Don Quijote*.

—No —dijo Jon finalmente—. Nunca lo he leído.

—Es una vergüenza —le recriminó ella—. Es un clásico. Iversen me lo ha leído varias veces.

Jon asintió y hojeó las páginas al azar. El papel era grueso y agradable al tacto. Resultaba obvio que se trataba de una edición tratada con el mayor cuidado.

—Vamos a utilizarlo en la activación —dijo Katherina; luego sacó otro libro y cerró la vitrina.

—¿Éste? —preguntó Jon sorprendido—. Pensé que sería un grueso volumen de exorcismos y fórmulas mágicas.

La chica esbozó una sonrisa.

—Las palabras no son lo importante. Lo que cuenta es la energía y las emociones que el texto transmite. —Colocó la mano libre sobre el volumen que Jon sostenía—. Éste es muy fuerte. ¿Puedes sentirlo?

Jon apoyó la palma sobre el libro, rozando los dedos de Katherina, que los retiró con rapidez. Él cerró los ojos, tratando de sentir la energía de la que ella hablaba.

Paw se rió a sus espaldas.

—¿Puedes sentir algo, Jon? —preguntó sarcásticamente.

—No, nada de nada —admitió, volviendo a abrir los ojos.

Katherina se encogió de hombros.

—Bueno, todavía no has sido activado. Esto, por lo general, ayuda, pero incluso después de la activación, no siempre puede sentirse.

Ella le lanzó una mirada a Paw, cuya sonrisa se congeló al instante.

—Entonces, ¿estáis listos? —Oyeron decir a Iversen, que entró en la biblioteca en ese momento.

Todos confirmaron que estaban listos, y el anciano cerró la puerta. Katherina le entregó el libro, y se sentaron en las sillas colocadas en torno a la mesa. Hubo un momento de silencio. Las llamas de las velas dejaron lentamente de parpadear.

El corazón de Jon comenzó a latir más rápido, y el sudor le humedeció las manos,

así como el libro que sujetaba. Iversen estaba sentado frente a él, Katherina a su derecha y Paw a la izquierda.

El librero cogió un libro. Estaba encuadernado en piel, al igual que el que Jon sostenía, pero un punto de lectura blanco sobresalía entre sus páginas.

—Éste es el texto que vamos a utilizar para la activación. Es el mismo que el que tienes en tus manos, y el proceso no implica más que una lectura conjunta. Comenzaré leyendo en voz alta, y luego tú harás lo mismo. Es importante que sigamos el mismo ritmo; una vez que lo conseguimos, por regla general, no se presentan problemas.

Iversen guardó silencio y miró expectante a Jon, quien con una seña precisa le confirmó que había comprendido.

—No leo en voz alta desde hace mucho tiempo —dijo, sintiéndose inseguro—. Por lo menos, obras de ficción.

—Todo irá bien, ya verás. Katherina nos ayudará a mantener el ritmo sostenido —explicó Iversen—. A partir del proceso de lectura, se intensificarán o atenuarán las emociones que emerjan. No tengas miedo, sólo relájate y concéntrate en la lectura y el ritmo. Sumérgete en la historia y la atmósfera del libro. Cuanto más relajado estés, más sencilla resultará la activación.

Jon volvió a asentir y dejó escapar un profundo suspiro.

—Estoy listo.

Iversen abrió el libro en el lugar señalado por el punto de lectura.

—Página cincuenta —dijo.

Jon hojeó su copia en busca de la página.

El anciano comenzó a leer. Su voz era clara y el ritmo, lento. Jon siguió con la mirada la lectura del texto, y después de algunos párrafos se unió a la lectura. Se aclaró la voz un par de veces durante el primer párrafo, y realmente tuvo que concentrarse para seguir de cerca la voz de Iversen. El siguiente párrafo fue mejor, y tuvo menos dificultades para seguirlo. Juntos aumentaron un poco la velocidad, de modo que la lectura ya no tuvo ese ritmo artificialmente lento del comienzo. Pasaron la página, y Jon echó un vistazo rápido a Iversen. Él se inclinaba hacia atrás en su silla, con toda su atención puesta en el libro. Todo su rostro irradiaba una tensa concentración que le hacía fruncir el ceño.

La lectura prosiguió; Jon sintió que el ritmo y la velocidad se habían estabilizado; ya no debía hacer grandes esfuerzos por mantenerlo. Las letras y las palabras ante sus ojos se le ofrecían espontáneamente, alentándolo a pronunciarlas, como si ellas hubiesen estado esperando años este momento. Poco a poco, la voz de Iversen se hizo más débil, hasta que finalmente dejó de oírlo y Jon sólo escuchó la suya. Tenía la sensación de estar en una canoa, flotando en el agua, descendiendo a lo largo de un río a una velocidad tranquila y constante. La superficie sólo se veía disturbada por la embarcación, que era llevada por una invisible corriente submarina. Jon no vacilaba ni siquiera cuando dio la vuelta a la página. Sentía como si pudiese ver lo que estaba

escrito en la página siguiente, de tal modo que podía seguir leyendo sin interrupciones.

Tenía la impresión de que tanto los caracteres como las palabras se hacían más nítidos y claros en relación con el fondo blanco, que también, a su vez, parecía haber cambiado. En la superficie gruesa y pálida de antes, en la que se intuía la estructura de la pulpa del papel, el fondo parecía más pulido, con una superficie más brillante, como si fuera un helado cristal esmerilado sobre el que fueron impresos los tipos. Detrás del cristal pudo distinguir algunas siluetas que aparecían y desaparecían, como un teatro de sombras chinescas desenfocadas.

Jon casi no se daba cuenta de que leía en voz alta. La lectura proseguía casi mecánicamente, mientras él era capaz de admirar los efectos creados por la interacción entre las letras y el fondo. Se concentraba en las sombras cuando ellas aparecían, y al cabo de un rato tenía la impresión de que eran ellas quienes seguían con la historia. Cuando el texto mencionó a dos hombres a caballo, él pudo sentir que había dos jinetes en sus cabalgaduras detrás del cristal blanco, y cuando el texto describió un molino de viento, distinguió sus aspas girando para cortar el aire detrás de la niebla albina.

Este descubrimiento lo indujo a concentrarse aún más en las sombras, y justo en el momento en que el personaje principal intentaba golpear las aspas del molino, el cristal blanco se rompió y miles de fragmentos cayeron, revelando la escena que había detrás.

Jon se estremeció, pero la lectura continuó sin que el ritmo se modificase, aunque las palabras ahora se filtraban misteriosamente en el aire, delante de la escena con el protagonista y el molino de viento. Parecía una película subtitulada, pero en este caso la lectura de las palabras conducía las imágenes hacia delante y no viceversa. Podía sentir cómo su corazón palpitaba más rápido, su pulso se rebelaba.

La lectura continuaba inexorablemente, como si no fuese él el encargado de controlarla, y pudiese disfrutar así de las imágenes que se formaban. Éstas se hicieron cada vez más nítidas a medida que leía, hasta tener la sensación de que casi podía traspasar los paisajes visibles detrás del texto. Los colores de las imágenes eran recargados y luminosos, pero algo los hacía parecer artificiales, similar a una película en blanco y negro coloreada por ordenador. Le recordaba el control de color de un televisor que se hubiese estropeado, y el resultado eran las imágenes saturadas de colores, amenazando con mezclarse, como las acuarelas en la paleta del pintor. Los contornos de los personajes y el entorno parecían velados, y Jon intentó estabilizarlos concentrándose en fijarlos con intensidad. Sintió una resistencia leve, como si girara un picaporte oxidado, pero, de repente, tuvo la impresión de haber podido penetrar en otra parte y descubrió que era capaz de ajustar la agudeza de las imágenes como una máquina fotográfica. Asombrado, se permitió jugar con este nuevo instrumento. Dejó que los contornos se difuminaran por completo, y le dio la sensación de que la escena se desarrollaba en medio de una niebla espesa, y luego ajustó el foco al máximo, tan

bruscamente que los personajes parecían haber sido recortados de una cartulina con un cúter. También podía ajustar el contraste. Podía aclarar u oscurecer una escena, y regular la intensidad bañándola en una suave luz amarillenta. Como un niño, experimentó todas las posibilidades, encontrando límites externos y varias combinaciones. Notó que algunos ajustes se resistían, pero si se concentraba con fuerza, podía superar aquel umbral e imponer a la escena la atmósfera deseada.

También la velocidad en la lectura tenía un efecto importante. Si leía despacio, tenía más tiempo para cargar la escena de emociones y humor, mientras que si le imprimía mayor velocidad, restringía el impacto de los matices a las sensaciones más fuertes. Jon se dio cuenta de que al leer con mayor intensidad, el pulso aumentaba su frecuencia, los latidos de su corazón se intensificaban, haciéndose irregulares, y comenzaba a sudar como cuando hacía algún ejercicio físico. Trató de calcular cuál era la máxima velocidad de lectura, pero nuevamente tuvo la impresión de estar entretenido en otra cosa, frenado por algo que le impidiera experimentar el resto de la escala. Algo irritado, comenzó a leer de forma espasmódica, como un delantero que buscara sortear un obstáculo, pero sintió de improviso que su cuerpo se sacudía y era cogido por una mano gigantesca que lo mantenía apretado. Trató de escapar, pero cuanto más luchaba, más asfixiado se sentía, como el prisionero de una boa, de modo que no le quedó más opción que hacer más lenta la lectura. La opresión aún no había cedido, y pudo sentir que los pulmones ya no eran capaces de conseguir aire.

Jon interrumpió la lectura.

Completamente incapaz de percibir algo en torno suyo, cerró los ojos y su cabeza cayó hacia delante, contra el pecho. En tan sólo unos pocos segundos, comenzó a percibir el sótano otra vez.

Lo primero en regresar fueron los sonidos, muy lentamente, dando la sensación de que alguien había elevado el volumen. Podía sentir la conmoción alrededor, los ruidos de pasos y muebles moviéndose. Voces nerviosas intercambiaban frases entre sí, aunque él no podía distinguir lo que decían, y un crujido cortó el aire por encima de su cabeza. Luego, de golpe, sintió olor a humo; un olor incisivo y picante, como a lana y plástico quemado, se insinuó en su nariz. Al fin, Jon abrió los ojos.

Ante él se desarrollaba un espectáculo tan irreal que lo primero que pensó fue que era un sueño, o bien que todavía estaba sumergido en la historia. La sala estaba casi completamente llena de humo, varias de las velas habían sido derribadas, la silla a su izquierda había caído hacia atrás, y por el impacto, volaban chispas y descargas eléctricas de los adornos luminosos. Iversen y Paw corrían por todas partes tratando de apagar las llamas, que habían alcanzado la alfombra y los muebles. Paw utilizaba su jersey mientras Iversen había cogido una manta.

Katherina estaba sentada a la derecha de Jon, observándolo con una expresión vacía. Dos finos hilillos de sangre corrían desde su nariz para unirse sobre los labios, y luego desembocaban en la barbilla. Sus manos apretaban el reposabrazos de la silla con tal fuerza que tenía los nudillos completamente blancos.

Entonces Jon pensó que la librería había sido nuevamente atacada.

—¿Qué ha pasado? —Logró tartamudear, notando la garganta completamente seca.

En su camino al interruptor que se encontraba cerca de la puerta, donde una explosión lanzó una llamarada sobre el marco, Paw le echó una mirada a Jon.

—¡Eh!, ya ha vuelto —le gritó a Iversen, mientras con la mano izquierda arrojaba su jersey contra el fuego que brotaba del interruptor—. Lo conseguimos.

Jon notó que el brazo derecho de Paw colgaba lánguidamente pegado a su cuerpo.

—¿Jon? —Iversen se le acercó—. Jon, cierra el libro. ¿Me oyes? Jon se giró hacia Iversen, que se estaba acercando más, con la manta envuelta en un brazo. Estaba a punto de bajar la mirada hacia el libro, cuando el viejo comenzó a gritar:

—¡Jon, mírame! Cierra el libro de inmediato. ¡Mírame, y cierra el libro!

El rostro y la voz de Iversen estaban dominados por el miedo.

Jon lo miró a los ojos mientras cerraba lentamente el libro.

Una evidente expresión de alivio se reflejó en la cara de Iversen.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar.

—Has sido tú, Jon —respondió Iversen en el mismo instante que notaba que nuevas llamas comenzaban a elevarse por detrás de la silla de Jon.

De inmediato, se precipitó para golpear el fuego con la manta. Mientras tanto, Paw había logrado extinguir las llamas que surgían del interruptor de la luz y observaba vigilante la sala por si aparecía un nuevo foco. Del jersey que sostenía en la mano se elevaba una pequeña columna de humo.

Katherina había reclinado la cabeza y su barbilla descansaba sobre el pecho. Las manos, unidas sobre el regazo como si estuviese rezando, le temblaban ligeramente.

Jon intentó levantarse, pero de inmediato sufrió un vértigo y volvió a caer en la silla. Sintió la mano de Iversen en su hombro.

—Quédate donde estás, Jon. Pronto habrá terminado todo.

Jon hubiese querido darse la vuelta y mirar a Iversen para pedir una explicación, pero antes de lograrlo, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO

21

—¡Eso ha sido una locura!

Katherina escuchó la voz excitada de Paw como si fuera una radio que hubiera sido súbitamente encendida demasiado cerca. Sonaba como si estuviera en la propia librería. A juzgar por el cuero que notaba debajo de ella, debía de estar sentada en el sillón detrás del mostrador, con la cabeza inclinada a un lado.

¿Por qué estaba sentada allí? Se sentía tan exhausta que no podía ni siquiera abrir los ojos. ¿Qué había ocurrido?

Escuchó a Iversen que le respondía a Paw en un tono algo más apagado, con voz sumamente grave.

—Las cosas podrían haber salido muy mal —señaló—. Y todavía no sabemos cómo están. ¿Y tú? ¿Cómo está tu brazo?

—Está bien —respondió Paw, sin darle importancia—. Sólo siento un ligero hormigueo, como si lo tuviera dormido. Aunque, ¡diablos!, vaya si me dolió cuando me soltó la descarga. ¿Cómo lo hizo?

—No lo sé, Paw —admitió Iversen con un tono de cansancio.

—Si son así todas las activaciones, tendríamos que hacerlas más a menudo —observó Paw con firmeza.

—Esto ha sido completamente inaudito —comentó Iversen con énfasis—. Nunca he visto algo semejante.

Katherina pudo percibir cierto nerviosismo en la voz de Iversen. Estaba atemorizado. ¿Por qué? Trató de hacer memoria. Habían estado abajo, en el sótano. Jon también estaba con ellos. La activación.

Dio un respingo al recordar.

—¿Está despierta?

Katherina sintió que alguien se inclinaba sobre ella.

—No —respondió Iversen muy cerca—. Ha sido sólo un espasmo.

Quería mantenerlos alejados de ella un poco más. Primero tenía que comprender lo que había ocurrido.

Los cuatro se habían reunido en el sótano para la activación de Jon. Ella misma había hecho los preparativos, con velas y todo. Se suponía que debía ser un proceso agradable, como adoptar a un nuevo miembro de la familia, pero algo había salido mal.

Al principio todo ocurrió según lo planeado. Iversen comenzó a leer y Jon rápidamente encontró el ritmo, ayudado por los esfuerzos de Katherina para concentrar su atención en el texto. Paw se había limitado a permanecer sentado con ellos, mirando boquiabierto, con una estúpida sonrisa en su rostro, como si estuviera esperando la oportunidad de molestar al nuevo compañero de clase.

Después de un par de páginas, Iversen le había dirigido una mirada, asintiendo con un movimiento de cabeza. Ella cerró los ojos y se concentró en la lectura de Jon aislándose de todo lo demás. Lentamente reforzó sus intentos de acentuar el texto que él estaba leyendo, y se aseguró de que la atención de él siguiera centrada en el libro. Las imágenes que él creaba se volvían cada vez más ricas y detalladas, hasta que ella lo frenó un poco. Sintió que él trataba de superar este súbito obstáculo; parecía una masa de agua detenida por una presa.

Entonces Katherina abrió los ojos. Iversen había dejado de leer, y otra vez le hizo un gesto con la cabeza. Ella cerró los ojos de nuevo y retiró la barrera que impedía el avance de Jon, como si estuviera descorchando una botella. Al mismo tiempo destacaba lo que él estaba enfatizando, de modo que el resultado fue un explosivo salto hacia delante, lleno de colores y de una rápida sucesión de imágenes. Se había logrado la activación, y ella se sorprendió ante la abundancia de detalles y la profundidad en la interpretación del texto que ofrecía Jon. Las imágenes que él había creado como lector normal se veían como borrosas fotografías en blanco y negro en comparación con éstas, que estaban impregnadas de colores, luminosidad y matices. Daba la sensación de estar mirando una película en una pantalla de cine después de haberla visto en el televisor.

Gradualmente, ella fue reduciendo su propia influencia. Jon ya no tenía problemas para mantener su concentración y ella percibía la forma en que él experimentaba con su nuevo instrumento. Cuando abrió los ojos, Iversen estaba allí sentado con una gran sonrisa en su cara, mientras que Paw estaba tan inmerso en la historia que no prestaba atención a ninguna otra cosa a su alrededor.

—¿Qué te dije? —susurró Iversen, haciéndole un guiño a Katherina.

Ella le devolvió la sonrisa.

Era difícil no quedar atrapado por la técnica de contar cuentos de Jon. Las imágenes y asociaciones que creaba no dejaban de seducir a los oyentes llevándolos a acompañarle en aquel viaje fantástico. Katherina, que había escuchado *Don Quijote* muchas veces, no recordaba haberse sentido nunca tan tentada de introducirse en el relato como en ese momento. Se le había erizado el vello de los brazos y notaba un ligero cosquilleo en el estómago.

Dirigió otra vez su atención al descubrimiento de Jon de sus poderes. Se concentró en los diversos medios que había a disposición de él, y cada vez que lo hacía, se sorprendía yendo más lejos de lo que ella creía posible.

Durante esos avances los fenómenos físicos empezaron a manifestarse. Se apagaron las velas. Las lámparas oscilaron, disminuyendo la intensidad de la luz, los

muebles comenzaron a vibrar.

Iversen le pidió a Katherina que hiciera regresar a Jon. Había un cierto nerviosismo en su voz. Jon no se daba cuenta de nada, pero el sudor se deslizaba por su rostro y sus ojos estaban inyectados en sangre. Pero seguía leyendo con una voz fuerte y clara, y todos los esfuerzos de ella para dominarlo resultaron vanos. Las estanterías comenzaron a sacudirse con violencia. Los libros caían de sus estantes, aterrizando en el suelo.

El ruido sacó a Paw de su trance. Se puso de pie para sujetar a Jon, pero antes de que pudiera tocarlo, una chispa azul saltó del codo del abogado y recorrió los dedos extendidos de Paw, que fue arrojado hacia su silla, cayendo hacia atrás. Se puso rápidamente de pie, pero se agarraba el brazo derecho con fuertes gemidos.

Mentalmente, Katherina siguió intentando frenar a Jon, pero las descargas se hacían cada vez más fuertes. Pequeños destellos salían bailando del cuerpo de Jon para saltar hacia los aparatos eléctricos, que extendían sus chispas por la habitación. Mientras Paw e Iversen se concentraban en mantener controladas las chispas y las llamas, los muebles comenzaron a sacudirse con más violencia y a moverse hacia los lados. Una de las vitrinas cayó sobre Iversen y Paw tuvo que acudir en su ayuda.

Katherina trató de seguir el pulso que ella percibía detrás de los estallidos de energía que provenían de Jon. Se sucedían de manera espasmódica, a intervalos regulares, y cuando se produjo la pausa siguiente, ella dirigió todos sus poderes a romper la concentración de Jon. La silla en la que estaba sentada fue empujada a un metro lejos de él, pero la lectura se interrumpió, y Jon levantó los ojos del libro para fijarlos en Katherina. Sus ojos inyectados en sangre estaban llenos de confusión y miedo.

Después de aquello, ella no recordaba nada más.

—¿Katherina? —La voz de Iversen sonaba muy cerca.

Abrió los ojos y miró el rostro preocupado del librero. Sonrió.

—¿Te encuentras bien?

Aparte de cierta pesadez en todo el cuerpo y la sensación de que no había dormido en mucho tiempo, estaba bien. Asintió con la cabeza.

—¿Y Jon? —preguntó.

—¿El maestro de los fuegos artificiales? —intervino Paw, apareciendo por detrás de Iversen de modo que ella pudiera verlo—. Está totalmente perdido. Pero todavía con vida.

Ambos hombres se enderezaron y miraron a su espalda, donde Jon yacía acostado en una cama plegable. Por lo que Katherina podía ver, estaba durmiendo apaciblemente.

—Os arrastramos desde el sótano —explicó Iversen—. Todavía se está aireando. No creo que los interruptores de la luz vuelvan a funcionar otra vez. Están

completamente chamuscados.

—¿Cómo ha podido ocurrir semejante cosa? —quiso saber Katherina. Su voz era áspera.

Iversen se encogió de hombros.

—Escapa a mi comprensión —admitió—. Esperábamos que tú pudieras decirnos algo.

—Nada, salvo que ha sido increíblemente fuerte —respondió Katherina—. Más fuerte que cualquier transmisor con el que me haya tropezado antes.

Iversen asintió, pensativo, moviendo la cabeza.

—¿Y el relámpago? —intervino Paw—. ¿No te pareció excesivamente fuerte?

—En efecto, parecía muy potente —reconoció Iversen—. Pero hemos activado áreas latentes de su cerebro. ¿Quién sabe todo lo que hay escondido ahí? —Se dio unos golpecitos con el dedo índice en la sien—. Tal vez alteramos un par de interruptores de más.

—O hicimos saltar un fusible —sugirió Paw, cínicamente.

Los tres permanecieron en silencio mientras intercambiaban miradas de preocupación. Incluso Paw parecía haberse dado cuenta de la gravedad de la situación. Sus ojos habían adquirido un cierto brillo de nerviosismo. Desde la cama plegable les llegaba el sonido de la respiración acompasada de Jon.

Katherina se miró las manos. Ella era la encargada de controlar la sesión. Por supuesto, nadie podía haber pronosticado cómo iban a desarrollarse los acontecimientos, pero tenía que haber detenido a Jon antes para impedir que todo se saliera de su cauce. Tal vez lo había presionado demasiado. Su fascinación por la forma en que se estaban manifestando sus poderes la había hecho vacilar en el momento en que debía haber intervenido. Podría ser que los interruptores eléctricos no fueran lo único que se había fundido. A pesar de que Jon estaba respirando bien, no podían saber si su cerebro se había convertido en un vegetal.

—Tal vez tendríamos que llevarlo a que lo examinen —sugirió Katherina.

—Ya hemos hablado de eso —intervino Iversen con un suspiro—. Pero ¿a quién podemos llamar y qué vamos a decir?

Katherina no tenía respuesta.

—De todas formas —continuó el anciano—, tendremos que comunicarnos con Kortmann.

Katherina dio un respingo. Durante todos los preparativos para la activación y la vuelta de Iversen del hospital, habían olvidado completamente informar a Kortmann sobre su reunión con Tom Norreskov y lo que éste había dicho de la Organización Sombra. Para colmo, se habían lanzado a una activación en contra de la cual Kortmann les había advertido con toda claridad.

Con una inclinación de cabeza, ella asintió.

—Creo que debemos llamar a Clara también —añadió con firmeza—. Los receptores tienen tanto derecho a saber lo que está ocurriendo como los transmisores.

Al cabo de una hora apareció Clara; era la primera en llegar de aquéllos a quienes habían convocado. Jon seguía durmiendo. Katherina había pasado a su lado la mayor parte del tiempo, y aparte de un par de gruñidos y sonidos incomprensibles, parecía tranquilo. Clara los saludó y luego se inclinó sobre Jon como para asegurarse de que estaba efectivamente dormido y no fingía. Se puso en cuclillas junto a la cama y le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

—¿Y está así desde la activación? —preguntó de una forma instintiva.

Iversen confirmó que el estado de Jon no había cambiado y luego hizo un resumen de lo que había ocurrido durante la sesión. Cuando Clara oyó lo de los fenómenos físicos, abrió los ojos como platos y soltó la muñeca de Jon, como si se hubiera quemado.

—Muy interesante —dijo, poniéndose de pie.

Sus ojos se encontraron con los de Katherina, como si buscara una respuesta, pero la joven se limitó a sacudir débilmente la cabeza.

En ese instante la puerta de la librería se abrió y entró un hombre más joven. Sin mirarlos, mantuvo la puerta abierta para dejar paso a Kortmann, quien, con cierta dificultad, deslizó su silla de ruedas a través del umbral. Vaciló un momento cuando vio a Clara, pero luego se volvió a su ayudante y le hizo un movimiento de cabeza. El joven se retiró de Libri di Luca, cerrando la puerta cuidadosamente detrás de sí.

—Clara —dijo con voz fuerte—. No esperaba verte aquí. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo mismo digo, William —respondió Clara, dirigiéndose hacia el hombre de la silla de ruedas con la mano extendida.

Kortmann hizo una mueca y se la estrechó rápidamente.

—Veo que Iversen está ya levantado y en actividad otra vez.

El librero sonrió y asintió con la cabeza.

—Estoy bien.

Kortmann se acercó a la cama y examinó el rostro de Jon.

—Eso es más de lo que se puede decir de nuestro joven amigo —comentó, dirigiendo su mirada hacia Katherina, que pudo ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula—. ¿Cómo has podido llevar a cabo una activación sin comunicármelo?

Kortmann giró bruscamente la cabeza para mirar a Iversen.

Éste parecía aterrorizado y tuvo que buscar las palabras.

—No creímos que fuera necesario —logró decir, tartamudeando—. Y él insistió en hacerlo lo antes posible.

—¿Y luego qué ocurrió?

Por segunda vez Iversen describió la sesión. Kortmann no reaccionó de manera visible a lo que escuchaba, pero mantuvo los ojos fijos en el anciano.

—Veamos el sótano —ordenó Kortmann—. Tú —dijo, señalando a Paw—, si tu

brazo está bien ahora, llévame abajo.

Paw asintió y se concentró en el frágil cuerpo del hombre hasta que logró cogerlo adecuadamente para levantarlo de la silla. Katherina pensó que Paw parecía un ventrílocuo y Kortmann un muñeco bien vestido. Mientras todos bajaban por la escalera de caracol hacia el sótano, ella se quedó con Jon. Era imposible imaginar, viéndolo así, que apenas unas horas antes habían saltado chispas de su cuerpo. Sus ojos se movían detrás de los párpados y su respiración era tranquila. Con cuidado, le puso la mano en la frente. Estaba cálida y ligeramente húmeda.

Al cabo de diez minutos, los otros regresaron. Paw volvió a poner a Kortmann en la silla de ruedas y se secó la frente con el dorso de la mano.

Kortmann se acercó a la cama y observó al inconsciente Jon con renovado interés.

—El joven Campelli es una caja de sorpresas —se dijo a sí mismo—. ¿Alguno de vosotros había visto antes algo semejante? —le preguntó a Clara, que estaba de pie a un lado de la cama.

La mujer sacudió la cabeza.

—Nunca. Jamás ha habido nada parecido a un fenómeno físico, a una descarga de energía o comoquiera que se llame eso.

—De modo que, en realidad, no sabemos a qué nos enfrentamos aquí —señaló Kortmann—. Puede ser una especie de nuevo poder de Lector que todavía no hayamos visto, o podría tratarse de un fenómeno distinto..., un área del cerebro activada de manera accidental y sin relación alguna con nuestros poderes.

Katherina carraspeó.

—Creo que tiene algo que ver con sus poderes.

—¿Puedes explicarte? —preguntó Kortmann, mostrándose molesto.

—Cuando usamos nuestros poderes sobre los transmisores, podemos sentir una especie de pulsación en las acentuaciones o energías que emiten. —Clara asintió con la cabeza—. Y yo percibí que los fenómenos seguían los latidos del corazón de Jon —explicó Katherina—. Es verdad que la frecuencia era irregular, pero los fenómenos ocurrieron y fueron reforzados con cada pulsación..., estoy segura de eso.

—Y esa... pulsación ¿es algo que sólo los transmisores poseen?

El tono de voz de Kortmann era más apacible, pero su mirada tenía una frialdad de acero. Katherina miró a Clara, que le sonreía como una madre orgullosa.

—Sí —respondió la joven—. No tiene nada que ver con el pulso normal. Sólo se produce cuando los transmisores usan sus poderes.

—Así es como nosotros, como receptores, podemos determinar si alguien tiene poderes de transmisor y si los está usando o no —añadió Clara.

Kortmann hizo rodar su silla de ruedas apartándose un poco de la cama de Jon.

—Entonces eso quiere decir que no es peligroso mientras no esté leyendo. ¿No es así?

—Ésa parece ser la conclusión —dijo Clara.

Kortmann lanzó una mirada a las estanterías colocadas a su alrededor.

—Pero cuando lee... —dijo con lentitud, como si estuviera resolviendo un problema matemático—. Debemos suponer que no lo hace de manera deliberada. ¿Puede controlar de alguna manera estas descargas de energía?

Kortmann fijó su mirada en Iversen, que estaba apoyado contra el mostrador.

—Hasta donde he podido precisar, no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo a su alrededor —respondió Iversen.

—Era totalmente ajeno a ello —añadió Paw.

—Mi percepción fue que podía controlar la fuerza de las descargas de energía —intervino Katherina—, tal como uno puede acentuar el texto con más o menos fuerza. El alcance que tiene a su disposición es, sencillamente, mucho más grande. —Todos los demás se habían dado la vuelta para mirarla, pero no parecían haber comprendido las implicaciones de lo que ella estaba diciendo—. Si los fenómenos ocurren durante las más violentas descargas, como yo noté que ocurría, él es también capaz de impedir que ocurran. —Levantó el dedo índice antes de que los otros pudieran decir algo—. Por otro lado, no creo que pueda controlar la energía una vez que ésta ha sido liberada.

Todos guardaron silencio unos instantes. Entonces Kortmann abrió los brazos con las manos extendidas.

—Puras conjeturas —exclamó—. Por ahora no se trata más que de puras conjeturas. La única forma de conseguir respuestas a estos interrogantes es preguntándole cuando se despierte.

Iversen asintió con un movimiento de cabeza.

—Dijiste que había otra cosa que querías comentarme —continuó Kortmann, cruzándose de brazos.

—Le hicimos una visita a Tom Norreskov —dijo Katherina, yendo directamente al grano.

Observó las reacciones de Kortmann y de Clara. Kortmann frunció el ceño por un momento, pero luego abrió mucho los ojos y una mueca de sorpresa apareció en sus labios. Clara pareció haber reconocido el nombre de inmediato y miró hacia el suelo.

—¿No fue el...? —empezó Kortmann.

—Sí, fue expulsado de la Sociedad hace más de veinte años —confirmó Iversen.

Katherina e Iversen describieron la reunión con Norreskov y su teoría sobre la Organización Sombra. Les llevó casi una hora, en la que Katherina explicó cómo ella y Jon habían encontrado a Tom y su conversación con él. De vez en cuando, Iversen intervenía con observaciones y descripciones de los acontecimientos que respaldaban lo dicho por Tom Norreskov. Durante todo el relato, Kortmann, sentado en su silla de ruedas con una mirada escéptica en la cara, escuchó sin hacer comentarios. Clara daba vueltas por la librería, asintiendo con la cabeza. Paw se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con aspecto de estar ofendido, probablemente por no haber recibido antes aquella información.

A medida que el relato avanzaba, la corazonada de Katherina de que habían

sacado a la luz la verdadera causa tanto de los acontecimientos de hacía veinte años como de los más recientes se veía reforzada. Cualquiera laguna que hubiese en la historia, Iversen lograba explicarla, basando sus conocimientos en lo que Luca había hecho o dicho.

Luego se produjo una larga pausa; nadie dijo una palabra. Clara había dejado de caminar de un lado para otro y Paw había inclinado la cabeza hacia el suelo.

—¿Dónde está Norreskov ahora? —preguntó Kortmann.

—Muy probablemente, en su granja —respondió Katherina—. Parecía casi paralizado por la paranoia y probablemente se niegue a abandonar su escondite.

Kortmann sacudió la cabeza.

—Ahora que Luca está muerto, en lo único que puedes apoyar tu teoría es en la imaginación de un ermitaño.

—Pero... —protestó Iversen.

—Puede ocurrir que tu teoría sirva para ciertos hechos aislados. Pero yo estaba allí, hace veinte años. No había ningún indicio de conspiraciones secretas. Y ahí tienes tu prueba. —El hombre de la silla de ruedas hizo un gesto con la cabeza en dirección a Clara, que estaba de pie con los brazos cruzados, mirándolo fríamente—. Tan pronto como la Sociedad Bibliófila se escindió, los ataques cesaron.

—Pero eso sólo demuestra que la Organización Sombra consiguió lo que quería —sugirió Iversen—. Querían debilitar a la Sociedad dividiéndola, y tuvieron más éxito del que podían imaginar.

—Eso es totalmente irreal —dijo Paw—. ¿Organización Sombra? Vaya, eso realmente me asusta. —Sacudió la cabeza—. Amigos, más vale que os controléis un poco.

Por una vez, Kortmann pareció coincidir con el muchacho, y le dirigió un gesto de aprobación con la cabeza.

—¿Y dónde están las pruebas que apunten de forma inequívoca hacia esa Organización Sombra? Es una explicación muy imaginativa, para decirlo delicadamente, sin ningún indicio de que exista..., al contrario que un grupo de receptores, y ya sabemos que éstos tienen potencial. ¿Cómo se supone que podemos encontrar semejante organización, en caso de que exista? ¿Por dónde se supone que debemos empezar a buscar?

—Yo sé dónde —dijo una voz áspera detrás de ellos. Todos se dieron la vuelta para mirar hacia la cama donde Jon se había incorporado y se apoyaba sobre el codo—. Yo sé exactamente por dónde empezar.

CAPÍTULO

22

La sed era lo peor.

A Jon le daba la sensación de que su garganta estaba revestida con un material aislante, esa horrible fibra de vidrio, y le dolía cada vez que tragaba. Una enorme apatía se había apoderado de él, e incluso apoyarse en el codo le requirió un gran esfuerzo. Por eso había permanecido allí tendido, escuchando a los demás, durante un rato antes de hacerse notar. Se había despertado cuando Katherina estaba en mitad de su relato de la visita a Tom Norreskov, y no había sentido necesidad de intervenir hasta ese momento.

Su brazo empezó a temblar y cayó de espaldas otra vez. Varios de los presentes corrieron hacia él. Katherina fue la primera en llegar. Él le sonrió. Le alegraba ver que estaba sana y salva.

—Estoy bien —dijo—. Sólo estoy un poco cansado.

Notó la mano de ella sobre su frente y cerró los ojos.

—¿Tienes dolor? —preguntó Iversen.

Jon sacudió la cabeza.

—¿Podría tomar un poco de agua?

Iversen envió a Paw abajo a buscar agua, una tarea que, evidentemente, no agradó al joven, ya que todos pudieron oír sus gruñidos de descontento mientras bajaba las escaleras.

—¿Recuerdas algo? —preguntó Kortmann con impaciencia. Jon levantó el brazo, se señaló con el dedo la garganta y sacudió la cabeza.

—Fuiste activado —le explicó Iversen—. Y durante la sesión perdiste el conocimiento. Temíamos que no volvieras a despertar.

Jon abrió los ojos y sonrió. No sentía nada especial, aparte de la fatiga y la sed. No había ninguna señal de que hubiera cambiado, y por un momento deseó no tener los poderes, ser una persona normal que podía volver a su antigua vida.

—Eres un transmisor, como tu padre —dijo Iversen con orgullo en su voz—. Y algo más que eso, debo decir.

Paw volvió con un vaso de agua. Jon se apoyó otra vez en un codo y bebió con avidez el agua tibia. Devolvió el vaso y le dirigió al muchacho una inclinación de cabeza como agradecimiento.

—Será mejor que traigas más —sugirió Katherina, y Paw volvió abajo de mala

gana.

—No me siento en absoluto diferente —dijo Jon después de aclarar enérgicamente su garganta—. ¿Estás seguro de que ha funcionado?

—Yo diría que sí —exclamó Iversen, riéndose con alivio—. Mucho más allá de nuestras expectativas.

—¿No recuerdas nada en absoluto? —volvió a preguntar Kortmann.

Jon trató de concentrarse, pero estaba demasiado exhausto.

—Recuerdo estar viendo una película —comenzó de manera vacilante—. Y había mucho humo y fuego. —Miró inquisitivamente a Iversen—. ¿Crees que yo lo provoqué?

Iversen asintió con la cabeza.

—Aparentemente, tus poderes pueden manifestarse como descargas de energía de algún tipo, muy probablemente eléctrica. Lo cierto es que produjiste cortocircuitos en los aparatos eléctricos del sótano, lo que hizo que se encendiera un fuego.

Jon observó a los demás. Ninguno de ellos se rió; por el contrario, Clara y Kortmann parecían incómodos incluso por estar con él en la misma habitación. Clara estaba a los pies de la cama, retorciéndose los dedos, mientras que Kortmann permanecía a una cierta distancia con las manos sobre las ruedas de su silla, listo para moverla y alejarse si fuera necesario.

Paw regresó con otro vaso de agua; él también parecía tener miedo de acercarse a Jon. Después de entregarle el vaso, se acarició el brazo derecho con la mano izquierda y se apartó de la cama. El abogado bebió el agua.

—Acabas de decir que sabías dónde podíamos encontrar a la Organización Sombra —dijo Kortmann.

Jon asintió con un movimiento de cabeza.

—Un cliente —explicó con brusquedad—. Alguien que ha mostrado un sospechoso y desmedido interés por apoderarse de Libri di Luca.

Kortmann y Clara intercambiaron miradas perplejas y luego dirigieron los ojos a Jon. Él no se sentía demasiado inclinado a darles más detalles por el momento. En parte, porque estaba demasiado extenuado para un interrogatorio importante y, además, todavía estaba amargado por lo que Remer le había costado, una amargura que podía dar una mala impresión a sus oyentes, que ya se mostraban escépticos.

—No me convence —intervino Paw—. Podría tratarse simplemente de un obsesivo traficante de libros. Si realmente existe una Organización Sombra detrás de todo, ¿por qué habría de interesarse en Libri di Luca?

—Creo que puedo responder a eso —intervino Iversen—. Libri di Luca es una de las librerías anticuarías más antiguas de Copenhague. Los libros que veis aquí y los que hay en el sótano no sólo tienen un valor sentimental para un bibliófilo. Han sido cargados. Durante años los Lectores han estado leyendo estos libros en este mismo sitio. Por razones que no comprendemos del todo, los libros se cargan con cada lectura. Luca incluso tenía la teoría de que esta energía podía acumularse en el

edificio mismo. —Kortmann estaba a punto de protestar, pero Iversen levantó la mano pidiendo permiso para continuar—: Tal vez no es una coincidencia que sea más fácil realizar una activación aquí que en otros lugares. Tal vez se deba a los libros mismos, pero también podría ser porque las paredes contienen la energía de generaciones.

—¿Y es esa energía la quejón liberó? —quiso saber Katherina.

—Sí. O él pudo conectarse con ella de alguna manera —respondió Iversen—. Por lo menos eso explicaría por qué la Organización Sombra no sólo está interesada en los libros, sino también en el espacio mismo.

—Pero, entonces, ¿por qué trataron de incendiar la tienda? —preguntó Paw con terquedad.

—Podría haber sido sólo una advertencia —respondió Iversen—. O quizá la energía no desaparece con el fuego.

Jon había vuelto a acostarse. No le daba la sensación de que hubiese interferido en ninguna fuente de energía exterior; en cambio, notaba como si él mismo hubiera sido vaciado de manera tan eficaz que apenas podía mantener los ojos abiertos. Las voces alrededor de él se unían para formar un zumbido y tenía que esforzarse para no quedarse dormido. Creyó escuchar a Katherina que lo llamaba, pero ya no tenía fuerzas para abrir los ojos.

Jon disfrutó al despertarse en su propia cama. Casi no podía recordar la última vez que se había metido en la cama con toda tranquilidad para dormir una noche entera. No tenía ningún trabajo que hacer, no había ningún montón de expedientes que revisar agujoneando su conciencia ni reuniones a las que tuviera que asistir. Sobre la mesilla de noche había un vaso de agua, que se bebió de un trago. En el exterior se veía la luz del día. El radio despertador le señaló que era por la mañana temprano.

No recordaba cómo se las había arreglado para llegar a su casa y su curiosidad sobre ese asunto fue lo que finalmente le hizo salir de la cama. Llevaba puestos unos calzoncillos y una camiseta, lo cual parecía indicar que alguien le había sacado la ropa. Normalmente se acostaba desnudo.

En el salón encontró a Katherina durmiendo en el sofá. Estaba tapada con una manta gris, un pobre contraste con su pelo rojo y su cutis claro. Sobre la mesa de café había unos pantalones vaqueros y un jersey cuidadosamente doblados junto a un vaso de agua.

Se quedó allí observando a la mujer que dormía. El movimiento de sus párpados indicaba que estaba soñando y por un momento él quiso estar allí para ver las imágenes que ella estaba viendo, de la misma forma que ella podía apreciar las que él producía al leer. Sonrió al alejarse y dirigirse de puntillas a la cocina. No había nada en las alacenas que pudiera ofrecer a un invitado para el desayuno, de modo que se dirigió silenciosamente al dormitorio para ponerse la ropa y los zapatos.

Fuera había bruma, una neblina espesa y casi palpable que le impedía ver a más

de veinte metros delante de él. Con las manos en los bolsillos, Jon recorrió los escasos cientos de metros hasta la panadería.

Fue allí donde se dio cuenta por primera vez.

Jon estaba en la cola detrás de otros dos clientes. En primer lugar había una mujer mayor, revolviendo en su monedero, y detrás de ella, un hombre maduro, trajeado, tratando de controlar su impaciencia. Presumiblemente iba al trabajo y, a juzgar por el reloj, llegaba con retraso. Jon recorrió con la mirada el interior de la tienda, observando a los clientes, a la dependienta y luego el estante de periódicos.

Cuando dirigió su atención al diario de la mañana, sintió una ligera sacudida que le provocó una mueca de molestia. En la portada aparecía un artículo relativamente normal acerca de una nueva reforma educativa que el gobierno había puesto en marcha, pero cuando Jon empezó a leer el párrafo inicial percibió que éste se le acercaba, como si fuera elástico, casi insistiéndole para que lo leyera en voz alta.

Alarmado, apartó la vista, pero, mirase a donde mirase, percibía que era acosado por palabras y mensajes que provenían de señales, carteles y folletos colgados en distintos lugares del establecimiento, invitándolo a pronunciarlos y darles forma.

Bajó la mirada hacia sus zapatos y la mantuvo allí fija hasta que la vendedora de la panadería le preguntó qué deseaba. Hizo su pedido y pagó sin levantar la vista para salir apresuradamente de la tienda tan pronto como tuvo las bolsas en la mano.

En el camino de vuelta, Jon sostuvo la mirada fija en el suelo mientras caminaba rápidamente hasta que llegó a la puerta de entrada. Subió las escaleras corriendo, pues cuando miraba las placas con los nombres de sus vecinos, era como si se lanzaran hacia él, tratando de detenerlo o hacerle tropezar.

Entró apresuradamente en el apartamento y cerró la puerta con un golpe. Sin aliento, permaneció allí durante un momento, apoyado contra el marco de la puerta.

—¿Jon?

Escuchó la voz preocupada de Katherina que venía de la sala. Se secó el sudor de la frente y entró en el apartamento. Allí se encontró con la joven, que se había puesto el jersey y se había envuelto la manta alrededor de la cintura. Se dirigió hacia él.

—¿Estás bien?

—He ido a la panadería —explicó, levantando las bolsas.

Las manos le temblaban tanto que el plástico crujía.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Katherina, preocupada.

Jon se sentó a la mesa de la cocina y le contó su experiencia en la panadería. Justo en ese momento se dio cuenta de que todavía tenía las bolsas en la mano y no se había quitado la chaqueta.

—Creo que eso es perfectamente normal —lo tranquilizó Katherina—. A Iversen le gusta contar lo que le ocurrió cuando fue activado. Tenía la sensación de que era atacado por todos los libros que antes habían sido sus mejores amigos. —Cogió las bolsas de sus manos—. Sólo se tiene esa sensación al principio. Cuando uno se acostumbra, ya se puede controlar la situación.

La respiración de Jon había vuelto a la normalidad, pero permaneció sentado en la silla mientras se quitaba los zapatos y la chaqueta. Katherina regresó a la sala. Él se frotó la cara con las palmas de las manos. ¿Qué habría sucedido si hubiera leído aquel periódico? ¿Podría volver a leer algo alguna vez sin correr riesgos? ¿O solamente era en Libri di Luca cuando resultaba un peligro para quienes lo rodeaban?

—¿Cómo volvimos aquí ayer? —gritó Jon.

—Querrás decir anteayer —respondió Katherina, también gritando—. Has dormido durante treinta y seis horas.

Volvió a la cocina, ya completamente vestida.

—Nos trajo Kortmann. El chófer te subió hasta aquí en volandas. No pudimos despertarte.

—¿Y tú has estado aquí todo el tiempo?

—No tenía otra cosa que hacer —respondió, sonriendo con cierta incomodidad.

Jon la miró fijamente. Se daba cuenta de que no había dormido demasiado y se la imaginó sentada a su lado mientras él descansaba. Tal vez le había acariciado suavemente la frente con la yema de los dedos con expresión preocupada en sus ojos verdes.

Se aclaró la garganta y bajó la vista.

La información de que había dormido un día y medio sin interrupción pareció despertar a su estómago y de pronto sintió hambre. Se levantó para hacer café.

Mientras comían, Katherina le contó lo que había ocurrido en la librería cuando él se quedó dormido otra vez. Habían pasado casi todo el tiempo hablando sobre si la Organización Sombra existía o no, y no habían llegado a ningún acuerdo. Clara estaba convencida y pidió una reunión de las dos facciones, mientras que Kortmann y Paw se negaban a creer en ella. La discusión había terminado con una especie de compromiso. Jon iba a tener que buscar a Remer para confirmar o negar su relación con la Organización Sombra, y después decidirían qué hacer.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo? —preguntó alegremente Katherina.

Jon buscó en los bolsillos de su chaqueta, que estaba todavía colgada del respaldo de la silla.

—Este tipo nos puede proporcionar alguna ayuda —dijo, poniendo un llavero sobre la mesa de la cocina.

El Pitufillo estaba entre las llaves con una expresión meditabunda en su rostro.

—Nuestro pasaporte para el caso Remer. Olvidé devolver las llaves cuando me despидieron. —Se puso de pie—. Pero primero me voy a dar una ducha. Creo que la necesito.

Los productos frescos de la panadería y el café habían surtido efecto. Jon ya no sentía hambre y el café le había servido de estimulante. Mientras el agua de la ducha caía sobre él, no pudo evitar sonreír, ya que se sentía descansado y contento, y pronto también se sentiría limpio. Le proporcionaba un gran placer sentir el agua caliente

sobre la piel. Cerró los ojos y volvió la cara hacia la ducha.

Tal vez por eso no se dio cuenta de que Katherina había entrado hasta que ella lo envolvió con los brazos y apretó el cuerpo contra su espalda. Notaba la calidez de ella, mucho más que la del agua. Él canturreó con satisfacción y dejó que sus manos se deslizaran sobre las de ella. Lo besó en la espalda y le acarició el pecho y el vientre. Cuando él trató de volverse, ella lo sujetó con fuerza. Él la dejó hacer, inclinándose hacia delante con las dos manos en la pared delante de él. Las manos de la chica se deslizaron hacia abajo por el vientre hacia las caderas, luego a los muslos. Hizo volver las manos por el mismo camino, rozándolo con las puntas de los dedos, tal como él la había visto acariciar los lomos de los libros la primera vez que la vio en Libri di Luca. Apoyó las manos en las caderas de él y lo hizo girar para mirarse cara a cara. Jon abrió los ojos y los fijó en los de ella. La visión de su cabello rojo, los ojos verdes y la piel blanca le hizo contener la respiración. Se inclinó hacia delante y con cuidado le besó la cicatriz que tenía en la barbilla. Ella suspiró y él la besó en los labios. Con un tirón ligeramente más brusco, Katherina lo abrazó con más fuerza y le devolvió el beso.

Pasaron el día siguiente haciendo el amor, durmiendo y comiendo alternativamente. Ignoraron todo lo demás; ni siquiera los mensajes de preocupación de Iversen en el contestador automático de Jon pudieron hacer que manifestaran algún interés por el mundo que existía fuera del apartamento. Aunque Katherina siempre le había parecido a Jon reservada y precavida, ahora se mostraba abierta y cariñosa, y le resultaba irreal que hasta hacía sólo dos semanas ignoraran la existencia el uno del otro.

Ambos sabían que no podían aislarse para siempre, pero pospusieron la decisión tanto como les fue posible y siguieron encontrando nuevas excusas, sobre todo relacionadas con el sexo, para mantenerse alejados del mundo. Aparte del hecho de que era estupendo esconderse con Katherina, Jon estaba también preocupado por su forma de funcionar en el exterior, donde sus nuevos poderes podrían manifestarse. Katherina estaba segura de que él iba a ser capaz de controlarlos después de haberse concienciado de las consecuencias, pero él no estaba tan convencido. La activación debería haber sido únicamente una cuestión formal. Habían evitado cuidadosamente toda lectura desde que él había vuelto de la panadería, pero en algún momento tendría que salir del apartamento. Katherina sugirió que empezaran con algunas lecturas controladas.

Para mayor seguridad, ella telefoneó a Iversen, que se mostró aliviado al saber que estaban bien. También creía que era una buena idea hacer un poco de entrenamiento antes de que Jon pudiera moverse libremente.

Jon jamás había comprado una obra de ficción. La ruptura con Luca le había hecho odiar los libros hasta tal punto que sólo leía obras de no ficción, pero tenía un par de novelas policíacas que le habían regalado. Las había dejado olvidadas en el fondo del armario. Mientras Katherina les quitaba el polvo, decidió que no había

peligro de que estuvieran cargadas. Era muy probable que nunca hubieran sido leídas, de modo que estaban «muertas» a los ojos de un Lector.

—Primero tienes que familiarizarte con tus poderes —le recomendó Katherina, tratando de parecer seria, aunque estaban tendidos desnudos en la cama de Jon—. Como ya te habrás dado cuenta, un texto puede ocupar mucho espacio en la mente. No puedes ignorar tus poderes, pero puedes aprender a silenciarlos cuando no los estés usando.

—Entonces, ¿qué hacemos exactamente? —quiso saber Jon.

—Tú comienzas a leer y yo intervengo si las cosas empiezan a salirse de su cauce —respondió—. Lo más importante es que lo tomes con calma y no trates de forzar esos poderes ni de hacer grandes desvíos. Tengo que poder seguirlos todo el tiempo.

—En un minuto me dirás que es exactamente como andar en bicicleta —bromeó Jon.

Katherina se rió y se ruborizó.

—Vamos, empieza cuando estés listo —ordenó, entregándole uno de los libros—. Si percibes algún obstáculo, soy yo que te estoy sujetando, y eso quiere decir que debes detenerte.

Jon asintió y examinó la portada. Dio un respingo cuando el título se alzó hacia él como un anuncio tridimensional. Observó el fenómeno durante un instante, para acostumbrarse a la forma de palpitar de la tipografía, tanto en el color como en el tamaño.

—¿Estás bien? —preguntó Katherina.

Él hizo un gesto afirmativo y abrió el libro. Repentinamente todos los símbolos de la página se abalanzaron sobre él y tuvo que apartar la mirada. Notó que el sudor resbalaba por su frente. Tercamente se obligó a mirar la página otra vez y empezó a leer. Su percepción de las páginas del libro cambió de manera instantánea. Tuvo la impresión de que las palabras y las letras se estaban portando bien, esperando su turno para ser leídas, en lugar de tener todas las frases sobre la página en gran confusión como antes. Aliviado, Jon descubrió rápidamente un ritmo cómodo para la lectura, pero todavía no se atrevía a poner emoción en su lectura, y ocasionalmente lanzaba miradas a Katherina. Ella estaba echada boca abajo, con la cabeza apoyada en sus brazos y la cara vuelta hacia él. No había el menor rastro de preocupación en su expresión.

Esta vez desde el principio tuvo la sensación de que estaba sentado delante de una multitud de botones invisibles que podía ajustar para dar vida a su relato. Poco a poco, comenzó a añadir más sentimiento a su lectura; les dio más personalidad a los personajes y proporcionó más color a las descripciones. Tal como había ocurrido durante la activación, el fondo adquirió un aspecto semejante al cristal y las letras aparecieron más definidas, pero Jon vacilaba en atravesar la superficie blanca. Determinó que su percepción de la superficie blanca y las imágenes que creaba a partir del texto eran dos cosas diferentes. Las imágenes se formaban con sus

conocimientos, y la interpretación del texto era un producto en parte de sus propias experiencias y también de la intensidad que podía otorgar a la escena en virtud de sus nuevos poderes. El relato tenía lugar en Copenhague, lo que hacía posible que añadiera detalles que no estaban en el texto, pero que eran el resultado de las asociaciones que él hacía.

Jon experimentó con colorear la esencia de las imágenes, y descubrió que cuando realmente se concentraba, las sombras comenzaban a aparecer detrás de la superficie de cristal. Esas imágenes se acercaban a las creadas por su subconsciente. Pero cada vez que llegaba a esa proximidad, era detenido, y no trató de abrirse camino a la fuerza. De este modo, probó varios efectos durante un tiempo, hasta que oyó a Katherina que lo llamaba.

Apartó la mirada del libro y la descubrió sentada a horcajadas sobre él.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó, tirando a un lado el libro.

—Ha sido hermoso —respondió ella—. Tienes mucho talento.

—Gracias. Pero tengo que ser honesto y admitir que no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo.

—Ya lo conseguirás —aseguró Katherina con convicción—. Creo que ha salido muy bien. Hay dos cosas que debes tener en cuenta. Primero, a los oyentes. Cada uno percibe el relato de manera diferente, en parte debido a sus experiencias, pero también porque en ese día en particular podría estar especialmente vulnerable o especialmente insensible. Ésa es la razón por la que el tono debe mantenerse dentro de cierto margen de seguridad; de ése modo, no producirás efectos demasiado violentos en los oyentes más débiles.

—¿Cómo puedo saber lo que los oyentes pueden tolerar?

—Con el tiempo aprenderás a percibir de qué manera la lectura está siendo recibida. Por eso tenemos que practicar.

Apretó su vientre contra el de él y sonrió impudicamente.

—¿En qué clase de práctica estás pensando ahora? —preguntó Jon, riéndose—. Pero dijiste que había dos cosas.

—Lo segundo es más difícil —continuó Katherina seriamente—. Porque no sabemos cómo suceden... los fenómenos físicos que aparentemente tú puedes producir. Es importante que descubramos con exactitud en qué circunstancias ocurren y hasta dónde puedes llegar antes de que aparezcan. De otra manera, no podemos detenerte antes de que las cosas se compliquen.

—Muchas gracias.

Le habló sobre su percepción de la superficie de cristal y de cómo se había abierto paso a través de ella durante la activación. Katherina asintió con la cabeza.

—Ése podría muy bien ser el límite —sugirió.

—¿Entonces me he ganado un descanso? —preguntó Jon, poniendo sus manos sobre las caderas de ella.

—Te has ganado más que eso —le aseguró con una sonrisa, inclinándose hacia él.

CAPÍTULO

23

—¿Por qué no le pedimos ayuda a Muhammed? —preguntó Katherina.

Habían salido para alquilar un coche, una furgoneta Suzuki, y se encaminaron luego a casa de Katherina, para recoger algo de ropa. En ese momento se dirigían a Libri di Luca en medio del tráfico de la hora punta. El vehículo hacía un ruido infernal y tenían que hablar alto para poder oírse.

—¿No podría él encontrar lo que queremos saber?

A Katherina no le atraía demasiado la idea de entrar por la fuerza en el despacho donde había trabajado Jon en busca de información sobre Remer.

—Seguro que podría —respondió Jon—. Pero tardaría demasiado tiempo. A diferencia de Tom Norreskov, Remer es un maestro en no dejar rastro. Los archivos nos proporcionarán por lo menos un punto de partida. Todo lo que el bufete sabe de él está reunido ahí: información sobre su imperio empresarial, sus propiedades, direcciones, inversiones, todo. —Apretó los dientes mientras cambiaba de marcha con involuntaria aspereza en el vehículo que le resultaba poco familiar—. Además, quiero mantener a Muhammed fuera de esto durante el mayor tiempo posible.

Habían pasado la mayor parte del día explorando los poderes de transmisor de Jon. A pesar de la limitada selección literaria que tenía en su casa, había logrado adquirir un cierto dominio de sus capacidades... Katherina podía darse cuenta de que ya era capaz de controlar sus poderes, pero sólo cuando él dijo que ya había adquirido una cierta confianza se aventuraron a salir. Quería entrenarlo con algunos de los libros cargados de la librería, pero no quería presionarlo demasiado. Le resultaba difícil. No estaba segura de si era debido a que se había enamorado de él o a sus poderes en general, pero cuando él leía, parecía como si una barrera infranqueable los rodeara, dejando fuera todo lo demás. Con los textos adecuados, él sería imposible de controlar, por lo menos para ella.

En cuanto a Jon, estaba más preocupado por pillar desprevenido a Remer. Su expresión se volvía fría cada vez que hablaba de su antiguo cliente; se reprochaba a sí mismo no haber sido más suspicaz desde el principio. En su entusiasmo por devolverle la jugada a Remer, habían decidido efectuar el robo esa misma noche. Katherina había insistido en acompañarlo, aunque sabía que no iba a resultar de mucha ayuda.

Aparcaron a corta distancia de Libri di Luca y corrieron huyendo de una pegajosa

llovizna hacia la librería. Aunque ya había transcurrido bastante tiempo desde la hora de cierre, la puerta todavía estaba abierta, e Iversen se paseaba entre las estanterías, tarareando. Apareció cuando sonaron las campanillas de la puerta.

—Ah, sois vosotros —exclamó, precipitándose hacia Katherina para darle un afectuoso abrazo—. ¿Cómo va todo? —preguntó, observando atentamente a Jon—. Algún problema con...

Jon sacudió la cabeza.

—Todo va bien —aseguró—. Aunque me siento un poco como si hubiera vuelto a la escuela. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Katherina—. Sentado delante de una severa maestra.

Iversen se rió y luego deslizó su mirada del uno al otro. Katherina sintió que el rubor subía a sus mejillas. El anciano esbozó una sonrisa de aprobación y asintió.

—Estás en buenas manos, Jon. Puedes estar seguro de eso.

—Necesitamos algunos libros que sean más apropiados para el entrenamiento —explicó Katherina—. La colección de novelas de Grisham que tiene Jon no ofrece demasiadas sutilezas.

—Comprendo —dijo Iversen—. Busquemos algunos...

Las luces de la tienda parpadearon con fuerza un par de veces, luego bajó su intensidad para luego volver a un voltaje normal.

—Oh, no —exclamó Iversen, dirigiéndose a las escaleras que llevaban al sótano—. Paw está echando una ojeada a los aparatos eléctricos de abajo. Dice que es algo que ya ha hecho antes, pero hasta ahora no ha conseguido más que hacer saltar algunos fusibles.

Jon y Katherina lo siguieron al sótano.

—Mierda —exclamó Paw entre los libros.

—¿Qué ha pasado? —gritó Iversen.

Paw asomó la cabeza en el corredor.

—Nada, estoy bien —farfulló—. Son estos interruptores de mierda los que me están dando trabajo.

—Tal vez sea mejor que cortes la corriente mientras tanto —sugirió Jon.

—No importa... en realidad 220 voltios no duelen. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Jon—. El calambrazo que me diste tú fue peor.

—Bien, parece que has logrado arreglar algunas cosas —dijo Iversen, pasando junto a Paw para adentrarse en la biblioteca.

Las lámparas situadas sobre las estanterías estaban encendidas, iluminando la multitud de lomos de cuero con un amarillo suave.

—¿Y tú? —preguntó Paw, mirando a Jon—. ¿Estás bien ya?

Jon asintió con la cabeza.

—Me encuentro bien.

—¿Has recuperado la cordura? —quiso saber Paw.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, me refiero a todo ese asunto de la Organización Sombra —dijo el muchacho—. Alguien tiene que hacer que el viejo baje a la tierra.

Señaló por encima de su hombro a Iversen, que caminaba entre las estanterías, llevando un montón de libros en los brazos.

—Vamos a conseguir la prueba esta noche, Paw —señaló Jon con firmeza—. Entonces veremos quién tiene que recuperar la cordura.

—¿Esta noche? —preguntó Paw con interés—. ¿No quieres que vaya contigo?

—No, gracias —replicó Jon—. Creo que cuantos menos vayamos, mejor.

—¿Estás seguro? Soy bueno en las incursiones nocturnas —insistió Paw, dirigiendo una gran sonrisa a Katherina.

Ella suspiró.

—Creo que podemos arreglarnos solos, Paw. Pero gracias de todos modos.

—Vale. Además, probablemente me pase toda la noche toqueteando cables.

Iversen salió al pasillo y le dio un montón de libros a Katherina.

—Ahora añadiré un par más —dijo, y desapareció detrás de un anaquel.

Katherina advirtió la conocida sensación de zumbido que emanaba de los libros que había en sus brazos. Era una experiencia totalmente diferente a la de tener en las manos un libro fabricado en serie, como los que habían usado en el apartamento de Jon. Éstos estaban vivos.

—Trata de sentirlos —le sugirió a Jon, ofreciéndole el montón.

Con gran decisión puso la mano sobre el libro de la parte superior. Nada más rozar la superficie con las puntas de los dedos, tuvo que retirar con sorpresa la mano como si hubiera recibido una descarga.

—¿Qué diablos...? —exclamó, frotándose la mano sobre el muslo.

Paw soltó una carcajada.

—Así aprenderás —dijo, riéndose todavía con más fuerza.

Katherina lo ignoró.

—Estos libros están cargados —explicó ella—. Hay una diferencia en cuanto al poder que tienen. La mayoría de los Lectores pueden sentir la energía sólo con tocarlos. —Le dirigió una mirada a Paw—. Otros tienen que meter los dedos dentro de un enchufe para lograr la misma sensación.

Los ojos de Paw brillaron, pero no dijo una palabra. Dio media vuelta para regresar a su trabajo.

—¿Te ha dolido? —quiso saber Katherina.

—No —respondió Jon—. Sencillamente me sorprendió. He sentido lo mismo que con la electricidad estática.

Iversen apareció con más libros, que le entregó a Jon, quien los recibió de manera vacilante.

—Siempre puedo prestarte más —ofreció Iversen—. Pero éstos son suficientes para un buen comienzo. Hay un poco de todo, con diferentes grados de poder. —Le hizo un guiño—. Pero creo que reservaremos por ahora los más poderosos.

—Buena idea —aceptó Jon—. Por lo menos tengo que poder sostenerlos en mis manos.

Una vez arriba, pusieron los libros sobre el mostrador y Katherina le contó a Iversen los progresos que habían hecho hasta ese momento con el entrenamiento de Jon.

Pensativo, Iversen hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Cada transmisor tiene su propia manera de percibir sus poderes —afirmó—, pero la mayoría tiene la sensación de disponer de una especie de caja de herramientas o paleta, que pueden usar para influenciar a sus oyentes.

—En lo que a mí concierne, me siento como si estuviera ante una gran mesa de mezclas de sonido con infinitas posibilidades de ser manejada —explicó Jon con una sonrisa—. Me da una verdadera sensación de... poder. Creo que me voy a acostumbrar a esto.

Iversen lo observó atentamente.

—Ten cuidado —le advirtió—. Al principio, sólo se te permite usar tus poderes con otros Lectores, y preferentemente cuando Katherina esté cerca. —Jon movió la cabeza asintiendo. Iversen continuó—: Muchos se sienten tentados a exagerar las primeras dos o tres veces. En tu caso, podría ser sumamente peligroso, pero incluso para un transmisor común podría tener consecuencias poco afortunadas. Aparte de los efectos emocionales que el texto puede provocar, los oyentes pueden tener dolores de cabeza o sentir náuseas si el transmisor no distribuye las entonaciones de manera cuidadosa, y siempre de acuerdo con el mensaje del texto.

En algunas ocasiones, Katherina había sido testigo presencial de algún transmisor que producía tales distorsiones, como se las llamaba. Esto era característico del transmisor inexperto que trataba de forzar el mensaje del texto o de una forma efectiva intentaba torcer en exceso el significado original. Paw había sido uno de los peores transgresores cuando llegó a Libri di Luca. Como nunca había sido entrenado, ignoraba la fuerza o las limitaciones de sus propios poderes, y había distorsionado la mayoría de sus lecturas, ya fuese por ignorancia o por impaciencia. Afortunadamente, sus poderes eran limitados —algo que no le gustaba que le recordaran—, de modo que las consecuencias no habían sido muy graves. Al cabo de un par de meses de instrucción bajo la supervisión de Luca, Paw pudo mantener las distorsiones bajo control, pero nunca se había convertido en un transmisor particularmente hábil, como Iversen, y no era ni remotamente tan potente como Jon.

—Vamos a buscar la información sobre Remer esta noche —le anunció Jon—. ¿Podemos reunirnos aquí mañana, antes de que abras?

Amontonó los libros sobre el mostrador y luego se los metió bajo el brazo.

—Por supuesto —respondió Iversen—. Estaré aquí una hora antes. —Abrazó a Katherina—. Ten cuidado —le susurró al oído.

El despacho de abogados de Hanning, Jensen & Halbech estaba situado en la Store Kongensgade, en un antiguo edificio con una fachada imponente y vistas al distrito Nyboder. Eran las dos de la madrugada, pero todavía había luces encendidas en el piso donde estaba la oficina Remer.

—¿Y ahora qué? —preguntó Katherina, a la vez desilusionada y aliviada ante la perspectiva de tener que cancelar la incursión.

—Podría ser alguien que trabaja hasta tarde —admitió Jon—. O tal vez alguien se olvidó de apagar las luces. O quizás el personal de limpieza. —Miró en ambas direcciones. A esa hora de la noche no había tráfico y sólo algunas ventanas estaban iluminadas—. Veamos de qué se trata —concluyó.

Cruzaron la calle hacia el edificio de ladrillo rojo. Se detuvieron delante de la pesada puerta de roble y Jon echó otra mirada rápida a su alrededor. Luego sacó el llavero con el pitufo y abrió la puerta.

En silencio, y sin encender ninguna luz, subieron las escaleras. En cada descanso, una puerta de cristal conducía a los despachos de otras empresas, pero las luces estaban apagadas en todas partes hasta que llegaron al tercer piso, que correspondía al antiguo trabajo de Jon.

Miró desde una esquina a través de los paneles de cristal de la zona de recepción, luego maldijo en voz baja.

—Anders Hellstrom está aquí —susurró, dejando que Katherina lo comprobara por sí misma.

Al otro lado de los cristales había un enorme espacio abierto de trabajo con mesas grises y una pantalla plana de ordenador en cada una de ellas. A una de las mesas había un hombre sentado, en mangas de camisa. Estaba de espaldas y toda la superficie de su escritorio estaba cubierta con carpetas y montañas de documentos que amenazaban con caerse al suelo si a alguien se le ocurría cerrar la puerta de golpe.

Katherina se concentró en lo que el hombre estaba leyendo. Se dio cuenta de que estaba cansado; su lectura era irregular y confusa. Imágenes de un dormitorio y un sofá de aspecto confortable aparecían una y otra vez en medio de la marea de términos legales, y varias veces tuvo que volver a empezar un pasaje que acababa de leer.

—¿No hay tenemos que ir? —preguntó Katherina en voz baja.

Jon señaló una de las puertas en el otro extremo de la habitación. No había forma de llegar allí sin ser vistos por el hombre. Lo único que tenía que hacer era levantar la mirada.

—Puedo distraerlo —sugirió Katherina.

Jon le dirigió una mirada de asombro, pero luego asintió con la cabeza y eligió una llave del llavero.

Katherina se concentró otra vez en lo que el abogado estaba leyendo. Esta vez ella lo ayudó a concentrarse, reforzando el texto impreso mientras ella eliminaba las imágenes irrelevantes. Podía percibir su sensación de alivio y el creciente interés en el documento que tenía ante él. Pronto estuvo tan concentrado que ella sólo tenía que darle un ligero empujón para mantener esa concentración.

—Ahora —susurró ella—. Pero sin hacer el menor ruido y caminando pegados a la pared.

Jon asintió y metió la llave en la cerradura. El hombre no se dio cuenta, de modo que entraron en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Katherina aumentó todavía más la atracción del texto mientras avanzaban de puntillas contra la pared, como ella había sugerido. El abogado seguía leyendo, sin prestar atención alguna a nada de lo que pudiera ocurrir a su alrededor. Cuando pasaron cerca de él, Katherina pudo ver su cara rojiza con evidentes ojeras negras debajo de los ojos entrecerrados, fijos en el texto. Se trataba de un caso de conflicto entre vecinos, y la documentación que estaba leyendo era un árido material sobre servidumbres y planes de la asociación de propietarios.

Cuando llegaron al otro extremo de la habitación, Jon y ella entraron en una pequeña oficina llena de archivadores. Sólo cuando cerraron con llave la puerta detrás de ellos, se atrevieron a hablar.

—Uf —susurró Jon—. Eso ha sido realmente útil.

—En realidad, debería agradecerémoslo —señaló Katherina, sonriendo—. Nunca olvidará lo que leyó aquí esta noche. Y, con suerte, se irá temprano a la cama.

—Podría haberte utilizado cuando estudiaba para los exámenes —dijo Jon, haciéndole un guiño—. Pero Anders es un buen tipo. Así que cuídalo. Katherina asintió en silencio.

Jon empezó a mirar los archivos y a revisar los documentos. Su recorrido por los archivos, resúmenes, fragmentos de informes y sentencias en el caso Remer se mezclaban con el caso de Anders Hellstram, pero Katherina silenció la lectura de Jon para poder centrar la atención en el otro abogado.

Había muchos archivadores en la habitación, pero Jon parecía saber dónde buscar exactamente y qué estaba buscando. Pasaba con rapidez de un cajón a otro, sacando documentos de las carpetas.

Tal vez se entusiasmó demasiado, porque de pronto cerró con fuerza uno de los cajones de metal, provocando un fuerte ruido.

Ambos se quedaron petrificados. Katherina se dio cuenta de que Hellstram también dejaba de leer. Se lo imaginó mirando hacia la puerta de la oficina en donde estaban escondidos. Contuvo la respiración y cerró los ojos, concentrándose exclusivamente en lo que estaba ocurriendo en la sala principal.

Durante un par de segundos no percibió nada, pero luego comenzaron a aparecer textos, palabras que podían ser avisos sobre un tablón de anuncios o nombres de productos. Aparecían en breves destellos. Ella trataba lo mejor que podía de seguir su

interés en todo lo que estaba leyendo inconscientemente. Se daba cuenta de que él vacilaba, aunque también advertía que los breves destellos seguían cambiando, que aparecían nuevas palabras y frases, lo que quería decir que estaba cambiando la dirección de su mirada o que estaba en movimiento.

Katherina hizo que Jon la mirara y señaló con preocupación hacia la puerta. Él asintió con un gesto y caminó cautelosamente hacia ella para apagar la luz. Un segundo después el pomo hizo ruido y la puerta emitió un crujido. Tras un momento de silencio, pudieron escuchar al abogado hablando entre dientes al otro lado de la puerta para luego alejarse.

Cuando Katherina empezó a recibir imágenes de Hellstrom leyendo otro resumen de una reunión general, le susurró a Jon que podía continuar su búsqueda. Encendió la luz otra vez, y Jon se pasó teatralmente la mano por la frente.

—Ha estado cerca —susurró, dándole un beso fugaz antes de volver a revisar los archivos.

Al cabo de media hora, Katherina se dio cuenta de que el abogado al otro lado de la puerta estaba tan cansado que ni siquiera ella podía mantener su atención durante más tiempo. Si lo presionaba más, podría desmayarse para no despertar hasta el día siguiente con el peor dolor de cabeza de su vida.

—Está agotado —le susurró a Jon.

Él asintió con la cabeza y puso unas páginas más sobre la pila de documentos que había reunido sobre el escritorio.

—¿Nos vamos a llevar todo esto? —preguntó en voz baja Katherina.

—Nunca se darán cuenta de que falta algo —respondió Jon en un susurro—. Este caso es tan enorme que un par de páginas aquí o allá no se va a notar.

Katherina calculó que había más de quinientas páginas en el montón que Jon había reunido.

—Además, se lo merece. Creo que tenemos lo que necesitamos. Salgamos de aquí.

Katherina se aseguró de que el exhausto abogado mantuviera la atención fija en sus papeles mientras abandonaban la oficina y se deslizaban a hurtadillas pegados a la pared por la habitación principal. Los ojos de Anders Hellstrom estaban fijos con obvia tensión en los documentos, y Katherina y Jon pudieron ver que sus manos temblaban ligeramente.

Después de pasar junto a él, retomaron el ritmo moviéndose lo más rápido que pudieron para cruzar la última parte de la oficina en dirección a la puerta. Jon cerró con llave mientras Katherina liberaba la atención del abogado. Vio que su cuerpo se desmoronaba en su silla, para luego, con un sobresalto, enderezarse y mirar a su alrededor. Se frotó los ojos, se puso de pie y se desperezó, bostezando tan fuerte que pudieron oírlo desde el otro lado de la puerta.

—Que duermas bien —le deseó Jon.

A la mañana siguiente llegaron a Libri di Luca justo cuando Iversen estaba abriendo la puerta.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó.

—Muy bien —respondió Jon—. Creo que tenemos lo que necesitamos.

Le enseñó la bolsa de plástico que contenía todos los documentos.

—No quiero saber cómo los conseguiste —dijo Iversen, sacudiendo la cabeza—. Podemos sentarnos en la biblioteca. Paw consiguió arreglar todas las luces ayer.

Entraron y se dirigieron al sótano. En la biblioteca Jon e Iversen dividieron la pila de papeles. Jon cogió los que se ocupaban de la enorme estructura corporativa de Remer, mientras que Iversen revisaba los recortes de prensa y la información complementaria que se ocupaba del hombre mismo.

Katherina se sentía inútil vagando entre las estanterías mientras ellos trabajaban. Recibía la lectura atenta de los documentos, pero en su mayoría eran listas de empresas y de personal, de modo que perdió rápidamente el interés. Por eso, como tantas otras veces, dedicó su tiempo a admirar los innumerables libros de la biblioteca. Nunca se cansaba de admirar todas las exquisitas ilustraciones y la calidad artesanal desplegada en cada volumen. Unos cuantos libros habían resultado tan dañados por la activación de Jon que estaban inutilizados, pero la rápida reacción de Iversen y de Paw había impedido que el desastre fuera mayor.

Junto al interruptor de luz al lado de la puerta había una enorme mancha negra y las partes chamuscadas de la alfombra eran la prueba del violento acontecimiento de hacía varios días. No había muchas probabilidades de que algo saliera mal mientras Jon miraba los papeles en ese momento, pero teniendo en cuenta su activación, Katherina dirigió toda su atención a lo que el abogado estaba leyendo. Todo siguió sin problemas. Jon leía los textos sin vida, sin añadir ninguna emoción y, a juzgar por las imágenes que ocasionalmente aparecían, no estaba especialmente concentrado. Katherina se ruborizó cuando descubrió que algunas de las imágenes eran suyas.

—Detente —exclamó de pronto, señalando a Jon.

Los dos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

Jon miró los documentos.

—Una lista de miembros de la junta de administración de una de las empresas de Remer. ¿Por qué?

—Lee los nombres otra vez —pidió Katherina.

Jon miró la página otra vez y lentamente recorrió la lista. Aproximadamente a medio camino abrió los ojos como platos.

—W. Kortmann —musitó, asombrado.

CAPÍTULO

24

Iluminada por el sol, la mansión de Kortmann parecía todavía más grotesca que la noche que lo visitaron por última vez. El enorme edificio de brillantes ladrillos rojos parecía una especie de pastel, aunque esta impresión fuese alterada seriamente por la torre oxidada del montacargas que se apoyaba sobre la casa como un viejo árbol hueco. El cielo era de un color azul intenso, y el césped que rodeaba la residencia todavía conservaba un color verde exuberante, aunque el mes de octubre estaba ya muy avanzado.

Jon se preguntó si se debía al buen tiempo o a que Katherina había ido con ellos el hecho de que Kortmann los recibiera en el sendero de la entrada y no en su biblioteca. Estaba sentado en lo que parecía una silla de ruedas antigua con un armazón de metal negro curvado y el asiento tapizado en cuero rojo. Una gruesa manta tapaba sus piernas y un par de gafas de sol ocultaban sus ojos.

Habían telefoneado a Kortmann hacía unas cuantas horas, explicándole que querían enseñarle algo. Su voz no reflejó ni sorpresa ni una excesiva curiosidad, y se había limitado a sugerir que se reunieran esa misma tarde. Tanto Iversen como Katherina insistieron en ir ellos también. Por razones diferentes, sospechaba Jon, Iversen estaba convencido de que el simple hecho de que Kortmann estuviera en la junta de administración de una de las empresas de Remer no significaba necesariamente que él formara parte de la Organización Sombra. Al contrario, podría ser que lo ignorara y estuviera siendo utilizado sin saberlo. Jon intuía que Katherina no compartía esta opinión. Ella señaló que Kortmann siempre había puesto obstáculos a las reuniones de los dos grupos y había sido el principal responsable de la división veinte años antes. ¿Quién podría ser mejor topo que él?

Jon intentaba mantenerse neutral. La estructura corporativa de Remer era tan vasta y compleja que podía tratarse perfectamente de una coincidencia, pero, de todas formas, no podía quitarse de la cabeza la idea de que Kortmann era amigo del misterioso empresario. Kortmann no era librero, pero sabía lo suficiente sobre Luca, Jon y la librería como para explicar el conocimiento y el interés de Remer.

—Bienvenidos —saludó Kortmann en tono amistoso mientras Katherina, Iversen y Jon bajaban del automóvil.

Jon llevaba un sobre con los documentos vinculados a la empresa en la que Remer y Kortmann tenían intereses mutuos.

Saludaron a Kortmann y le dieron la mano. Luego movió su silla de ruedas delante de ellos, conduciéndolos por el sendero que daba la vuelta hacia la parte de atrás de la casa.

—Pensé que podríamos sentarnos fuera y disfrutar del buen tiempo —explicó Kortmann.

Los condujo hacia una gran terraza en el fondo del jardín. El muro que rodeaba la propiedad y los altos y viejos árboles les daban la impresión de estar totalmente aislados del mundo exterior.

Un hombre vestido de negro se ocupaba de colocar los refrescos y las copas que traía en una bandeja de plata en una mesa de jardín rodeada por sillas de caoba. El hombre, al que Jon reconoció como el chófer de Kortmann, les dirigió una cortés inclinación de cabeza para luego regresar a la casa.

—Tomad asiento —los invitó Kortmann, señalando las sillas—. Veamos lo que habéis encontrado.

Se sentaron y Jon sacó los documentos del sobre. Kortmann no reaccionó.

—Hemos podido encontrar alguna información acerca del individuo que creemos que es un miembro de la Organización Sombra —anunció Jon, empujando hacia el centro de la mesa el papel con el nombre de Kortmann en la lista.

Su nombre había sido destacado en amarillo.

Kortmann se volvió para mirar a Katherina y luego a Jon.

—¿Qué es esto? —preguntó, sin dignarse siquiera a echar una ojeada al documento.

—Una lista de los miembros de la junta de administración del complejo residencial Habitat —explicó Jon—. Su nombre está en la lista.

—Estoy en muchas juntas —aseguró Kortmann en tono aburrido—. ¿Qué tiene de especial Habitat?

—La mayoría de las acciones son de Remer, y estamos seguros de que él forma parte de la Organización Sombra.

—¿Remer? —repitió Kortmann, apartando la vista por un momento. De pronto se echó a reír—. ¿Suponéis que Remer está en esa Organización Sombra? No, vamos... Sé que a veces Remer puede ser muy imaginativo a la hora de interpretar la ley, pero la idea de que esté detrás de un complot secreto... —Se rió otra vez.

—No estamos diciendo que sea el jefe —señaló Katherina—. Sólo que forma parte de ella.

Kortmann miró a Katherina y su sonrisa desapareció. Se volvió a Jon.

—Debo admitir que esperaba más de ti, Campelli. Primero esa teoría absurda, creada por un excéntrico como Tom Norreskov, sobre una Organización Sombra, aunque sea imposible demostrar su existencia, y ahora la idea de que Remer, precisamente él, supuestamente forma parte de la conspiración.

Jon pudo sentir que su indignación aumentaba. Con un gran esfuerzo para mantener un tono neutro en su voz, describió la cadena entera de acontecimientos

referidos a Remer, su interés en Libri di Luca y la manera en que Jon había sido despedido de su trabajo.

—Eso ya concuerda más con Remer —observó Kortmann cuando Jon terminó—. Uno puede calificarlo de hombre duro, calculador y oportunista, pero no creo que sea el jefe de una especie de secta.

Katherina se movió inquieta en su silla, pero Iversen le puso una mano sobre el brazo para impedir que estallara.

—¿Lo conoces bien? —preguntó Iversen con un tranquilizador tono de voz—. ¿Tiene él una relación diferente contigo a la que tiene con los demás miembros de la junta?

—No lo creo —respondió Kortmann—. Hay un ambiente agradable y profesional, y en general coincidimos en muchos asuntos... Eso es todo.

—¿Alguna vez has leído algo en voz alta para él?

Kortmann se encogió de hombros.

—Ocasionalmente nos hemos leído algunas cosas el uno al otro. Las actas de las reuniones, borradores para comunicados de prensa..., ese tipo de cosas.

Kortmann guardó silencio y dirigió su rostro hacia el cielo azul. Jon casi podía verlo analizar las consecuencias de esa pregunta.

—¿Y si...?

—¿Puede usted negar que sea un Lector? —preguntó Katherina, impaciente.

—Por supuesto que no —replicó Kortmann—. Sólo un receptor puede hacer eso.

—Entonces ésa es una ocasión en la que usted podía haber necesitado nuestra ayuda —concluyó ella.

Kortmann no respondió.

—Hay otro nombre en la lista —intervino Jon—. Un tal Patrick Vedel. ¿Lo conoce?

—No fuera de nuestro trabajo en la junta —respondió Kortmann—. ¿Por qué?

—Está en casi todas las juntas de Remer —explicó Jon—. Creemos que es un receptor. Un equipo formado por un transmisor, Remer, y un receptor, Patrick Vedel, sería una combinación poderosa en una junta. ¿No le parece?

—Si yo aceptara tu teoría, sí —respondió el anfitrión. Aunque Kortmann llevaba gafas de sol, Jon podía notar su aguda mirada clavada en él—. Pero no es así.

Tal vez habían cometido un error al ir allí tan pronto, sin pruebas concretas, pero Jon dudaba de poder convencer a Kortmann alguna vez, ya fuese porque simplemente rechazaba la idea o porque formaba parte de todo el entramado.

—¿Exactamente cuál es la razón de que hayáis venido aquí? —quiso saber Kortmann, apartando la mirada de Jon—. Iversen, ¿por qué no me dices por qué estáis aquí?

Iversen se aclaró la garganta e hizo un movimiento de cabeza hacia el papel que había en el centro de la mesa.

—Encontramos tu nombre —explicó sin mirar a Kortmann.

—¿Estoy siendo juzgado?

El hombre de la silla de ruedas apretó los puños. El tono de su voz era cualquier cosa menos amistoso.

—Hemos demostrado que hay una conexión entre usted y la Organización Sombra —intervino Katherina.

—¡No existe la Organización Sombra! —gritó, haciendo que Iversen se sobresaltara—. Es un invento de vuestra imaginación, una cortina de humo fabricada por las únicas personas que tienen algo que ganar desviando la atención de sí mismas. —Señaló a Katherina—. ¿A quién se le ocurrió primero todo esto? A Tom Norreskov, un receptor. ¿Y quién ha estado profundamente involucrado en la investigación y a cuya opinión se le ha dado de una manera sospechosa excesiva importancia? Un receptor. —Kortmann se quitó las gafas de sol y miró directamente a Jon—: ¿No te das cuenta de ello?

Jon miró tranquilamente al hombre de la silla de ruedas. Su reacción era convincente; sus ojos eran feroces, sus fosas nasales estaban muy abiertas. Si estaba fingiendo, lo hacía muy bien, pero el abogado tenía suficiente experiencia con personas poderosas como para saber que muchas veces tenían éxito precisamente debido a su habilidad para mostrarse convincentes, a pesar de que no hubiese ningún fundamento en sus afirmaciones.

—Me doy cuenta de que hay un hombre que teme perder el poder —replicó Jon con serenidad.

Kortmann observó a Jon durante un instante y luego volvió a ponerse sus gafas de sol.

—Lamento oír eso —dijo con firmeza—. Esperaba que tú, como un Campelli, trabajaras con la Sociedad Bibliófila. —Suspiró—. Pero tal como están las cosas ahora, eso es imposible.

—Pero ha sido activado —objetó Iversen—, Jon es el Lector más fuerte que jamás he conocido.

—Y por esa razón es mucho más peligroso para nosotros, Iversen.

—¿Nosotros? —repitió Iversen.

Kortmann apretó un botón dorado que había sobre el brazo de su silla de ruedas.

—Ahora, me gustaría que os fuerais —dijo con toda calma—. Iversen puede quedarse, por supuesto. Pero vosotros dos debéis abandonar mi propiedad de inmediato.

Escucharon una puerta que se cerraba en la casa y el chófer se acercó caminando hacia ellos. Jon y Katherina se pusieron de pie. Iversen vaciló un momento, pero luego también se levantó.

—¿Iversen? —dijo Kortmann, inclinándose en su silla—. No seas estúpido. No hagas nada que luego llegues a lamentar. Puedo conseguirte otro trabajo. La Sociedad es tu vida. ¿Por qué abandonarla a causa de una mentira?

Iversen miró a Jon y a Katherina un segundo, y después se volvió hacia

Kortmann.

—No hago esto por mí mismo, ni por ellos, ni por la Sociedad —dijo con firmeza—. Lo hago por Luca.

Se volvió y se dirigió al sendero de entrada a paso vivo. Jon y Katherina lo siguieron.

—¿Estás bien? —preguntó Jon cuando se alejaban del distrito de Hellerup.

Iversen iba sentado en silencio en el asiento trasero, mirando hacia fuera por la ventanilla lateral. Sacudió ligeramente la cabeza y luego le sonrió a Jon.

—Estoy bien —respondió—. Sólo desilusionado, eso es todo. —Giró de nuevo la mirada hacia las casas—. Tenemos que conseguir a los otros —señaló—. A ser posible, antes de que Kortmann lo haga. Tenemos que saber cuántos están con nosotros.

Jon asintió moviendo la cabeza. Ellos no tenían ni idea de lo grande que podía ser la Organización Sombra, pero estaba seguro de que tres personas eran muy pocas para enfrentarse a ella.

—Kortmann me dio una lista de todos los transmisores —dijo—. Podemos empezar por el primero.

—Excelente —dijo Iversen—. Tenía miedo de no poder recordar todos los nombres. —Vio los ojos de Jon en el espejo retrovisor—. Pero creo que será mejor que sea yo quien se ponga en contacto con ellos.

—Está bien —aceptó Jon.

—¿Con cuántos crees que podemos contar? —quiso saber Katherina.

—No tengo la menor idea —respondió Iversen—. Cada persona tomará su propia decisión. No podemos esperar que todos crean este tipo de historia, pero ése no es probablemente el único factor que entrará en juego. Algunas personas ya están descontentas con Kortmann, pero sin duda otros nos crearán problemas. —Dejó escapar un suspiro—. Me temo que Paw será uno de ellos.

—Puedo vivir sin él tranquilamente —farfulló Katherina.

—¿Y qué me dices de los receptores? —preguntó Jon—. ¿Podemos contar con ellos?

—Estoy segura de que sí —respondió Katherina—. Por supuesto, habrá algunos escépticos, pero creo que nos apoyarán. Haré que Clara convoque una reunión lo antes posible.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —se ofreció Jon.

—Tú puedes seguir entrenándote —sugirió Katherina, sonriendo.

Parecía que habían pasado varios años desde que Jon había ido al cementerio Assistens con Iversen. Entonces él tenía una carrera y se encontraba en un bendito

estado de ignorancia.

También albergaba una intensa ira contra el padre que, según creía, lo había abandonado. La ira ya había desaparecido, Jon se daba cuenta de ello, o por lo menos se había transformado en otra cosa. Lo que quedaba era la amargura de no haber sabido antes determinadas cosas, pero su ira, en ese momento, estaba dirigida a otros objetivos: las causas de las muertes de sus padres.

Luca había sido enterrado junto a Armando, pero había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que Jon había visitado la tumba de su abuelo paterno, de modo que necesitó un buen rato para encontrar el lugar exacto. Las dos lápidas estaban junto al muro exterior del cementerio y alrededor de ellas había una valla de hierro forjado, de un metro de altura y de sólido aspecto. Muchas de las otras tumbas dispuestas a lo largo del muro estaban cubiertas de hiedra, pero el lugar de los Campelli había sido limpiado recientemente y las piedras de granito oscuro se elevaban orgullosamente sobre la grava blanca como si fuera un jardín japonés. Un solo ramo mustio reposaba delante de la lápida de Luca.

La inscripción había sido grabada con letras doradas, que sobriamente conformaban el nombre de Luca, fecha de nacimiento y fecha de fallecimiento. La «L» de su nombre y la «C» de su apellido tenían la forma de pequeños pictogramas de líneas curvas, como las mayúsculas iniciales de los libros antiguos.

El sol brillaba en un cielo despejado y hacía frío. Afortunadamente el muro ofrecía protección a los árboles y arbustos circundantes del fuerte viento, pero, de todas formas, hacía mucho frío; quizá por eso no se veía a nadie más en el cementerio.

Jon permaneció allí unos minutos, mirando la tumba en silencio. No estaba del todo seguro de por qué había elegido aquel lugar para su entrenamiento. Su apartamento le resultaba demasiado cerrado, y ya que se suponía que debía leer a solas, se sentía un poco más tranquilo sabiendo que estaba en un lugar donde no había aparatos eléctricos. O tal vez fuese para demostrarle algo a Luca. A decir verdad, no lo sabía, pero ahora que estaba allí, estaba a gusto.

Se sentó sobre una piedra al sol y metió la mano en su abrigo para sacar el libro que había cogido de los que Iversen había seleccionado para él. Era *La Divina Comedia*, uno de los libros favoritos de Luca, y aunque se trataba de un pequeño ejemplar de bolsillo, era indudable que había sido encuadernado amorosamente. El cuero era de un color rojo profundo y el título había sido estampado en tipografía negra.

Jon abrió el libro al azar y empezó a leer. Notaba una extraña sensación al leer en voz alta entre las tumbas, pero estar sentado entre los árboles, los arbustos y las pesadas piedras le daba una cierta seguridad. Allí no temía ser observado o escuchado por casualidad. Estaba solo y podía concentrarse en su lectura.

Poco a poco, descubrió hasta dónde podía llegar, pero tardó algo de tiempo en encontrar su estilo en forma de versos, lo que hacía difícil insuflar alguna emoción.

Al cabo de tres o cuatro páginas, encontró finalmente el ritmo y el nivel de concentración que le daba al papel su aspecto de cristal y las sombras detrás de él empezaron a aparecer como figuras en una niebla matutina. Se concentró en ellas hasta que se volvieron tan nítidas como siluetas de papel recortado.

Era muy probable que Iversen y Katherina estuvieran en ese mismo momento reuniendo partidarios..., y aparentemente no necesitaban su ayuda. Tenía la sensación de estorbarles. En ese sentido, era agradable apartarse durante un rato, en parte para no arruinar nada de lo que ellos estuvieran haciendo, y en parte, simplemente, para pasar un tiempo solo. De todas formas, era frustrante no poder hacer algo.

Después de algunas páginas más, empezó a hacer que sus poderes fueran más lejos, a romper la superficie de cristal en la que se movían las imágenes. Tuvo la misma sensación de poder que había percibido durante su activación. La lectura avanzaba por sí sola; podía concentrarse en añadir color a la historia. Lentamente empezó a adornar las descripciones de los personajes y los áridos ambientes en los que esas personas se hallaban. No había resistencia, pero todo el tiempo se contenía un poco a sí mismo. Como un montador de películas, trataba de crear transiciones lentas entre las escenas en lugar de cambios repentinos.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado leyendo, pero cuando dejó el libro a un lado, ya no le daba el sol. Tenía la garganta seca y los dedos que habían estado sujetando el libro estaban fríos y casi entumecidos. Los llevó a los labios y se echó el cálido aliento sobre ellos. Todo a su alrededor estaba en sombras, y era difícil ver los detalles, pero cuando sus ojos se posaron en la tumba de Luca, se quedó helado y contuvo la respiración.

Los barrotes de la valla que rodeaba la tumba, que antes habían estado rectos y verticales, estaban doblados, estirados y retorcidos como remolinos y olas. Cualquiera que no hubiera visto la tumba antes seguramente no habría notado nada anormal, aparte de la habilidad artística que se habría necesitado para retorcer las barras de metal de una manera alucinada.

Jon echó un vistazo a su alrededor, casi esperando ver allí un equipo de herreros riéndose de él, pero lo único que se movía eran las copas de los árboles, balanceándose en el viento.

Cuando se puso de pie, se dio cuenta de una abrumadora sensación de fatiga, pero se sentía suficientemente bien para acercarse a la valla y observarla con detenimiento. No había nada visible en el propio metal. Parecía que siempre había tenido ese aspecto, corroído por el viento y el clima.

Con cautela se inclinó y tocó las barras de hierro con la punta de los dedos.

El metal estaba helado.

CAPÍTULO

25

Aunque había más de treinta personas en el Centro de Estudios de Dislexia, reinaba tanto silencio que Katherina estaba segura de que todos podían escuchar los latidos de su corazón. Ella acababa de relatar los descubrimientos hechos por ellos con respecto al material de Remer y el rechazo definitivo de Kortmann. Y permaneció a la espera de la opinión de los receptores. No estaban presentes muchos amigos de Kortmann, pero la credibilidad de ella dependía de si ellos aceptaban o no la teoría de la Organización Sombra. Era raro que ella hablara tanto tiempo sin interrupción y varias veces se había visto obligada a beber un poco de agua para eliminar la sensación de sequedad en la garganta.

Clara, quien, como de costumbre, eficientemente había logrado reunir a los receptores para esa ocasión, fue la primera en hablar, después de un ligero carraspeo.

—¿Estás segura de que ese Remer es un transmisor? —preguntó, mirando atentamente a Katherina.

—Para nosotros, decididamente, no hay ninguna duda —respondió la joven.

—Pero no lo habéis sometido a prueba, ¿verdad?

—No.

Clara asintió con un gesto. Varios de los presentes juntaron sus cabezas para intercambiar susurros.

No lo habían sometido a prueba por la simple razón de que Jon era el único que había tenido algún contacto con Remer, y eso había sido antes de su activación, de modo que no había tenido ocasión de descubrir los poderes del empresario. Además, un receptor tenía que confirmar, más allá de toda duda, si un individuo era un Lector o no.

—Esperaba una prueba más concreta —dijo Clara, recorriendo con los ojos las dubitativas caras que la rodeaban.

—Y yo esperaba poder proporcionarte esa prueba —admitió Katherina—. Pero creímos que era mejor presentar la información a todos lo más pronto posible, incluidos los transmisores.

Notaba el cuerpo tenso y sus ojos buscaron aliados en la habitación. La mayoría bajó la vista cuando ella los miró; otros le sostenían la mirada con expresión expectante, como si creyeran que en cualquier momento fuera a desmoronarse o a entregar la prueba definitiva. Consideró de qué manera habría reaccionado ella

misma si alguien le hubiera contado esa historia. Probablemente de una forma bastante parecida. No era tan extraño que se mostraran tan escépticos, de modo que no se podía permitir que la invadiera el desaliento.

—Creo... —Clara levantó la voz para ser escuchada por encima del murmullo que había comenzado a aumentar—. Creo que no podemos permitirnos quedarnos sentados sin hacer nada al respecto. —Todos guardaron silencio—. Si hay algo de verdad en la existencia de esta Organización Sombra, entonces tenemos que reaccionar. No estoy segura de qué manera, pero no podemos fingir que no está ocurriendo nada.

A Katherina le entraron ganas de saltar y ponerse a bailar con aquella encantadora mujer. Por un momento llegó a creer que todos le darían la espalda, como le había pasado a Iversen, pero había sido una tonta al pensar que aquellas personas, que se habían ayudado unas a otras en tantas ocasiones, iban a abandonarla en el momento en que más las necesitaba. Sintió un nudo en la garganta y bebió un poco de agua para ocultar su propia reacción.

—Entonces, ¿qué hacemos? —quiso saber Clara.

Katherina se aclaró la garganta.

—Iversen está tratando de descubrir cuáles son los transmisores que están de nuestro lado —explicó—. Esperamos reunirnos todos más tarde en Libri di Luca.

Clara asintió con un movimiento de cabeza.

—Luca lo habría querido así —continuó—. Un reencuentro en su propia librería.

—Probablemente no sea tanto un reencuentro como una reunión de un grupo totalmente nuevo —admitió Katherina con tristeza—. No creo que Iversen tenga mucha suerte tratando de arst conseguir que los transmisores se unan a nosotros. Muchos neta de ellos son leales a Kortmann y no le creerían aunque la Organización Sombra repartiera tarjetas de visita.

—En el grupo de William siempre han estado divididos —señaló Clara con tristeza. Recorrió los rostros de los receptores—. Tenemos que hacerles sentir que son bienvenidos. Ésta es nuestra oportunidad de terminar el trabajo que Luca empezó.

Iversen estaba colocando sillas en Libri di Luca cuando Katherina regresó de la reunión con los receptores. Había pasado ya la hora de cerrar, pero no había echado la llave a la puerta y las luces estaban encendidas.

—¿Cuántas crees que vamos a necesitar? —preguntó Iversen, echando una mirada de preocupación al montón de sillas que no habían sido todavía dispuestas.

—Vendrán todos los receptores —informó Katherina con orgullo.

Iversen le dirigió una mirada agradecida y sonrió con alivio.

—Bien hecho, Katherina. ¿Te ha resultado difícil?

—Realmente no, pero todavía se muestran escépticos. ¿Cómo te fue con los transmisores?

La sonrisa en el rostro de Iversen desapareció y bajó la mirada hacia el suelo.

—Muy mal. Kortmann ya había hablado con muchos de ellos. —Dejó escapar un suspiro—. Van a venir cinco, tal vez un par más, que todavía no han tomado ninguna decisión.

—¿Y Paw?

Iversen parecía preocupado y sacudió la cabeza.

—No deberíamos contar con él.

—¿Por qué no? —exclamó Katherina.

Aunque no siempre se llevaba bien con Paw, le sorprendía que él se alejara de quienes lo habían ayudado cuando él más lo necesitó.

—Estaba enfadado —explicó Iversen—. Ya sabes cómo es. Siempre de mal genio e intolerante. Asegura que los receptores fueron los culpables de todo aquello y que tú nos habías manipulado a todos.

Katherina apretó los dientes.

—Podemos estar muy bien sin él.

—Por supuesto que podemos —estuvo de acuerdo Iversen—. Pero yo esperaba... —No terminó la frase.

—Tal vez vuelva. Tal vez todos vuelvan, en cuanto consigamos las pruebas.

—Espero que tengas razón.

Cogió la siguiente silla del montón.

Katherina le ayudó a colocar el resto de las sillas. Había sitio para cuarenta personas en la parte delantera de la tienda, aproximadamente el mismo número de asistentes habituales a las sesiones vespertinas de lectura en Libri di Luca. No eran sillas precisamente cómodas, pero las lecturas eran siempre tan cautivadoras que, al cabo de un rato, la audiencia se olvidaba de la incomodidad. Sólo después se percataban de lo doloridos que estaban sus cuerpos, una molestia extrañamente agradable que compartían y que los hacía sonreír entre ellos cuando estiraban los miembros durante las pausas.

Uno a uno los Lectores comenzaron a llegar. Inclínaban la cabeza saludándose entre ellos para luego ponerse a pasear entre las estanterías, examinando los libros. Katherina permaneció en el pasadizo, recibiendo la corriente de títulos, nombres de escritores y fragmentos de textos que emergían. Rápidamente se mezclaron para formar un incomprensible parloteo, como una tienda llena de radios, todas sintonizadas en emisoras diferentes. Hizo enmudecer la recepción para concentrarse, en cambio, en las expresiones de los rostros allí presentes. Muchos de ellos estaban nerviosos y sus ojos revoloteaban por encima de los lomos de los libros sin absorber lo que estaba impreso en ellos. Aquellos que trataban de leer algún pasaje de algún libro lo hacían sin mucha concentración. Katherina reconoció a Henning de la reunión de los transmisores. Había llegado temprano, vistiendo un traje gris y camisa blanca, y su pelo parecía mucho más oscuro de lo que ella recordaba. Cuando la vio, la saludó cortésmente con una inclinación de cabeza, y ella percibió que procuraba

mantenerla siempre a la vista, siguiéndola con la mirada a cualquier sitio de la tienda a donde ella fuera. Aunque tal vez se estuviera volviendo un poco paranoica.

Jon entró en la librería con una expresión meditabunda en el rostro. Echó un vistazo a su alrededor y encontró los ojos de Katherina. La sonrisa que él le dirigió le hizo quedarse sin aliento, y no pudo evitar responder con una gran sonrisa también. Mientras se dirigía a la escalera, Jon fue detenido varias veces por personas que querían saludarlo, con curiosidad por saber algo de la activación. Cuando finalmente llegó hasta la joven, la abrazó sin vacilar y se besaron largamente, sin importarles que estuvieran a la vista de todos arriba en el pasadizo.

Katherina estaba ruborizada de un rojo brillante cuando finalmente Jon la soltó y ella vio las miradas incómodas que la gente les dirigía. Los ojos de Henning parpadearon todavía más rápido de lo habitual y una sonrisita divertida apareció en sus labios.

—¿Te has entrenado un poco? —preguntó Katherina después de recuperar el aliento.

Jon asintió y estaba a punto de decir algo, pero fue interrumpido cuando la puerta de la tienda se abrió y entró un grupo de unos diez receptores. Detrás de ellos estaba la pareja de la reunión en la biblioteca de Osterbro. Además de ellos y Henning, Katherina había reconocido a un hombre de edad madura a quien recordaba haber visto en las lecturas vespertinas. Incluyendo a Iversen y a Jon, contó un total de seis transmisores, nada muy impresionante en comparación con los veinticinco receptores que habían aparecido por allí hasta ese momento.

Cuando se lo comentó a Jon, éste asintió solemnemente con un movimiento de cabeza.

—¿Viene Paw?

—Está con Kortmann —informó Katherina.

Jon no pareció ni sorprendido ni enfadado por la noticia.

—¿Y la bibliotecaria? —preguntó, inclinándose sobre la barandilla y observando a la gente de abajo.

—No creo que venga —respondió Katherina—. Pero Iversen mencionó que algunas personas todavía no se habían decidido.

Jon hizo una mueca.

—Esperemos que cambie de idea. Realmente nos vendría bien una historiadora.

Katherina estaba a punto de preguntarle qué quería decir con eso cuando entró Clara, que recibió el saludo de un Iversen efusivamente amistoso.

—Es mejor que nos reunamos con ellos —sugirió Jon, empujándola delicadamente hacia la escalera.

Abajo, la gente se estaba acomodando en las sillas. Los diferentes grupos de transmisores y receptores eran obvios, y había nerviosos cruces de miradas entre ambas facciones. Katherina y Jon encontraron asientos en la primera fila. Mientras tanto, Clara e Iversen permanecían detrás del mostrador, hablando en voz baja. Desde

sus sitios, Katherina y Jon escucharon que Iversen le contaba a Clara su intento de convencer a los transmisores para que acudieran a la reunión. Ella tenía un aspecto cansado y también resignado.

El anciano librero se dirigió a la puerta y miró atentamente antes de cerrar con llave.

—No creo que venga nadie más —dijo, volviéndose hacia los allí reunidos—. Todos vosotros sabéis por qué estamos aquí —comenzó—. Pero para recapitular: estamos convencidos de que existe una organización de Lectores, la Organización Sombra, que está detrás de los últimos ataques a nuestros miembros. Hay claros indicios de que esta misma organización también estuvo detrás de similares acontecimientos hace veinte años, acontecimientos que condujeron a la división de la Sociedad en transmisores y receptores. Tenemos razones para creer que un tal Otto Remer desempeña un papel principal en la Organización Sombra y tenemos pruebas de que ha estado en contacto con Kortmann. —Una serie de murmullos se alzaron en la habitación, haciendo que Iversen levantara la mano en un ademán para tranquilizarlos—. No tenemos claro hasta qué punto ese contacto es serio. Kortmann podría no saber nada de las actividades de Remer, y no es ni tan siquiera seguro que Kortmann haya sido explotado de alguna manera.

—En el peor de los casos, Kortmann formaría parte de la Organización Sombra —lo interrumpió Clara—. Pero hasta que sepamos algo más, debemos considerarlo como una víctima.

Katherina se movió inquieta en su silla. Le resultaba difícil imaginar a Kortmann como una víctima inocente. Su actitud hacia ella y otros receptores se entremezclaba con la desconfianza y la arrogancia. Había aprovechado cualquier ocasión para hacer que la distancia entre los dos grupos se hiciera más grande, sin mostrar el menor deseo de reconciliación. Incluso Luca, que nunca tenía nada malo que decir de nadie, se había preocupado por la actitud negativa de Kortmann.

—Kortmann no cree que la Organización Sombra exista —continuó Iversen—. Ésa es la razón por la que no está aquí esta noche. Como hace veinte años, ha echado la culpa de lo ocurrido a los receptores. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo de receptores, cuyos murmullos expresaban su desagrado—. Podría ser pura terquedad o vanidad. Admitir que estaba equivocado entonces, y ahora también, sería poco honorable para él. Y aquellos de nosotros que conocemos bien a Kortmann sabemos que esto es algo que él trata de evitar por todos los medios.

Henning levantó la mano e Iversen le cedió la palabra.

—Tanto si suponemos que Kortmann es el topo como que es inocente y está siendo utilizado sin que él lo sepa por esta Organización Sombra, lo cierto es que eso sólo puede significar una cosa. —Hizo una pausa dramática—. Y es que han podido acercarse mucho a Kortmann, que, de todos nosotros, es el más protegido y aislado, con su chófer privado y todas esas cosas. De modo que ¿cuál sería el impedimento para que muchos otros pasáramos a formar parte de la conspiración?

—Ninguno —admitió Iversen—. Es muy probable que alguno de los aquí sentados en esta habitación esté trabajando para la Organización Sombra, activamente o sin saberlo.

Henning hizo una mueca.

—¿Entonces no podemos asegurarnos de que no haya ningún espía? —preguntó. Su tono de voz era de derrota.

—Tenemos que admitir que no tenemos una respuesta para esa pregunta —intervino Clara—. Podríamos hacer una prueba con el detector de mentiras, pero si el individuo ni siquiera sabe que está pasando información, sería inútil. Lo único que la Organización Sombra necesita es que un receptor esté cerca de uno de nuestros miembros siempre que él o ella esté leyendo.

—Si esa persona no logra concentrar sus pensamientos —agregó Iversen con voz pesarosa.

—Podría ocurrirle a cualquiera de nosotros —reconoció Clara—. Podría ser uno de sus colegas, un vecino o un amante. No estamos acostumbrados a tomar esa clase de precauciones..., parecería demasiado vanidoso. En ese sentido, hemos sido muy vulnerables.

Se produjo una larga discusión acerca de cómo se podría descubrir a un topo. Alguien sugirió incluso que se recurriera a la tortura usando el suero de la verdad. Otra persona propuso que cada uno debería leer un texto suficientemente largo bajo la observación cuidadosa de una comisión de receptores que, en teoría, podría recibir cualquier imagen o pensamiento incriminatorio. Pero esta idea fue rechazada cuando Katherina señaló que Luca había sido capaz de concentrar su atención hasta tal punto que ninguno de sus pensamientos privados podía ser interceptado. Además, el método no iba a poder atrapar a aquellos que no eran conscientes de sus propias revelaciones.

Aunque el desaliento empezó a extenderse por toda la habitación, Katherina podía darse cuenta de que los presentes todavía estaban dispuestos a cooperar. Ninguna acusación de culpabilidad fue intercambiada entre los dos grupos; todos eran conscientes de que aquello era un problema compartido y ofrecían propuestas para una solución, aunque ninguna de ellas resultó convincente y pronto se quedaron sin ideas.

Durante algunos instantes nadie dijo una palabra, hasta que Iversen carraspeó.

—La única persona que estamos seguros de que forma parte de la Organización Sombra es Remer —dijo.

—Entonces empecemos por ahí —propuso Clara—. ¿Sabe usted dónde encontrar a este Remer?

—Viaja mucho —informó Iversen—. Hemos encontrado tres direcciones privadas y muchas direcciones de empresas. —Suspiró—. Podría estar en veinte lugares diferentes, por lo menos, y eso sólo en Dinamarca.

Clara miró a su alrededor y extendió los brazos.

—¿Veinte localizaciones? Somos muchos y podríamos ocuparnos de eso. ¿Y si

vigilamos cada sitio?

—Además tenemos una foto de él —añadió Katherina entusiasmada.

—Y ha de ser posible conseguir un número suficiente de vehículos —agregó Clara—. Lo único que necesitamos es un poco de paciencia.

Henning levantó la mano como un escolar bien educado.

—Lamento tener que incidir en una cuestión —comenzó, con una expresión casi divertida—. Ninguno de nosotros es detective privado. Puedo estar equivocado, por supuesto, pero no creo que ninguno de los que nos encontramos aquí haya tratado alguna vez de seguir a un hombre o un coche, y si ese Remer tiene viles intenciones, como usted alega, tenemos que suponer que es mucho mejor en estos menesteres que un montón de aficionados. Estoy seguro de que se dará cuenta de inmediato y desaparecerá, y no podremos hacer nada al respecto. Lo que necesitamos es alguna otra manera de hacerlo salir de su escondite.

Clara e Iversen se miraron. Katherina pudo ver la resignación en sus ojos cuando se dieron cuenta de que Henning tenía razón.

—Tal vez yo puedo ayudar —ofreció Jon.

Todos fijaron sus ojos en él, que no había pronunciado ni una palabra hasta ese momento en toda la reunión.

—Por supuesto —respondió Clara, dirigiéndole una alentadora inclinación de cabeza—. Pero ¿cómo?

—Hummm... Bien, podría llamarlo por teléfono.

CAPÍTULO

26

—Éste es el contestador de Remer. Deje su mensaje después de oír la señal.

Jon reconoció la voz de su antiguo cliente, y se aclaró la garganta antes de que el aparato emitiera el pitido que daba paso a la grabación.

—Soy Jon Campelli... —empezó—. Creo que deberíamos reunirnos. Mañana, a las tres de la tarde, en el bar El Vaso Limpio. Venga solo y no traiga ningún material de lectura.

Colgó y observó las caras de Katherina e Iversen en el otro lado del mostrador en Libri di Luca. Iversen asintió con un gesto. El propio Jon estaba un poco sorprendido de haber dado con el número correcto. La tarjeta que Remer le había dado la primera vez que se vieron podría haber sido falsa.

—¿El Vaso Limpio?

Katherina frunció el ceño.

—No hay muchos Lectores allí —explicó Jon.

—De todas formas, creo que es peligroso —intervino Iversen—. Sabrá que algo está ocurriendo.

—Tal vez —aceptó Jon—. Pero yo tengo algo que ellos quieren.

Movió el brazo para abarcar el espacio de la librería. Iversen había hecho que reemplazaran la alfombra. El nuevo suelo color granate oscuro no combinaba muy bien con el antiguo y gastado mobiliario, pero pronto el polvo y las pisadas lo convertirían en una parte natural del lugar y todo vestigio del fuego habría desaparecido.

—Además, ¿qué podemos perder? —preguntó Jon.

—No ha vacilado en matar —señaló Iversen—. Por lo menos eso es lo que creemos.

Katherina tenía aspecto de estar preocupada mientras permanecía allí, apoyada en el mostrador con los brazos cruzados. Jon hizo un movimiento de cabeza hacia ella.

—Tú estarás allí para cuidarme —la tranquilizó.

—Sí, fuera —subrayó Iversen—. No estoy tan seguro de que podamos descartar la posibilidad de que recurra a la simple y anticuada violencia física. ¿Qué le impide llevar consigo una pistola?

Jon miró al anciano, habitualmente tan alegre y amistoso. Por supuesto que tenía razón, pero los métodos utilizados hasta ahora por la Organización Sombra hacían

difícil imaginar que el grupo recurriera a las armas convencionales. Jon fijó los ojos en la nueva alfombra. A decir verdad, no lo sabían realmente. Tal vez habían utilizado alguna vez la violencia física. Jon y los demás se habían concentrado únicamente en aquellos sucesos en los que podían estar implicados los poderes de los Lectores. Ellos habían supuesto que se trataba de una competición entre caballeros, los poderes de un grupo contra los de otro..., pero ¿por qué detenerse allí?

—Habrán testigos allí —dijo Jon—. No creo que intente nada.

Iversen asintió, aunque con escaso convencimiento.

Había cuatro clientes en El Vaso Limpio. Estaban todos sentados a la barra y ni siquiera se giraron cuando Jon abrió la puerta, haciendo que se deslizara un poco de aire fresco en medio de la neblina de tabaco. Pidió una caña y se sentó a una de las mesas más alejadas de la barra, mirando hacia la puerta. En su bolsillo interior tenía un teléfono móvil que le había prestado Henning. El micrófono del sistema de manos libres agregado al móvil estaba sujeto a la parte posterior de la solapa de la chaqueta para que Katherina y Henning pudieran escuchar lo que estaba ocurriendo cuando él los llamara.

Jon tomó un trago de su cerveza. Había llegado con bastante tiempo de antelación. Faltaban todavía diez minutos para que llegara Remer, suponiendo que hubiera mordido el anzuelo. Tiempo suficiente para que Jon especulara acerca de lo que podría ocurrir. Lo más importante era que Remer apareciera, o más bien que se alejara del bar para que los otros pudieran seguirlo. Jon no había pensado mucho en la reunión propiamente dicha, o lo que podría decir, o si iba a poder controlar su enfado por el papel que Remer había desempeñado en la pérdida de su trabajo, y tal vez incluso en el homicidio de Luca.

La puerta se abrió y entró un hombre con una gabardina ligera. Al ver el corto cabello gris del hombre, Jon reconoció de inmediato al empresario. Su antiguo cliente miró a su alrededor y fijó su mirada por un instante en el abogado. Luego se dirigió a la barra e hizo su pedido mientras dirigía una fría mirada a los cuatro clientes habituales. Jon aprovechó la oportunidad para meter la mano en el bolsillo y presionar el botón de llamada de su teléfono móvil.

El camarero puso un vaso con un líquido dorado delante de Remer. Pagó su bebida, cogió el vaso y tranquilamente se encaminó hacia la mesa donde Jon estaba sentado. Al abogado se le aceleró el corazón, al tiempo que su ira aumentaba.

—Campelli —saludó Remer, inclinando la cabeza hacia él.

Arrastró su silla mientras se sentaba, quedando de lado hacia la puerta.

—Remer —respondió Jon.

El hombre le observó mientras tomaba un sorbo de su bebida. Hizo una mueca y dirigió una mirada ligeramente ofendida al vaso, que procedió a mover haciendo pequeños movimientos circulares.

—No es precisamente un *whisky* de buena calidad el que sirven aquí —comentó, dejando el vaso sobre la mesa—. Prefiero el de malta sola, no estas mezclas.

—Entonces debería probar la especialidad de la casa —sugirió Jon, levantando su cerveza para tomar un trago.

Remer sonrió fugazmente.

—Tengo entendido que usted insiste en convertirse en librero después de todo —dijo con un tono de voz que sonaba como si la conversación ya le aburriera.

—Se podría decir que me dieron un empujón en esa dirección —respondió Jon—. Pero parece que tengo un don para eso. Mi talento en esa área ha resultado ser muy sorprendente.

Remer asintió, observándole detenidamente.

—Eso me han contado —dijo—. Tal vez un hombre con esa clase de talento no debería limitarse a una librería.

Jon trató de disimular su sorpresa lo mejor que pudo. ¿Cómo podía Remer saber ya que Jon había sido activado y cuáles habían sido los resultados? ¿Estaba fanfarroneando?

Una sonrisita de superioridad apareció en la cara de Remer.

—Ese tipo de habilidad podría ser mucho mejor aprovechada en un contexto más amplio.

—¿No hay una cadena de tiendas? —quiso saber Jon.

—Por ejemplo, sí —aceptó Remer, tomando un sorbo del *whisky* que tragó con los labios apretados—. Un hombre con semejantes dotes podría ser útil en muchas situaciones diferentes.

—¿No hay consultor?

—Para resolver problemas.

—Sería caro —dijo Jon.

—Todo es relativo. Si es digno de lo que cuesta, no es caro. Pero sería necesario, por supuesto, que demostrara lo hábil que es realmente.

—¿Una prueba?

—O un examen —sugirió Remer—. Y da la casualidad de que tengo acceso a instalaciones que pueden medir este tipo de capacidad.

—No sabía que estas habilidades podían ser medidas —manifestó Jon.

El empresario esbozó una sonrisa cómplice.

—Oh, sí, efectivamente. Si alguien tiene la voluntad y la curiosidad para conseguir los mejores resultados, tiene que ocuparse del asunto de manera científica. Tal como hacen los atletas serios de hoy. Los deportes de élite no son para personas con ideas románticas acerca de la naturaleza, como comer comida saludable y una buena noche de sueño. Eso implica la optimización y la utilización total del potencial de un individuo, y un poco más.

—Y algunas personas nacen con mayor potencial que otras.

—Precisamente —convino Remer con firmeza, golpeando con un dedo en la

mesa—. Y esos pocos tienen la obligación de utilizar todo su potencial en lugar de desperdiciarlo en tonterías y trivialidades de aficionado.

—¿No hay promover una buena experiencia de lectura?

—Por ejemplo, sí. La literatura ha adquirido un brillo demasiado romántico en estos tiempos. La lectura se ha convertido en una especie de distinguido pasatiempo para intelectuales. Pero, a decir verdad, no es nada más que un medio de distribuir información, o incluso una forma de espectáculo, pero, ante todo y sobre todo, es transmisión de conocimientos, actitudes y opiniones.

—Eso me parece un poco cínico —replicó Jon—. Hay mucha gente que disfruta de la lectura.

—También hay muchos que hacen deporte por placer —reconoció Remer—, pero nunca serán más que aficionados. Si uno quiere ser un profesional, ha de tener una actitud profesional con respecto a las herramientas de que dispone.

Ambos bebieron un trago de sus respectivas bebidas.

—¿Y bien, Jon? —comenzó el empresario, después de una breve pausa—. ¿Usted quiere ser un aficionado o un profesional?

Jon examinó las burbujas que subían a la superficie en su vaso. Alguna vez había oído decir que la cerveza hacía más espuma en un vaso sucio que en uno limpio. Eso no era bueno para la reputación del bar, pero supuso que a los clientes sentados a la barra, los clientes profesionales, semejante descubrimiento no iba a impresionarlos. La conversación había adquirido un tono diferente a lo que esperaba. No había contado con que él iba a ser el objeto de la negociación y no Libri di Luca. Eso significaba, por supuesto, que no corría ningún peligro inminente, pero también podía cambiar rápidamente si él no se unía a ellos.

—No tiene que darme una respuesta ahora —aseguró Remer—. Piénselo cuando pueda pasar un tiempo a solas. —Su mirada pasó de la cara a la chaqueta de Jon, en cuyo bolsillo interior estaba el teléfono móvil—. Pero usted debe saber que tenemos respuestas a muchas de sus preguntas, y disponemos de instalaciones que podrían ayudarlo a utilizar su potencial al máximo. Con nosotros usted encontrará las explicaciones y la oportunidad de usar sus poderes en algo importante.

Jon hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Tengo que pensarlo un poco más —dijo.

—Por supuesto. Pero no espere demasiado. Podemos perder la paciencia. —Remer bebió de un trago el resto de su *whisky* y se puso de pie—. ¿Digamos tres días?

—Está bien, tendrá noticias mías dentro de tres días.

—Excelente. Hablaremos pronto, Jon.

No esperó una respuesta, sino que se encaminó directamente a la puerta y salió de El Vaso Limpio sin mirar atrás.

Jon se levantó el cuello de su chaqueta e inclinó la cabeza.

—Ya está fuera —dijo al micrófono.

—Podemos verlo —confirmó la voz de Katherina en el otro extremo. De fondo se oía el ruido del motor de un coche—. Llamaremos cuando sepamos adónde va.

Jon cortó la comunicación y puso el móvil sobre la mesa delante de él. Aunque no era suyo, se sintió reconfortado al poder ser de nuevo un miembro de la sociedad de las comunicaciones. Habría sido difícil llevar a cabo su pequeña misión de vigilancia sin teléfonos móviles. En ese momento Katherina y Henning iban detrás de Remer, y podrían mantenerlo informado en el bar o notificar a los otros vehículos que se hicieran cargo de la persecución. De modo que no habían podido evitar jugar a los detectives aficionados, después de todo, para gran consternación de Henning. Pero había sido la mejor solución de todas las sugeridas la noche anterior. Por lo menos no iban a quedarse esperando a que Remer apareciera en veinte lugares diferentes por toda Dinamarca.

Participaban cuatro vehículos, cada uno con dos personas, una de las cuales era un transmisor, la otra un receptor. Era una buena manera de romper el hielo, en opinión de Iversen, y además, podría resultar útil tener ambos tipos de poderes en el lugar cuando el empresario llegara a su destino. Jon esperó que hubieran pensado en todo, pero seguían siendo aficionados.

De todos modos, estaba seguro de que Remer y sus asociados tenían mucha más experiencia en este campo..., lo que marcaba la diferencia entre aficionados y profesionales, como su antiguo cliente acababa de mencionar. La única ventaja que tenían era que Remer podría subestimarlos.

Le dio otro sorbo a su cerveza. Un mes antes habría considerado seriamente el tipo de propuesta que Remer acababa de hacerle. Ser un consultor de uno de los hombres de negocios más ricos del país era tentador. Como prometedor abogado en ascenso, no habría vacilado en cambiar de trabajo si con ello su carrera salía beneficiada. Era una cuestión de aprender del mejor y explotar todas las oportunidades disponibles. En ocasiones, eso significaba recurrir a métodos que algunos podrían encontrar moralmente cuestionables. No todos los abogados se permitían aprovecharse de los errores de procedimiento cometidos por sus adversarios, aunque con ello pudieran ganar el caso o llegar a un rápido acuerdo. Pero Jon sabía que eso no era todo lo que Remer le había pedido.

Hizo una mueca. Intuía que ya no era la misma persona y, por el momento, no podía imaginar que alguna vez pudiera regresar a su antigua vida.

El móvil de la mesa sonó. Varios clientes apostados en la barra lo miraron con el ceño fruncido en señal de fastidio. Se apresuró a responder a la llamada.

—Soy Katherina —escuchó—. Estamos en el distrito de Osterbro, cerca de las embajadas... —Por un momento su voz fue ahogada por el ruido del tráfico—. Pero parece que se acerca a su destino, sea donde sea.

—Está bien —dijo Jon—. ¿Crees que se ha dado cuenta de algo?

—Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido —respondió Katherina—. Lo hemos mantenido a cierta distancia y hemos cambiado un par de veces de vehículo.

—Bien —replicó Jon—. Vuelvo ahora mismo a la librería. Volved a llamarme cuando se detenga.

—A propósito —continuó Katherina antes de que Jon colgara—, ¿sabes qué clase de coche conduce?

Jon le dijo que no.

—Un Land Rover.

Cuando Jon llegó a Libri di Luca, Paw lo estaba esperando en la puerta. Tenía las manos metidas en los bolsillos y los hombros encogidos casi a la altura de las orejas. Al acercarse Jon, el joven movió inquieto los pies.

—Hola, jefe —saludó, sonriendo con cierta incomodidad.

—Hola, Paw —respondió Jon en un tono neutro.

Quisiese lo que quisiese el chico, Jon no tenía la menor intención de ponérselo fácil.

—Has cerrado más temprano hoy, ¿no? —comentó Paw riéndose—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Te has sacado de la manga un nuevo día de fiesta o algo así?

—Iversen está fuera —respondió Jon lacónicamente, moviendo la cabeza hacia el cartel del escaparate que decía que la tienda estaba cerrada.

—¿Cuándo va a volver? —quiso saber Paw.

Era obvio que no había contado con encontrarse a Jon. Iversen estaba siguiendo a Remer en algún lugar de la ciudad, y él no podía responder las preguntas de Paw, aunque hubiera querido hacerlo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó con brusquedad.

Paw parpadeó e hizo un movimiento con la cabeza hacia la puerta.

—¿Podemos entrar?

Jon asintió y abrió la puerta de la librería, haciendo pasar primero a Paw. Lo siguió y cerró la puerta detrás de ellos, sin dar la vuelta al cartel de «Abierto».

—¿Sabe Kortmann que estás aquí?

Paw sacudió la cabeza.

—Es un psicópata. De lo único que habla es de cómo los receptores lo han arruinado todo. Poniendo a todo el mundo de su lado y cosas por el estilo.

—Me pareció entender que compartías esa opinión —dijo Jon, tratando de mirar a Paw a los ojos.

—Todavía no creo en esa historia de la Organización Sombra. Pero Kortmann es demasiado extremista. Nos trata como si fuéramos su ejército privado, dando toda clase de órdenes a su antojo.

—¿Y los otros?

—Supongo que lo siguen a él, pero creo que se quedan, sobre todo, porque no quieren hacerle enfadar, y no tanto porque estén de acuerdo con él.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —repitió Jon.

Paw bajó la mirada para concentrarla en sus zapatos.

—Me gustaría volver —dijo en voz baja—. Prefiero estar con vosotros.

Jon lo examinó con atención. Parecía hablar en serio. Tal vez habían sido demasiado duros con él. La paranoia se había apoderado de ellos y veían espías por todos lados, no sólo de la Organización Sombra, sino también de la gente que estaba a las órdenes de Kortmann.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Paw—. ¿Necesito ponerme a rogar?

En ese momento sonó un teléfono móvil. Se miraron uno al otro, llenos de reproches, hasta que Jon recordó que el poco familiar tono de llamada provenía del móvil de Henning en su bolsillo interior.

—Un segundo —dijo Jon, apartándose del joven.

Con la espalda hacia él, respondió la llamada.

Era Katherina.

—Remer se detuvo en Osterbro —informó ella—. Delante de lo que parece ser una escuela privada en la zona de las embajadas.

Jon se volvió para poder tener vigilado a Paw mientras hablaba.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí? —preguntó.

El joven hizo todo lo posible para dar la impresión de que no estaba escuchando, pero sus miradas fugaces en dirección a Jon lo delataban.

—Desde la última vez que hablamos. Casi media hora —respondió Katherina—. Henning está recorriendo el vecindario. Quiere ver si hay alguna entrada al edificio en las otras calles.

—¿Pudiste enterarte de algo?

—De poco —dijo Katherina—. Parece que... Espera un minuto, se acerca un coche.

Jon escuchó la respiración de Katherina y no pudo evitar contener la suya.

—Un Polo blanco —susurró Katherina—. Un hombre se está bajando. Tiene unos treinta años, alto, pelo negro, con traje. Está echando una buena mirada alrededor. — Su respiración se detuvo—. Lo he visto antes en algún sitio.

—¿Dónde?

—Oh, no. Ahora lo recuerdo. Es el chófer de Kortmann.

CAPÍTULO

27

Katherina estaba acurrucada en el asiento del acompañante de modo que apenas podía ver por encima del salpicadero. El Polo en el que había llegado el chófer de Kortmann estaba aparcado cincuenta metros más adelante de la calle. Aunque hacía cinco minutos que él había desaparecido detrás de las puertas del edificio en el que Remer también había entrado, ella no había cambiado de posición y su corazón seguía latiendo con fuerza. Todavía podía notar la mirada del hombre recorriendo las inmediaciones como si fuera una cámara de vigilancia tratando de registrar cualquier cosa sospechosa. ¿Habría descubierto el coche en el que ella se encontraba agazapada?

De pronto, la puerta del lado del conductor se abrió, provocando que Katherina soltara un pequeño chillido de alarma.

—Eh, ¿qué pasa? —Reaccionó Henning, dejándose caer en el asiento junto a ella—. No quería asustarte.

Katherina sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra.

Henning cerró la puerta con un golpe y la miró con creciente asombro.

—Estás muy asustada. ¿Ha ocurrido algo?

Ella asintió moviendo la cabeza, lo que hizo que Henning dirigiera su mirada al parabrisas.

—¿Ha salido? ¿Se ha ido? No, su coche está todavía allí.

—El chófer de Kortmann acaba de llegar —informó finalmente Katherina, después de recobrar el aliento—. En ese Polo blanco. Ha entrado en la escuela.

—¿Estás segura? —preguntó Henning, dirigiéndole una inquisitiva mirada—. Eso quiere decir... —Se detuvo a mitad de la frase—. Bien, ¿qué diablos significa eso?

—Que Kortmann ha enviado a su chico de los recados con un mensaje para Remer —explicó Katherina, incorporándose.

Lamentaba haber reaccionado de la manera en que lo hizo, y cruzó los brazos para que Henning no viera que todavía le temblaban un poco las manos.

Henning hizo un gesto afirmativo.

—Creo que tienes razón. Si realmente era su chófer, no cabe ninguna duda de que Kortmann está involucrado. —Agarró el volante con ambas manos y miró hacia fuera—. ¿Y estás completamente segura de ello? —repitió.

—Te lo aseguro, era él.

—Maldición.

—Jon está de camino —informó Katherina, pero estaba claro que su compañero ya no escuchaba.

Permanecía sentado mirando hacia delante, con los ojos fijos en el Polo blanco y murmurando furioso entre dientes.

—Todos estos años —musitó.

Katherina miró la parte del edificio que no estaba oculta detrás del seto de dos metros de altura que rodeaba el lugar. Era una estructura de dos plantas hecha de ladrillo rojo con tejado de pizarra. Un poco antes, cuando llegaron, habían pasado lentamente para que Henning pudiera leer el cartel en el portón de hierro que se abría hacia la propiedad. Decía Escuela Demetrius, pero ninguno de los dos supo lo que eso significaba.

Había empezado a soplar un fuerte viento y el cielo era tan gris como el tejado de pizarra de la escuela, lo que casi desdibujaba el límite entre ambos haciéndolo invisible. Casi daba la impresión de que el techo había sido retirado, como en una casa de muñecas. Katherina deseó haber podido mirar desde arriba hacia el interior de las habitaciones para descubrir los secretos que esas paredes encubrían.

El ruido del motor que se ponía en marcha sacó a Katherina de sus ensoñaciones.

—¿Qué haces? —preguntó a Henning, que con una sacudida encendió el motor del vehículo y salió del aparcamiento.

—Tengo que hablar con él —exclamó—. Que me condenen si cree que puede hacernos pasar por tontos.

—¿Estás loco?

Pero las protestas de Katherina fueron ahogadas por las maldiciones de Henning.

—Aprovechemos la oportunidad. Su guardaespaldas está aquí, lo que quiere decir que Kortmann debe de estar solo en su casa. ¿Qué va a hacer? ¿Perseguirnos con su silla de ruedas?

—¿No deberíamos esperar a Jon? —preguntó Katherina.

—No es a él a quien Kortmann ha estado engañando durante los últimos veinte años.

Katherina podía darse cuenta por la expresión de Henning de que no iba a poder convencerlo. Conducía a toda velocidad y cambiaba de marchas con ferocidad, como si fuera al coche al que quisiera castigar.

—Déjame decirle adónde vamos, por lo menos —pidió ella, sacando el móvil de la guantera.

Henning se limitó a gruñir como respuesta.

Katherina no podía empezar a discutir de ciertas cosas con Jon mientras Henning estuviera escuchando. Antes de cortar la comunicación, el abogado dijo que se encontraría con ellos en la mansión de Kortmann tan pronto como pudiera. Entretanto, ella tenía que tratar de convencer a Henning de que esperara.

—¿Qué piensas hacer cuando llegemos allí? —preguntó Katherina después de

haber estado durante varios minutos sin hablar.

—Quiero que me diga la verdad.

—¿Y si se niega?

Henning le dirigió una mirada rápida y ella creyó ver una sombra de duda en sus ojos.

—No se negará —replicó con firmeza—. Además, podré saber la verdad sólo con mirarlo. Lo conozco de toda la vida.

—Pero te ha estado mintiendo todo este tiempo —objetó Katherina—. ¿Qué le va a impedir seguir haciéndolo?

Henning no respondió, pero su expresión ya no era tan feroz, y había empezado a conducir más despacio.

Cuando entraron en la calle donde estaba la residencia de Kortmann y se dirigieron a ella, empezó a llover. Al principio, pesadas gotas martillearon sobre el techo y el parabrisas del coche con un ritmo lento e intermitente. Pero muy pronto la lluvia empezó a caer con tal intensidad que sonaba como si se tratara de interferencias de radio. El limpiaparabrisas ya no era capaz de eliminar tal cantidad de agua y Henning tuvo que aminorar la velocidad e inclinarse hacia delante para poder ver por dónde iba. En cuestión de segundos la temperatura dentro del vehículo descendió varios grados. Katherina temblaba.

—¡El portón! —gritó Henning—. Está abierto.

Katherina trató de vislumbrar algo a través de la cortina de agua que cubría el parabrisas. Henning tenía razón. El enorme portón de hierro forjado de la mansión de Kortmann estaba abierto lo suficiente como para que pasara un coche. Intercambiaron miradas. Henning parecía preocupado.

—Nunca he visto nada parecido —dijo, cruzando la entrada.

El aparcamiento delante de la casa estaba vacío. Henning se aproximó todo lo posible a la entrada principal. Después de apagar el motor, permanecieron sentados sin bajar durante unos instantes, escuchando la lluvia.

—No parece que vaya a parar pronto —calculó Henning, agarrando la manilla para abrir—. ¿Vienes?

Katherina asintió. Ambos saltaron fuera y corrieron hasta la puerta de roble. Una pequeña cornisa sobre la entrada les ofreció algo de protección, pero después de correr unos cuantos metros desde el vehículo estaban totalmente empapados. Henning tocó el timbre, y pudieron escuchar el ruido sordo de la campanilla que sonaba en el interior. Esperaron medio minuto y Henning tocó el timbre otra vez, esta vez apretándolo un poco más. Katherina esperaba que Kortmann no estuviera en casa después de todo, para poder evitar aquella confrontación improvisada y desaparecer sin que nadie supiera que habían estado allí.

—Probablemente está en el piso de arriba —conjeturó Henning, apretando el timbre durante otros diez segundos—. Es mejor que no crea que nos vamos a marchar por las buenas.

La respuesta siguió sin llegar desde el interior de la casa y Henning empezó a golpear con el puño la puerta principal.

—Tal vez no esté en casa —sugirió Katherina—. Puede que su chófer lo haya llevado a algún sitio antes de ir a reunirse con Remer.

Henning sacudió la cabeza.

—Está ahí —insistió—. Puedo sentirlo. Vamos, cogeremos el ascensor.

Salió corriendo en medio de la lluvia y Katherina, de mala gana, lo siguió. Juntos rodearon la casa hasta la torre del ascensor. Ya desde cierta distancia podían oír cómo la lluvia repiqueteaba incesante sobre la enorme estructura de metal. Cuando llegaron a la puerta de la torre, estaban empapados. Henning abrió con rapidez y entraron para protegerse del aguacero.

—¡Qué tiempo más horrible! —exclamó, sacudiendo la cabeza como un perro quitándose el agua del pelaje.

El suelo se humedeció con el agua que chorreaba de sus ropas.

Dentro de la torre el ruido de la lluvia era todavía más ensordecedor, un martilleo sin interrupción que golpeaba la estructura metálica imponiéndose a todo lo demás. Katherina esperaba escuchar en cualquier momento la voz de Kortmann por el altavoz de la puerta, pero éste permaneció mudo. Henning encontró el botón para poner en marcha el ascensor. Los enormes engranajes a ambos lados empezaron a moverse y muy lentamente la plataforma comenzó a subir.

—¿Qué es eso?

Henning estaba mirando el suelo, de modo que Katherina hizo lo mismo. En un primer momento, no supo de qué estaba hablando, pero luego ella percibió una sombra en el suelo que no podía provenir de ninguno de ellos. La fuente de luz estaba en el techo y ambos levantaron la vista hacia ella, a siete u ocho metros más arriba.

Una silueta informe sobre ellos producía la sombra, pero no podían distinguir de qué se trataba. El ascensor continuó el ascenso y lentamente se fueron acercando. Algo colgaba del techo del hueco del ascensor y Katherina se acercó al borde mismo de la plataforma para poder ver mejor.

—Oh, no —susurró cuando reconoció qué era.

El cuerpo sin vida de Kortmann colgaba del techo como un trozo de carne envuelto en un traje caro.

—Oh, Dios mío —exclamó Henning, cuando se acercó al borde.

El cuerpo se acercaba inevitablemente aunque Henning apretaba desesperadamente todos los botones que podía encontrar. Las delgadas piernas de Kortmann se deslizaron lentamente por un lado, seguidas por su torso, que parecía estar retorcido en un ángulo extraño. Su cara estaba girada hacia Katherina y ella tuvo que apartar la mirada cuando llegaron a la altura de los ojos. Los ojos de Kortmann estaban bien abiertos y su boca estaba deformada en una rígida expresión de terror.

Cuando los pies del cadáver golpearon el suelo, su cuerpo empezó a inclinarse hacia Katherina. Ella lo empujó desesperadamente. El muerto no pesaba casi nada,

pero estaba completamente rígido y cayó hacia Henning, que permanecía en el otro lado. Saltó para evitarlo como si el cuerpo tuviera alguna enfermedad. Lentamente, el cadáver se detuvo en el suelo del ascensor, congelado en una extraña posición, como una víctima del Vesubio. Mientras seguían subiendo, la cuerda de la que Kortmann había estado colgado se enrolló sobre el cuerpo como un largo espagueti.

Con una sacudida, el ascensor se detuvo.

Casi simultáneamente dejó de llover, de una forma tan repentina como había empezado, y se produjo un silencio absoluto dentro de la torre. Katherina y Henning se miraron uno al otro. La cara de Henning ya no irradiaba enfado; en cambio, sus ojos estaban llenos de terror. Y Katherina sabía que su Propia expresión no era diferente. Su corazón latía con fuerza y sentía náuseas, lo que le hizo respirar hondo.

—Creo que podemos descartar el suicidio esta vez —señaló Henning, tratando de mantener un tono de calma. Hizo un gesto con la cabeza hacia el techo—. Él no habría podido atar esa cuerda por sí mismo.

Katherina siguió su mirada hacia las barras de hierro por encima de sus cabezas donde habían atado la soga. Había más de dos metros y medio hasta el techo. Recorrió con la vista la cuerda hacia abajo hasta el cuerpo tirado en el suelo, obligándose a mirarlo, aunque lo único que ella deseaba era cerrar los ojos o salir corriendo. Alrededor del cuello del débil cuerpo había un nudo corredizo. Vio que tenía las manos atadas a la espalda. Henning se arrodilló junto al cadáver y examinó las manos moviendo la cabeza. De manera vacilante estiró dos dedos para tocar la garganta de Kortmann, justo debajo de la mandíbula. Retiró la mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Está helado —informó Henning, limpiando los dedos en sus pantalones, como si hubiera tocado algo contagioso.

Se puso de pie, pasó sobre el cadáver y abrió la puerta para dirigirse a la casa. Allí se encontraba volcada la silla de ruedas de Kortmann con la manta de cuadros a unos metros de distancia. La puerta al final del pasadizo estaba abierta y en la casa había una luz encendida.

Se miraron.

—¿No crees que deberíamos marcharnos de aquí? —dijo Katherina.

—Echemos una rápida ojeada —replicó Henning, y salió por el pasadizo.

Katherina lo siguió. Le dio la sensación de que sus pasos hacían demasiado ruido sobre el suelo de metal y trató de continuar caminando de puntillas. Henning no pareció prestar atención al ruido y se encaminó a toda prisa hacia la puerta que daba a la casa.

Entraron en un pasillo con cuadros sobre las paredes y una gruesa alfombra en el suelo, la cual, para gran alivio de Katherina, amortiguaba el sonido de sus pasos. Henning continuó hasta otra puerta abierta al final del pasillo. Conducía a la biblioteca, que Jon le había descrito a Katherina, pero ella todavía estaba sorprendida por los elegantes muebles y la atmósfera serena. Se había limitado a considerar a

Kortmann como un hombre sospechoso y ávido de poder, olvidando completamente que compartían la pasión por los libros.

Las paredes estaban tapizadas con estanterías llenas de volúmenes encuadernados en cuero perfectamente conservado. La lámpara de cristal que colgaba del techo derramaba una suave luminosidad sobre las áreas de lectura en el centro de la habitación, mientras que la luz indirecta sobre los anaqueles parecía elevar el techo, dándole al lugar el aspecto de un museo.

Estaban a no más de veinte metros de distancia del cuerpo de Kortmann, pero apenas entraron en aquella habitación tuvieron la sensación de acceder a un mundo completamente diferente, un mundo de orden y refinamiento. El malestar que Katherina había sentido incluso antes de encontrar el cuerpo de Kortmann había desaparecido, y en ese momento deseaba poder quedarse en aquel sitio. Se dirigió a la estantería más cercana y puso la palma de su mano sobre los lomos de varios libros. Los notó cálidos al tacto.

—¿Impresionante, verdad? —comentó Henning, dejando escapar un suspiro—. ¿Qué va a ocurrir ahora con todos estos libros?

Había una gran tristeza en su voz, como si estuviera hablando de niños pequeños que hubieran sido abandonados. Se hundió en uno de los sillones de cuero y miró las estanterías que lo rodeaban. Parpadeaba con rapidez, como si estuviera tomando codiciosamente fotografías de un fenómeno que pronto iba a desaparecer.

Con las puntas de los dedos rozando ligeramente los libros en los estantes, Katherina caminaba junto a una pared. No había duda alguna de que se trataba de volúmenes valiosos, y muchos de ellos estaban tan cargados que sentía un hormigueo en los dedos cuando pasaban sobre los lomos. Henning tenía razón..., sería una gran pérdida si esos libros fueran esparcidos a los vientos, pero ¿qué podían hacer para impedirlo?

—Ojalá pudiéramos llevarlos con nosotros —dijo Henning, como si le hubiera leído el pensamiento.

Katherina asintió.

—Tenemos que irnos —dijo, apartándose con un esfuerzo.

Henning se levantó de mala gana del sillón y echó una última mirada alrededor antes de regresar a la torre.

En el ascensor se encontraron otra vez con el cuerpo de Kortmann, helado en medio de la plataforma.

—Así que era un hombre de fiar, después de todo —sentenció Henning con pesar en su voz.

—Eso parece —respondió Katherina.

Se sentía avergonzada por haberse dejado arrastrar a condenar a Kortmann sin ninguna prueba palpable, pero se consoló recordando que él tampoco se había mostrado particularmente cooperador.

—No podemos dejarlo de esta manera —dijo Henning con firmeza.

—Si lo movemos, nos convertiremos en sospechosos —señaló Katherina.

—Ya es un caso de homicidio —aseguró Henning—. Si la policía nos relaciona con el caso, tendremos un problema para explicar las cosas de todos modos. Lo llevaré a su biblioteca. Ése es el lugar que le corresponde.

Se puso de puntillas y estiró los brazos hasta el techo, donde le costó alcanzar los nudos de la cuerda.

Después de desatar a Kortmann, lo levantó y llevó su cuerpo a la casa. Katherina permaneció donde estaba. Tenía la sensación de que estaban cometiendo un grave error, pero al mismo tiempo podía comprender por qué Henning se negaba a aceptar que su mentor durante todos esos años se quedara allí, abandonado en el hueco frío del ascensor. Cuando Henning regresó, no dijo una palabra y se limitó a usar su manga para limpiar cuidadosamente los botones del ascensor.

A Katherina le pareció que su descenso al nivel del suelo duró una eternidad. Lo único que quería era salir de aquel lugar lo más rápido posible. Desde que llegaron había tenido la sensación de que los estaban observando. Como si todo aquello hubiese sido un escenario que los estaba esperando para que interpretaran sus papeles. ¿Se había planeado que fueran ellos y no la policía los que debían encontrar a Kortmann primero? ¿Podría ser aquello una advertencia de la Organización Sombra?

El cielo todavía era gris; esporádicas gotas de lluvia golpeaban el suelo con golpes audibles. Aunque aún no había transcurrido la última parte de la tarde, estaba casi tan oscuro como si fuera de noche, y apenas podían ver el sendero delante de ellos. Apresuraron el paso por el jardín para regresar al frente de la casa, donde estaba aparcado el coche.

En el momento en que estaban a punto de subir al vehículo, escucharon el ruido de otro coche que avanzaba por el sendero de entrada. Ambos se quedaron inmóviles y giraron sus rostros hacia el ruido.

Un instante después eran deslumbrados por los faros.

CAPÍTULO

28

—Algo va mal —se dijo Jon apenas vio las expresiones de Katherina y de Henning iluminadas por la luz de los faros.

Detrás de ellos, la mansión de Kortmann estaba a oscuras, salvo por una luz en una ventana del piso superior.

—Debe de haberlos echado —sugirió Paw en el asiento de atrás—. Algo muy propio de él, viejo tirano.

Jon se había convencido finalmente de que Paw no mentía cuando dijo que estaba de su lado, y por eso le había permitido acompañarle. Pero no era decisión suya, después de todo, si Paw debía ser aceptado o no en la nueva alianza, aunque, en ese momento, lamentaba haberlo traído.

Jon acercó más el coche. Katherina finalmente pareció reconocerlo y el alivio se dejó notar por todo su rostro. Se aproximó al vehículo en el instante en que se detuvo y se abrazó a Jon tan pronto como descendió. Él se dio cuenta de que Katherina estaba temblando.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

—Kortmann está muerto —anunció Henning desde el otro lado del coche.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Lo encontramos colgado en la torre —explicó Henning, señalando el sitio con un movimiento de la cabeza hacia la casa—. Parece que alguien... le ayudó.

Jon apartó a Katherina para poder observar su cara. Le brillaban los ojos y todavía estaba temblando. Con un gesto confirmó lo que Henning había dicho. Jon la atrajo de nuevo hacia él y la abrazó.

—¿Podría haber sido un robo? —quiso saber, hablando por encima del hombro de Katherina—. Lo digo porque el portón estaba abierto, de modo que alguien pudo haber entrado.

Henning sacudió la cabeza.

—No parece probable. No parecía faltar nada.

Jon vio que Katherina daba un respingo al ver a Paw bajar del coche para reunirse con ellos.

—Esto echa por tierra la teoría de que formaba parte de la Organización Sombra, ¿no? —dijo Paw.

Henning estaba tan sorprendido como Katherina de ver al joven, y se volvió a Jon

con una mirada de indignación en su rostro.

—¿Qué está haciendo él aquí?

—Parece que ha cambiado de opinión —respondió Jon.

—No tenía ganas de ser el chico de los recados de Kortmann —añadió Paw—. Pero supongo que ahora ya no lo seré. —Sacudió la cabeza—. Pobre viejo.

Henning miró al chico atentamente.

—No podemos quedarnos aquí —se limitó a decir.

Katherina estaba temblando.

—Sácame de aquí —pidió.

—Regresemos a Libri di Luca —sugirió Jon—. Iversen y los demás volverán allí pronto.

Henning se mostró de acuerdo y echó una última mirada a Paw antes de subir a su coche y arrancar.

Había luces en los escaparates de Libri di Luca cuando llegaron. Katherina había recuperado la compostura, aunque no había hablado mucho en el trayecto desde Hellerup. Paw tampoco había dicho nada y sólo había mascullado entre dientes para sí mismo y suspirado.

Henning ya había llegado, y era obvio que le había contado a Iversen lo que había ocurrido, porque el viejo librero parecía conmocionado, sentado allí en el sillón detrás del mostrador con una copa de coñac en la mano. Levantó la vista angustiado cuando Katherina y Jon entraron en la tienda; no hubo señales de reacción alguna en su cara cuando vio a Paw detrás de ellos. Clara se encontraba allí también. Había conducido el coche de Iversen para seguir a Remer y estaba apoyada sobre una estantería con los brazos cruzados y una expresión grave en su cara redonda.

—Creo que me vendría bien uno de éstos —dijo Henning, dirigiéndose adonde estaba el coñac de Iversen—. ¿Alguien más quiere uno?

Katherina aceptó con un movimiento de cabeza mientras el resto rechazaba el ofrecimiento. Henning buscó detrás del mostrador y sacó dos copas que llenó generosamente. Katherina aceptó agradecida la bebida sosteniendo la copa con ambas manos como si el contenido pudiera calentarle los dedos.

—¿Estás segura de que era el chófer de Kortmann? —preguntó Clara después de que Henning explicara las razones por las que habían ido a la mansión en Hellerup.

—Absolutamente segura —respondió Katherina con voz áspera.

Bebió un sorbo de coñac e hizo una mueca al tragar el licor.

Clara asintió con gesto serio.

—Entonces ya no hay duda —dijo—. Ese Remer está involucrado de alguna forma en lo que ha estado ocurriendo y lo más probable es que haya alguna especie de organización más grande detrás de todo esto. Una organización que no vacila en asesinar para alcanzar su objetivo.

Todos, excepto Paw, estuvieron de acuerdo. Unos asintieron con la cabeza, otros murmuraron su asentimiento.

—Todos vosotros estáis locos —manifestó Paw, dando un paso hacia Iversen—. ¿No os dais cuenta de que esto forma parte de su plan? Están tratando de desviar la atención de sí mismos. ¿Quién es la única persona que vio en realidad al chófer de Kortmann? —Señaló a Katherina sin mirarla—. Un receptor. ¿Y quién se beneficia con el asesinato de Kortmann? —Señaló con la otra mano a Clara—. Los receptores. ¿No os dais cuenta? Nos están manipulando como han venido haciendo hasta ahora.

—Te olvidas de que Kortmann nunca habría admitido a un receptor en su casa —señaló Jon.

Paw levantó los brazos hacia el techo.

—No voluntariamente, por supuesto. Podrían haberlo obligado a hacerlo, podrían haberlo sorprendido mientras estaba leyendo y haberle hecho abrir el portón para que ellos entraran.

—¿Eso sería posible? —preguntó Jon.

—No —replicó Clara con firmeza—. No podemos manejar a las personas por control remoto así como así; lo máximo que podemos hacer es controlar sus emociones y su actitud hacia lo que estén leyendo.

Paw dejó caer los brazos.

—Sólo tenemos su palabra. Ninguno de nosotros sabe lo que pueden hacer realmente.

—Tonterías —reaccionó Iversen—. Ahora estás dando palos de ciego, Paw. Los que somos miembros de la Sociedad desde hace mucho tiempo sabemos que es verdad. Como dijo Clara, tenemos que aceptar que la Organización Sombra es una realidad, y cuanto antes lo hagamos, mejor podremos defendernos.

Paw abrió la boca para oponerse, pero fue interrumpido por Iversen.

—Siéntate, Paw. Piensa un poco en lo que ha ocurrido y llegarás a la misma conclusión.

Enfurecido, Paw se dirigió a una de las estanterías y se sentó en el suelo.

—Como estaba a punto de decir —comenzó Clara, lanzando una rápida mirada a Paw—, debemos de estar acercándonos, pues están reaccionando con mucha violencia. No es ninguna coincidencia que en el momento en que la Sociedad se está reuniendo, Kortmann acabe asesinado. Su tarea había terminado, ya no les era útil. —Suspiró—. Tenemos que reconocer que Kortmann era su hombre, en el sentido de que estaba bajo la influencia de su chófer, quien tenemos que suponer que es un receptor. De modo que todo el tiempo han sabido lo que los transmisores estaban haciendo, e incluso podían hacer que Kortmann tomara las decisiones que convinieran a sus planes.

—Las cuales en primer lugar y sobre todo tenían como objetivo mantener el secreto de su propia organización —intervino Iversen—. Pero, haciendo memoria, estoy seguro de que Kortmann ha tenido ese chófer durante unos siete u ocho años. Lo cual es mucho tiempo, pero no explica la participación de Kortmann en la ruptura de hace veinte años.

Guardaron silencio durante unos segundos. Jon podía percibir un estado de ánimo de abatimiento. Sus propias emociones estaban mezcladas. Él estaba conmocionado por el homicidio, pero él y Kortmann realmente nunca habían sentido mucha simpatía el uno por el otro.

Desde el momento en que se habían encontrado por primera vez en el funeral, Jon había percibido cierta cautela por parte de Kortmann, como si estuviera evaluando a un competidor. En este sentido, Jon podría haber aceptado mejor la situación si Kortmann hubiera resultado ser su adversario. Pero en ese instante, cuando parecía que era inocente, las cosas estaban más turbias que nunca. Lo que todavía resultaba preocupante, y que ninguno decía en voz alta aunque probablemente todos lo pensarán, era que, dado que la Organización Sombra había podido acercarse tanto al líder de los transmisores, era imposible saber quién más podría estar implicado, directa o indirectamente. ¿Acaso no era una ingenuidad suponer que no había ningún espía entre los receptores?

—¿Entonces qué podemos hacer nosotros? —preguntó Iversen, rompiendo el silencio—. ¿Cuál es el próximo paso?

Se miraron unos a otros.

—La escuela —sugirió Jon—. La Escuela Demetrius. Debe de significar algo, puesto que es allí donde Remer se ha reunido con el chófer de Kortmann.

—Hay algo que olvidé decir —anunció Katherina. Todos se volvieron para mirarla—. Cuando estaba sentada sola en el coche, mientras Henning había bajado a inspeccionar el barrio, traté de ver si estaba ocurriendo algo en el interior, si alguien estaba leyendo, y si era así, qué era lo que leían. —Bebió otro sorbo de coñac—. Pude detectar varias clases de lectura, palabras sobre todo de libros de fácil lectura, pero había otra cosa. Varias voces diferentes, que se destacaban porque la lectura era más concentrada y producía un mayor impacto.

—¿Quieres decir...? —Clara no terminó la frase.

—Estoy convencida de que se trataba de un grupo de receptores —aseguró Katherina.

—¿Cuántos? —quiso saber Iversen.

—Tal vez cuatro o cinco.

—Entonces la Escuela Demetrius podría ser el centro de reclutamiento de Lectores de la Organización Sombra —conjeturó Clara—. ¿Alguno de vosotros ha oído hablar antes de ese lugar?

Jon negó con la cabeza. Katherina y Henning hicieron otro tanto.

—¿Demetrius? —repitió Iversen para sí, inclinando la cabeza hacia atrás, mirando al techo—. ¿No es ése el nombre de uno de los personajes de una obra de Shakespeare? De *El sueño de una noche de verano*, si no recuerdo mal. Demetrius bebe una poción de amor y se enamora de la persona equivocada. —Bajó los ojos—. Pero eso no encaja en absoluto en nuestra situación.

—Se mire como se mire, la escuela es nuestra mejor pista —sentenció Jon—. Me

gustaría ir yo mismo al lugar e inspeccionarlo de cerca. Si la escuela es el centro de las actividades de la Organización Sombra, debe de haber algo en el edificio que lo demuestre.

—¿Quieres decir forzar la entrada? —preguntó Iversen.

—Si es necesario... —Fue la respuesta de Jon.

—Iré contigo —decidió Katherina.

Jon estaba a punto de oponerse, pero su expresión lo detuvo. Era evidente que ella ya lo había decidido. Iversen, por otro lado, trató de persuadirla de que no fuera, apoyado por Clara, pero la joven estaba totalmente segura de que un receptor debía acompañar al abogado, para mayor seguridad.

Cuando ya todo estaba decidido, intervino Paw:

—Si es necesario que vaya un receptor, yo también quiero ir con ellos. —Se levantó del lugar que ocupaba en el suelo—. Necesitáis que haya allí un escéptico, alguien que os haga mantener los pies en la tierra para que no os arrastren a algún gran viaje sobre conspiraciones, bien.

Jon se volvió para mirar a Katherina.

La firmeza de su resolución parecía haber desaparecido. Parpadeó y vaciló un instante antes de asentir con la cabeza.

—Pero lo haremos a nuestra manera, Paw —insistió ella.

—Sí, sí —aceptó Paw alegremente—. No te preocupes, me portaré bien.

Acordaron reunirse a las tres de la madrugada.

Jon y Katherina fueron a sus respectivos apartamentos para buscar lo que creían que iban a necesitar. Después recogieron a Paw en Trianglen antes de continuar a la zona de las embajadas, que no estaba demasiado lejos. Ninguno de ellos dijo nada en el coche.

Jon aparcó el vehículo a unos cien metros de la escuela y allí bajaron. En el cielo no había ni una nube y las estrellas brillaban con intensidad. El chándal oscuro de Jon ofrecía escasa protección contra el frío de la noche y lamentó no ir más abrigado, pero era la única ropa oscura que tenía aparte de un traje.

Llevaba consigo una bolsa de deporte con varias herramientas del taller del sótano de Libri di Luca. No tenía ninguna experiencia práctica en robo con allanamiento, de modo que había llevado una gran variedad de herramientas. Paw iba también vestido con ropa oscura y llevaba una palanca en una bolsa de plástico blanca. Jon tuvo la sensación de que el joven no era totalmente ajeno a este tipo de actividad. Katherina se había puesto un par de zapatillas deportivas y un impermeable oscuro. Había recogido su pelo rojo en la nuca y una gorra negra le cubría la frente.

Caminaron tranquilamente por la acera hacia la escuela. Los edificios del vecindario estaban todos a oscuras. Eran principalmente grandes e imponentes mansiones, muchas de las cuales estaban ocupadas en ese momento por las

embajadas de países más pequeños. A esa hora de la noche la zona estaba completamente desierta, casi fantasmal, y los pocos coches aparcados eran probablemente de las calles adyacentes que ante la escasez de sitios libres habían tenido que ponerse allí.

Las farolas de la calle estaban bastante espaciadas, así que se dirigieron entre sombras hasta llegar al portón de entrada.

Sin vacilar, Jon cogió la manija y empujó la verja de hierro forjado. Se sintió sorprendido y también aliviado al comprobar que no estaba cerrada con llave. Aunque no había nadie por allí, se habrían visto en dificultades si hubieran tenido que trepar los tres metros de altura que medía la verja en medio de la noche. Lo tres entraron rápidamente en la propiedad y se deslizaron hacia la sombra del seto a la izquierda del portón. Como fue la última en entrar, Katherina lo cerró. Luego permanecieron un momento inmóviles para orientarse.

A la derecha de la entrada había un muro de tres metros de altura que se extendía más allá del edificio y desaparecía en la oscuridad. La valla continuaba a lo largo de la acera por toda la extensión de la propiedad. Al final sólo podían ver otro muro, también de tres metros de alto, que ocultaba el edificio ubicado a la izquierda de la escuela. Delante de ellos estaba el patio escolar, una franja de asfalto pintado con marcas para jugar a la pelota y cuadrículas de la rayuela, y atrás estaba la escuela de ladrillo rojo. En medio del edificio, una amplia escalinata de granito conducía a la maciza puerta principal. La puerta tenía unas pocas ventanitas, cubiertas por rejas de sólido aspecto.

No había ninguna luz encendida en el interior del edificio.

—¿Puedes sentirla? —susurró Paw—. ¿Puedes sentir la energía?

Jon contuvo la respiración un momento, tratando de percibir la fuerza que Paw mencionaba.

—No, nada —respondió en un susurro después de unos segundos, preguntándose si Paw no se estaría riendo de ellos.

—Yo tampoco —dijo Katherina en voz baja.

—Hummm —farfulló Paw, decepcionado—. Por allí —susurró, señalando la esquina más cercana del edificio, donde se veía un camino que corría junto al muro exterior hacia la parte de atrás.

Se deslizaron a lo largo de la pared hacia el camino, que los llevó al otro lado de la escuela. Una franja de césped formaba un pequeño patio con arbustos y algunos árboles frutales se alineaban sobre las paredes exteriores. La parte posterior del edificio tenía dos puertas. Una que daba a una cocina industrial y otra al sótano al final de una escalera de cuatro metros de profundidad.

Jon les hizo señas para que intentaran abrir la puerta del sótano y Paw saltó de inmediato para bajar las escaleras mientras Jon y Katherina permanecían arriba. Observaron que primero echaba un ojo a través de los cristales de la puerta y luego probó el picaporte. Cuando la puerta se abrió, dio un respingo y miró sorprendido

hacia arriba, a sus compañeros. Luego esbozó una gran sonrisa que reflejó una extraña blancura en la oscuridad.

Jon y Katherina se deslizaron escaleras abajo para reunirse con Paw.

—Entrad —susurró, sosteniendo la puerta abierta para que pasaran.

Se introdujeron en la oscuridad, seguidos por el joven, que cerró la puerta detrás de ellos. Jon metió la mano en su bolsa de deporte y sacó una linterna, apuntándola hacia abajo antes de encenderla. Se encontraron en un pasillo encalado con tres puertas además de la que acababan de atravesar. Los cristales de la puerta de entrada a sus espaldas estaban tapados en el interior con madera, dificultando la visión tanto desde fuera como desde dentro. Las puertas situadas a la derecha y a la izquierda estaban entreabiertas, y cada una estaba adornada con un símbolo de WC, uno para los niños y otro para las niñas. La puerta al final del pasillo estaba cerrada.

—¿Alguien, aparte de mí, piensa que resulta extraño que la puerta no estuviera cerrada con llave? —susurró Katherina.

Jon estuvo de acuerdo.

En ese momento se encendió una luz y el brillante reflejo que rebotaba en las paredes blancas les hizo entrecerrar los ojos. Jon se volvió de inmediato. Paw estaba detrás de él con un dedo sobre el interruptor de luz junto a la puerta.

—¿No es mejor así? —preguntó sin bajar la voz, de modo que sus palabras resonaron entre las paredes desnudas.

Jon apagó su linterna y se dirigió hacia la puerta al final del pasillo. Estaba revestida de madera pintada de blanco y tenía un pomo de bronce. También estaba abierta, y Jon la fue empujando lentamente hasta que pudo meter la cabeza. Lo que encontró fue otro pasillo más, que aparentemente recorría todo el frente de la escuela. Arriba, cerca del techo, a intervalos de pocos metros, había ventanas que permitían que la luz de las estrellas se reflejara sobre las pálidas paredes. Una reja de amplios barrotes delante de los cristales producía sombras como si hubiera una inmensa telaraña sobre el suelo y las paredes.

Sin abrir la puerta más de lo necesario, Jon se metió en el pasillo e hizo señas para que los otros lo siguieran. Paw cerró la puerta detrás de ellos. Una serie de puertas cubría la pared sobre la que se apoyaban y al final del corredor vislumbraron otras escaleras que subían al edificio.

—¿Todavía no lo percibís? —preguntó Paw, en un tono ligeramente molesto.

Tanto Jon como Katherina dijeron que no notaban nada.

—Es más fuerte por ahí —informó Paw, señalando hacia las escaleras que subían.

Jon encendió la linterna y la apuntó en la dirección que Paw había señalado. Al final del pasillo una escalera conducía a otro nivel inferior. Se deslizaron hacia las escaleras. Jon iba primero con la linterna hacia el suelo. Justo delante de las escaleras había un pesado portón de hierro negro, que estaba abierto.

—No me gusta esto —murmuró Katherina, sosteniendo la puerta. Los barrotes eran de hierro forjado retorcido, por lo menos de dos centímetros de grosor—. Todo

parece demasiado fácil, ¿no?

—Tal vez no tengan nada que ocultar —sugirió Paw—. ¿Qué clase de secretos puede tener una escuela?

—Eres tú quien advierte la presencia de algo extraño —señaló Katherina airadamente.

Jon hizo callar a sus dos colegas y dirigió la luz de la linterna hacia abajo, por la escalera que se abría ante ellos.

—¿Estás seguro de que éste es el camino que debemos seguir? —preguntó, volviéndose para iluminar la cara de Paw con la linterna.

—Sí. Estoy seguro —respondió Paw, levantando la mano para tapar el rayo de luz—. ¿No podéis percibirlo? De ahí procede la energía. Confiad en mí.

—Por cierto, te has vuelto muy sensible de pronto —farfulló Katherina.

Jon dirigió la luz otra vez hacia las escaleras y empezó a bajar. Después de un par de metros, las escaleras doblaban bruscamente en una esquina. Al pasar por allí, Jon sintió un extraño hormigueo en la nuca, la misma sensación que había notado la primera vez que entró en la biblioteca del sótano de Libri di Luca.

—Está bien —admitió—. Creo que vamos por buen camino. Ahora puedo sentirlo yo también.

Katherina confirmó que ella sentía igualmente la energía.

—¿Qué os dije? —farfulló Paw.

Cautelosamente, Jon continuó bajando la escalera. A cada paso que avanzaba podía percibir la energía, que se hacía cada vez más fuerte, al mismo tiempo que el aire se enrarecía. Al pie de la escalera había un corredor que continuaba un par de metros antes de doblar en otra esquina. Hasta donde Jon podía ver, se extendía a lo largo de la parte trasera de la escuela.

Las paredes eran más rústicas en esta parte del edificio, con grandes parches irregulares y granito a la vista.

Encontraron dos puertas más cuando doblaron la esquina. La puerta de metal de la derecha tenía una mirilla del tipo de las que se ven en la puerta de una celda. La otra señalaba el final del corredor y era de roble macizo con bisagras y pomo de hierro negro.

Jon miró con atención el agujero de la puerta de metal, pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Apoyó la oreja contra la puerta y escuchó atentamente. Al no oír nada, empujó el picaporte de metal hacia abajo y la abrió.

Se trataba de una habitación pequeña, de unos dos metros de ancho y unos cinco de largo. Las paredes estaban revestidas de gastados paneles de madera. En medio de la habitación reposaban dos grandes sillones de cuero uno frente al otro. Ambos tenían amplios reposabrazos y sobre el respaldo de cada uno colgaba un casco de metal conectado a un montón de cables. Con el rayo de luz de su linterna, Jon siguió los cables hasta donde se unían en un cable grueso que salía de la pared.

Esa misma pared estaba dominada por una gran ventana, que permitía observar

los sillones desde una habitación adyacente.

Jon encontró un interruptor de la luz y lo encendió. Una luz fluorescente inundó la habitación y los tres entraron. Tan pronto como Jon cruzó el umbral, sintió que la energía desaparecía, como si alguien hubiera apagado un interruptor. A juzgar por la reacción de los otros, ellos también habían notado lo mismo.

—Debe de estar protegida de alguna manera —fue la conclusión de Paw.

—¿Qué es este sitio? —quiso saber Katherina.

—¿La silla eléctrica? —sugirió Paw—. Todos los maestros deben de querer utilizar este tipo de cosa con sus alumnos de vez en cuando.

Jon se inclinó hacia el panel de cristal y miró hacia la habitación contigua. Pudo ver una serie de diodos LED rojos y verdes, una mesa justo al otro lado de la ventana y una fila de ordenadores e impresoras a lo largo de una de las paredes. Sobre la mesa había un monitor rodeado de papeles y tazas de café medio vacías.

—Remer dijo que tenían el equipo para medir los poderes —recordó Jon—. Debe de ser aquí donde lo hacen.

Katherina cogió un casco.

—Es posible —coincidió, mirando con desagrado aquel instrumento—. El casco debe de impedir que las mediciones se vean perturbadas por la energía en este lugar, venga de donde venga.

—Está bien, señor y señora Sherlock, ¿no deberíamos buscar de dónde procede? —dijo Paw, dirigiéndose hacia la puerta—. Este lugar me produce escalofríos.

—¿Todavía crees que éste es un inocente edificio escolar? —preguntó Katherina, pero el joven no respondió.

Al salir de nuevo al corredor sintieron el ya conocido hormigueo, y se intensificó a medida que se acercaban a la puerta de roble al final del pasillo. Aquella puerta tampoco estaba cerrada con llave y les dio acceso libre a la habitación que habían visto a través de la ventana de la habitación-celda. Además de las filas de ordenadores, las impresoras y la mesa con papeles, había otra puerta que se adentraba más en el edificio de la escuela.

Jon dejó su bolsa de deporte en el suelo y se dirigió a la mesa a echar un vistazo a los papeles.

Estaban llenos de gráficos, bosquejos de partes del cerebro y filas de números, algunos de ellos subrayados o encerrados en un círculo. En la parte de arriba de cada página aparecía el nombre y la edad de la persona sometida a la prueba. A juzgar por estos documentos, los últimos sujetos de estas pruebas tenían entre diez y doce años. Para algunos individuos, los números se referían a mediciones de su potencia efectiva; para otros, los números representaban un cálculo aproximado del potencial esperado de esa persona.

—Parece que pueden predecir la potencia de aquellos que no han sido activados todavía —comentó Jon.

—¿Podría ser ése el criterio para ser admitidos en la escuela? —sugirió

Katherina, que se había acercado a la mesa y estaba mirando por encima de su hombro.

Paw se quedó cerca de la puerta, dirigiendo miradas nerviosas hacia el corredor.

—Tal vez, pero es difícil imaginar de qué manera podrían hacer las mediciones sin despertar sospechas entre los padres —respondió Jon.

Katherina se encogió de hombros.

—No hay límites a aquello a lo que los padres son capaces de someter a sus amados vástagos con tal de darles alguna ventaja.

—Sólo Dios sabe lo que harían los padres si llegaran a descubrir la verdad —continuó Jon, pensando en voz alta—. No es seguro que ellos sean también Lectores. Pero ¿y los niños? ¿Cuándo se les informa de eso? ¿Los padres están informados o se obliga a los niños a mentirles? —Sacudió la cabeza—. ¿Qué efecto tendría eso sobre un niño?

—No parece sano —intervino Katherina—. Deben de tener más pruebas que ésta para encontrar candidatos apropiados. Una cosa es poseer los poderes, activados o latentes, pero otra muy distinta es determinar si los niños son lo suficientemente maduros como para formar parte de la Organización Sombra.

Katherina buscó debajo de la mesa y encontró lo que estaba buscando. Se agachó y levantó la papelera. De allí sacó varias hojas iguales a las que había en la mesa, las dobló y las metió en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Ni siquiera se van a dar cuenta de que faltan —dijo, colocando de nuevo la papelera en el suelo.

El monitor sobre la mesa estaba inactivo, pero un rápido golpecito en el teclado lo devolvió a la vida. Lentamente apareció una imagen, pero Jon se sintió decepcionado cuando resultó ser una ventana para entrar en el sistema escribiendo un nombre y la contraseña.

—Ahora nos vendría bien la ayuda de Muhammed —dijo.

Paw todavía permanecía parado en la entrada, moviendo nerviosamente los pies.

—¿No deberíamos marcharnos?

Jon asintió.

—No vamos a sacar nada de aquí, de todos modos.

Se acercó al joven y recogió su bolsa de deporte. Ante la siguiente puerta hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros antes de bajar el picaporte. Paw apagó la luz en la habitación detrás de ellos antes de que Jon abriera la puerta. Estaba oscuro, pero Jon pudo notar una suave alfombra bajo sus pies al entrar. Después de manipular un poco la linterna, la encendió y luego buscó el interruptor de la luz.

Estaba de pie dando la espalda a la habitación, Paw permanecía en la entrada con la palanca en la mano y Katherina había dado unos pasos hacia dentro, sobre la alfombra. Sus ojos estaban fijos en el extremo más alejado de la habitación, dando muestras tanto de sorpresa como de horror.

—Campelli —oyeron—. ¡Qué amable por su parte venir a visitarnos!

Jon reconoció la voz inmediatamente.

Era Remer.

—¡Fuera! —gritó Jon, dando un paso hacia la puerta, pero Paw no se movió de la entrada.

En cambio, mostró una gran sonrisa, y sin vacilar dirigió la palanca a la cabeza de Jon.

Éste estaba tan sorprendido que no logró esquivar el golpe, y un feroz relámpago de dolor le atravesó el cráneo.

CAPÍTULO

29

Katherina se arrojó sobre el cuerpo inconsciente de Jon. Había caído como una piedra con el golpe, como si todos sus músculos se hubieran aflojado a la vez dejando que la gravedad hiciera su trabajo. La sangre salía a borbotones de su frente en el punto donde la palanca había golpeado y se deslizaba por su mejilla hasta caer en la alfombra. Dejó escapar un débil gemido.

Katherina miró furiosa a Paw. Allí estaba él con una sonrisa de triunfo en los labios y su arma levantada, lista para dar otro golpe.

—No creo que eso vaya a ser necesario —dijo Remer desde el otro extremo de la habitación.

La sonrisa de Paw desapareció y bajó la palanca.

—Estoy seguro de que Katherina se da cuenta de que el juego ha terminado.

Remer se fue acercando mientras hablaba y la joven se giró para mirarlo. Llevaba un traje negro con una camisa gris pero sin corbata. En su mirada no se veía el menor atisbo de emoción.

—Porque tú eres Katherina, ¿verdad?

Ella no respondió, simplemente dirigió otra vez su atención hacia Jon. Le acarició la frente sin tocar la sangre.

—Espero que no lo hayas golpeado demasiado fuerte —dijo Remer detrás de ella—. Lo necesitamos.

—Vivirá —aseguró Paw—. No puede ser más que una ligera conmoción cerebral.

—Eso es exactamente lo que no necesitamos —replicó Remer airadamente—. Te dije que no le hicieras daño.

—No tuve elección —protestó Paw.

Remer suspiró ruidosamente.

—¿Crees que puedes ocuparte de la muchacha mientras los demás nos preparamos?

Paw farfulló una réplica y Katherina sintió una mano sobre su hombro.

—Vamos, princesa. Hemos reservado un lugar para ti.

La cogió con la mano izquierda y la puso de pie mientras sostenía la palanca en la derecha. Katherina trató de librarse de él retorciéndose, pero no lo logró. Dos hombres entraron en la habitación y se arrodillaron en el suelo junto a Jon. Uno de ellos era el chófer de Kortmann, pero ni siquiera miró a la joven. Entre ambos

cogieron a Jon por los brazos y lo arrastraron a través de la puerta por la que acababan de entrar.

Paw condujo a Katherina a la oficina, donde la empujó para que se sentara en una silla giratoria. Jon fue trasladado a otro sitio, introduciéndose por un pasillo. La puerta se cerró detrás de ellos.

—¿No hay lo llevan? —preguntó Katherina, con la mirada fija en Paw.

—No muy lejos —respondió Paw, sonriendo.

Sin apartar los ojos de ella, estiró la mano hacia un armario y sacó un rollo de cinta adhesiva. La obligó a darse la vuelta y ella oyó que él dejaba la palanca en el suelo de cemento.

Aquélla era su oportunidad.

Puso en tensión todos los músculos de su cuerpo, pero en el momento en que estaba a punto de saltar de la silla, Remer entró en la habitación. Tenía un arma en la mano. No era particularmente grande, sólo un pequeño modelo negro con empuñadura de madera oscura, pero su simple presencia lo cambiaba todo. Aunque Katherina sabía que la Organización Sombra no iba a vacilar en matar a alguien, hasta ese momento siempre habían cometido el asesinato por medios menos directos. Se habían utilizado los poderes —un arma apropiada en aquel contexto— y no un frío revólver, que parecía extrañamente fuera de lugar en el mundo de los Lectores.

Paw aferró los brazos de Katherina y los unió con la cinta, atándolos al respaldo de la silla. Remer se sentó ante el escritorio delante de la ventana y puso el arma sobre un montón de papeles, con la misma naturalidad que si fuera un pisapapeles. Se inclinó sobre la mesa hacia un micrófono y apretó un botón para encenderlo.

—Es mejor que la ates bien —dijo, dirigiendo una rápida mirada a Paw—. No queremos que se haga daño.

Paw hizo girar a Katherina y le ató las piernas con cinta al armazón de la silla. Ella lo miró furiosa, pero él evitó su mirada.

—¿Así que formabas parte de este asunto todo el tiempo?

Él se rió.

—No creas que disfruté —dijo, burlándose de ella—. Todas esas tonterías acerca de las experiencias de lectura, la literatura y «la buena historia» me volvían loco. —Dirigió una mirada de soslayo a Remer—. Pero ahora todo ha terminado. Y he hecho mi trabajo.

—¿Y la librería? —preguntó Katherina—. ¿Y qué me dices de Iversen? ¿Y Luca?

Paw se puso de pie con las manos en los reposabrazos de la silla. Acercó su cara a la de ella. Había odio en sus ojos.

Estaba tan cerca de Katherina que ella podía oír el crujido de sus dientes apretados.

—En lo que a mí concierne, todos vosotros podéis ir al infierno.

Katherina lo escupió en la cara y luego hizo saltar la silla hacia delante, pero Paw logró apartarse justo a tiempo. Se enderezó con una gran sonrisa, secándose la cara

con la manga. Luego cogió un trozo de cinta adhesiva y la apretó con fuerza en la boca de la joven. Dio un paso hacia atrás, cruzó los brazos y observó su obra con una sonrisa. Luego se rió y desapareció en el corredor.

Katherina se retorció y giró los brazos, tratando de aflojar la cinta, pero fue en vano. Sólo sirvió para lastimarse la piel, y habría gritado de dolor si Paw no le hubiera tapado la boca también. Desesperada, se desplomó, notando que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. ¿Cómo podían haber sido tan ingenuos? El regreso de Paw tenía que haberles hecho sospechar, por lo menos lo suficiente como para mantenerlo apartado de sus planes. Pero habían estado demasiado preocupados por la muerte de Kortmann. Sacudió la cabeza, como si quisiera sacudirse las lágrimas. Tenía que detenerlo; aquél era el momento de concentrar toda su energía en salir de aquella situación. Recorrió rápidamente con los ojos la habitación, buscando algo que pudiera utilizar.

Remer estaba concentrado en el monitor del ordenador sobre el escritorio y no prestaba ninguna atención a lo que estaba ocurriendo en el otro extremo de la habitación. Katherina sólo podía captar fragmentos aislados de lo que él estaba leyendo, pero todo parecía un puro disparate. Números, términos técnicos y frases que ella nunca había escuchado antes, todo mezclado. Cada poco tiempo, Remer miraba a través de la ventana y le hacía señas a alguien en la habitación contigua. Desde su posición, Katherina no podía ver directamente a través del cristal, pero percibió que se había encendido una luz y que alguien se estaba moviendo en la otra estancia. No tenía la menor duda sobre a quién habían atado en ese lugar.

Apoyó los pies contra la base de la silla y trató de estirar la cinta alrededor de los tobillos. Ésta apenas cedió unos milímetros, lo suficiente para reactivar su valor.

—Está bien —dijo Remer al micrófono—. Será mejor que salgas de la habitación. Ahora sólo tenemos que esperar a que él recupere el conocimiento.

Paw y otra persona regresaron a la oficina y fueron a sentarse a cada lado de Remer. El chófer de Kortmann no había vuelto.

Durante los siguientes quince minutos Remer pareció dar una serie de pasos preparatorios e hizo unas pruebas en el ordenador. Paw lo seguía, echando una mirada a Katherina de vez en cuando. El otro hombre buscaba en el montón de papeles mientras daba breves réplicas en tono rutinario cada vez que Remer preguntaba por «valores RL», niveles de tensión y «bloqueos IR», conceptos que Katherina era incapaz de descifrar. Entretanto, ella se concentraba en aflojar la cinta que le envolvía los pies.

—Se ha despertado —anunció de pronto Paw, y los tres hombres dirigieron su atención a la habitación detrás del cristal.

—Buenos días, Campelli —saludó Remer en el micrófono. A través de un altavoz pudieron escuchar quejón farfullaba algo incomprensible—. Lamento este recibimiento un tanto duro, pero parece que usted estaba a punto de dejarnos antes de que tuviéramos la oportunidad de conversar.

—Paw —oyeron en el altavoz, pronunciado como si fuera la respuesta a un rompecabezas.

Remer se rió.

—Paw, como usted lo llama, ha estado a mi servicio todo el tiempo. Un producto de este lugar, se podría decir. Asistió a esta escuela y se sentó en la misma silla donde usted está sentado ahora, con el mismo casco puesto.

—¿Dónde está Katherina? ¿Qué le han hecho?

—Relájese, Campelli —replicó Remer—. La jovencita está en este mismo lugar.

Inclinó la cabeza hacia Paw, que se dirigió hasta Katherina e hizo rodar su silla hasta la ventana.

Al otro lado, Jon estaba sentado en uno de los dos sillones, atado con unas bandas de plástico alrededor de sus brazos y tobillos. La sangre de su frente se había secado y había aparecido un oscuro hematoma en donde la palanca le había golpeado. Cuando vio a Katherina, una expresión de alivio se apoderó de su rostro.

—Como puede ver, está ilesa —continuó Remer—. Por ahora.

—¿Qué es lo que quiere, Remer? —quiso saber Jon, sin apartar sus ojos de Katherina.

—Cooperación. Eso es todo —respondió Remer—. Una pequeña demostración para enseñarnos qué es capaz de hacer, y luego, una actitud abierta con respecto a mi organización. Es mucho lo que podemos ofrecerle a un hombre de su talento.

—¿Qué le hace pensar que quiero ser su conejillo de Indias? ¿Espera usted realmente que yo participe de manera voluntaria en sus experimentos?

—En realidad, sí —dijo Remer con confianza—. Lo contrario sería poco prudente. —Palmeó a Katherina en el hombro, y ella se estremeció al notar su roce—. Como he dicho, ella puede sernos útil.

Jon apretó los dientes.

—Y si acepto colaborar con sus experimentos, ¿la dejará ir?

—Naturalmente —respondió Remer—. Ése es el trato.

—Es inútil —dijo Jon, apretando los ojos cerrados y obviamente dolorido—. No puedo leer nada en este momento. Debe darle las gracias a su perro faldero por eso.

Remer se inclinó hacia delante para dirigirle una intensa mirada a Jon.

—Está exagerando —exclamó Paw—. No lo golpeé tan fuerte.

Remer le lanzó una mirada iracunda a Paw y se echó hacia atrás en su silla.

Jon abrió los ojos y miró directamente a Remer.

—Si usted deja marchar a Katherina, prometo quedarme aquí hasta que pueda hacer su prueba —ofreció.

—Estoy seguro de que usted hará todo lo posible —dijo Remer, cogiendo el arma de la mesa y mostrándosela a Jon.

Katherina sacudió con fuerza la cabeza, pero podía ver la consternación en el rostro de Jon. La presencia de aquel sórdido y pequeño objeto dejaba en evidencia que aquélla era una asquerosa situación en la que había un rehén y no una

negociación.

—Está bien —aceptó Jon—. ¿Qué es lo que quiere que haga?

—Lo que usted sabe hacer mejor —respondió Remer—. Leer cuentos.

Hizo una seña con la cabeza a Paw, que abandonó la habitación.

—Primero, déjela ir —exigió Jon.

Remer se rió.

—Ahora usted está siendo ingenuo, Campelli. La muchacha se queda hasta que consigamos lo que queremos.

La puerta de la celda se abrió y entró Paw con un libro en una mano y un cuchillo en la otra.

—Bastardo —gruñó Jon.

Paw se rió al acercarse, asegurándose de que Jon viera el chillo sujetándolo con dos dedos.

—Ten cuidado, Jon —le advirtió—. No querrás salir herido otra vez. —Fijó la mirada en un lugar sobre la ceja izquierda del abogado—. Caramba. ¡Qué mal aspecto tiene eso! ¿Duele?

Paw mostró una amplia sonrisa.

Jon se sacudió, pero sus brazos estaban firmemente sujetos a los reposabrazos de su sillón. Aflojó su cuerpo hacia atrás, lanzando una mirada hostil a Paw.

—Ah, ¿vas a pasar las páginas para mí?

—Oh, no —replicó Paw—. Estaré fuera de aquí mucho antes.

Puso el libro en la mano derecha de Jon.

Jon miró la portada.

—¿Frankenstein? —exclamó sorprendido.

Desde su posición cerca de la mesa, Katherina pudo ver que el libro era una edición en rústica, tan gastado como un ejemplar que alguien hubiera usado en unas vacaciones de verano. También se dio cuenta de que no podía percibir nada de la lectura que hacía Jon de la portada. Como habían comentado antes, aquella habitación como una celda debía de estar aislada de alguna manera.

Con una mano Paw agarró el antebrazo izquierdo de Jon, apretándolo contra el reposabrazos. Usó la otra mano para cortar las bandas de plástico que sujetaban el brazo de Jon. Después de cortarlas rápidamente se alejó para quedar fuera del alcance del abogado.

Jon agitó su brazo libre. Agarró las cintas del otro brazo, pero no pudo tirar de ellas.

Paw se rió.

—Olvídalo, Jon. No puedes hacerlo.

Dio media vuelta y salió de la celda, seguido por la mirada ceñuda de su antiguo compañero.

—Vamos, empiece —ordenó Remer.

Jon dirigió su mirada a la ventana y Katherina le hizo un ligero movimiento de

cabeza. Paw volvió a la oficina y permaneció detrás de los otros junto a la mesa.

—¿Tiene usted pasajes favoritos? —preguntó Jon desdeñosamente.

Remer sacudió la cabeza.

—No importa por dónde empiece.

Apretó un par de teclas en el teclado y la imagen en la pantalla cambió para mostrar las oscilaciones de varias curvas que lentamente pasaban de derecha a izquierda. No se apreciaba fluctuación alguna.

Jon cambió la posición del libro, cogiéndolo por el lomo con su mano derecha atada para poder pasar las páginas con la izquierda. Abrió el libro por la mitad y empezó a leer.

Para Katherina era una sensación extraña escuchar a Jon leyendo en voz alta. Hasta ese momento ella siempre había estado con él cuando leía, de modo que podía recibir simultáneamente, pero en este momento sólo escuchaba su voz, mientras que el propio libro permanecía en silencio. Era como escuchar un audiolibro, que también carecía de toda la energía con la que un Lector o un libro podrían cargar el texto. De todas maneras, Jon era un Lector excelente y, si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría disfrutado del relato. Katherina trató con toda su fuerza de estirar un poco más la cinta alrededor de sus tobillos. Sintió una pequeña sacudida cuando la cinta cedió, y miró asustada a los otros. Pero todos estaban observando atentamente el monitor que había sobre la mesa y no se habían percatado de nada.

Las oscilaciones en la pantalla habían empezado a moverse. Una línea verde en la parte de arriba del monitor desplegaba ondas senoidales, imagen que Katherina supuso que correspondía al pulso fluctuante producido por los poderes de un transmisor. Por debajo había un trazo rojo que se elevaba bruscamente a medida que Jon avanzaba con el texto.

—Cinco puntos en tres minutos —dijo Remer, impresionado.

Paw se rió con disimulo.

El trazo rojo se aplanó y estabilizó en un nivel por encima de la marca a mitad de camino en la pantalla.

—Siete —anunció Remer—. ¿Se está conteniendo?

—Bueno, de todas formas, no hay fuegos artificiales —comentó Paw.

Remer se inclinó hacia el micrófono, pero en el momento en que iba a decir algo, la onda senoidal cambió de forma. Las fluctuaciones aumentaron el ritmo, como un metrónomo que cambia de velocidad. Al mismo tiempo, la línea roja dio un salto casi vertical, acercándose al máximo de la escala.

—Diez —exclamó Remer asombrado.

Detrás del cristal, Jon no parecía afectado. Sólo las gotas de sudor que bajaban lentamente por su frente revelaban el esfuerzo que estaba haciendo.

Las lámparas fluorescentes del techo encima de él parpadearon de manera errática un par de veces hasta que una de ellas se apagó repentinamente, mientras que las otras eran todavía más brillantes. A pesar de que la celda estaba bañada por la luz, el

brillo parecía ir disminuyendo alrededor de Jon. Poco a poco se formó una esfera alrededor de él, creando un espacio más oscuro que el resto de la habitación. Además, chispas y diminutos destellos parecían saltar sobre la superficie de la esfera. Pronto dejaron de verlo debido a la oscuridad y al aumento de las descargas de energía.

—Mierda —gritó Paw—. Se ha salido de la escala.

Katherina miró la pantalla del ordenador. La onda senoidal todavía estaba fluctuando con regularidad, pero en una frecuencia más rápida que antes. La línea roja había desaparecido. Movi6 los pies hasta liberarlos y los apoy6 en el suelo.

La esfera ya del todo negra parecía estar atrayendo la luz detrás del cristal, como si fuera un agujero negro. Los destellos y las chispas se deslizaban sobre la superficie describiendo extraños dibujos y algunas saltaban de la esfera hacia la habitación, donde aterrizaban sobre los objetos y el cableado que rodeaban a Jon. Las chispas bailaron en el aire hasta que toda la luz pareció haber sido succionada dentro de la esfera con una gran inhalación.

Katherina dio una patada al suelo, enviándose a sí misma y a la silla velozmente hacia el otro extremo de la habitación, lejos de la ventana. Mientras se alejaba, se dio la vuelta y se agachó hacia delante. Detrás de ella escuchó gritos y una gran conmoción.

Entonces se produjo la explosión.

La fuerza la lanzó de lado contra la pared y se quedó bruscamente sin aliento. Sintió un gran calor y sus pulmones ardían mientras trataba de volver a respirar. Después del estallido de la explosión vino el ruido del cristal hecho añicos cayendo al suelo y el siseo de las chispas que volaban. Escuchó gemidos al otro extremo de la habitación, pero todas las luces se habían apagado, y la única luminosidad que había era la que provenía de las llamas de los papeles incendiados en la mesa y en el suelo.

Katherina sintió un dolor en los brazos, en la piel que había quedado sin protección para el calor. La cinta alrededor de las muñecas se había derretido y pudo liberarse fácilmente. Se arrancó la cinta de la boca y llegó tanteando a la puerta, que abrió de un tirón. Antes de salir de la estancia, echó una última mirada al escritorio donde habían estado Remer y Paw. Alcanzó a ver a gente en el suelo, pero no se detuvo a comprobar si todavía seguían con vida.

Fuera, en el pasillo, una única lámpara fluorescente parpadeaba y el efecto estroboscópico convertía el corredor en una escena de pesadilla. La puerta de metal de la celda estaba curvada hacia fuera; la mirilla había volado y salía humo por allí, como si fuera una chimenea. En el suelo, delante de la puerta, yacía el chófer de Kortmann. Uno de sus ojos era un cráter hondo y abierto; la sangre salía a chorros de la herida y le corría por la cara para formar un charco cada vez más grande en el suelo.

Katherina tuvo que empujar el cuerpo a un lado antes de poder abrir la puerta de la celda. El humo la fue envolviendo. Tosiendo, se metió en la habitación, estirando las manos hacia delante. El primero de los dos sillones estaba arrugado como una

suerte de escultura abstracta; la mitad del tapizado había desaparecido, la otra mitad estaba en llamas. En el otro sillón estaba Jon.

Permanecía sentado con la cabeza inclinada, pero por lo demás no parecía haber sido tocado por las fuerzas que habían devastado la habitación. Todavía sostenía el libro en la mano. Lentamente, Katherina se acercó al sillón y puso la mano sobre el hombro de Jon, que levantó la cabeza y le sonrió tenso.

—¿Cómo ha ido todo?

Katherina apretó su cuerpo contra el de él y empezó a sollozar.

—Estoy muy cansado —susurró Jon.

Comenzaba a costarle mantener la cabeza erguida.

Katherina lo soltó y le acarició la frente.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. ¿Crees que podrás?

—Muy cansado —repitió Jon.

La chica trató de ayudarlo a ponerse de pie, pero todavía estaba atado al reposabrazos. La explosión no había tocado el sillón en el que estaba sentado y tampoco las bandas de plástico que lo mantenían prisionero.

—Campelli —resonó de pronto la voz de Remer. A través del agujero ocupado anteriormente por el cristal, pudieron ver una figura con la ropa hecha jirones y la cara cubierta de sangre—. Bienvenido. Usted es mío ahora.

—Corre —murmuró Jon a Katherina.

Ella tiró de las ataduras, pero se negaban a ceder.

Con un gran esfuerzo Jon se enderezó en el sillón.

—Tienes que irte —gruñó, debilitado por el esfuerzo—. No debes permitir que se apoderen de ti.

Sus palabras fueron prácticamente ahogadas por una fuerte explosión. Katherina se estremeció. Nunca antes había escuchado un disparo en la vida real, pero no tenía la menor duda de que se trataba de eso, y la postura que Remer había adoptado también servía para que todo fuera muy claro.

Tenía el revólver en la mano y la estaba apuntando a ella.

CAPÍTULO

30

Con dificultad, Jon giró la cabeza hacia Remer. Podía ver el revólver en su mano, y los labios del hombre estaban separados esbozando una sonrisa de dientes blancos y sangre roja. Jon volvió su atención a Katherina y vio el miedo en sus ojos.

Aún sujetaba el libro en la mano y, con un último esfuerzo, enfocó la mirada en las palabras sobre la página y leyó tan alto como pudo. Aunque no tenía la fuerza como para cargar lo que estaba leyendo, la reacción de Remer fue instantánea. Dio un paso hacia atrás y levantó un brazo para protegerse.

—¡Ahora! —le gritó Jon a Katherina y ella saltó apartándose de él, dirigiéndose a la puerta abierta donde Remer no podía verla.

Vaciló un segundo y se volvió para mirar a Jon, pero éste hizo un gesto urgente con la cabeza. Ella no se movió.

—¡Corre! —gritó él con toda la furia que pudo reunir.

El rostro de Katherina adquirió una expresión de miedo, pero se recompuso y corrió, desapareciendo de la vista de Jon.

Aliviado, Jon soltó el libro, que cayó al suelo con un ruido sordo. Se echó hacia atrás con una sonrisa en los labios y cerró los ojos. Escuchó mucho ruido por todas partes a su alrededor. Gente que corría y hablaba con nerviosismo. Alguien estaba gimiendo; parecía la voz de Paw.

Jon esperó que fuera Paw.

El olor en la habitación le hizo recordar su activación en Libri di Luca. Se percibía la misma sensación de electricidad en el aire, el hedor de madera y plástico quemados, y él tenía un sabor metálico en la boca. El agotamiento que sentía también era el mismo, una penetrante fatiga que le hacía imposible moverse a menos que concentrara toda su atención.

Una cosa había sido diferente: la forma de avanzar en la lectura. Durante la activación él había estado totalmente ajeno a todo. Fue como un apagón, y no se había dado cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

La medición de sus poderes en aquella habitación-celda fue completamente distinta.

Al principio no había notado nada anormal. Dado que había sostenido el libro a un brazo de distancia, el texto estaba más lejos de lo que le habría gustado, y tenía que entrecerrar un poco los ojos para poder leer. El dolor de cabeza producido por el

golpe tampoco ayudaba y había tartamudeado al leer las primeras páginas. Poco a poco se fue haciendo más fácil, y su lectura fue adquiriendo mayor fluidez y coherencia hasta que percibió la ya familiar sensación de control.

Jon había leído cuatro o cinco páginas de *Frankenstein* sin producir desviaciones demasiado importantes. Simplemente iba encontrando el ritmo, lo que le permitía orientarse en el espacio y en el texto, así como administrar la energía. Se contuvo un poco, como un corredor antes de la decisiva carrera final, poniendo en tensión sus poderes como si fueran músculos que se prepararan para la escapada.

Al comenzar la parte de la revuelta de los lugareños y la desesperación del monstruo, Jon se metió como un remolino en el texto y las imágenes se elevaron para encontrarse con él con colores claros y fuertes en contornos bien definidos. Su entorno, en lugar de desaparecer repentinamente, como si alguien hubiera apretado un botón, se desvaneció en una suave transición, como en los fundidos cinematográficos. Los objetos a su alrededor se convirtieron en parte del escenario dentro del relato. Así pues, el sillón delante de él se transformó en la camilla sobre la que el doctor Frankenstein construyó a su monstruo, y las figuras que lo observaban a través del cristal se convirtieron en árboles que se balanceaban delante de las ventanas del castillo.

Después de eso, Jon hizo aparecer los efectos. Las imágenes adquirieron una luz aguda y penetrante, como si estuvieran sobreexpuestas. Las emociones en el relato eran tan fuertes que parecían sólidas y presentes, como personajes menores por derecho propio. Acentuó el horror en las escenas, así como la desesperanza del monstruo y la inhumana sed de sangre de las masas. Las imágenes aparecían casi separadas de sus sitios; sólo los sentimientos puros en los rostros eran cortados a manera de un caleidoscopio a través de la luz en una fluctuación creciente de imágenes. Aceleró las cosas todavía más, de modo que las imágenes empezaron a aparecer como un remolino en el que caras y lugares se deformaban, siendo atraídas todavía más al movimiento en espiral. Los colores cambiaron la polaridad, de modo que las figuras aparecían como un negativo. Los dientes de los personajes, que se veían negros en sus llamativas muecas, quemaban agujeros a través de las imágenes. Las pupilas blancas de sus ojos brillaban tanto que dejaban imágenes flotando en la retina mientras giraban en la vorágine. Jon hizo un último esfuerzo y se arrojó al ciclón de imágenes.

Para su sorpresa, aquello resultó ser totalmente oscuro y muy silencioso.

—Felicidades, Campelli.

La voz de Remer hizo que Jon volviera a la realidad de la habitación aislada. Abrió lentamente los ojos y dirigió su mirada al hombre, que estaba a unos metros de distancia. Tenía la cara cubierta de pequeñas heridas ensangrentadas y una mejilla negra de hollín.

—Ha batido un nuevo récord —continuó, mirando a su alrededor en la habitación—. A un alto precio, hay que decirlo, pero muy convincente.

—¿Katherina? —preguntó Jon con voz ronca.

—No se preocupe, no irá muy lejos —replicó Remer.

Jon sonrió. Eso quería decir que por lo menos había salido del edificio. De pronto, su propia situación ya no era importante, y tuvo la sensación de ser invencible.

—¿Y cuál es mi puntuación?

Remer se rió.

—No conocemos el número exacto. Usted fue mucho más allá de lo que marca la escala. Nadie lo había hecho antes.

—Me alegro de haber podido colaborar en el espectáculo —dijo Jon—. ¿Puedo irme ahora?

Remer se rió otra vez.

—Pero si acaba de llegar —replicó. Su sonrisa desapareció, y sus ojos grises se clavaron en el abogado con una mezcla de alerta y expectación—. Hemos estado buscando a alguien como usted, Campelli. Usted es quien nos va a llevar hasta el siguiente nivel.

Jon sacudió la cabeza.

—Está usted loco. Jamás le ayudaré.

—No esté tan seguro de eso —dijo Remer—. Estoy convencido de que verá las cosas de manera diferente en cuanto tenga oportunidad de oír lo que tenemos que ofrecerle.

Jon resopló.

—Además, siempre hay otros métodos —continuó Remer—. Métodos que no necesariamente incluyen a su novia, en caso de que ella logre eludirnos, después de todo. —Suspiró—. Pero no nos obligue a recurrir a eso. La mejor solución sería que usted se uniera a nosotros por propia voluntad.

Había algo perturbador en la manera en que Remer presentaba sus amenazas. No era físicamente amenazador o agresivo; en cambio, daba la impresión de estar ligeramente ofendido.

—Lamento tener que decepcionarle —dijo Jon—. Eso no ocurrirá nunca.

Fuera lo que fuese lo que Remer tenía guardado en la manga, Jon no iba a ceder ante el hombre que estaba detrás de las muertes de sus padres.

El empresario se volvió para gritar algo hacia la puerta. Luego dio un paso más hacia Jon.

—Está cansado, Campelli. —Le hablaba con indulgencia—. Cuando haya dormido un poco, todo será diferente. Espere y verá.

Un hombre alto de pelo oscuro y enorme mandíbula apareció en la puerta. Le entregó algo a Remer, quien hizo una señal con la cabeza en dirección al brazo libre de Jon. El hombre se acercó al sillón y le agarró el brazo antes de que pudiera moverlo, apretándolo contra el reposabrazos con un puño que parecía de hierro. El objeto que Remer tenía en la mano era una jeringa, y lentamente se acercó a Jon para inyectársela en el brazo que todavía estaba atado.

—Lo que usted necesita ahora es descansar un poco —repitió el empresario con una sonrisa.

Jon trató de luchar contra él, pero ya no pudo mantenerse despierto. No había soñado con su madre, Marianne, desde que era un niño. Entonces, los sueños se concentraban siempre en su pérdida. A veces ella estaba a bordo de un tren al que él no lograba llegar a tiempo, o caía en un profundo barranco antes de que él pudiera hacer algo para impedirlo. Jon estaba solo con ella en sus sueños, que terminaban cuando su madre lo abandonaba de alguna manera, con frecuencia para siempre. Había tenido algunos de estos sueños antes de que ella muriese, algo así como una premonición, y durante mucho tiempo creyó que ellos habían causado su muerte. Aunque por lo general despertaba en un estado de gran desesperación, con el transcurso del tiempo Jon llegó a creer que, en realidad, aquellas pesadillas lo estaban ayudando a aceptar su pérdida, como si hubieran suavizado las aristas de su pena. Finalmente aquellos sueños desaparecieron por completo y su madre no había vuelto a aparecer en sus noches desde entonces.

Hasta que, de pronto, allí estaba ella, con Luca. Parecía una escena de cumpleaños..., el cumpleaños de Jon. La mesa estaba puesta para una fiesta infantil, con un mantel de papel, banderitas y globos, pero había muchas velas en el pastel, más de las que podía contar o soplar. Él trataba inútilmente de apagarlas, una y otra vez, pero sus felices padres se compadecían de él y le daban un enorme regalo. Estaba envuelto en papel azul con una cinta plateada, que él no vaciló en rasgar. Debajo había una capa de papel rojo, y más abajo, una capa amarilla. Aquello continuó así durante un buen rato, y Jon se sentía cada vez más frustrado, arrancando los papeles cada vez con más ferocidad, sin que el entusiasmo de Marianne y de Luca disminuyera en ningún momento, como si él estuviera a punto de alcanzar el objetivo. En el preciso instante en que estaba a punto de abandonar la empresa, llegó a la última capa de papel. Estaba rodeado por montones de envoltorios destrozados y sus padres habían desaparecido entre las montañas de papeles. Todavía podía escuchar sus gritos de aliento si prestaba atención, pero se oían como si estuvieran cubiertos por un edredón. El regalo se había encogido de manera considerable, y cuando quitó la última capa de papel, tenía un libro en las manos.

Era Don Quijote.

Tuvo otros sueños, pero eran inconexos e imprecisos. Varias veces se vio a sí mismo tendido en una cama del hospital, cuidado por toda una galería de personajes que iban cambiando. A veces se trataba de Katherina, otras de Iversen o Remer, o personas a las que no conocía en absoluto. En un sueño se zambullía sin equipo alguno de buceo y la presión del agua amenazaba con aplastarle el cráneo a medida que iba descendiendo, hasta que perdía el conocimiento en su sueño y se hundía como una piedra.

Cuando Jon finalmente despertó, supo de inmediato que no estaba soñando. Aunque se encontraba en una cama de hospital, igual que en sus sueños, el dolor en la

garganta lo convenció de que estaba completamente despierto. Tenía una sed terrible y sentía la lengua áspera y mucho más grande de lo normal. Cuando volvió la cabeza, vio una mesilla de noche muy pequeña con un vaso de agua encima. Pero al tratar de alcanzarlo, su movimiento fue detenido por una correa: estaba atado. Las dos muñecas estaban sujetas con correas de cuero a la estructura metálica de la cama.

Jon observó consternado sus ataduras, como si pudiera aflojarlas simplemente con su fuerza de voluntad, pero estaban bien aseguradas y se negaban a ceder, por más que tirara de ellas. Recorrió su brazo con la mirada, deteniéndose en el interior del codo. En el brazo derecho vio cinco marcas de pinchazos. Cuando revisó el brazo izquierdo, encontró siete más.

¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? Se sentía agotado, y cuando bajó la barbilla para tocarse el pecho, notó que estaba recién afeitado.

La habitación en la que se encontraba tampoco le ofrecía ninguna pista. Aparte de la cama y la mesa, no había ningún otro mobiliario. Había suficiente espacio para tres camas más, pero la habitación estaba casi desnuda, lo cual era más notorio gracias a las paredes blancas y el suelo de mármol rojizo. Delante de una ventana muy alejada de la cama se movía una cortina blanca que iba del suelo al techo, y la brillante luz del sol trataba con fuerza de atravesar la tela. Aunque la ventana estaba abierta y él estaba sólo cubierto por una delgada sábana blanca, Jon sentía una sorprendente calidez.

La única puerta de la habitación estaba en la pared a los pies de la cama. Una mirilla mantenía una mirada acusadora desde la puerta, que no tenía picaporte por el lado de dentro. A juzgar por los remaches, la puerta era de metal.

Por un momento se le ocurrió que había sido internado en un manicomio y que los hechos de las semanas anteriores eran puras alucinaciones. Ésa parecía, en muchos sentidos, una mejor explicación que lo que de verdad le había ocurrido, pero la ilusión fue abruptamente aniquilada cuando se abrió la puerta y entró Remer.

—Campelli —exclamó el empresario con una sonrisa—. Qué estupendo que haya despertado al fin.

Jon trató de responder, pero no pudo articular ni una palabra en sus labios resecos. Remer advirtió su dificultad y fue hasta la mesilla de noche para coger el vaso y ofrecerle a Jon algo de beber. Aunque el agua estaba tibia, Jon la aceptó agradecido y vació el vaso. Luego dejó que su cabeza cayera hacia atrás para apoyarse en la almohada y se puso a observar a Remer. Algo le resultaba diferente. Las cicatrices en su cara habían desaparecido y el cutis tenía un color totalmente distinto al de la última vez que se habían visto. El traje que llevaba era de color claro, suelto y ligero, una vestimenta veraniega.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Jon finalmente.

Remer se encogió de hombros.

—Tres o cuatro días —respondió.

Jon sacudió la cabeza. Eso no parecía exacto. La luz del sol, el calor, la ropa de

Remer. Las doce marcas de inyecciones en sus brazos no le decían nada. No tenía ni idea de qué le habían dado ni de cuánto podía haber durado el efecto de cada inyección.

Remer sonrió ante su confusión y se dirigió a la puerta abierta para decir algo hacia la otra habitación en una lengua que a Jon le pareció turco o árabe.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Remer cuando regresó a la cama—. ¿Tiene algún dolor? ¿Le duele la cabeza?

Jon respondió negativamente con un gesto. Le dolía la espalda y todavía estaba un poco somnoliento, pero después de varios días en cama probablemente eso era normal. Y no tenía la menor intención de dar muestra alguna de debilidad delante de Remer.

—¿Las inyecciones eran realmente necesarias? —preguntó, señalando con la cabeza las marcas en su brazo izquierdo.

—Me temo que sí —confirmó Remer—. Pensamos que sería la manera más segura de moverlo.

Fue interrumpido por una mujer con piel oscura vestida con una bata blanca de laboratorio. Sin vacilar atravesó la puerta con otro vaso de agua en la mano. No miró a Jon cuando dejó el vaso en la mesilla de noche, dio media vuelta y abandonó la habitación. Al pasar junto a él, Remer le dijo algo, pero las palabras le resultaron incomprensibles.

—Como le estaba diciendo —continuó Remer estirando los brazos—, era mejor para usted estar inconsciente durante el viaje. No podíamos permitir que nos hiciera una escena en el camino, ¿verdad? —Se rió—. Mírelo por el lado positivo. Se ha ahorrado las colas, las esperas y los problemas con el equipaje.

Jon lo observó cuidadosamente. Aunque Remer se estaba divirtiendo descaradamente, no había nada que indicara que estaba mintiendo.

—¿Y dónde estoy exactamente? —quiso saber Jon.

CAPÍTULO

31

Katherina no estaba del todo segura de cómo se las había arreglado para salir del edificio de la escuela. Estaba oscuro y tenía la visión nublada por las lágrimas, pero de algún modo había encontrado el camino para salir del sótano hacia el fresco aire de la noche. Allí se había detenido un momento para orientarse. Al escuchar voces y gente que se acercaba corriendo desde la escuela, se dirigió a toda velocidad hacia la fachada principal del edificio atravesando el patio para salir por el portón. Como no tenía las llaves del coche, tuvo que descartar esa posibilidad como vía de escape, de modo que siguió corriendo, doblando la esquina en la primera calle lateral. Allí se detuvo y apoyó la espalda contra algunos arbustos mientras trataba de recuperar el aliento. Prestó atención a los ruidos.

Un segundo después escuchó que el portón de la escuela se abría, y luego gritos y pasos. A juzgar por las voces, eran al menos tres personas. Al oír que los pasos se acercaban, comenzó a correr otra vez. Detrás de ella alguien empezó a gritar, obligándola a aumentar la velocidad. Las calles del barrio estaban escasamente iluminadas. Giró por una estrecha calle lateral y después por otra, lo que le permitió continuar sin que la vieran. Al cabo de unos minutos disminuyó el ritmo y miró hacia atrás. Se detuvo en la oscuridad entre dos farolas y vio que una figura aparecía al fondo de la calle y se detenía para mirar con atención hacia cada una de las tres direcciones que ofrecía la intersección.

De repente, un perro empezó a ladrar justo detrás de Katherina, lo que le hizo soltar un grito de terror. La oscura silueta de un enorme perro se arrojó salvajemente sobre el seto que los separaba, gruñendo como si fuera un asunto de vida o muerte. La silueta del fondo de la calle se volvió de inmediato hacia la joven, que a su vez hizo el esfuerzo de empezar a correr otra vez. El corazón le latía con fuerza y tuvo que apelar a toda su autodisciplina para no disminuir la velocidad. Los pasos a su espalda se acercaban cada vez más e incluso podía escuchar claramente el jadeo de su perseguidor. Dobló en la esquina siguiente y corrió quince o veinte metros hasta la mitad de la calle antes de encontrarse en un carril para bicicletas. La persona que la perseguía comenzó a proferir palabrotas. Era un hombre, y por lo que pudo apreciar se había caído, pero ella no perdió tiempo en mirar atrás.

Después del carril para bicicletas la calle se ensanchaba y los edificios ya no eran mansiones, sino bloques de apartamentos. Katherina ya no podía correr más; las

piernas apenas si podían sostenerla, y continuaba avanzando casi a trompicones.

De pronto, alguien salió de un portal e interrumpió su marcha con los brazos abiertos. No había espacio para detenerse y chocó con la persona, a la que casi derriba. Por un momento quedó enredada en las ropas del desconocido, y un olor a humo, cerveza y sudor invadió su nariz.

—Por aquí, entre aquí —dijo una voz de hombre, arrastrándola por el portal.

Katherina dejó que la arrastraran, no de manera voluntaria, sino porque no tenía fuerzas para otra cosa. Oyó una puerta que se cerraba detrás de ellos.

—Maldición, Ole —gritó una ronca voz de mujer—, ¿no acabo de decirte que te fueras a tu casa? Ya hemos cerrado.

El hombre que la sujetaba del brazo la condujo a una silla e hizo que se sentara.

—Gerly, como puedes ver tú misma, ella necesita ayuda —explicó con una voz que sonaba como si hubiera estado de juerga durante días—. Además..., además, yo conozco a esta jovencita.

Katherina estaba tan exhausta que no podía ver bien y no estaba en condiciones de corroborar la afirmación del hombre. En cambio, se inclinó sobre la mesa y metió la cabeza entre los brazos.

—Está bien, Ole —accedió la mujer—, pero no te voy a dar nada más de beber.

Se abrió una puerta y Katherina dio un respingo.

—¡Fuera! —gritó la mujer detrás de ella—. Ya hemos cerrado.

La voz de otro hombre, casi sin aliento, empezó a protestar desde la entrada, pero fue de inmediato interrumpido.

—Te he dicho que está cerrado. Vuelve al mediodía.

La puerta se cerró de golpe y el cerrojo fue corrido ruidosamente.

Katherina ya no podía contener más las lágrimas; empezó a sollozar con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo. Nunca había llegado a creer en serio que la situación podría ser tan peligrosa. El hecho de que se hubiera visto forzada a abandonar a Jon y huir le parecía tremendamente irreal e inconcebible, sobre todo al pensar en lo invencible que se había sentido cuando estaban juntos. Katherina notó la mano de Ole sobre su hombro, dándole delicadas palmaditas, pero eso no hacía más que empeorar las cosas.

—Bien, seguro que una taza de café no os hará daño —dijo la mujer detrás de ellos.

El ruido de tazas y el silbido de la cafetera le proporcionaron tanto consuelo como si alguien la hubiera abrazado. Los sollozos pronto se convirtieron en un ligero gemido. Lentamente levantó la cabeza de la mesa y miró a su alrededor.

Estaba sentada en un antiguo bar con pesadas mesas de madera y sillas tapizadas en cuero rojo. Una barra enorme cubría completamente una pared y detrás de la barra se encontraba la mujer llamada Gerly. Era una mujer baja y robusta, con una cara rubicunda y unos ojos que podían sin duda domar al más borracho de sus clientes. Se acercó con dos tazas de café negro, que colocó con cuidado sobre la mesa.

Junto a Katherina estaba sentado su salvador, un hombre flaco y de mejillas hundidas con un traje arrugado sobre una camisa que había sido blanca alguna vez, pero que en ese momento estaba teñida del amarillo de la nicotina.

Se dio cuenta de que lo conocía.

Aquel hombre, Ole, era un receptor. El mismo receptor con el que Jon había dicho que se había encontrado en el bar El Vaso Limpio después del funeral de Luca. Ella no lo había visto a menudo. Ole prefería llevar sus problemas a lugares como ése, pero estaba segura de que se trataba de él.

Seguramente Ole percibió el brillo de reconocimiento en sus ojos, porque le hizo un guiño cómplice y le ofreció una amplia sonrisa que reveló dos hileras de dientes amarillos.

—No está mal el café, Gerly —dijo Ole en voz alta, y bebió otro trago de su taza.

—Hummm. Deberías probarlo más a menudo. Entonces hasta podrías ser una buena compañía. —Gerly dirigió su atención a Katherina—. ¿Te sientes mejor, querida?

Katherina asintió con la cabeza y aferró su taza con ambas manos. El calor en sus dedos resultaba tranquilizador, y cerró los ojos mientras bebía cautelosamente un sorbo.

—Los hombres son todos unos bastardos —continuó Gerly—. Todos ellos no son más que unos violadores. En mi opinión habría que castrarlos a todos.

—Entonces ni siquiera habrías sido concebida —comentó Ole, riéndose con ganas.

—No empieces, sabelotodo. Deberías ocuparte de llevar a la muchacha a la comisaría en lugar de tratar de hacerte el gracioso.

Katherina sacudió la cabeza.

—Eso no será necesario —dijo ella rápidamente—. Estoy bien.

Gerly la observó atentamente.

—¿Estás segura? No tienen por qué salirse con la suya tan fácilmente esos malditos bastardos.

—Estoy bien —dijo Katherina, gimoteando—. No ha ocurrido nada.

Gerly gruñó algo incomprensible y volvió detrás de la barra, donde empezó a limpiar.

—Puedo llevarte si quieres —dijo Ole, aunque sus ojos estaban nublados, y probablemente no tenía mucho interés en acudir a la comisaría en ese momento.

—No puedo ir a la policía —susurró Katherina—. Pero tengo que ponerme en contacto con Clara lo antes posible.

Ole asintió con un gesto firme de su cabeza y se sentó muy recto.

—Conseguiré un taxi.

Se puso de pie y trastabilló hasta el bar, donde se embarcó en una discusión con Gerly.

Katherina no sabía qué debía hacer. Tal vez la policía era el único recurso en ese

momento, pero no podía ponerse a explicar toda la situación mientras Jon estaba esperando su ayuda. Clara sabía cómo hacer que él volviera.

La discusión en la barra terminó y Gerly se avino a telefonar a la compañía de taxis ella misma. Ole volvió con Katherina y se bebió lo que quedaba de su café.

—Tenemos que salir por la parte de atrás —dijo él, echando una mirada a las cristaleras—. Vamos.

—Cuídate, querida —la saludó Gerly con una inclinación de cabeza.

Se puso de pie y siguió a Ole hacia una puerta en la parte posterior del bar. Un cartel descolorido indicaba que era el camino a los servicios, y cuando abrió la puerta, no le quedó la menor duda de que era cierto. El olor fétido le hizo contener la respiración. Ole la condujo a una estrecha puerta trasera con la que forcejeó un momento antes de abrirla con un fuerte chirrido.

El patio trasero era muy grande... Eso fue lo que Katherina pudo ver incluso en la oscuridad. Mientras seguía a Ole, miró las escasas ventanas que tenían las luces encendidas en los apartamentos circundantes. Se preguntó cómo la gente podía levantarse e ir a trabajar como si nada hubiera ocurrido. ¿No se daban cuenta de lo que estaba sucediendo en su propio barrio? ¿Y del peligro que ello significaba?

Ole avanzó tambaleándose hasta llegar a un portal oscuro que daba a la calle. El salvador de Katherina profirió unas palabrotas al no poder encontrar el picaporte. Se movía con demasiada lentitud, de modo que lo empujó con suavidad para abrir ella misma la puerta.

A diferencia del patio, la calle estaba brillantemente iluminada, y ella apoyó la espalda contra la pared tan pronto como salió. Ole prácticamente tropezó con ella, y por un momento se quedó en medio de la acera, balanceándose peligrosamente.

—¿Y dónde está el taxi? —susurró Katherina lo más alto que se atrevió.

—Se suponía que debía estar en este preciso lugar —respondió Ole, tambaleándose tanto que tuvo que detenerse para no caer—. Nordre Frihavnsgade. En este preciso lugar.

Un coche negro pasó a gran velocidad junto a ellos y Katherina instintivamente apretó el cuerpo contra la pared.

—¡Aquí! —gritó Ole, dando un paso hacia el bordillo, agitando los brazos por encima de la cabeza—. ¡Estamos aquí!

Un taxi se acercó y se detuvo delante de ellos.

Katherina se apartó rápidamente del portal y sujetó a Ole antes de que cayera. El taxista abrió la ventanilla y sacó la cabeza.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó en mal danés.

—¿Podría abrirnos la puerta? —le pidió ella, tratando de maniobrar para que su salvador entrara en la parte de atrás del vehículo.

El chófer bajó y abrió la puerta con movimientos ágiles.

Katherina empujó a Ole hacia dentro, y éste se desplomó en el asiento trasero, farfullando unas palabras de agradecimiento. Luego ella corrió hacia el otro lado y

subió para sentarse junto al chófer.

—Suerte que usted está con él —comentó el hombre cuando se puso en marcha—. No llevamos a esta clase de pasajeros a esta hora.

Katherina no tenía fuerzas para protestar. Simplemente le dio la dirección de Clara en una hilera de casas iguales en Valby.

El sol había salido cuando Katherina se despertó. Unas finas franjas de luz diurna entraban por entre las tablillas blancas de las persianas. Todavía vestida con los vaqueros y la camiseta, estaba acostada debajo de una manta color crema sobre un sofá con almohadones grandes, blandos, con dibujos florales.

Clara pasaba la mayor parte de su tiempo en la terraza, casi cinco meses al año, y usaba el resto de la casa principalmente para dormir y para guardar comida. Cocinaba al aire libre en una parrilla o en una pequeña fogata. Las paredes de la terraza estaban recubiertas con paneles de madera pintados de blanco y de todas las vigas del techo colgaban macetas. Todos los alféizares también estaban cubiertos de plantas.

Katherina había estado allí muchas veces antes, pero nunca se había quedado a pasar la noche. Ni siquiera podía recordar en qué momento se había quedado dormida.

Cuando bajó del taxi todavía era de noche y la casa de Clara estaba a oscuras. Durante el trayecto Ole había vuelto en sí y había insistido en seguir hasta su casa. Katherina no tenía energía ni para oponerse ni tampoco para darle las gracias, y el taxi se marchó, dejándola sola en la acera.

Mientras atravesaba el sendero del jardín, se repitió mentalmente el deseo de que Clara estuviera ahí. No sabía qué iba a hacer si no había nadie en casa. Después de tocar el timbre varias veces, Clara finalmente abrió la puerta, y Katherina se arrojó sollozando en los brazos de la sorprendida mujer.

Durante varios minutos lo único que Katherina pudo hacer fue llorar. Fue conducida al sofá de la terraza, todavía aferrada a Clara. Después de recuperarse un poco como para poder hablar, la joven le pidió un vaso de agua, que Clara trajo inmediatamente. Lo bebió casi de un trago y luego empezó a describir los acontecimientos de la noche.

Clara escuchó con atención. Todo signo de fatiga había desaparecido de su rostro y le daba palmaditas a Katherina en el hombro para que continuara contando lo sucedido. Cuando se enteró de la traición de Paw, Clara no ahorró insultos en voz alta. Tuvo que levantarse y caminar de un lado a otro de la terraza para poder contener su cólera.

—Ese muchacho... —Gruñó—. Siempre hubo algo raro en él. —Logró controlar su ira cuando se dio cuenta por la cara de Katherina de que había más malas noticias. Se sentó en el sofá de nuevo—. Discúlpame. Continúa.

Fue difícil para Katherina describir lo que había ocurrido durante la prueba, y su

voz se quebró otra vez cuando llegó a la parte en que tuvo que abandonar a Jon en el sótano.

Clara le trajo más agua y trató de tranquilizarla.

—No podías hacer otra cosa —dijo, envolviendo con su brazo a Katherina—. Si te hubieras quedado, podrían haberte utilizado en su contra. Pero ahora no tienen nada para presionarle.

Katherina dejó escapar un gemido.

—Pero ¿y si lo matan?

—No lo harán —dijo Clara con firmeza—. Lo necesitan para algo; estoy segura de eso. Algo para lo que solamente él puede ayudarlos.

Katherina no supo si fueron las palabras tranquilizadoras de Clara o el agotamiento después de los acontecimientos de aquella noche los que hicieron que se quedara dormida. El hecho era que no recordaba nada más.

Podía percibir las voces que venían desde el interior de la casa. Una de ellas era la de Clara.

—¿Fue realmente necesario sedarla? —dijo la otra voz, que Katherina de inmediato reconoció como la de Iversen.

—Estaba al borde de la histeria —explicó Clara—. Tendrías que haberla visto. Tenía que descansar un poco, pero estaba demasiado alterada para quedarse dormida por sí sola. A veces el cuerpo tiene que descansar antes de que la mente pueda calmarse.

—Si tú lo dices —aceptó Iversen, no muy convencido.

Katherina escuchó pasos que se acercaban.

—¿Cuánto tiempo estará dormida? —quiso saber Iversen.

—Estoy despierta —anunció, volviéndose hacia la puerta.

Clara apartó a Iversen y se acercó rápidamente al sofá.

—¿Te encuentras bien?

Katherina hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué hora es?

Iversen se sentó en un sillón frente a ella. El asiento estaba cubierto con una manta multicolor de ganchillo.

—Son las diez de la mañana —dijo él, mirando a Clara—. Has dormido durante treinta horas.

—¡Treinta horas! —gritó Katherina, saltando del sofá—. ¿Cómo has podido...?

Se detuvo cuando todo se puso negro ante sus ojos y tuvo que volver a hundirse en el sofá.

—Ha sido por tu propio bien —le aseguró Clara, cogiéndole las manos—. Necesitabas descansar.

Katherina retiró las manos.

—Pero ¿y Jon? —dijo—. Tenemos que encontrar a Jon.

—Estamos trabajando en eso —la tranquilizó Iversen—. Todas las residencias de Remer están siendo vigiladas. Tan pronto como aparezca...

—¿Ha desaparecido? —Reaccionó Katherina.

Iversen asintió y se miró las manos, que mantenía entrelazadas delante de él.

—¿Y la escuela? —quiso saber Katherina—. Tenemos que volver a la escuela.

—La escuela ha sufrido un incendio, Katherina —le informó Clara y luego se apresuró a añadir—: Pero no ha habido ninguna víctima. El edificio se quemó totalmente unas horas después de que escaparas.

—El Departamento de Bomberos cree que ha sido debido a una defectuosa instalación eléctrica —agregó Iversen—. Se dieron cuenta rápidamente de que no había nada que hacer y se concentraron en mantener el fuego dentro de los límites de la escuela.

—Están borrando sus huellas —aseguró Katherina.

Miró a Iversen y a Clara. Ambos asintieron con la cabeza.

—Se ha producido otro incendio —continuó Iversen—. La mansión de Kortmann ardió la misma noche. El cuerpo de Kortmann fue encontrado entre las cenizas de la biblioteca. Creen que la causa del fuego fue un cigarrillo mal apagado.

Katherina recordó su última visita a la residencia en Hellerup. Henning había llevado el cuerpo de Kortmann a la biblioteca, donde luego había sido quemado, como en una pira funeraria.

—Pero fue colgado —protestó ella—. Seguramente tienen que poder darse cuenta de eso. Las marcas en el cuello, los pulmones sin humo.

—No ha trascendido nada sobre las circunstancias de su muerte —observó Clara—. No me sorprendería nada que Remer tuviera contactos en la policía para influir en la investigación.

—¿Y Remer no ha sido visto desde entonces?

—No —respondió Iversen—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Hemos llamado a todos los teléfonos que aparecen en los documentos referidos a él, pero seguimos recibiendo la misma respuesta: «Remer no está disponible». —Extendió las manos—. Como ya te dije, mantenemos vigiladas sus residencias. Es más, tengo que relevar a Henning dentro de un rato. No te preocupes, tiene que aparecer tarde o temprano.

Katherina se retorció las manos. Tarde o temprano no era respuesta suficiente. Jon estaba prisionero en algún sitio porque lo había abandonado. A menos que aceptara cooperar, era sólo cuestión de tiempo que Remer se diera por vencido y tuviera que deshacerse de él para siempre. Sintió que la cólera crecía dentro de ella. ¿Por qué la habían dejado dormir tanto tiempo? ¿Por qué no habían hecho algo más para encontrar a Jon?

—Hicimos lo que pudimos —dijo Iversen, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tienes que creernos. Hasta barajamos la posibilidad de acudir a la

policía para contarles toda la historia.

—Pero abandonamos esa idea muy rápidamente —explicó Clara—. Eso no iba a ayudar a Jon, y los contactos de Remer seguramente impedirían que se avanzara en el caso.

Katherina se dio cuenta de que tenían razón. Con la información de la que disponían, no podrían haber hecho otra cosa. Su cólera fue reemplazada por la frustración. ¿Qué podía hacer ella? Tenía que hacer algo. Era demasiado doloroso permanecer sentada a la espera de que Remer apareciera, si es que alguna vez decidía reaparecer.

—¿Y Paw? —preguntó con tono de preocupación.

Iversen sacudió la cabeza.

—La habitación en la que vivía está vacía. Nadie lo ha visto en los últimos tres días. —Suspiró—. Y por supuesto, Paw no era su verdadero nombre, de modo que esa pista nos lleva a un callejón sin salida, como todas las demás.

Lentamente, Katherina se puso de pie. No sabía qué iba a hacer, pero no podía quedarse sentada allí durante más tiempo. Si tenía que registrar toda Copenhague para encontrar a Jon, lo haría. Cualquier cosa menos quedarse sin hacer nada.

—Me voy a mi casa —anunció.

Clara estaba a punto de oponerse, pero Katherina la frenó.

—No te preocupes. Me encuentro bien.

—Yo te llevaré —ofreció Iversen, poniéndose de pie.

—Estupendo. Gracias —repuso Katherina mientras abrazaba a Clara—. Gracias por todo, Clara.

—Si necesitas algo, dímelo.

Katherina asintió con la cabeza. Acompañada por Iversen, cruzó la casa y salió. El césped en el pequeño jardín que daba a la calle estaba recién cortado y le hizo pensar en el verano, aunque estaban a mitad del otoño. En la acera, al final del sendero, había una bolsa de basura que alguien había volcado, derramando desperdicios sobre las losas del suelo. Allí se mezclaban sobres, paquetes de café y cartones de leche, ensuciando la acera en aquel impecable barrio residencial.

Se podía saber mucho acerca de una persona a partir del contenido de su cubo de la basura.

En ese momento Katherina supo quién podría ayudarla.

Muhammed abrió los ojos como platos por el asombro al ver a Katherina ante la puerta de su jardín. Ella había dejado que Iversen la llevara a su casa, pero luego se dirigió directamente al sótano donde guardaba su bicicleta para sacarla y pedalear hasta Norrebro. Algo le había impedido contarle a Iversen sus planes, tal vez porque tenía que llevarlos a cabo ella sola.

—Vaya, ¿no es ésta la novia del abogado? —exclamó Muhammed mientras abría

la puerta. Miró a su alrededor—. ¿Has dejado a Jon?

—Se podría decir así —respondió Katherina, tratando de sonreír—. Necesito tu ayuda.

Muhammed le dirigió una sonrisa amistosa mientras observaba su cara con gesto inquisitivo.

—Por supuesto. Entra.

La sala todavía parecía un almacén, con cajas apoyadas en todas las paredes y el suelo cubierto con paquetes apilados que se tambaleaban. Justo al lado de la puerta había un juego de golf completo, con bolsa, palos y hasta una gorra barata de *tweed* colgada del mango de uno de los palos.

Katherina sacó uno de los palos, sopesándolo en sus manos.

—¿Juegas al golf? —preguntó Muhammed con esperanza en su voz—. Puedo dejarte todo el equipo a buen precio.

—No, lamentablemente no juego —respondió Katherina.

—Ya me parecía —dijo Muhammed—. Pero ésa no es la razón por la que estás aquí, ¿verdad?

Katherina colocó el palo de golf en su sitio y sacudió la cabeza.

—Necesito que localices a un par de personas.

—No hay problema.

Muhammed se sentó delante de su ordenador y entrelazó los dedos al mismo tiempo que estiraba los brazos. Sus dedos produjeron un crujido audible y sonrió.

—Tengo que saber dónde están en este momento. No tienes que perder tiempo en sus historias.

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

—En primer lugar, Otto Remer —dijo Katherina, haciendo una pausa mientras Muhammed tecleaba el nombre—. El siguiente, un hombre de unos treinta y tantos años que trabajaba como chófer de William Kortmann.

Los dedos de Muhammed volaban sobre el teclado mientras repetía lo que ella había dicho. Luego asintió con la cabeza.

—¿Alguien más? —preguntó, mirándola.

—El último es Jon Campelli —dijo Katherina, mirándolo a los ojos.

—¿Jon Campelli? —repitió Muhammed al cabo de unos segundos—. ¿Quieres que yo localice a Jon Campelli?

Katherina asintió. Pudo sentir que se le formaba un nudo en la garganta al oír su nombre.

—Ya sé que dije que no quería saber en qué estabais mezclados vosotros dos —dijo Muhammed sombríamente—, pero ¿qué está ocurriendo? ¿Ha huido? Si él no quiere ser encontrado, no puedo ayudarte.

Katherina carraspeó.

—Jon está siendo retenido en contra de su voluntad —explicó—. Por los dos hombres que acabo de mencionar.

Muhammed frunció el ceño, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Otto Remer es el cabecilla de una organización criminal que no se detendrá ante nada —continuó Katherina—. Es sumamente importante que encontremos a Jon tan pronto como sea posible, si no... —Sintió aflorar las lágrimas—. Si no, le van a hacer daño.

Muhammed lanzó un gran suspiro.

—¿En qué diablos os habéis metido? —quiso saber—. Me he enterado de que Jon ha sido despedido, y ahora esto. —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué no vas a la policía?

—Es una larga historia —respondió Katherina—. Y estamos perdiendo el tiempo. Muhammed hizo una mueca y se volvió para mirar el monitor delante de él.

—Pues bien, entonces —dijo—, encontremos a nuestro amigo.

La espera le resultaba horrible. Katherina no tenía nada que aportar salvo responder a las preguntas que Muhammed le hacía de vez en cuando. Por lo demás, el único ruido en la habitación era el que hacía el teclado. Muhammed había apagado su teléfono móvil tras la única vez que había sonado, y ella no quería perturbar su concentración. Era su única posibilidad.

Mientras el informático trabajaba, ella se movía por toda la habitación, incapaz de permanecer quieta. Revisó la variada mercancía de las cajas, sorprendida una vez más de que alguien pudiera ganar lo suficiente como para vivir participando en concursos. Jon le había hablado de un programa de televisión japonés en el que los participantes eran encerrados con llave dentro de un apartamento y tenían que vivir de lo que pudieran ganar en los concursos, fuera por internet o por los cupones. La mayoría abandonaba al no poder conseguir comida.

De vez en cuando se colocaba detrás de Muhammed para mirar en las pantallas del ordenador, pero aunque hubiera podido leer, estaba segura de que no habría comprendido nada. Números y símbolos se desplazaban por los tres monitores a tal velocidad que era imposible comprender su significado, y los dedos del hombre bailaban sobre el teclado.

—Bien —exclamó después de buscar durante casi cuarenta y cinco minutos—. Sé dónde está, pero no te va a gustar.

Katherina se acercó a la mesa para mirar los monitores. Uno de ellos mostraba un mapamundi cubierto de líneas.

—He comprobado los aeropuertos —empezó Muhammed—. Ningún rastro de Otto Remer, pero Jon voló... —Puso la punta de su dedo sobre Dinamarca. Desde allí numerosas líneas salían con destinos a todo el mundo—. Desde el aeropuerto de Kastrup hasta...

Movió el dedo hacia el sur siguiendo una de las líneas.

Katherina abrió los ojos como platos.

—Eso no puede ser verdad —exclamó.

CAPÍTULO

32

—¿Egipto? —exclamó Jon sin poder creerlo.

Remer sonrió y abrió los brazos.

—El reino de los faraones, la cuna de la civilización.

Jon dejó de mirar al hombre vestido con un traje liviano para observar la ventana detrás de él, donde las cortinas se movían suavemente con la brisa. Aunque tenía la sensación de haber dejado su sentido de la geografía en Dinamarca, tuvo que admitir que todas las piezas parecían encajar. El calor, el atuendo de Remer, los aromas extraños. No se sentía dispuesto a confiar en nada de lo que dijera Remer, pero todo indicaba que estaba diciendo la verdad.

—Salimos la mañana después de nuestra... reunión —explicó Remer—. No resultó precisamente fácil organizar un transporte médico en tan poco tiempo, pero nos las arreglamos para conseguir sitio en un vuelo chárter. —Soltó un gruñido de desagrado—. Otra experiencia más que debe hacerle feliz haberse ahorrado.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Jon.

Remer sonrió otra vez, levantando la mano en un gesto tranquilizador.

—Ya llegaremos a eso. Usted relájese.

Dado que estaba tendido en una cama de hospital y atado a ella después de ser secuestrado contra su voluntad, a Jon le resultaba difícil relajarse. Para él, hacía apenas unos minutos que se encontraba en el sótano de la Escuela Demetrius, viendo a Katherina escapar tal como él le había ordenado. Aunque en ese momento a Jon no le preocupaba lo que pudiera ocurrirle a él, toda aquella situación seguía siendo indignante, algo que le hacía arder de furia. Habían pasado varios días, había sido trasladado en avión a un país extranjero y no tenía la menor idea de dónde estaba Katherina, y ni siquiera sabía si había conseguido eludir a los hombres de Remer.

—¿Es usted consciente de que nunca le ayudaré?

—Como hombre de negocios que soy he aprendido a no usar la palabra «nunca». —Dijo Remer sin inmutarse—. Aunque «nunca» significa algo infinito, tiende a limitar la imaginación y cualquier potencial que podamos tener. Como hombre de negocios necesito mantener todas las puertas abiertas hasta el último momento posible, e incluso entonces debo tener alguna mínima abertura para regresar. —Entrelazó las manos atrás, adoptando involuntariamente el aspecto de un profesor—. Las personas que dicen «nunca» acaban lamentándolo. ¿Pensó alguna vez que dejaría

su trabajo para convertirse en librero? ¿O que su padre era el jefe de un grupo de crédulos *hippies*, de intelectuales con poderes mágicos? Jamás se le había pasado por la cabeza, ¿verdad? «Nunca», habría dicho usted.

—Ésa es una comparación grotesca.

—¿Eso cree? —replicó Remer—. De todas formas, tiene que admitir que eso es lo que ha ocurrido, y usted hasta ha obtenido algunos beneficios. Se ha convertido en propietario de la fortuna de su padre, y ha adquirido poderes que usted ignoraba que existían. E incluso ha encontrado el amor.

Esa referencia a Katherina lo pilló desprevenido. Miró a Remer. ¿Había hecho una ligera inclinación de cabeza hacia la puerta o sólo había sido producto de su imaginación? Su corazón empezó a latir con fuerza. Si ella estuviera allí, todo estaría perdido.

Remer pareció registrar la reacción de Jon porque en su rostro apareció una gran sonrisa diabólica.

—¿Lo ve? Usted *sabe* que se ha beneficiado con ello. Tanto es así que tiene miedo de perder lo que ha ganado. Imagínese por un instante lo que le reserva el futuro.

Jon echó una mirada a su propio cuerpo.

—Por el momento estoy atado a una cama —replicó.

—Lo sé, lo sé. Pero eso es sólo por su propia protección.

—¿Y de qué se supone que me protege?

—Tratamos de protegerlo de ese «nunca».

Remer se dio la vuelta y salió con paso firme de la habitación, cerrando con un ruido metálico la puerta al salir.

Jon se quedó mirando la puerta cerrada, pero no sucedió nada nuevo. Recorrió con sus ojos la habitación vacía, pero aunque ya sabía en qué lugar del mundo estaba, no se sintió bien.

Egipto. ¿Qué estaba haciendo en Egipto?

La luz pareció desaparecer rápidamente, pero Jon no estaba seguro de si era un efecto secundario de los sedantes o si en realidad había sucedido. Tuvo la impresión de que apenas había pestañado y la oscuridad en el exterior se había hecho presente. La única lámpara estaba en la mesilla de noche, pero la luz no era suficientemente fuerte para llegar a los rincones lejanos de la habitación. La temperatura se había vuelto más tolerable, pero era todavía lo bastante alta para que sintiera calor, aunque no estaba sudando.

La puerta se abrió y la mujer de bata blanca entró trayendo una bandeja. Detrás de ella entró Remer y, a continuación, tres hombres que tenían el aspecto de ser de origen mediterráneo.

—Parece que ha llegado el momento de recibir algún alimento sólido, Campelli

—anunció Remer, al pie de la cama.

Les hizo una seña con la cabeza a los hombres. Dos de ellos se colocaron a cada lado de Jon, mientras el tercero permanecía junto a la puerta. A otra señal de Remer, aflojaron las ataduras de los brazos de Jon y la mujer le puso la bandeja en el regazo.

Jon descubrió que estaba hambriento, pero vaciló antes de comer. Miró a sus guardianes, a treinta centímetros de la cama y mirando fijamente hacia delante.

—No hablan danés —informó Remer—. Y aunque lo hablaran, son leales a la Orden. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el tazón de arroz y carne depositado en la bandeja—. Coma, y le contaré un cuento para la hora de dormir.

No había cubiertos, de modo que Jon usó las manos para empezar a comer. Comenzó con cautela, consciente de cada bocado, pero el cordero bien condimentado y el arroz tenían un sabor tan inesperadamente agradable que casi de inmediato comenzó a meterse la comida en la boca tan rápido como podía.

—Los poderes que usted posee no conocen límites nacionales —comenzó Remer, a la vez que dirigía una inclinación a la mujer, que abandonó la habitación de inmediato—. Eso es algo que usted tal vez haya pensado ya. Por supuesto, hay otros además de usted y de mí en el mundo, pero un texto todavía tiene ciertas limitaciones a causa de la lengua en la que ha sido escrito. No hay duda de que usted podría hacer un excelente trabajo con un texto en inglés, o incluso en italiano, pero el efecto será siempre más fuerte en su lengua materna. Para cargar un texto, tenemos que conocer la lengua, y cuanto mejor la conozcamos, mejor será el instrumento para alcanzar nuestro objetivo.

La mujer volvió con un taburete alto que puso detrás de Remer antes de volver a retirarse. El empresario se sentó y se ajustó la chaqueta antes de continuar.

—Entonces, ¿usted me ha traído aquí, a Egipto, para neutralizarme? —preguntó Jon entre bocado y bocado.

Remer se rió.

—De ninguna manera —respondió—. Antes que nada, esas descargas de energía física que usted produce no están restringidas por el hecho de que el oyente comprenda o no el texto. —Hizo una pausa—. Lo cual es muy interesante y no tiene precedentes. Es más, creemos que el fenómeno está sólo relacionado con la lectura porque proporciona un catalizador necesario. —Sacudió la cabeza—. Pero eso es algo que vamos a descubrir en el transcurso de los próximos días.

Jon gruñó.

—En segundo lugar —continuó Remer, ignorando el arrebato de Jon—. Alejandría ha sido siempre un centro primordial para nuestra organización.

—¿Alejandría? —interrumpió Jon.

Trató de asociar el nombre con algo familiar, pero lo único que recordó fue una ciudad en la costa del norte de África.

Remer asintió con la cabeza.

—Fue aquí, en Alejandría, donde se creó nuestra organización —explicó—.

Según la tradición, fue aquí donde los poderes que usted y yo poseemos fueron descubiertos por vez primera.

Jon terminó de comer y empujó su plato a un lado. De inmediato fue retirado por uno de los guardianes, que le ofreció un vaso de agua. Jon lo cogió y bebió. Remer esperó pacientemente a que terminara y luego les hizo otra seña con la cabeza a los tres hombres. Ataron otra vez a Jon a la estructura de la cama y abandonaron la habitación sin decir una palabra. Cuando desaparecieron, Remer juntó las manos con un golpe y las frotó con una expresión expectante en la cara.

—Bien, Campelli —dijo—. ¿Está listo para su lección de historia?

Jon no sintió la necesidad de responder. No tenía otra opción, después de todo.

—Alejandría fue fundada por Alejandro el Grande alrededor del año 330 antes de Cristo —comenzó Remer—. Se suponía que la ciudad tenía que ser nada menos que el centro mundial de los conocimientos y la enseñanza. Por esa razón se construyó aquí la biblioteca más famosa del mundo, la Bibliotheca Alexandria. Además de ser una biblioteca, era el lugar especial para los estudios académicos y los desafíos intelectuales. Muchos de los individuos a quienes reconocemos hoy como los fundadores de diversos campos de estudio trabajaron en ella, como Euclides, Herón y Arquímedes. —Remer se aclaró la garganta—. La colección de pergaminos y códices fue aumentando, pues todas las naves que llegaban a su puerto tenían que dejar por ley una copia de todos los materiales escritos que llevaban a bordo, como una especie de tasa de peaje. Se cree que había no menos de setecientos cincuenta mil volúmenes, hasta que una serie de guerras, saqueos e incendios destruyeron este enorme tesoro. Pero durante más de setecientos años la Bibliotheca Alexandrina fue el centro del mundo para la literatura y el conocimiento.

—Pero se incendió —señaló Jon.

—Sí, varias veces —respondió Remer, bajando la mirada—. La decadencia de la biblioteca se extendió por varios cientos de años, comenzando con la batalla de Alejandría en el año 48 antes de Cristo, en la que participó el mismo Julio César. Parece que también tuvo algo que ver con Cleopatra. El fuego devastó grandes secciones de la biblioteca e innumerables códices y rollos de pergamino se perdieron. Tras la caída del Imperio romano y durante los siglos siguientes varios saqueos vaciaron totalmente la biblioteca.

—¿Y fue en la biblioteca donde se crearon los poderes?

Remer levantó el dedo índice.

—Fueron descubiertos, no creados. Muy probablemente los poderes han existido siempre, pero sólo con Demetrius fueron investigados.

Jon frunció el ceño. Había escuchado ese nombre recientemente.

—La escuela en la que usted entró por la fuerza lleva su nombre —explicó Remer, como si hubiera advertido la expresión perpleja de Jon—. Fue también el hombre que tuvo la idea de la Bibliotheca Alexandrina original, y además de ser filósofo, estadista y consejero, fue probablemente el primer jefe de bibliotecarios.

Jon recordó la reunión con los transmisores en la biblioteca Osterbro, cuando la bibliotecaria, con cierta envidia, había mencionado la influencia que habían tenido los bibliotecarios en la Antigüedad.

—Afortunadamente Demetrius era también un hombre cauteloso —continuó Remer—. Pronto se dio cuenta de lo que había encontrado y mantuvo en secreto el conocimiento de los poderes. Así fue como fundó nuestra organización. En esa época era una sociedad secreta para aquellos que habían sido especialmente iniciados, es decir, aquellos que poseían poderes y ocupaban posiciones de influencia. En esa época, y durante muchos siglos después, en Alejandría proliferaron las sectas religiosas y filosóficas que eran más o menos secretas. La mayoría de los estudiosos eran miembros de una o más sociedades (seguramente estaba de moda entonces), de modo que probablemente a Demetrius no le resultó difícil reclutar a las personas adecuadas.

—¿A esto llama usted «reclutar»? —preguntó Jon, tirando de las correas que lo mantenían sujeto.

—Fue necesario para poder conseguir toda su atención —explicó—. Demetrius no tuvo que apelar a tan drásticas medidas. Era un hombre respetado, y estoy seguro de que todos aquéllos a quienes invitó a asociarse se sintieron honrados, y sobre todo, fueron leales. —El rostro de Remer adoptó una expresión desilusionada—. Y usted debería sentirse así, Campelli. No hay muchas personas dignas de unirse a nuestra organización. —Jon estaba a punto de protestar cuando Remer levantó la voz para impedirsele—: Pero estoy convencido de que usted terminará por ver las cosas como las vemos nosotros. Sólo hay que esperar.

Jon no tuvo la menor duda de que aquello era más bien una amenaza y no una promesa, y sus pensamientos volvieron otra vez a Katherina. ¿Estaría también en Alejandría? ¿Por qué estaba tan seguro Remer de que Jon iba a cooperar?

—Con la destrucción final de la biblioteca, Alejandría también perdió su estatus como centro de conocimiento, y como era necesario que la organización estuviera en el lugar donde se producían los avances, el grupo se dividió. Sus miembros se dispersaron por el mundo para fundar ramas locales de la organización. —Remer enarcó una ceja y le hizo una breve inclinación de cabeza—. Algunos de ellos se dirigieron a Italia.

Jon había estado esperando el momento de enterarse de cuál era la relación que todo ello tenía con él. Había algo que Remer pensaba utilizar para convencerlo de que se uniera a sus filas.

—¿Me está diciendo que mis antepasados pertenecían a la secta de Demetrius?

—Hay muchas posibilidades de que así fuera —confirmó Remer—. No hay árboles genealógicos completos ni se conservan listas de miembros, pero todo indica que los grupos de Lectores organizados que se encuentran por todo el mundo proceden todos de la orden original, fundada aquí en Alejandría hace casi dos mil cuatrocientos años.

—¿Qué fue lo que falló? —quiso saber Jon—. ¿Por qué no conquistaron el mundo?

Remer hizo una mueca.

—Hay muchas razones —respondió—. La descentralización que se produjo le quitó fuerza a la organización. Aparecieron facciones que tenían un programa diferente y los grupos que se fueron separando desperdiciaron mucha energía haciéndose la guerra unos a otros. Hubo también un largo período en que era sumamente peligroso ser una persona cultivada. Los eruditos eran sumariamente denunciados como brujos o hechiceros y quemados en la hoguera. Por esa razón era importante mantenerse en un segundo plano, lo cual hacía muy difícil encontrar o incorporar a nuevos miembros. —Se levantó para estirar las piernas—. Hasta el Renacimiento la organización no empezó a ganar terreno otra vez, pero se necesitaron años para recuperar los conocimientos perdidos.

Aunque estaba en presencia de su enemigo, Jon se sintió atraído por la historia que estaba escuchando, pero le sorprendía más todavía que la Sociedad Bibliófila en su propio país no le hubiera dicho nada acerca de sus raíces. Tal vez no conocían el origen del grupo; tal vez lo querían mantener en secreto hasta que él estuviera listo para conocer la verdad.

—El Renacimiento fue hace mucho tiempo —señaló Jon—. ¿Por qué todavía no se han apoderado del mundo?

—¿Quién dice que no lo hemos hecho? —preguntó Remer con una sonrisa traviesa—. No, tiene usted razón. Sólo en las últimas décadas hemos adquirido el instrumento esencial. —Hizo una pausa.

Jon enarcó las cejas.

—¿Espera usted que yo adivine qué quiere decir con eso?

Remer se rió.

—La democracia. Eso es lo que hemos estado esperando.

—¿La democracia? —repitió Jon, sorprendido.

—La democracia es lo mejor que jamás le ha ocurrido a la Orden. Por supuesto, la monarquía nos proporcionó también varias oportunidades, pero era demasiado vulnerable. Por una parte, resultaba complicado tener a individuos junto al poder. Y por otra, era peligroso para ellos cada vez que el poder cambiaba. Muy a menudo sus cabezas rodaron al mismo tiempo que la del rey. No, la democracia es lo mejor. —Remer levantó el dedo índice—. Es relativamente fácil estar cerca de los que están en el poder y es mucho más efectivo cuando todos creen que pueden influir personalmente en las decisiones. En realidad, creen cualquier cosa que nosotros les permitimos que crean. Además, la mayor parte de nuestra gente puede conservar sus puestos cuando los gobiernos cambian.

—¿Son funcionarios públicos? —preguntó Jon.

Remer asintió con la cabeza.

—Entre otras cosas. Recuerde que nosotros sólo necesitamos estar en las

inmediaciones cuando aquéllos a los que queremos influenciar están leyendo. Se rodean de secretarios, ayudantes y consultores legales. Incluso se puede usar a los mensajeros, al personal de cafetería y de limpieza.

—De modo que eso explica que no apreciemos diferencias entre un gobierno y otro —comentó Jon fríamente.

—No estamos interesados en la política —explicó Remer—. No se equivoque respecto a eso. Sólo tratamos de crear las condiciones óptimas para nuestra organización en tantos lugares del mundo como sea posible.

—Todavía no me ha dicho por qué estamos en Alejandría —señaló Jon—. Si la organización se ha extendido por todo el globo y ya no hay un único centro, entonces, ¿por qué aquí?

—Es verdad que la Bibliotheca Alexandrina original ya no existe —dijo Remer—, pero hemos desarrollado una nueva.

—¿Nosotros? —preguntó Jon sorprendido.

Remer sonrió discretamente.

—El gobierno egipcio, en cooperación con la Unesco, ha construido una nueva y suntuosa biblioteca en el mismo sitio, o por lo menos cerca del sitio, donde estuvo alguna vez la Bibliotheca Alexandrina original. Se abrió en 2002 después de doce o trece años de esfuerzos y con un costo de casi cuatrocientos millones de dólares. Un proyecto enorme que ha puesto a Alejandría en el mapa de la ciencia de la información. El objetivo manifiesto de esta refundación de la biblioteca es devolver a la zona sus antiguos días de gloria como centro para el conocimiento y la erudición.

—¿Y qué papel desempeña usted en la creación de la nueva biblioteca?

—Digamos que hemos impulsado un poco el proceso —respondió Remer con una sonrisa—. Hicimos que los permisos necesarios fueran aprobados, inspiramos a las personas adecuadas y nos aseguramos de que nuestra gente estuviera entre los empleados. El tipo de detalles menores que nos permiten el acceso a la biblioteca cuando lo deseamos.

Jon pensó en cuántos otros proyectos estaría involucrada la Organización Sombra. ¿El Diamante Negro en Copenhague? ¿La Biblioteca Central en Nueva York? Imaginó monumentos que se alzaban en todo el mundo como torres de radio para difundir el mensaje de la organización. Todavía peor era el hecho de que él sabía que el objetivo principal de la Organización Sombra no era el de construir edificios por todo el mundo. Eso era sólo una maniobra administrativa semejante a la creación de oficinas locales.

—¿El gobierno egipcio, ha dicho? ¿Y la Unesco?

—Asuntos triviales.

—Entonces, ¿para qué me necesita a mí? —quiso saber Jon, levantando los brazos hasta donde le permitían sus ataduras.

—Como sabe, usted tiene poderes extraordinarios —comenzó Remer—. Aparte de los fenómenos físicos, usted es mucho más fuerte que cualquier Lector que jamás

hayamos medido. Creemos que la combinación de sus poderes y este lugar tendrían que llevarnos al siguiente nivel.

—¿Cuál es el siguiente nivel?

—Inicialmente hasta su propio nivel —respondió Remer—. Después de eso... ¿Quién lo sabe?

Jon no quería revelar su ignorancia, pero no podía seguir del todo los razonamientos de Remer. Iversen le había dicho que todos los Lectores tenían sus limitaciones, no podían excederse de un cierto potencial, por muy intensivo que fuera el entrenamiento. Aparentemente Remer tenía una opinión diferente.

—El momento es el preciso —continuó Remer—. Cada vez son más los países que eligen el modelo democrático, y nosotros nunca hemos estado en mejor posición. La Unesco y el gobierno egipcio son poca cosa. ¿La Unión Europea, la OTAN, el G8 y la ONU significan algo para usted? Para no mencionar el FBI, la CIA, la Agencia de Seguridad Nacional y la mayor parte de los servicios de inteligencia en todo el mundo. Durante el próximo año se van a realizar cinco elecciones parlamentarias en Europa, innumerables votos y una serie interminable de reuniones en la Unión Europea, encuentros gubernamentales y simposios de alto nivel.

—¿Y en todas esas mesas habrá gente suya?

—En las mesas o detrás de los que se sienten en ella, sí. —Remer apuntó con su dedo a Jon—. Debería usted sentirse honrado. Están todos aquí en Alejandría para conocerlo. Usted es quien va a darles el último empujón hacia arriba para que ellos puedan llevar a cabo sus misiones con los mejores resultados posibles.

Jon se había mareado con lo que Remer estaba diciendo. Se sintió mal y cerró los ojos.

—Entonces, ¿qué me dice, Campelli? —insistió Remer, levantando la voz—. ¿Se unirá a nosotros y hará que se cumplan sus más desafortunadas ambiciones o quiere ser un esclavo durante el resto de sus días, y ser consciente de ello?

Jon miró las correas que sujetaban sus brazos. No sabía lo que le esperaba si decía que no, pero de ninguna manera podía unirse a Remer. No tenía ninguna intención de ayudar a aquel hombre, que probablemente había asesinado a sus padres y podría tener en ese momento retenida a Katherina. Apretó los puños y dirigió su mirada a Remer.

—Nunca le ayudaré —dijo, poniendo especial énfasis en la palabra «nunca».

Remer miró al suelo decepcionado.

—Lamento seriamente oírle decir eso, Campelli —dijo—. Pero supongo que no me esperaba otra respuesta de usted. —Se puso de pie y fue a abrir la puerta—. Adelante —gritó.

El corazón de Jon empezó a latir con fuerza. Habría dado cualquier cosa por volver a ver a Katherina, pero no en ese momento. Si ella entraba por aquella puerta, todo habría sido en vano. Sabía que Remer podía obligarle a hacer cualquier cosa si utilizaban a Katherina para presionarle.

Jon escuchó pasos al otro lado de la puerta. Contuvo la respiración.

Entró un hombre bajo y delgado que usaba sandalias, un chándal de color claro y un par de gafas redondas clásicas con montura de acero. Era calvo y estaba quemado por el sol, lo que le hacía parecer una versión deportiva de Gandhi. Llevaba una maleta pequeña de aluminio.

—Jon Campelli —exclamó el hombre con una voz sorprendentemente profunda para su complexión—. Encantado de conocerlo por fin, señor.

Desde detrás de sus gafas un par de ojos azules le dirigieron una fría mirada a Jon.

—Disculpe que no le dé la mano —dijo Jon.

Había algo inquietante en aquel hombrecillo, pero Jon se sintió tan aliviado al ver que Katherina no estaba allí que recuperó un poco de su seguridad.

—Está bien —respondió el hombre, dejando la maleta al pie de la cama. La abrió y sacó un objeto que entregó a Remer—. Creo que podríamos comenzar con esto.

Remer se dirigió a la cabecera de la cama y le mostró a Jon un rollo de cinta adhesiva gris. Cortó un trozo y se lo puso en la boca. Jon le lanzó una mirada furiosa, pero el empresario no reaccionó.

—Es mejor que nos deje ahora —le dijo el hombrecillo a Remer, que obedeció, y cerró la puerta al salir.

Desde su posición en la cama, Jon no podía ver qué había en la maleta, pero estaba preparado para el peor tipo de instrumento de tortura que pudiera imaginar. De una manera extraña se sentía aliviado. El dolor de ver a Katherina sometida a algo similar le pareció mucho peor que experimentarlo él mismo.

Pero cuando vio lo que sacaba de la caja, el pánico se apoderó de él.

El hombrecillo metió lentamente las dos manos en la maleta y sacó un objeto con el máximo cuidado.

Era un libro.

CAPÍTULO

33

Cuando Katherina se enteró de adonde habían llevado a Jon, se sintió aliviada. Eso quería decir que todavía seguía con vida. Pero un instante después se sintió totalmente abatida. La distancia entre ella y Jon aparecía en la pantalla de Muhammed como un largo arco desde Dinamarca hasta Egipto y parecía un obstáculo insuperable. No tenía la menor idea de cómo iba a llegar hasta allí o cómo podría encontrarlo en un país de ese tamaño. Se sintió invadida por la desesperación, totalmente abatida, incapaz de moverse de allí, de pie junto a Muhammed.

Él se tomó la noticia un poco mejor. La llevó suavemente al sofá y luego se sentó junto a ella, poniéndole el brazo alrededor de sus hombros. En ningún momento preguntó por la razón que había motivado el viaje de Jon o por qué ella había reaccionado de la manera en que lo hizo. Simplemente la dejó llorar.

Cuando Katherina finalmente recuperó la serenidad, le dio las gracias una y otra vez, prometiéndole contarle toda la historia algún día. Muhammed respondió ofreciendo su ayuda, para cualquier cosa que ella necesitara. Katherina estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que aceptar su ofrecimiento.

Probablemente había muchas preguntas que debía haberle hecho a Muhammed, pero no podía permanecer sin hacer nada durante más tiempo. Ya había dormido durante casi dos días enteros, y lo único que quería en ese momento era ir directamente al aeropuerto y coger el primer vuelo a Egipto. Pero en cuanto se despidió de Muhammed y subió a su bicicleta, lo pensó mejor, y se dirigió a Libri di Luca lo más rápido que pudo.

Henning estaba detrás del mostrador. Se quedó sorprendida hasta que recordó que Iversen le había dicho que él se encargaría de relevar a Henning en la vigilancia del lugar de residencia de Remer.

—Podéis dejar de buscarlo —dijo Katherina cuando entró en la librería—. Sé dónde está.

Henning la miró asombrado.

—Katherina... ¿No ibas a...? —Señaló hacia los escaparates—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —mintió Katherina. No tenía la paciencia necesaria para preguntas sobre su salud o su estado de ánimo—. Diles a todos que vuelvan. Jon ya no está en Dinamarca. Lo han llevado a Egipto.

La expresión de Henning fue tanto de enfado como de preocupación. Estaba a

punto de abrir la boca, pero Katherina se adelantó a sus pensamientos.

—No sé por qué. Lo único que sé es que lo trasladaron en avión allí hace veinticuatro horas.

Henning asintió y con gran prudencia guardó silencio hasta que se recompuso lo suficiente como para coger el teléfono y llamar a Iversen. Varias llamadas después, el mensaje de retirarse había llegado a todos los implicados. Mientras tanto, Katherina había ido a buscar un gran atlas, que colocó sobre el mostrador, hojeándolo hasta encontrar el norte de África. Sus ojos revolotearon sobre el mapa, sobre los ríos, las ciudades y las grandes zonas desérticas. Cuando era niña a menudo había recorrido los atlas, imaginando que era un dios observando su creación. Si entrecerraba los ojos con fuerza, incluso podía ver a la gente moviéndose allá abajo. En ese momento deseaba poder estirar la mano hacia las arenas de Egipto y recoger a Jon con la punta de sus dedos para devolverlo a casa.

Iversen fue de los primeros en llegar, y Katherina le contó cómo había conseguido la información acerca del paradero de Jon. Asintió pensativamente mientras observaba el mapa sobre el mostrador. Los nombres de países y ciudades se deslizaban sobre Katherina cuando él los iba leyendo. Trató de seguir la corriente de nombres para poder establecer algún vínculo que tuviera sentido. Se concentró en la lectura de Iversen para poder recorrer el mapa más rápidamente, pero en su entusiasmo lo empujaba con demasiada intensidad. Muy tranquilamente, él puso su mano sobre la de ella pidiéndole que se serenara. Se mostró de acuerdo con un gesto, se disculpó y de inmediato dejó de tratar de influir sobre él.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Iversen retóricamente, metiendo los dedos por debajo de las gafas para masajearse los párpados—. ¿Por qué Egipto?

—Podría ser una maniobra de distracción —sugirió Henning sin mostrarse demasiado convencido—. Si quisieran mantener en secreto el lugar donde está Jon, no habrían usado su pasaporte verdadero, ¿verdad?

—Tal vez no tuvieron tiempo para otra cosa —dijo Iversen.

Katherina permanecía de pie con los brazos cruzados. Comenzaba a costarle mantener la calma.

—¿Por qué no vamos allí? —preguntó impaciente—. Ya nos llevan un día de ventaja.

—Egipto es un país muy grande —señaló Iversen—. Debemos tener alguna idea de dónde puede estar. Podrían haberse trasladado a otra parte desde allí.

—No con el mismo pasaporte —aseguró Katherina—. Muhammed lo comprobó. Iversen asintió.

Fueron llegando más Lectores, entre ellos Clara, cuyo sentimiento de culpabilidad le impidió mirar a Katherina, que hizo lo mismo. La joven no podía perdonarle todavía que la hubiera dejado dormir tanto tiempo. Iversen puso a todos al corriente de la situación mientras Katherina se retiraba al fondo. Al cabo de un rato, la conversación se fue haciendo más intensa alrededor del mostrador y una teoría

reemplazaba a otra, cada cual más estrafalaria que la anterior. A ella le costaba entender por qué tenían que perder el tiempo en especulaciones. Por supuesto, Iversen tenía razón. Egipto era un país demasiado grande como para ir a buscar a una sola persona, pero ella se sentiría mejor si estuviera allí en lugar de discutir sobre qué debían hacer una vez que llegaran a Egipto.

Katherina se dirigió al escaparate y miró hacia fuera. Se puso la mano en la barbilla. La tarde llegaba a su fin y nubes oscuras se habían instalado sobre la ciudad, amenazando lluvia en cualquier momento. Se había levantado viento y la gente se inclinaba contra el vendaval tratando de sujetar sus abrigos. Una silueta se acercó a la librería y se detuvo ante la cristalera, justo delante de Katherina. Se trataba de un hombre de larga barba y pelo descuidado que se movía para todos lados con el viento. En lugar de observar los libros expuestos, fijó sus ojos azul claro en Katherina. Ella estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa cuando reconoció a Tom Norreskov. No se había molestado en cambiarse de ropa desde que se habían reunido con él en su granja en Vordingborg. Esbozó una amplia sonrisa.

Katherina corrió hacia la puerta y la abrió de golpe, haciendo balancear las campanillas. Todos los reunidos en la tienda se dieron la vuelta para mirar con la boca abierta mientras la joven arrastraba al visitante al interior.

Clara dio un paso para acercarse.

—¿Tom? —preguntó, con tono dudoso en su voz.

Norreskov asintió con la cabeza y con una cierta incomodidad miró al grupo.

—Éste es Tom Norreskov —lo presentó Katherina.

Iversen se adelantó para estrechar la mano de Tom entre las suyas.

—Bienvenido, Tom. Qué alegría verte.

Norreskov se limitó a asentir con la cabeza y continuó mirando a su alrededor, como si fuera la primera vez que ponía un pie en Libri di Luca. Su mirada recorrió los anaqueles hasta el pasadizo superior y luego continuó por todos los volúmenes y las pilas de libros en el piso principal. Una gran sonrisa apareció en su rostro.

—Ha pasado mucho tiempo, Iversen —dijo—. Pero la librería sigue igual, gracias a Dios.

Todos los presentes olvidaron el mapa del norte de África y comenzaron a saludar a Norreskov como si fuera un antiguo compañero de escuela. Sus ojos pasaban de un Lector a otro; había muchos a los que no conocía, pero los observó atentamente a todos, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Dónde está el hijo de Campelli? —preguntó por fin, introduciendo una mano en el bolsillo interior—. Tengo una postal de su padre. Nadie dijo una palabra, y la tensión se apoderó del grupo.

—Ha tardado mucho tiempo en llegar —continuó—. Más de un mes, pero es un largo viaje desde Egipto.

Katherina dio un brinco y luego le arrebató a Tom la postal de la mano.

—¿Egipto? —gritó, fijando la mirada en la tarjeta.

La parte delantera mostraba un edificio grande y circular hecho de arenisca. El techo inclinado consistía en secciones de cristal que brillaban como metal bajo la intensa luz del sol. Parecía más un platillo volador que había hecho un aterrizaje de emergencia en la arena del desierto. Con manos temblorosas Katherina le dio la vuelta a la tarjeta.

Nunca en su vida se había sentido tan frustrada por no poder leer cuando miró los símbolos sin sentido en la parte de atrás de esa postal. De mala gana, se la dio a Iversen. Éste cogió la tarjeta y leyó en voz alta.

—«Están aquí. Luca».

Por segunda vez ese día Katherina tuvo una sensación de gran alivio. La tarjeta revelaba la ciudad y tal vez incluso el edificio donde Jon era retenido. El texto impreso indicaba que el edificio de la fotografía era la Bibliotheca Alexandrina, en la ciudad portuaria de Alejandría.

La reacción de Iversen fue llevarse las manos a la cabeza y exclamar:

—¡Por supuesto! —Dejó escapar una risa de alivio—. ¡Cómo no se me ha ocurrido!

Tom Norreskov puso cara de perplejidad. Los observó, sorprendido por el efecto causado por la postal.

—Entonces, ¿dónde está Jon? —preguntó otra vez.

Nadie dijo nada.

—Aquí —dijo finalmente Iversen, sosteniendo la postal delante de Tom—. Tú nos has traído la respuesta.

Mientras Iversen hablaba con un asombrado Tom, poniéndolo al día de los acontecimientos de las últimas semanas, la postal pasó de mano en mano entre los presentes. Cada uno la estudiaba atentamente, como si fuera la pieza de un rompecabezas que ocultaba más secretos.

Cuando Katherina pudo volver a revisar la tarjeta, miró con detenimiento la fotografía, grabando en su mente cada detalle del edificio redondo y su entorno. Delante de la biblioteca se veía un estanque en forma de media luna, un complemento natural a las gigantescas superficies de cristal que componían el techo inclinado del edificio. Los compartimentos ligeros de aspecto metálico bajo el cristal servían para que sólo la luz indirecta entrara en la sala de lectura situada debajo; al mismo tiempo, el aluminio y el vidrio otorgaban a la superficie un aspecto futurista, de modo que todo el disco parecía un circuito electrónico de silicio. Se había cortado una muesca en el lado derecho del círculo, creando un patio rectangular en el que se hundía parcialmente un edificio esférico. En la muesca del edificio principal estaba la entrada.

Allí era adonde tenía que ir.

—La Bibliotheca Alexandrina —dijo Iversen detrás de ella—. Probablemente la

biblioteca más famosa del mundo en la Antigüedad, ahora reconstruida con el espíritu de la original, con el propósito de reunir conocimientos y hacerlos accesibles a todos. —Suspiró—. Esperemos que no sufra el mismo destino que la biblioteca original. Textos de incalculable valor se perdieron en todas las guerras, saqueos e incendios. Se decía que los planos de construcción de la pirámide de Keops estaban guardados en la biblioteca. Imagínate. Quién sabe cuántas otras obras importantes hemos perdido a causa de la voracidad del fuego y de la estupidez de la gente. Obras que habrían cambiado nuestra concepción de la historia, la cultura y la ciencia.

Guardó silencio, por respeto a los libros desaparecidos.

—Pero ¿por qué han ido a ese lugar? —se preguntó Katherina.

—Sólo podemos hacer conjeturas —respondió Iversen—. Tal vez se trate de algún tipo de ritual. La biblioteca podría ser un punto de encuentro de la Organización Sombra.

—Creo que es por la carga —sugirió Norreskov.

Todos en la librería se volvieron hacia él, lo que hizo que bajara la vista para mirarse las manos.

—Luca tenía una teoría —empezó en voz baja. Todos se acercaron para formar un círculo alrededor de él y escucharlo con atención—. En su opinión, la fuerza del libro utilizada durante la activación no era lo único decisivo. Pensaba que la carga que existía en libros que rodean a los participantes también podía influir en la activación, por su propia presencia. Así pues, una activación acompañada por la colección Campelli, que todos nosotros sabemos que está fuertemente cargada, sería mucho más efectiva que una activación en el campo, en una granja, por ejemplo.

Iversen asintió.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo, aunque no parecía convencido.

—¿De modo que la colección en la Bibliotheca Alexandrina mejoraría la activación? —preguntó Clara.

—Hay un problema con eso —señaló Iversen—. Por lo que sé, la biblioteca todavía está en la fase de adquisición. Y desde la concepción original del proyecto, el desarrollo de los medios electrónicos ha avanzado rápidamente, por lo que muchas obras están ahora en CD-ROM o DVD en lugar de en ediciones impresas. —Abrió los brazos—. Y sabemos que este tipo de soportes no pueden estar cargados como los libros de verdad.

—Exacto —admitió Tom—. Pero ambos sospechábamos que en el área circundante podría producirse una especie de efecto expansivo, una acumulación de energía procedente de los libros cargados y tal vez del simple hecho de usar los poderes.

—Eso nunca ha sido demostrado —intervino Iversen.

—Pero imagina por un momento lo que eso podría significar en la Bibliotheca Alexandrina —insistió Tom—. He estado pensando en eso desde que llegó la postal. Durante más de setecientos años, en ese mismo lugar, se han guardado allí cientos de

miles de volúmenes de la más alta calidad. Sólo podemos suponer que había Lectores en la Antigüedad, y dado que Alejandría era el principal centro del conocimiento, debía de haber Lectores allí, Lectores que podían cuidar o fortalecer la colección. — Nadie dijo una palabra. Todos parecían estar pensando en la teoría que Tom había presentado—. Estoy seguro de que allí existe una enorme fuente de energía — continuó—. Y que la nueva biblioteca ha sido diseñada de un modo perfecto para concentrar esa energía, como un faro.

—¿Y la Organización Sombra quiere usar la energía para activar nuevos Lectores? —preguntó Katherina.

Norreskov asintió con la cabeza.

—¿Pero por qué necesitan a Jon? —quiso saber, con expresión de derrota.

Él bajó la vista.

—No puedo responder a esa pregunta.

—Sigo pensando que se trata de una especie de ritual —dijo Iversen—. Pero de todas maneras todo indica que en ese lugar va a haber una reunión. Si es para tomar el té o para realizar activaciones poco importa. Jon va a estar allí, y nosotros tenemos que ir también.

Katherina asintió ansiosamente con un gesto. Nada iba a impedírselo.

—Lo que tenemos que hacer es descubrir exactamente a qué nos enfrentamos y cuánta gente está implicada —continuó Iversen—. Tenemos que suponer que habrá más personas además de Remer y Jon, y podría apostar que algunas personas de la Escuela Demetrius de Copenhague participarán también. —Se volvió hacia Katherina—. ¿Crees que tu amigo, el del ordenador, podría averiguar si algunos alumnos de la Escuela Demetrius están a punto de hacer un viaje a Alejandría?

—Seguro que sí —fue la respuesta de Katherina.

Muhammed le había dado en un trozo de papel su número de teléfono al que podía llamarlo en cualquier momento del día o de la noche. Probablemente no esperaba que ella lo llamara sólo una hora después de haberle dejado, pero parecía muy receptivo cuando oyó su voz.

—La Escuela Demetrius, dices —escuchó que repetía él en el otro lado de la línea. De inmediato Katherina pudo oír las teclas que sonaban de fondo—. Ajá..., el lugar ha sufrido un incendio —exclamó un segundo después.

—Ya lo sabemos —confirmó Katherina—. ¿Puedes averiguar si alguno de los alumnos ha viajado a Egipto recientemente?

—Hummm, siempre y cuando su servidor de internet no se haya convertido en humo también —replicó Muhammed, canturreando en voz baja mientras las teclas seguían haciendo ruido—. No, señor. Aquí está —exclamó—. Vivito y coleando. —Empezó a canturrear otra vez, interrumpiéndose con breves exclamaciones y gruñidos de insatisfacción—. Mira, Katherina, probablemente esto me llevará un tiempo. ¿Puedo llamarte dentro de un rato?

Katherina dijo que sí y colgó.

—¿Y bien? —quiso saber Iversen, con aspecto de preocupación.

—Llamará después —respondió, decepcionada. Ella habría preferido estar sentada junto a Muhammed, o mantenerlo en la línea para poder enterarse de inmediato cuando encontrara la respuesta. Dio una palmada—. ¿Y ahora qué? ¿Cuántos billetes de avión vamos a necesitar?

Iversen le dirigió una mirada de preocupación, pero no puso objeciones. La conocía lo suficiente como para darse cuenta de que nada le iba a impedir marcharse.

—Para mí no —dijo, bajando la vista hacia el suelo—. Soy demasiado viejo, y el calor... Sólo sería un estorbo.

—Está bien, Iversen —aceptó Katherina—. Te necesitamos aquí.

Iversen asintió sin levantar los ojos del suelo.

—Vas a necesitar un transmisor —manifestó Henning, levantando la mano como si estuviera haciendo un juramento—. Yo iré.

Todos los demás intercambiaron miradas.

Tom sacudió la cabeza.

—Ya estoy demasiado lejos de mi granja —dijo con expresión abatida—. Lo siento.

—Tal vez es mejor que sea un grupo pequeño —sugirió Clara.

Todos estuvieron de acuerdo y algunos dieron muestras de alivio evidente. A Katherina no le preocupaba. Mientras ella pudiera ir, no importaba si era uno o eran cien los que la acompañaban. Cuando supiera dónde estaba Jon, ya encontraría alguna manera de liberarlo.

Al cabo de una hora Muhammed todavía no había devuelto la llamada y casi todos habían abandonado la librería. Iversen se había quedado y se ocupaba de ordenar algunos libros y otras cosas sin importancia, pero manteniéndose alejado de Katherina, que pasaba ese tiempo de espera sentada o yendo de un lado a otro delante del escaparate. Sentía que Iversen estaba un tanto incómodo por no poder acompañarla. Evitaba mirarla a los ojos y se movía en silencio entre las estanterías, como si no quisiera molestarla.

Transcurrida una hora más, Iversen se fue también a su casa cuando Katherina insistió en que necesitaba dormir un poco. Telefoneó a Muhammed un par de veces, pero no respondió. Poco a poco, su deambular por la tienda se volvió más intranquilo. Caminaba para mantener sus pensamientos bajo control. Pero después de más de dos horas de ir de un lado a otro, se sentó en el suelo con la espalda contra una estantería. Le dolían las piernas, lo cual le proporcionaba una distracción que la apartaba de sus especulaciones. Se abrazó las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas. Cuando cerró con fuerza los párpados, vio que ante sus ojos bailoteaban manchas como moscas en el sol de tarde. Hasta sintió el calor del sol quemándole la espalda. El sol de Egipto.

Sonó el teléfono.

Katherina se despertó con un violento sobresalto y miró asustada a su alrededor. Estaba acostada en el suelo en posición fetal. En el exterior se veía la luz del día.

Se puso de pie con cierta dificultad. Tenía las piernas entumecidas y se tambaleó al dar los primeros pasos hacia el mostrador.

—Libri di Luca —dijo cuando logró alcanzar el teléfono.

—Soy yo —oyó que alguien decía en el otro lado de la línea.

Katherina reconoció la voz de Muhammed y en un instante estuvo despierta.

—Encontrémonos en la biblioteca principal dentro de media hora.

—¿Qué? —tartamudeó Katherina, pero Muhammed ya había cortado la comunicación. Katherina violó todas las reglas de tráfico mientras se dirigía en bicicleta hacia la biblioteca principal. Anduvo por la acera, avanzó en dirección contraria en calles de una sola dirección y usó los carriles de autobús sin respetar los semáforos ni los cláxones de los coches. Los músculos de las piernas, que ya le dolían, comenzaron a arderle tanto que casi se cae de la bicicleta antes de llegar finalmente a la biblioteca en Krystal— gade. Dejó la bicicleta sin molestarse en ponerle el candado y atravesó corriendo la puerta giratoria del edificio.

El vestíbulo blanco se extendía hacia arriba por todo el edificio hasta el techo, donde paneles de cristal esmerilado dejaban entrar el sol para iluminar el enorme espacio abierto. Katherina se detuvo en medio de la sala para mirar a su alrededor. La biblioteca había abierto hacía apenas una hora, de modo que no había mucha gente. Estaba recibiendo palabras de mucha menos gente de lo que había temido y pudo concentrarse en los que estaban presentes.

En el mostrador a su derecha había un solo bibliotecario que no hacía nada en ese momento, mientras otros empujaban carros llenos de libros que metódicamente devolvían a sus estantes. Una mujer sola estaba sentada delante de un monitor entre un grupo de ordenadores en la planta baja.

No veía a Muhammed por ningún lado.

Se dirigió a la escalera mecánica que llevaba desde la entrada hasta el piso superior. Salió en la sección de ficción en el segundo piso y se acercó a la barandilla para poder tener una mejor perspectiva del vestíbulo. El corazón todavía le latía con fuerza después de la loca carrera en bicicleta y se dio cuenta de que estaba sudando. Fijó su atención en un grupo que acababa de entrar, pero resultaron ser unos estudiantes que se dirigieron a la sección de cómics.

—Por aquí —dijo Muhammed detrás de ella.

Se volvió y vio que el hombre se dirigía a la escalera mecánica que llevaba al piso superior. Llevaba puesta una sudadera con capucha gris. Vio que cojeaba y cuando se giró para ver si ella lo seguía, logró distinguir que llevaba unas gafas de sol que no alcanzaban a cubrir del todo un cardenal en su ojo.

En el tercer piso se dirigió a un ordenador que estaba convenientemente metido entre las estanterías.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Katherina cuando se acercó a él.

Muhammed se sentó con una mueca.

—Será más fácil que lo veas por ti misma —dijo, empezando a teclear.

En la pantalla apareció la imagen de una habitación. La imagen era borrosa y no estaba precisamente bien iluminada, pero no cabía duda de que era el apartamento de Muhammed. Aunque su sala nunca había estado del todo ordenada, era obvio que algo no iba bien. Los muebles y las cajas estaban todos amontonados, con el contenido desparramado por el suelo. La mesa estaba patas arriba y no se veían por ningún lado los monitores que solían estar sobre ella.

—Ése es el aspecto que tiene en este momento —farfulló Muhammed—. Tenemos que retrotraernos hasta ayer noche para ver por qué está así.

Debajo de la imagen había una hilera de botones con símbolos, como los de un reproductor de cinta de vídeo. Muhammed hizo clic en el botón para rebobinar. Un cronómetro en la esquina superior derecha comenzó a contar al revés. La imagen era la misma, pero Katherina podía ver que la luz que llegaba del exterior iba cambiando. El reloj se movía cada vez más rápido hasta que de pronto apareció mucho movimiento en la imagen.

—Aquí —dijo Muhammed, haciendo clic en el botón *de play*. En la pantalla pudieron ver que la sala de Muhammed había vuelto a su apariencia normal y el mismo Muhammed estaba sentado delante de sus monitores.

—Esto es justo antes de que ocurriera —explicó.

Las imágenes mostraban a Muhammed trabajando en el teclado. Movía la cabeza al ritmo de alguna melodía que no podían escuchar. De pronto se puso de pie y levantó los brazos y bailó una breve danza de la victoria.

El hombre se aclaró la garganta.

—Bueno, está bien. Eso fue cuando conseguí entrar en el sistema de seguridad de la escuela. Es bueno que no haya sonido.

Hizo clic en el botón para adelantar las imágenes y luego volvió a dar a *play*.

En la pantalla Muhammed estaba otra vez delante de sus ordenadores, pero se puso repentinamente de pie y miró hacia el pasillo. A través de la puerta abierta se podían ver las cajas desordenadas en el suelo de la sala. Se dirigió a la puerta, pero en ese mismo instante salió una figura detrás de él y lo golpeó en la espalda con una especie de palo o bastón. Muhammed trastabilló unos pasos hacia delante, pero se las arregló para darse la vuelta antes de que llegara el siguiente golpe. Lo desvió con el brazo y luego se arrojó sobre el otro, que cayó hacia atrás y fue a parar a un montón de cajas. Eso le dio a Muhammed tiempo de coger un palo de golf de su colección de premios y golpear en el pecho de su agresor. Mientras tanto, dos personas más habían entrado en la sala desde el pasillo. Ellos también venían armados con palos, y Muhammed tuvo que defenderse de los golpes que venían de todos lados. Lo golpearon varias veces, una vez en las piernas y varias veces en la cara, pero los esquivó cuando retrocedió hasta salir por la puerta del jardín.

En la biblioteca, Muhammed se movió inquieto en su silla y se volvió para mirar a su alrededor. En la pantalla, uno de los intrusos dejó a un lado el palo y sacó una pistola con la que apuntó a Muhammed, que levantó las manos. Pero tuvo la suerte de tropezar con un montón de paquetes amontonados cerca de la puerta. Dos rápidos destellos salieron del cañón del arma, pero para entonces Muhammed ya había huido por la puerta del jardín. Dos de los asaltantes se abrieron paso por entre las cajas que les bloqueaban el camino mientras el hombre con el arma disparaba una vez más a través del cristal hacia fuera.

—Eso es todo —dijo Muhammed con tristeza.

En la pantalla, los ladrones abandonaron la persecución y descargaron su frustración sobre las pertenencias de Muhammed antes de partir.

—¿Estás bien? —le preguntó Katherina, poniéndole la mano en el hombro.

—Me recuperaré —respondió él—. Son sólo unos rasguños. —Señaló con el dedo la imagen de su apartamento devastado—. Esos bastardos.

—¿Pudiste encontrar algo sobre la escuela?

—Por supuesto —dijo Muhammed, sonriendo por primera vez—. Estoy a punto de bajar la última parte ahora mismo. —Miró a su alrededor—. Vamos a un ordenador diferente.

Se levantaron y se dirigieron a la escalera mecánica.

—Estos ordenadores no son demasiado buenos —explicó—. Pero desde aquí puedo pasar por el servidor de la biblioteca y acceder..., bien, prácticamente a casi todo.

—Si tú lo dices —aceptó Katherina.

Subieron por la escalera mecánica hasta el cuarto piso.

—No resultó fácil entrar en el servidor de la escuela. No era precisamente lo que uno espera en una escuela —susurró Muhammed por el camino—. Pero supongo que no se trata de lo que uno llamaría una escuela normal, ¿verdad? Por lo menos yo no conozco ninguna otra escuela que tenga ese tipo de monitores de seguridad y que pueda reaccionar con tanta rapidez. Es más, no conozco a *nadie* que pueda rastrear a un pirata informático en tan poco tiempo y además enviar un grupo de matones mientras está trabajando.

En el cuarto piso encontraron un ordenador disponible y Muhammed se sentó y empezó a teclear. La pantalla se puso en blanco y luego lentamente se fue llenando con símbolos.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Katherina.

—He accedido finalmente a su sistema de seguridad y he encontrado las listas de clase —comenzó—. Como te he dicho, es una escuela extraña. Parece que tienen su propio sistema de evaluación. Todos los niños tienen un valor RL, que no sé qué significa. De todos modos, comparé la lista de los nombres de los estudiantes con la lista de pasajeros de la compañía aérea y encontré dos nombres en el mismo vuelo de Jon.

—¿Sólo dos? —exclamó Katherina, sorprendida—. ¿Estás seguro?

—Al cien por cien —respondió Muhammed—. Pero luego probé con las compañías privadas de vuelos chárter. Aunque no operan con vuelos regulares, de todos modos tienen que registrar las listas de pasajeros.

—¿Y?

—Hubo dos vuelos durante la semana anterior. Cada uno llevaba veinticinco pasajeros que eran o habían sido alumnos de la Escuela Demetrius. De todas las edades.

Katherina suspiró.

—Cincuenta —dijo, sintiéndose abatida.

—Más algunos otros —añadió Muhammed—. Había algunos pasajeros que no están en las listas de estudiantes. Aproximadamente otros diez.

—¿Puedes imprimir las listas?

—Por supuesto —respondió Muhammed—. Puedo darte los nombres, las direcciones y hasta las fotos si quieres. Por lo menos de los estudiantes. —Se levantó—. Vamos a tener que cambiar de ordenador otra vez.

Encontraron otro monitor en el lado opuesto del piso. Un momento después las fotos y las listas comenzaron a pasar por la pantalla.

—Pero ahora creo que ha llegado el momento de que tú me des algo a mí —dijo el hombre—. Puedes empezar diciéndome qué diablos está realmente ocurriendo.

Se quitó las gafas oscuras y miró a Katherina a los ojos.

—Una cosa es que vosotros os metáis en algo extraño, pero cuando eso empieza a afectar a mi negocio y a mi salud, creo que tengo derecho a una explicación.

Katherina asintió.

—Y te la daré —dijo—, pero no aquí.

Muhammed la miró con aire de duda.

Ella dirigió su mirada de nuevo a las listas.

—Detenía —dijo, señalando con el dedo.

Muhammed apretó un botón y los desplazamientos en el monitor se detuvieron.

—Retrocede un poco —pidió Katherina.

Apareció una foto en la pantalla que mostraba a un muchacho de cabello oscuro. Era una fotografía antigua, pero su sonrisa deshonesto y arrogante era inconfundible.

Se trataba de Paw.

CAPÍTULO

34

Jon despertó con un tremendo dolor de cabeza.

Todavía con la vista nublada por el sueño, buscó el vaso de agua sobre la mesilla de noche y lo bebió de un trago. Aún había marcas rojas en las muñecas y las hizo girar de un lado al otro para observarlas. Luego una gran sonrisa apareció en su cara.

Formaba parte de algo asombroso.

Toda su vida había sido retenido y despojado de su destino, pero ya era hora de recuperar lo que había perdido. No serviría de nada llorar por el tiempo perdido y por todas las mentiras que le habían dicho. El objetivo hacía que todo valiera la pena.

Abandonó la cama y se acercó a la ventana. Había luz fuera, y calculó que debía de ser por la mañana temprano. Abrió las cortinas y miró el paisaje. A menos de cien metros de distancia corría un ancho río, cuya inquieta superficie brillaba con la luz del sol. Entre el agua y la casa había terrenos cuidadosamente divididos con plantas de color verde oscuro en tierra roja. Al otro lado del río la imagen era la misma: campos con casas diseminadas entre ellos. En algunas tierras podía ver gente trabajando con azadas o llevando la cosecha.

La noche anterior no había tenido la oportunidad de observar los alrededores. En ese momento sólo había una luz visible en las casas que veía delante de él. Además, también había estado demasiado cansado y saturado de su recién adquirida capacidad de advertir los detalles del paisaje, aun cuando hubiera sido en plena luz del día.

Poul Holt, el hombre a quien Jon ya consideraba como su guía, había leído durante tres horas, sentado al lado de su cama de hospital. Jon se sintió avergonzado al pensar en ello. Se había comportado como un tonto ignorante, demasiado orgulloso como para ver la verdad y demasiado débil como para rechazar su pasado y reconocer su destino. Pero eso había cambiado en el curso de esas tres horas. Durante ese tiempo había llegado a comprender, y tenía que agradecer a Remer y a Holt por el hecho de poder ya, por fin, desarrollar su potencial.

Al principio se había resistido. El libro era su enemigo, y cuando Holt empezó a leer, Jon hizo todo lo que pudo para distraerse y concentrarse en cualquier cosa que no fuera lo que estaba escuchando. La lectura continuó, y poco a poco no pudo evitar escuchar. Era la historia de la fundación de la Orden y de los logros alcanzados por el grupo a través de los siglos. El libro encuadernado en cuero era una crónica de lo que anteriormente él llamaba Organización Sombra, pero que acababa de descubrir que

era en realidad la Orden de la Iluminación. El contraste en el significado le hizo sonreír ante su propia ingenuidad. Esta orden no producía ninguna sombra.

No había duda de que Holt era un transmisor experimentado y que había hecho buen uso de sus poderes desde la primera palabra que leyó. Jon pudo ver entonces que era necesario. Había estado tan congelado en su propia visión del mundo que necesitó ayuda, aunque ello significase que Holt tuviera que ejercer alguna influencia.

Durante la lectura, Holt se había detenido tres veces. Retiró la cinta de la boca de Jon y le dio un poco de agua para beber. Le preguntó, preocupado, cómo se sentía. Si le dolía la cabeza, si le dolía la nuca o si veía manchas ante sus ojos. La última vez Jon había rechazado el ofrecimiento de agua. Prefirió que continuara la lectura para así poder aprender más sobre el asombroso desarrollo de la Orden. Después de eso ya no fue necesario ponerle la cinta en la boca. Y cuando Poul Holt decidió que ya era el momento de detenerse, le retiraron las correas de cuero y a Jon se le permitió moverse libremente por la habitación.

Remer había entrado unos momentos después, y hasta donde Jon podía recordar, no se retiró hasta que él se quedó dormido. Más en paz de lo que se había sentido en mucho tiempo, tal vez incluso desde aquella ocasión en que... Jon apartó la imagen con una mueca de fastidio. Había sido engañado por aquéllos a quienes había querido y en los que había confiado. Eso ya le resultaba claro. Tenía que dejarlo atrás y concentrarse en su futuro.

En ese momento alguien llamó a la puerta y Jon se volvió.

—Pase —exclamó de buen humor.

Poul Holt entró con una bandeja en la que se había colocado un desayuno de tostadas y té. También había un libro encuadernado en cuero negro.

—*Bon appétit* —dijo Holt con una sonrisa cuando dejó la bandeja.

Jon se sentó en la cama, puso la bandeja sobre su regazo y empezó a comer.

—¿Qué vamos a leer hoy? —preguntó con la boca llena, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al libro.

—Hoy va a leer usted —respondió Holt, mirándolo con gran expectación.

Jon dejó de masticar y observó el rostro de su guía.

—¿Está seguro? —preguntó cuando tragó el último trozo de tostada—. La última vez...

Remer le había dicho que el chófer de Kortmann había muerto durante la lectura en la escuela. El chófer era uno de los verdaderos héroes de la Orden. Había tenido a Kortmann en observación durante ocho años, y de esa manera había impedido que su secreto se divulgara. Con la forma permisiva en que Kortmann y Clara dirigían la Sociedad, era sólo cuestión de tiempo que sus poderes fueran conocidos públicamente. Eran débiles. Y lo que era peor, se sentían orgullosos de utilizar ampliamente sus verdaderos poderes, lo que conducía a una disminución de la efectividad y no era útil para nadie. La Orden se concentró sistemáticamente en unos pocos individuos seleccionados, usando toda la fuerza de sus poderes con efectos

plenos.

—Esta vez no trate de forzar las cosas —dijo Holt tranquilamente—. Y además, uno de nuestros receptores estará listo para intervenir.

Jon asintió mientras bebía su té. Durante el experimento en el sótano de la escuela, la habitación-celda había sido aislada contra las descargas de energía de modo que no habían tenido la oportunidad de llevar un receptor para detenerlo, aun cuando hubieran podido reaccionar a tiempo.

—El objetivo es encontrar el nivel correcto —explicó Holt—. Hay que ser suficientemente fuerte para que comiencen a manifestarse las descargas físicas, pero no con una violencia que pueda causar daño. Vamos a ponerle electrodos para poder seguir sus avances.

Como si la hubieran llamado, entró la mujer de la batablanca, empujando un carrito. En él se veía un casco como el que había en la escuela, con cables que lo unían con un ordenador.

Jon terminó de comer y se sentó cómodamente. Le sonrió a la mujer cuando le puso el casco en la cabeza y se aseguró de que estuviera bien colocado. Decidido a comportarse lo mejor posible, Jon cerró los ojos y se concentró. No debía decepcionarlos otra vez. Aquél era el momento de demostrar que pertenecía a la Orden.

—Empiece cuando esté listo —dijo Holt, que se había sentado delante de la pantalla del ordenador.

Jon abrió los ojos y cogió el libro, que vibró de manera casi imperceptible en sus manos. Lo abrió y empezó a leer. Ansioso por demostrar sus poderes, empezó a acentuar las imágenes después de sólo algunos párrafos.

Tal como ocurrió durante la lectura en la escuela, sintió que su entorno se modificaba lentamente hasta corresponderse con la escena que estaba leyendo. Las paredes blancas se expandieron para convertirse en el paisaje nevado que estaba describiendo y la cama en la que estaba acostado se convirtió en un trineo tirado por caballos. Los árboles se erguían a ambos lados del camino por el que viajaban, y copos de nieve que se hacían cada vez más grandes giraban alrededor del trineo. El tiempo parecía disminuir su velocidad hasta llegar a ser una vista panorámica y tenía la sensación de que para cada frase que leía podía crear imágenes tan detalladas como quisiera. Hasta el último copo de nieve estaba bajo su control.

Jon convirtió el paseo en trineo en un viaje oscuro y lóbrego, con el frío cayendo sobre el paisaje como una pesa de plomo.

Se podían ver sombras inquietantes en el denso bosque, pero la velocidad del trineo hacía imposible establecer si se trataba de animales, de personas o de meros fantasmas. Todo el tiempo fue consciente de la presencia del receptor, que no trataba de perturbar ni de controlar, sino que simplemente estaba allí ofreciendo apoyo, como si tuviera una mano posada en su hombro.

Después de un viaje que pareció interminable, el personaje principal del libro

llegó a una pequeña posada. Una puerta de madera gastada daba a una taberna y la escena cambió abruptamente pasando de los matices blancos grisáceos a los tonos dorados en el resplandor que provenía del fuego en la chimenea y de las lámparas de petróleo sobre las mesas de madera. Los clientes de la taberna miraron a los recién llegados con gran desconfianza. Sus caras estaban oscuras por las sombras o rojas amarillentas por la luz, e irradiaban una arrogancia poco hospitalaria. Jon acentuó el estado de ánimo convirtiéndolo en una visión claustrofóbica, como en una pesadilla en la que los rostros de los personajes se veían más cercanos, mostrando sus dientes amarillos, sus cicatrices y sus arrugas marcadas por las sombras.

La mano en su hombro pareció darle un apretón y un fugaz rayo de luz se encendió en la pantalla del ordenador. Las imágenes se tambalearon, como una película que salta de cuadro.

Jon dejó de leer y bajó el libro.

—Excelente —dijo Poul Holt, dirigiéndole una inclinación de cabeza. Sus ojos expresaban afirmación y admiración—. Hemos tenido que detenerlo al final. Estaba empezando a ponerse demasiado violento.

Jon asintió. Podía sentir el efecto de sus esfuerzos, pero su alegría por haber hecho un buen trabajo superaba la energía agotada. Notaba en todo su cuerpo una agradable sensación de excitación, semejante a la que le había provocado el libro, y advirtió que se le había puesto la carne de gallina en los brazos. Después de dejar el libro a un lado comenzó a frotárselos.

—¿Quién me ha detenido? —quiso saber, ya que eran las dos únicas personas en la habitación.

—Un receptor en la habitación de al lado —respondió Holt—. Usted tiene que aprender a reconocer las señales del receptor, así sabrá si puede incrementar la fuerza o tiene que detenerse. Esta vez usted interpretó la señal perfectamente.

Se puso de pie y ayudó a Jon a quitarse el casco.

—¿Qué tal han ido las mediciones? —preguntó Jon, señalando el ordenador con un movimiento de cabeza.

—Excelentes —dijo Holt con satisfacción—. Se mantuvo ligeramente más abajo de veinte.

—¿Eso es bueno?

Holt se rió.

—Se podría decir que sí. Yo mido un poco por debajo de ocho, y soy uno de los más fuertes de la Orden. —Colocó el casco sobre la mesa con cuidado—. Es imposible saber hasta qué altura podría llegar usted. Tal vez el doble de eso, o todavía más. En tal caso, tendremos que conseguir un equipo diferente.

—¿Eso quiere decir que ya hemos terminado? —preguntó Jon, un tanto desilusionado.

—De ninguna manera —respondió Holt—. Pero es importante que no nos apresuremos demasiado. Debe usted descansar después de cada prueba.

—Me encuentro bien —dijo Jon.

—Eso es bueno, pero hay otros preparativos que tiene usted que hacer.

En ese momento Remer entró con un libro bajo el brazo. Para su regocijo, Jon reconoció el libro de crónicas que había escuchado la noche anterior.

—Campelli —comenzó Remer con firmeza—, me dicen que la primera prueba ha ido bien, ¿no?

—Aparentemente, así ha sido —confirmó Jon, tratando de moderar su orgullo.

—¿Y usted se siente bien? ¿Lo estamos cuidando bien?

—Me siento maravillosamente bien —respondió Jon—. Podría continuar ahora mismo sin problemas. Cuanto más pronto termine mi entrenamiento, más rápido podré serle útil a la Orden.

Remer sonrió.

—Es importante que descanse después de cada sesión. Muy pronto tendrá la oportunidad de trabajar con nosotros. —Levantó el libro—. Mientras tanto, hay más cosas de nuestro pasado que usted debe saber.

Jon estiró la mano ansioso por coger el libro, pero Remer se rió.

—Cuando digo que descanse, quiero decir descanso total. Recuéstese y cierre los ojos, luego Poul continuará desde donde lo dejaron ayer.

Jon hizo lo que Remer pedía y sonrió con placer cuando, unos minutos después, escuchó la voz serena de Holt que le leía en voz alta.

Las siguientes veinticuatro horas pasaron entre el entrenamiento, el sueño y escuchando la lectura de relatos. Nunca antes en su vida Jon había experimentado una sensación más satisfactoria. Sus poderes recibían aprobación, en cada sesión mejoraba respecto de la anterior y seguía descubriendo nuevos aspectos de la Orden que demostraban que había encontrado su lugar adecuado. Durante mucho tiempo había permitido que sus ambiciones hibernaran. Desde que había asistido a la Facultad de Derecho no sentía la claridad de sus objetivos. A partir de este momento sabía que con la Orden respaldándolo, no había límites para lo que quisiera alcanzar. Ellos podían ofrecerle apoyo para que alcanzara cualquier objetivo que se propusiera. Su éxito era el éxito de la Orden.

Jon no había decidido todavía a qué se podría dedicar, pero Remer había sugerido que podía crear y dirigir un bufete de abogados con oficinas en todo el mundo. La firma tendría como clientes principalmente a las empresas de la organización. La mayoría de los empleados serían Lectores y, según Remer, con los poderes y la capacidad de Jon no iban a perder ni un solo caso. Pero Remer había señalado que aquello era sólo una sugerencia. Jon podía decidir él mismo su futuro.

—Ha llegado el momento de tener un día libre —manifestó Remer cuando apareció otra vez—. Vamos a salir de paseo.

Jon habría preferido quedarse en casa, pero se dio cuenta de que aún no había

salido de ella, a pesar de estar en un país extranjero.

Entró la mujer de la bata blanca. Le traía un traje, que él se puso de inmediato. Le sentaba estupendamente. Remer lo acompañó hasta la entrada, donde Poul Holt lo esperaba con un hombre de pelo rojo de unos treinta años. Le fue presentado como Patrick Vedel, el receptor que había participado en las sesiones de entrenamiento. A Jon le pareció extraño que se sentara en otra habitación durante las sesiones, pero Holt le había explicado que había sido a solicitud del propio Vedel.

El hombre pelirrojo estrechó la mano de Jon mirándolo con una expresión curiosamente expectante. Parecía esperar que Jon lo reconociera. El abogado apartó aquella idea de su mente y todos subieron al Land Rover que Remer había alquilado y se dirigieron a Alejandría.

Recorrieron el paseo marítimo, La Corniche, que se extendía a lo largo de toda la ciudad, veinte kilómetros en total. Dentro de esa área del puerto del este cientos de puestos se alineaban en la avenida costera. Numerosos turistas y habitantes del lugar paseaban por las amplias aceras junto al mar. Un pequeño muro de piedra ofrecía sitio para sentarse además de actuar como un bastión ante el agua. Al otro lado del parapeto de piedra había rocas gigantescas, que actuaban como protección contra las olas del Mediterráneo.

La primera parada fue el Fuerte Qaitbey, sobre el brazo occidental que rodeaba la ensenada del puerto. La fortaleza se parecía mucho a un modelo hecho con piezas de Lego de varios tamaños y colores, pero se levantaba en el sitio que había estado ocupado en la Antigüedad por una de las siete maravillas del mundo, el Faro de Alejandría. Se decía que los grandes bloques de granito rojizo procedían del antiguo faro, que algunos calculaban que tenía una altura de más de ciento cincuenta metros. Había convertido a la ciudad en un centro de la luz, en el sentido más literal, al igual que la biblioteca lo había hecho desde la perspectiva del conocimiento.

La siguiente parada era una enorme plaza donde se levantaban los puestos que formaban el mercado. Algunos de los tenderetes eran sólo coches en los que los dueños habían dispuesto los artículos que tenían para vender, como por ejemplo, ropa. Otros consistían en alfombras extendidas en el suelo y cubiertas con colecciones de joyas, zapatos y equipos electrónicos. Los mercaderes más profesionales habían levantado puestos propiamente dichos, hechos de placas de madera cubiertas con tela sobre las que exponían sus mercancías.

Además de ropa, equipos electrónicos y antigüedades, también se vendían grandes cantidades de productos alimenticios. Especies de todas clases eran ofrecidas a la clientela directamente de los sacos, y la fruta se amontonaba sobre las mesas, dando tal sensación de inestabilidad que parecía a punto de desplomarse bajo su peso. La carne y el pescado estaban expuestos al sol, y cuando alguien compraba algo, lo envolvían en papel de periódico para meterlo en una bolsa de plástico. La mezcla de olores era intensa. A cada paso que daban, nuevos aromas se agregaban a la mezcla, formando un vaho cada vez más exótico.

Jon caminaba delante, observándolo todo. No dejaba de decir que no ni de hacer gestos de rechazo cuando los tenderos trataban de hacerle comprar alguna de sus mercancías. Se había adelantado a una considerable distancia de los otros y comenzaba a disfrutar de aquella excursión. Había sido una buena idea hacer un descanso en las sesiones de entrenamiento.

De pronto se quedó paralizado.

Katherina estaba allí, a no más de cinco metros delante de él. Estaba ocupada mirando antigüedades y todavía no había advertido su presencia, pero precisamente cuando Jon estaba a punto de dar la vuelta para marcharse, ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

Aparentemente se quedó tan sorprendida como él, porque abrió los ojos y la boca desmesuradamente, pero no emitió sonido alguno. Luego esbozó una sonrisa grande y afectuosa y tendió sus brazos hacia él, como si esperara un abrazo.

Jon dio un paso hacia atrás. La sonrisa desapareció de la cara de Katherina y él se dio cuenta de que estaba perpleja. Se acercó con paso vacilante, con una expresión de abatimiento y curiosidad a la vez. Lentamente Jon se alejó de ella sin quitarle los ojos de encima. No se había dejado engañar por ella. La Orden le había abierto los ojos ante la engañosa actitud de ella.

—¿Está bien? —Escuchó la voz de Remer detrás de él.

Jon levantó la mano y señaló a la mujer.

—Está aquí —dijo—. Katherina.

CAPÍTULO

35

Katherina no podía comprenderlo.

Durante tres días había estado buscando a Jon por aquella ciudad portuaria y repentinamente aparecía ante ella, a menos de diez metros de distancia. Pero en lugar de correr hacia ella, como había imaginado tantas veces, la había descubierto ante sus secuestradores.

Horrorizada, se quedó mirándolo, incapaz de moverse. Los ojos de él estaban llenos de odio. Odio dirigido a ella. Tan pronto como Jon se apartó y dejó de mirarla, ella volvió a ser consciente de la situación y vio que dos hombres se dirigían a su encuentro entre la gente. Sus caras no se mostraban amistosas. Dio media vuelta y se abrió paso entre la multitud, alejándose de ellos, alejándose de Jon.

El gentío se volvía para mirarla sorprendido mientras intentaba avanzar a empujones, moviéndose lo más rápidamente que podía. El número de compradores parecía aumentar a su paso, mostrándose cada vez menos dispuestos a dejarla pasar. Miró hacia atrás y confirmó que los dos hombres seguían corriendo tras ella. Uno era alto y pelirrojo, el otro era un tipo bajo y calvo con gafas de montura metálica. El corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Qué le pasaba a Jon?

En una de las angostas callejuelas del mercado había tanta gente que nadie podía ni avanzar ni retroceder. Desesperadamente trató de abrirse paso, pero le resultó imposible. El puesto junto al que se había detenido vendía pescado, y el dueño del improvisado negocio les gritaba a los compradores mientras trataba de impedir que su mesa fuera derribada por la multitud.

La cabeza del pelirrojo sobresalía por encima de todos los demás, y cuando vio a Katherina atrapada en un puesto, una alarmante sonrisa se dibujó en su rostro. Desesperadamente ella buscó una salida. El pescadero le gritaba en ese momento, haciendo una serie de gestos para obligarla a retroceder.

Echó una última mirada a sus perseguidores y se agachó para gatear por debajo de la mesa donde estaban expuestos los pescados. Desde el otro lado, el pescadero la amenazó moviendo los periódicos y lanzando juramentos en árabe. Se puso de pie y de inmediato sintió que el pescadero la agarraba y empezaba a sacudirla enérgicamente. La mesa se sacudió peligrosamente, distrayendo su atención durante un segundo. Katherina aprovechó la oportunidad para darle un fuerte empujón y poder librarse de él. Se arrojó con rapidez debajo de la siguiente mesa y gateó hasta la

siguiente callejuela del mercado. Allí pudo ponerse de pie y empezar a caminar con rapidez, zigzagueando entre turistas y compradores, dejando atrás el ruido apenas audible de la mesa derribada del pescadero.

En el extremo del mercado, Katherina se detuvo para mirar atrás. Los dos hombres ya no estaban a la vista.

Deseó que los otros estuvieran con ella.

Pero Henning estaba en el hotel, en cama con problemas de estómago, y Muhammed paseaba solo por la ciudad como estaba haciendo ella. Después de haberle contado los secretos de la Sociedad, Muhammed se había ofrecido para acompañarlos. Por el momento no podía regresar a su apartamento, y sentía que tenía una cuenta que saldar. Katherina había aceptado agradecida su ofrecimiento. Ella pensó que Muhammed era la única persona en la que podía confiar plenamente. Hasta ese momento, él nunca la había decepcionado.

También resultó que no tenía ninguna intención de permanecer sin hacer nada, y al igual que Katherina, no podía quedarse sentado en el hotel. Deambularía por la ciudad buscando a Jon a todas horas. Sólo cuando necesitaba dormir un poco o si habían acordado encontrarse en el hotel, regresaba al Acropole, donde se alojaban.

Un grito en la calle, más adelante, atrajo la atención de Katherina. Un hombre de pelo corto vestido con un traje ligero señalaba hacia ella. Era Remer y detrás de él estaba Jon. Éste no hacía nada, aparte de mirarla, como si nada de aquello tuviera que ver con él. Remer agitó una mano hacia el mercado mientras seguía señalándola con la otra mano. Katherina siguió su mirada y distinguió al hombre pelirrojo entre la multitud. En ese mismo momento, él la vio a ella.

Salió corriendo y dobló en la primera calle lateral que encontró. Un viejo Lada casi la atropella en la angosta callejuela, obligándola a saltar a un lado y aplastar su cuerpo contra la pared para esquivarlo. A cada lado de la calle había pequeñas tiendas metidas en nichos. Eran principalmente negocios con equipos electrónicos amontonados del suelo al techo, con relojes, cámaras, teléfonos y ordenadores. Una permanente oleada de pequeñas motos a toda velocidad pasaba junto a ella, que alternaba su avance entre la calzada y la acera para poder seguir corriendo. En la siguiente esquina se detuvo y miró atrás. Justo cuando creía que había logrado escapar, escuchó un grito.

—Ha girado a la derecha —gritó alguien en inconfundible danés.

Katherina se esforzó para seguir corriendo mientras buscaba una salida. Aquella calle era un poco más ancha y considerablemente más larga que la que acababa de abandonar, de modo que pudieron verla apenas doblaron la esquina.

Después de diez metros no pudo seguir más y se metió en una tienda. Se trataba de una *boutique* para novias. Había casi tantas tiendas con trajes de novia como negocios de electrónica en Alejandría. Una pared entera estaba cubierta con los trajes, colgados en dos hileras. Katherina cogió uno de ellos al azar.

Aparte de ella, no había nadie en el interior salvo la propietaria, una mujer maciza

y de edad madura que se levantó de su silla detrás del mostrador y se acercó a Katherina con una sonrisa. Antes de que la mujer pudiera saludarla, Katherina se había puesto el vestido por la cabeza y con las manos atrás trataba de alcanzar el cierre.

—¿Usted quiere vestido? —le preguntó la propietaria en inglés con una mezcla de simpatía y asombro.

Katherina se dio la vuelta para mirarse en el espejo que estaba al fondo del establecimiento. Desde allí podía vigilar la calle que quedaba detrás de ella.

—Demasiado grande —dijo la mujer riéndose—. Demasiado grande.

La dueña empezó a tirar del cierre, pero Katherina se lo impidió.

—Bebé —dijo, señalándose el vientre.

En ese momento vio al hombre calvo del mercado. Estaba mirando a través del escaparate.

—Ahh —exclamó la dueña, haciendo un guiño cómplice a Katherina—. Bébé.

Empezó a parlotear alegremente consigo misma en árabe mientras continuaba asintiendo con la cabeza y sonriendo con cortesía.

El hombre se detuvo un momento. Durante una fracción de segundo Katherina lo miró a los ojos en el espejo, pero él no la reconoció y siguió calle arriba.

—Pero demasiado largo —dijo la propietaria y se rió con más fuerza todavía.

Katherina se miró el vestido. Era efectivamente muy largo. Abrió los brazos.

—Demasiado largo —admitió.

La propietaria la ayudó a sacarse el vestido y empezó a bajar otros para que su cliente se los probara. Katherina seguía sacudiendo la cabeza y señalando hacia la puerta.

—Debo irme —dijo varias veces—. No me encuentro bien.

Se señaló el vientre.

—Ahh —exclamó otra vez la dueña, esta vez decepcionada—. Si siente mejor, regrese. —Acarició a Katherina en la mejilla—. Usted consigue buen precio. Precio de bebé.

Katherina le dio las gracias a la mujer y se escabulló, doblando la esquina para volver en la misma dirección en la que había venido sin mirar atrás. Al cabo de diez metros se detuvo delante de un escaparate. Había allí una gran cantidad de armas falsas: cuchillos, revólveres y enormes pistolas. Miró hacia atrás hasta el fondo de la calle, pero no vio a ninguno de los dos hombres, de modo que continuó adelante tan rápidamente como se atrevió, pero sin correr.

Después de doblar varias esquinas y de atravesar velozmente pequeños y angostos callejones que había llegado a conocer en sus caminatas, finalmente se sintió segura de haberlos despistado. Se sentó en el umbral de una casa y ocultó la cara entre las manos. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Había encontrado a Jon para perderlo otra vez. Había estado a menos de cinco metros de él, pero luego había corrido en dirección contraria a la de él. Se maldijo a sí

misma por su cobardía. Tendría que haber sido capaz de acercarse. Estaba claro que había cambiado, o por lo menos que no recordaba lo que habían compartido. ¿Qué le había hecho esa gente?

—¿Has encontrado algo? —le preguntó una voz.

Katherina levantó la cabeza. Un hombre cubierto con blancas vestiduras estaba delante de ella. Llevaba un tradicional turbante árabe que le tapaba buena parte del rostro. Sólo sus palabras revelaban que era europeo.

—Muhammed —exclamó con alivio cuando se alzó para abrazarlo.

Él la abrazó con cautela y le palmeó suavemente la espalda.

—Parece que has encontrado algo, ¿no es así?

No esperó una respuesta ni hizo más preguntas mientras la conducía de regreso al hotel por las angostas callejuelas.

—Espero poder recordar cómo ponérmelo otra vez —dijo Muhammed mientras desenvolvía el turbante de su cabeza y colocaba la tela sobre el sillón en la habitación de Katherina.

Era una habitación escasamente amueblada con sólo una cama, una silla y un sillón con un tapizado estampado. Las persianas estaban cerradas y la habitación estaba en penumbra.

Katherina estaba sentada al borde de la cama con las piernas juntas y los codos apoyados sobre las rodillas.

Muhammed golpeó la pared que daba a la habitación contigua.

—¿Puede venir aquí, Henning? —dijo con voz muy fuerte.

Las paredes eran tan delgadas que podían oír lo que ocurría en casi todas las habitaciones del piso. Por lo que sabían, eran los únicos escandinavos en el hotel, de modo que podían hablar sin preocuparse por lo que decían.

Al instante apareció Henning, con el rostro pálido y con el sudor cayéndole desde el cuero cabelludo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sentándose en el sillón y moviéndose como un anciano.

—He visto a Jon —dijo Katherina. Muhammed se sentó junto a ella y esperó a que continuara—. En el mercado. De repente estaba allí, mirándome de una manera muy extraña, como si yo fuera una completa desconocida. —Respiró hondo—. Luego envió a sus guardaespaldas a perseguirme.

—¿Guardaespaldas? —preguntó Henning—. ¿Estás segura de que no eran sus carceleros?

Katherina asintió con la cabeza.

—Él les indicó dónde estaba yo.

Muhammed se miró las manos.

—Debe de haber tenido una buena razón para hacer eso —dijo—. Tal vez quería

asustarte para que te alejaras, para que no te capturasen a ti también.

—Pero tenías que haber visto sus ojos —replicó Katherina—. Su mirada era muy diferente. Como si me odiara con todo su corazón.

—Tal vez estaba tratando de alejarte para protegerte —sugirió Henning.

Katherina sacudió la cabeza enérgicamente.

—No. Realmente su intención era revelar mi presencia —les dijo.

—Eso puede significar sólo una cosa —intervino Henning con seriedad—. Han estado leyéndole.

La idea del lavado de cerebro había cruzado por la mente de Katherina mientras trataba de encontrar una explicación, pero no se le ocurrió que lo podrían haber hecho por medio de una Lectura. Aunque ella había participado en una Lectura, jamás la había relacionado con el lavado de cerebro o la tortura.

—Pero ¿eso es posible? —preguntó—. Estábamos..., estamos... enamorados. ¿Cómo se ha podido transformar el amor en odio en tan poco tiempo?

—Se necesitaría un transmisor extraordinariamente dotado —admitió Henning—. Y una excusa todavía mejor.

—¿Excusa? —repitió Muhammed—. No comprendo.

—Una Lectura no puede reemplazar totalmente una actitud con otra. No puede convertir lo blanco en negro. Si uno tratara de hacer eso, fracasaría. Por otro lado, si uno intenta presentar una explicación alternativa, el sujeto en cuestión, con la influencia adecuada, decidirá él mismo cambiar su actitud. El sujeto podrá recordar todo..., la actitud que antes había tenido, e incluso la propia Lectura, pero pensará que ha sido una decisión suya solamente.

—Vaya, hombre, eso es repugnante —exclamó Muhammed, recostándose en la cama.

—¿Entonces Jon decidió él mismo odiarme? —preguntó Katherina.

Henning se movió inquieto en su silla.

—En cualquier caso, se le ha presentado una mentira que lo convenció de que él tenía que odiarte.

Katherina se levantó y se dirigió hacia la ventana. A través de las tablillas de las persianas podía observar la calle. No había demasiado tráfico en esa parte de la ciudad y sólo pasaba alguna moto veloz de vez en cuando.

¿Había hecho el viaje hasta Alejandría en vano?

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó desde la ventana sin girarse.

Se dio cuenta de que las lágrimas habían empezado a deslizarse por sus mejillas.

Henning suspiró profundamente.

—Eso es difícil de decir. Si el conflicto entre las dos opciones es suficientemente grande, en algún punto sufrirá una recaída. Yo estoy tentado a pensar que la simple impresión de verte hoy tendría que hacerlo reconsiderar qué ha ocurrido.

—A menos que se le presenten más mentiras, ¿no?

—Exacto —confirmó Henning—. Cuantos más argumentos le den para

mantenerse alejado de ti, mejor.

—Mejor para ellos, quiere decir.

Muhammed se puso de pie y se acercó a ella, dándole una palmadita en el hombro.

—Si te ama, volverá a ser lo que era.

Katherina asintió, luchando para contener los sollozos.

—Por lo menos sabemos que está aquí —dijo Muhammed—. Y creo que he localizado a algunos de los otros.

—¿Dónde? —quiso saber Katherina.

Hasta ese momento no habían podido encontrar a ninguno de los individuos de la Organización Sombra que habían enviado a Alejandría. Durante días habían dado vueltas por todos lados, observando a los turistas en la ciudad, tratando de precisar si todos aquellos visitantes eran Lectores mientras leían sus guías o miraban las cartas en los restaurantes. Habían memorizado las caras de las fotos en blanco y negro de la escuela que Muhammed había encontrado, pero la mayoría habían sido sacadas hacía algún tiempo, de modo que no esperaban poder reconocer a los estudiantes sólo por su aspecto.

—Hay un grupo grande que se hospeda en el hotel Seaview, cerca del puerto —explicó Muhammed—. Uno de ellos podría ser nuestro topo.

—¿Paw?

—O Brian Hansen, como se llama de verdad.

Los papeles de la escuela también habían revelado el nombre verdadero de Paw, así como su valor RL. Aparecía en la lista como 0,7, un número muy bajo comparado con la mayoría de los otros miembros, que en promedio tenían un valor diez veces más alto. No los hacía sentir demasiado bien que alguien de un nivel tan bajo hubiera podido ser capaz de engañarlos durante meses.

—¿No podríamos utilizarlo? —preguntó Katherina, volviendo su rostro hacia Henning.

—¿No hay un rehén? —Henning sacudió la cabeza—. No lo creo. Ha cumplido ya con su trabajo. Después de neutralizar a Luca y a Jon, ya no tiene ninguna importancia para ellos.

—Tal vez él pueda decirnos lo que va a ocurrir —sugirió Katherina.

—¿Quieres obligarlo a que haga eso? —preguntó Muhammed con una sonrisa torcida.

—No haríamos más que jugar según sus reglas —señaló Katherina—. Henning podría leerle.

Ella no tenía ni idea de la fuerza de Henning como Lector. Hasta ese momento no había sido de gran ayuda. El primer día se había quedado en la cama, enfermo, y no había podido participar en la búsqueda. Tal vez ni siquiera pudiera leer.

—Estoy seguro de que puedo hacer que Nessim encuentre el número de habitación de Paw —dijo Muhammed.

—¿Nessim?

—El recepcionista de la planta baja —respondió Muhammed—. Tengo la sensación de que cuenta con una buena red de información aquí en la ciudad. Cuando se enteró de que conocíamos a Luca, me confesó que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por nosotros.

Antes de abandonar Dinamarca, Muhammed había buscado toda la información que pudo sobre el viaje a Egipto de Luca y una de las cosas que descubrió fue que se había alojado en el hotel donde estaban ellos en ese momento. Por lo demás, el librero había dejado pocas pistas. Había usado su tarjeta de crédito en unos cuantos sitios de la ciudad, incluida la Bibliotheca Alexandrina, pero eso era todo.

—¿Ha podido Nessim decirte algo sobre Luca? —preguntó Katherina.

—No. Nada, salvo que hablaron sobre el clima, la biblioteca y otros temas triviales. Describió a Luca como un hombre simpático que daba propinas generosas. —Muhammed se dirigió a la puerta—. Lo voy a poner a investigar ahora mismo.

Cuando él abandonó la habitación, Katherina se dejó caer en la cama. No se había permitido dormir demasiado desde la noche que pasó en casa de Clara. Sólo cuando estaba a punto de derrumbarse por el agotamiento se vio forzada a ceder y echarse a dormir una o dos horas. Y aun así, tuvo un sueño inquieto y se despertó varias veces empapada en sudor sin sentirse descansada, e incapaz de volver a dormirse. Su encuentro con Jon no facilitaba las cosas. Tenía la sensación de que si no llegaban a él pronto, sería demasiado tarde.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono.

—Nessim tardará un par de horas en conseguir el número de la habitación de Paw —informó Muhammed al otro extremo de la línea—. Trata de dormir un poco mientras tanto. Y Henning también.

De mala gana, Katherina aceptó la sugerencia y dejó el teléfono. Henning pareció aliviado de poder regresar a su habitación.

Katherina estaba encantada de que Muhammed hubiera viajado con ellos. Había resultado ser el guía perfecto; con la velocidad del rayo hacía amigos entre la gente del lugar y había adquirido un conocimiento minucioso de la ciudad. Probablemente tenía que ver con el color de su piel, porque ella y Henning apenas podían andar por ahí sin que se advirtiera su presencia.

El primer día, Henning y ella habían salido para echar un vistazo a la biblioteca, antes de que Henning se pusiera enfermo, pero Katherina estaba demasiado preocupada para disfrutar explorando el impresionante edificio. Por otro lado, Henning se había sentido abrumado al ver el gigantesco monumento, y mucho más cuando entraron en la inmensa sala de lectura bajo el techo de cristal. En ese momento, intercambiaron una mirada. La presencia de energía era tan enorme que a Katherina se le puso la carne de gallina. Fue la misma sensación de hormigueo que había tenido en el sótano de Libri di Luca, pero amplificada diez o incluso cien veces. A Henning le brillaban los ojos como si fuera un hombre que acababa de enamorarse.

Katherina se estiró sobre su cama y cerró los ojos. Paw era su última oportunidad, y no podía hacer otra cosa más que esperar.

Debía de haberse quedado dormida finalmente, porque cuando el teléfono del hotel la despertó, el sol ya se había puesto.

—Soy Muhammed. Os estamos esperando en el vestíbulo.

Todavía un tanto somnolienta, Katherina se levantó de la cama y se dirigió al pequeño baño. Se lavó la cara y se recogió su pelo rojo en la nuca. Luego abandonó la habitación y fue a la planta baja.

Henning estaba todavía pálido como un cadáver, pero aun así logró sonreír cuando la vio. Muhammed, que se había colocado de nuevo el turbante, los condujo por calles que en ese momento estaban casi desiertas. Cuando se acercaron al centro de la ciudad, cerca del puerto, encontraron tiendas para turistas que todavía estaban abiertas y mucha más vida en la calle. Los edificios que rodeaban el hotel Seaview eran todos más altos, de modo que el complejo hotelero parecía encogerse a la sombra de ellos. La fachada estaba deteriorada, la pintura, desconchada en grandes sectores, y las persianas, descoloridas. Quizás en otra época se pudiese ver el mar desde el hotel Seaview, pero seguramente había sido hacía mucho tiempo. Sólo las luces del cartel con el nombre indicaban que el edificio estaba todavía en uso, junto a un par de puertas dobles que estaban abiertas, invitando a entrar.

El suelo del vestíbulo era de mármol, mientras que las paredes tenían revestimientos que iban desde el papel pintado hasta paneles de madera y pesados tapices de terciopelo que colgaban del techo. La recepción era de madera oscura, brillante como un espejo; encima había una campanilla de bronce muy lustrada. En la pared de atrás había espejos con marcos dorados y los casilleros para correspondencia con las llaves de cada habitación.

No había nadie detrás del mostrador, de modo que los tres atravesaron en silencio el vestíbulo para subir por una escalera cubierta con alfombra roja. Cada centímetro de las paredes estaba cubierto con cuadros de ostentosos marcos dorados.

Sólo al llegar al tercer piso se atrevieron a hablar.

—Trescientos cinco —dijo Muhammed, señalando hacia el corredor, que en ese piso tenía paredes blancas y un suelo de mármol rosado.

—¿Estás seguro de que es aquí? —susurró Katherina.

—Nessim dijo que Paw estaría en su habitación, durante más o menos una hora —respondió Muhammed en voz baja.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Conoce al recepcionista de aquí. Parece que se conocen todos entre sí. Le dijeron que a diez de los huéspedes los recogerían en un minibús dentro de una hora. A Katherina no le gustaba mucho el plan. Le parecía demasiado optimista pensar que iban a poder entrar tranquilamente en un hotel lleno de Lectores para interrogar a

alguien sin que nadie se diera cuenta.

—¿Cómo piensas evitar que se nos escape de las manos?

Muhammed metió la mano debajo de sus vestimentas y sacó un revólver.

—Es de juguete —le aseguró—. Sólo voy a asustarlo un poco. —Sonrió—. Pero parece de verdad, ¿no?

Katherina y Henning se colocaron a cada lado de la puerta con el número trescientos cinco, mientras Muhammed llamaba. Llevaba el arma en la mano, pero en la espalda.

—¿Qué ocurre? —Se oyó una voz dentro de la habitación.

Decididamente se trataba de Paw.

—¿Está listo? —preguntó Muhammed, disimulando su voz.

Escucharon pasos que se acercaban a la puerta.

—¿Listo? ¿De qué me está hablando?

La llave giró en la cerradura y la puerta se abrió.

Allí estaba Paw. Tenía puesta una túnica larga de color crema con borde negro y un bordado de serpientes en las mangas y el dobladillo. Lo primero que Paw vio fue a Mohammed con su vestimenta árabe. Lo miró de arriba abajo asombrado.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó airadamente, pero en ese instante Muhammed sacó el arma y le apuntó a la frente.

Aterrorizado, dio un paso hacia atrás, seguido de cerca por Muhammed. Katherina y Henning entraron detrás de él en la habitación.

—¡Vosotros! —exclamó Paw al verlos—. Mierda.

CAPÍTULO

36

Algo en la expresión del rostro de Katherina preocupaba a Jon. Sus ojos verdes estaban llenos de una mezcla de alivio y una asombrosa calidez. ¿Cómo podía creer ella que semejante truco todavía podía funcionar? ¿Era un truco? Si él no y conociera la verdad, podría decir que su mirada estaba llena de amor. Amor por él. Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de la incertidumbre que se había filtrado en su mente.

—¿Está usted bien? —preguntó Remer desde el asiento del conductor.

Después de enviar a Poul Holt y al pelirrojo tras Katherina, Remer había llevado a Jon de vuelta al coche apresuradamente. Ya en marcha volvieron a ver a Katherina cuando huía del mercado. Ella también los había visto. A Jon le sorprendió el titubeo de ella cuando se dio cuenta de quiénes eran. Por un momento pareció petrificada en su sitio al calor del mediodía. Luego miró directamente a Jon por última vez antes de desaparecer por una calle lateral.

—Estoy bien —respondió malhumorado.

Advirtió que Remer lo observaba por el espejo retrovisor.

Jon iba sentado en el asiento trasero, mirando la ciudad mientras avanzaban.

Había tanta gente en la calle. ¿Cómo era posible haber tropezado con Katherina, precisamente? ¿Los estaba siguiendo? ¿Planeaba cogerlo desprevenido al aparecer en el mercado? Parecía poco probable. Daba la impresión de que su reacción de sorpresa era auténtica.

Remer no había esperado a que los otros dos hombres regresaran. De inmediato puso en marcha el vehículo y partió sin Poul Holt y sin el hombre pelirrojo, como si Jon estuviera en grave peligro. Jon pensó que aquélla era una reacción exagerada. ¿Qué daño podía hacer Katherina? Por otro lado, se alegraba de que la Orden lo ayudara y le brindara protección. Le hacía sentirse importante, aunque también un poco indefenso, como si no fuera capaz de cuidarse por sí mismo.

No podía sacarse la expresión de Katherina de la mente. Había algo en su interior que se había despertado a causa de aquel instante en que sus miradas se cruzaron. Como si un puño lo hubiera golpeado directamente en el pecho, sacándole todo el aire, impidiéndole respirar. Tal vez fuera realmente peligrosa.

—¿Cómo cree que se las ha arreglado para encontrarnos? —preguntó sin apartar los ojos de la ventanilla.

—Cuestión de suerte —respondió Remer—. Tal vez tienen espías en Egipto. ¿Quién sabe?

Jon frunció el ceño. Algo no encajaba. Todo el tiempo Remer había afirmado que el grupo de Libri di Luca era una horda de fanáticos desorganizados que habían puesto en peligro a todos los Lectores debido al uso poco sistemático que hacían de sus poderes. Pero en ese momento estaba diciendo que podrían tener una red que se extendía por todos los continentes.

—No se preocupe —lo tranquilizó Remer—. Pronto estaremos en casa.

¿Por qué debería estar preocupado? Jon observó el rostro de Remer en el espejo retrovisor. Daba la impresión de ser él quien estaba preocupado. No dejaba de mirarle con aspecto consternado y su manera de conducir rozaba la imprudencia.

Atrás quedaba la ciudad y Jon sabía que no estaban lejos de la casa de campo donde se alojaban.

—¿Tenemos prisa? —preguntó, sin dejar de observar la reacción de Remer en el espejo.

—Bueno, no. En realidad, no —respondió Remer, volviendo a mirar inseguro a Jon—, pero tal vez sea mejor que descanse un poco antes de la tarde. —Esbozó una amplia sonrisa—. Iremos a la biblioteca esta noche —dijo con orgullo—. Es importante que usted esté preparado.

Jon asintió con la cabeza. Había intuido que había algo especial ese día. En parte por el paseo a Alejandría, y también porque un cierto estado de expectación los había acompañado durante toda la jornada. Al menos hasta la aparición de Katherina estropeándolo todo. Había esperado con ansiedad la llegada de aquel día, cuando iba a hacer su contribución a la Orden, pero ya no sentía el mismo entusiasmo. Era obvio que iba a participar en alguna forma de iniciación, pero ya no estaba seguro de cuál era el propósito que había detrás de todo aquello.

Llegaron a la casa de campo y varias personas salieron del edificio cuando el coche avanzó por el sendero de entrada. Remer bajó y habló en árabe con ellos mientras Jon estiraba las piernas después del viaje.

—Vamos, entremos —dijo Remer, invitando a Jon a acompañarlo al interior de la casa.

Se dirigieron de inmediato a la habitación de Jon en el piso superior. Se sentó en la cama. Todavía no había terminado de aclarar sus pensamientos acerca de Katherina y le habría gustado hacerlo en soledad.

Uno de los guardianes entró y le entregó el libro de crónicas a Remer.

—¿Entonces, continuamos? —dijo Remer, acomodándose en la silla junto a la cama.

El vigilante todavía no había abandonado la habitación, sino que permaneció dentro, junto a la puerta. Remer miró a Jon con una expresión expectante en el rostro, como si fuera él quien estaba a punto de oír un cuento para dormir.

—Creo que preferiría esperar un rato —dijo Jon—. Me gustaría estar solo.

La sonrisa de Remer se paralizó.

—Es importante que esté preparado para esta noche, Campelli —insistió—. Y no sólo por usted.

Jon se quedó desconcertado. Había un trasfondo amenazador en la voz de Remer, y no le gustó cómo sonaba.

—Lo único que le pido es media hora para ordenar mis ideas —dijo Jon.

—Lo siento —respondió rápidamente Remer—, pero todavía tenemos muchas cosas que hacer.

Se volvió hacia el hombre que estaba en la puerta y le hizo una rápida inclinación de cabeza.

Jon se levantó de la cama.

—Creo que no ha oído lo que dije —comenzó, pero el vigilante se acercó a él en un par de zancadas.

Cogió a Jon por el brazo y lo hizo acostar a la fuerza. Con expresión de indignación, Jon bajó la mirada hacia la mano del guardián que le sujetaba el brazo.

—¿Esto es realmente necesario? —preguntó—. Sólo necesito...

—Es necesario —repitió Remer—. Ya lo verá.

Otro guardián entró en la habitación, dirigiéndose al otro lado de la cama. Tranquilamente pero con firmeza los dos hombres hicieron que Jon se sentara. Trató de resistirse, pero eran demasiado fuertes. Luego lo ataron con las correas de cuero sin dejarle la menor oportunidad de escapar.

—¿Qué ocurre? No hay razón para esto. Dígame por qué.

—No se preocupe, ya se lo diré —prometió Remer, e inclinó la cabeza hacia uno de los guardias.

—¡No! —Logró gritar Jon antes de que el guardia le pusiera un trozo de cinta en la boca.

Después de todo, había sido necesario.

Jon se daba cuenta de ello. Debía de haber confiado en el juicio de Remer y no subestimar el poder de Katherina. Aquellos Lectores de Libri di Luca eran hábiles, expertos en generar discordia y desconfianza entre los miembros de la Orden si no estaban atentos. Sin la rápida y astuta intervención de Remer, podrían haber tenido éxito en alterar a Jon de tal manera que él se habría visto privado del futuro que tenía en la Orden. Hasta podría haberse vuelto contra ella.

Al cabo de una hora de lectura, le retiraron a Jon la cinta de la boca y las correas que le sujetaban. Estaba completamente sereno, casi exhausto, y se le permitió dormir hasta que Remer vino a despertarlo. Ya había anochecido, y Poul Holt había regresado. Examinó a Jon con los gestos rutinarios de un médico, iluminándole los ojos, observando su garganta, comprobando sus reflejos.

—Está usted en perfecto estado —dijo por fin, sonriéndole.

Remer, que se había retirado a la parte de atrás, se acercó entonces a la cama.

—Tendrá que perdonarnos por atarlo —dijo con un verdadero tono de arrepentimiento—. Lamentablemente era necesario. Espero que lo comprenda.

Jon asintió.

—Era necesario —admitió—. He estado a punto de ceder a su influencia. No volverá a ocurrir.

—Estoy seguro de ello —dijo Remer, inclinando la cabeza con satisfacción—. Y no se preocupe. Esta noche usted estará entre amigos. Nada podrá detenernos.

Jon se tranquilizó. La nube de confusión que había sentido unas horas antes había sido barrida con tal fuerza que realmente no podía recordar qué la había provocado.

—A propósito de esta noche —dijo Remer, señalando una túnica negra al pie de la cama—. ¿Le molestaría probársela para ver si le queda bien?

Jon se levantó y sostuvo la túnica delante de él. Era negra como el ala de un cuervo con serpientes blancas alrededor de las mangas y el dobladillo.

—¿Vamos a una fiesta de togas? —quiso saber Jon.

Remer se rió.

—Algo así.

Jon se puso la túnica. Era de seda, con un grueso cinturón también de seda. Aun con su ropa normal debajo, era muy amplia, y cuando se colocó la capucha, su cara quedó oculta casi por completo, dándole una maravillosa sensación de seguridad. Se sentía como un monje; sonrió al pensarlo.

—Perfecto —confirmó Remer, asintiendo con satisfacción.

—¿Y ustedes? —preguntó Jon.

—No se preocupe —dijo Remer—. Nosotros llevaremos el mismo tipo de túnica, pero la nuestra será blanca.

—¿Soy el único que va de negro?

—Por supuesto —intervino Holt—. Usted es el invitado de honor.

CAPÍTULO

37

—Malditos bastardos —exclamó Paw desde la silla donde estaba sentado—. Nunca podréis hacer lo que os proponéis.

Henning y Muhammed lo habían atado con la cuerda que llevaban mientras Katherina se había hecho cargo de la pistola de juguete, con la que le seguía apuntando. Él lanzaba veneno en sus miradas de odio.

—¿Vas a una fiesta de disfraces? —preguntó Muhammed, cogiendo la túnica blanca de Paw.

—Mira quién habla.

—¿Y qué es esto? —Muhammed cogió el amuleto de cobre que habían encontrado en el cuello de Paw—. ¿Ésta es tu entrada VIP?

Paw no respondió.

—Supongamos que sí lo es. —Muhammed le entregó el amuleto a Katherina—. La pregunta es: ¿una entrada a qué?

Miró a Paw, esperando una respuesta, pero éste giró la cabeza deliberadamente.

Katherina revisó el amuleto de cobre. Era redondo, aproximadamente del tamaño de una moneda de cinco coronas, y tenía un agujero en el centro a través del cual pasaba un cordón de cuero para poder llevarlo como colgante. Alrededor del borde había grabados cuidadosamente unos caracteres diminutos.

—¿Qué vas a conseguir con todo esto? —preguntó Henning—. Tú ya has sido activado.

Paw sonrió.

—¡Y vaya activación la tuya! —añadió Henning—. ¿Cuál fue tu puntuación en el valor RL? ¿0,7? Eso no es ni siquiera suficiente para encender el faro de una bicicleta.

La sonrisa de Paw desapareció. Katherina pudo ver que apretaba con furia los dientes.

—Así que supongo que es bueno para ti contar con la protección de la Organización —continuó Henning—. Los Lectores débiles como tú necesitan toda la ayuda que puedan conseguir. ¿Y les sirve para algo a ellos?

La furia brilló en los ojos de Paw, y tenía las mejillas enrojecidas.

—Ah, es verdad, te infiltraste en Libri di Luca, pero eso fue sólo porque Luca se compadeció de ti. Se dio cuenta a la legua de lo débil que eres.

—¡Cállate!

Paw adelantó su cuerpo con tanta fuerza como se lo permitió la cuerda.

Henning se inclinó hacia él, pero lo justo como para quedar fuera de su alcance.

—¿Y ahora qué? Tu trabajo ya ha terminado. ¿Qué tarea podría encargarle la Organización Sombra a un debilucho como tú?

—Vuelve después de la reactivación y te lo mostraré.

Henning y Katherina intercambiaron una mirada.

—¿La reactivación? —repitió Henning—. ¿Eso es lo que va a ocurrir esta noche? Paw no respondió.

—¿Habéis encontrado una manera de repetir la activación? —preguntó Henning—. ¿Una manera de intensificarla?

Una sonrisita se formó en los labios de Paw.

Katherina pudo darse cuenta de que eso era exactamente lo que iba a ocurrir. Según los documentos de la escuela, casi todas las personas que habían viajado allí ya estaban activadas. Todos los arreglos para esta reunión parecían apuntar a algo más grande que una ceremonia ritual sin significado práctico. Contuvo la respiración. Si una reactivación podía aumentar los poderes de un Lector, entonces ¿qué ocurriría con Jon? Él ya había sobrepasado la escala y era mortalmente peligroso cuando estaba fuera de control. Se dio cuenta de que los demás estaban pensando lo mismo.

—¿Qué grado de fuerza podéis alcanzar? —preguntó Henning finalmente.

—El suficiente como para encender el faro de una bicicleta —respondió Paw, sonriendo misteriosamente.

—Entonces es una lástima que tú no vayas a experimentarlo —le dijo Katherina. Señaló las ligaduras con un movimiento de cabeza—. Va a ser difícil que vayas a la reactivación atado como estás.

Paw la miró. Una sombra de incertidumbre cruzó su rostro.

—Van a venir a recogerme —dijo—. Estarán aquí en cualquier momento.

Muhammed miró su reloj.

—Dentro de media hora, no antes —dijo—. Tiempo más que suficiente para sacarte de aquí.

Paw dejó escapar una risa nerviosa.

—Tenemos amigos en la ciudad —continuó Muhammed—. ¿Cómo crees que te hemos encontrado? Personas que son buenas para encontrar cosas y también para hacerlas desaparecer. Paw deslizó su mirada por cada uno de ellos, sin descubrir la menor señal de apoyo. Finalmente le dirigió una mirada suplicante a Katherina.

—Tienes que dejarme ir, Kat —pidió desesperadamente—. Necesito esto. Es mi recompensa.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por Libri di Luca —respondió, molesto.

—¿Tú mataste a Luca?

—No, no —respondió el joven, sacudiendo la cabeza—. Es mi recompensa por

infiltrarme entre vosotros. —Sus ojos adquirieron una expresión de sufrimiento—. Vamos, Kat. Prometo no decir que estás aquí. Pero déjame ir, así podré conseguir mi reactivación.

—¿Cuándo va a ocurrir? —preguntó Katherina.

Paw agachó la cabeza apesadumbrado para evitar mirarles a los ojos. Permaneció en silencio durante un buen rato antes de responder.

—Esta noche, ya os lo he dicho.

—¿Cómo?

—Como una activación normal —dijo Paw—. Pero Jon va a actuar como una especie de médium. No sé exactamente cómo funciona. Tiene algo que ver con la energía de la biblioteca y los poderes de Jon. Cuando se unan... ¡bum! Entonces todos recibiremos el impulso para sobrepasar la escala.

—¿Y Jon?

Paw sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe. Tal vez no ocurra nada, tal vez logre un impulso también él, o tal vez revienta.

Katherina contuvo su deseo de agarrar a Paw y sacudirlo para hacerlo salir de la indiferencia. Estaban perdiendo el tiempo mientras la Organización Sombra se preparaba para sacrificar a Jon.

—¿Cómo lo haréis todos vosotros para entrar? —quiso saber Muhammed.

Paw inclinó la cabeza hacia la túnica.

—Tenemos que llevar eso y el colgante.

—¿Cuántos seréis?

—Muchos. Vienen de todas partes del mundo.

—¿Y el idioma? —preguntó Henning—. Jon no puede reactivar a gente en diferentes lenguas, ¿no?

—¡No sé! Creo que tiene algo que ver con las descargas eléctricas. Afectarán a todos sin distinción.

—¿Y qué ocurrirá después?

—Después nadie podrá detenernos. —Paw sonrió.

Muhammed hizo un gesto a Henning y Katherina para alejarlos un poco de Paw y que éste no escuchara su conversación.

—¿Qué os parece? —preguntó Muhammed en voz baja.

—Le creo —respondió Henning con un suspiro.

Katherina lanzó una mirada a Paw, que estaba allí sentado con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Yo también le creo —susurró—. Lamentablemente. Las cosas no tienen buen cariz. Esto es peor de lo que había imaginado. Vamos a tener que detenerlos.

—¿Cómo? Nosotros somos tres y no sabemos cuántos son ellos.

—Pero hay solamente un Jon —señaló Muhammed.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Katherina.

—Tenemos que impedir que participe en la fiesta —dijo Muhammed bruscamente—. Sin Jon, no hay fiesta.

Katherina no quiso saber lo que realmente iban a tener que hacer para detener a Jon, pero era consciente de que Muhammed tenía razón. Jon era la clave de todo el asunto, y mientras él estuviera del lado de la Organización Sombra, como parecía estar en ese momento, era peligroso.

—¿Y cómo vamos a detenerlo? —inquirió Henning.

—Tenemos que ir a la fiesta —contestó Muhammed. Movi6 la cabeza hacia Paw—. Uno de nosotros tendr6 una entrada gratis.

—Ésa ser6 yo —se apresur6 a decir Katherina.

Los otros dos la miraron.

—Yo lo conozco mejor —señal6 tercamente—. Nos hemos entrenado juntos, por eso s6 lo que es capaz de hacer.

Muhammed asinti6.

—Est6 bien. T6 llevas el amuleto. Henning y yo encontraremos otro camino.

Henning se mostr6 de acuerdo.

—Eh —grit6 Paw detr6s de ellos—, creo que ya es hora de que me dej6is libre.

Los tres intercambiaron sonrisas de complicidad antes de volverse para mirar de frente a su prisionero.

CAPÍTULO

38

Dentro de unas horas todo habría terminado.

Jon apenas podía comprenderlo. Durante la mayor parte de su vida se había privado de seguir su propio destino, y hasta hacía muy poco la gente había tratado de llevarlo por el mal camino, pero esta vez tendría la oportunidad de ocupar el lugar que le correspondía. Se habían presentado numerosos obstáculos a lo largo del proceso que habían provocado extraordinarios retrasos. Le habría gustado haber tenido más tiempo para prepararse. Después de todo, hacía apenas un par de días que había sido iniciado en la verdadera naturaleza de la Orden. Le molestaba no sentirse del todo listo, aunque Remer le aseguraba que sí lo estaba. Por supuesto, se daba cuenta de que era importante para la Orden llevar a cabo la activación. Cuanto más tiempo esperaran, mayor era el riesgo de perder su influencia, pero de todos modos se sentía inseguro. Su encuentro con Katherina hacía sólo unas pocas horas lo había alterado, y si no hubiera sido por la intervención de Remer las cosas podrían haber salido muy mal.

No podía permitir que eso ocurriera otra vez.

Así pues, un Jon concentrado y silencioso iba sentado en el asiento trasero del Land Rover junto al pelirrojo Patrick Vedel rumbo a la Bibliotheca Alexandrina. Llevaba en sus manos el libro cuyo texto se suponía que iba a leer. No tenía ni título ni nombre del autor, y el cuero negro no presentaba ninguna marca visible que revelara su contenido. Se trataba del libro que se utilizaba para todas las activaciones de la Orden, especialmente escrito para la ocasión y cargado con tanta energía que a Jon casi se le había caído de las manos la primera vez que lo tocó. Las pulsaciones del libro le producían un hormigueo en los dedos, pero de una manera agradable y tranquilizadora que lo ayudaba a concentrarse en lugar de distraerlo. El contenido era igualmente sorprendente. Cuando Jon tuvo la oportunidad de leer algunas de sus páginas, descubrió que las descripciones y las imágenes que evocaban resultaban extrañamente irresistibles. No era cuestión de seguir un argumento coherente. El libro había sido escrito con el propósito de sostener los poderes de la mejor manera posible, y estaba lleno de escenas que podían ser interpretadas y cargadas por el transmisor para producir un gran efecto. Remer le había explicado que su ejemplar era sólo uno de los innumerables libros idénticos que iban a ser utilizados en la reactivación. Todos ellos habían sido cargados por una serie de rituales.

El tiempo que se apreciaba a través de las ventanillas del coche iba cambiando a medida que se acercaban a la ciudad alejándose de la casa de campo. El viento se intensificaba y nubes oscuras atravesaban el cielo de la tarde. Cuando llegaron a La Corniche, el paseo marítimo, pudieron ver que el agua golpeaba contra el muro que bordeaba la playa y la espuma caía hacia la calzada formando grandes manchas blancas.

Aunque ya habían pasado cerca de la biblioteca aquel día, producía una impresión diferente y mucho más espectacular al contrastar con el telón de fondo de un cielo sombrío. El disco del techo de la biblioteca estaba iluminado por reflectores, que hacían que toda la superficie de cristal brillara con un color blanco sobrenatural. El edificio esférico en la plaza delantera, que albergaba al planetario, estaba rodeado de bandas de color azul brillante. Más allá de la biblioteca se veía la escuela de bibliotecarios en forma de pirámide; en la oscuridad emitía verdes destellos iluminada por poderosos focos.

Los resplandecientes edificios producían una sorprendente imagen, y desde el mar parecían un digno sustituto del faro de la Antigüedad.

Había otras dos personas en el coche además de Jon y Patrick Vedel. Poul Holt, que iba conduciendo, y Remer, que viajaba en el asiento del acompañante. Los cuatro llevaban puesto el mismo tipo de túnica; sólo la de Jon era negra, las de los otros eran blancas. Al principio Jon se había sentido un poco ridículo vestido de esa manera, pero después estuvo de acuerdo en que debían ser respetuosos con el ritual, y esta actitud se vio reforzada en el instante en que vio aquel magnífico escenario ante él. Al mismo tiempo, la túnica producía un efecto tranquilizador, otorgándole un fuerte sentido de comunión con los demás. De todas formas, notaba cierto nerviosismo, aunque no por ello estaba menos entusiasmado y ansioso por cumplir con su función lo mejor que pudiera. Reconoció esas sensaciones por haberlas experimentado cuando presentaba sus alegatos finales ante los tribunales, pero esta vez había mucho más en juego que el destino de su cliente o su propio orgullo.

Holt detuvo el vehículo exactamente delante de la biblioteca y los otros tres hombres bajaron. El viento hizo flamear sus túnicas y los tres apresuraron el paso hacia la entrada mientras el coche se alejaba con Holt al volante. La zona de entrada era de cristal; una vez dentro, una alfombra roja conducía al interior de la biblioteca. Detrás de las puertas de cristal se encontraban dos hombres de aspecto árabe, ataviados con el mismo tipo de túnica blanca, dando la bienvenida a los invitados que llegaban. Cuando vieron la túnica negra de Jon, hicieron una profunda reverencia y canturrearon algunas frases en árabe. Después, verificaron los amuletos de cada uno antes de permitirles atravesar las otras puertas de cristal.

El salón al que accedían se extendía diez metros hacia arriba y enormes columnas de arenisca de color claro se elevaban como troncos de árboles que terminaban en las vigas de metal del techo. Jon percibía la energía que envolvía a todo el lugar. Era diferente a la de Libri di Luca, no tan forzada, sino que estaba presente de una

manera natural, como una radiación de fondo que se extendía por todo el espacio.

En el vestíbulo se habían reunido más de doscientas personas, todas con túnicas blancas, algunas con las capuchas levantadas, otras con la cabeza descubierta. Se escuchaba un murmullo de voces, producto de las animadas conversaciones entabladas en los pequeños grupos que se habían formado. Jon captó palabras de algunas de las diferentes lenguas que hablaban los participantes, pero cuando Remer y Jon se abrían paso las conversaciones cesaban hasta que habían pasado. Luego un gran murmullo los seguía.

Remer los condujo hasta un grupo de unas diez personas, que recibió a los tres hombres en lengua danesa. También presentó a Jon al grupo, que, según explicó, era el círculo íntimo de la sección danesa de la Orden.

Todos los miembros del grupo llevaban un libro idéntico al de Jon. Uno a uno, fueron adelantándose para presentarse y pronunciar unas adecuadas palabras de bienvenida. Jon respondió cortésmente a los saludos, pero no reconoció a ninguno de ellos. Sin embargo, a juzgar por sus expresiones y actitud amistosa, todos parecían saber quién era él.

—La ceremonia se realizará en la sala de lectura —anunció Remer, volviéndose hacia Jon.

—Es un lugar sorprendente —dijo una de las personas del grupo, y los demás respondieron con gestos de entusiasmo y comentarios de aprobación.

—Pero ¿cómo hace usted para que todo esto permanezca en secreto? —preguntó Jon, señalando a la multitud allí presente—. No es precisamente una reunión discreta.

Remer se rió.

—Tiene razón —reconoció—. Pero a veces la mejor manera de esconder algo es dejarlo a la vista. —Le hizo un guiño a Jon—. Por supuesto, nosotros no hemos anunciado lo que realmente hacemos aquí. Oficialmente es una reunión con fines benéficos y también hacemos una importante donación a los fondos de la biblioteca. Pero no se trata de puro altruismo. El personal está formado por nuestra gente, incluso los que trabajan aquí durante el día.

Mientras tanto, continuaban llegando grupos de Lectores. Jon calculó que ya había más de trescientas personas. Muchos de los presentes comenzaron a levantar sus capuchas, lo cual indicaba que estaban listos, y algunos dirigieron sus miradas llenas de curiosidad hacia él. Miró hacia el techo, a diez metros de altura, y de pronto tuvo la sensación de ser él quien lo sostenía, y no las enormes columnas.

Katherina temblaba a causa del nerviosismo. Estaba a poca distancia de la entrada a la biblioteca, observando a los participantes a medida que llegaban. Para su alivio, algunos de ellos ya se habían cubierto con las capuchas, de modo que ella hizo lo mismo. Eso facilitaba las cosas. Henning y Muhammed se habían separado de ella a una distancia prudente de la biblioteca. Ellos no tenían ni túnicas ni amuletos y

tendrían que tratar de encontrar otra manera de entrar. Fuera como fuese, la entrada principal estaba cerrada para ellos. Katherina lo tuvo claro cuando vio a los dos vigilantes en la puerta. Llevaban túnicas al igual que los demás, pero debajo de su ropa se podía apreciar claramente sus poderosos músculos, y el bulto en sus caderas indicaba que también iban armados, con armas reales y no de juguete como la que había utilizado Muhammed para asustar a Paw.

Habían dejado a Paw amordazado y atado en el baño de la habitación en el hotel. Katherina lo consideraba un destino apropiado, pero, en realidad, había tomado esa decisión al considerar demasiado peligroso tratar de sacarlo de allí. Y había pocas probabilidades de que lo encontraran antes de que ella estuviera ya a salvo dentro de la biblioteca. Se había resistido con fuerza hasta que, finalmente, se convenció de que no iba a ser liberado a tiempo para la reactivación. La desesperación brilló en sus ojos y trató de escapar con frenéticos ataques de rabia. Eso hizo que Katherina se percatara de que aquella noche iba a tener lugar algo más que una agradable reunión de bibliófilos. Había mucho en juego, incluso las vidas de algunas personas. Incluyendo la de Jon.

Katherina respiró hondo y abrió una de las puertas de cristal. Fue recibida por un sonriente vigilante que le dio la bienvenida en inglés. La miró con interés. El corazón de ella empezó a latir con más fuerza todavía. ¿No se habría dejado engañar? ¿Tendría que pronunciar algún tipo de contraseña? ¿Se habrían dado cuenta de que su túnica era ligeramente más larga?

El vigilante se tocó el pecho y luego señaló con el dedo su cuello.

El amuleto.

Katherina miró hacia abajo y vio que el colgante había resbalado dentro de la túnica. Aliviada, lo sacó y murmuró una disculpa. El guardián se limitó a sonreír más abiertamente y luego le hizo un gesto en dirección a las puertas que daban acceso al interior.

Siguió adelante con rapidez, abriendo las puertas de cristal hacia el vestíbulo. La última vez que había estado allí, turistas con ropa llamativa y cámaras fotográficas invadían el espacio con colores, ruidos y destellos de luz. Pero en ese momento varios cientos de personas vestidas de forma idéntica se movían charlando unas con otras, como si estuvieran en una reunión social normal y corriente. ¿Cómo iba a encontrar a Jon entre aquella multitud?

Dos filas de velas cuadradas en candelabros de hierro forjado bordeaban el pasillo que conducía a la sala de lectura. Katherina comenzó a moverse en esa dirección, colocándose suficientemente cerca de un grupo de participantes como para que pareciera que estaba con ellos, pero suficientemente lejos como para no llamar su atención. Por las palabras que pudo escuchar, se dio cuenta de que eran franceses.

Muchos de los participantes, más de la mitad, ya se habían cubierto con sus capuchas, pero por aquellos que no lo habían hecho pudo darse cuenta de que había personas de muchos grupos étnicos diferentes. Cuando vio el libro negro que algunos

llevaban consigo, sintió pánico por un instante, pues pensó que era otro elemento obligatorio para ser admitido, pero pronto se serenó al advertir que no todos lo llevaban. Además, los receptores no utilizaban libros para su activación.

A poca distancia, vio un grupo grande que atraía la atención de todos los demás, y después de observarlos durante un momento comprendió por qué. La túnica de uno de los miembros del grupo era negra en lugar de blanca. Estaba rodeado de otras personas, y ella apenas pudo vislumbrar un hombro, un brazo y una espalda cuando se movió hacia un lado. La capucha negra le impedía ver bien al individuo, de modo que se acercó discretamente.

Tenía que ser uno de los líderes. Tal vez el propio Remer. Katherina contuvo la respiración y se acercó un paso más. Sabía que era peligroso, ya que se separaba demasiado de los grupos que estaban a su alrededor.

La persona vestida de negro giró la cabeza, y sintió que la estaba mirando directamente a ella.

Era Jon.

Sus ojos parecían estar fijos en los suyos en medio de tanta gente, pero luego dejó que su mirada se deslizara por toda la multitud allí reunida, y pronto volvió a dirigir su atención hacia el grupo que estaba a su lado. Alguien debía de haber dicho algo divertido, porque sonrió e inclinó la cabeza hacia uno de sus acompañantes.

Katherina no podía apartar la vista de él. Se quedó allí, paralizada, viéndolo conversar y escuchar atentamente, como si estuviera entre buenos amigos. Le resultaba difícil mantener el control sobre sus emociones. Lo único que deseaba hacer era correr hacia él y abrazarlo con fuerza hasta que el verdadero Jon volviera a aparecer. Le resultaba muy extraño observar cómo se divertía en compañía de las personas que lo habían secuestrado en contra de su voluntad, y que incluso podrían haber asesinado a su familia.

A Jon le costaba acostumbrarse a ser el centro de tanta atención. Se sentía como si la gente estuviera observando cada uno de sus movimientos y tenía necesidad de congraciarse con quienes lo rodeaban para no parecer demasiado afectado por la situación. Uno de los participantes en particular lo había estado mirando con excesiva atención. Había tratado de ignorarlo, pero aunque lo tenía a sus espaldas podía percibir que esa persona lo observaba con insistencia. Se dio la vuelta para mirar por encima del hombro y vio que no se equivocaba. La persona estaba a unos veinte metros detrás de él, una mujer, a juzgar por la forma de su cuerpo. Estaba allí sola, observándolo por debajo de la sombra de su capucha.

Inclinó la cabeza hacia ella saludándola. Ella se sobresaltó y de inmediato salió de su campo visual. Jon frunció el ceño. ¿Había visto un mechón de pelo rojo cuando se dio la vuelta? No, eso era imposible. No podía ser ella. Nunca le habrían permitido el acceso a Katherina. ¿Y por qué razón iba a entrar? Además, tenía que haber muchos

otros Lectores pelirrojos. Y era perfectamente natural que la gente lo mirara con atención; el simple hecho de llevar una túnica negra hacía difícil que pasara inadvertido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Remer a su lado.

Jon dirigió su atención al empresario.

—Sí, por supuesto —respondió con una sonrisa—. Sólo me siento un poco tenso.

—Todos estamos un poco tensos —dijo otro de los miembros del grupo, soltando una risita—. Y no es de gran ayuda que nuestro guía también esté nervioso.

—No se preocupen —les aseguró Remer—. Campelli está totalmente preparado. Nada puede detenernos ahora.

Jon asintió con la cabeza.

—¿Cuándo empezamos?

—Muy pronto —aseguró Remer—. Permítanme solamente hablar con los vigilantes.

Se apartó del grupo y se dirigió hacia la entrada. Jon lo siguió con la mirada mientras mantenía una breve conversación con los hombres de la puerta, que consultaron sus relojes y asintieron con la cabeza.

—¿Es verdad que usted destruyó la cámara de pruebas en el sótano de la Escuela Demetrius? —preguntó un anciano a la derecha de Jon.

—Sí. No quedó mucho en pie —respondió Jon, lo que provocó cierta preocupación en los ojos del hombre—. Pero fue en una sesión no controlada. Hemos estado practicando desde entonces, y ahora puedo alcanzar el nivel correcto con gran precisión.

—Pero todos estamos en niveles diferentes —afirmó el hombre con preocupación—. ¿Cómo puede estar seguro de que el nivel que usted elija no será demasiado intenso para algunas personas?

—Comenzaremos muy suavemente —respondió Jon, tranquilizándolo—. El nivel probablemente será suficientemente bajo como para que puedan beneficiarse todos, pero si las cosas salen como está previsto, los más débiles serán elevados primero, y luego podemos incrementar la fuerza y elevar al resto.

El hombre asintió y pareció satisfecho con la respuesta, aunque Jon no estaba muy seguro realmente de cuál sería el resultado exacto. La reactivación era una teoría de Remer, y no había garantía de que funcionara o de que pudiera ser mantenida bajo control.

—Además, hay muchos receptores presentes y ellos pueden modular el efecto en caso de que haya algún problema —añadió Jon, con una expresión en su rostro que esperaba que resultara convincente.

—No va a haber ningún problema —aseguró Remer, que había regresado al grupo—. Y ya no falta mucho. Sólo estamos esperando a algunas personas más y luego podremos empezar. —Se colocó su capucha y apuntó hacia la sala de lectura—. ¿Entramos?

Todos se levantaron las capuchas para seguir a Remer, que caminaba lentamente por el pasillo entre las filas de velas. Jon hizo lo mismo, y el resto de la gente empezó a moverse también. Pronto todos los participantes de aquella asamblea se cubrieron la cabeza y cesó toda conversación. El único ruido perceptible fue el de los pasos sobre el suelo de piedra y el roce de las telas entre sí.

Desde el vestíbulo la procesión avanzó por el pasillo hacia el corazón de la biblioteca, la sala de lectura. La experiencia de pasar del corredor relativamente angosto al amplio espacio de la sala de lectura casi deja a Jon sin respiración. Un par de participantes cerca de él no pudieron evitar soltar unos grititos entrecortados al introducirse en el enorme espacio que se extendía siete pisos hacia arriba. Llegaron al nivel del cuarto piso y desde allí pudieron observar los niveles inferiores, que parecían cultivos en terrazas sobre la ladera empinada de una montaña. Los pisos estaban sostenidos por fuertes columnas y se prolongaban todavía más arriba para sostener el techo en forma de disco, que hasta ese momento Jon sólo había visto desde el exterior.

Las zonas de lectura habían sido vaciadas a partir de ese nivel, pero podían ver en las terrazas inferiores que las filas de mesas y sillas de madera clara formaban las áreas de trabajo para aquellos que utilizaban la biblioteca diariamente.

El impresionante espacio era una cosa, y otra muy diferente la concentración de energía que Jon pudo sentir al atravesar aquellos enormes espacios. Era como si se encontraran bajo una lupa donde se concentraba tal grado de fuerza que el aire parecía saturado de cargas eléctricas que hacían erizar el vello de los brazos. Jon sintió una sensación de cosquilleo tan fuerte que no pudo evitar sonreír.

En el centro de aquel nivel de la sala de lectura, en lugar de mesas y sillas había un círculo de velas, y en medio del círculo un podio de madera oscura. Jon supo a quién estaba destinado aquel podio.

Lentamente y sin hacer ruido la gente fue entrando para ir situándose alrededor del estrado. Remer condujo a Jon hacia el centro del círculo de velas. Permanecieron a cada lado del podio mientras observaban en silencio a los grupos que seguían entrando. Era imposible ver los rostros debajo de las capuchas. Jon se sentía expuesto con su túnica negra. Él era la única persona que no podía esconderse.

Los participantes se iban acercando cada vez más a medida que la gente iba llenando la sala de lectura. Varias veces a Jon le pareció ver a la mujer del vestíbulo, en la que creyó reconocer a Katherina, pero siempre había algo en el andar o en la postura de la persona que lo convencía de que no era ella.

A pesar de haber tantas personas reunidas, nadie decía una palabra. El silencio hizo posible que oyeran el ruido de las puertas al ser cerradas por uno de los vigilantes, que se colocó delante de ellas, en la parte interior, con las manos atrás.

Como si hubiera estado esperando ese momento, Remer se dirigió al podio. Estaba sobre una plataforma de un metro y medio de alto y pronto todas las miradas se dirigieron a él.

Se aclaró la garganta un par de veces y luego empezó a hablar en latín. Jon reconoció las palabras. Eran de una sección de las crónicas de la Orden que Poul Holt le había leído. Holt le había explicado que era la declaración original de la misión de la Orden, que exhortaba a los miembros a que mejoraran sus poderes y que siempre los mantuvieran en secreto y alejados de los no iniciados. El pasaje también contenía un elogio de los poderes y del papel de los miembros en el mundo. Como pastores, debían conducir a las ovejas ignorantes, es decir, a todos aquellos que carecían de esas habilidades.

Jon no comprendía las palabras que Remer leía, de modo que empleó el tiempo en examinar a las personas que estaban a su alrededor. Aparentemente parecían familiarizadas con el texto. Dirigían sus rostros hacia Remer, lo que hacía posible que Jon viera sus bocas, que en su mayoría repetían las palabras a medida que el empresario las pronunciaba. Pero había una persona que no miraba a Remer, sino que mantenía sus ojos fijos en Jon. Estaba en la segunda o tercera fila y no podía verle la cara a causa de la sombra que producía la capucha. Pero no había ninguna duda de que los ojos estaban dirigidos hacia él.

El corazón de Jon empezó a latir más rápido. No podía ser ella. Lentamente, aquella persona levantó la cabeza para mirar a Remer, como todos los demás. La capucha dejó entrever la parte inferior de su rostro, sus labios esbozaban una sonrisa.

Jon pudo vislumbrar una pequeña cicatriz sobre la barbilla. La cicatriz de Katherina.

CAPÍTULO

39

Katherina estaba segura de que Jon la había visto. La primera vez había sido en el vestíbulo, donde él la había saludado con una inclinación de cabeza. ¿Qué significaba eso? ¿No hay estaba listo? ¿No hay la estaba esperando? ¿O se había tratado simplemente del saludo a un supuesto colega? Con el corazón latiéndole con fuerza, había seguido a los otros hasta la sala de lectura. Si la hubiera reconocido en el vestíbulo, podría ser desenmascarada en cualquier momento. Su nerviosismo se desvaneció cuando entró en la sala de lectura. La energía parecía más concentrada que cuando había estado allí por última vez. Tal vez fueran las velas, las túnicas y la gran cantidad de gente... O todo sumado permitía apreciar una excitación casi tangible en el aire.

La segunda vez que Jon la vio fue inmediatamente después de que Remer se colocara en el podio y empezara a leer el texto en latín. Katherina no entendía lo que estaba leyendo, y en lugar de prestar atención a las palabras, tenía los ojos fijos en Jon. Éste estaba a un lado del estrado, recorriendo con su mirada a la multitud, como si estuviera buscando a alguien. La capucha de su túnica no estaba totalmente echada hacia delante, de modo que buena parte de su cara era visible, y ella vio que sus ojos se posaban en ella. Sintió que se le aceleraba el pulso. Aquellos mismos ojos la habían mirado con tanto amor hacía poco tiempo. Y en ese momento brillaban llenos de dudas y confusión.

Quizás hubiese todavía esperanzas. La duda era definitivamente mejor que el odio que había percibido cuando se lo había encontrado en el mercado. Ella no pudo evitar sonreír cuando volvió a concentrar su atención en Remer.

No cabía duda de que Remer estaba cargando el texto que estaba leyendo, pero como ella no comprendía las palabras no la afectaba. Pero era diferente para la persona que estaba junto a ella, un caballero bastante corpulento cuya túnica apenas cubría su voluminoso cuerpo. Al cabo de un momento comenzó a balancearse ligeramente de un lado a otro. Empezó a asentir con su cabeza cubierta en varios pasajes del texto. Miró a su alrededor y vio a otras personas que actuaban de la misma manera. Pero la mayor parte de los presentes permanecía inmóvil, como Katherina, escuchando lo que se leía.

Katherina se concentró en la forma que tenía Remer de utilizar sus poderes. Era un transmisor hábil, quizá todavía mejor que Luca.

El efecto parecía continuo y sin esfuerzo, como si estuviera produciendo un vendaval sólo soplando suavemente. Cuando ella se concentró todavía más, descubrió una de las razones de aquello. La mayoría de los receptores presentes habían concentrado sus poderes y sostenían su lectura en un esfuerzo unificado. Con tantos individuos implicados, aquél era un ejercicio muy difícil que requería consenso en cuanto a lo que se iba a comunicar. La menor vacilación o el menor error de cálculo podían romper la ilusión. Katherina sabía por su entrenamiento con el grupo de receptores lo difícil que era eso, pero allí todos estaban totalmente concentrados y no había dudas en su actuación.

La última frase que Remer leyó fue repetida por todos los presentes. Él levantó la vista para dirigirla a la concurrencia, hizo una ligera inclinación y luego abandonó el estrado. Katherina vio que intercambiaba algunas palabras con Jon, que ocupó el sitio que Remer acababa de dejar. La gente alrededor de ella empezó a mover los pies con inquietud.

Era imposible saber qué era lo que les había dicho, pero todos parecían dominados por la expectación; también estaban nerviosos.

Katherina aprovechó la oportunidad para retroceder algunas filas. Si Jon le había indicado a Remer dónde estaba ella, debía tener cuidado. Pero el empresario permaneció en su sitio, junto a Jon, y no parecía particularmente alerta o preocupado.

Desde las filas más próximas al estrado, un grupo de unas diez personas se adelantó. Todos llevaban libros negros que abrieron para luego levantar la vista y dirigirla hacia Jon. Katherina vio que otros muchos entre la multitud tenían un libro similar y en ese momento hacían lo mismo.

Tras un ligero carraspeo, Jon empezó a leer.

En el mismo instante en que empezó su lectura, Jon tuvo una sensación de calidez y notó un ligero estremecimiento, como si lo hubieran metido en una bañera de agua tibia. Fue recibido y se vio rodeado por fuerzas que todos estaban utilizando para ayudarlo, para darle apoyo y llevarle a donde él quisiera ir. La energía inquieta del libro parecía confluir con la enorme descarga que provenía de la propia biblioteca, y todo era resaltado todavía más por los receptores allí presentes. Reconoció el apoyo de Patrick Vedel como una pesada mano sobre el hombro, un poco más insistente que durante las sesiones de práctica, pero probablemente eso se debía a sus nervios.

Jon empezó lenta y uniformemente para que les resultara más fácil a los Lectores seguirle el ritmo, y cuando los transmisores que estaban alrededor del estrado se unieron a la lectura, él sintió otro rayo de energía. Con Remer y Holt había hablado acerca de cómo debía avanzar la sesión y de qué fases debían atravesar para lograr un resultado mejor. Era importante no presionar demasiado al principio, tomarse el tiempo para seguir el ritmo del texto y enfocar sus pensamientos. Resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Ver a aquella mujer que confundió con Katherina entre aquella

vasta multitud había alterado su concentración. ¿Era realmente ella o su imaginación se estaba disparando? No le dijo nada a Remer cuando ocupó su lugar.

Al principio, cuando se colocó en el estrado, no logró distinguir a Katherina. Ya no estaba en el mismo sitio. No fue capaz de decidir si aquello era alentador o más preocupante.

La escena que Jon leía se desarrollaba en un cementerio. El texto estaba maravillosamente escrito, lo cual hacía más fácil la lectura del párrafo en voz alta, y él tenía muchas oportunidades para colorear la situación a su gusto. Como ya había leído antes esa parte, estaba familiarizado con el texto y sabía qué clase de sensaciones quería evocar. Se trataba de un día soleado y el personaje principal visitaba la tumba de su esposa y de su hija, que habían muerto en un accidente de coche.

Jon se concentró en la escena, y ante sus ojos aquella sala de lectura de la Bibliotheca Alexandrina se fue apagando lentamente para convertirse en el apacible lugar que era el cementerio. Las columnas se transformaron en hayas que se alzaban a lo largo de las paredes del camposanto, y los miembros de la Orden se convirtieron en numerosas lápidas a su alrededor. Soplaban una cálida brisa con los perfumes de la primavera. Los rayos de sol que se filtraban entre las ramas de los árboles destellaban entre las lápidas, arrojando sombras angulares sobre el suelo. Jon se dio cuenta de que había llegado al punto en que el tiempo parecía haber disminuido súbitamente su velocidad, hasta casi detenerse, lo cual le daba la oportunidad de influir en la escena a voluntad, intensificándola hasta el extremo que él deseara.

El personaje principal colocó un ramo de flores sobre la tumba de su amada esposa y se arrodilló ante la lápida. El césped estaba húmedo y le mojó los pantalones, pero él ni siquiera se dio cuenta. El viento pareció hacerse más intenso y las hojas en las copas de los árboles crujían cuando las ramas se balanceaban.

El viudo extendió la mano para apoyarla sobre la lápida.

La escena cambió tan repentinamente como un relámpago, y Jon acentuó la claridad y la velocidad tanto como se atrevió. Viajaban en un coche —el personaje principal, su esposa y su hija— de regreso a casa en la oscuridad de la noche. La pareja se estaba peleando. La niña lloraba. Sin previo aviso, ante el parabrisas aparecieron un par de faros cegadores; el ruido del metal al hundirse y de cristales rotos no fue capaz de ahogar los gritos procedentes del asiento trasero. Luces e imágenes pasaban en rápida sucesión mientras el vehículo giraba sobre sí mismo, con los pasajeros dando vueltas dentro.

Otra vez en el cementerio.

Jon se preguntó si no habría presionado demasiado. Aunque se atenía a los niveles previstos, el cambio podría haber sido demasiado violento para algunos. El cementerio estaba tranquilo y muy sereno en comparación con la escena retrospectiva en el interior del coche. La sensación de encierro, claustrofóbica, fue reemplazada por el espacio totalmente abierto del cementerio. Jon empezó a dejar que nubes oscuras

aparecieran en el horizonte. El viento arreció y las hojas subieron en un remolino para ser arrastradas muy lejos.

Advirtió una leve sacudida en la escena, como si una sola imagen hubiera sido sacada de la continuidad de una película. Lo interpretó como la señal de un receptor, pero no de cualquier receptor. Sólo podía provenir de Katherina. Se dio perfecta cuenta de ello.

En el momento en que Jon leyó la escena del *flashback*, saltó una chispa azul brillante y se deslizó hacia arriba por su túnica negra como una serpiente, para luego desplazarse a la lámpara más cercana, muchos metros más arriba. Los que se encontraban más cerca dieron un paso hacia atrás alarmados, y se alzó un murmullo de preocupación. Remer levantó los brazos para hacer un gesto tranquilizador.

—Todo va bien —dijo en voz alta—. Esto es lo que hemos estado esperando.

El malestar disminuyó y los transmisores que habían detenido la lectura volvieron a empezar, aunque con cierta vacilación. Katherina pudo ver que muchos miraban ansiosos a todos lados, y para mayor seguridad algunos se alejaron del estrado.

Jon continuó leyendo, impassible, sin darse por enterado de lo que ocurría a su alrededor. Su voz, al continuar con el relato, sonaba tranquila, serena y seductora. Aquello pareció tranquilizar a los congregados, a pesar de que pequeñas chispas titilaron sobre su túnica.

Katherina miró exasperadamente a su alrededor. ¿Qué había ocurrido con sus compañeros? Si Muhammed y Henning no aparecían pronto y detenían el ritual, la reactivación se convertiría en una realidad. Podía sentirlo. La atmósfera que los rodeaba vibraba de energía, las llamas de las velas habían comenzado a parpadear aunque no había aire dentro de la sala de lectura. Tuvo la sensación de que de pronto hacía más frío. Katherina estaba segura de que algo estaba a punto de ocurrir. Pero ¿qué?

Aquellos que no estaban leyendo miraban como hipnotizados el fenómeno que se desplegaba ante ellos. Con tantos receptores presentes, y todos ellos arrastrando en la misma dirección, no había nada que Katherina pudiera hacer. Percibía que la actuación de Jon estaba siendo llevada a cabo sobre una ola, en parte formada por las antiguas fuerzas de la biblioteca, en parte por el apoyo tanto de los transmisores como de los receptores. Ir a contracorriente en ese lugar habría sido como tratar de detener un *tsunami* con una bolsa de papel.

Katherina cerró los ojos. Lo único que podía hacer era dejarse llevar, de modo que se concentró en la exposición de Jon. Percibió una sensación que recordaba de sus sesiones de entrenamiento, que en ese momento parecían tan lejanas en el tiempo. Él tenía una manera específica de enfatizar lo que leía, una cadencia muy especial de energía que podría reconocer ocurriera lo que ocurriese. Se dio cuenta de que la mayoría de los receptores ya se habían acoplado precisamente a ese ritmo y estaban

apoyando cada uno de sus latidos.

¿No debería detenerlo ella misma?

Abrió los ojos y miró al podio. El cuerpo de Jon permanecía tan inmóvil como una estatua, y sólo el sonido de su voz y el movimiento de sus labios revelaban que estaba consciente. Su túnica era como un lienzo sobre el que las chispas formaban fugazmente intrincados diseños, y Katherina comenzó a ver una conexión entre la frecuencia con que aparecían los dibujos y el pulso de la energía de Jon. Al concentrarse tanto en lo que veía como en los poderes, Katherina percibió cuál era el ritmo y pudo rápidamente predecir dónde se produciría la descarga siguiente. Respiró hondo y esperó.

Con gran esfuerzo mental empujó el siguiente pulso de Jon un punto más arriba. Advirtió un salto enorme en la energía y una violenta descarga eléctrica salió instantáneamente del cuerpo de Jon hacia una de las lámparas que colgaban arriba. El impacto produjo chispas que cayeron flotando en el espacio, sobre la gente, como brillantes copos de nieve encendidos.

La gente que estaba alrededor de Katherina retrocedió instintivamente. Unos cuantos salieron corriendo, pero la mayoría permaneció allí, paralizada por el fenómeno que se manifestaba ante ellos y por la fuerza irresistible del relato. No podrían haber abandonado la sala aunque lo hubieran intentado, y no prestaban atención a lo que estaba ocurriendo en torno a ellos.

En el torrente de imágenes que provenían de Jon, Katherina de pronto recibió una fugaz imagen de sí misma.

Era como una fotografía de una presentación de diapositivas arrojada a la escena, casi demasiado breve como para atraparla, pero estaba segura de que era de ella. Jon había percibido su presencia, y eso había alterado su concentración. De inmediato, la joven concentró todos sus poderes en cargar esas mismas imágenes, y comenzaron a aparecer más. Imágenes de ellos en Libri di Luca, en el jardín de Kortmann, juntos en la cama y una fugaz visión de ella de perfil contra la ventanilla de un coche. Katherina no vaciló en potenciar las emociones de añoranza, amor y seguridad en los fragmentos que iban apareciendo.

No pasó mucho tiempo antes de percibir una reacción. Lentamente, las imágenes aparecieron de nuevo, llenas de un calor y una pasión que provenían de Jon, no de ella. Podía sentir que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. ¿Había logrado establecer contacto con él?

Tal vez era una ilusión, pero le pareció ver un cambio en la postura de Jon. Daba la impresión de estar tratando de girar la cabeza, pero algo se lo impedía.

Katherina dio un paso adelante, pero se detuvo bruscamente.

Remer había cambiado de sitio. Su cuerpo estaba más erguido que antes, casi petrificado. Y estaba mirando fijamente el texto sin parpadear ni siquiera una sola vez. Daba la sensación de que ya no tenía percepción alguna de dónde estaba o de lo que estaba ocurriendo en torno a él. Pero lo que más atemorizó a Katherina fueron las

pequeñas chispas oscuras que parpadeaban sobre su túnica blanca.

CAPÍTULO

40

En el momento en que Jon se dio cuenta de que Katherina estaba presente en la sala y trataba de comunicarse con él, se sintió abrumado por los recuerdos. Las imágenes de los dos juntos seguían en su mente y le resultaba imposible ignorarlas. Recordó que habían sido felices, que jamás había sido tan feliz, y lentamente comenzó a emerger el deseo de encontrar el camino de vuelta a aquel estado de felicidad. La lectura continuó, pero estaba empleando menos tiempo en cargar el texto, de modo que tenía reservas para hacer memoria. ¿Qué era lo que los había separado?

Reprodujo en su mente la prueba de la escuela, cuando le había ordenado que huyera para evitar que le hicieran daño. Después de eso, pudo rememorar de nuevo la impotencia que sintió en la primera sesión de lectura de Poul Holt y cómo al final se había rendido.

Era como si se estuviera despertando de una pesadilla.

¿Qué estaba haciendo él en ese lugar?

Jon trató de detener la lectura, pero no pudo. Alguien lo retenía, tal como había hecho Katherina cuando le había mostrado sus poderes como receptora por primera vez en Libri di Luca. Una de las personas era Patrick Vedel, podía percibirlo, pero no era el único. Jon no podía hacer otra cosa más que seguir leyendo, pero gradualmente fue adquiriendo conciencia de cómo estaba acentuando el texto. El personaje principal estaba todavía en el cementerio. Había comenzado su soliloquio delante de la lápida negra. Jon dejó que nubes plomizas se movieran sobre el valle donde estaba el cementerio, y las piedras a su alrededor adquirieron un aspecto tosco y sucio. Podía sentir el peso de la tierra debajo del personaje principal, oscura y húmeda, llena de gusanos que se abren camino entre el moho bajo la hierba.

Su atención se desvió hacia un banco de niebla grisácea que se acercaba por la derecha. Fijó su mirada en el fenómeno. Hasta ese momento había tenido el control absoluto de la escena; conocía la forma de cada una de las lápidas, sabía en qué posición estaba cada brizna de hierba y cómo se movía, pero no podía controlar aquella niebla gris. Cambiaba, haciéndose más densa en algunas zonas, disolviéndose en otras, hasta que pudo distinguir la silueta de una persona. Trató de hacer que el viento arrastrara a aquella figura, pero ésta se mantuvo firme, adquiriendo una consistencia cada vez más sólida. ¿Un fantasma? El entorno era el adecuado, pero no había ningún fantasma en el texto, y él no lo había añadido.

Comenzó como una forma humana difuminada, pero las moléculas súbitamente se reorganizaron y de un golpe la figura se hizo compacta como una estatua. Los detalles del rostro fueron los últimos en revelarse. Después, apareció con claridad en su mente.

Jon nunca había considerado la posibilidad de que él, como Lector, podría formar parte de una escena controlada. Había considerado su papel como el de un intruso que influía en la exposición de la misma manera que un montador de películas lo hace en la mesa de montaje. Cuando vio esta manifestación de Remer, Jon se dio cuenta de que él mismo tenía que estar en alguna parte dentro del mundo estructurado por el texto. No podía mirarse a sí mismo para confirmarlo personalmente, pero le resultaba claro que en el momento en que comenzaron las descargas de energía, él atravesó el umbral y entró en el espacio del relato. Eso explicaba la sensación que había tenido de haberse liberado de su cuerpo físico.

El hecho de que Remer apareciera allí quería decir que la reactivación había funcionado, y que él había adquirido algunos de los mismos poderes que Jon poseía.

La figura de Remer parecía estar mirando a su alrededor. Sus ojos estaban fijos, pero movía el rostro de un lado a otro, tratando de asimilar el mundo en el que se encontraba. Cuando su mirada se detuvo en Jon, o más bien en el sitio donde estaba la imagen de Jon, Remer dejó de moverse. En sus labios, que todavía no habían adquirido color, apareció una sonrisa.

Una mezcla de miedo y furia surgió dentro de Jon. Tenía que impedir que Remer se hiciera más fuerte, costara lo que costase. Mentalmente cerró las manos para apretar los puños y trató de reunir toda la fuerza de que disponía. Los colores se saturaron tanto que la escena parecía una reconstrucción generada por ordenador, con bordes afilados como navajas y una claridad que ni siquiera el mejor monitor podría reproducir. Al dirigir toda su concentración a la zona que circundaba la figura de Remer, Jon trató de borrarlo aumentando la intensidad de todo lo demás.

Los rasgos faciales de Remer se distorsionaron y los detalles de la figura empezaron lentamente a desdibujarse, como si fuera una estatua de arena en medio de un fuerte viento. La superficie parecía disolverse en átomos que se estiraban como la cola de un cometa, alejándose de la figura; la sonrisa quedó suspendida de la parte de atrás de la cabeza hasta que no fue más que una larga raya, y la conexión entre el cuerpo y sus miembros empezó a desvanecerse a toda velocidad. Un extraño lamento salió de la niebla, un sonido que parecía provenir de una garganta que no pertenecía a ninguna especie del reino animal.

Jon se esforzó todavía más, pero se daba cuenta de que no podría mantener la intensidad durante mucho más tiempo. La figura había sido reducida a la mitad de su tamaño, con sus moléculas arrastradas en una larga serpiente detrás de ella, pero Jon no podía penetrar en su profundo interior y borrarla para siempre.

Poco a poco, Jon notó que su concentración se debilitaba. Los colores y los bordes precisos alrededor de él desaparecían. El sonido emitido por la figura cambió

para convertirse en un gruñido furioso, y la figura de Remer comenzó a construirse a sí misma otra vez, como si la estuvieran rebobinando. Pronto la figura volvió a tener forma humana, con sus detalles todavía más precisos que antes.

—Campelli —jadeó la voz de Remer después de que su cuerpo fuese reconstruido —, un truco impresionante, pero no es una forma muy bonita de dar la bienvenida a un amigo.

Conmocionada, Katherina retrocedió un par de pasos.

Una violenta chispa había saltado de Jon a Remer, moviéndose entre ellos y creciendo en grosor e intensidad. El cuerpo de Remer tembló por un momento y pareció encogerse sobre sí mismo, pero en ningún momento levantó los ojos del libro que estaba leyendo.

El pánico se apoderó de los asistentes. Algunos trataron de escapar corriendo hacia la puerta, pero en la confusión algunas personas cayeron, haciendo tropezar a los que venían detrás. A su vez, eso provocó que otros intentaran huir saltando por encima de la barandilla a la terraza inferior. Y muchos se arrastraron por el suelo, buscando protección a lo largo de las paredes o junto a las columnas.

La expresión de Remer se retorcía por el dolor, pero todavía seguía leyendo, prácticamente doblado sobre el libro, como si quisiera protegerlo con su cuerpo.

Aún quedaban unas cien personas alrededor del estrado, participando en el ritual, leyendo o apoyando a los Lectores. La mayoría de ellos no dejaban de mirar con preocupación a Remer y a Jon antes de volver al texto otra vez.

Un olor a quemado se extendió por la sala y el aire estaba cargado con electricidad. A Katherina se le erizó el vello de los brazos.

La chispa entre Jon y Remer parecía pálida. Comenzó muy lentamente a moverse a un ritmo cada vez más lento, disminuyendo de tamaño y luminosidad. Al mismo tiempo, Remer empezó a enderezarse y la expresión de dolor desapareció de su cara.

Chispas totalmente nuevas envolvieron a otros dos Lectores. Quienes estaban demasiado cerca se alejaron saltando y aullando de dolor, mientras que algunas personas se desmayaban. Un ruido ensordecedor surgió de los que estaban leyendo, hablando, gritando o tratando de escapar. Todo se vio acompañado por el furioso siseo de las chispas.

Katherina se alejó cautelosamente del podio mientras trataba de mantener su apoyo a Jon y mirar alrededor al mismo tiempo. Sus compañeros tenían que aparecer pronto. Era demasiado tarde para detener la reactivación, pero tenían que hacer todo lo posible para limitar sus efectos. Llegó a una columna y apoyó la espalda contra ella. Otro grupo de Lectores pasaron corriendo junto a ella rumbo a la salida. El terror brillaba en sus ojos. Ella trató de no prestar atención a todo lo demás para concentrarse en apoyar a Jon.

Uno de los dado muestras de debilidad o de dolor antes de desmayarse, y

Katherina tuvo la sensación de que Lectores, el último en ser reactivado, se desplomó con un chillido. No había lo mismo les podría haber ocurrido a todos los asistentes.

A ambos lados de Remer aparecieron dos nuevas nubes. Tenían forma humana, pero no estaban del todo formadas.

Remer sonrió.

Jon advirtió otra sacudida en las imágenes, una señal de Katherina que él interpretó como una advertencia. Sintió que el apoyo de ella aumentaba y él reunió todas sus fuerzas. Las nubes se oscurecieron por completo y se desencadenó un fuerte viento a través del cementerio. Las lápidas eran derribadas, arrojando tierra al aire que era arrastrada por dos pequeños tornados.

Quizá no pudiera engañar a Remer otra vez, pero los dos recién llegados iban a tener una sorpresa. Antes de estar completamente formados, Jon aumentó algunos grados todos los efectos que rodeaban a las figuras. Quería hacerlos desaparecer, sacarlos de la narración, eliminarlos como se borran los errores. Empezaron a disolverse. Uno de ellos se esfumó casi instantáneamente, girando en uno de los tornados como humo en un tubo de escape. El otro se mantuvo firme.

Remer ya no sonreía. Miró primero a su compañero y luego a Jon.

De pronto, la lápida que había junto a Jon cambió de forma, y él, asustado, perdió la concentración. Ante sus ojos el granito se disolvió y el perfil rectangular de la piedra se transformó en una cruz.

Jon miró confundido a su alrededor, en donde se estaban operando nuevos cambios. Surgieron barandillas, en algunos sitios se veía vegetación nueva y en otros desaparecía. El cielo se volvió más claro y amainó el viento.

—¡Esto es asombroso! —gritó Remer encantado, estirando los brazos hacia arriba.

La figura que había a su lado estaba ya completamente formada, y Jon lo reconoció como uno de los Lectores a los que había saludado en el vestíbulo. El recién llegado miró asombrado a su alrededor. Detrás de él aparecieron tres figuras brumosas.

Remer se rió.

—No tiene la menor posibilidad contra nosotros, Campelli —gritó—. Ríndase.

—¿Por qué? —replicó Jon—. Ya tiene lo que necesita.

—Es cierto. Pero todavía tenemos espacio para un hombre como usted en la Orden. —Abrió los brazos—. Mire todo lo que podemos hacer juntos.

—Usted me ha engañado —gruñó Jon—, forzándome a traicionar a mi gente.

—Todo eso ya lo tenía usted en su interior, Campelli. Yo no hice más que sacarlo a la luz.

Las tres figuras detrás de él se iban haciendo cada vez más sólidas.

—Y empujó todo lo demás a la sombra —replicó Jon—. Katherina, la librería, mi

familia. Usted me hizo olvidar a mi propia familia, Remer.

—No le hará ningún bien quedarse anclado en el pasado —dijo Remer con fastidio—. Incluso su padre se habría dado cuenta de eso. A él le habría encantado haber podido entrar en el relato y cambiar las cosas de la forma que podemos hacerlo ahora.

—Pero usted nunca se lo permitió —señaló Jon—. Usted fue quien lo mató.

Remer se encogió de hombros.

—Fue necesario —dijo—. Nunca habríamos podido convertirlo.

Jon sintió que la furia brotaba en su interior. Con un destello luminoso las nubes que estaban sobre ellos se oscurecieron otra vez, y un rayo atravesó el cielo con un furioso chasquido.

Remer miró inquieto hacia las nubes.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Jon con los dientes apretados.

—¿Qué importa eso ahora?

—¿Quién mató a mi padre? —gritó Jon, acompañado por otro trueno en las alturas.

—Patrick Vedel, el receptor —respondió Remer con indiferencia—. Fue necesario.

—Patrick Vedel —repitió Jon.

No hacía ni una hora que habían viajado juntos en el mismo coche para acudir a la biblioteca. Su furia se hizo más intensa y sabía que Vedel podía sentirla, porque la mano que continuaba sobre su hombro pareció perder fuerza por un momento, pero luego apretó más todavía. Vedel seguía reteniendo a Jon dentro del relato, y era prudente hacerlo.

—Luca se enteró de nuestras actividades aquí —continuó Remer—. Creo que se dio cuenta de que estaba fuera de su alcance.

—¿Mi padre estuvo aquí? —quiso saber Jon.

La idea de que Luca se alejara tanto de la librería parecía poco probable.

—Él podría haber sido un buen detective —reconoció Remer—. Igual que usted, pero de todas maneras creo que estaba demasiado impresionado. —Sacudió la cabeza—. Un hombre dominado por el pánico es capaz de cualquier cosa. Había que detenerlo.

—Entonces lo mató.

—Él podía haber recurrido a las autoridades. Lo cual habría sido perjudicial también para su novia y sus compañeros de lectura. No habría sido bueno para ningún Lector, para ninguno de nosotros.

Las figuras detrás de Remer habían adquirido su forma definitiva y permanecían allí mirando asombrados a su alrededor. Uno de ellos era Poul Holt.

Remer sonrió.

—Entonces, Campelli, ¿qué hacemos?

A Katherina le costaba respirar. El aire en la sala de lectura parecía estar cada vez más cargado y el humo estaba haciéndole daño en los pulmones. Grandes chispas seguían saltando por todos lados para chocar contra las vigas de arriba, contra las columnas y contra cualquier otro objeto que se interpusiera en su camino. Algunas tropezaban con Lectores que huían y eran derribados al suelo y permanecían donde caían o trataban de continuar arrastrándose.

La energía en la habitación era más fuerte que cuando habían llegado. Al principio parecía una nube suspendida sobre el recinto, pero en ese momento había cambiado y se percibía como un río en movimiento, violento, furioso y abrumador.

Katherina se había colocado junto a una columna para poder observar tanto a Jon como a Remer. En la corriente de imágenes que recibía de Jon, había podido percibir la de un hombre pelirrojo. Lo reconoció como uno de los sujetos que la habían perseguido en el mercado y a juzgar por las emociones que Jon le atribuía a las imágenes no se trataba tampoco de un amigo suyo precisamente. La ira que lo acompañaba era enorme y cuando empezaron a mezclarse breves imágenes de Luca comprendió por qué.

El hombre de pelo rojo era el receptor que había matado a Luca.

La concentración de Jon se debilitó debido a su cólera, y Katherina tuvo que dejar de lado su propia ira para ayudarlo. Aunque le dolía hacerlo, silenció las emociones en las imágenes para apoyar el relato lo mejor que podía. Lentamente Jon recuperó su concentración y comenzó a abrirse camino en el texto. Ella no podía darse cuenta exactamente de qué era lo que estaba ocurriendo en el lugar en el que él se encontraba, pero era indudable que algo sucedía, y era algo que iba más allá de las palabras y los párrafos del texto, como si cada letra del alfabeto fuera un paisaje en y desde sí misma.

Katherina se acercó al podio y a Jon. No tuvo que andar mucho, pero se sentía mejor estando un poco más cerca de él. Nada podía verse en su rostro, ninguna emoción ni expresión que ella pudiera interpretar.

Sintió que tiraban de su capucha. Una mano aterrizó sobre su hombro y ella se dio la vuelta lentamente. Allí estaba el pelirrojo del mercado, el hombre al que Jon acababa de señalar como el asesino de Luca.

—Tú no deberías estar aquí. Debes de haberte equivocado al doblar en alguna calle —dijo con una sonrisa de triunfo.

El corazón de Katherina latió con fuerza y no podía respirar. Sin la protección de su capucha se sentía indefensa. Eran cien contra uno, y no había ningún lugar a donde pudiera escapar. Había fracasado.

—Será mejor que vengas conmigo —dijo el pelirrojo. Las imágenes de él que había recibido de Jon aparecieron de nuevo, pero coloreadas por su propia rabia.

Katherina respiró hondo.

Con un fuerte empujón envió hacia atrás al hombre, que dio algunos pasos vacilantes antes de caer de espaldas con un aullido. Varias personas se giraron hacia

Katherina con gritos de sorpresa. Ella empezó a gritar con todas sus fuerzas y a empujar a todos los que estaban junto a ella. Los que estaban primero se apartaron asustados, pero ella siguió empujando a la gente y chocando contra cualquiera que se le cruzara en el camino. Logró agarrar algunos libros que arrancó de las manos de sus asombrados dueños para arrojarlos lo más lejos que pudo. No había ninguna posibilidad de que nadie acudiera en su ayuda, pero por lo menos podía interrumpir la concentración de aquella multitud, tal vez durante el tiempo suficiente para que Jon pudiera dejar de leer.

La gente empezó a comprender lo que estaba ocurriendo y empezaron a extender las manos hacia ella. En varias ocasiones logró escapar de quienes la detenían, pero aquella muchedumbre amenazaba con ponerse cada vez más violenta y voces agitadas la atacaban con palabras en varios idiomas. Se defendió lo mejor que pudo, hasta que alguien la golpeó con un libro en la cara y acalló sus gritos.

Alguien alzó la voz, dejándose oír por encima de todos los ruidos. Era uno de los vigilantes encapuchados, que se abrió paso entre los excitados participantes hablándoles en tono autoritario. Aferró a Katherina y el resto se fue apartando. El guardián llevó a la joven hacia la puerta. Los Lectores le abrían paso, mirándola furiosos. Casi todos estaban atentos a la conmoción mientras Jon seguía leyendo, pero otros, próximos al estrado, parecían no haberse dado cuenta de nada. La desesperación se apoderó de Katherina. Casi no tenía fuerzas para mantenerse en pie, pero el vigilante la arrastraba consigo sin piedad. Cuando casi habían llegado a la puerta, hizo un último esfuerzo para soltarse, pero el guardián la apretó con más fuerza.

—Tranquilízate, maldición —susurró en inconfundible danés—. Soy yo, Muhammed.

CAPÍTULO

41

Jon percibió el momento justo en que desapareció el apoyo de Katherina.

Los colores del entorno perdieron repentinamente su fuerza y los detalles a su alrededor se desdibujaron. Tuvo que esforzarse mucho más para mantener la escena intacta. Las características propias del cementerio se debilitaron y la atmósfera no era tan palpable como antes.

En ese mismo momento se produjo una conmoción violenta en el campo de la energía. En lugar de ser un soporte unificado que reforzara la intensidad de la escena, la fuerza en ese momento fluctuaba en períodos más breves o más largos. Era como la señal de un transistor que recorría todas las frecuencias.

Remer también se había dado cuenta, pero en lugar de tambalearse, sonrió.

—No preste atención a eso —dijo con confianza—. No lo necesitamos.

Alzó los brazos e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar las nubes en el cielo.

Los colores cambiaron, empezando desde arriba y fluyendo hacia abajo, como si alguien estuviera echando pintura sobre el paisaje. Todo lo que era pálido y pastel se volvió tan intenso y brillante que hacía doler la vista. Las lápidas regresaban a su sitio y adquirirían detallados adornos, incluyendo gárgolas y criaturas míticas.

Jon no podía aguantar el ritmo. Había perdido el control de la escena. La pelota estaba en el campo de su adversario.

—No está mal —admitió, tratando de disimular su preocupación.

¿Qué habría ocurrido con Katherina? Ya no tenía fuerzas para seguir resistiendo solo durante mucho más tiempo. Tal vez había escapado. Lo deseó con todas sus fuerzas. ¿Cómo le gustaría poder estar seguro de que ella estaba a salvo! ¿Cómo le gustaría poder sacar la cabeza y ver si ella estaba bien!

Tres secuaces más de Remer hicieron su aparición.

Parecía que estaba derrotado. Sin el apoyo de Katherina, y cada vez más rodeado por la gente de Remer que estaba siendo reactivada, no podía resistir más. Se daba cuenta de que su energía se estaba diluyendo, pero, aun así, no podía dejar de leer. La influencia de Patrick Vedel había desaparecido, aunque había otros receptores que seguían manteniendo cautivos a todos en el texto.

El personaje principal situado ante la tumba dejó de hablar, cerró los ojos y bajó la cabeza. Se inclinó lentamente hacia delante hasta que su frente tocó la piedra.

Oscuridad. Estaban otra vez dentro del coche. Los laterales y el techo lo oprimían

tanto que no podía moverse. Escuchó gritos detrás de él, dentro del vehículo, amortiguados, como si alguien estuviera gritando dentro de una colcha, pero insistentes e imposible de ignorar. Un fuerte olor a gasolina hizo toser al personaje principal. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y un fuerte dolor en las piernas le hizo soltar un grito.

A Jon el cambio de escena lo pilló desprevenido, pero rápidamente se recuperó. La oscuridad limitó las posibilidades de manipular el entorno, lo que le permitió relajarse. Trató de reunir fuerzas, aunque sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que la escena cambiara otra vez.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz junto a la puerta del vehículo.

El personaje principal no pudo hacer otra cosa que gritar.

Se oyeron otros ruidos. El ruido de metal contra metal, caras que se acercaban inclinándose y luego desaparecían, el chasis del coche que chirriaba y crujía. Los vapores de la gasolina le llenaban los pulmones y le hacían toser. Sintió que alguien lo agarraba. El dolor era insoportable. Gritó. Alguien tiraba con fuerza de su cuerpo. Repentinamente sintió agua sobre la cara. Lluvia. Vio la silueta del coche mientras era arrastrado. Vio el techo aplastado y el capó arrugado. Vio una chispa azul que salía de la parte trasera del vehículo.

Entonces sintió el calor que lo envolvía.

Muhammed y Katherina salieron al pasillo y cuando creyeron que ya no podían ser vistos se abrazaron.

—¿Qué ha pasado con vosotros dos? —preguntó Katherina.

—No ha resultado nada fácil entrar —respondió Muhammed—. Y además tuvimos que convencer a un par de guardianes para que nos prestaran sus togas, ya te imaginarás cómo.

—¿Dónde está Henning?

—Está allí —informó Muhammed, haciendo un gesto hacia las escaleras—. Ha empezado a leer otro libro que encontramos.

Subieron velozmente la escalera para regresar a la sala de lectura. En ese nivel no se habían retirado las mesas y las sillas. Estaban alineadas cuidadosamente, en fuerte contraste con el caos de abajo. Henning estaba sentado con un libro en las manos, más o menos en el centro, a un par de metros del borde de la barandilla. Al acercarse pudieron oír su voz clara mientras leía.

—Ten cuidado —dijo Katherina, reteniendo a Muhammed. Una chispa atravesó las páginas del libro que Henning estaba leyendo—. Está siendo reactivado.

—¿Eso es bueno? —quiso saber Muhammed.

—No tengo ni idea —respondió Katherina, suspirando.

Se acercó a Henning y examinó su rostro. Miraba el libro, pero parecía estar viendo más allá de las simples letras y palabras. Algunas gotas de sudor perlaban su

frente y tenía las mejillas enrojecidas.

—Está totalmente fuera de sí —dijo Muhammed.

—Déjalo tranquilo.

Katherina se acercó a la barandilla.

Estaban justo encima del estrado y podían ver todo el piso de abajo. Jon todavía permanecía allí, leyendo, sin prestar la menor atención al hecho de que a su alrededor había cuerpos en el suelo junto a las velas y los libros caídos. Las descargas de los aparatos eléctricos seguían enviando continuas lluvias de chispas por todo el recinto y saltaban rayos entre Jon y los otros ocho Lectores que habían sido reactivados y permanecían alrededor del podio. Era como si se estuvieran alimentando mutuamente con energía, a veces en estallidos aleatorios, a veces pasando de una persona a la otra como un testigo en una carrera de relevos.

—Mierda —exclamó Muhammed junto a ella—. ¿Qué diablos está ocurriendo?

Antes de que Katherina pudiera responder, escucharon un ruido estrepitoso detrás de ellos. El cuerpo de Henning se había estirado para curvarse como un arco en la silla donde había estado sentado. De las comisuras de los labios le salía espuma y un horrible siseo había reemplazado su voz. Katherina corrió hacia él, pero no se atrevió a tocar su cuerpo, que empezó a temblar con violencia. Sus ojos ya no miraban al libro, sino que estaban fijos en el techo con una expresión vacía y congelada. Una gota de sangre corría desde su nariz hasta sus labios.

—¡Henning! —gritó—. ¿Puedes oírme?

No hubo reacción alguna en su cara.

Katherina no supo qué hacer. Quería envolverlo con sus brazos y apretarlo con fuerza, pero no se atrevió. De sus ojos comenzaron a brotar lágrimas. Dio un paso hacia atrás, sin apartar la mirada de la cara de Henning.

De pronto su cuerpo dejó de temblar y sus facciones volvieron a parecer humanas. Luego cerró los ojos y se desplomó en la silla.

Muhammed dio un paso vacilante hacia el Lector y observó atentamente su cara antes de colocar dos dedos en su cuello.

Al cabo de un par de segundos retiró la mano y suspiró.

—Está muerto —anunció.

Estaba lloviendo en el cementerio. Después de la oscuridad de la escena en *flashback*, la lluvia le proporcionó un respiro, un poco de aire fresco. El olor a gasolina había sido reemplazado por el perfume de la hierba mojada y de las flores.

—Ahhhh... —exclamó Remer—. Agradable interludio.

Otra nube gris apareció y empezó a tomar forma.

Remer sonrió.

—Abandone, Campelli. Ahora somos ocho contra uno.

Entonces su sonrisa se congeló y frunció el ceño.

El recién llegado era Henning, que miraba alrededor asombrado.

—¡Henning! —gritó Jon con alivio.

Henning tardó un momento en orientarse y luego vio a Jon.

—¡Jon! —exclamó—. ¿Eres tú?

Remer lanzó un grito de furia y estiró las manos hacia el sitio donde estaba Henning. Un fuerte viento empezó a soplar alrededor de ellos.

—¡Ignóralo, Henning! —gritó Jon—. No es real. Concéntrate.

Henning se miró perplejo los pies. El viento se hizo más fuerte. Un remolino se alzó del suelo a su alrededor hasta que quedó totalmente inmerso en él. Había arrastrado tierra y hojas cuando emergió y se movía en torno a él a gran velocidad.

—Katherina —gritó Henning—. Ella... —El viento le robó las palabras—. Relámpago... tengo que volver... fuera...

Una expresión de pánico cruzó su rostro.

Jon trató de neutralizar el tornado, pero los seguidores de Remer se ocupaban de hacerlo cada vez más fuerte, girando cada vez más rápido. Jon trató de cambiar su rumbo, pero el tornado se resistió. La figura de Henning se debilitó cada vez más. Sus gritos ya no podían ser distinguidos del rugido del viento y su cuerpo se hacía más débil a cada segundo que pasaba. Finalmente su figura se hizo casi imperceptible en el centro de la tormenta.

De repente el remolino desapareció y todas las piedras, las hojas y la tierra que arrastraba cayeron al suelo directamente. Henning se había volatilizado.

Remer parecía estar revisando el montón de polvo que se veía en el sitio donde Henning había estado.

—Creo que tiene usted razón, Campelli —dijo—. Es una cuestión de fe. —Sonrió—. Y creo que aún no hemos visto lo mejor.

Alrededor de ellos la escena cambió otra vez. Los relámpagos atravesaron el cielo y empezó a caer la lluvia, al principio en gotas grandes y pesadas, luego en cortinas de agua. La hierba se hizo más alta mientras Jon permanecía allí mirando, y los muros del cementerio parecieron moverse para hacer sitio a las nuevas hileras de lápidas, cruces blancas debajo de nubes grises.

Remer se rió. Un tono de violencia se había incorporado a su voz.

—¡Nada puede detenernos ahora!

La profusión de detalles pareció estallar. Jon podía ver la estructura misma de la corteza de los árboles, hongos microscópicos en la superficie de las lápidas, los insectos que vivían debajo, la humedad acumulada en las superficies esculpidas de las lápidas. Era casi excesivo para que él lo absorbiera; eran muchas las impresiones que se abalanzaban sobre él e invadían su cabeza hasta que le pareció que iba a desmayarse.

Uno de los compañeros de armas de Remer cayó de rodillas, sosteniéndose la cabeza. Comenzó a gritar y la silueta de su cuerpo lentamente se volvió borrosa. Sus gritos se fueron debilitando a medida que las moléculas del Lector se iban separando

unas de otras, envolviéndolo en una nube de partículas que desaparecieron en el viento.

—Remer —dijo Poul Holt, con voz tensa—, tiene que contenerse un poco.

Su cara estaba retorcida por el dolor.

—¿Contenerme? —gritó Remer—. No hemos llegado tan lejos para tener que contenernos.

—Tiene razón —intervino Jon—. Usted ha ido demasiado lejos.

Remer se volvió para mirarlo a la cara.

—¿Demasiado lejos?

Sonrió.

Jon percibía que el viento se hacía más fuerte alrededor de él. Tierra y gotas de lluvia pasaban girando. Era bombardeado por las imágenes de la forma, la velocidad y el rumbo de cada una de las gotas, pero no tenía control sobre ellas. Remer las conducía y les daba forma, hasta las últimas moléculas. En lugar de defenderse y tratar de recuperar la ventaja, Jon intentó concentrarse en una sola cosa. Un paso pequeño. Aunque no podía sentir su cuerpo físico, trató con todas sus fuerzas de mover el pie izquierdo hacia atrás. Lo imaginó arrastrándose por el suelo del estrado, centímetro a centímetro, cada vez más atrás. Llenó todos sus pensamientos. Un pequeño movimiento.

Cada vez más objetos sueltos eran arrastrados: hojas, piedras, tablas, ramas y carteles. Todo pasaba junto a él a velocidad cada vez mayor.

Un paso.

—¿Esto está suficientemente lejos, Campelli? —gritó Remer con júbilo.

Su voz era apenas audible en el viento.

Un dolor en la parte posterior atravesó como un relámpago la cabeza de Jon. Estaba acostado sobre su espalda al pie del estrado. Su caída por los escalones había hecho que soltara el libro que lo había mantenido cautivo. No podía ver adonde había caído.

En el podio quedaban ocho Lectores. Jon los miró. En ese momento comprendió por qué los otros Lectores habían tenido tanto miedo de sus poderes. Se notaba electricidad en el aire; el olor le hacía recordar el olor metálico de las pilas al descargarse.

Jon trató de ponerse de pie, pero una punzada aguda en el pie izquierdo le hizo gritar de dolor. Miró hacia abajo. Tenía el pie doblado en un ángulo extraño. Incluso pensar en moverlo le causaba dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz nerviosa detrás de él.

Jon se volvió y vio a Patrick Vedel, a sólo dos metros de distancia.

—Tenemos que salir de aquí —sugirió Muhammed.

Katherina asintió, pero no podía apartar la mirada del cuerpo sin vida de Henning.

—¿Has oído lo que he dicho?

Muhammed se puso delante de ella para poder mirarla a los ojos. Su mirada era

firme e insistente.

—Jon —dijo—. Tenemos que llevar a Jon con nosotros.

Fueron hasta la barandilla y miraron hacia el piso inferior. La actividad eléctrica parecía haber aumentado. Escuchaban el crujido constante y seco de las descargas y las chispas duraban más que antes.

Mientras observaban, otro de los Lectores cayó fuera del círculo que rodeaba el estrado. Su túnica blanca podría haber estado vacía. Se desplomó sin emitir ni un solo sonido. Un líquido oscuro se extendió por el suelo desde el cuerpo.

—Tenemos que ir abajo —dijo Katherina sin vacilar.

—Espera.

Muhammed la agarró.

Debajo de ellos el cuerpo de Jon empezó a balancearse. Katherina abrió la boca y se la cubrió con la mano.

En ese momento Jon cayó hacia atrás saliéndose del estrado y golpeándose la espalda contra el suelo con un horrible ruido sordo. El libro que tenía en las manos desapareció en las sombras. Permaneció tendido inmóvil por un momento —demasiado tiempo le pareció a Katherina—, y luego empezó a moverse otra vez. Levantó la cabeza y logró incorporarse para apoyarse sobre un codo y mirar a su alrededor.

Katherina sollozó aliviada. Sus emociones habían estado en una montaña rusa durante los últimos dos o tres días, y sabía que no iba a poder soportarlo más. Aunque quería correr hacia Jon inmediatamente, su cuerpo se negó a obedecerla. Temblaba tanto que apenas podía mantenerse en pie.

—Él está bien —le dijo Muhammed con una gran sonrisa. Le puso las manos sobre los hombros y le dio un apretón—. Él está bien —repitió.

Abajo, Jon se había girado hacia las sombras a su espalda y una figura había salido hasta donde había luz. Katherina reconoció al pelirrojo del mercado. No pudieron oír las palabras que intercambiaron, pero Jon estaba evidentemente alterado, aunque era obvio que no podía ponerse de pie. El pelirrojo se puso en cuclillas junto a él, pero Jon se apartó y empezó a mirar a su alrededor.

—Un libro —decidió Katherina—. Necesita un libro.

—¿Qué clase de libro? —preguntó Muhammed.

—No importa —respondió—. Busca un libro y yo trataré de atraer su atención.

Muhammed desapareció.

—¡Jon! —gritó Katherina con todas sus fuerzas—. ¡Aquí!

Jon miró confundido a su alrededor. El pelirrojo se puso de pie y recorrió la parte superior con la mirada.

—¡Aquí! —gritó ella, agitando los brazos por encima de su cabeza.

Jon levantó los ojos y finalmente la vio. A pesar de estar a bastante distancia y de que la luz era mala, ella se dio cuenta de que la reconocía. Una gran sonrisa apareció en el rostro de Jon. El pelirrojo se enderezó y puso sus manos en las caderas. Jon

aprovechó esa distracción momentánea para coger al hombre por los tobillos y tirar, de modo que su cuerpo cayó hacia atrás. Jon se escabulló gateando. Katherina no podía comprender por qué no se ponía de pie.

Muhammed regresó con un libro.

—Aquí tienes —dijo—. Fue el primero que encontré.

Katherina se lo arrebató de las manos y volvió a gritar el nombre de Jon. Se dio la vuelta y la vio agitando el libro. Él asintió con ansiedad y ella se lo arrojó. Cayó a pocos metros de él, y se esforzó por alcanzarlo. El pelirrojo se estaba poniendo de pie.

La furia mantenía consciente a Jon. Su cuerpo ya carecía de toda energía. Incluso para efectuar el menor movimiento necesitaba hacer un enorme esfuerzo. El dolor en el pie no le facilitaba las cosas, pero por lo menos lo ayudaba a mantenerse alerta.

Al ver a Patrick Vedel, el asesino de Luca, Jon tuvo que contenerse para no atacarlo allí mismo. Pero su postura, tendido en el suelo y con un tobillo fracturado, no le proporcionaba ninguna ventaja, así que se obligó a mantener la calma.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Vedel otra vez, poniéndose en cuclillas junto a Jon.

—Tu jefe se ha vuelto loco —respondió Jon.

Miró a su alrededor. No había nada a mano que pudiera usar como arma.

Vedel parpadeó.

—Remer sabe lo que está haciendo —dijo—. Está haciendo lo mejor para la Orden.

—Está a punto de *aniquilar* la Orden —gruñó Jon—. ¿No te das cuenta? Ha ido demasiado lejos.

El pelirrojo sacudió la cabeza.

—No, la Orden es su vida, es *nuestra* vida. —Miró con admiración a su jefe—. Hará cualquier cosa para preservarla.

—Sí. Incluso matará por ella —apostilló Jon.

Patrick Vedel le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué vale la vida de un viejo librero comparado con esto? —dijo Jon amargamente, mirando a Vedel a los ojos.

Podía ver que el hombre estaba tratando de descubrir si él sabía la verdad o no. Vedel bajó la mirada.

—Fue necesario —explicó.

—Habéis ido demasiado lejos —repitió Jon—. Igual que ahora. ¿Crees que Remer piensa en sí mismo o piensa en la Orden en este momento? Yo he estado en su lugar. Conozco la respuesta.

Vedel apretó los dientes.

—Él nunca...

—¡Jon!

Jon reconoció la voz de Katherina y miró alrededor. Vedel se puso de pie e hizo lo mismo.

Ella gritó su nombre de nuevo. Esta vez le pareció que su voz venía desde arriba y Jon la vio en la terraza superior. Una enorme sensación de alivio recorrió su cuerpo.

—¡Esa bruja! —gritó Vedel con fastidio.

La cólera de Jon se encendió otra vez, dándole fuerzas renovadas. Estiró las manos hacia Vedel y lo agarró de los tobillos. Tiró con fuerza de las piernas del Lector desde abajo, haciéndolo caer pesadamente de espaldas. Luego lo empujó y se arrastró, alejándose de él tan rápido como pudo. No había avanzado más de cinco o seis metros cuando escuchó a Katherina, que lo llamaba otra vez. Estaba agitando un libro. Con el rabillo del ojo Jon vio que Vedel se había puesto de pie y se dirigía hacia él.

El libro aterrizó a un par de metros de Jon y se esforzó para alcanzarlo mientras Vedel se acercaba. Era un libro pequeño, delgado, encuadernado en cuero. Jon lo abrió con manos temblorosas. Todavía podía salir de aquella situación.

Vedel se detuvo cuando vio el libro que Jon tenía en las manos.

—Vamos, tranquilízate —dijo, mostrando las palmas de sus manos—. No hay razón para...

El coraje de Jon se vino abajo cuando leyó las primeras palabras.

El libro estaba en italiano. No era posible. No aquí, no en ese momento.

La expresión en la cara de Vedel pasó del nerviosismo al alivio.

—¿No es un libro de tu agrado? —preguntó burlonamente.

Jon dirigió su atención al libro. Él sabía italiano, después de todo. Hacía mucho que no leía en ese idioma y dudaba si sabía lo suficiente como para protegerse, pero tenía que intentarlo.

Notó que Vedel lo agarraba del cuello de la túnica y empezaba a arrastrarlo por el suelo.

Jon se concentró en el libro, tartamudeando las primeras palabras. Estaba sudando. Le temblaban las manos. No le encontró sentido a la primera frase. Le costaba concentrarse, pero se forzó a continuar.

Vedel se rió otra vez y continuó arrastrándolo hacia la barandilla.

Palabra por palabra Jon fue tartamudeando hasta la siguiente frase, y entonces se dio cuenta de que conocía ese texto. Reconoció la frase que acababa de leer y supo lo que venía después.

Ya había leído ese libro antes.

CAPÍTULO

42

Jon no podía recordar cuántas veces le había leído Luca *Pinocho*.

Su madre le había contado que empezó incluso antes de que hubiera nacido. Luca se lo leía a ella y al hijo que estaba a punto de nacer en voz alta casi todas las noches. Les gustaba comparar su vientre que aumentaba poco a poco con la ballena en la historia, y luego se reían tanto que Luca no podía seguir leyendo. Durante los primeros años de vida de Jon, era el cuento que más le gustaba y que les hacía repetir continuamente. Nunca se cansaba y todas las noches hartaba a sus padres pidiéndoles un capítulo más. Por regla general, ellos se rendían. Especialmente su madre. Ella también disfrutaba de aquel relato e interpretaba todos los papeles con tanto sentimiento y utilizaba tantas voces diferentes que Jon nunca las olvidó.

Era un libro mágico escrito en una lengua mágica que sólo él y sus padres hablaban. Al menos así lo sentía Jon. Le encantaba el sonido de las palabras y memorizó rápidamente pasajes enteros. Muchas veces Luca lo ponía a prueba empezando una frase y luego Jon la terminaba, sin importar si estaban en un autobús, esperando en la cola de la carnicería o sentados a la mesa para la cena. Su madre sacudía la cabeza mirándolos, pero no importaba. Era un juego que él compartía con Luca, y a Jon le encantaba.

Todavía mejor que las palabras eran las imágenes que creaban. Jon conocía cada piedra y cada brizna de hierba del relato. Había recorrido aquellos paisajes innumerables veces y sabía precisamente cómo eran las casas, cómo estaban curvadas las ramas de cada árbol, también cuáles eran las facciones y los gestos de todos los personajes. No tenía ninguna duda acerca de cómo se movían las olas o del tamaño del barco o de los colores de la ballena.

Jon había proyectado esas imágenes tantas veces que prácticamente surgieron de inmediato apenas empezó a leer. La sala de lectura de la biblioteca desapareció en un instante, para ser reemplazada por los delicados colores y las suaves ondulaciones del paisaje del cuento. No tuvo que hacer esfuerzo alguno. Aquella sesión era totalmente diferente a las otras en las que había tenido que esforzarse para que fluyeran las imágenes. Esta vez ellas salían por sí solas, dejándole energía para disfrutar de la experiencia. El dolor de su pie desapareció, y Remer dejó de ser una preocupación. Se sintió envuelto en una serenidad que no había experimentado en muchos años, y tuvo la certeza de que todo iba a salir muy bien.

Se le ocurrió pensar que las imágenes que estaba creando no eran realmente suyas. Seguramente Luca se las había transmitido a través de sus lecturas. Si había sido un Lector tan hábil como todos aseguraban, era lógico que le hubiera transferido a su hijo la mejor experiencia posible. Luca no podía haber previsto que aquello iba a salvar un día la vida de su hijo; sin embargo, Jon no creyó que fuera fortuito. ¿Por qué iba él a terminar con ese libro especial entre las manos precisamente cuando más lo necesitaba? Las probabilidades de que eso ocurriera tenían que ser astronómicas.

Jon echó otra mirada a la escena. Todo estaba en su lugar preciso y el cuento seguía como debía. Le resultaba alentador saber que aquello era obra de Luca. Las imágenes eran tan claras y puras como si su padre le hubiera leído el cuento el día anterior. Cuando Jon aprendió a leer, había devorado *Pinocho* muchas veces, pero seguía prefiriendo que Luca se lo leyera en voz alta. Incluso cuando Jon empezó a interesarse en historias con más acción, siempre quería escuchar *Pinocho* a la hora de acostarse. Le encantaba quedarse dormido con el sonido de la voz de Luca.

Casi podía oírla en ese momento.

Después de arrojarle el libro a Jon, Katherina se preparó para ayudarle tan pronto diera comienzo a su lectura. Estaba lista en el instante en que Jon cogió el libro, pero cuando vio que él se detenía tras echarle un primer vistazo, se puso nerviosa.

—¿Qué libro me diste?

Muhammed se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Fue el primero que encontré.

El pelirrojo había agarrado a Jon.

—Tenemos que bajar —dijo Katherina.

Muhammed comenzó a correr, pero ella se detuvo de repente.

Jon había empezado a leer.

—Allá voy —gritó, y luego se concentró en la lectura de Jon. Éste reunía toda la energía que le quedaba en moverse por el texto, tratando de mantener fuera cualquier impresión que pudiera distraerle, fijando su atención sólo en el relato. Lentamente él encontró el ritmo. Después de los primeros párrafos, el pelirrojo empezó a gritar. Seguía agarrando con fuerza el cuello de la túnica de Jon y no la soltaba, aunque su cuerpo se sacudía violentamente. Súbitamente se produjo una fuerte explosión y el hombre salió despedido con gran fuerza. Voló hacia atrás hasta que su cuerpo chocó contra una columna de piedra, luego resbaló hasta el suelo.

No volvió a levantarse.

Katherina bajó deslizándose con la espalda contra la barandilla. Cerró los ojos y se concentró en recibir. Las imágenes que emanaban de Jon aparecían como cuadros apacibles, amables, imágenes que ella se daba cuenta de que podía reconocer.

La energía en la sala empezó a cambiar. Lo que se había percibido como un veloz torrente disminuyó en ese momento en intensidad y velocidad hasta que finalmente se

detuvo por completo. En lugar de moverse en una dirección, comenzó a palpar regularmente, como gigantescas inhalaciones y exhalaciones. La energía los envolvía de una manera totalmente diferente: se podía notar más cerca y traía con ella una tibieza y una paz muy distinta al estado de ánimo frenético e insistente que había reinado hasta ese instante. Toda la energía acumulada en la biblioteca estaba dirigida hacia una cadencia específica, una cadencia determinada por Jon.

Katherina percibió que ponerse de pie no era peligroso. Jon estaba todavía tendido en el mismo lugar, leyendo *Pinocho* tranquilamente en el suelo.

Sobre el podio había cinco personas que todavía seguían leyendo. La expresión en la cara de Remer era tensa, se le veían claramente las venas en las sienes y una brillante película de sudor le cubría la frente. Katherina podía darse cuenta por lo que estaba recibiendo que tenían que hacer mucho esfuerzo para mantener la concentración. Seguramente habían notado el cambio en la energía y se estaban resistiendo con sus últimas fuerzas.

Katherina salió corriendo hacia el pasillo y luego escaleras abajo. Tenían que aprovechar la oportunidad de escapar mientras Remer estuviera atento a lo suyo. En el piso de abajo prácticamente chocó contra Muhammed, que estaba allí como paralizado, mirando la escena que tenía ante sus ojos.

—¿Qué diablos debemos hacer? —quiso saber.

Katherina dirigió una mirada hacia Remer. Sus rasgos faciales habían cambiado. Su expresión era atormentada y el resto de su cuerpo había empezado a estremecerse.

—Jon es el único que puede poner fin a esto —respondió Katherina.

Corrió hacia donde estaba él. No parecía encontrarse allí, estaba tendido tranquilamente en el suelo con sus ojos en el libro. Ella orientó su lectura, tomó el ritmo y le dio la señal de detenerse. El pulso de la energía dio un salto adicional, luego unos pocos latidos irregulares antes de detenerse finalmente. La expresión de Jon cambió al volverse hacia Katherina. Sonrió, pero entonces pareció recordar dónde estaba. Su sonrisa se congeló cuando vio el podio.

El cuerpo de Remer estaba en ese momento temblando más que antes. La energía ya no estaba controlada y había perdido su concentración de modo que golpeaba en todas direcciones. Katherina intuía que Remer luchaba obstinadamente para recuperar el control. Era una batalla imposible. Había demasiadas oleadas opuestas de energía y no quedaban receptores para ayudarlo, pero él se negaba a rendirse. Un par de chispas lo envolvieron por un momento; comenzó a salirle sangre de las orejas, chorreando por el cuello hasta llegar a la túnica, que poco a poco se fue tiñendo de rojo. Seguía leyendo con los dientes apretados. Su rostro estaba ya desprovisto de todo color, había adquirido un blanco fantasmal que contrastaba con la sangre, y hacía muecas de dolor. Por su nariz empezó a salir mucha sangre que empapó la túnica blanca.

Incluso desde esa distancia podían oír que un ruido sibilante se había deslizado en su lectura. Se produjo una enorme explosión y Katherina quedó cegada por el destello. El silencio cubrió la biblioteca. El ruido de las chispas que se encendían se

había detenido; ya no había ninguna lectura. Los cuerpos de los cinco Lectores restantes se mantuvieron erguidos durante un instante hasta que cedieron a la gravedad y cayeron al suelo.

A Jon le dolía todo y se sentía increíblemente cansado. Cuando trató de moverse, el agudo dolor en el pie hizo que lanzara un quejido. Katherina estaba sentada a su lado, mirándolo a los ojos. Ella pasaba de la risa al llanto y del llanto a la risa. Tenía la cara cubierta de polvo y sus mejillas estaban surcadas de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó él con esfuerzo.

Katherina asintió y le dio un beso en la frente. Él levantó una mano para secarle una lágrima. Los ojos verdes de ella se llenaron de más lágrimas todavía. Él apoyó la cabeza en su cuello y la abrazó estrechándola con fuerza.

Jon advirtió entonces la presencia de Muhammed, que estaba a un par de metros de distancia. Recorría el lugar con la mirada y de vez en cuando sacudía la cabeza y farfullaba algo incomprensible.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó Jon—. ¿Estás de vacaciones?

Muhammed se rió y se acercó a ellos.

—Algo parecido. Pensé que éste podría ser un buen sitio para pedir prestado un libro para llevarse a la playa. Katherina y Jon no pudieron evitar reírse.

Jon carraspeó. Le dolía todo el cuerpo. Con ayuda de Katherina consiguió sentarse.

—Creo que me he roto el pie —afirmó.

—Hummm... Eso parece, jefe —confirmó Muhammed—. Vamos a tener que cargar contigo.

Katherina asintió, secándose las lágrimas de la cara.

—¿Y Henning? —preguntó Jon.

Muhammed sacudió la cabeza.

—No consiguió resistir.

La furia le dio a Jon la fuerza necesaria para ponerse de pie, con la ayuda de sus compañeros.

—Veamos cómo podemos salir de este lugar —dijo—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Muhammed y Katherina cogieron a Jon cada uno por un brazo, y juntos abandonaron la Bibliotheca Alexandrina en silencio.

CAPÍTULO

43

Jon tenía una extraña sensación al estar volviendo a casa sin tener el menor recuerdo de haber salido. Había estado inconsciente en el vuelo a Egipto, y le pareció que su sentido de la orientación había quedado trastocado. Como si hubiera salido de Dinamarca sin hacerlo.

Los acontecimientos sucedidos en la biblioteca tampoco habían sido digeridos por completo, y a medida que pasaban los días todo le resultaba más irreal. Recordaba lo ocurrido, pero era como si le hubiera sucedido a otra persona. Katherina le había relatado los hechos que no había presenciado, y le resultaban igualmente increíbles. Una profunda sensación de gratitud lo envolvía cada vez que pensaba en todo lo que habían tenido que pasar para acudir en su ayuda. No podía evitar pensar en que las cosas podían haber salido muy mal, y en lo afortunados que habían sido. Esto no incluía a Henning, por supuesto, y Jon se daba cuenta de que le debía la vida a aquel hombre. Eso hacía que fuera todavía más doloroso tener que dejar su cuerpo en la biblioteca, en Alejandría, pero no paraban de repetirse que no habían tenido otra opción.

Según los periódicos, un rayo había caído en la biblioteca produciendo un pequeño incendio, pero no se mencionaba que hubiera muertos o heridos. Era evidente que la Organización Sombra contaba todavía con miembros en la ciudad que podían controlar lo que salía a la luz pública. Ni siquiera Nessim, el recepcionista, que tenía muchos contactos, pudo descubrir algo más.

Katherina, Muhammed y Jon se mantuvieron ocultos durante un par de días y luego decidieron que ya se había derramado demasiada sangre. La Organización Sombra había recibido un golpe mortal. Sólo los más fuertes habían podido entrar en el espacio de la narración, y habían perdido la vida. La única esperanza que les quedaba era que aquel desgraciado asunto hubiera puesto freno a la Organización.

No servía de nada permanecer en Alejandría, así que Jon y Katherina reservaron billetes en el siguiente vuelo de regreso a casa. Muhammed estaba disfrutando de su estancia en Egipto y había decidido quedarse un par de semanas más. Se había hecho muy amigo de Nessim, y dado que su trabajo sólo requería un ordenador con acceso a internet, podía hacerlo desde cualquier parte. Además, no tenía ninguna prisa por volver al clima otoñal de Norrebro y a su destrozado apartamento.

Un médico que Nessim les había recomendado revisó el pie de Jon y resultó que

sólo se había torcido el tobillo, pero no podría apoyarlo durante algún tiempo, por lo que tuvo que utilizar una muleta. Eso dificultó su subida al avión, pero fue un inconveniente que se compensó al ver que les habían designado dos asientos más amplios para estirar las piernas.

Jon examinó a los otros pasajeros. Aparte de un par de hombres de negocios con ordenadores portátiles ansiosos por conectarlos, la mayoría de las personas parecían turistas que regresaban de las vacaciones. Jon estaba segurísimo de que el recuerdo de esas vacaciones no podría compararse con el suyo.

Aparte de hablar de los hechos concretos, Jon y Katherina no habían pasado mucho tiempo comentando el significado de lo que había ocurrido en la biblioteca. Todavía estaba todo demasiado fresco en sus mentes, y a Jon le resultaba difícil expresar con palabras sus experiencias. La sensación de que Luca lo estaba protegiendo había sido tan fuerte que primero tenía que asimilar lo que había ocurrido. Pero había algo de lo que sí estaba seguro: nunca podría volver a ser abogado.

De modo que no era su trabajo lo que le hacía echar de menos su hogar. Era la necesidad de escuchar las campanillas de la puerta de Libri di Luca otra vez, el deseo de respirar el olor del pergamino y el cuero, una necesidad casi física de tocar los libros en las estanterías. Al mismo tiempo, tenía la sensación de que lo esperaban, de que iba a ser recibido con un gesto de reconocimiento por parte de Luca, que estaría sentado en la silla de cuero con un libro en el regazo; que una sonrisa afectuosa de su madre, en el pasadizo de la parte superior, con los codos apoyados en la barandilla, le iba a dar la bienvenida; que iba a ser silenciosamente aceptado por su abuelo Armando, que estaría allí de espaldas, colocando los libros en los estantes correctos. Toda la familia Campelli estaba allí, presente en el polvo de los anaqueles, en las sombras de las vitrinas y en el aire que sólo circulaba perezosamente siempre que la puerta principal se abría.

Pero más que cualquier otra cosa, quería ver a Katherina otra vez en Libri di Luca. Es más, ya no podía imaginar la librería sin ella..., en el lugar donde la había visto por primera vez, flotando entre palabras y letras que ella nunca podría comprender, pero a cuya esencia era tan fiel.

Jon miró de soslayo a Katherina, que estaba sentada junto a él con la cabeza apoyada en su hombro. Tenía los ojos cerrados y la cara casi totalmente tapada por su pelo rojo, que se había soltado apenas se sentaron. Cogió la revista de la compañía aérea en el bolsillo que tenía delante. Katherina no reaccionó y ante todos los demás parecía estar durmiendo. Pero Jon pudo percibir con claridad el estado de alerta de ella tan pronto empezó a leer.

Era una sensación agradable.

Ya no tenía por qué sentirse solo.



Mikkel Birkegaard (Randers, Roskilde, Dinamarca, 9-12-1968) escritor que consiguió un sorprendente éxito de ventas con su primera novela *Los libros de Luca*, una obra de tintes fantásticos que incorpora ciertos elementos de horror contemporáneo para desarrollar una intriga moderna y urbana.

Es un experto en informática y nuevas tecnologías, pero también amante de los libros: su madre era bibliotecaria y la acompañaba muchas veces al trabajo, creció entre libros. Hace años escribió una novela policíaca en forma serial que disfrutaron sus amigos, y le animaron a tratar de escribir una novela «en serio». Después de un largo proceso, escribir su primera novela mientras trabajaba y encontrar un editor, publicó finalmente *Los libros de Luca*, que se convirtió en un superventas internacional.

La obra de Birkegaard ha sido publicada en más de veinte países y ya ha vendido sus derechos para su adaptación cinematográfica. Su segunda novela, *Sobre mi cadáver*, ha logrado un éxito similar en Dinamarca.

Mikkel Birkegaard vive hoy en Østerbro en Copenhague.

Notas

[1] Ekstrabladet es el nombre de uno de los más populares periódicos daneses. <<

[2] En español en el original. <<

[3] En el original, perker, modo despectivo de los daneses para referirse a los persas, aunque incluyen en este grupo a la mayoría de los extranjeros extracomunitarios, en particular a los inmigrantes de origen musulmán. <<